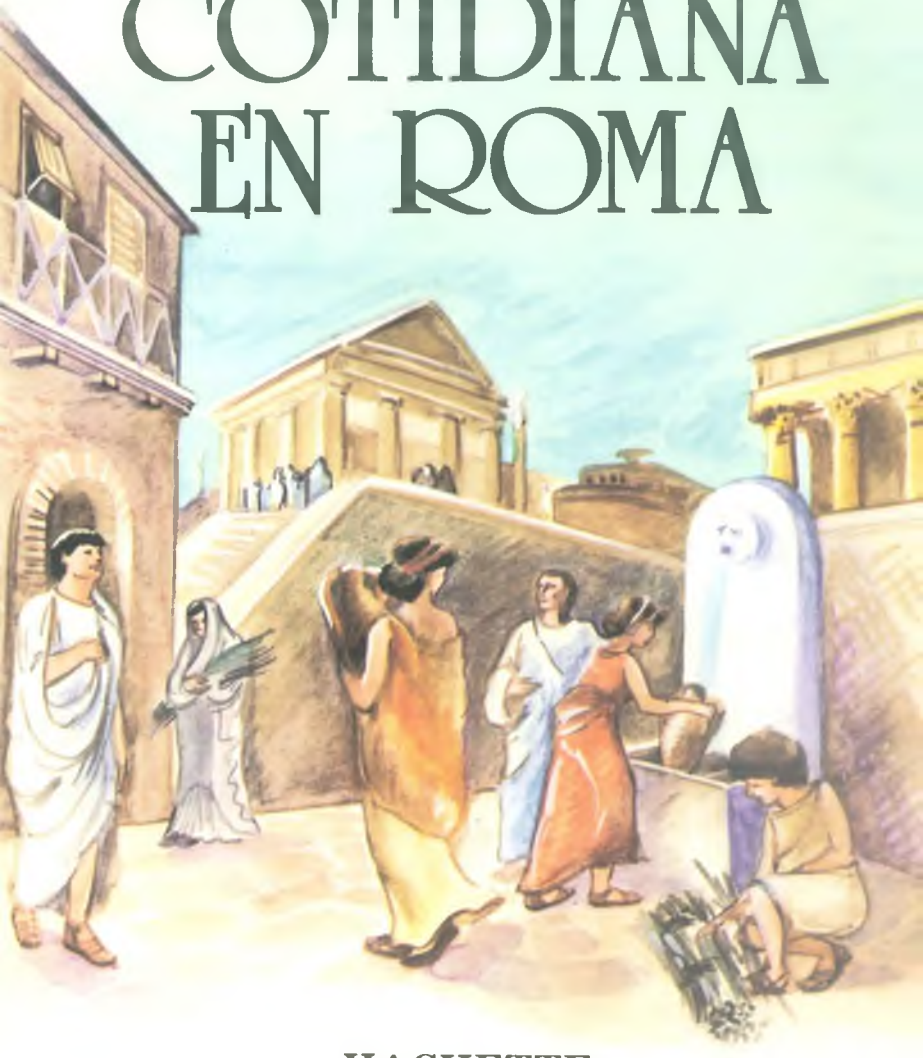
JÉRÔME CARCOPINO

LA VIDA COTIDIANA EN ROMA



HACHETTE

EN este libro, el distinguido Director de la École Française de Roma, resucita a la capital del mundo antiguo y a sus habitantes, tales como eran en el siglo II a. de J. C. Jérôme Carcopino, arqueólogo eminente y escritor de nota, ha recurrido a todas las fuentes que se le ofrecían, desde los más antiguos documentos hasta los recientes descubrimientos hechos entre las ruinas de la vieja urbe.

El lector ve así surgir ante su vista a Roma, con todos sus esplendores y miserias, sabe cómo vivían sus pobladores, qué y de qué modo comían, cuáles eran sus fuentes de recursos, cómo se divertían y se vestían, cómo eran sus escuelas, cómo adoraban a sus dioses; en suma, cuál era la vida doméstica, social, religiosa e intelectual de los romanos.

La presente edición ha sido enriquecida con 235 ilustraciones, seleccionadas por el traductor Profesor Ricardo A. Caminos, quien ha agregado numerosas notas a las ya abundantes del original francés. Un extenso Indice General de Temas, realizado especialmente para esta edición por el Profesor Luis A. Arocena, permite al estudioso hallar inmediatamente cualquier tópico que le interese.

CREATIVE COMMONS

JÉRÔME CARCOPINO

DIRECTOR DE LA ESCUELA FRANCESA DE ROMA - MIEMBRO DEL INSTITUTO DE FRANCIA

LA VIDA COTIDIANA EN ROMA

EN EL APOGEO DEL IMPERIO

HACHETTE

Imp. Cæsar Nerva Traianus Augustus (Museo de las Termas, Roma)
(98 - 117 d. C.)

Versión española: *Ricardo A. Caminos*

(c) LIBRERIA HACHETTE S.A.
Rivadavia 739 — Buenos Aires
1º Edición: Marzo de 1942
2º Edición: Abril de 1944
3º Edición: Noviembre de 1984
I.S.B.N.: 950-506-092-0
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

IMPRESO EN ARGENTINA — PRINTED IN ARGENTINA

AL

PROFESOR EMILIO SERGENT,

al maestro de mi hijo Antonio,

al médico y al amigo.

PROLOGO

PROLOGO

SI no se quiere que la «vida del romano» se pierda en anacronismos o se inmovilice en la abstracción, es menester comenzar por estudiarla dentro del círculo concreto de un período estrictamente definido. Nada cambia tan presto como los hábitos de los hombres. Sin hablar de la revolución con que los recientes descubrimientos de la ciencia —el vapor, la electricidad, el ferrocarril, el automóvil y el avión— han transformado el mundo actual, es evidente que, aun en épocas de técnicas menos perfeccionadas y de mayor estabilidad, las formas elementales de la existencia cotidiana jamás han cesado de variar rápidamente. No ha mucho, en el siglo XVII, entraron en uso el café, el tabaco y el champaña; la patata empezó a ser consumida a fines del siglo XVIII; y sólo a principios del XX la banana comenzó a figurar corrientemente en nuestros postres. La antigüedad romana ha experimentado en forma análoga esta ley del cambio, y ya era una trivialidad de su retórica oponer al lujo y a los refinamientos de los siglos imperiales la ruda sencillez de la República, cuando un Curio Dentato «recogía sus mezquinas hortalizas y él mismo las aderezaba en su pequeño caldero» [1]. *Nada hay de común entre edades tan diferentes, ni en la alimentación, ni en la vivienda, ni en el moblaje:*

Tales ergo cibi qualis domus atque supellex; [2] .

y, ya que es preciso elegir, atendréme deliberadamente a la generación que, nacida a fines del gobierno de Claudio o al comenzar el reinado de Nerón, hacia la mitad del primer siglo después de Jesucristo, ha podido alcanzar los años de Trajano (98 - 117) y de Adriano (117 - 138). Esa generación ha visto el apogeo del poderío y de la prosperidad romanas; ha asistido a las últimas conquistas cumplidas por los Césares: de la Dacia (106), que volcó sobre el Imperio el Pactolo de las auríferas minas transilvanas; la de Arabia (109), que, completada

[1] JUVENAL, XI, 78-79.
[2] *Ibid.*, XI, 99.

por los éxitos de la campaña parta (115), hizo afluir, bajo la protección de los legionarios de Siria y de sus aliados del desierto, las riquezas de India y del Lejano Oriente. En el orden material, ella se ha elevado al grado máximo de las antiguas civilizaciones. Y al mismo tiempo, por una coincidencia tanto más feliz cuanto que la literatura latina va a agotarse no muchos años más tarde, dicha generación es aquella de la que los documentos concurren a ofrecernos el retrato más acabado. Un inmenso material arqueológico nos llega del foro de Trajano, en la propia Roma; de las ruinas de Pompeya y Herculano, las dos ciudades de recreo sepultadas en plena actividad por la erupción de 79; y asimismo de las de Ostia, que excavaciones recientes nos han proporcionado, y que, en general, datan de la realización, en esa gran ciudad mercantil, de los planes urbanistas del emperador Adriano. A lo que se agregan, para nuestra ilustración, los testimonios vivos y pintorescos, precisos y sabrosos que profusamente nos dispensan los Epigramas *de Marcial, la novela de Petronio, las* Silvas *de Estacio, las* Cartas *de Plinio el Joven y las* Sátiras *de Juvenal. Aquí, a fe, la suerte ha favorecido al pintor, pues le ha facilitado a la vez el derecho y el revés de su cuadro.*

Éste, en efecto, únicamente será verídico y fiel, con condición de hallarse vinculado en forma indisoluble al paisaje que no sólo le rodea, sino que también le determina. Aun clavada en un punto fijo de la historia, la vida del romano carecería de consistencia y de base, si fuésemos incapaces de ubicarla en el espacio: ya en el campo, ya en la ciudad. Hogaño, la multiplicidad de las comunicaciones, la difusión de los periódicos, la electrificación de las más minúsculas aldeas y la instalación de aparatos radiotelefónicos en los más humildes ranchos llevan hasta los campos solitarios un poco del ruido, del pensamiento y de los placeres de las capitales: y sin embargo, subsiste en lo presente una distancia colosal entre la monotonía de las existencias paisanas y la fiebre deslumbrante de los centros urbanos. En la antigüedad, esa distancia separaba todavía más brutalmente a los ciudadanos de los campesinos, creando entre ellos una desigualdad tan irritante, que, según el sabio historiador Rostovtseff, lanzó a unos contra otros en una lucha sorda y encarnizada, en la que se quebró, con la complicidad de los parias, el dique opuesto por los privilegiados contra el torrente bárbaro. A los unos, en verdad, todos los bienes de la tierra y todas las facilidades. A los otros, una dura labor sin fin ni provecho y la privación perpetua de las satisfacciones que en las ciudades reconfortaban el corazón de los miserables: los regocijos de la palestra, el calor de las termas, la alegría de los banquetes de las corporaciones, la abundancia de las espórtulas, el brillo de los espectáculos. No es posible mezclar colores tan dispares, y, una vez más, hay que optar: las jornadas del

romano, súbdito de los primeros Antoninos, cuyos momentos sucesivos nos proponemos seguir, transcurrirán exclusivamente en la ciudad, o, mejor dicho, en la Ciudad por excelencia: la Urbe, Roma, centro y cúspide del Universo, orgullosa y colmada reina de un mundo que a la sazón ella parece haber pacificado definitivamente.

Empero, no podríamos captar en su realidad esa existencia si no tratásemos de formarnos, previamente y fuera de las convenciones que muy a menudo la desfiguran, un concepto sumario, pero correcto, de los medios en cuyo seno esa vida se ha desarrollado y de los cuales forzosamente toma sus colores: el medio físico de la enorme ciudad donde se inserta; el medio social de las diferentes clases a cuya jerarquía está sometida; el medio moral de las ideas y sentimientos que explican tanto sus virtudes como sus defectos. Razón que nos mueve a no abordar el empleo del tiempo de ese romano de Roma, sino después de haber trazado las líneas generales del escenario en el que él ha actuado y fuera del cual su vida cotidiana resultaría para nosotros casi ininteligible.

J. C.

La Ferté - sur - Aube, 1º de septiembre de 1938

PRIMERA PARTE

EL ESCENARIO DE LA VIDA ROMANA

PRIMERA PARTE

EL ESCENARIO DE LA VIDA ROMANA

SECCION PRIMERA

EL MEDIO FISICO: LA CIUDAD, SUS EDIFICIOS Y SU POLICIA

CONTRADICCIONES múltiples y aparentemente irreductibles caracterizan la fisonomía material de Roma en el apogeo del imperio. Por una parte, la elevada cifra de su población, la magnitud arquitectónica de sus edificios públicos y la marmórea belleza de sus monumentos la emparentan con las grandes metrópolis del Occidente contemporáneo. Por la otra, el hacinamiento a que estaban condenadas sus multitudes —comprimidas en un terreno escabroso y limitado por la naturaleza y por los hombres—, la estrechez de sus enredadas callejas, la deficiencia de sus servicios sanitarios y la peligrosa congestión del tránsito urbano la vinculan a esas ciudades medievales descriptas por los cronistas, y de las cuales ciertas poblaciones musulmanas han conservado hasta nosotros los pintorescos ambientes alternativamente seductores y sórdidos, las deformidades imprevistas y el hervidero anárquico.

Tal es el contraste esencial que ante todo importa poner en evidencia.

CAPITULO I

ESPLENDOR, EXTENSION Y POBLACION DE LA *URBS*

1. Esplendor de la *Urbs*: el Foro de Trajano

NO insistiré mucho acerca del esplendor que brillaba en la Ciudad a principios del siglo II de nuestra era. Las ruinas que le reflejan son de una riqueza incomparable; pero enumerarlas, y con mayor razón describirlas una por una, resultaría fastidioso. Me bastará con detenerme un instante sobre el grupo de aquellas a las que el nombre de Trajano está vinculado y en las que culmina el genio de su siglo.[1] En Roma las ruinas conservan dondequiera, en la cálida luz que las envuelve, el armonioso vigor de los monumentos antiguos; de los cuales, sin embargo, ellas casi siempre nos ofrecen sólo la armazón desnuda. Pero quizá en ninguna parte como en el foro de Trajano —que unía, en el centro de la *Urbs*, el foro de César al de Augusto—, las ruinas romanas nos inspiran una idea más noble y, al propio tiempo, más satisfactoria para nosotros, de la civilización cuya riqueza muestran, de la sociedad cuya disciplina evocan y de los hombres, nuestros antepasados y nuestros semejantes, de los cuales traducen el mérito intelectual y la maestría artística.

Allí, en efecto, entre 109 y 113, Trajano supo realizar una obra que no sólo provoca nuestra admiración, sino que también responde a nuestras tendencias. Por la grandeza de su creación, por la flexible complejidad y la generosa utilización de las partes que le integran, por la suntuosidad de sus materiales, por la osadía y el gálibo de sus líneas, por la acabada disposición de su decorado, ese conjunto, tal como gracias a las recientes excavaciones de Corrado Ricci podemos resucitarle en su perfección primera, rivalizaría fácilmente con las más ambiciosas creaciones de los arquitectos modernos, y no ha cesado, en su ruina, de

[1] Para la descripción del foro de Trajano, consultar la excelente monografía que Corrado Ricci publicó en 1934 sobre los Foros Imperiales, cuya lectura no exime la del notabilísimo capítulo, anterior a las recientes excavaciones, que Roberto Paribeni insertara en el tomo II de su *Optimus Princeps*.

suministrar a éstos lecciones y modelos. Expresión magnífica y fiel de su tiempo, diríase que va, por añadidura y ante nuestros ojos, a aproximar su época a la nuestra.

Pese a las dificultades que los accidentes del suelo y la molesta vecindad de construcciones anteriores habían opuesto a su trazado, ese conjunto agrupaba, en la reunión más coherente y mejor acordada, una plaza pública o foro, una basílica judicial, dos bibliotecas, la famosa columna que entre ambas se erigía y un inmenso mercado cubierto. Ignoramos la fecha en que este último fué terminado, pero se-

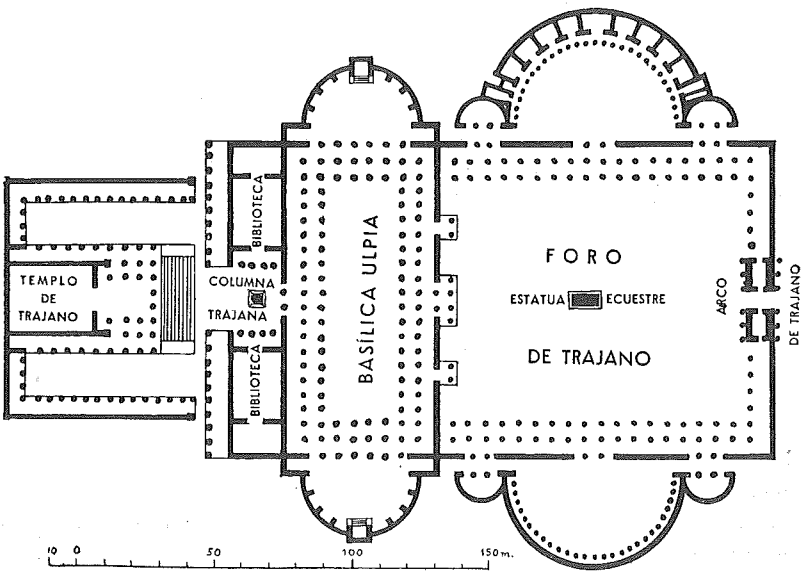


Fig. 1. — Planta del Foro de Trajano

guramente se construyó antes que la columna, cuyo altor, como veremos, dependía de la altura del mercado. El foro y la basílica fueron inaugurados por Trajano el 1º de enero de 112; la columna fuélo a su vez el 13 de mayo de 113. El todo se resuelve en una sucesión de maravillas y de magnificencias.

En primer lugar, comenzando por el sud, la majestuosa sencillez del *Forum* propiamente dicho: una vasta explanada enlosada de 116 metros de largo por 95 metros de ancho, a la que circundaba un pórtico sostenido por una simple hilera de columnas en el lado de la entrada, al mediodía, y por una doble columnata en los otros tres costados, en uno de los cuales, al este, el muro de fondo, de peperino guarnido de chapas de mármol, encorvábase en el medio formando

un hemiciclo de 45 metros de profundidad. En el centro de la plaza se elevaba, en bronce dorado, la estatua ecuestre del emperador, formándole cortejo, en los intercolumnios del contorno, estatuas más modestas de ilustres varones que habían servido al imperio con la espada o con el consejo.

Desde allí se llegaba, subiendo tres escalones de mármol amarillo, a la entrada de la basílica Ulpia, así llamada por el nombre de la familia de Trajano: Ulpio. Larga de 159 metros de este a oeste, ancha de 55 metros de norte a sud, sobrealzada un metro sobre el nivel del Foro, la basílica aun superaba a éste en opulencia. Era un inmenso edificio «hipóstilo», con evidente influencia oriental en su arquitectura, al que se penetraba por uno de sus costados mayores, el que miraba hacia el levante. Cuatro columnatas interiores, de 96 columnas en total, le dividían en cinco naves de 130 metros de longitud, de las cuales la del centro medía 25 metros de anchura. Solado en toda su extensión con mármoles de Luna y cubierto de tejas de bronce, este recinto estaba circunscripto por un pórtico cuyos vanos se hallaban ocupados con esculturas. Bajos relieves notables ya por la delicadeza de su modelado, ya por la fuerza de su realización, decoraban el ático. Por último, el entablamento superior repetía varias veces, sobre cada frente, la breve y arrogante inscripción: *e manubiis*: «erigido con el botín [tomado a los dacios de Decebalo]».

Al otro lado, elevándose sobre el nivel inferior de la basílica una altura igual a la que éste se levantaba sobre el del Foro, se alineaban, paralelamente a aquélla, los rectángulos de las dos bibliotecas «Ulpianas», intituladas, como la basílica, con el «gentilicio» de su común fundador: la una para los volúmenes griegos, la otra para las obras latinas y los archivos imperiales; decoradas ambas, encima de los *plutei* o armarios que contenían los manuscritos, con una serie de bustos representando los escritores que habían adquirido más grande renombre en las dos lenguas del Imperio.

Las bibliotecas estaban separadas una de otra por un estrecho cuadrilátero, de 24 metros por 16, en medio del cual se levantaba y se levanta todavía, casi intacta, la maravilla de tales maravillas: la columna Trajana. Forma su pedestal un cubo de piedra casi perfecto, de 5m50 de elevación. En su cara sud se abre una puerta de bronce, y encima de ésta se lee la inscripción dedicatoria. Los cuatro costados del pedestal están decorados con trofeos militares y orlados de molduras enlazadas por laureles. El fuste, íntegramente de mármol, mide 3m70 de diámetro y 100 pies (29m77) de altura; encierra una escalera de caracol, en mármol blanco, que arranca de la cámara del pedestal y cuenta 185 escalones; y sostiene un monumental capitel dórico, al que coronaba primero un águila explayada de bronce, substituída

Fig. 2. — La Columna Trajana

luego, tras la muerte de Trajano, con una estatua de este emperador, del mismo metal, probablemente arrancada y fundida en la tormenta de las invasiones, y reemplazada en 1588 con la de San Pedro, que hoy en día le sirve de remate. La elevación total era y sigue siendo de poco más o menos los 38 metros equivalentes a los 128 pies y medio indicados en los documentos antiguos. Pero por grandiosas que en sí mismas sean las proporciones de la columna Trajana, la impresión que su vista produce se halla acrecida por la disposición externa de los bloques que la componen. Ella desenvuelve, en efecto, sobre 17 colosales tambores de mármol, los 23 paneles de una espiral que, extendida en línea recta, mediría cerca de 200 metros, y a lo largo de la cual se suceden, como se sucedieron en la historia, desde el comienzo de la primera campaña hasta el término de la segunda, las principales escenas de las dos guerras dacias. Además, esos bajos relieves han sido ejecutados con bastante habilidad como para disimular a la vista las 43 ventanas practicadas en ellos con el objeto de iluminar la escalera interior. Allí se han registrado 2.500 figuras que, tornadas hoy, por las injurias de la intemperie, a los tonos brillantes, pero uniformes, del Paros en que están cinceladas, resplandecían antaño con

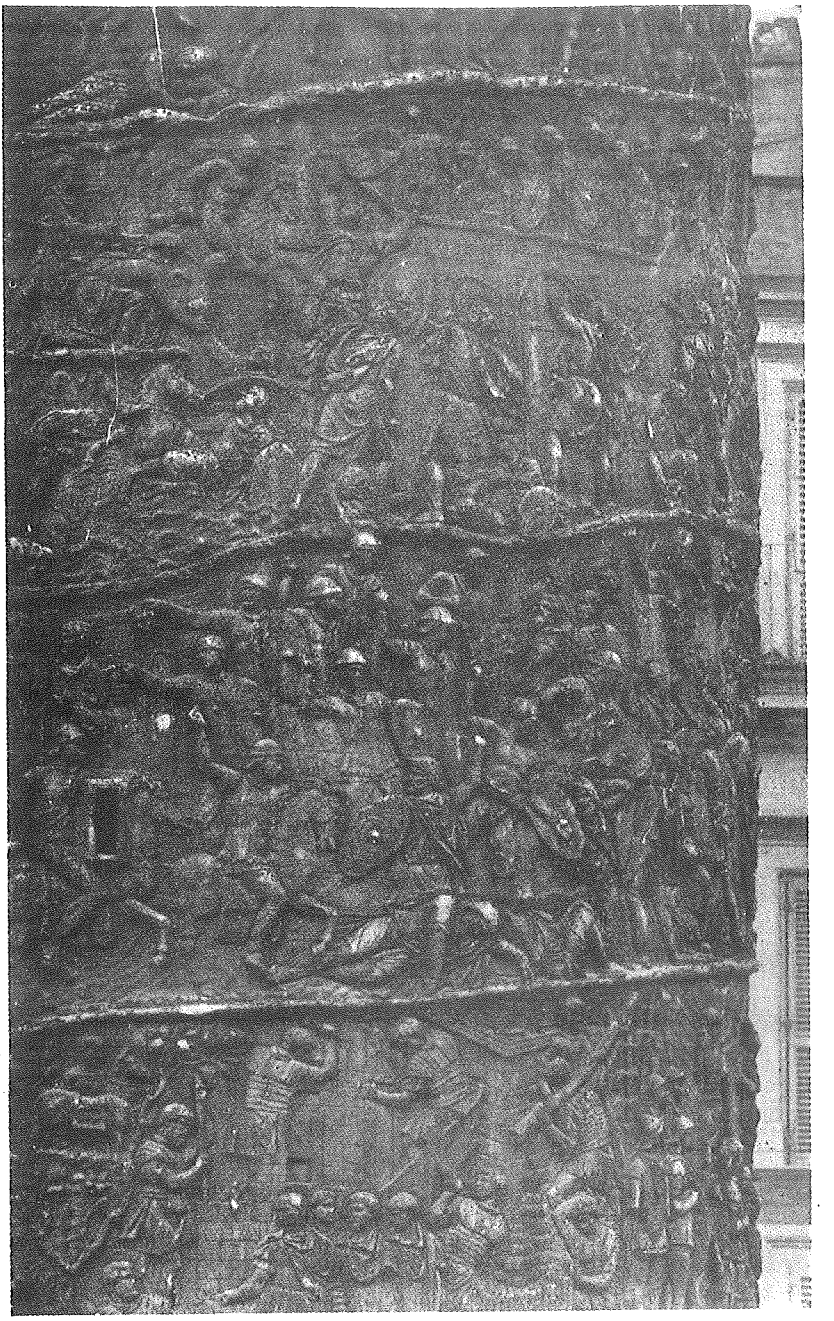


Fig. 3. — **Detalle de la Columna Trajana.** (Fotografía Alinari).

las pinturas de vivos colores que por completo las cubrían. Esas figuras proclaman el triunfo de los escultores romanos en ese género de relieve historiado, en el que se revelaron maestros sin par.

Sabido es que Trajano falleció al improviso en los primeros días del mes de agosto de 117, cuando, después de haber confiado a Adriano el mando del ejército que él mismo había movilizado contra los partos, se encontraba ya en camino de retorno a Italia. Tras de su muerte, sus cenizas fueron llevadas de Asia a Roma, guardadas en una urna de oro y depositadas en la cámara del pedestal de la columna. Dando a Trajano esta sepultura, dentro de la línea del *pomerium*, en cuyo interior las leyes prohibían enterrar a los simples mortales, Adriano

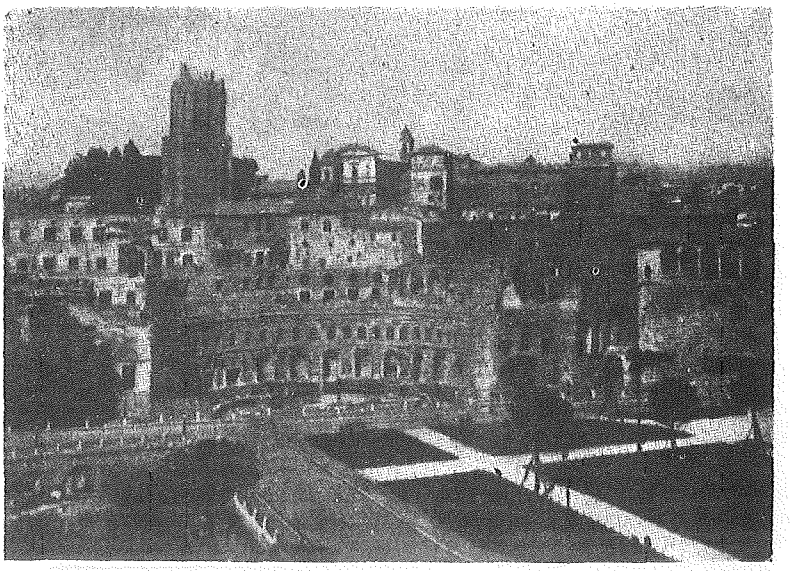


Fig. 4. — Estado actual del Mercado de Trajano

y el Senado declaraban al unísono que el difunto estaba fuera de la condición común; mas adoptaban una medida que Trajano no había deseado ni previsto. La columna Trajana sólo con posterioridad a su construcción se convirtió en la tumba de su autor, quien había decretado su erección sólo con dos fines conmemorativos: eternizar mediante las figuras que la cubren las victorias por él obtenidas sobre el enemigo extranjero, e inmortalizar, por las insólitas dimensiones del monumento, el sobrehumano esfuerzo realizado para vencer a la naturaleza en pro del embellecimiento y de la prosperidad de Roma. Sobre

este particular, las dos últimas líneas de la inscripción —en la que hoy faltan algunas letras, pero que en el siglo VII pudo copiar íntegramente el desconocido visitante que llamamos *Anónimo de Einsiedeln*— enuncian su intención con una fórmula cuyo sentido es ahora evidente: *ad declarandum quantæ altitudinis mons et locus tantis operibus sit egestus.* Como en latín el verbo *egerere* posee las dos acepciones contradictorias de «vaciar» y de «erigir», resulta palmario, si se interpreta literalmente esta frase orgullosa, que el objeto de la columna era mostrar, por su propia elevación, hasta qué altura y a costa de qué ingentes trabajos había sido desgastado el espolón *(mons)* que desde la colina del Quirinal avanzaba hacia la del Capitolio, para poder ejecutar luego, sobre el mismo lugar *(locus)*, las gigantescas construcciones que completaban, al este, la obra cuyo panorama y acceso quedaron por fin expeditos en 1932, merced a la fe científica de Corrado Ricci. Trátase evidentemente del majestuoso hemiciclo de ladrillo que rodea, del lado del Quirinal y de Subura, el foro de Trajano propiamente dicho, sosteniendo con soberana soltura los cinco pisos que albergaban los 150 puestos o *tabernæ* de un «mercado». Ábrense en la planta baja, al mismo nivel del foro, piezas poco profundas que probablemente servían para el despacho de flores y de frutos. En el primer piso se alineaban, bajo una galería de amplias arcadas, largas salas de abovedado techo en las que se alma-

Fig. 5. — Frente del Mercado de Trajano sobre la Vía Biberática

cenaban el vino y el aceite. Vendíanse en el segundo y en el tercero los más heteróclitos productos, principalmente pimienta y especias venidas del Lejano Oriente *–pipera–*, cuyo recuerdo se perpetúa, durante la edad medieval, en el nombre de la calle en declive y envolvente que habían utilizado los mercaderes antes de ser ocupada por los súbditos de los papas: la *via Biberatica*. En el cuarto piso se ubicaba la pomposa sala donde se distribuían los congiarios, y en la cual funcionaron permanentemente, a partir del fin del siglo II, las oficinas imperiales de asistencia social: *stationes arcariorum Cæsarianorum*. En el quinto y último habían sido instalados los viveros de las pescaderías: unos recibían, mediante oportunos canales, el agua dulce que conducían los acueductos; otros, en cambio, se colmaban de agua del mar traída de Ostia. El espectador, hogaño, al abarcar desde allí la inmensidad de las obras del sucesor de Nerva, y al advertir que se encuentra exactamente al nivel del nimbo del San Pedro que remata la columna Trajana, penetra el significado de la inscripción que ya nunca podrá ser controvertida y descubre la grandeza sin igual de los trabajos que cumpliera, por orden del más eminente de los Césares, el arquitecto Apolodoro de Damasco. La fábrica trepa y cubre las laderas del Quirinal, a las cuales fué adosada, laderas que previamente, y sin el auxilio de los explosivos de que disponen nuestros ingenieros, habían sido allanadas para recibir la construcción. Las proporciones encuéntranse allí tan felizmente combinadas, que el observador olvida la pesadez para no percibir nada más que el equilibrio. Es una legítima obra maestra que ha cruzado los siglos sin cesar de conmoverlos. Antaño los romanos se percataban de que su ciudad y el mundo no ofrecían nada más bello a la admiración de los hombres. Cuenta Amiano Marcelino que el emperador Constancio, cuando efectuó, en 356, su solemne entrada en Roma, al hollar por vez primera las losas del foro de Trajano, en compañía del embajador persa Hormisdas, no pudo contener la expresión de su asombro ni su punzante disgusto al pensar que jamás él tendría una estatua ecuestre comparable a la de su predecesor. «En vano te quejas –respondióle el legado del Rey de los Reyes–, pues luego serías incapaz de dar a tu caballo una caballeriza como la que aquí vemos». Los hombres del bajo imperio sentíanse impotentes ante el monumental conjunto que reflejaba el genio de sus antepasados en el apogeo de su existencia. Y aunque tamaño sea el orgullo que de nuestras obras tengamos, es indudable que nada hay en la antigua Roma que pueda placernos más. En el Coliseo, no obstante la perfección de su prodigiosa elipse, sentímonos sobrecogidos por un malestar ineludible al recordar las matanzas tremendas de que fué teatro. Las termas de Caracalla tienen algo de excesivo y de vertiginoso que presagia la decadencia. Por el contrario, nada turba la pureza

de nuestras sensaciones en presencia del foro y del mercado de Trajano. Se nos imponen sin aplastarnos. Aligeran sus descomunales proporciones por la elegante flexión de sus curvas. Marcan una de esas cumbres del arte donde coinciden los constructores de las mejores épocas, convirtiendo en discípulos fervientes o en dóciles imitadores tanto a Miguel Ángel, que transportó algo de ese orden sobrio y vigoroso a la fachada del Palacio Farnesio, como a los arquitectos de Napoleón I, que fundieron, con el bronce de los cañones de Jena, la columna de la Vendôme. Es el sublime espejo en que se mira el rostro de la más grande Roma; y ésta se nos aparece en él como una ciudad ecuménica, hermana de las nuestras, que, subviniendo a necesidades a las nuestras semejantes, es movida ya por los mismos sentimientos que honor hacen a la flor de las sociedades contemporáneas.

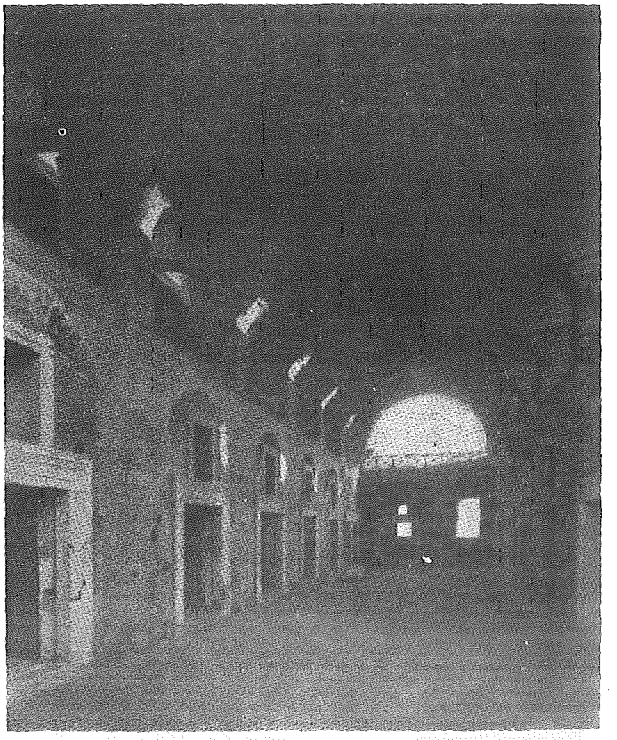


Fig. 6. — Nave central del Mercado de Trajano

Es notable, en efecto, que Trajano haya visiblemente procurado allí no sólo conmemorar la victoria que acababa de restablecer de un golpe la hacienda de los Césares y de la cual procedían todas esas riquezas, sino también justificar su campaña por la superioridad de la cultura que sus soldados proporcionaban a los vencidos. En las estatuas de sus pórticos había constantemente hermanado las glorias de la inteligencia con las glorias de las armas. Al pie del mercado donde el pueblo adquiría sus vituallas, en los flancos del foro donde los cónsules concedían sus audiencias y los em-

Fig. 7. — Ense et stylo
Simbólico relieve de la Columna Trajana.

peradores pronunciaban sus arengas, ya sea como Adriano para anunciar la remisión de los impuestos, ya como Marco Aurelio para volcar sobre el Tesoro público sus bienes personales, se redondeaba el hemiciclo donde, como lo ha demostrado Marrou, los maestros de la literatura continuaban, aún en el siglo IV, reuniendo a sus alumnos e impartiendo sus enseñanzas.

La propia basílica, con su deslumbrante lujo, estaba subordinada por tres gradas a las dos bibliotecas vecinas; y la columna historiada que entre éstas se interponía —cuya posteridad es posible enumerar: la columna aureliana en la misma Roma y las columnas de Teodosio y de Arcadio en Constantinopla, para no citar más que los ejemplos antiguos; pero cuyo modelo nadie, hasta lo presente, ha logrado descubrir— debe sin duda ser entendida, según la interpretación recientemente vuelta a destacar por Paribeni, como una originalísima idea del emperador llevada a la práctica por el arquitecto Apolodoro de Damasco: erigiéndola en medio de la ciudad de los libros, Trajano habría querido desarrollar, en las espirales que la revisten, los dos *volumina* que refieren sobre el mármol sus hazañas guerreras y exaltan hacia el cielo su fuerza y su clemencia. Por otra parte, un relieve tres veces más grande que los otros separa las dos series de registros y nos revela el sentido del monumento: representa una Victoria escribiendo sobre su escudo. *Ense et stylo,* «por la espada y por la pluma», podríase glosar. Ese relieve, símbolo luminoso del fin pacificador y civilizador que Trajano sinceramente asignaba a sus conquistas, aclara el pensamiento que ha presidido sus designios, y en virtud del cual el imperialismo romano, esforzándose por abjurar la injusticia y la violencia, persigue a toda costa su legitimación espiritual.

Mas en el sitio mismo donde vemos resplandecer el ideal del nuevo imperio, sentimos también palpitar el corazón de la capital cuyas sucesivas ampliaciones habían corrido parejas con los acrecentamientos territoriales del Estado, hasta concluir por igualar en importancia numérica a las más poderosas de nuestra época. Con la inauguración de su foro, en efecto, Trajano acababa la renovación que había emprendido de la ciudad, para hacer a ésta digna de su hegemonía y para aliviar a la población abrumada bajo el peso de la creciente cifra de sus habitantes. Ya con anterioridad y con idéntico propósito, había ampliado el gran circo, abierto una naumaquia, canalizado el Tíber, derivado nuevos acueductos, construído las más amplias termas públicas hasta entonces vistas en Roma y sometido a prèvisora y rigorosa reglamentación las iniciativas privadas en materia de edificación. Esta vez, el emperador coronó su obra: al hender el Quirinal, franqueó al tránsito nuevas vías; al añadir una vasta plaza pública a aquellas mediante las cuales sus predecesores —César, Augusto, los Flavios y Ner-

va— habían procurado, uno tras otro, remediar la obstrucción del Foro propiamente dicho, descongestionó el centro de la metrópoli; al rodear esa plaza de exedras, bibliotecas y una basílica, ennobleció los esparcimientos del concurso que a diario allí acudía; al prolongar su extensión por las recovas del mercado —recovas verdaderamente comparables, por la magnitud de sus dimensiones y por lo ingenioso de su distribución, a aquellas con las que París sólo fué dotado en el siglo XIX—, facilitó el abastecimiento de las muchedumbres. Por cierto, esos trabajos ejecutados por Trajano serían incomprensibles sin la enorme masa humana cuya suerte mejoraron y cuya antigua presencia adivinamos en medio de las hoy ruinas desiertas. Éstas la suponen, y bastarían para demostrar su existencia, si pruebas irrecusables no la hubiesen evidenciado desde hace largo tiempo.

2. Los Recintos Murados de Roma y su Verdadera Extensión

Ninguna cuestión ha sido más frecuentemente debatida que la de la población de la capital del Imperio romano [2]. Tampoco hay otra cuya solución sea más urgente para el historiador, si es cierto, como lo sostenía ya el sociólogo bereber Abenjaldún, que el crecimiento de las ciudades, necesaria consecuencia del desarrollo de las sociedades humanas, mide en cierto modo el nivel de su civilización. Pero, ¡ay!, no existe problema que haya suscitado mayores polémicas y contradicciones. Desde el Renacimiento, los eruditos que le han abordado no han cesado de alistarse en dos bandos adversos. Los unos, como fascinados por el objeto de sus estudios, se apresuran a atribuir a la antigüedad —que acarician como un recuerdo de los siglos dorados— la envergadura y el vuelo que los progresos de la ciencia han brindado al mundo moderno: Justo Lipsio calcula tranquilamente en cuatro millones los habitantes de la Roma imperial. Los otros, al contrario, persuadidos de la inferioridad de las pasadas generaciones, les niegan a priori los adelantos que reservan sólo para su tiempo: Dureau de la Malle, que entre nosotros fué el primero en tratar seriamente sobre demografía antigua, rebaja a cerca de 261.000 almas la cifra más alta que a su juicio la verosimilitud concede a la ciudad de los Césares. Pero Dureau de la Malle y Justo Lipsio tenían, por así decirlo, formada de antemano su opinion; y entre estas exageraciones extremas,

[2] Para la población de Roma, limítome a enviar a la obra clásica de Beloch, *Die Bevölkerung der Griechisch-Römischen Welt*, y a las páginas pertinentes de Ferdinand Lot en su hermoso libro *La fin du Monde Antique*, que brinda una bibliografía completa hasta 1925. En la presente exposición he tenido en cuenta las conclusiones a que he arribado en los artículos, actualmente entrados en prensa, escritos para la revista *Roma* (1938), los *Mélanges Martroye* y los *Mélanges Dussaud*.

una crítica sin prejuicios puede llegar a una verdad muy suficientemente aproximada.

Los sostenedores de lo que yo llamaría la pequeña Roma son casi siempre estadistas que rehusan obcecadamente detenerse en el examen de los testimonios. Descartan a priori las noticias muchas veces explícitas de los autores antiguos y fundan sus conclusiones en la consideración del terreno. No conservan nada más que una sola base de cálculo: la que resulta de la relación entre la superficie conocida y la población posible. En consecuencia, resuelven motu proprio que la Roma imperial, cuya área les parece exactamente limitada por el muro de Aureliano y coincidir, poco más o menos, con la superficie sobre la cual se extiende la Roma por ellos visitada, no puede haber abrigado una población superior a la de ésta. A primera vista, el argumento parece decisivo. Si se reflexiona, se advierte que reposa sobre una ilusión, como es creer que se conoce la capacidad territorial de la antigua Roma, y sobre el erróneo postulado que consiste en transferir arbitrariamente a esa hipotética superficie el coeficiente demográfico extraído de las últimas estadísticas.

Este método tiene, de comienzo, la sinrazón de no tomar en cuenta la elasticidad del terreno, o, por mejor decir, la compresibilidad de la materia humana. Dureau de la Malle obtuvo sus cifras trasladando al interior de la muralla de Aureliano la densidad del París de Luis Felipe, o sea 150 habitantes por hectárea. Si este autor hubiese escrito setenta y cinco años más tarde, cuando esa densidad se elevó, como en 1914, a 400 habitantes por hectárea, hubiera llegado a un resultado tres veces mayor. Ferdinand Lot ha cometido la misma petición de principio al atribuir de ligero a la Roma de Aureliano la densidad de la Roma de 1901, poblada por 538.000 almas. Desde entonces, el territorio de Roma no ha sido ni lejanamente duplicado por las construcciones de post-guerra, y, sin embargo, el censo de enero de 1939 le reconocía a la ciudad más del doble de habitantes, o sea 1.284.600. En ambos casos, el espacio atribuído a la Roma antigua es relacionado no, como se imagina, con la población que ha contenido antaño, sino con la que podría contener en la fecha en que el estadista se documenta; de modo que esa relación aritmética es por entero arbitraria. Aun sobre un suelo inmutable, las condiciones de habitabilidad cambian de una época a otra; y es claro que cualquiera relación que se establezca entre una superficie que se cree conocer y una población que se ignora, tiene que resultar forzosamente una incógnita.

Y yo agregaría: una incógnita cuya búsqueda está de antemano condenada a error si, como pienso, la antigua Roma no se mantuvo dentro del perímetro que corrientemente se afirma que la había circunscripto. El muro de Aureliano al cual se la limita no ha encerrado

la Roma imperial, lo mismo que el *pomerium* o muro falsamente atribuído a Servio Tulio no había antes bastado para circuir la Roma republicana. Mas esto exige algunas explicaciones retrospectivas.

La antigua Roma, como todas las ciudades de la antigüedad grecolatina, estuvo siempre compuesta, desde los comienzos de su leyenda hasta el fin de su historia, de dos elementos inseparables: un núcleo urbano rigorosamente definido, *Urbs Roma*, y el territorio rural adyacente, *Ager Romanus*. Éste se detenía en la frontera de las ciudades limítrofes, cuya individualidad municipal subsistía no obstante su anexión política a la Urbe: Lanuvium, Ostia, Fregenas, Veyes, Fidenas, Ficulea, Gabies, Tíbur y Bovilla. Si para medirla se aplican los datos que nos ha transmitido el bizantino Zacarías, debe representarse una elipse cuyos ejes, respectivamente iguales a 17 km 650 y 19 km 100, engendran, dentro de más o menos 57 km de perímetro, una superficie que se aproxima a 25.000 hectáreas. Naturalmente, carecemos de medios para precisar sus contornos o para reducir a cifras la población dispersa dentro de ella. Sus ciudadanos eran romanos de Roma, lo mismo que los *cives* que residían en el centro aglomerado. Mas estos últimos eran los únicos que formaban la plebe urbana en el interior de la línea que con carácter oficial ceñía el espacio ocupado por la *Urbs* o Ciudad propiamente dicha.

Allí se levantaban los santuarios, moradas de los dioses, allí residían el rey y, más tarde, los magistrados herederos de su poder desmembrado, como también el Senado y los Comicios que primero con aquél, después con éstos, gobernaron el Estado que formaba la ciudad. Así, en el origen, la Ciudad representaba algo muy diferente y mucho mejor que un simple agregado más o menos compacto de viviendas: era un «templo» fundado conforme a las normas de la ciencia agorera, y como tal estrictamente limitado por el surco que el fundador latino, fiel a las prescripciones de un ritual originario de Etruria, había cavado en derredor con un arado arrastrado por un toro y una vaca de deslumbrante blancura, levantando la reja en los trechos donde luego quizá se abrirían las puertas y cuidando asimismo de arrojar las glebas dentro del recinto. De esta órbita sagrada tendida delante de las futuras trincheras y murallas, de las que bosquejaba una suerte de anticipada imagen, y por tal motivo llamada *pomerium (pone muros)*, la *Urbs* ha derivado su nombre, su definición primitiva y su defensa sobrenatural, asegurada por las interdicciones que de su suelo alejaban la corrupción de los cultos extranjeros, la amenaza de los alzamientos en armas y la mancilla de las sepulturas.

Mas el *pomerium* —que, por otra parte, habíase ido trasladando simultáneamente con los sucesivos «sinecismos» de los que surgió la Roma de la historia—, aunque en la época clásica conservó su signifi-

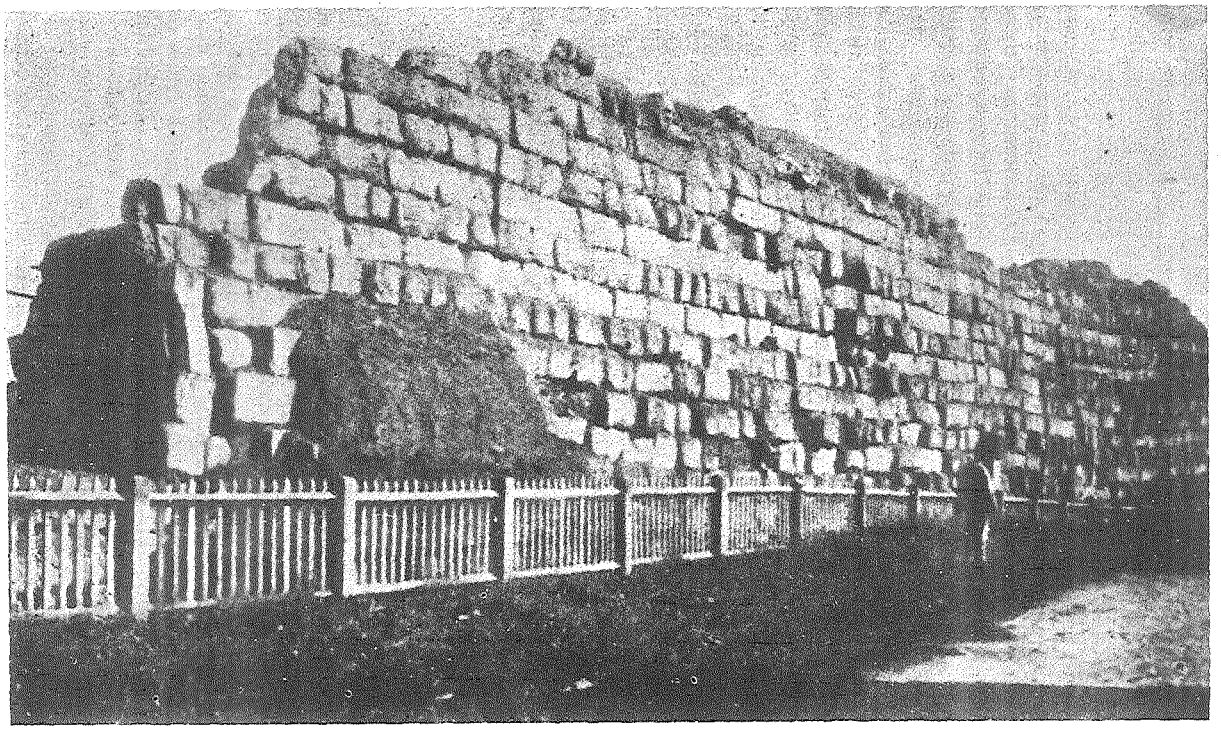


Fig. 8. — La muralla falsamente atribuida a Servio Tulio. Restos frente a la estación ferroviaria de Roma.

cación religiosa y continuó amparando la libertad política de los ciudadanos con la prohibición de acantonar legiones en su interior, dejó entonces de limitar la ciudad. Relegado al plano de los símbolos, fué substituído, en esta función práctica, con una realidad concreta: la muralla atribuída por falsa tradición al rey Servio Tulio y construída, por orden del Senado republicano, entre 378 y 352 antes de Cristo, con bloques de toba tan sólidamente aparejados, que lienzos enteros emergen aún en la Roma del siglo XX, especialmente en la «Via delle Finanze», en los jardines del palacio Colonna, y en la «Piazza del Cinquecento», frente a la estación del ferrocarril: la abundancia de sus vestigios ha permitido su reconstitución. A partir del siglo III antes de nuestra era, ya no es más el *pomerium* lo que determina el área urbana de Roma, sino la muralla cuyas poderosas hiladas desviaron la agresión de Aníbal, y que no se confunde con aquél. La muralla, lo mismo que el *pomerium*, deja fuera de su ámbito el llano denominado Campo de Marte, sito entre el Tíber y las colinas y reservado para los ejercicios militares y el servicio de los dioses; pero es más extensa que el *pomerium* e incluye territorios que éste no comprendía: la *arx* y el monte Capitolino, la extremidad nordeste del Esquilino, el Velabro y, sobre todo, las dos mamblas del Aventino: la del norte, desde la fundación del muro, y la del sud, que éste cubrió cuando los cónsules de 87 le prolongaron hasta allí para mejor resistir el ataque de Cinna. Con tal disposición, se ha calculado que la muralla abrazaba 426 hectáreas. Poco es con relación a las 7.000 de nuestro París. Es mucho comparativamente a las 120 hectáreas del ámbito murado de la antigua Capua, a las 117 del de Cere o las 32 hectáreas con que entonces se contentaba el de Preneste. Pero, ¿a qué tantas comparaciones? El cálculo de esta superficie de la *Urbs* no implica el de su población. En efecto, desde que los romanos, conquistando el Universo, dejaron de temer a sus enemigos, los muros con los que se habían rodeado al siguiente día del terror gálico perdieron su utilidad militar, y los habitantes de la *Urbs* comenzaron a desbordar la muralla, así como ésta, en época precedente, había desbordado el *pomerium*. En 81 antes de Jesucristo, Sila, en nombre del derecho de los *imperatores* que habían ampliado las fronteras del Estado, y con el objeto de descongestionar la plebe urbana, habilitó para la población civil, entre el Capitolio y el Tíber, una porción del Campo de Marte cuyas dimensiones, es de lamentar, nos son desconocidas. La *Urbs*, por ese sitio, traspasó oficialmente su circuito amurallado, como ya prácticamente habíale excedido en otros puntos. César no hizo más que legalizar una situación de hecho, que se remontaba sin duda al siglo II antes de nuestra era, cuando transportó hasta la primera milla (1.478 metros) fuera de las mu-

rallas los límites que a Roma asignan las disposiciones de la ley póstuma que nos ha conservado la tabla de Heraclea.

Y Augusto, a su vez, no hizo otra cosa sino volver a tomar, aumentándola, la iniciativa de su padre adoptivo, al concluir, en 8 antes de Cristo, de identificar la *Urbs* con las catorce regiones entre las cuales repartió los barrios antiguos y nuevos: trece regiones sobre la margen izquierda del Tíber y la décimocuarta en la orilla derecha, allende el río, *regio Transtiberina,* cuyo recuerdo sobrevive en el Trastevere de hoy.

Augusto, que se gloriaba de haber pacificado el mundo, y que clausuró solemnemente el templo de Jano, no vaciló en dejar de utilizar la vieja fortificación republicana. Libre por su gloria y por sus anexiones del cuidado de su seguridad, Roma, a la sazón, reventóla por doquier. Si cinco de las catorce regiones de Augusto continuaron en el interior del recinto murado, cinco se desplegaron a uno y otro lado de su trazo, y cuatro completamente fuera: las regiones V (Esquilino), VII (Vía Lata), IX (Circo Flaminio) y XIV (Transtiberino); y como para mejor subrayar la intención del emperador, el uso popular dió pronto a la primera de ellas el nombre de Puerta Capena, la cual, después de haber señalado la periferia, ocupó el centro en lo sucesivo [3].

Las catorce regiones de Augusto han durado tanto como el Imperio: dentro de su marco debemos ubicar la Roma de los primeros Antoninos, pues son sus límites los que la han circunscripto. Pero esas regiones no son susceptibles de una exacta mensura, y, en todo caso, sería torpe error querer asimilarlas a aquellas que nos señala la muralla de ladrillo con que Aureliano, al aproximarse los bárbaros, quiso proteger la capital del imperio, y que, a partir de 274 después de Jesucristo, constituyó simultáneamente el reparo y el *pomerium* de Roma. Todavía en lo presente, con sus cortinas ruinosas y la descabalada sucesión de sus torres, esta obra admirable, cuya fábrica se abrasa gloriosamente al ardor del sol declinante, comunica al más apático turista la inmediata visión de la majestad con que Roma se adornaba aún en su decadencia. Mas abstengámonos de reducir a ese límite la brillante imagen que Roma nos brinda en su época de oro.

Aunque su camino de ronda se alarga sobre 18 km 837 de longi-

[3] Sobre la Roma de las catorce regiones, cf. los dos volúmenes de CLEMENTI, Roma, 1933; sobre el *pomerium,* la llamada muralla serviana y el muro de Aureliano, cf. los artículos del *Dictionnaire topographique* de PLATNER-ASHBY, que deberán completarse: para el *pomerium,* con el artículo de MICHEL LABROUSSE en los *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire* publicados por la Escuela francesa de Roma, volumen de 1937; para la denominada muralla serviana, con el admirable libro de G. SAEFLUND, *Le Mura di Roma repubblicana,* Lund, 1932; y para la muralla de Aureliano, con la monografía de RICHMOND, *The City Wall of Imperial Rome,* Oxford, 1930.

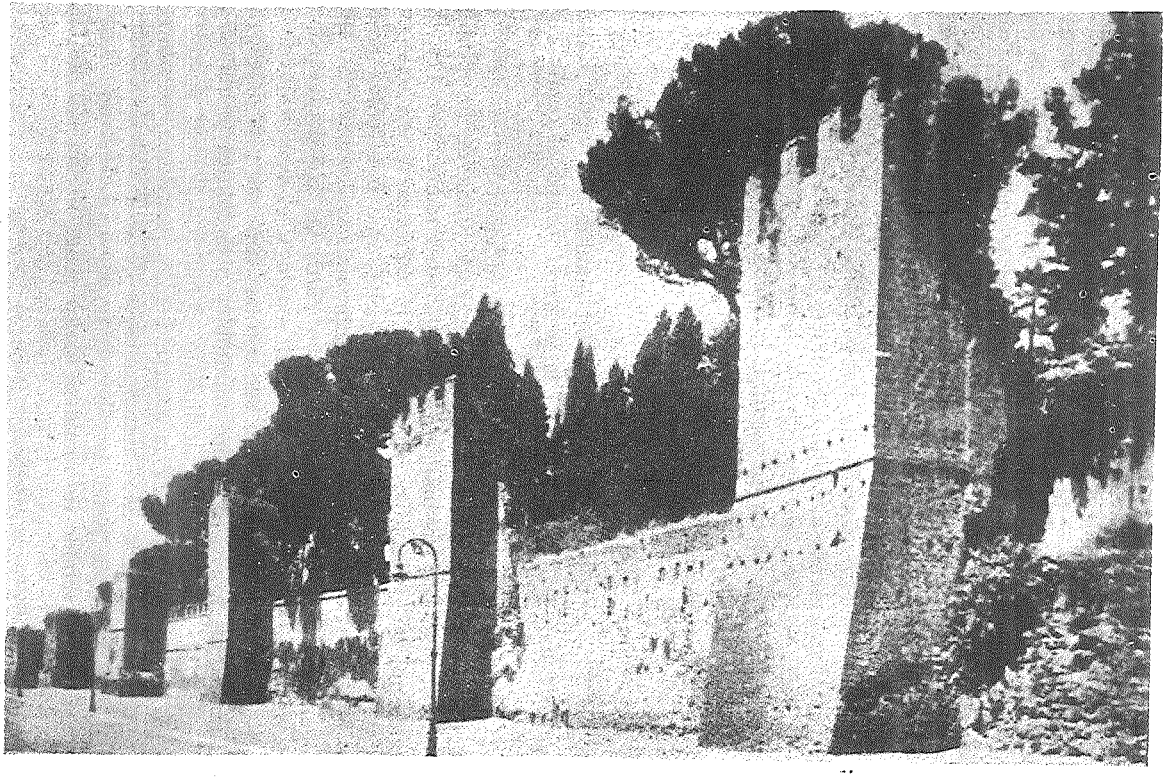


Fig. 9. — Restos de la muralla de Aureliano en Roma.

tud, circuyendo una superficie de 1.386 hectáreas 67 áreas 50 centiáreas, la muralla de Aureliano no ha sido ejecutada de diferente manera que los muros evidentemente contemporáneos con los que se erizó Galia al choque de las hordas germánicas, y que en forma acabada ha estudiado entre nosotros el señor Adrien Blanchet. De igual modo que éstos nunca protegieron por completo la ciudad, sino sólo sus partes vitales, como la coraza el pecho del combatiente, el muro aureliano no ha resguardado la totalidad de la Roma de las catorce regiones; y más que por abrazar la ciudad entera, los ingenieros de Aureliano se preocuparon por unir los principales puntos estratégicos y, a la vez, por utilizar, con el menor gasto posible, las construcciones preexistentes más o menos fáciles de incorporar en su sistema, como por ejemplo los acueductos. Desde el Pincio hasta la puerta Salaria, en la séptima región, hanse descubierto cipos fronterizos a un centenar de metros fuera del muro. De la puerta Prenestina a la puerta Asinaria, la quinta región se extendía 300 metros más allá de la muralla de Aureliano, pues a esa distancia se levanta el obelisco de Antinoo, erigido, según reza su inscripción jeroglífica, «en el límite de la ciudad». Análogamente, la primera región la excedía 600 metros término medio, como resulta palmario si se tiene en cuenta que la cortina corre en este sector a una milla (1.478 m) al sud de la puerta Capena y que la citada región comprendía la *ædes Martis*, distante una milla y media, y llegaba hasta el río Almo (hoy Acquataccio), que se desliza 800 metros más lejos. En fin, con mayor facilidad aun podría demostrarse que la región décimocuarta, cuyo perímetro hacía cruzar la muralla al otro lado del Tíber, desbordaba a ésta 1.800 metros al norte y 1.300 metros al sud.

En estas condiciones, no es lícito reducir las catorce regiones de la Roma imperial a los terrenos encerrados dentro de la muralla de Aureliano; y, por otra parte, tampoco es permisible restringir su superficie a las 2.000 hectáreas, más o menos, que ceñía el móvil cordón de sus puestos de acceso: en efecto, desde la época de Augusto, los juristas habían en principio establecido que la Roma de las catorce regiones no estaba limitada por un cinturón inmutable, sino que constituía, de hecho y de derecho, algo así como una creación perpetua e incesante, automáticamente extendida por las nuevas viviendas que, a medida que se iban construyendo, iban prolongando sin interrupción, en una u otra región, las manzanas de los antiguos edificios; y esto hasta una milla (1.478 m) de la última de aquéllas: *Roma continentibus ædificiis finitur, mille passus a continentibus ædificiis numerandi sunt* [4]. Esta noción jurídica, esencialmente realista, no sólo basta

[4] *Dig.*, L, 16, 2, 87 (Alfeno); *cf.* 154.

para arruinar de antemano todo intento de establecer la cifra de la población romana sobre base tan incierta y tornadiza como lo es la superficie de las catorce regiones, sino que confirma la opinión de aquellos que han expresado su fe en un crecimiento indefinido de la ciudad imperial.

3. El Acrecentamiento de la Población Romana

Por lo demás, este crecimiento surge elocuentemente de documentos que a mano tenemos. Progresivo desde la época de Sila hasta el principado, aceleróse todavía más bajo el feliz gobierno de los Antoninos. Para cerciorarse de ello, basta comparar una con otra las dos estadísticas, separadas por un intervalo de tres siglos y llegadas hasta nosotros por azar, de los *vici* de Roma, esto es, de los barrios determinados por las calles que los circunscribían en el interior de las catorce regiones, cada uno de los cuales, a partir de Augusto, estuvo dotado de una administración especial, bajo la autoridad de sus «alcaldes», los *vicomagistri,* y la tutela de los Lares de las encrucijadas. En primer lugar, Plinio el Antiguo nos informa que cuando se realizó el *lustrum* de 73 después de Cristo, al que presidieron, como censores, Vespasiano y Tito, Roma estaba dividida en 165 *vici.* Y en segundo término, los *Regionarios* —preciosa colección del siglo IV, que Lanciani llamaba el Gotha de la antigüedad, y que aúna bastante bien, en efecto, un compendio del Bottin con un sumario de la Joanne— arrojan un total de 307 *vici.* De este modo, entre 73 después de Cristo y, si se quiere, 345 de nuestra era, que es la fecha intermedia entre el año 334, a partir del cual fué compilado el más antiguo de los *Regionarios,* la *Notitia,* y el año 357, al que desciende la composición del más reciente, el *Curiosum;* entre 73 y 345 de nuestra era, repetimos, el número de los *vici* ha aumentado en 46 unidades, lo que representa para Roma un acrecimiento territorial de 15,4 por ciento. Al propio tiempo se comprueba, desde la época de César hasta la de Septimio Severo, un aumento demográfico que no está directamente atestado, pero que con toda evidencia se desprende del aumento de los gastos de asistencia pública a favor de la plebe romana. En tiempo de César y de Augusto, la Anona mantenía a 150.000 indigentes, que de ella recibían trigo gratuito. A principios del reinado de Septimio Severo, en ocasión del congiario de 203, cuya munificencia nos elogia Dión Casio, el número de los socorridos ascendía a 175.000, lo que revela un aumento de 16,6 por ciento. El cotejo de estos porcentajes es doblemente instructivo. Ante todo demuestra, como a priori ya podía presumirse, que la extensión material de la Roma de las catorce regiones ha dejado impresa sobre el terreno la prueba de su crecimiento demográfico. In-

dica después, como también debía inferirse de la consolidación de la paz romana durante la primera mitad del siglo II, que el punto culminante del aumento testificado por los *Regionarios* en el siglo IV, pero que ya se había puesto en evidencia con anterioridad a las prodigalidades de 203, debe haberse producido alrededor de los años 100 a 150 de la era cristiana. De donde, para nosotros y para nuestro tema, esta feliz consecuencia: es preciso estimar la población de Roma bajo los primeros Antoninos —es decir, en un período de brillante prosperidad en que, por infeliz suerte, las estadísticas nos faltan de manera absoluta— en una cifra superior a aquellas que poseemos para las épocas inmediatamente precedentes, pero cercana a las que nos sugieren los tardíos datos de los *Regionarios*.

Empero, desde el comienzo del primer siglo antes de nuestra era hasta promediar el siglo primero después de Jesucristo, podemos seguir el movimiento irresistible que no cesó de engrosar la población de la *Urbs*, y que, ampliado más tarde, condujo a Roma hasta un punto más allá del cual hubiérase quebrantado su cohesión y comprometido su abastecimiento. Como en otra parte lo he demostrado, la explosión de la guerra de los aliados, en 91 antes de Jesucristo, al volcar sobre Roma, en una confusión terrencial, a todos los italianos que, rehusando seguir a los insurgentes, buscaron en la ciudad protección contra sus represalias, provocó un salto de la población análogo al que hace quince años ha promovido a Atenas, refugio de los griegos de Asia Menor, a la categoría de las grandes capitales europeas. Frente a una Italia y a provincias divididas entre el gobierno democrático de Roma y los ejércitos que la nobleza senatorial había movilizado contra él, los censores de 86 tuvieron que renunciar al censo universal de los ciudadanos del Imperio y procedieron, en compensación, al empadronamiento de todos los órdenes de habitantes que en la ciudad vivían. San Jerónimo ha registrado en su *Crónica* el resultado de esa operación efectuada sin distinción de sexo, de edad, de condición o de nacionalidad; en total, 463.000 seres humanos: *describtione Romæ facta inventa sunt hominum CCCCLXIII milia.* Treinta años más tarde, la cifra habíase redondeado notablemente, si es cierto, como lo afirma el escoliasta de Lucano, que Pompeyo, que había asumido en septiembre de 57 antes de Cristo la dirección de la Anona, supo organizar la provisión del trigo indispensable para el sustento de por lo menos 486.000 bocas.

Después del triunfo de Julio César, en 45 antes de Cristo, produjose un nuevo salto adelante. No sabríamos, por falta de cifras, medir su alcance; mas su sentido no es dudoso, porque en lugar de los 40 ó 50.000 beneficiarios frumenticios a los que Cicerón, en 71 antes de nuestra era, hace alusión en las *Verrinas*, César admite, en 44

antes de Cristo, a 150.000 personas con derecho al trigo gratuito. César, además, en su carácter de prefecto de las costumbres, generalizó la práctica accidental de los censores de 86 antes de Jesucristo y ordenó completar el *album* tradicional de los ciudadanos del Imperio mediante una estadística completa de los habitantes de la *Urbs*, estadística que sería en lo sucesivo levantada, calle por calle e inmueble por inmueble, sobre la declaración y bajo la responsabilidad de los propietarios.

El avance ha proseguido bajo el principado de Augusto, durante el cual índices concordantes nos obligan a fijar el número de los habitantes de Roma muy cerca del millón.

Ante todo, la cantidad de trigo que, en el curso de ese reinado, la Anona debió almacenar cada año para su subsistencia: 20 millones de *modii* (1 millón 750.000 hectolitros) suministrados por Egipto, nos dice Aurelio Víctor, y el doble proporcionado por África, nos enseña Josefo: en total, 60 millones de *modii* (5 millones 250.000 hectolitros), cantidad que, a razón de un consumo medio de 60 *modii* (5 hectolitros 25) por cabeza y por año, daría un millón de consumidores.

Tenemos después la declaración de Augusto en sus *Res Gestæ*. Augusto, investido por vigésima segunda vez del poder tribunicio y por duodécima vez del consulado, o sea en 5 antes de Jesucristo, «ha dado 60 denarios a cada uno de los 320.000 ciudadanos» que a la sazón componían la plebe urbana. Ahora bien, de acuerdo con los términos empleados ex profeso por el emperador, esa distribución sólo se efectuó entre varones adultos: *viritim*, especifica el texto latino; κατ'ἄνδρα, traduce el ejemplar griego. De modo que fueron excluídas las mujeres y los menores de once años, que con aquéllos formaban parte de la plebe de la *Urbs*. Síguese de allí —aunque para este cálculo se utilizan las proporciones que en lo presente han establecido los actuarios entre los hombres, las mujeres y los niños— que el total de la *población romana* de la Ciudad, en 5 antes de Cristo, se ha elevado por lo menos a 675.000 *cives*. A este número es preciso añadir los diez mil hombres que formaban la guarnición de la ciudad y vivían en Roma, pero que no participaron del congiario. Y asimismo hay que agregar la muchedumbre de extranjeros avecindados y la mar de esclavos, infinitamente más importante todavía. De suerte que el propio Augusto nos lleva a suputar la población total de Roma bajo su reinado en un número que se aproxima al millón, si no le supera.

Por último, las estadísticas incluídas en los *Regionarios* del siglo IV de nuestra era [5] nos constriñen a aumentar aún más esa cifra para el

[5] Sobre el *Curiosum* y la *Notitia*, publicados en L. URLICHS, *Codex Urbis Romae Topographicus*, 1-27, cf. el reciente estudio de ARVAST NORTH, *Prolegomena till den Romerska Regionskatalogen*, Lund, 1932.

período del siglo II en que hemos dejado dicho que la población de Roma alcanzó su más alto vuelo. Mientras que adicionando, región por región, las viviendas de la *Urbs* empadronadas en el *Curiosum,* se llega a un doble total de 1.782 *domus* y 46.290 *insulæ,* la recapitulación del *breviarium* que encabeza la *Notitia* da de una vez 1.797 *domus* y 46.202 *insulæ.* La diferencia entre ambos documentos procede seguramente de la torpeza del copista del *Curiosum,* a quien a la larga adormecían las fastidiosas enumeraciones que debía transcribir. El copista, en el curso de su desagradable trabajo, ha estropeado u omitido algunos de los datos que a la vista tenía, cuando no los ha repetido mediante reiteraciones análogas a las que ha cometido atribuyendo consecutivamente igual número de *domus* a las regiones décima y undécima, o el mismo número de *insulæ* tanto a la tercera y a la cuarta como a la duodécima y a la décimotercera. Inútil sería buscar entre el *Curiosum* y la *Notitia* una conciliación superflua. Es preferible, entre los dos *Regionarios,* elegir aquel cuyo contenido ofrece la menor posibilidad de error. En otros términos, es lícito tener en cuenta sólo el resumen de la *Notitia;* y de la cifra que ésta nos proporciona de las viviendas de Roma debe deducirse el número —que la *Notitia* no nos da, pero que de ella se desprende— de los habitantes que poblaban las 1.797 *domus* y las 46.602 *insulæ* de su enumeración.

Es evidente que el resultado sólo puede ser aproximativo. Por otra parte, los exagerados escrúpulos de la crítica contemporánea parecen haberse complacido en complicar los requisitos del cálculo. En Francia, especialmente, Édouard Cuq y Ferdinand Lot piensan que en la *Notitia* el plural *domus* engloba todos los inmuebles de la *Urbs,* y que el plural *insulæ* es sinónimo de *cenacula* y significa los departamentos que integraban esos inmuebles. Consideran, en consecuencia, que los dos datos encajan el uno en el otro y, adoptando un término medio de cinco habitantes por departamento, le aplican por su propia autoridad a las 46.602 *insulæ* de la *Notitia,* obteniendo así un total de 233.010 habitantes. Mas sus operaciones están viciadas desde el principio por la evidente falsedad de sus interpretaciones verbales. Para un latinista, la *domus* —vocablo cuya etimología evoca la idea de dominio hereditario— es la casa particular en la que vive, única y exclusivamente, la familia de su propietario; y la *insula* —construcción aislada, como su nombre lo indica— es la «casa de renta», el edificio dividido en una serie de *cenacula* o departamentos, cada uno de los cuales abriga ya un solo locatario, ya una familia de locatarios. Podríanse acumular infinitos ejemplos: Suetonio, que recuerda la orden de César disponiendo que las cédulas del censo fueran llenadas por los propietarios de las *insulæs per dominos insularum;* Tácito, que se declara vencido ante la dificultad de calcular con exactitud los templos,

las *domus* y las *insulæ* desplomadas a raíz del incendio de 64 después de Jesucristo; el biógrafo de la *Historia Augusta,* que relata que en una sola jornada, durante el reinado de Antonino Pío, las llamas devoraron en Roma 340 viviendas —inmuebles de renta o casas particulares— *incendium trecentas quadraginta insulas vel domus absumpsit.* En todos esos textos, la *insula* figura siempre como edificio autónomo. Es unidad arquitectónica, no unidad locativa; y la prueba de que ella es designada con esta acepción en el sumario de la *Notitia* resulta, sin duda alguna, de la detallada descripción que este mismo documento hace —entre otros monumentos dignos de atraer, en la región novena, la curiosidad de los turistas— de la *insula Felicles;* esto es, del edificio de Felícula, cuyas extraordinarias dimensiones destacaremos más adelante. Por consiguiente, esnos vedado hacer entrar las 46.602 *insulæ* en las 1.797 *domus* de la estadística. Las *insulæ,* al contrario, deben sumarse a las *domus,* y, para medir su contenido humano, por fuerza tenemos que multiplicar el número de *insulæ* no sólo por el término medio de habitantes por *cenaculum,* sino también, y en seguida, por la cifra media de los *cenacula* o departamentos que cada una de ellas necesariamente comportaba.

Tanto más cuanto que la suma de 233.010 habitantes a la que llegan los calculadores que han comenzado por imponer a la noción de *insula* esta reducción deformatoria, señala una inferioridad inadmisible con el total de los ciudadanos adultos beneficiados en la *Urbs* con las generosidades de Augusto; insuficiencia tan manifiestamente irrisoria, que condena por sí sola el contrasentido que le da origen. Lo que no significa que, por reacción contra semejante sistema, sea preciso suponer a cada *insula* los 21 ó 22 *cenacula* que resultarían, en la *Notitia,* de la relación entre las 1.797 *domus* definidas como otras tantas *insulæ* y las 46.602 *insulæ* definidas como otros tantos *cenacula.* Esto sería caer en un exceso tan vituperable como el déficit anterior. Cuando estudiemos, en el siguiente capítulo, la casa típica de Roma, nos convenceremos rápidamente de que, término medio, la *insula* debía comprender de cinco a seis *cenacula* o departamentos, en cada uno de los cuales moraban, por lo menos, de cinco a seis ocupantes.

En virtud de estas consideraciones, del testimonio de los *Regionarios* sobre el siglo IV debe por fuerza deducirse que en el siglo II —época en que probablemente Roma ya ha concluído su crecimiento o, en todo caso, en que le ha dado un vigoroso impulso—, la Ciudad, además de los cincuenta mil ciudadanos, libertos y esclavos repartidos en un millar de *domus,* poseía, diseminada en los departamentos de sus 46.602 inmuebles de renta, una población que ha debido oscilar entre 1.165.050 y 1.677.672 almas. Aun si se adhiere a la menor de estas dos estimaciones, aun si se limita a las proximidades de 1.200.000 habitantes la

población de la *Urbs* bajo los Antoninos [6], resulta patente que ese conglomerado humano se acerca a los de nuestra época, sin haber gozado de las técnicas y de los medios de comunicación que en las ciudades modernas facilitan la aglomeración y la subsistencia de las masas.

De esta manera, no puede ocultarse que la capital del Imperio tuvo entonces que padecer los inconvenientes de una superpoblación peor que la que aflige a las nuestras. Si la *Urbs* alcanzó en su tiempo un desarrollo tan enorme, guardando las distancias, como Nueva York en el nuestro; si Roma, reina del orbe antiguo,

Terrarum dea gentiumque, Roma,
Cui par est nihil et nihil secundum [7]

—Diosa de los continentes y de las naciones, ¡oh, Roma!, a quien nada iguala ni nada se aproxima—, convirtióse, en la época de Trajano, en la tentacular y colosal ciudad cuya grandeza de estupor colmaba a extranjeros y provincianos, como la metrópoli americana pasma a la Europa de hoy, es muy probable que haya pagado más caro todavía el gigantismo que, al llevarla a ejercer la dominación universal, terminó por agobiarla.

[6] OATES, en *Classical Philology*, 1934, pp. 101-116, ha abordado, con posterioridad a Ferdinand Lot, el problema de la población de Roma, llegando, para el alto imperio, a la cifra urbana de 1.250.000 almas.

[7] MARCIAL, *Ep.*, XII, 8, 1-2.

CAPITULO II

LAS CASAS Y LAS CALLES

GRANDEZAS Y MISERIAS DE LA ANTIGÜEDAD

AUN si se concede que tuviera arriba de 2.000 hectáreas, el perímetro de la *Urbs* imperial resultaba tanto más estrecho para contener holgadamente sus 1.200.000 habitantes cuanto que todas sus porciones no eran utilizadas y ni siquiera utilizables. En efecto, débense restar parcialmente las numerosas zonas en las que los edificios públicos, santuarios, basílicas, depósitos, termas, circos y teatros, por disposición de las autoridades, sólo servían de morada a un puñado de ocupantes, tales como porteros, depositarios, amanuenses, ujieres, esclavos públicos o miembros de ciertas corporaciones privilegiadas; y, sobre todo, es menester excluir por completo de la superficie de la ciudad el lecho caprichoso del Tíber y los poco más o menos cuarenta parques o jardines que principalmente se extendían sobre el Esquilino, en el Pincio y a lo largo de ambas orillas del río; luego, el barrio del Palatino, cuyo goce exclusivo estaba reservado al emperador; y, por último, el Campo de Marte, en el que los templos, pórticos, palestras, *ustrina* y tumbas cubrían más de 200 hectáreas, y donde, por respeto a los dioses, las viviendas de los hombres hallábanse proscriptas. Si además se considera que los antiguos no disponían del margen casi ilimitado que el progreso de las comunicaciones terrestres o subterráneas ofrece —en Londres, en Nueva York, en París— al desenvolvimiento de las metrópolis contemporáneas, surge al instante que los romanos estaban condenados por la indigencia de sus medios de transporte a no pasar jamás ciertos términos territoriales, los mismos, sin duda, que Augusto y sus sucesores habían señalado a la *Urbs* y más allá de los cuales su vida se hubiera disgregado rompiendo su unidad. Incapaces de ampliar su territorio al ritmo de su acrecimiento numérico, los romanos debieron resignarse, sobre un suelo que les estaba estrictamente medido por el estancamiento de sus técnicas, a recuperar el espacio perdido mediante recursos que no eran sino expedientes contradictorios: calles estrechas y viviendas elevadas.

Así, la Roma imperial, constantemente y dondequiera, ha yuxtapuesto a sus esplendores monumentales la incoherencia de las viviendas a la vez incómodas y fastuosas, desmesuradas y frágiles, que entre sí enlazaban angostas y sombrías callejuelas. Y cuando nos esforzamos por descubrir los rasgos de su auténtica fisonomía, sentímonos desconcertados por los contrastes que en nuestra mente provocan sus imágenes de grandeza moderna y de simplicidad medieval, y donde, bruscamente, un brillante anticipo de arquitectura a la americana se detiene ante una visión confusa de laberinto oriental.

1. Aspectos Modernos de la Casa Romana

Ante todo, el estudioso no puede menos de quedar sorprendido por el aspecto «actual» de lo que otrora fué el tipo corriente de las viviendas romanas. La publicación que en 1910 emprendí del barrio de los muelles de Ostia; las excavaciones que a partir de 1907 han sido reanudadas en el sitio de esa colonia —arrabal y, en pequeño, fiel espejo de Roma—, y de las cuales, diez años después, Guido Calza dedujo con verdadero talento las conclusiones necesarias; la resurrección, en la propia Roma, de los edificios que bordeaban la calle de la Pimienta, *via Biberatica*, en el mercado de Trajano; la extracción de los restos subsistentes bajo la escalera de la *Ara Cœli* y, en fin, el estudio de las construcciones que se levantaban en las laderas del Palatino, «via dei Cerchi», y bajo la galería de la plaza Colonna, nos han permitido conocer sus dimensiones, sus plantas y su estructura verdadera [1].

Cuando, treinta años hace, se querían representar las casas romanas, transportábanse con la imaginación a las márgenes del Tíber los diferentes modelos de edificios desenterrados de la lava o de los *lapilli* del Vesubio, y se alardeaba de dibujar la imagen de la *Urbs* a imitación de las que habían suministrado las ciudades de Herculano y de Pompeya. En cambio, hoy día no existe un solo arqueólogo advertido que pretenda aplicar este método sumario además y por completo ilusorio. Verdad es que la llamada casa de Livia, en el Palatino, así como en Ostia la de los Gamalas, que luego pasó a un tal Apuleyo, se asemejan a los edificios campanenses, y que, en rigor, puédese admitir que los «hoteles particulares» de los ricos, los dominios o *domus*, a los que se hace referencia en los *Regionarios*, habían casi siempre copiado las formas de aquéllos. Pero los *Regionarios* dan en la *Urbs* un total

[1] Ver, en último término, la valiosa disertación de G. Lugli, *Aspetti urbanistici di Roma antica*, en los *Rendiconti della Pontificia Accademia di archeologia romana*, XIII, 1937, pp. 73-98. Sobre los orígenes de la *insula*, cf. Agnes K. Lake, *The origin of the roman house*, en *Am. Journal of Archaeology*, 1937, pp. 597-601. Su verdadera naturaleza ha sido establecida por G. Calza en su clásica memoria de los *Rendiconti dei Lincei*, de 1917.

de sólo 1.790 *domus* contra 46.602 *insulæ,* lo que equivale a decir que en la capital se contaba un solo hotel particular por cada veintiséis casas de renta; y, de acuerdo con el testimonio de los textos y con la interpretación objetiva de los fragmentos del catastro de la *Urbs* que Septimio Severo volvió a exponer en el Foro de la Paz, las últimas investigaciones han demostrado que la inmensa mayoría de las *insulæ* distan tanto de las excepciones de las *domus* como un palacio romano de un *villino* costanero, o como las suntuosas residencias de la calle de Rivoli y de las grandes avenidas parisienses distan de las rústicas viviendas de la Costa Esmeralda. En realidad, y por paradójica que a primera vista parezca esta afirmación, existe ciertamente más grande analogía entre la *insula* de la Roma imperial y las «*case*» populares de la Roma contemporánea, que entre aquélla y la *domus* de tipo pompeyano.

Esta última no ofrece a la calle más que un paramento ciego y macizo: todos sus vanos dan a los espacios interiores. La *insula,* en cambio, abre siempre sobre el exterior —y, a veces, cuando está dispuesta en torno a un patio central, hacia fuera y hacia dentro— sus puertas, sus ventanas y sus escaleras.

Compónese la *domus* de salas cuyas proporciones han sido calculadas una vez para siempre, su uso hase fijado de antemano y se alínean las unas tras las otras según un orden invariable: *fauces, atrium, alæ, triclinium, tablinum* y peristilo. La *insula* comprende, reunidas en *cenacula,* esto es, en viviendas separadas y distintas como nuestros «departamentos», piezas que no han recibido ningún destino previo y que, intercambiables entre sí dentro de un mismo piso, se suceden, rigorosamente superpuestas, de arriba abajo del edificio.

La *domus,* salida en línea directa de la arquitectura helenística, se extiende en sentido horizontal. Al contrario, la *insula* —nacida, probablemente durante el siglo IV antes de nuestra era, de la necesidad de albergar, detrás de los llamados muros servianos, una población en constante progresión— se desenvuelve en sentido vertical. A la inversa de la *domus* de Pompeya, la *insula* romana ha crecido en altura y ha terminado, bajo el imperio, alcanzando dimensiones vertiginosas. Tal es su carácter predominante; y es por éste que, después de haber maravillado a los antiguos, continúa asombrando al hombre de nuestro tiempo: tan notable es su semejanza con las viviendas urbanas más recientes y atrevidas.

En el siglo III antes de nuestra era, las *insulæ* de tres pisos (*tabulata, contabulationes, contignationes*) habíanse hecho tan numerosas, que ya no llamaban la atención; y Tito Livio [2], enumerando los prodigios que en el invierno de 218-217 antes de Jesucristo anunciaron

[2] Tito Livio, XXI, 62.

la ofensiva de Aníbal, menciona, sin volver a insistir en ello, esa *insula,* contigua al *forum boarium,* en la cual un buey, huído del mercado, trepó las escaleras hasta el tercer piso para luego precipitarse en el vacío entre los gritos y el espanto de los inquilinos. Al fin de la República, el término medio que incidentemente supone esta anécdota ha sido sobrepujado. La Roma de Cicerón está como suspendida en el aire sobre el escalonamiento de sus departamentos: *Roman cenaculis sublatam atque suspensam* [3]. La Roma de Augusto írguese más alto todavía. Entonces, como escribe Vitruvio, «la majestad de la Ciudad y el considerable aumento de sus habitantes exigieron una ampliación extraordinaria de las moradas, y los mismos hechos obligaron a buscar un remedio en la altura de los edificios» [4]. Remedio, por lo demás, peligrosísimo: como la exagerada elevación de los edificios entrañara riesgos para la seguridad de los ciudadanos y fuera causa de no pocos derrumbamientos, el emperador prohibió a los particulares levantar construcciones mayores de 70 pies (20 metros)[5]. Mas, a continuación, propietarios y alarifes rivalizaron en avaricia y en temeridad para explotar a fondo los márgenes de tolerancia que aun les dejaba aquella interdicción. Durante todo el transcurso del alto imperio, abundan las pruebas de esta ascensión apenas creíble para la época. Estrabón, describiendo el Tiro de los comienzos de nuestra era, observa con sorpresa que las casas de este ilustre puerto levantino son casi más elevadas que las de la Roma imperial [6]. Cien años después, mófase Juvenal de esa Roma aérea que descansa en viguetas delgadas y largas como flautas [7]. Cincuenta años más tarde, Aulo Gelio se queja de las viviendas de múltiples y empinados pisos: *multis arduisque tabulatis* [8]; y el rétor Elio Arístides piensa seriamente que si las casas de la *Urbs* fuesen de un golpe reducidas todas al nivel del piso bajo, se extenderían hasta Adria, sobre el Mar Superior [9].

Trajano renovó y aun agravó las restricciones de Augusto[10], fijando en 60 pies (18 metros) la altura máxima de los edificios privados; pero en vano lo hizo: la necesidad fué más fuerte que la ley. Todavía se mostraba, en el siglo IV, entre las curiosidades de la Ciudad, al lado del Panteón y de la columna Aureliana, una casa gigantesca cuya prodi-

[3] CICERÓN, *De leg. agr.*, II, 96.

[4] VITRUVIO, II, 3, 63-65.

[5] Sobre la reglamentación de Augusto, cf. ESTRABÓN, V, 3, 7; XVI, 2, 23; TÁCITO, *Hist.*, 2, 71; AULO GELIO, XV, 1, 2; MARCIAL, *Ep.*, I, 117, 7.

[6] ESTRABÓN, XVI, 2, 23.

[7] JUVENAL, *Sat.*, III, 190 y siguientes.

[8] AULO GELIO, XV, 1, 9.

[9] ELIO ARÍSTIDES, *Or.*, XIV, 1, p. 323 Dindorf.

[10] Sobre la reglamentación de Trajano, cf. AURELIO VÍCTOR, *Epitome*, 13, 13. *Statuens ne domorum altitudo exsuperaret pedes lx.* Cf. *Dig.*, XXXIX, I, 1, 17 y *Código Just.*, VIII, 10, 1.

giosa talla merecía siempre la atención del visitante: la *insula Felicles*, el edificio de Felícula. Había sido construído doscientos años antes, pues, al comenzar el principado de Septimio Severo (193-211), su fama había ya cruzado los mares: cuando Tertuliano quiere convencer a sus compatriotas africanos de lo absurdo de las invenciones con las que los Valentinianos pretenden colmar el infinito que separa la creación del Creador, no encuentra comparación más instructiva: búrlase sin piedad de esos herejes, embarazados con todas las construcciones y artificios que ha engendrado su delirio, por haber «transformado el Universo en una suerte de inmensa casa de huéspedes» en cuyo desván colocan a Dios, bajo el tejado *—ad summas tegulas—*; casa de huéspedes que levanta «hacia el cielo tantos pisos como en Roma tiene el edificio de Felícula» [11]. Seguramente, no obstante los edictos de Augusto y de Trajano, los arquitectos habían redoblado su audacia, y la *insula Felicles* se erguía como un rascacielos sobre la Roma de los Antoninos.

Aunque la citada *insula* haya sido una excepción singularísima, una suerte de fenómeno casi monstruoso, probado está que los inmuebles de cinco a seis pisos no eran raros en torno a ella. En el que habitó Marcial, sobre el Quirinal, calle del Peral, el poeta debía subir sólo hasta el piso tercero para llegar a su departamento; mas él no era el peor alojado. Ya sea en su misma *insula,* ya en las *insulæ* vecinas, había locatarios muy menos favorecidos, puesto que estaban encaramados a mucha mayor elevación; y, en el cruel cuadro que de un incendio romano nos ha pintado Juvenal, simula éste dirigirse al desprevenido inquilino que mora, como el dios de los Valentinianos, en el desván de la posada:

«Ya el tercer piso humea
y tú lo ignoras. Mas si el fuego prende
en el piso más bajo, al desdichado
que en el desván habita,
donde la teja sola le defiende
de la lluvia, y el huevo deposita
la encelada paloma, ¿qué le aguarda?
tan sólo ser el último que arda».[12]

Estas imponentes construcciones, que parecían no tener fin, y de las cuales el transeúnte debía alejarse para lograr entrever el remate, dividíanse en dos categorías:

a) Las más suntuosas, en las que el piso bajo, constituyendo un todo puesto a disposición de un solo y único inquilino, adquiría

[11] TERTULIANO, *Adv. Val.*, 7.
[12] JUVENAL, *Sat.*, III, 199-202. Había cinco pisos en la *Biberatica* y en la *Scala* de la *Ara Caeli.*

el prestigio y las ventajas de una casa particular ubicada en la base de la *insula*. De allí el nombre de *domus* que con frecuencia se le da, en oposición a los departamentos o *cenacula* de los niveles superiores.

b) Las más comunes, cuya planta baja había sido dividida en una serie de almacenes y tiendas, las *tabernæ*, que los textos mencionan a menudo y que son tanto más fáciles de figurar cuanto que el esqueleto de numerosas de ellas, sobre la *via Biberatica* y en Ostia, ha subsistido hasta nuestros días.

Sólo los graves personajes de bien herrada bolsa podían permitirse el lujo de la *domus* que brindaban las primeras; y sabemos, por ejemplo, que ya Celio pagaba por la suya, en tiempo de César, un alquiler anual de 30.000 sestercios = 30.000 francos Poincaré = 6.000 francos anteriores a la guerra [13].

Al contrario, una humilde población vegetaba bajo la bóveda de las *tabernæ*. Cada una de éstas abríase sobre la calle por una amplia puerta de arqueado dintel, ancha como casi todo el ancho del local, y cuyas hojas de madera, al tardecer, eran bajadas o corridas sobre el umbral y cuidadosamente aseguradas con cerrojos o con aldabas. La *taberna* no comprendía nada más que la tienda de un comerciante, el taller de un artesano o el mostrador o el tabanco de un revendedor; mas casi siempre había lugar en uno de sus ángulos para cuatro o cinco peldaños de ladrillo o de piedra, sobre los que apoyaba una escalera portátil de madera. Por ésta se llegaba a un zaquizamí directamente iluminado por una ventana oblonga y única, que encima y en medio de la puerta caía. El tugurio servía de habitación privada a los amos de la tienda, a los dependientes del almacén o a los obreros del taller. En todos los casos, trabajadores libres o domésticos serviles, los usuarios de una *taberna*, para sí y para los suyos, no tenían nunca más de una pieza a su disposición: allí trabajaban, cocinaban, comían y dormían en una promiscuidad por lo menos igual a la que veremos entre los locatarios de los últimos pisos. Pero quizá, y en general, aquéllos llevaban una vida más mísera que éstos. Al menos parece que los ocupantes de las *tabernæ*, casi siempre, veíanse en tremendos aprietos para pagar sus alquileres. Al decir de los textos antiguos, el propietario, para apremiar a sus deudores morosos, se limitaba a retirar la escala de madera que conducía al aposento de éstos, y así, cortándoles los víveres, los compelía a capitular. Mas la gráfica expresión *percludere inquilinum*, «sitiar al inquilino», no se hubiera convertido, entre los jurisconsultos, en sinónimo de «obligar al locatario al pago», si la operación que ella evoca, y que sólo es inteligible en el humilde escenario de la *taberna*, no hubiese sido corrientemente practicada en la Roma imperial.

[13] Cf. CICERÓN, *Pro Caelio*, VII, 17.

En resolución, diferencias apreciables existían entre las dos categorías de casas de renta a las cuales cabe el nombre de *insula*; pero, procediendo casi exclusivamente de la disparidad entre la *domus* y las *tabernæ* de la planta baja, esas diferencias no impedían que unas y otras *insulæ* estuvieran contiguas en el terreno y obedecieran a las mismas reglas en la distribución interna y en el aspecto exterior de sus pisos.

Consideremos la Roma actual: es muy cierto que ésta, durante los últimos sesenta años, y sobre todo después del fraccionamiento de la villa Ludovisi, ha conocido la unidad aislada de los «barrios aristocráticos». Mas, con anterioridad, un soplo igualitario siempre había acercado allí las más nobles residencias a las casas más vulgares; y, aun hoy, suele la sorpresa coger al forastero que bruscamente ve surgir, en la desembocadura de calles que colma el populacho, la majestad de un Palacio Farnesio. Es por este rasgo fraternal que la Roma de los vivos ha resucitado a la de los Césares, donde las altas clases y la plebe tocábanse doquier sin chocar en parte alguna. El orgulloso Pompeyo no había creído venir a menos permaneciendo fiel a las Carenas. Antes de emigrar, por razones políticas y religiosas, a las dependencias de la Regia, el más refinado de los patricios, Julio César, residía en Subura. Más tarde, Mecenas instaló sus jardines en la parte peor reputada del Esquilino. Hacia la misma época, el riquísimo Asinio Polión escogió para su morada la plebeya colina del Aventino, que elegirá también como domicilio Licinio Sura, el vice-emperador del reino de Trajano. A fines del siglo I de la era cristiana, el sobrino del emperador Vespasiano y un poeta parásito como Marcial habitaron, no lejos uno de otro, sobre las faldas del Quirinal; y, en las postrimerías del siglo siguiente, Cómodo será asesinado en el retiro que se había hecho construir en medio del democrático Celio.

Con seguridad, a cada incendio que los devora, los diferentes barrios de la Ciudad renacen de sus cenizas más sólidos y magníficos; sin embargo, la vecindad de los contrarios, que en nuestra época se repite, subsiste, apenas atenuada, después de cada una de esas renovaciones forzosas. Por ello, toda tentativa para especializar las catorce regiones de la *Urbs* está condenada a fracaso. A lo sumo puede convenirse en que los delicados deseosos de evitar la multitud viéronse obligados a alejarse cada vez más, a refugiarse a la vera del «campo», en los pinares del Pincio y del Janículo, donde se extendían los parques de sus villas suburbanas [14]; mientras que, desalojada del centro por la presencia de la corte y la profusión de los edificios públicos, a la vez que

[14] Sobre las hermosas villas suburbanas, cf. MARCIAL, I, 108, 2-4; VII, 61, 1-6. Que sus propietarios no hayan logrado siempre aislarse se desprende, por otra parte, del encantador epigrama X, 79.

empujada hacia él por los negocios que en el mismo se traían, la gente del pueblo afluyó de preferencia a las zonas intermedias entre los foros y los arrabales, en las regiones exteriores y tangentes a la muralla republicana, que la reforma de Augusto había de un golpe incorporado a la *Urbs*.

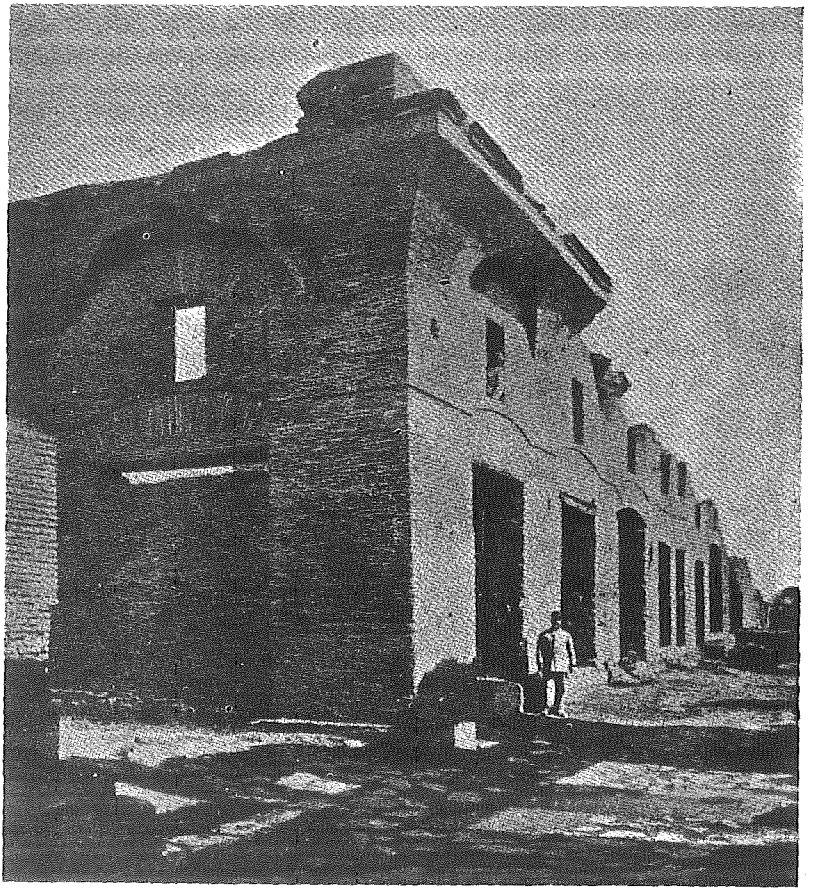


Fig. 10. — Ruinas de la Casa de Diana, en Ostia.

En efecto, si se consultan los *Regionarios* y se examinan en ellos, región por región, los números allí consignados de las *insulæ*, esto es, de las casas de renta, y de los *vici*, o sea de las arterias que sirven a las *insulæ*; y si se suman dichos números en dos grupos distintos respectivamente formados por las ocho regiones de la Ciudad vieja y por las

seis regiones de la Ciudad nueva, el término medio extraído de este cálculo es, para cada una de las primeras, de 2.965 *insulæ* y 17 *vici*, y, para cada una de las segundas, de 3.429 *insulæ* y 28 *vici*. De esta manera, a igualdad de regiones, es en la Ciudad nueva donde se apiñaba el mayor número de inmuebles; y, a igualdad de *vici*, no es en la vieja Ciudad (allí había 174 *insulæ* por *vicus*), sino en la nueva (en ésta existían solamente 123 *insulæ* por *vicus*) donde las viviendas alcanzaron su más amplio desarrollo. Además, los *Regionarios* han lo-

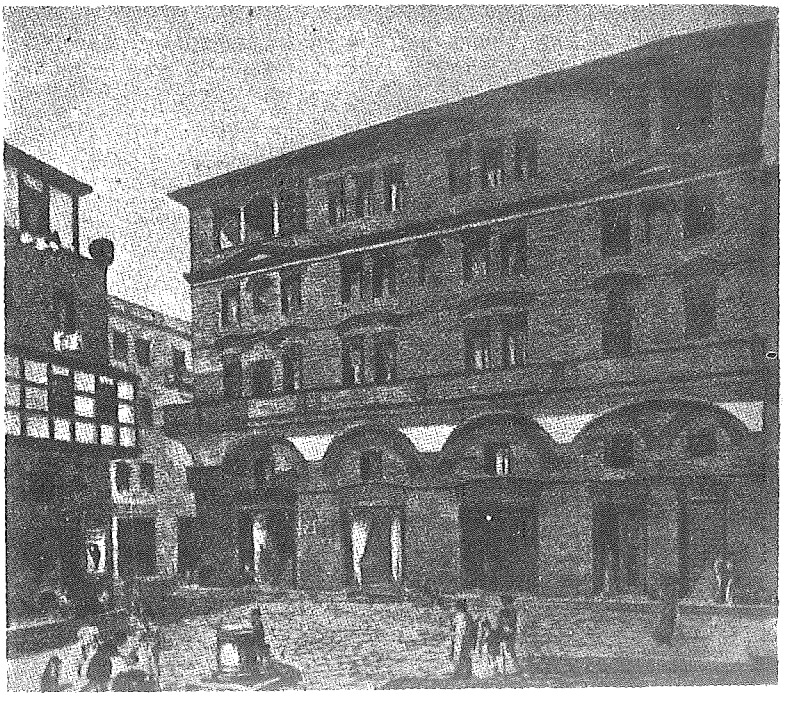


Fig. 11. — **La Casa de Diana, en Ostia.** (Reconstrucción por el Arq. I. Gismondi).

calizado la *insula* gigante, el rascacielo de Felícula, en la novena región, llamada Circo Flaminio, en pleno centro de la Ciudad nueva. Sondeos aislados llevan a la misma conclusión que las estadísticas globales: los eficaces resultados del urbanismo imperial han engrandecido desmesuradamente, en todo sentido y a la moderna, los vastos inmuebles de la Roma antigua.

Defuera, todas esas *insulæ* monumentales ofrecían notable parecido, volviendo hacia la calle fachadas casi uniformes. En cada una

de ellas, los diversos pisos superponían simétricamente sus *cenacula* de capaces vanos, y la escalera de piedra, conduciendo directamente desde la calle hasta los departamentos superiores, cortaba con sus escalones primeros la hilera de *tabernæ* o los muros de la *domus*. Reducido a sus elementos esenciales, resúltanos su esquema familiar: diríase que son casas urbanas construídas ayer u hoy.

Ruinas bien conservadas han permitido a competentísimos expertos reconstruir sobre el papel el aspecto de esos edificios, y las reconstrucciones ofrecen tan grandes analogías con los inmuebles que hogaño habitamos, que nuestro primer impulso es desconfiar de ellas. Empero, un examen más atento prueba que han sido ejecutadas a conciencia y con la más absoluta fidelidad. Boethius, por ejemplo, confrontando sobre una misma placa fotográfica tal sección del mercado de Trajano o tal edificio de Ostia con algunas modernas casas de la «via dei Cappellari», en Roma, o de la «via dei Tribunali», en Nápoles, ha mostrado, en esas formas separadas por siglos, contactos sorprendentes que, a veces, tocan en identidad [15]. Sin duda, si resucitasen de entre los muertos, los súbditos de Trajano y de Adriano creerían entrar en sus casas al cruzar el umbral de esos *casoni* contemporáneos, y hasta lamentarían con toda razón que, a lo menos exteriormente, sus habitaciones hayan antes perdido que ganado con el correr del tiempo.

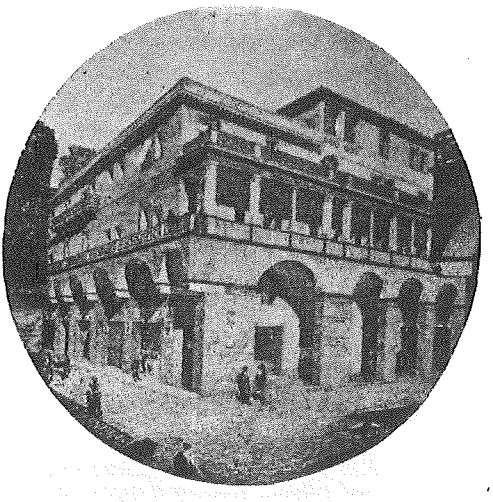


Fig. 12. — Casa en una esquina de la Vía de la Fortuna, en Ostia. (Reconstrucción por el arquitecto I. Gismondi).

Comparada superficialmente con su heredera de la tercera Italia, la *insula* de la Roma imperial testimonia un gusto más delicado y una más elegante perfección. Y a fe que es la casa antigua la que nos proporciona la impresión más moderna. Sus paramentos —aquí de madera y de casquijo, allá de ladrillos discretamente aparejados—

[15] Sobre estas comparaciones entre la época antigua y la época actual, ver el interesante artículo de BOETHIUS en los *Scritti in onore di B. Nogara*, Roma, 1937.

disponíanse con un arte cuya calidad no hemos vuelto a ver después de los hoteles normandos y los castillos de Luis XIII. Sus puertas y ventanas eran asimismo numerosas y con frecuencia más amplias que las actuales. La fila de sus tiendas estaba de ordinario protegida y disimulada por la línea de un pórtico. En sus diferentes pisos se suspendían, sobre el frente principal, ya galerías *(pergulæ)* que descansaban en el pórtico, ya balcones *(mæniana)* de pintoresca variedad: unos de madera, de los cuales se han hallado, encajadas en el muro, las vigas de sostén; otros de ladrillo, ora apoyados sobre pechinas, ora fundados en una serie de bóvedas cilíndricas rectas, a las que apuntalaban grandes ménsulas de travertino fuertemente encastradas en la

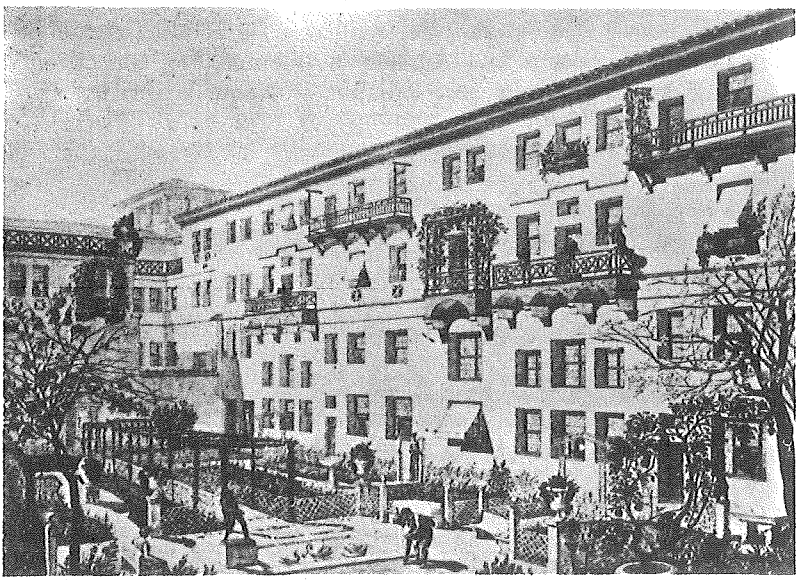


Fig. 13. — **Frente y patio interiores de la «Casa del Dipinti», en Ostia.** (Reconstrucción por el arquitecto I. Gismondi).

fábrica sobre la prolongación de los muros laterales. En las pilastras de las galerías y en el antepecho de los balcones enroscábanse plantas trepadoras. La mayoría de las ventanas estaba adornada de macetas con flores, formando esos jardines en miniatura de los que nos habla Plinio el Antiguo; jardines que, en los rincones más sofocantes de la gran ciudad, mitigaban un tanto, entre los humildes pobladores de la *Urbs* salidos de un largo linaje de paisanos, la nostalgia del campo[16].

[16] PLINIO *N. H.*, XIX, 59; cf. MARCIAL, XI, 18.

Sabemos que en Ostia, a fines del siglo IV, los modestos albergues, como aquel donde San Agustín ha ubicado su sublime y apacible plática con Santa Mónica, estaban siempre rodeados, a indicación de sus administradores, de follaje y verde sombra. La *Casa dei Dipinti,* sensiblemente más antigua, parece haberse hallado festoneada y florecida en todos sus frentes y de pies a cabeza: la fidelísima reconstrucción que Calza y Gismondi de ella han publicado, sugiere la idea de una ciudad-jardín por entero semejante a las más atrayentes de las que ahora construyen, para los obreros y para la pequeña burguesía de nuestros grandes centros, las sociedades inmobiliarias de mayor prestigio y las asociaciones filantrópicas más liberales y generosas. Contemplando esa imagen singular y apenas mejorada, estamos a punto de negar el progreso y de envidiar a los hombres que antaño, en tiempo de Trajano o bajo Adriano y Antonino Pío, conocieron las delicias de la realidad que ante nuestros ojos aquélla dibuja.

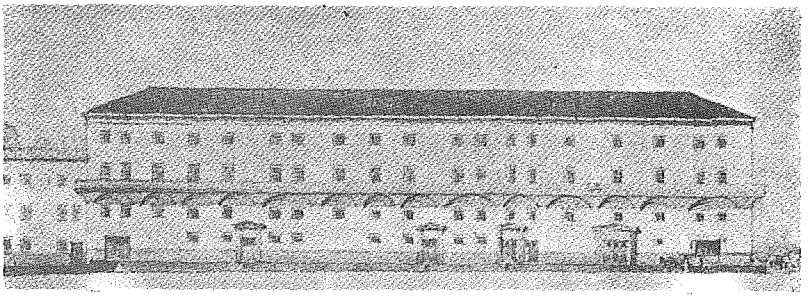


Fig. 14. — Fachada de la «Casa dei Dipinti», en Ostia. (Reconstrucción por el arquitecto Lawrence).

Desgraciadamente para esta *insula,* la más lujosa de cuantas hasta lo presente nos haya hecho conocer la ciencia arqueológica, sus comodidades no respondían a su presencia en modo alguno. Los arquitectos, por cierto, nada habían omitido para embellecerla. Habíanla solado con un pavimento de baldosas y con mosaicos cuyas complicadas recetas hanos transmitido Vitruvio; y asimismo la habían revestido, con arreglo a los largos y costosos procedimientos que el mismo autor analiza, de colores hoy borrados en gran parte, pero antiguamente tan vivos y animados como los frescos de Pompeya. A la cual policromía debe la *insula* el nombre con que la han bautizado los sabios italianos: *Casa dei Dipinti,* casa de las pinturas. No osaría yo, ¡claro está!, ornarla de los *laquearia* cubiertos con chapas movibles de tuya o de labrado marfil, con los que los advenedizos como Trimalción entapizaban la máquina que, colocada arriba del comedor, servía para

hacer descender una lluvia de flores, de perfumes o de menudos y preciosos regalos sobre los satisfechos y sorprendidos convidados. Pero, ¿no estarían las piezas decoradas con aquellos cielos rasos de estuco dorado que ya placían al caprichoso gusto de la mayoría de los contemporáneos de Plinio el Antiguo?

Sea lo que fuere, esa suntuosidad tenía su reverso, y las más opulentas *insulæ* pecaban a la vez por la fragilidad de su fábrica, por la mezquindad de su moblaje y por la deficiencia de su iluminación, de su calefacción y de su higiene.

2. Aspectos Arcaicos de la Casa Romana

Estos altivos edificios eran de muy menguada planta. Mientras las *domus* de Pompeya se extienden fácilmente sobre 800 y 900 metros cuadrados, ya las *insulæ* de Ostia, no obstante haber sido edificadas con arreglo al plan de conjunto que Adriano impusiera a sus arquitectos, sólo rara vez cubren una superficie tan amplia; y en cuanto a las *insulæ* de Roma, las áreas que resultan de los fragmentos del catastro de Septimio Severo, donde ellas están consignadas, varían de ordinario entre 300 y 400 metros cuadrados. Aun suponiendo, lo que sería poco razonable, que no hayan existido allí otras más reducidas, para siempre jamás sepultadas en las ruinas del terreno, las tales cifras son desconcertantes: 300 metros cuadrados de extensión horizontal para un desenvolvimiento vertical de 18 y 20 metros, bien poco es, sobre todo si se tiene en cuenta el espesor de los entrepisos; y basta cotejar estos dos datos para advertir al punto el peligro que su desproporción entrañaba. Las fincas de Roma carecían de la base correspondiente a su empuje ascencional, y sus derrumbamientos eran tanto más de temer cuanto que, seducidos por el cebo del lucro, los alarifes habían economizado todavía más en la solidez de la mampostería y en la calidad de los materiales.

«La ley —dice Vitruvio— no autorizaba a dar más de un pie y medio (0 m 45) de espesor a los muros exteriores, y las paredes internas, para que hubiera menos terreno perdido, no debían ser más gruesas». Añade Vitruvio que, a lo menos a partir de Augusto, se obviaba esta delgadez obligatoriamente excesiva mediante cadenas de ladrillos que sostenían el casquijo, y comprueba con afable filosofía que esta combinación de sillares, cadenas de ladrillos e hileras de cantos rodados ha permitido a los edificios alcanzar sin inconvenientes ponderables alturas y al pueblo romano crearse con facilidad hermosas habitaciones: *populus romanus egregias habet sine impeditione habitationes* [17].

[17] Vitruvio, II, 8, 17.

Veinte años más tarde, Vitruvio hubiera cambiado de tono. La elegancia y la facilidad de las que él se felicita habían sido adquiridas con detrimento de la solidez. Aun cuando en el siglo II el aparejo de ladrillos comienza a prevalecer, esto es, aunque se adoptó el uso de revestir de ladrillos la totalidad de los paramentos, los hundimientos de las viviendas y sus demoliciones preventivas no cesaron de colmar con su estruendo la Ciudad; y los locatarios de una *insula* estaban constantemente expuestos a que ésta cayera sobre sus cabezas. Conocido es el mordaz y atribulado pasaje de Juvenal:

«¿Quién teme, o temió nunca la rüina
en la helada Preneste o en Volsena,
que en selvosas gargantas se reclina,
o en Gabia tosca, en Tibur montuosa?
Mas nosotros expuestos a mil males
vivimos sin temor una ruinosa
ciudad, que con puntales
frágiles en gran parte se sostiene;
pues con ellos el vílico contiene
techo ruinoso y muros,
y tapando las grietas, luego exclama
cuando el riesgo es mayor: —¡Dormid seguros!»

Y no se piense que el satírico ha recargado las tintas, pues muchos casos judiciales, previstos en el *Digesto,* confirman la precaria situación que movía su enojo.

«Suponiendo, por ejemplo, que el propietario de una *insula* la haya alquilado toda por 30.000 sestercios (30.000 francos Poincaré = 6.000 francos anteriores a la guerra) a un locatario principal que, subarrendando los *cenacula,* obtiene una renta de 40.000 sestercios, y que luego aquél resuelve demolerla so pretexto de que el edificio amenaza caer, una acción por daños y perjuicios será admisible de parte del locatario principal. Si verdaderamente el inmueble ha sido demolido por necesidad, el demandante tendrá derecho a recibir una suma igual a su propio alquiler, y nada más. En cambio, si la finca ha sido demolida para facilitar al propietario una reconstrucción mejor y ulteriormente más remunerativa, éste, además, deberá abonar al arrendatario al cual su iniciativa haya causado la evicción de los subarrendatarios, la suma de que este éxodo haya privado al locatario principal.» [18]

Este texto es sugestivo en sí mismo y por lo que permite adivinar. Los términos de su pedestre redacción no dejan ninguna duda sobre la frecuencia de las prácticas a que hace referencia; y éstas demuestran

[18] *Dig.,* XIX, 2, 30.

que las casas de la Roma imperial, tanto o más endebles que las antiguas casas americanas, se derrumbaban o se demolían como no ha mucho tiempo las de Nueva York.

Además, se incendiaban tan frecuentemente como las de Estambul en la época de los Sultanes. Porque eran inconsistentes. Porque la pesada contextura de sus entrepisos exigía gruesas vigas de madera. Porque los riesgos de la combustión paseábanse allí de bracero con las estufas portátiles de la calefacción, con los candiles, las lámparas fumosas y los hachones para el alumbrado nocturno. En fin, porque, como veremos, el agua era avariciosamente medida a los pisos altos. Consecuencias: el crecido número de incendios y la rapidez de su propagación.

Cabe recordar aquí el arbitrio que, en el postrero siglo de la República, el plutócrata Craso había ideado para explotar los incendios y acrecer, con sus estragos, su desaforada fortuna. Sabedor de un siniestro, acudía al lugar donde éste se había producido, prodigaba sus consuelos al propietario desesperado por la súbita destrucción de su bien y, acto continuo, le compraba a ruin precio, muy por debajo del valor real, el terreno sobre el que sólo yacía un informe montón de escombros. Tras lo cual, con uno de sus equipos de albañiles a los que él mismo había adiestrado, reedificaba en el propio lugar una *insula* flamante, cuya renta no tardaba en reintegrarle con creces el capital invertido.

Y más tarde, bajo el Imperio, después de la creación, por Augusto, de un cuerpo de bomberos o vigilantes, la práctica de Craso no hubiera dado inferiores resultados. Hasta en tiempo de Trajano, tan celoso de la policía de la *Urbs*, era el incendio moneda corriente en la existencia de los romanos. Tiembla el rico por su morada y, en su angustia, hace velar por una cohorte de esclavos sus vasos de precioso ámbar, sus bronces, sus columnas de mármol frigio y sus incrustaciones de concha o de marfil. El pobre es sorprendido durmiendo en su desván por las llamas invasoras y piensa ser asado vivo. En todos es tan poderosa la obsesión, que Juvenal, para substraerse a ella, está dispuesto a desertar de Roma:

> «Yo vivir quiero do la llama
> del incendio, ni el miedo me despierte
> de noche...» [19]

Y a fe que el poeta no exagera. Los juristas son el eco de sus sátiras: enséñanos Ulpiano que en la Roma imperial no pasaba un solo día sin varios incendios: *plurimis uno die incendiis exortis*. [20]

Del mal, el menos: la penuria de muebles disminuía la magnitud

[19] JUVENAL, XIV, 305 y III, 196.

[20] ULPIANO, en *Dig.*, I, 15, 2.

de cada una de esas catástrofes. Con condición de haber sido precavidos a tiempo, los pobres diablos de los *cenacula,* como el imaginario Ucalegón que Juvenal, por ironía, ha bautizado burlonamente con el épico nombre de un troyano de la *Eneida,* presto estaban en disposición de «poner a salvo sus modestos chirimbolos» [21]. Los ricos, en la ocurrencia, tenían más que perder y no hubieran podido, como aquél, salvar todo su haber en un paquete. Sin embargo, también ellos sólo poseían, con sus estatuas de mármol o de bronce, un mobiliario muy reducido, cuya opulencia dependía menos del número y del tamaño de sus piezas que de las materias preciosas y de las formas peregrinas que para ellas habían exigido.

En el pasaje de Juvenal que he citado más arriba, si el millonario puesto en escena ha tomado tantas precauciones contra el fuego, es para preservar no lo que hoy llamaríamos los muebles, sino solamente los objetos de arte y las costosas chucherías. En las casas de todos los romanos, el moblaje consistía esencialmente en las camas sobre las cuales dormían durante la noche y a la siesta, y en las que comían, recibían, leían y escribían el resto de la jornada. La gente pobre se contentaba con camastros de mampostería adosados a los muros y cubiertos con jergones de paja. Los ricos gastaban tanto mayor número de lechos y tanto más vistosos cuanto mejor acomodaba a su gusto y antojo. Tenían lechos pequeños de una plaza, y éstos eran mayoría: *lectuli.* Asimismo había camas de dos plazas para matrimonio: *lectus genialis;* camas de tres plazas en los comedores: *triclinia;* y en casa de aquellos que buscaban publicar su fortuna y deslumbrar al prójimo, veíanse camas de seis plazas. Habíalas vaciadas en bronce, y otras, en mucho las más numerosas, que sólo estaban talladas en madera de encina, de arce, de terebinto o de tuya, o en esas maderas exóticas de líneas ondulantes y tornasolados reflejos que les prestaban mil colores a un tiempo como el plumaje del pavo real:

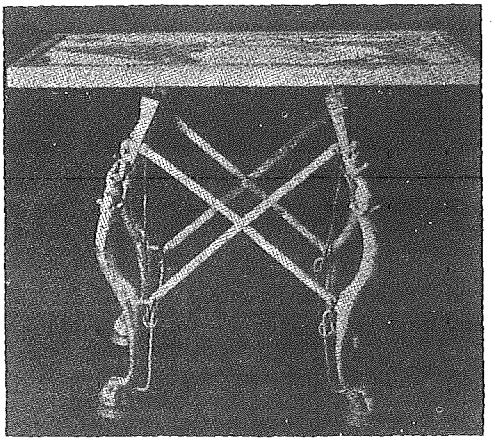


Fig. 15. — Mesa de bronce. (Museo de Nápoles)

[21] Sobre el modestísimo ajuar de los pobres, cf. MARCIAL, XII, 32.

lecti pavonini. Y también había las que combinaban la madera de sus cujas con el bronce de sus pies, cuando no el marfil de sus pies con el bronce de sus cujas; unas en las que la madera tenía incrustaciones de carey, y otras en las que el bronce estaba nielado con plata y aun con oro [22]. Y, en fin, camas había de plata maciza, como la en que se echaba Trimalción. Sea lo que fuere, el lecho era el mueble por excelencia tanto de la *domus* señorial como de la *insula* proletaria, y poco faltaba para que en ésta y en aquélla la cama di-

Fig. 16. — **Agripina arrellanada en una «cathedra».** (Museo Capitolino, Roma).

suadiera a los romanos de procurar y utilizar cualquier otro elemento del moblaje.

Sus mesas en nada se parecían a las nuestras. Sólo muy tarde y a través del culto cristiano se convirtieron en las mesas macizas de cuatro patas que en lo presente utilizamos. Durante el alto imperio,

[22] Sobre este lujo, cf. CUMONT, *Égypte des Astrologues*, Bruselas, 1937, p. 100, n. 6.

las *mensæ* eran ya aparadores de mármol montados sobre un pie y destinados a exponer a la admiración de los visitantes los más preciosos objetos de la casa *(cartibula)*, ya veladores de madera o de bronce provistos de tres o cuatro *trapezophora* movibles, ya simples trípodes cuyas patas metálicas y plegadizas terminaban por lo común en garras de león.

En cuanto a los asientos, sus restos se encuentran más raramente en las excavaciones que los de las mesas, y con razón. Como los hombres comían y trabajaban acostados, aquéllos ninguna función tenían que cumplir. En efecto, el sillón o *thronus,* con brazos y espaldar, estaba reservado a la divinidad; la silla de respaldo más o menos inclinado, la *cathedra,* casi no se utilizaba en la vida privada: sólo algunas damas copetudas —cuya molicie, por otra parte, censura Juvenal— tenían el hábito de recostarse melindrosamente en ellas; y los textos nos las muestran nada más que en dos casas: en la sala de recepción del palacio de Augusto —el «Toma asiento, Cinna» de nuestro viejo Corneille procede en línea directa del relato de Séneca— y en el cubículo *(cubiculum)* donde Plinio el Joven reunía a sus amigos para hacer tertulia. Fuera de allí, las *cathedræ* sólo aparecen como atributo del maestro que enseña en su *schola,* o del sacerdote que oficia en su templo: el hermano arval de la religión oficial, el jefe de ciertas sectas esotéricas del paganismo y, más tarde, el presbítero cristiano. Explícase, pues, que de su nombre de *cathedræ* hayamos derivado el nombre de nuestras *cátedras.* Para el uso corriente, los romanos se contentaban con bancos *(scamna)* o con escabeles *(subsellia)* o con *sellæ,* sin brazos ni espaldar, que llevaban consigo cuando salían de sus casas, y que, aun siendo «curules» y de marfil, como las de los magistrados, o de oro como la de Julio César, no dejaban de ser simples sillas de tijera.

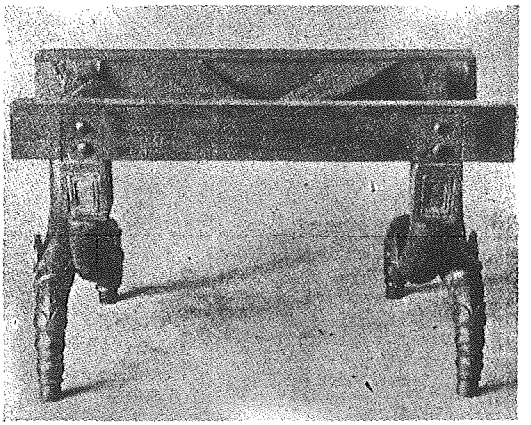


Fig. 17. — Silla de tijera. (Museo de Nápoles)

Después de las camas, lo esencial del mobiliario consistía en fundas, alfombras, colchas y cojines que se extendían o colocaban sobre

los lechos, al pie de las mesas, sobre los escabeles y sobre las *sellæ*, y consistía, por fin, en los ornamentos varios y en la vajilla.

La vajilla de plata era de uso tan común, que Marcial ridiculiza y tiene por tacaños a los amos que, como aguinaldo de las Saturnales, no gratifican a sus clientes por lo menos con cinco libras (poco más de un kilogramo y medio) en objetos de plata[23]. La vajilla no era de barro nada más que entre los miserables. Entre los ricos, estaba cincelada por maestros, centelleante de oro[24] y con piedras preciosas engastadas. Al leer ciertas descripciones antiguas se experimenta un deslumbramiento de cuento de las *Mil y Una Noches*, pues se penetra en un ambiente semejante al en que el Islam no ha cesado de vivir, con amplios aposentos desnudos donde la riqueza se mide por la profusión y la profundidad de los divanes, por el viso de los damascos y por el brillo de la orfebrería y de los cobres ataujiados, mientras están totalmente ausentes las comodidades que en la actualidad conoce el mundo occidental.

Fig. 18. — **Vaso de plata del tesoro de Bernay.** (Gabinete de Francia).

[23] Sobre la vajilla, cf. MARCIAL, VII, 53.

[24] Sobre la riqueza de los muebles romanos, cf. MARCIAL, VI, 94; XI, 22; XI, 66; JUVENAL, XI, 120, etc.

La iluminación, de igual modo, era en extremo deficiente hasta en las casas romanas más notables: no es que los amplios vanos que horadaban sus muros no hayan sido capaces, a ciertas horas, de inundarlas del aire y de la luz que ahora nosotros con avidez deseamos; sino que, en determinados momentos del día, o bien no dejaban penetrar allí ni el uno ni la otra, o bien las iluminaban y las ventilaban más de la cuenta. Va un ejemplo: ni en la *via Biberatica,* en el mercado de Trajano, ni en la *Casa dei Dipinti,* en Ostia, se han hallado fragmentos de mica o vestigios de vidrio junto a las ventanas, prueba de que esas habitaciones no habían sido guarnecidas de las sutiles y transparentes planchas de *lapis specularis* con las que, en tiempo del Imperio, entre las familias acomodadas, solían obturarse, a veces, las alcobas, los cuartos de baño, los invernáculos y hasta las sillas de manos; ni guarnecidas de vidrios gruesos y opacos análogos a los que todavía se ven en los tragaluces de las termas de Pompeya y Herculano, donde este hermético cierre contribuía a mantener el calor sin crear allí completa obscuridad[25]. Por tanto, las habitaciones debían protegerse o muy mal, mediante lienzos o pieles que el viento agitaba y batía el chaparrón o demasiado bien, mediante ventanas de una o dos hojas de

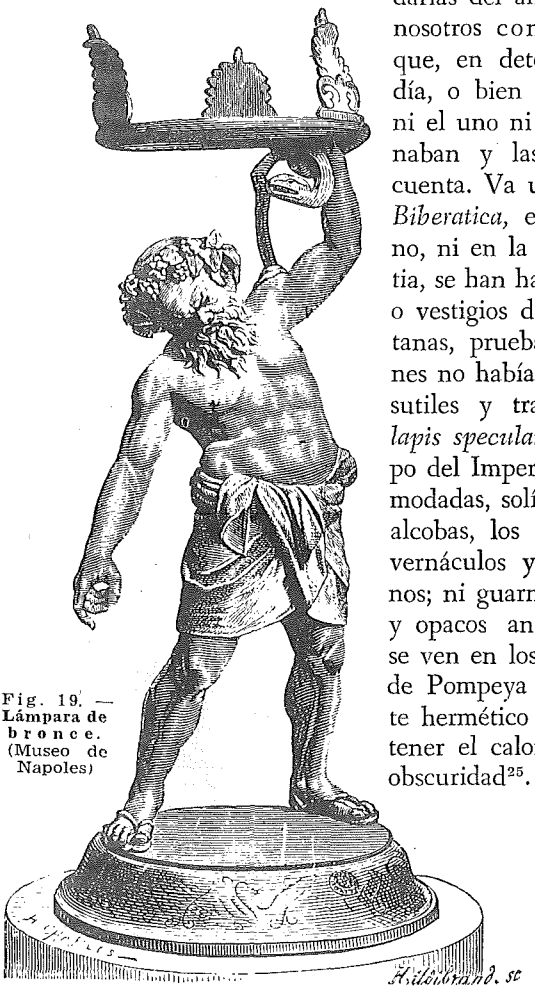


Fig. 19. — **Lámpara de bronce.** (Museo de Napoles)

[25] Los referidos vidrios, extremadamente raros en Italia, eran corrientes en las *villae* de Galia (cf. CUMONT, *Comment la Belgique fut romanisée,* p. 44, n. 3). Sobre las copas de vidrio pintado, importadas de Siria a Roma desde el siglo primero de nuestra era, cf. en último término el artículo de SILVESTRINI, *La coppa vitrea greco-alessandrina di Locarno,* en *Bull. d'Arte,* 1938, pp. 490-493, que remite a la bibliografía anterior y principalmente a la nota fundamental de ET. MICHON, en el *Bulletin de la Société des Antiquaires* de 1913.

madera que no detenían el frío, la lluvia, la canícula o la tramontana, sino interceptando al mismo tiempo y por completo la luz. En una finca de tal naturaleza, el ocupante —fuera éste un ex cónsul y se llamara Plinio el Joven— estaba condenado a temblar de frío como un azogado o a tener que resguardarse de la tormenta tras una cortina de tan profundas tinieblas, que ni el fulgor de los relámpagos lograba atravesar [26].

La puerta, reza el proverbio, o abierta o cerrada debe estar. Al contrario, en la *insula* romana hubiera sido preciso, para el bienestar

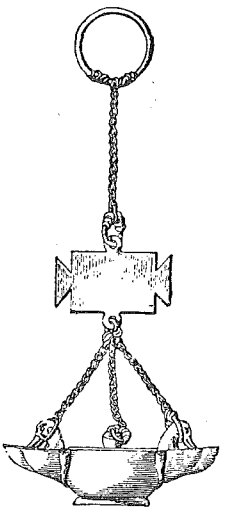


Fig. 20. — Lámpara de bronce. (Museo de Herculano).

Fig. 21. — Lampara de bronce. (Museo de Nápoles).

de sus locatarios, que las ventanas jamás estuvieran ni completamente abiertas ni por entero cerradas; y es seguro que, a despecho de su número y de su tamaño, éstas no prestaron los servicios ni ofrecieron las comodidades que brindan las nuestras en la vivienda de hogaño.

Igualmente, las condiciones de la calefacción eran, en la *insula*, por demás defectuosas. Como la *insula* había abolido el *atrium* y como sus *cenacula* se cubrían unos a otros, érale vedado utilizar el hogar que los campesinos encendían en el centro de sus cabañas, y cuyas chispas y humo escapaban por el agujero de propósito abierto en la techumbre. Por otra parte, sería grave yerro creer que alguna vez la

[26] PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, II, 17, 16 y 22; cf. VII, 21, 2 y IX, 36, 1; y APULEYO, *Met.*, II, 23.

insula gozó de los beneficios de la calefacción central, de los cuales se la ha dotado sólo por un equívoco y falso sentido dado a las palabras y por un error de hecho. Las instalaciones caloríficas romanas, de las que se conservan vestigios en no pocas ruinas, jamás han desempeñado esa función. Recordemos en qué consistían:

a) En primer lugar, un aparato de calefacción —la *hypocausis* (estufa)— compuesto de uno o dos hornos alimentados, según la intensidad y la duración de la llama a mantener, con leña, carbón vegetal, hacecillos de ramas o hierbas secas, y de un conducto emisor

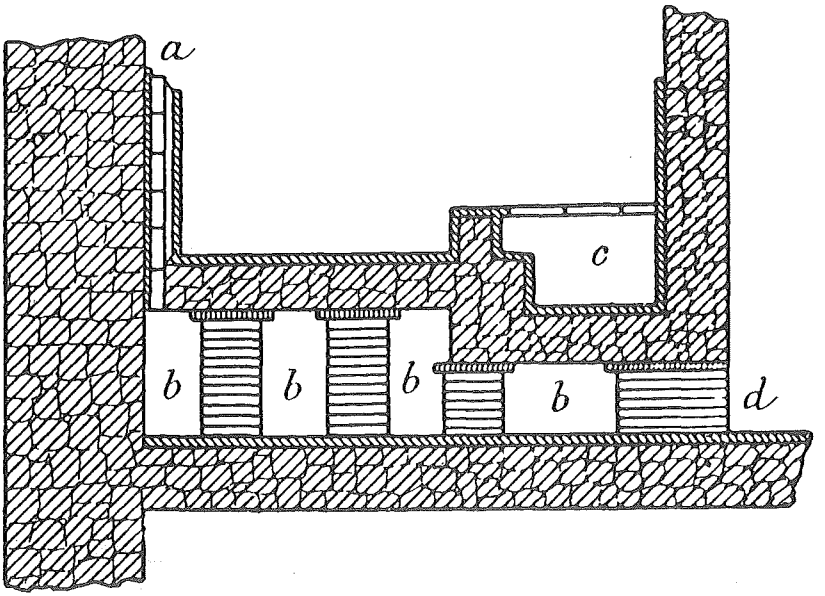


Fig. 22. — Corte esquemático de la instalación calorífica de la llamada «Casa de las Vestales», en el Foro romano. — a, respiradero, b, hypocaustum; c, pila; d, hypocausis.

por donde las calorías, el hollín y el humo penetraban a un tiempo en el *hypocaustum* adyacente.

b) El *hypocaustum*, cámara de calor caracterizada por las hileras paralelas de pequeñas pilas de ladrillos, por entre las cuales circulaban las llamas, el humo y el calor producidos por la estufa o *hypocausis.*

c) Por último, las salas caldeadas sitas, o mejor dicho, suspendidas arriba del *hypocaustum* y, por tal circunstancia, llamadas *suspensuræ*. En realidad, y estuvieran éstas unidas o no por los vacíos de sus paredes, las *suspensuræ* estaban separadas del *hypocaustum* por

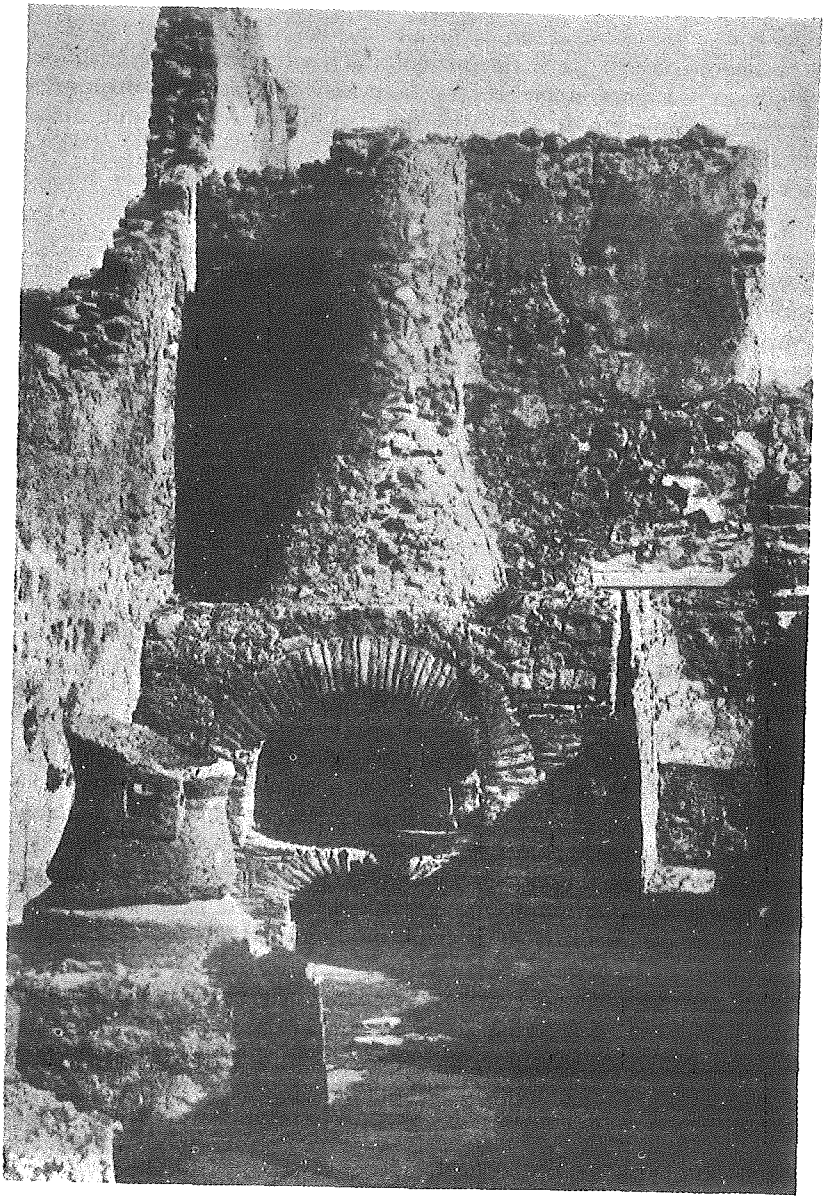


Fig. 23. — **Horno y chimenea de una panadería de Pompeya.** (Fotografía Alinari).

un entrepiso formado por un lecho de ladrillos, una capa de greda y un pavimento de piedra o de mármol. La fuerte compactibilidad del entrepiso servía para impedir la penetración de gases importunos y nocivos en el interior de las *suspensuræ,* al mismo tiempo que atemperaba su caldeamiento.

Compruébase en la referida instalación que la superficie caldeada de las *suspensuræ* no excedía nunca la superficie de los *hypocausta,* y que su funcionamiento requería a lo menos una *hypocausis* por cada *hypocaustum.* Por consiguiente, el sistema no era una «calefacción central» y en modo alguno podía ser empleado en las casas de varios pisos. En la antigua Italia, el mecanismo en cuestión ha servido a un edificio entero sólo cuando éste formaba una pieza aislada y única, como la letrina escombrada en Roma, en 1929, entre el Gran Foro y el foro de César. Por otra parte, nunca ocupa nada más que un pequeño sector de los edificios donde aun subsiste: el cuarto de baño de las villas mejor acondicionadas de Pompeya o el *caldarium* de las termas públicas. Además, este sistema calorífico no ha dejado rastros en ninguna de las *insulæ* por nosotros conocidas.

Mas esto no es lo peor: la *insula* romana no ha poseído chimeneas ni caloríferos. En Pompeya, sólo en algunas panaderías el horno ha sido completado por un tubo parecido a los cañones de nuestras chimeneas. Sin embargo, no podríamos afirmar que aquél es identificable con éstos: de los dos ejemplos que se pueden aducir, uno está truncado, de modo que ignoramos dónde iba a desembocar, y el otro no termina arriba del techo, sino en una estufa situada en el piso primero. Análogas tomas de aire no se han descubierto ni en las villas de Pompeya, ni en las de Herculano, ni, con mayor razón, en las casas de Ostia, las cuales reproducen punto por punto el tipo de la *insula* romana. Por tanto, forzosamente debemos concluir que, en los inmuebles de la *Urbs,* si el pan y las galletas se cocían a la lumbre que el horno encerraba, los otros alimentos cocinábanse a fuego lento sobre pequeños hogares, y que, para luchar contra el frío, los romanos no estaban armados sino de braseros. Muchos de estos utensilios eran portátiles o rodantes. Algunos estaban trabajados en cobre o bronce con habilidad y fantasía encantadoras. Pero la elegante nobleza de este arte industrial no compensaba la inferioridad de su técnica ni el corto alcance de sus medios de acción. Las altivas viviendas de la Ciudad no disfrutaban de la dulce tibieza que en su derredor esparcen los radiadores de nuestros aposentos, ni de la alegría que crepita y chispea en la llama del hogar. Además, estaban amenazadas a veces por el traicionero ataque de gases perniciosos y, a menudo, por la invasión del humo, que no siempre evitaban la desecación prolongada y ni siquiera la previa carbonización de los combustibles utilizados

(ligna coctilia, acapna). Para calentar sus ateridos miembros en el rigor, felizmente no excepcional, de su mala estación, los habitantes de la antigua Roma no tuvieron otra cosa, sino las brasas de sus rejuelas [27].

Por lo demás, la *insula* no estaba mejor provista de agua. Reconozco que este aserto contradice la opinión general. Pero se olvida de que el transporte de agua a expensas del Estado había sido concebido por los romanos como un servicio exclusivamente público, del cual el interés privado había sido excluído desde los orígenes; servicio que continuó funcionando bajo el Imperio *ad usum populi*, como dice Frontino, esto es, en beneficio de la colectividad y sin consideraciones hacia el bien de los particulares. Piénsase en los catorce acueductos que a Roma conducían la frescura de los manantiales del Apenino, y

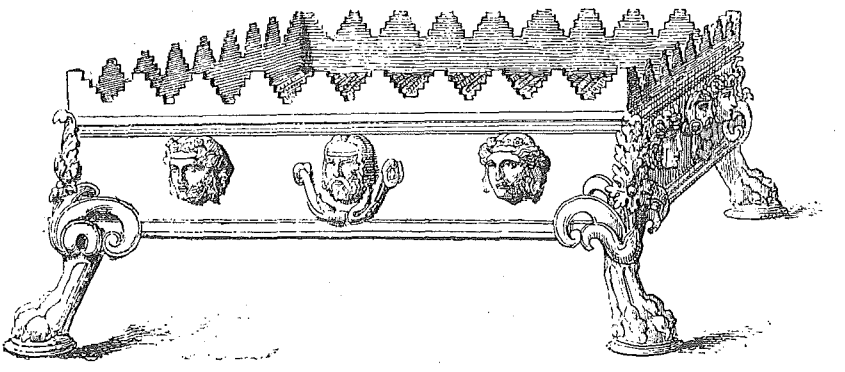


Fig. 24. — «Foculus» o brasero. (Museo de Antigüedades de Lyón).

que, según los cálculos de Lanciani, vertían diariamente mil millones de litros en las 247 arcas de agua, *castella*, donde se operaba la decantación. Piénsase en las fuentes que antaño, como hoy, llenaban la Ciudad con la melodía de sus chorros y los haces de su luz, o en esos gruesos caños de plomo que llevaban a las casas particulares el agua suministrada por los acueductos y substraída a las fuentes de la montaña. En fin, hállase placer en imaginar que las casas romanas gozaban, como las nuestras, de las ventajas del agua corriente.

Mas no hay nada de ello. En primer término, ha sido preciso esperar el principado de Trajano y la inauguración, el 24 de junio de 109 [28], del acueducto intitulado con el nombre de ese emperador —*aqua*

[27] Aun en Galia, donde los sistemas de calefacción habían sido perfeccionados, la asfixia por el óxido de carbono de los braseros era de temer. Juliano, en Lutecia, estuvo a punto de morir asfixiado (*Misopogon*, 341 D).

[28] Sobre la *aqua Traiana*, ver el texto de Ostia que he comentado en los *C. R. Ac. Insc.*, 1932, p. 378: *aquam suo nomine tota Urbe salientem dedicavit* (*Traianus*).

Traiana— para que el agua manantial fuera conducida hasta los barrios de la margen derecha del Tíber, los cuales, hasta ese momento, habían tenido que componérselas con sus pozos. En segundo lugar, aun sobre la ribera izquierda, las ramificaciones derivadas, con permiso del príncipe, de los *castella* de sus acueductos, eran otorgadas, mediante el pago de una suerte de *censo de agua*, a título estrictamente personal y sólo a los propietarios de bienes raíces; además, y por lo menos hasta principios del siglo II, esas onerosas concesiones eran revocables y brutalmente suprimidas por la administración la misma tarde de la muerte de los concesionarios. Por último —razón principal—, parece que esos conductos privados estuvieron en todas partes limitados al piso bajo, donde preferentemente elegían su domicilio los acaudalados que moraban en las casas de renta. Así, en la colonia de Ostia, no obstante poseer ésta, a imitación de la vecina Roma, un acueducto, cañerías municipales y conductos particulares, ninguna construcción ha revelado todavía los cañones ascendentes que hubieran permitido subir el agua manantial a los pisos altos; y, cualquiera sea la época de su redacción, los textos antiguos dan testimonio en contra de la posibilidad de su presencia. Ya en las comedias de Plauto, el amo de casa cuida de que sus domésticos llenen cada día las ocho o nueve tinajas *(dolia)* de bronce o de barro, que nunca deja de tener de reserva [29]. Bajo el Imperio, el poeta Marcial lamenta verse compelido a utilizar la bomba de encorvado mango que adorna el patio de su casa [30]. En las *Sátiras* de Juvenal, los aguadores *(aquarii)* son considerados los más ínfimos de los esclavos [31]. Según los jurisconsultos de la primera mitad del siglo III, los aguateros son tan imprescindibles para la vida colectiva de cada *insula*, que ellos, por así decirlo, forman parte de ésta y pasan, junto con sus porteros *(ostiarii)* y camareros *(zelarii)*, a ser propiedad del heredero a quien se le ha legado el inmueble [32]. Paulo, prefecto del Pretorio, no ha olvidado, en sus instrucciones al prefecto de los Vigilantes, de recordarle a este jefe de los bomberos romanos que incumbe a su cargo advertir a los locatarios que tengan siempre pronta, en sus departamentos, el agua necesaria para extinguir cualquier principio de incendio: *ut aquam unusquisque inquilinus in cenaculo habeat iubetur admonere* [33].

Es evidente que si a los romanos de la época imperial les hubiese bastado, como a nuestros contemporáneos, abrir un grifo para ver el

[29] PLAUTO, *Cas.*, I, 30 y pássim.

[30] MARCIAL, IX, 19 (debe asimismo advertirse que Marcial sólo tiene bomba en su casa de campo). PLINIO EL JOVEN (*Ep.*, II, 17, 25), en su *villa*, tiene únicamente pozos.

[31] JUVENAL, VI, 332.

[32] PAULO, en *Dig.*, III, 6, 58; cf. PAPINIANO, en *Dig.*, XXXIII, 7, 12, 42.

[33] PAULO, en *Dig.*, I, 15, 3, 3-5.

agua correr a mares sobre el vertedero, tal recomendación hubiera sido superflua. El solo hecho de que Paulo la haya formulado nos muestra que, fuera de algunas excepciones —por otra parte, aun no señaladas—, el agua de los acueductos llegaba únicamente a la planta baja de las *insulæ*. Los ocupantes de los *cenacula* superiores debían ir a buscarla a la fuente vecina; y esta obligación, tanto más penosa cuanto a mayor altura se hallara el *cenaculum*, complicaba las operaciones de la limpieza —cuyas dificultades crecían a medida que las habitaciones se aproximaban al tejado— y estorbaba los lavados que hubieran requerido, harto más que los otros, para sus tabiques y sus pisos, los aposentos populares de las últimas *contignationes*. En resolución, menester es declarar que, por falta de fregados con agua abun-

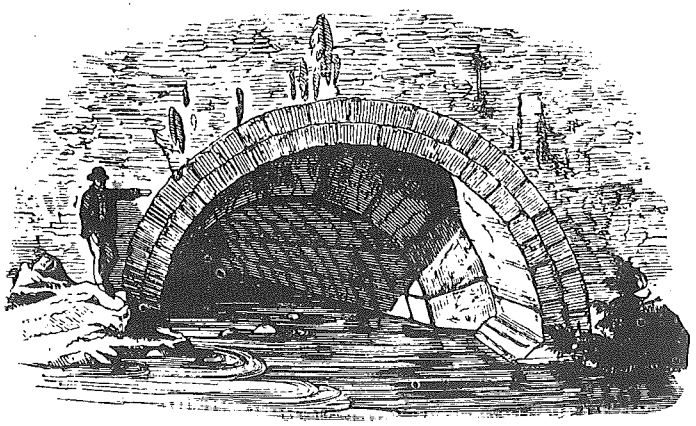


Fig. 25. — Estado actual de la desembocadura de la cloaca máxima.

dante, muchos departamentos de las *insulæ* romanas estuvieron condenados a ser cubiertos por la roña, y fué fatal que terminaran sucumbiendo por ausencia de un sistema de aguas corrientes, que nunca ha existido sino en la imaginación de arqueólogos demasiado optimistas.

Lejos de mí la idea de menoscabar la admiración que merece la red de cloacas que acarreaba al Tíber las inmundicias de la Ciudad. Comenzada en el siglo VI antes de nuestra era, constantemente extendida y mejorada bajo la República y el Imperio, fué proyectada, realizada y mantenida en tan grandiosa escala, que convoyes de heno circulaban cómodamente por algunos de sus sectores, y Agripa —que fué quizá el que más contribuyó a acrecentar el rendimiento de las cloacas y la higiene de la *Urbs* haciendo verter en aquéllas, por siete ca-

nalizaciones a la vez, el sobrante de los acueductos— pudo recorrerla íntegra, en barca, con entera facilidad. Su aparejo era de extraordinaria solidez: el más espacioso y también el más antiguo de sus sumideros, esa *cloaca maxima* que desde el Foro hasta el pie del Aventino desempeñaba la función de colector general, subsiste y desemboca todavía en el río, a la altura del «Ponte rotto», redondeando aún hoy, como en tiempo de los reyes a los que se atribuye la obra, el arco de medio punto, de cinco metros de diámetro, cuyas dovelas de toba, obscurecidas, mas no decentadas por los siglos, se mantienen en perfecto estado desde hace dos mil quinientos años. Es una colosal obra maestra en la que colaboraron, con la dilatada experiencia acumulada por los etruscos en el avenamiento de sus marismas, la osadía y la paciencia del pueblo romano; y, tal como ha llegado hasta nuestros días, honra a la antigüedad. Mas no puede negarse que los antiguos, sobrado audaces para emprenderla, harto pacientes para cumplirla, no fueron bastante hábiles para aprovecharla como nosotros lo hubiéramos hecho en su lugar, ni de ella sacaron el partido que les ofrecía para la limpieza de su ciudad y para la salud y el decoro de sus habitantes.

Si bien esa obra sirvióles para recoger los excrementos de los pisos bajos, al mismo tiempo que los de las letrinas públicas instaladas directamente sobre su trayecto, resulta palmario que los romanos no se preocuparon por ponerla en comunicación con los retretes privados de los *cenacula*. Solamente en un reducido número de villas pompeyanas, las letrinas del piso alto podían enviar sus inmundicias al albañal, sea por el conducto que las unía a los excusados de la planta baja, sea por una tubería especial. En 1910 creí notar, en dos o tres salas del barrio de los muelles de Ostia, caños de descenso [34]. Pero reconozco la suma endeblez de la interpretación que entonces di a esos cilindros, cuyo casquijo demasiado grosero prueba que datan de una época tardía; cilindros que, arrinconados en un ángulo de la *taberna*, se unen al suelo por un dado de mampostería también mediocremente construído. Como no se ha excavado el subsuelo, no podría afirmarse si penetran o no en él. Como la parte superior del edificio al que pertenecen se ha desmoronado, tampoco estamos seguros de que se hayan elevado más arriba del zaquizamí de la *taberna*. Y, finalmente, como cilindros análogos faltan tanto en las *insulæ* más importantes de Ostia como en las ruinas hasta lo presente exploradas en Roma, debemos ne-

[34] Acerca de los caños de descenso, cf. mi artículo sobre *Le Quartier des docks à Ostie*, en los *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire* de 1910. Por otra parte, las atarjeas son recientes en las casas de nuestras modernas capitales. Bajo el segundo Imperio, en Francia, todavía se arrendaban el vaciado y la limpieza de las letrinas.

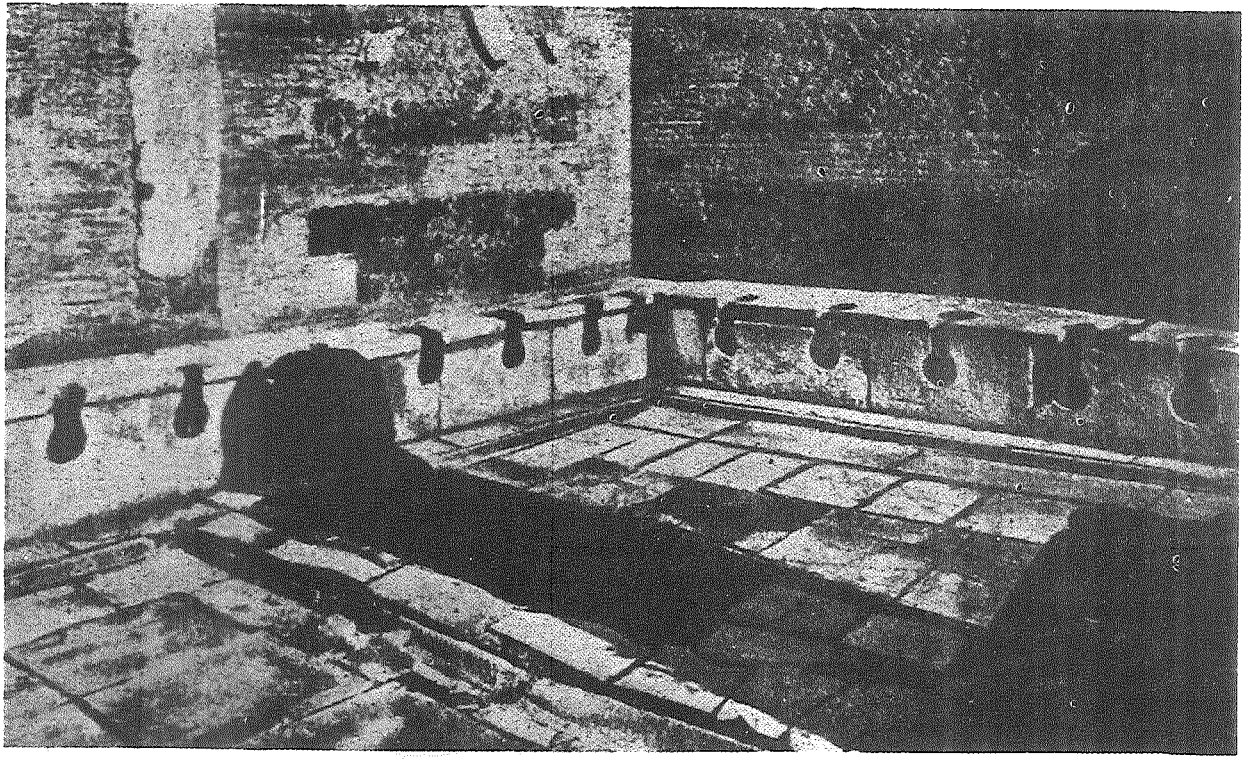


Fig. 26. — Letrina pública en Ostia

cesariamente atenernos al juicio del abate Thédenant, quien, treinta y cinco años ha, sostenía sin ambages que las cloacas de la *Urbs* nunca tuvieron comunicación alguna con los departamentos de las *insulæ*. Las atarjeas de la casa romana no son otra cosa, sino un mito engendrado por la complaciente imaginación de los modernos; y, de todas las miserias que sobre la Ciudad pesaban, es esa, sin duda, la que con más repugnancia rechazaría la población de hoy.

Los más ricos, ciertamente, escapaban de ella. Si vivían en su hotel particular, bastábales hacer construir en la planta baja una letrina. El agua de los acueductos llegaba hasta el retrete, y, en el peor de los casos, si éste quedaba muy alejado del ramal de una cloaca para poder arrojar en él las inmundicias, éstas caían en un hoyo subyacente. El foso —como ocurre en el común exhumado en 1892 cerca de San Pie-

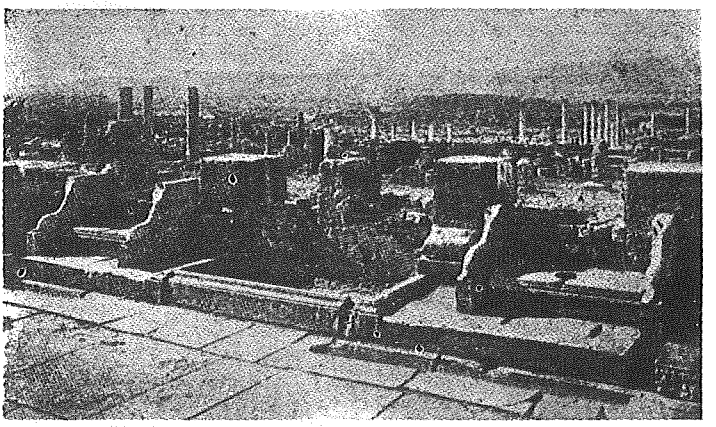


Fig. 27. — Retretes públicos en Timgad, Argelia.

tro in Vincoli— pecaba siempre de falta de profundidad y de desagüe. Seguramente durante el gobierno de Vespasiano, los comerciantes en abonos adquirieron el derecho de vaciar esas sentinas. Si los privilegiados de la fortuna moraban en una *insula*, podían tomar en arrendamiento el piso bajo, que les brindaba iguales ventajas, y, por ese hecho, denominábase también *domus*.

Pero los pobres tenían más camino que recorrer, pues, sin excepción alguna, estaban constreñidos a salir de sus casas. Si no carecían de recursos para sufragar este menudo gasto, entraban, pagando, en uno de los retretes públicos administrados por asentistas fiscales: los *conductores foricarum*. La propia multiplicidad de tales establecimientos, que los inventarios de los *Regionarios* consignan, es un índice de la importancia de sus clientelas. En la Roma de Trajano, como todavía

en algunas de nuestras aldeas rezagadas, la inmensa mayoría de los particulares sólo tenía a su disposición letrinas públicas. Mas la semejanza entre lo antiguo y lo moderno no pasa de allí. Por poco que se recuerden los ejemplos de Pompeya, de Timgad, de Ostia y, en Roma mismo, el ejemplo que nos ha proporcionado la *forica* situada en la intersección del Foro y del *forum Iulium,* caldeada en invierno por un *hypocaustum,* y a la cual ya he hecho referencia, los antiguos retretes romanos nos resultan doblemente desconcertantes. Son letrinas *públicas,* en toda la extensión de la palabra, como las enramadas de la tropa en campaña. Dejando a un lado todo escrúpulo, ahí los amigos se dan cita, ahí hay palique, ahí el gorrón va en busca de conocidos que le inviten a comer [35]. Y, al propio tiempo, están dotadas de superfluidades de las que nosotros las eximimos y decoradas con una prodigalidad que no estamos habituados a desplegar en sitios tales. Alrededor del hemiciclo o del rectángulo que con graciosa elegancia dibujaban, el agua corría de continuo por regueras delante de las cuales hallábanse dispuestos hasta veinte asientos, de mármol fabricados. En cada uno de éstos, la tabla perforada estaba encuadrada por ménsulas esculpidas en forma de delfines, que servían a la vez de apoyo y de separación. No era raro ver, encima de ellos, nichos conteniendo estatuas heroicas y divinas, como en el Palatino, o un altar de la Fortuna, la diosa que dispensa salud y felicidad, como en Ostia [36]; y también era frecuente, como en Timgad, que la sala estuviera alegrada por la canción de un juego de aguas.

Confesémoslo: somos desconcertados por tan estupefaciente mezcla de delicadeza y grosería, somos desorientados por la solemnidad y la gracia de la decoración, así como por la alarmante familiaridad de los actores. Mal que me pese, vuela mi mente a las *madrasas* del siglo XV que he visitado en Fez, cuyas letrinas, arregladas, también ellas, para recibir a un tiempo un mar de gente, están revestidas de estucos exqui-

[35] MARCIAL, XI, 77, 1-3:

In omnibus Vacerra quod conclavibus
Consumit horas et die toto sedet
Cenaturit Vacerra non cacaturit.

En el siglo XVIII, Felipe V e Isabel Farnesio tenían el hábito de encerrarse juntos en la letrina; y se me hace saber que excusados con dos asientos existían aún en Ypres en 1914.

[36] Sobre la diosa portadora de la felicidad, ver mi artículo en el *Journal des Savants,* 1911, p. 456, y compararla con la Μεγάλη Τύχη τοὺ βαλανίου de las termas de Dura (Cf. *Excavations at Dura,* Report VI, New-Haven, 1936, p. 105). En la visita que acabo de hacer a las ruinas de Tripolitania, el profesor Caputo ha tenido a bien señalarme la presencia de una estatua de Esculapio en las letrinas de Leptis Magna y de una estatua de Baco en los retretes contiguos a los baños de Sabratha. Sobre los siete sabios de Grecia y las letrinas, ver las excavaciones de 1937, todavía inéditas, efectuadas por Calza en Ostia.

sitamente traviesos y cubiertas por un lujoso cielo raso de cedro calado. Y, de pronto, experimentamos el sentimiento de que Roma —donde hasta las secretas del palacio imperial, adornadas y majestuosas como un santuario bajo su cúpula, comprendían tres asientos uno al lado de otro—, de que esa Roma mística y terrena, artista y sensual, va a reunirse, lejos de nosotros, desenfadadamente y sin rubor, con el exótico Maghreb de la época de los Merínidas.

Pero los retretes públicos no eran frecuentados ni por los avaros ni por los miserables. Éstos nada querían saber de dejar ni siquiera un *as* a los asentistas de las *foricæ*. Preferían exonerarse en los cántaros de intento desbocados, que el batanero de la esquina, mediante el pago de un impuesto, había adquirido de Vespasiano el permiso de colocar delante de su taller para que los transeúntes los llenaran gratuitamente de la orina necesaria para su industria. O bien bajaban de sus altos aposentos para vaciar sus orinales *(lasana)* y sus sillicos *(sellæ pertusæ)* en la cuba o el *dolium* colocados bajo la caja de la escalera [37]. O bien aun, si este recurso habíales sido rehusado por el amo de la *insula,* se trasladaban al estercolero más próximo. Pues, en la Roma de los Césares, lo mismo que en cualquier desharrapado lugarejo, más de una calle estaba apestada por uno de esos hoyos de inmundicias *(lacus)* que, durante su censura, Catón el Antiguo había ordenado cubrir y empedrar, al propio tiempo que hacía limpiar las cloacas y construir otras nuevas bajo el Aventino. En el siglo de Cicerón y de César, esos pestilentes vaciaderos no habían desaparecido: Lucrecio los menciona en su poema *De natura rerum.* Doscientos años más tarde, bajo Trajano, continuaban infestando a Roma; y en tan inmundos parajes podían verse a hembras sin entrañas que, resueltas a desembarazarse de su prole, al amparo de una ley bárbara, iban a exponer allí a sus recién nacidos; y veíanse también a señoronas machorras apresurándose a recoger disimuladamente los falsos hijos con que satisfacían, engañándole, el anhelo de paternidad clavado en el corazón de sus crédulos esposos [38]. Por último, no faltaban bolonios y peleles que estimaban esos muladares muy alejados de sus empinados cochitriles, y que, para ahorrarse la fatiga del viaje, arrojaban por la ventana, en la calle, el contenido de sus escupideras. ¡Guay de los transeúntes que se hallaran a tiro de esas pestíferas descargas! Manchados y hasta estropeados, como en la sátira de Juvenal [39], no tenían más remedio que entablar demanda contra desconocidos; y, en mu-

[37] Acerca del *dolium* bajo la escalera, especialmente en la *insula Sertoriana,* cf. *C. I. L.,* VI, 29.791.

[38] Sobre los *lacus,* ver TITO LIVIO, XXXIV, 44, 5; LUCRECIO, VI, 1.022; JUVENAL, VI, 602; y el artículo que publiqué en las *Mémoires de la Société des Antiquaires,* de 1928 (Cf. CUMONT, *Égypte des Astrologues,* p. 187, n. 1).

[39] JUVENAL, III, 271.

chos pasajes del *Digesto,* los jurisconsultos clásicos no desdeñan caracterizar esos delitos, someter esas causas a los jueces, tratar de descubrir a los infractores y fijar la tabla de las indemnizaciones debidas a las víctimas. Ulpiano dispone en serie las hipótesis para poder señalar con mayor precisión a los culpables, y dice:

«Si muchos habitasen en un departamento *(cenaculum),* teniéndolo entre ellos dividido, no habrá acción nada más que contra aquél que reside en la parte de donde se derramó el líquido. Si el locatario, a su vez, subarrienda aposentos *(cenacularíam exercens),* pero conserva para sí el uso de la mayor parte de su departamento, él solo será considerado responsable. Si, al contrario, el locatario que subarrienda aposentos conserva para su propio uso nada más que un reducido espacio, él y sus subarrendatarios serán declarados solidariamente responsables. Y lo mismo será si lo que se arrojó o derramó hubiese partido de un balcón.»

Pero, más adelante, Ulpiano no excluye las responsabilidades individuales que el sumario pueda llegar a revelar, e invita al pretor a que, juzgando con equidad, supute sus sanciones según la gravedad de los perjuicios ocasionados. Por ejemplo, «cuando, a raíz de la caída de uno de esos proyectiles arrojados o derramados desde una casa, el cuerpo de un hombre libre haya sufrido una lesión, el juez deberá conceder a la víctima, amén del reembolso de los honorarios pagados al médico y de los otros gastos efectuados en la curación, el valor del salario de que estuvo privado, o de que haya de estar privado porque quedó inútil a consecuencia del accidente.»[40]

Discretas disposiciones, en las que podría creerse que se inspira la moderna legislación de accidentes; aun cuando en realidad ésta no las ha seguido hasta el fin, pues Ulpiano concluye en una restricción que, de ser admitida por nuestros tribunales, acabaría rápidamente con la clientela de las clínicas de cirugía estética; restricción en la que el jurista ha traducido, con el laconismo de su lenguaje impasible, el generoso sentimiento de la dignidad humana que mueve su ánimo: «En cuanto a las cicatrices y deformaciones que pudieran resultar del accidente, no se hará estimación alguna, porque el cuerpo de un hombre libre no tiene precio.»

Este último rasgo, de rara elevación moral, se alza como una flor en medio de una ciénaga y agrava la confusión en que nos sume el espectáculo que vislumbramos a través de los múltiples y sutiles análisis de los juristas. También nuestras grandes ciudades están ensombrecidas por la miseria, mancilladas por el desaseo de sus conventillos, deshonradas por los vicios que éstos engendran. Mas la lepra que las

[40] ULPIANO, en *Dig.,* IX, 3, 5 y 7. Análoga jurisprudencia en tiempo de los Antoninos: GAYO, en *Dig.,* LIV, 7, 5, 18.

roe está localizada y no va más allá, por lo común, de sus barrios malditos. En cambio, tiénese la impresión de que Babitt y Soho se extendían a todas las regiones de la Roma imperial. En la *Urbs*, casi siempre, la *insula* pertenecía a un propietario que, deseando eludir las molestias de una gerencia directa, arrendaba por cinco años los departamentos de los pisos altos a un agente que hacía de la explotación de los *cenacula* una verdadera industria. Este locatario principal, que debía pagar al propietario un alquiler por lo menos igual al de la *domus* de la planta baja, no ejercía un oficio muy descansado. Tenía que velar por la conservación de los locales, buscar inquilinos

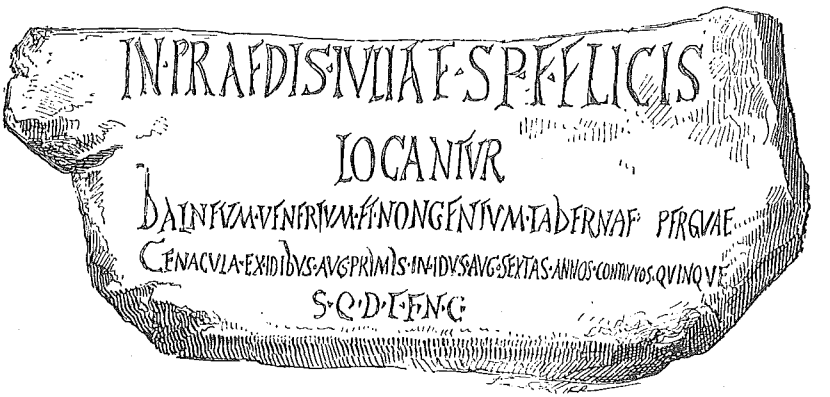


Fig. 28. — Aviso de alquiler. — «En la heredad de Julia Felix, hija de Espurio Felix, se alquila, desde el 1º al 6 de los idus de Augusto, por cinco años consecutivos, un baño de los llamados de Venus para la clase distinguida (?), *tabernæ* y *cenacula*. No se alquilará a los que ejerzan una profesión infamante».
(Cf. *C. I. L.*, IV., p. 66).

y ubicarlos debidamente en la *insula*, mantener la paz en ese pequeño mundo y, arrendador por año, cobrar los vencimientos trimestrales. Pero al fin se canta la gloria: exagerados beneficios compensaban el tráfago y cubrían los riesgos del negocio.

El encarecimiento de los alquileres es tema de eternas lamentaciones en la literatura romana. Ya eran tan exorbitantes en 153 antes de Cristo, que un rey proscripto, para no ser desalojado por moroso, debió compartir su departamento con un artista pintor. En tiempo de César, los más humildes ascendían a 2.000 sestercios = 2.000 francos Poincaré = 400 francos de antes de la guerra. En los días de Domiciano y de Trajano, con lo que costaba el alquiler de un año se podía adquirir, y aun sobraba, la plena propiedad de un sonriente y fresco cortijo en Sora o en Frosinone [41]. De suerte que, aplastados por ese

[41] Sobre los alquileres, cf. *Dig.*, XIX, 2, 30 y 58; DIODORO, XXXI, 18, 1; SUETONIO, *Caes.*, 38; JUVENAL, III, 223.

peso intolerable, los inquilinos del locatario principal estaban casi siempre obligados, para hacerse de una ayuda de costa, a subarrendar, a su vez, todas aquellas piezas de su *cenaculum* que no les eran absolutamente necesarias; y, a raíz de ello, en cualquier lado de la ciudad, más se ascendía dentro de un inmueble, más el hacinamiento se hacía irrespirable y más innoble se tornaba la promiscuidad. Si el piso bajo se dividía en varias *tabernæ,* estaban éstas colmadas de artesanos, revendedores y figoneros como el *deversitor* de la *insula* descripta por Petronio [42]. Si, en cambio, había sido reservado para habitación de un solo posesor privilegiado, el piso bajo hallábase ocupado por los familiares y servidores del amo de la *domus.* Mas, de cualquier manera, arriba estaban los departamentos que, poco a poco, se atestaban de gente, y de gente non sancta. Allí se apiñaban familias enteras, allí progresivamente se acumulaban suciedades, detritos y basuras, y allí, en fin, retozaban las chinches —que uno de los pícaros del *Satiricón,* escondido bajo su camastro, vese obligado a besar— sobre los muros plagados de infinitos parásitos. Y en casi todas partes, ya se trate de elegantes *domus* o de plebeyas *insulæ* —caravasares cuya población, horriblemente mezclada, requería para el mantenimiento del orden un ejército de esclavos y de porteros al mando de un intendente servil—, las viviendas de la *Urbs,* rara vez alineadas a lo largo de una avenida, se atropellaban en un dédalo de subidas, bajadas, calles y callejas más o menos estrechas, tortuosas y obscuras, donde el mármol de los «palacios» brillaba entre las sombras de los más tenebrosos antros.

3. Las Calles de Roma y la Circulación

Al toque de la varilla de virtudes, las vías de Roma [43] —que Vespasiano y Tito contaran y midieran durante su censura de 74 después de Jesucristo— salen del infernal enredo en que están confundidas y, desenmarañadas y compuestas, se alínean sobre una recta que cubre 60.000 pasos, es decir, 85 kilómetros poco más o menos. Plinio el Mayor, trémulo de orgullo por el espectáculo que ofrece tan tremendo desarrollo, añade a esto la altura de los edificios levantados a la vera de la interminable línea, para proclamar en seguida que no hay, en el mundo antiguo, una ciudad cuya grandeza compararse pueda a la de Roma [44].

[42] Sobre la *insula* administrada por el *procurator* Bargates, cf. Petronio, *Sat.,* 95.

[43] Consultar los excelentes artículos *via* y *vicus* —escritos, respectivamente, por Besnier y A. Grenier— del *Dictionnaire des Antiquités* de Saglio y Pottier (esta obra se citará en lo sucesivo: *D. A.*).

[44] Plinio, *N. H.,* III, 66.

Mas, en verdad, no se trata sino de una grandeza cuantitativa y los elementos de los que ésta ha surgido —vías y viviendas— se resisten a ser asociados, desde el momento que, en lugar de ordenarse sobre la imaginaria recta que Plinio ha trazado en su pergamino, la red vial romana formaba en el terreno un apretado e inextricable laberinto, cuyos males estaban agravados por la misma enormidad de los inmuebles que el dédalo envolvía.

Precisamente, es a la anarquía de esos caminos angostos, sinuosos, errantes y como a la ventura trazados por entre la masa de las gigantescas *insulæ,* que Tácito atribuye la facilidad y la rapidez con que se propagó en Roma el pavoroso incendio de 64 después de Jesucristo [45]; y aun cuando Nerón, para quien esa lección no fué inútil, propúsose reconstruir las destruídas manzanas con arreglo a un plan más racional, con demarcaciones más correctas y con espacios abiertos más capaces, no puede negarse que el emperador, en definitiva, marró el tiro.

En general, y hasta el fin del imperio, las calles de Roma constituyeron una inorgánica maraña antes que un sistema francamente utilizable. Siempre se resintieron de sus lejanos orígenes y de las viejas distinciones —propias de la primitiva fundación de tipo rural— entre las vías sólo accesibles a los peatones, los *itinera,* aquellas que no daban paso nada más que a un carro por vez, los *actus,* y, en fin, aquellas en las que dos carros podían cruzarse o marchar a la par, las *viæ* propiamente dichas.

Del conjunto innumerable de las calles de Roma, solamente dos tenían derecho, en el interior de la antigua muralla republicana, a llevar el nombre de *via:* la *via Sacra* y la *via Nova,* que atravesaban o bordeaban el Foro y cuya insignificancia nos sorprende grandemente. Entre las puertas del recinto murado y la periferia de las catorce regiones, unas veinte calles merecían la misma denominación: los caminos que de Roma conducían a las diversas comarcas de Italia, o sea la vía Apia, la vía Latina, la vía de Ostia, la vía Labicana y otras más. Oscilaba su ancho entre 4 m 80 y 6 m 50, prueba de que no habían ganado mucho terreno desde la época en que las Doce Tablas les asignaran 16 pies = 4 m 80 de latitud máxima. Casi todas las demás, las verdaderas calles, es decir, los *vici,* apenas alcanzaban esta última cifra; y muchos *vici,* aun sensiblemente más estrechos, eran simples pasajes *(angiportus)* o senderos *(semitæ)* que, por reglamento, debían tener una anchura mínima de 10 pies = 2 m 90 para que a los propietarios de las fincas adyacentes les fuera permitido construir, en los pisos altos, balcones saledizos [46]. Su estrechez era tanto más molesta cuanto

[45] TÁCITO, *Ann.,* XV, 38 y 43.
[46] Sobre el ancho exigido para los *maeniana,* cf. *Cod. Just.,* VIII, 10, 12.

que las calles no sólo describían meandros numerosos, sino que, sobre las «siete colinas», tenían que trepar o descender empinadas pendientes, y de allí el nombre de «rampas» *(clivi)* que a muchas se les da: *clivus Capitolinus, clivus Argentarius* y demás. Y por remate debe agregarse que, cotidianamente obturadas con las basuras de las casas vecinas [47], las calles nunca estaban tan católicas como César lo había prescripto en su ley póstuma, ni siempre se encontraban provistas de las aceras y del empedrado que el dictador, por la misma ley, había tomado la iniciativa de imponerles.

Reléase ese famoso texto grabado en el bronce de la tabla de Heraclea. Con tono conminativo, César impone a los propietarios de los edificios que flanquean una vía pública la obligación de limpiarla delante de sus respectivas fincas. Caso de infracción, el edil a quien incumba el cuidado del barrio pertinente hará ejecutar la limpieza por un contratista designado de acuerdo a las normas corrientes en las licitaciones oficiales, y a un precio, convenido con anterioridad a la adjudicación, que el transgresor deberá abonar a toca teja, con un aumento de 50 por ciento a la menor mora en el pago. El mandato es imperativo; la sanción, implacable.

Empero, por más ingeniosamente que estuviera montado el mecanismo, todo ese procedimiento entrañaba demoras —diez días a lo menos— que debieron, la mayoría de las veces, hacerle ineficaz; y se convendrá en que fuertes equipos de barrenderos y basureros, directamente reclutados y dirigidos por los ediles, hubieran solucionado el problema en forma más rápida y cabal. Mas no tenemos ningún indicio de su existencia, y la idea de que el Estado hubiera debido, en ese caso, substituir su autoridad y su responsabilidad a las de los particulares no podía ocurrírsele a un romano, aunque estuviera dotado del genio de Julio César. Así, por falta de servicios adecuados, los magistrados jamás fueron capaces, no obstante su diligencia y su celo, de asegurar a las calles de la Roma imperial la higiene de las nuestras.

Tampoco, a mi juicio, lograron extender a toda la Ciudad las aceras *(margines, crepidines)*, y ni siquiera el empedrado *(sternendæ viæ)* con que César, años antes, había querido guarnecer las calles.

Los arqueólogos que piensan lo contrario alegan seriamente los grandes adoquines de los caminos italianos, sin recordar que la colocación de los de la *Via Appia*, en 312 antes de Cristo, precedió sesenta y cinco años a su introducción, sobre el *Clivus Publicius*, en el interior del ámbito amurallado republicano [48]. O bien se apoyan, una vez más, en el ejemplo de Pompeya, olvidando cuán engañoso es el

[47] La costumbre de arrojar las basuras delante de la puerta ha subsistido en Roma hasta 1870.

[48] VARRÓN, *L. L.*, V, 158.

parangón. En realidad, el ejemplo pompeyano no puede valer más para los *vici* que para las *insulæ* de la *Urbs*. Si las calles de la Roma imperial hubiesen gozado largamente del pavimento lítico que se les atribuye, el pretor de los Flavios citado por Marcial no hubiera tenido, al recorrerlas, que «marchar en mitad del lodo» [49]; y tampoco se hubiera embarrado Juvenal. En cuanto a las aceras, es de todo punto imposible que hayan flanqueado las calles de Roma; aquellas estrechas calles que, a no mediar el oportuno edicto de Domiciano que elogia el epigrama, hubieran sido ahogadas por la creciente invasión de escaparates y mostradores:

«De toda Roma ya se apoderaba
el audaz mercader, y con su tienda
la entrada de las casas obstruía.
Tú mandaste ensanchar todas las calles
asaz estrechas, y hoy es vía hermosa
lo que antes era senda. Ya no existen
pilares circundados de botellas
encadenadas; ya en mitad del lodo
a marchar el pretor no está obligado.
Ya el barbero no afeita a la ventura
en medio de apiñada muchedumbre,
y las negras tabernas ya no hinchen
ni interceptan el curso de las calles.
Barberos, cocineros, taberneros
y carniceros quedan en su casa.
Y Roma, que era ayer bazar ingente,
hoy es por ti, cual debe, Roma espléndida.» [50]

¿Tuvo el edicto de marras un efecto duradero? Es permisible dudarlo. Sea lo que fuere, el retiro de los tabancos callejeros y de los mercachifles ambulantes, que la voluntad de un emperador despótico no pudo lograr quizá durante el día, se cumplía natural y necesariamente al anochecer. Este es, en efecto, uno de los caracteres por los cuales la Roma imperial difiere más de las capitales contemporáneas: sus calles, cuando no alumbraba la luna, estaban sumergidas en la más profunda obscuridad. No había reverberos a aceite o a vela clavados a los muros [51]; tampoco había faroles suspendidos de los dinteles de las puertas: el imperio de las tinieblas sólo era muy de tarde en tarde interrumpido por alguna de esas iluminaciones excepcionales con las que Roma resplandecía súbitamente para

[49] MARCIAL, VII, 61.
[50] MARCIAL, *ibid.*
[51] Sólo en 1765 comenzó París a iluminarse con reverberos a aceite.

celebrar una fiesta imprevista, en señal de alegría colectiva, como la que se apoderó de la *Urbs* el día que Cicerón la libró de la peste catiliniana.

En tiempo normal, la noche cae sobre la Ciudad como la sombra de un peligro viscoso, solapado, tremebundo. Torna el romano a su morada, donde, cauteloso, se encierra y se atrinchera. Casas particulares y comercios enmudecen, las cadenas de seguridad se tienden tras las puertas, los postigos de los departamentos ciérranse a su vez y las floridas macetas son retiradas de las ventanas que han adornado durante el día [52].

Los ricos, si tienen que salir, se hacen acompañar de esclavos que portan hachones para iluminar y proteger el camino. Los que andan sin escolta no confían mucho en las rondas nocturnas *(sebaciaria)* que, esgrimiendo antorchas, ejecutan las patrullas de serenos en el sector, demasiado vasto para ser eficazmente vigilado, de las dos regiones cuya policía incumbe a cada una de las siete cohortes. Aventúranse a salir con vaga aprensión y evidente repugnancia. A juicio de Juvenal, es exponerse a ser tachado de negligente acudir a un banquete en horas de la noche sin haber hecho testamento:

> «Si tú intestado acudes a la cena
> merecerás la pena
> de ser llamado incauto e indiscreto,
> pues a miles peligros vas sujeto.»

Quizá el satírico incurra en alguna exageración al pretender que la Roma de su tiempo es menos segura que la selva Gallinaria y las marismas Pontinas [53]; pero basta hojear el *Digesto* y reparar en los numerosos pasajes que recomiendan al Prefecto de los Vigilantes el castigo de los asesinos *(sicarii)*, ladrones *(effractores)*, asaltantes *(raptores)* y delincuentes de toda índole que pululan en la Ciudad, para convenir en que en sus tenebrosos *vici* —donde, en la época de Sila, Roscio de Ameria, volviendo de almorzar fuera de su casa, había hallado la muerte— «muchas desventuras eran de temer». No todas eran trágicas, aun cuando el transeúnte nocturno se exponía a perder la vida, o por lo menos a recibir una nauseabunda rociadura «cuantas veces se abrieran arriba de él las ventanas tras las cuales no se dormía aún». Y la menos grave era aquella de los tristes héroes de la novela de Petronio que, abandonando, achispados y bien alta la noche, la mesa de Trimalción, se extravían en el camino, faltos de linternas, y, en ese laberinto de

[52] JUVENAL, III, 246.

[53] JUVENAL, III, 271 y siguientes.

calles sin letreros indicadores, sin números y sin luces, están a punto de no dar con su morada antes del amanecer [54].

La circulación está dominada por ese contraste del día y de la noche. Durante el día, animación intensa, desordenado atropello, estrépito infernal. Las *tabernæ*, preñadas de parroquianos desde temprana hora, se prolongan con sus mesas y mostradores hasta el centro de la calzada. Allí, en la calle, vense a barberos en plena labor y, más allá, a buhoneros del Transtiberino que truecan sus cajas de cerillas azufradas por bujerías de vidrio. En otro lado, los figoneros, enronquecidos a fuerza de querer despertar a gritos el apetito de una clientela presunta, exhiben chorizos y salchichas en humeantes cacerolas. Los maestros de escuela y sus rapaces se desgañitan al aire libre. En un costado, un cambista hace sonar sobre roñosa mesa su provisión de monedas con la efigie de Nerón; en el otro, el mazo brillante de un batihoja machaca ruidosamente la lámina de oro que apoya en la gastada piedra que oficia de yunque; en la encrucijada, un corro de papanatas rompe en exclamaciones ante los malabarismos de un encantador de serpientes. Dondequiera resuena el martillear de los caldereros, y el vocear de los mercachifles, y el tartajear de los mendigos que, en nombre de Belona o bien en recuerdo de sus azarosos infortunios, se afanan por enternecer a los inconmovibles paseantes. Fluyen éstos en una ola ininterrumpida, que los obstáculos que encuentra no impiden que pronto se haga torrencial. Por callejas indignas de una aldea ambula todo un mundo que, a la sombra o bajo el sol, va, viene, corre, se para, grita, se aprieta y empuja [55].

Fig. 29. — **Figón al aire libre.** — (Pintura mural de Pompeya).

[54] PETRONIO, *Sat.*, 79.

[55] Sobre el tráfago diurno de Roma, cf. SÉNECA, *De clem.*, I, 6; MARCIAL, I, 41 y XII, 57.

Quince siglos antes de las *molestias de París*, que inflamaran el estro de Boileau, las molestias de la antigua Roma han despertado la inspiración de Juvenal.

Podría creerse que al llegar la noche el estruendoso fárrago va a hundirse en una sima de silencio temeroso y en una paz sepulcral. Nada de ello, sino una simple substitución. Al desfile de los hombres, ahora refugiados en sus casas, sucédese, por voluntad de César, el de las acémilas, carretas y convoyes. El dictador, en efecto, había comprendido que en calles tan quebradas, estrechas y transitadas como eran los *vici* de Roma, la circulación de los vehículos, requerida por las necesidades de cientos de miles de habitantes, hubiera llevado, de día, a una inmediata obstrucción, con el peligro consiguiente. De ahí la medida radical que César ha tomado y que nos traduce su ley

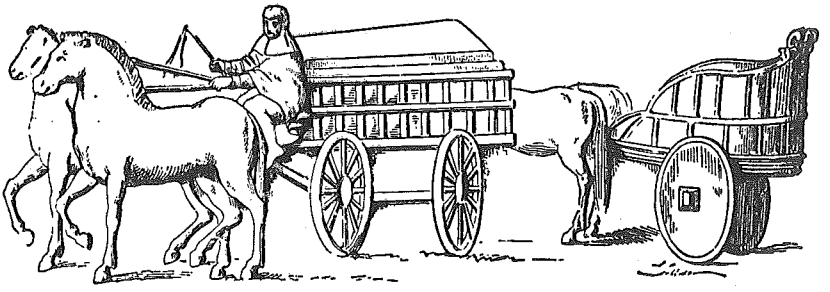


Fig. 30. — Carros para transportar equipajes. (Pintura mural de Pompeya).

póstuma. Desde la salida del sol hasta las cercanías del crepúsculo, queda absolutamente prohibido el movimiento de carros en el interior de la *Urbs*. Aquellos que entren durante la noche en la Ciudad y sean en ésta sorprendidos por el alba, deberán permanecer estacionados y vacíos hasta la noche siguiente. Sólo cuatro excepciones serán admitidas a esta regla en lo sucesivo inflexible. Ante todo, tres excepciones temporáneas, respectivamente consentidas: los días de ceremonias solemnes, a los carros de las Vestales, del Rey de los Sacrificios y de los Flámines; los días de triunfo, a los carros indispensables para la procesión de la victoria; y los días de juegos públicos, a los carros que exige esta celebración oficial. Por último, una excepción perpetua otorgada todos los días del año a los carros de los contratistas y alarifes que tengan que demoler una *insula* para reedificarla más sana y más hermosa. Fuera de estos cuatro casos con toda precisión determinados, no circulan, en la vieja Roma, durante el día, nada más que los peatones, los caballeros y los poseedores de literas y de sillas de manos; y ya se trate de modestísimas exequias realizadas a la caída de la tarde, o de majestuosos funerales desplegados en pleno día, ya

avance el luctuoso cortejo precedido o no de flautas y de cuernos, seguido o no seguido de larga teoría de parientes, amigos y lloronas profesionales *(preficæ)*, los muertos, encerrados en un ataúd *(capulum)* o depositados en un féretro de alquiler *(sandapala)*, marcharán a la pira de su incineración o a la tumba de su entierro sobre una simple parihuela llevada a mano por los *vespillones* [56].

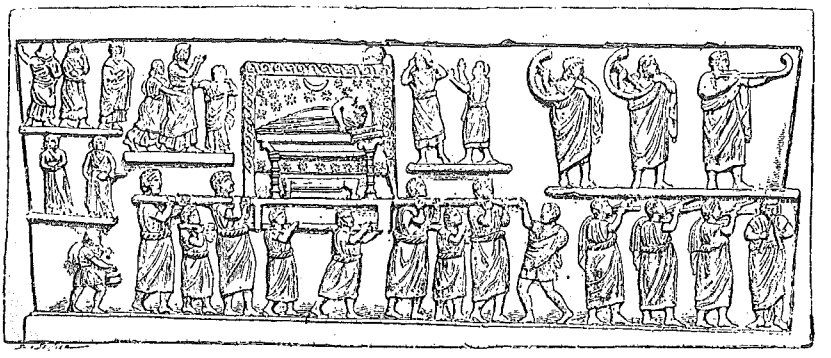


Fig. 31. — Cortejo fúnebre en Roma. (Bajo relieve de Preturo, Museo de Aquila).

En cambio, al acercarse la noche comenzará el autorizado cancán de los carros de toda laya, que hartarán la ciudad con su ensordecedora batahola.

Pues de ningún modo debe pensarse que la legislación de César murió con él o le sobrevivió poco tiempo, o que los particulares, tarde o temprano, hicieron saltar aquellas draconianas disposiciones bajo la presión de sus caprichos y de sus conveniencias. La mano de hierro del dictador doblegó los siglos, y los emperadores, sus herederos, jamás libraron a los romanos de las sujeciones a las cuales, en el interés vital de la colectividad, aquél los había duramente sometido. Los emperadores, uno tras otro, las consagraron y reforzaron. Claudio las extenderá de la *Urbs* a los municipios italianos; Marco Aurelio, a todas las ciudades del imperio, sin tener para nada en cuenta sus estatutos municipales; en el ínterin, Adriano limitará los atelajes y las cargas de los volquetes autorizados para entrar en la Ciudad [57]; y, ya sea al fin del siglo primero, ya sea en el segundo de nuestra era, los escritores nunca nos muestran otra cosa, sino la imagen de una Roma definitivamente ordenada y reglamentada por Julio César.

Por ejemplo, según Marcial, durante la noche los carruajes es-

[56] Consultar el artículo *funus* de ED. CUQ en el *D. A.*; ver el bajo relieve de Preturo, en Aquila.

[57] SUETONIO, *Claud.*, 25, 2; H. A., *Anton. Phil.*, 23, 8; *Hadr.* 22, 6.

tremecen las *insulæ* con el chirrido de sus ruedas, y en el Tíber repercute el jadeo de los estibadores y de los miserables que tiran de las sirgas [58]. En Juvenal, este tránsito incesante y el runrún de los ruidos que le rodean condenan sin remisión a los romanos al insomnio:

«¡Y cuánto, cuánto enfermo aquí no mata
el insomnio! Manjar mal digerido
y en el ardiente estómago estancado,
causó la enfermedad. Mas ¿hay quien pueda
dormir de las industrias con el ruido?
De aquí el mal viene. Para el rico sólo
gozar del sueño queda.
De tanto carro la estruendosa rueda
por las angostas tortuosas calles,
los gritos del mulero, si se opuso
al tránsito otro carro, hasta a las focas
pudieran despertar y al mismo Druso.»

Y a continuación, el poeta brama contra la insoportable muchedumbre que inunda las calles durante el día. De comienzo alcanzamos a distinguir, entre la baraúnda de los peatones, el balanceo de una lujosa litera:

«Si algún negocio llámale, el potente,
arrollando a la turba en su litera
corre llevado por liburno ingente:
Y él entretanto escribe, lee, dormita,
que litera cerrada al sueño invita.»

El tropel en el cual el poeta es arrastrado avanza penosamente a pie, confundido en una ruda refriega cada vez más ardorosa. La multitud que precede a Juvenal pone barreras a su prisa, y la que le sigue le sube los riñones a la boca. Éste le aporrea brutalmente con el codo, aquél con un tablón, y un tercero le descalabra la testa con una metreta, ánfora capaz de treinta y nueve litros. Mientras un zapatazo descomunal le allana un pie, el clavo de una bota castrense queda engastado entre sus dedos, y, por atender la herida, allá va hecha jirones su túnica recién comprada. Pánico súbito. Ha aparecido un carro sobre el que oscila amenazante larga viga; tras él, otro que transporta un abeto entero; y todavía otro más, agobiado de mármoles ligurios.

«Mas si ese carro que hasta Roma trae
mármol del Apenino,
súbito, roto el eje, al suelo cae,

[58] MARCIAL, IV, 64.

y sobre el pueblo un monte se desploma,
¿qué resta de los cuerpos? Piernas, brazos
o huesos ¿quién encuentra? Así perece
el plebeyo infeliz, y hecho pedazos
su cadáver, cual soplo desparece.»[59]

De este modo, bajo los Flavios y bajo Trajano, como un siglo y medio antes, en seguida de la publicación de la ordenanza de Julio César, los únicos vehículos que de día circulan en Roma son los carros de los contratistas y alarifes. La ley del gran desaparecido está siempre viva, y esta persistencia acrece la originalidad que garantiza a la Roma imperial un lugar sin segundo entre todas las ciudades de la geografía y de la historia. La *Urbs* armoniza sin esfuerzo los más contradictorios aspectos. Adáptase con la mayor naturalidad a las formas más varias de lo pasado y de lo presente; pero prestándose, en apariencia, a ser objeto de comparaciones opuestas, Roma permanece, en el fondo, incomparable. Páginas atrás hemos visto a sus arrogantes y a la vez endebles edificios alzar, hasta un nivel que los nuestros no superan mucho, las sutilezas modernas de un lujo extravagante junto con las rudezas medievales de una increíble incomodidad. Y ahora, para terminar, son sus calles las que nos desconciertan. Éstas parecen haber copiado las escenas que se desarrollan en un zoco marroquí o en algún bazar de Oriente. Henchidas están de multitudes estrepitosas, bullentes y abigarradas, tales como las que podemos ver hogaño en la plaza Yema Elfna de Marrakex; y están perturbadas por un confuso desorden que se nos antoja incompatible con la idea misma de civilización. Mas he aquí que bruscamente surge, para transformarlas en un volver de ojos, un orden imperioso y lógico decretado de un golpe y mantenido durante generaciones, como símbolo de esa disciplina social que suplió entre los romanos las deficiencias de su técnica, y que el Occidente contemporáneo, oprimido por el creciente número de sus invenciones y por la complejidad de sus progresos, procura, también él, practicar para su salvación.

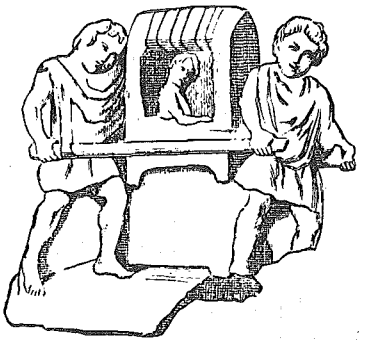


Fig. 32. — «Sella gestatoria» llevada por dos esclavos. (Museo de Nápoles).

[59] JUVENAL, III, 232 y siguientes.

SECCION SEGUNDA

EL MEDIO MORAL

SECCION SEGUNDA

EL MEDIO MORAL

LO mismo que la *Urbs*, la sociedad que la puebla durante el siglo II está llena de sorprendentes contrastes. Su estructura, a la vez que reconoce una rigorosa división en jerarquías, es francamente igualitaria, interponiendo una incolora clase media entre la aristocracia henchida de multimillonarios y las masas anónimas del proletariado indigente. La evolución de sus familias ha pasado de una estricta sumisión a una extremada libertad. Su espíritu, persuadido de la dignidad de la cultura, pero privado del apoyo de una verdadera ciencia, traqueteado entre los imperativos de doctrinas ascéticas y las depravaciones de una desaforada amoralidad, oscila desde las negaciones de un escepticismo egoísta hasta la efusión y las vehemencias de las místicas más eufóricas; y sus clases privilegiadas, al propio tiempo que exaltadas por la práctica de las más nobles virtudes, están pervertidas por la degradación de los vicios más infames.

Como el dios Jano nos muestra la oposición de sus dos rostros, así la Roma de Trajano nos ofrece, desde el punto de vista moral, tanto el aspecto de la sentina de corrupciones donde la antigüedad comienza a hundirse, como el del sublime asilo gracias al cual pudo salvarse y cumplirse el santo ideal que debía regenerar a la humanidad.

CAPITULO I

LA SOCIEDAD: SUS CASTAS CENSATARIAS Y EL PODER DEL DINERO

1. Jerarquía Igualitaria y Cosmopolitismo

A primera vista, la sociedad romana parece hallarse dividida por barreras y muros infranqueables. En principio, los hombres nacidos libres, los «ingenuos», ya sean ciudadanos de Roma o de otros lados, están radicalmente separados, por la superioridad de su origen, de la masa de los esclavos —ganado con aspecto humano—, sin derechos, sin garantías, sin personalidad, entregada como un rebaño al arbitrio del amo y, como un rebaño también, asimilada más a una colección de cosas que a un grupo de seres vivos: *res mancipi*. Después, entre los hombres libres, preciso es establecer una diferencia profunda entre los ciudadanos romanos a los que protege la ley y los otros a los cuales ésta sujeta. En fin, los mismos ciudadanos romanos se ordenan a lo largo de una escala de valores sociales determinados paso a paso por los niveles de sus fortunas.

En el más ínfimo grado están los humildes, los *humiliores*, la plebe de los menesterosos carentes de todo capital, a los que Plinio el Joven considera lógico, en la Bitinia que administra en calidad de legado de Trajano, descartar de los honores municipales, y que en Roma, a la menor contravención, son penables de azotes, siendo condenados, por el más insignificante delito, a trabajos forzados en las minas *(ad metalla)*, a ser pasto de las fieras en los anfiteatros, o a la crucifixión.

Arriba de ellos encuéntrase la gente acomodada, los *honestiores* —los «burgueses» de la época de que tratamos—, cuya honorabilidad cifra en la posesión de por lo menos 5.000 sestercios (5.000 francos Poincaré = 1.000 francos anteriores a la guerra); cantidad que les asegura, en caso de falta grave, represiones más suaves y menos infamantes: destierro, relegación o confiscación.

Los *honestiores*, a su vez, se subdividen en varias categorías: la más baja, que también es en mucho la más numerosa, no puede pre-

tender servir al Estado, esto es, tomar y ejercer la menor parcela de poder público, y, por consiguiente, no merece lucir el hermoso nombre de «clase»: *ordo*. La noción de *ordo* aparece en un grado mas alto. Ante todo, en la base, con la *orden ecuestre,* cuyos miembros poseen 400.000 sestercios como mínimo y reciben del emperador, cuando se han hecho acreedores a su confianza, los comandos de sus tropas auxiliares, así como cierto número de funciones civiles que les están reservadas: las procuradurías dominicales y fiscales, los gobiernos de las provincias secundarias, como las de los Alpes y las Mauritanias, las jefaturas, desde Adriano, de diversas oficinas del gabinete imperial, y, a partir de Augusto, todas las prefecturas, excepto la de la Ciudad. Y a continuación, en la cúspide, con la *orden senatorial,* cuyos miembros, poseedores de a lo menos un millón de sestercios, llegan a ser, si el emperador así lo consiente, los jefes de sus legiones, los legados y los procónsules de las provincias más considerables, los administradores de los principales servicios de la ciudad de Roma y los sacerdotes de los más famosos cultos.

Entre esas diferentes especies de privilegiados, un discreto escalafón ordena jerárquicamente a los individuos, y, para que las demarcaciones sean más visibles, Adriano conferirá a cada uno de ellos un título de nobleza privativo de cada categoría: la denominación de «varón egregio» *(vir egregius)* para los simples procuradores; la de «varón perfectísimo» *(vir perfectissimus)* para los prefectos, a excepción de los del Pretorio, cuyo nombre de «varón eminentísimo» *(vir eminentissimus)* será más tarde restaurado, a favor de los cardenales, por la Iglesia romana; en fin, la de «varón ilustrísimo» *(vir clarissimus)* para los senadores y sus hijos.

Este sistema rígido y preciso, cuyas ingeniosas combinaciones son precursoras del complejo mecanismo del «tchin» imaginado por Pedro el Grande y de las equivalencias de los grados en el ejército y en la Legión de Honor decretadas por Napoleón, levanta en Roma, de donde salen y a donde vuelven oficiales y funcionarios, una suerte de pirámide escalonada en cuyo vértice se destaca, entre el cielo y la tierra, la incomparable dignidad del príncipe.

En un sentido, y como su nombre lo indica, el príncipe no es nada más que el primero —*Princeps*— del Senado y del Pueblo. Mas, en otro aspecto, esta primacía implica, entre su persona y el resto de la humanidad, una diferencia no de grado, sino de naturaleza; pues el emperador, encarnación de la ley y depositario de los auspicios, se aproxima más a los dioses —de los que se vanagloria de haber salido, y hacia los cuales, proclamado *divus* en ocasión oportuna, él tornará después de su muerte en una apoteosis— que a la condición de los simples mortales, de la cual le substrae, desde el día de su adveni-

miento, su carácter sagrado de *Augusto*. Si bien Trajano ha rechazado con desdén las pretensiones que sostuviera Domiciano de ser saludado con el doble título de *Señor* y de *Dios (dominus et deus)*, el sucesor de Nerva no ha podido repudiar el culto de que era objeto el genio imperial en su persona, y que servía de vínculo a la heterogénea federación de las ciudades que en Levante y Occidente componían el Imperio universal *(orbis romanus)*, y ha debido tolerar que sus decisiones fueran calificadas públicamente de «celestes» por aquellos cuyos anhelos éstas colmaban.

En resolución, Roma se muestra, a simple vista, como un mundo fijado, bajo la férula de una autocracia teocrática, en los innumerables compartimientos de una inflexible organización.

Empero, si mejor se mira, se advierte que las barreras y los muros que la dividen no son herméticos en modo alguno, y se comprueba que poderosas corrientes igualitarias no cesan de recorrerla, agitando y renovando sin descanso los elementos de una sociedad que aquellas jerarquías ordenan, pero no aíslan. Ni siquiera la casa imperial permanece impermeable a esas corrientes. Al extinguirse con Nerón la familia de los Julios, el Principado deja de ser el patrimonio de un clan predestinado. Al fulgor de las espadas que entrechocan en la guerra civil de 69, revélanse los «arcanos» del imperio, que dice Tácito. Ya no es más la sangre de César y de Augusto lo que le confiere, sino la adhesión de las legiones. Vespasiano, legado en Oriente, y Trajano, legado en Germania, han sido exaltados al poder supremo, el primero por aclamación de sus tropas; el segundo a causa del temor que infundía su ejército y de la confianza que él personalmente inspiraba. Uno y otro han cobrado carácter divino porque con anterioridad habían asumido el comando de las legiones que aseguraban el imperio, en lugar, como Calígula, Claudio o Nerón, de alcanzar el imperio en nombre de la divinidad de su dinastía. Los legionarios que proclamaron a Vespasiano, los senadores que obligaron a Nerva a adoptar a Trajano, general de las fronteras renanas, realizaron una verdadera revolución; y tras ella, así como de todo cabo del Gran Ejército se dirá que lleva en su cartuchera un bastón de mariscal, se presiente en Roma que todo jefe castrense está en potencia propincua de ser emperador merced a una suprema promoción otorgada al mejor de los militares romanos.

Por tanto, resulta natural y lógico que esta noción de mérito y de progreso jerárquico, al mismo tiempo que se aplica por vez primera a la soberanía imperial, penetre en el cuerpo entero del imperio y circule por él para animarle y rejuvenecerle. Gracias a ella establécense dondequiera comunicaciones entre las naciones y las clases sociales; y estos contactos las ventilan, acercan y fusionan. A medida que el *ius gentium*, es decir, el derecho de las naciones extranjeras, se modela sobre

el *ius civile,* esto es, sobre el derecho de los ciudadanos romanos; y a medida que el *ius civile,* bajo la influencia de la filosofía, tiende a conformar con el derecho natural, *ius naturale,* abréviase la distancia entre el romano y el extranjero, entre el ciudadano y el peregrino; y a cada instante, sea por franquicias y favores individuales, sea por naturalizaciones en masa que se conceden de un golpe a toda una clase de auxiliares licenciados, o a una colectividad municipal convertida en colonia honoraria, nuevos aflujos de peregrinos entran en la ciudad romana. Hasta este momento, nunca ha sido más acusado el carácter cosmopolita de la *Urbs.* En todos los planos sociales los romanos propiamente dichos son sumergidos no ya sólo por el raudal de la inmigración itálica, sino también por la copia de provincianos procedentes de las más varias regiones, que llevan a la Ciudad sus idiomas, usos, costumbres y supersticiones particulares.

Sublévase entonces Juvenal contra ese fango que a mares vierte el Orontes en el Tíber. Pero los sirios que el poeta execra se han colocado, en cuanto han podido hacerlo, la máscara de un estado civil romano; y los mismos que vomitan xenofobia son más o menos extranjeros en la Ciudad que pretenden defender contra nuevas intrusiones. Juvenal no es sino un campanés o un hérnico avecindado en la *Urbs.* En su casa de la calle del Peral, en el Quirinal, suspira Marcial por Bílbilis, su pequeño y distante terruño aragonés. Plinio el Joven, tanto en Roma como en su villa laurentina o en su propiedad de Toscana, permanece fiel a su Cisalpina natal, a ese Como lejano, siempre presente en su corazón, al que embellece con sus liberalidades. La Curia reúne ahora senadores venidos de Galia, España, África y Asia. Los emperadores romanos salen de ciudades o aldeas, naturalizadas no ha mucho tiempo, situadas allende los montes y los mares. Trajano y Adriano son originarios de Itálica, en Bética. Antonino Pío, que les sucede, pertenece a la burguesía de Nimes, en Narbonense; y en las postrimerías del siglo II se verá partir el imperio entre el *César* Clodio Albino, de Adrumeto (Susa africana), y el *Augusto* Septimio Severo, de Leptis Magna (Tripolitania), el cual, cuenta su biógrafo, jamás logró despojar su discurso del acento semítico que le venía de su ascendencia punica.

Así, la *Urbs* de los Antoninos es la encrucijada en que se encuentran con el romano los pueblos inferiores a los cuales las antiguas leyes latinas parecían oponer inexpugnables murallas étnicas; o más bien es el crisol donde, no obstante las disposiciones legales, nuevas formas de asimilación amalgaman constantemente a esos pueblos entre si. O, si se prefiere, es una Babel; pero una Babel donde todo el mundo, velis nolis, aprende a hablar y a pensar en latín.

2. La Esclavitud y las Manumisiones

Todo el mundo, inclusive los esclavos, quienes, en el siglo II, llevan un género de vida casi comparable a la de los «ingenuos», y a los cuales una legislación cada vez más benévola ha ido progresivamente aligerando las cadenas y favoreciendo la liberación. El sentido práctico de los romanos, como asimismo un fondo humanitario muy propio de su idiosincrasia de hombres de campo, habíales alejado de la crueldad hacia sus siervos, *servi*. Siempre los habían tratado con miramientos, cuidándolos como Catón a sus bueyes de labor; y tan lejos como se remonta en el pasado, se les ve, para estimular los esfuerzos de sus esclavos, recompensar a éstos con primas y salarios que, acumulados por los interesados, formaban el peculio que proporcionaba, de ordinario, el rescate de la servidumbre. La cual, salvo excepciones, jamás ha sido en Roma ni intolerable ni eterna; pero hay que confesar que quizá nunca fué más llevadera ni más fácil de romper que durante el gobierno de los Antoninos.

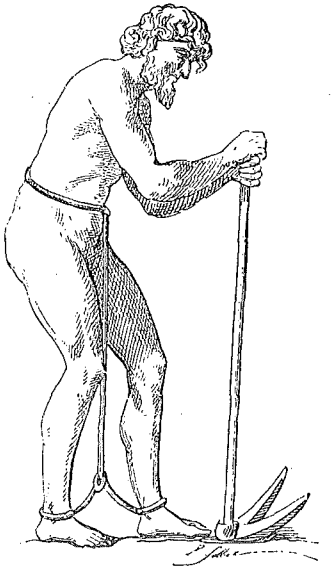


Fig. 33. — Esclavo trabajando encadenado. (Según una piedra grabada).

Desde el último siglo de la República, al esclavo se le había reconocido un alma, y los ciudadanos libres habíanle admitido en la práctica, en común, de sus cultos preferidos. En Minturnes, por ejemplo, desde 70 antes de Jesucristo, el santuario de Spes, la diosa de la Esperanza, estaba servido por tantos *magistri* esclavos como *magistri* libertos e ingenuos juntamente. Más tarde, con el enriquecimiento espiritual de la cultura y la creciente influencia de las filosofías filantrópicas, la situación de los esclavos ha mejorado todavía más en el hogar de los dioses. En el siglo primero de nuestra era, los epitafios serviles comienzan a honrar abiertamente a los manes de los difuntos; y, en el segundo, los colegios funerarios y místicos —tal como el constituído en 133 de nuestra era, en Lanuvium, bajo la doble advocación de Diana y de Antinoo— agrupan, fraternalmente asociados, a ingenuos, libertos y esclavos. Estos últimos, en el caso particular de Lanuvium, se comprometen a obsequiar con una ánfora de vino a los miembros de su cofradía el día que lleguen a ser manumitidos.

La ley, por supuesto, ha seguido la evolución de las ideas. A principios del imperio, cierta *lex Petronia* había prohibido al amo entregar su esclavo a las fieras sin juicio previo. Hacia mediados del siglo primero, un edicto del emperador Claudio decidió la manumisión de oficio de los siervos enfermos o achacosos abandonados por sus amos; y, poco después, un edicto de Nerón, quizá redactado a instigación de Séneca, que había reivindicado afanosamente la calidad de hombre para los esclavos, encomendó al Prefecto de la Ciudad la misión de recibir las denuncias que hicieran éstos por injusticias de sus amos, para instruir, acto continuo, los procesos pertinentes. En 83, un senadoconsulto expedido durante el gobierno de Domiciano prohibió la castración de los siervos, castigando al amo transgresor con la confiscación de la mitad de sus bienes. Adriano, en el siglo segundo, duplicará la pena de ese delito, por él declarado «capital», y dictará al Senado dos decretos animados de idéntica generosidad: uno impide a los amos vender sus esclavos al *leno* o al *lanista*, es decir, respectivamente, al alcahuete o al empresario de combates de gladiadores; el otro subordina la ejecución de las condenas pronunciadas por los amos contra sus esclavos al consentimiento del Prefecto de los Vigilantes. Esta evolución humanitaria llega a su término a mediados del mismo siglo, cuando Antonino Pío condena como homicidio toda ejecución de un esclavo por la sola orden de su amo.

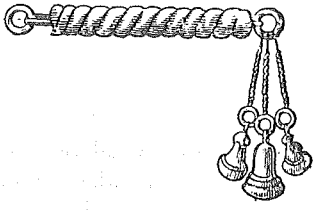


Fig. 34. — «Flagrum» para azotar esclavos. (Según un modelo hallada en Herculano).

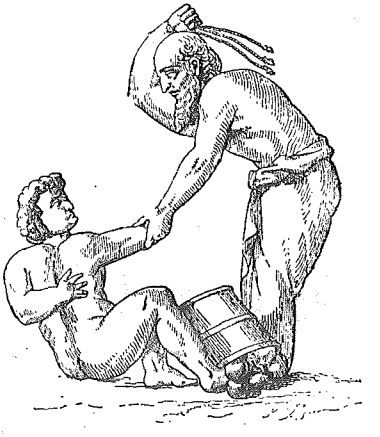


Fig. 35. — Esclavo azotado. (Según un grabado de una vasija de bronce hallada en Pompeya).

En esta época, por otra parte, la legislación refleja, más bien que impone, la benevolencia introducida en las costumbres. Juvenal fustiga con el látigo de sus sátiras al avaro que escatima el pan a sus esclavos, al jugador que quema una fortuna en un golpe de dados mientras sus siervos perecen de frío bajo sus túnicas andrajosas, a la coqueta que, por una pequeñísima demora de sus mandaderos, por la más insignificante torpeza de sus doncellas, se irrita, blasfema y maneja, con infernal iracundia, los doloro-

sos azotes y el insolente vergajo. La indignación del poeta coincide aquí con la opinión pública, y ésta retrocede con igual horror que él ante el ejemplo de Rutilio, cuya abominable ferocidad condena el satírico:

«¿Enseñará Rutilio, por ventura,
ánimo blando y con las faltas leves
benignidad? ¿Podrá mostrar al hijo
que igual el cuerpo del esclavo al nuestro
e iguales son las almas, él, que goza,
duro y cruel, con escuchar el ruido
áspero del azote, y no hay sirena
que con su canto más le alegre el alma?
¿El, Antífates fiero, Polifemo
del aterrado hogar, contento sólo
cuando al esclavo que robó un pañuelo,
la faz con hierro enrojecido marca
por mano del verdugo? ¿Qué consejo
dará al joven, si toda su delicia
está en el estridor de las cadenas,
en el cerrado ergástulo y la cárcel
do tras dura labor duermen los siervos?» [1]

En su tiempo, la mayoría de los amos, si no renuncian a punir las faltas de sus esclavos con castigos corporales, se contentan con aplicar a los infractores los azotes que Marcial, sin remordimientos, inflige a su cocinero por una comida mal aderezada:

«Muy cruel y delicado
hallas, Rustico, que soy,
pues por la comida de hoy
al cocinero he zurrado.
Si para azotes ligero
el motivo te parece,
pregunto: ¿Por qué merece
azotes un cocinero?» [2]

[1] JUVENAL, XIV, 126; I, 92; VI, 475; XIV, 17.

[2] MARCIAL, VIII, 23. Versión de D. Juan de Iriarte. De este epigrama hay también una imitación de Quevedo, que, por ser muy poco conocida, reproduzco a continuación:

De Ramón. - Al Ldo. Poyo

Parézcote muy severo
a tu modo de juzgar,
y goloso demasiado,
Poyo, para aporrear
porque, por lo mal guisado,
a cocinero Ramón,
castigo a mi cocinero.
dime tú, ¿por qué ocasión
Si éste es descuido ligero
le tengo de castigar?

(*Nota del traductor*).

Lo cual no les impide cuidarlos, estimarlos y hasta llorar sus infortunios y su muerte [3]; y en las grandes casas donde numerosos esclavos son hábiles especialistas, donde algunos, el pedagogo, el médico, el lector, conocen y cultivan las artes liberales, los siervos son considerados lisa y llanamente como hombres libres. ¡Con qué meticulosidad desea Plinio el Joven que su sobrino Paterno los escoja para él en el mercado! ¡Cuán exagerado empeño pone en velar por su salud, llegando, para restablecerla, hasta sufragar los gastos de largos y onerosos viajes que les hace hacer a Egipto o a la llanura provenzal de Frejús! ¡Con qué afabilidad accede a sus legítimos deseos, satisfaciendo sus pedidos, dice, como si fueran órdenes! Y si un pariente o amigo llega de visita a su casa, ¡cuánto más confía en la devoción de sus siervos que en la severidad de sus propias indicaciones a fin de agasajar cumplidamente al huésped, seguro, escribe Plinio, de que aquéllos se han de esforzar por ser agradables a su amo en la persona de sus invitados!

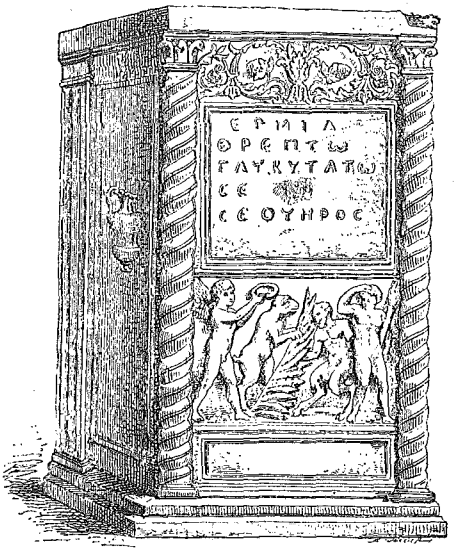


Fig. 36. — Cipo tumbal de un esclavo. (Museo del Louvre).

Por lo demás, en casa de sus amigos, los esclavos son tratados con igual afectuosa familiaridad. Cuando el anciano senador Corelio Rufo es postrado en cama por la enfermedad, gusta que sus servidores preferidos le hagan compañía en su aposento, y si se resigna a despedirlos un instante para escuchar una confidencia, su mujer sale con ellos. Plinio el Joven, que aplaude esta lene conducta, no desdeña conversar con los suyos y, cuando reside en el campo, invita a los más instruídos de sus esclavos a intervenir en las doctas discusiones que matizan, por la tarde, su habitual paseo después del yantar. A su vez, los esclavos se muestran singularmente obsequiosos hacia tan amables dueños. El estupor con que Plinio el Joven recibe la noticia del atentado cometido contra el senador Larcio Macedo por una parte de sus domésticos [4], es un índice de la rareza de esos crímenes inauditos; así

[3] Ver en MARCIAL, I, 102 el tierno epitafio de Demetrio.

[4] PLINIO EL JOVEN, I, 21, 2; VIII, 16; I, 4, 3; 1, 2; V, 19; I, 12, 7; IX, 36, 4; III, 14, 3.

como los cuidados, ¡ay! inútiles, que prodigan a la víctima los servidores que le han permanecido fieles, prueban que en las casas donde los esclavos eran rudamente manejados, los siervos trataban al amo como el amo trataba a los siervos: como hombres. De igual modo, un griego que vivió en Roma a mediados del siglo segundo quedó sorprendidísimo de la forma en que se habían acercado los esclavos a los hombres

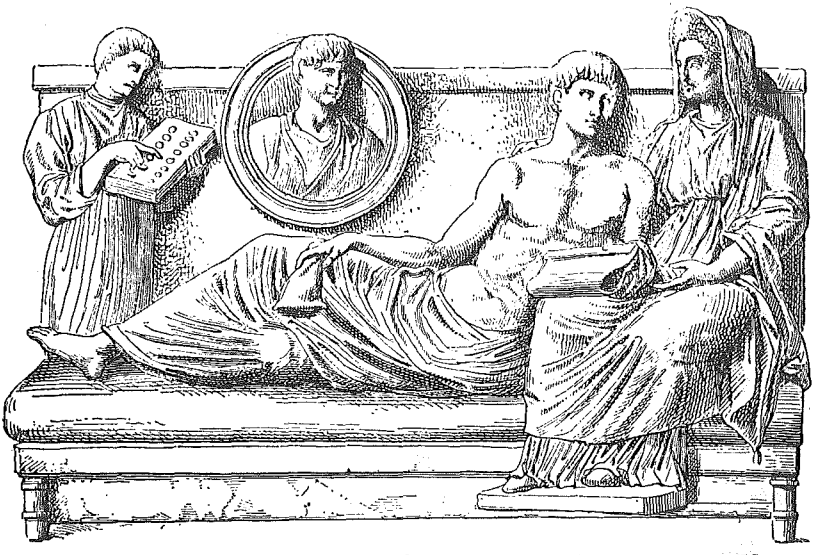


Fig. 37. — Esclavo letrado haciendo cálculos que le dicta su amo. (Museo Capitolino, Roma).

libres, acercamiento que se manifestaba, con gran asombro suyo, hasta en la semejanza de la vestimenta: en Roma, observa Apiano, que escribía en tiempo de Antonino Pío, el esclavo no se distingue ni siquiera exteriormente del hombre libre, y, salvo el caso de que el amo deba ceñir la toga pretexta, insignia de la magistratura, todos visten de análoga manera; y a renglón seguido formula Apiano esta otra observación que le suspende aun más que la primera: una vez manumitido, el ex esclavo vive en condiciones de perfecta igualdad con los ciudadanos [5].

Sola, en efecto, en el mundo antiguo, la Ciudad romana tiene el honor de haber redimido a sus parias abriéndoles sus puertas. Sin duda, el esclavo liberado *(libertus)* no adquiría al punto el derecho de ejercer todos los oficios y magistraturas. Seguramente permanecía algún tiempo sujeto a su ex amo, a quien llamaba su *patrono (patronus)*,

[5] APIANO, *B. C.*, II, 120.

mediante prestaciones personales o mediante el pago de censos y, siempre, por los deberes de un respeto casi filial: el *obsequium*. Mas después que su manumisión *(manumissio)* había sido formalmente pronunciada, sea delante del pretor en un proceso ficticio de reivindicación *(per vindictam)*, sea por inscripción, el día de la *lustratio*, en los registros de los censores *(censu)*, sea, más comúnmente, en virtud de una cláusula testamentaria *(testamento)*, el liberto obtenía, por gracia de su amo vivo o muerto, los nombres y el carácter de un ciudadano romano. A la tercera generación, su descendencia podía ejercer la plenitud de los derechos políticos y no se distinguía absolutamente en nada de la de los ingenuos. Con el tiempo, por otra parte, las formalidades de las liberaciones fueron cada vez menos estrictas; y el uso, no la ley, substituyó los viejos procedimientos de manumisión con otros más expeditivos y sencillos: una simple carta emanada del patrono o, a veces, una declaración puramente verbal emitida, por ejemplo, durante un banquete, cuyos comensales eran tomados por testigos. La moda concluyó por mezclarse en este asunto, y las manumisiones menudearon en forma tal, que hubiera podido creerse que el punto de honra de los amos cifraba en multiplicar indefinidamente los libertos.

Fig. 38. — «Manumissio vindicta». Uno de los esclavos está arrodillado delante del lictor, que lo toca con la vara de la emancipación *(vindicta)*. El otro, ya manumitido, estrecha la mano del magistrado o de su ex amo *(patronus)*. Ambos esclavos llevan el simbólico *pileus* o bonete de la libertad. (Fragmento de bajo relieve de la colección Warocqué, Mariemont, Bélgica).

Augusto, preocupado por tan extraña conducta, hubo de ingeniarse para refrenar el abuso. Estableció que el manumisor debía tener una edad mínima de dieciocho años y prohibió la liberación de los esclavos menores de treinta. Sometió las manumisiones testamentarias —que eran, y en mucho, las más corrientes de las liberaciones legales— a una tabla que, según los casos, proporcionaba el número de los manumisos al de los esclavos poseídos por el amo respectivo; pero en ninguna circunstancia ese número podía ser superior a 100. Por último, imaginó una categoría inferior de semi-ciudadanos, los llamados *latinos-junianos*, a los que les concedió sólo en forma parcial el derecho latino, el *ius Latii*, gravándolos ade-

más con incapacidad testamentaria activa y pasiva. A esa categoría fueron relegados los siervos a quienes sus amos habían manumitido transgrediendo tanto las nuevas reglas dictadas por Augusto como las normas legales ya existentes.

Pero las costumbres, más fuertes que la voluntad de Augusto, burlaron su legislación. Él mismo, para contener el descenso de la natalidad, descargó a los *latinos junianos* padres de familia de las incapacidades con que los había gravado. Más tarde, para fomentar los alistamientos en sus cohortes, Tiberio otorgó igual beneficio a los ex vigilantes. En seguida, para aliviar o estimular la economía, Claudio extendió esa franquicia a los libertos de ambos sexos que emplearan sus capitales en equipar buques mercantes; Nerón, a aquellos que los invirtieran en la construcción de edificios; y Trajano, a los que, con su dinero, instalaran panaderías. En resolución, los emperadores todos, por indulgencia para con sus propios *liberti* y los *liberti* de sus amigos, se empeñaron, sea concediéndoles la ingenuidad ficticia de la *natalium restitutio,* sea hasta colocando en sus anulares las áureas sortijas de los caballeros, en borrar los últimos rastros de su condición servil y en promoverlos de un golpe al segundo «orden» del Estado. Así, en la época que nos he-

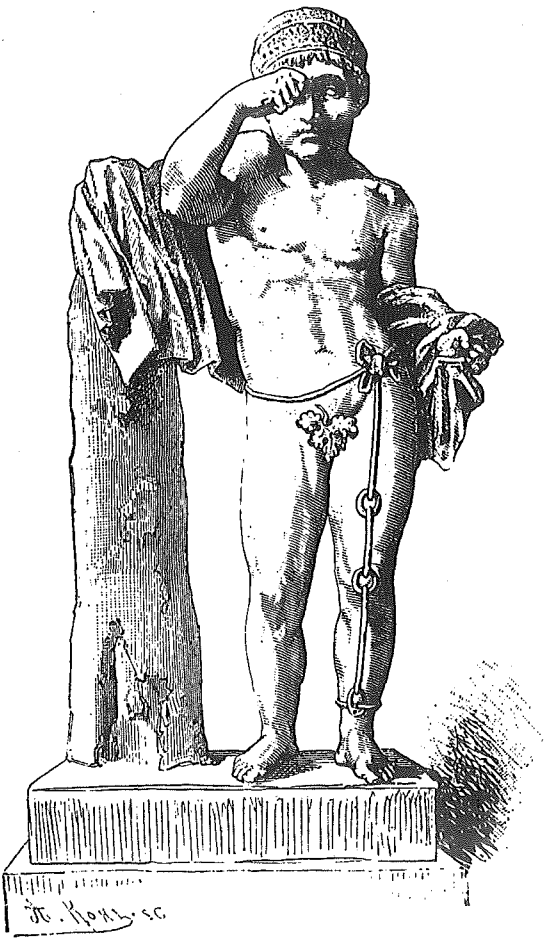


Fig. 39. — Niño esclavo. (Villa Borghese).

mos colocado, las manumisiones, más frecuentes que nunca, llevan a los libertos a una situación de completa paridad con los otros ciudadanos, les procuran, a porfía, acomodos y fortunas, y les permiten —tal es el caso de Trimalción— hacerse, a su vez, dueños de verdaderos ejércitos de esclavos.

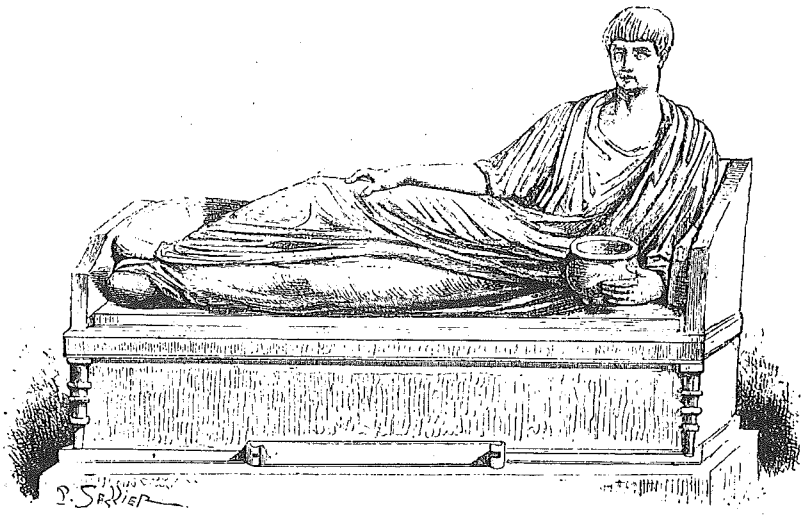


Fig. 40. — **Batilo, liberto de Augusto.** (Museo Capitolino, Roma).

De análoga manera, el epigrafista que realiza un rápido paseo a través de las ruinas romanas recoge la impresión de que, en la sociedad de la época imperial, los esclavos y libertos prevalecían ampliamente, pues comprueba cómo de cada cuatro inscripciones de esa época, tres mencionan a siervos y manumisos sobre los muros donde se leen todavía. En un artículo notable por la profusión y la exactitud de sus estadísticas, fácil le ha sido a Tenney Frank convencernos de que si en la mayoría de los casos los esclavos de la *Urbs* denotaban, en las desinencias de sus nombres, sus orígenes greco-orientales, a lo menos el ochenta por ciento de la población de Roma provenía, a través de manumisiones lejanas o recientes, de una servidumbre más o menos antigua [6]. De comienzo, el estudioso queda seducido por el vigor que esta ascención constante parece infundir tanto a la sociedad romana, a la cual proporciona sin tregua nuevos elementos, como a la patria romana cuyo campo aquel ascenso aumenta al infinito; y siente

[6] Sobre estas cifras, cf. TENNEY FRANK, *Races mixtures in the Roman Empire*, en *American Historical Review*, XXI, 1916, pp. 689-708.

tentación de atribuir a la Roma de los Antoninos las incomparables ventajas y el libre juego de una democracia perfecta.

3. Confusión de los Valores Sociales

Desgraciadamente, ya son harto visibles las sombras que comienzan a obscurecer el cuadro de la aludida sociedad. Sin duda, en la *Urbs* donde, desde el principado de Nerva, no resta nada más que la mitad de las familias senatoriales empadronadas treinta y cinco años ha, en 65, y donde, seis lustros más tarde, sólo quedará una de las cuarenta y cinco familias patricias restauradas por Julio César ciento setenta y cinco años antes, es de importancia capital que un perpetuo aflujo de sangre fresca pueda elevarse constantemente de las capas más humildes de la población para nutrir y fortalecer, como savia vigorizadora, a las clases superiores. Pero, tomándola casi exclusivamente del fondo de las masas serviles, la sociedad y la patria romanas se exponen para lo futuro a graves peligros y, en lo presente, a una inevitable contaminación.

Es preciso, en efecto, para que la servidumbre pueda llenar incesantemente los vacíos de las clases superiores,

Fig. 41. — Dacio prisionero. (Museo de Nápoles).

que ella misma sea a cada instante reforzada por nuevos aportes. Pero las guerras de Trajano, especialmente su segunda campaña dacia —en la cual, según el testimonio de su médico Critón, el emperador obtuvo 50.000 prisioneros muy pronto vendidos en pública almoneda [7]—, son las últimas en las que el imperio triunfa sin dificultades ni tropiezos. Después de los dos principados, gloriosamente apacibles, de sus sucesores Adriano y Antonino Pío, sobrevendrán, con Marco Aurelio, las trasnochadas victorias adquiridas a elevadísimo precio, las resistencias agotadoras y, finalmente, las invasiones y los reveses que van a secar la gran fuente del abastecimiento servil; y se puede ya prever el momento en que la esclavitud, condenada por la disminución de las presas bélicas a recogerse sobre sí misma, no estará más en condiciones de sostener la columna ascendente sobre la cual reposaba, en épocas anteriores, la economía romana. Y cuando llegue el temido momento, Roma veráse en la obligación de colocar al mundo, para seguirle rigiendo, esa desesperante camisa de fuerza que fué, en el bajo imperio, la inmutabilidad hereditaria de las condiciones humanas.

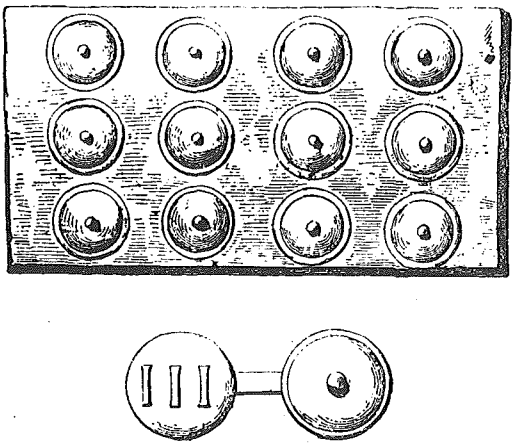


Fig. 42. — Téseras frumentarias o bonos de pan.

Seguramente, bajo los Flavios y los Antoninos este peligro aun no se dibuja. Empero, hay otros, más inmediatos, cuya amenaza pesa ya sobre la aparente prosperidad de sus reinados. Antes de ser lento en demasía, el empuje servil ha sido sobrado rápido y desordenado; las etapas a las que los primeros Césares habían querido sujetarle han sido prestamente recorridas o salvadas de un salto; y los defectos inherentes a un régimen a un tiempo autocrático y censatario han perturbado la evolución y viciado la esencia de las transmutaciones sociales.

Como los Césares poseen y ejercen, bajo la máscara de ficciones que ya no engañan a nadie, una autoridad absoluta, sus esclavos y sus libertos se han puesto a la cabeza de la Ciudad. En teoría, sólo son «cosas» o, en el mejor de los casos, ciudadanos incompletos. En la

[7] Sobre el valor del testimonio de Critón, ver mis *Points de vue sur l'impérialisme romain*, cap. II.

práctica, y del hecho de que ellos se aproximan día a día a la persona sagrada del amo, de que gozan de su confianza, de que éste les delega ciegamente una parte de sus enormes atribuciones, esclavos y libertos mandan, sin escrúpulos, a plebeyos y notables romanos. Hasta Claudio, el «gabinete» del emperador —al que afluían las súplicas del Universo entero y del cual emanaban las instrucciones tanto a los gobernadores de las provincias como a los magistrados de la Ciudad, siendo asimismo el taller donde se elaboraba la jurisprudencia de todos los tribunales, sin exceptuar la Alta Corte senatorial— estuvo compuesto casi exclusivamente de siervos. A partir de Claudio, hasta Trajano inclusive, los miembros del gabinete se reclutaron entre los libertos, y, así como los nobles del siglo XVII tascarán el freno bajo la dominación de «la vil burguesía», de los ministros y de sus subalternos, los senadores del alto imperio han debido inclinarse, rumiando en silencio la ira contenida, ante el poder de los ex esclavos que, encaramados de un salto a las gradas del trono, hartos de bienes y de honores, como Narciso o Pallas, por su labor oculta y soberana, disponían, en nombre del príncipe, de las promociones civiles y militares, de los bienes y de la vida de los súbditos.

Mas esto no es todo. Si el emperador escogía fuera de ellos, en las dos grandes órdenes del Estado, confidentes y amigos, como éstos poseían igualmente esclavos y libertos a los cuales habían contraído el hábito de abandonar la fatiga y la dirección de sus negocios, la aristocracia que parecía reinar debajo del *princeps* gobernaba, en realidad, lo mismo que éste, por interposición de sus domésticos. De este modo, a los esclavos y a los libertos del príncipe se añadían, para regir la Ciudad y el mundo, los esclavos y libertos de su Corte. Cabalmente se apreció el alcance de sus colusiones y de su poder, cuando aquellos a quienes el despotismo sombrío y la insaciable avidez de Domiciano habían dejado vivir en la Curia, resolvieron, para salvar el pellejo, acabar con él. La muerte del tirano, deseada e inspirada por los senadores, fué urdida en la antecámara de su palacio y consumada por su «gente» y por la «gente» que a su lado servía: un niño del coro de su larario *(puer a sacrario)*, su ayuda de cámara *(præpositus a cubiculo)*, el griego Partenio y uno de los mayordomos de su hermana Domitila, el griego Estefano. Sin duda, después del atentado, el nombre de la Libertad *(Libertas restituta)* fué acuñado sobre las monedas, y los «Padres conscriptos» pensaron resucitar la República concediendo el imperio a uno de sus más obscuros colegas, el sexagenario y tímido Nerva. Mas resulta evidente que todo eso no era sino paparruchas y falsas apariencias. La República, que es el bien común de los ciudadanos, la libertad, que de ellos exige un fiero aprendizaje, no podían renacer de una conjuración maquinada por «peregrinos» y

siervos; y los emperadores, a la postre, llegaron a temer que esas viles emergencias en la cúspide del Estado dieran al traste con la estabilidad del régimen. Adriano tomó la iniciativa, que debían respetar sus sucesores, de reservar a la orden ecuestre las jefaturas de su gabinete. Sin embargo, para que esa reforma fuese realmente profunda y eficaz, debió haberse extendido hasta los puestos subalternos. Pero, para estar seguros de ser obedecidos, para precaverse de malversaciones que no hubieran podido reprimir incontinenti, los emperadores y los grandes prefirieron, como en lo pasado, colmar la administración de un personal extranjero y servil de *procuratores* y de *institores*, al que creyeron dominar en absoluto; aunque en la práctica ocurrió lo contrario, pues con la extensión de las fronteras y los progresos del fisco, la autonomía y la resistencia del personal administrativo aumentaron sin cesar. No puede negarse que había entre esos *servi* deseosos de obtener a fuerza de celo su *manumissio*, entre esos *liberti* a los cuales su liberación inspiraba aún más gratitud cuanto que ésta no les imponía obligaciones, numerosos empleados puntuales, intendentes probos y agentes sumisos y aplicados; y si la máquina imperial dejó de rechinar durante el siglo II, ello fué, quizá, menos por la vigilancia de los jefes superiores que por la conciencia y la habilidad profesionales de los modestos empleados. Mas el rebaño era demasiado grande para no contener elementos peligrosos: *vilici* excesivamente duros en sus exigencias y en la recaudación de los impuestos, ujieres harto sensibles a la ganancia de comisiones y propinas, procuradores insolentes, crueles y prevaricadores; y a fe que era paradoja funesta la que ofrecía ese gobierno que, con el loable propósito de mejorar el rendimiento de las funciones, encomendaba su dirección a hombres nacidos en las cadenas y, por ende, sólo aptos para servir como esclavos. En lugar de asistir a una evolución gradual que, amén de ser lógica, hubiera puesto en evidencia los beneficios de las instituciones imperiales, los romanos debían, a cada instante, padecer la degradación cívica de esas arbitrarias transposiciones, de esas brutales inversiones de las clases y de los papeles. En la Ciudad como en el campo estaban los romanos tan desmoralizados como confundidos; y a las quejas que elevaron, bajo Cómodo, los ciudadanos libres que cultivaban en calidad de colonos voluntarios el dominio africano de Suk-el-Jmis, y a quienes azotaba injusta y despiadadamente, en nombre del príncipe, el gerente servil de su *Saltus Burunitanus* [8], ha respondido por adelantado, desde el comienzo del siglo, la iracundia de Juvenal, que monta en cólera al ver, en la Roma de Trajano, a hijos de hombres libres arrastrados por interés y bajeza a cortejar adulonamente a los esclavos de los ricos:

[8] *C. I. L.*, VIII, 10.070 y 14.464.

Divitis hic servo claudit latus ingenuorum
Filius . . .[9]

Desde la época de Juvenal, en efecto, parece que vale más, para la humana felicidad, ser esclavo de un rico que ser ciudadano libre pobre Y esto solo, ¡claro está!, basta y sobra para perturbar toda la máquina imperial; además, ese pernicioso desequilibrio hállase desde ahora agravado, puesto que en una sociedad cuya jerarquía se adapta a la riqueza, ésta, en lugar de circular entre las familias laboriosas y de fructificar por el trabajo y la economía, se concentra, por el favor del príncipe y por la especulación, en un número cada vez más restringido de muy poderosos privilegiados Mientras en las provincias, y aun en Italia, subsiste todavía, robusta y frondosa, la burguesía que provee los cargos municipales, las filas se ralean en la Ciudad entre los plutócratas que gravitan alrededor de la Corte y la masa de una plebe en lo sucesivo demasiado indigente para poder vivir sin las liberalidades del emperador y los regalos de los grandes, y sobrado holgazana para no tener necesidad de los espectáculos que, cada dos días, en tiempo de Trajano, entretienen sus ocios.

4. Las Formas de Vida y la Plutocracia

Cierto es que nos faltan cifras exactas, pero algunas oportunas consideraciones permitirán suplirlas más o menos cumplidamente. Hemos visto en el capítulo primero que el número de los socorridos en los congiarios se elevó, durante el siglo II, de 150.000 a 175.000 beneficiarios. Podemos deducir de estas cifras, sin temor a equivocarnos, que aproximadamente 130.000 familias, representadas en las distribuciones por sus jefes, estaban alimentadas por el Estado. Si se calcula con Marcial un término medio de cinco bocas por familia[10], el total obtenido oscila entre 600.000 y 700.000 asistidos. Si no se cuentan nada más que tres, el total se acerca entonces a 400.000. Directa o indirectamente, un tercio a lo menos, o quizá la mitad de la población de la *Urbs* vivía de la caridad pública. Mas no sería razonable inferir de allí que las dos terceras partes o la mitad de los *ciudadanos rômanos* pasaban sin ella, pues, en la cifra total de la población, y fuera de las distribuciones, están comprendidos los soldados de la guarnición —unos diez mil hombres, cuando menos—, los peregrinos de paso en Roma, cuyo número nos escapa, aunque no debía ser importante con las frecuentes naturalizaciones que resultaban de las *manumissiones*, y, por último, los esclavos, cuya proporción, referida á los hombres libres, debía por lo menos alcanzar el tercio que, hacia la misma época alcanzaba

[9] Juvenal, III, 131-132.
[10] Marcial, XIII, 12.

en Pérgamo [11]. Por tanto, si atribuímos 1.200.000 almas a la Roma de Trajano, debemos substraer de esa cifra 400.000 esclavos, lo que reduce a menos de 150.000 el número de los jefes de familia romanos a quienes sus bienes eximían de llamar a las puertas de la Anona.

De suyo lamentable, esta inferioridad numérica de los afortunados en comparación con la muchedumbre de indigentes tórnase por cierto pavorosa si se tiene en cuenta la desigualdad de las riquezas en el seno de la minoría. La mayor parte de las que hoy llamaríamos clases medias vegetaba frente a la inverosímil opulencia que ostentaban algunos miles de multimillonarios. Pues en la *Urbs*, en los días de Trajano, los 5.000 sestercios cuya posesión distinguía, en los municipios, al *honestior* de la plebe, no hubieran sacado de la miseria a ningún romano. 20.000 sestercios, o sea 20.000 francos Poincaré o 4.000 francos de antes de la guerra, y no de capital, sino de renta, constituían el «mínimum vital» del pequeño burgués romano. Ese es el rédito que anhela en su vejez un vividor arruinado que presenta Juvenal en una de sus sátiras [12]; y en otra, el poeta, hablando por su cuenta, limita a una fortuna de 400.000 sestercios los deseos del discreto; mas al ver que su imaginario interlocutor hace un gesto de desdén al escuchar esa cantidad que estima demasiado baja, le dice Juvenal:

Fig. 43. — **Un congiario.** (De una medalla de Nerva).

«—Si esto repugnas y las cejas frunces,
y el labio mueves con desdén, duplica
esa renta, triplícala. ¿No basta?

[11] En Pérgamo había un esclavo por cada dos hombres libres según GALENO (V, 49 Kuhn), que vivió entre 136 y 202.

[12] JUVENAL, X, 140.

¿Quieres más? Pues entonces, ni de Creso
el oro, ni los pérsicos dominios,
ni de Narciso mismo la riqueza,
a cuyo imperio Claudio, siempre dócil,
hasta el matar su esposa decretara,
calmar pudieran tu voraz codicia.» [13]

Evidente es que, para Juvenal, el discreto debe contentarse con un buen pasar; pero también resulta palmario que la existencia más modesta supone el capital, requerido para los «caballeros», de 400.000 sestercios. Y ambos testimonios se confirman y completan mutuamente, porque sabemos —y de ello no cabe duda alguna después de los estudios de Billeter— que en la época en que escribía el satírico el interés

Fig. 44. — **Actividad bancaria.** (Museo de Tréveris).

normal del dinero era de 5 por ciento. Consiguientemente, en Roma, en el siglo de Trajano, las clases medias sólo comenzaban con el censo ecuestre, y era preciso estar en condiciones de gastar a lo menos los 20.000 sestercios que él anualmente producía para poder llevar la más modesta vida burguesa, debajo de la cual hallábase la indigencia de las masas proletarias. Y, en realidad, los «pequeños burgueses» estaban mucho más cerca de estas últimas que de los riquísimos capitalistas en cuyas filas se alistaban sólo por ficciones legales.

Pues, naturalmente, ¡qué podían pesar sus 400.000 sestercios frente a los millones, a las decenas de millones en que nadaban los verdaderos magnates de la Ciudad: esos senadores venidos de lejanas provincias —donde se extendían los dominios y prosperaban los negocios que les habían valido su entrada en «la orden espléndida» de los ilustrísimos y, ulteriormente, un asiento en la Curia— no sólo para cum-

[13] JUVENAL, XIV, 322-329.

plir con los deberes de sus cargos y vigilar las tierras que obligatoriamente habían comprado en Italia, pero también, y sobre todo, para afamar su nombre y su país de origen por la suntuosidad de su casa romana y por el brillo del prestigio que alcanzaban en la *Urbs;* esos caballeros llegados a los más altos cargos de su clase y enriquecidos por las sucesivas estadías en las administraciones de rentas y de abastecimientos; esos libertos, en fin, que habían amasado fortunas colosales ayudando al príncipe o a los grandes a formar las suyas!

Así, Roma, ama del mundo, atraía hacia su seno las riquezas del orbe; y yo creo —sin olvidar la diferencia de los tiempos y de los medios— que la concentración de capitales, a partir del principado de Trajano, no ha sido menor, en la *Urbs,* que en nuestro siglo xx entre los hombres de negocios de la *City* o los banqueros de Wall Street. Como los lores de Londres, los romanos poseían a la sazón barrios enteros; y contra uno de ellos, Máximo, dispara Marcial este epigrama:

«Tienes casa en las Esquilias
y otra casa en la colina
de Diana, y también otra,
do vive gente patricia.
De la una ves el templo
de Cibeles que está viuda;
desde la otra el de Vesta;
de la tercera divisas
el antiguo Capitolio
y el nuevo. ¿Dónde podría,
dime, Máximo, buscarte?
¿En qué lugar te hallaría?
Porque el que doquiera se halla,
en parte ninguna habita.»

Lo mismo que los financieros de Nueva York, los romanos hacían fructificar sus capitales concediendo fuertes y numerosos préstamos; como un tal Afro, a quien, en otro epigrama, oímos repetir para su propio placer los nombres de sus prestatarios y las cifras de sus deudas:

«—Corano me debe cien
mil sestercios, y Mamino
el doble; trescientos mil
también me adeuda a mí Ticio;
Albino dos veces más,
y diez veces más Sabino,
y Serrano veinte veces.
Mis casas y mis dominios
tres millones de sestercios

me dan de producto líquido;
seiscientos mil los rebaños
de Parma.—Siempre esto mismo,
Afro, me estás tú diciendo,
y ya me es más conocido
que mi nombre. Por lo tanto,
si quieres tú que sumiso
te escuche yo todo aquesto,
afloja un poco el bolsillo.
Dame, dame algún dinero
y disipa por ti mismo
las náuseas que tú me causas
todos los días; oídos
yo no prestaré de balde
a tu ostentación de rico.»

Tanto Afro como el antedicho Máximo puede que sólo sean personajes imaginarios; pero no son los personajes más típicos de la plutocracia que entonces hacía estragos en Roma. En su círculo estrecho y rutilante de oro y de bienes inmuebles, abundaban seguramente los poseedores, como el Africano que en otro pasaje cita Marcial, de 100 millones de sestercios [14]; y,, sin duda, sólo se le calificaba de rico al que tenía arriba de 20 millones. Ex cónsul, el más grande abogado, quizá, de su tiempo, Plinio el Joven, a pesar de que su testamento no está lejos de dejar adivinar tamaña suma [15], sostiene, en forma evidentemente sincera, que él no es rico; y le vemos escribir con la mayor seriedad del mundo a Calvina, cuyo padre le debía 100.000 sestercios, y a quien él acababa de regalárselos, que sus recursos son modestos —*modicæ facultates*—, que sus rentas, en razón de la forma en que se explotan sus pequeñas tierras, son tan módicas como irregulares, y que él se ve obligado a compensar la mezquindad de sus ingresos con la frugalidad de su existencia [16]. De hecho, un liberto como Trimalción, cuya sucesión estima Petronio en 30 millones, era más rico que él [17]; y tres veces más lo era ese desconocido Afro que Marcial ha caricaturizado y cuyas solas rentas inmobiliarias se elevaban a 3.600.000 sestercios. Pero, por lo menos, el haber de Plinio entraba en la jerarquía superior a que pertenecían las fortunas de Trimalción y de Afro, mientras que entre la suya, que contenía cincuenta veces el censo ecuestre, y la de las «clases medias» ya no había, por cierto, ningún punto de comparación. Los pequeños burgueses estaban

[14] MARCIAL, VII, 73; IV, 37; XII, 10.
[15] Liberalidades testamentarias de Plinio el Joven en *C. I. L.*, V, 5.262.
[16] PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, II, 4, 3.
[17] PETRONIO, *Sat.*, 71.

literalmente aplastados por los grandes, y el único consuelo que en su «pobreza» les quedaba era comprobar la insignificancia de las más fabulosas fortunas ante la inconmensurable riqueza del príncipe.

Éste, en efecto, no se limitaba a sumar a los haberes de su familia una buena parte de los de sus predecesores, a heredar aquí y allá, especialmente en África y en Asia, inmensos *latifundia*, a recoger dondequiera lo mejor de las confiscaciones totales o parciales que sentenciaban sus jueces; el *princeps* podía, además, confundir con su tesoro privado el fisco al que confluían los productos de los impuestos percibidos para el sostenimiento de los soldados, sin que nadie osara, sobre el particular, exigirle cuentas, y sin que él tuviera, en ese caso, que rendírselas a nadie; era dueño de disponer a su antojo de las rentas de Egipto, posesión personal de la corona, y de beberse hasta las heces sus botines de guerra. En particular, el emperador Trajano

Fig. 45. — El rico banquero pompeyano Cecilio Jocundo. (Museo de Nápoles).

que, en 106 [18], echa mano al tesoro de Decebalo y se preocupa por organizar en su beneficio la explotación de los filones de su reciente conquista [19], se convierte en un auténtico multimillonario, cuya autoridad hállase en lo sucesivo fundada menos quizá en la obediencia que le han jurado sus legiones que en los ilimitados medios de acción que le asegura una fortuna sin rival, sin fiscalización y sin término. Del emperador a los plutócratas de Roma se extiende una distancia casi tan

Fig. 46. — Tableta con anotaciones de deudas hallada en Pompeya, en la casa del banquero Cecilio Jocundo.

vasta como la que separa a éstos de las «clases medias», y esas distancias se revelan en el número de esclavos que sirven a los señores de las diferentes jerarquías.

Al comenzar el siglo II antes de Jesucristo, raras eran todavía, en la Ciudad, las casas que poseían más de un esclavo, como lo prueba una onomástica casi siempre reducida a un nombre compuesto de la palabra *puer*, significando «servidor», y del genitivo del prenombre del

[18] Sobre el fin de la segunda guerra dacia, cf. el artículo de DEGRASSI en los *Rendiconti dell'Accademia pontificia*, de 1937.

[19] Sobre los tesoros de Decebalo, valuados en 500 millones, cf. mis *Points de vue sur l'impérialisme romain*, cap. II. Ver, en igual sentido, la monografía publicada en el repertorio de la Universidad del Cairo, por F. GRAINDOR, bajo el título: *Un milliardaire antique: Hérode Atticus*.

amo: *Lucipor,* «esclavo de Lucio», *Marcipor,* «esclavo de Marco». A la inversa, en el siglo II de nuestra era puede decirse que ya no hay dueños que tengan sólo un esclavo; amos tan insuficientemente servidos debían entonces contarse con los dedos, pues con el dedo se los señalaba: tal iba el mísero Cota, del que se ha burlado donosamente Marcial [20]. O no se compraba ningún siervo —porque, como escribe Juvenal, costaba muy caro colmar su andorga— o se compraban y mantenían muchos a la vez; y es por esto que el satírico, en el verso precitado, emplea la palabra «vientre» en plural:

... magno
servorum ventres! [21]

Fig. 47. — Banquero romano. (Fondo de vaso pintado; cf. *D. A.*, fig. 495).

Dos esclavos es lo mínimo con que en rigor se contentaría, para ser conducido al Circo, el viejo arrinado cuya moderación hemos apreciado más arriba. Pero el término medio es cuatro o cinco veces superior. Los más modestos propietarios deben mostrarse a la cabeza de ocho *servi,* so pena de quebrar su crédito. En Marcial, hasta el roñoso Umbro se las arregla, en las Saturnales, para hacer llevar por ocho sirios el minúsculo bagaje de sus irrisorios obsequios[22], y, en Juvenal, un litigante creería perdido su pleito si se lo confiase a un abogado incapaz de acudir al tribunal sin una escolta servil que reuniera ese número [23]. Tal es el cortejo que basta, de ordinario, a los pequeños burgueses. Los grandes, en cambio, comandan un batallón, cuando no un ejército de esclavos. Para reconocerlos en medio de esa multitud, dividen su personal según le empleen en la Ciudad o en el campo; a su vez, a los siervos urbanos los subdividen según los utilicen en la casa *(servi atrienses)* o fuera de ella como mandaderos *(cursores, viatores);* y, finalmente, fraccionan cada uno de esos núcleos compactos en grupos de a diez, llamados «decurias», cada uno de los cuales lleva un número de orden. Mas las precauciones resultan inútiles. Amos y esclavos llegan a ignorarse mutuamente. Trimalción, en pleno festín, ya no sabe con exactitud a cuál de sus servidores vomita sus órdenes:

[20] MARCIAL, XII, 88.
[21] JUVENAL, III, 167.
[22] MARCIAL, VII, 53.
[23] JUVENAL, VII, 141.

«—¿De qué decuria eres?, —pregunta a su cocinero.
—De la cuadragésima, —responde el interpelado.
—¿Eres nacido en mi casa, o comprado?
—Ni lo uno ni lo otro. Me heredaste de Pansa.
—Bueno; pues anda y a ver cómo te luces. Si no, te relego a la decuria de los mandaderos.»[24]

Y leyendo este diálogo se piensa que el anfitrión, entre la mar de sus esclavos, apenas debía conocer uno cada diez. De acuerdo al paso citado, los siervos de Trimalción eran cuando menos 400; pero como nada autoriza a afirmar que la cuadragésima decuria, que es la única a la cual la novela de Petronio hace alusión, haya sido la última, lícito es suponer que aquéllos eran muchos más. De cualquier modo, Plinio el Joven, a quien, según hemos visto, le faltaban alrededor de 10 millones de sestercios para igualar a Trimalción, poseía para su uso particular no menos de 500 esclavos, pues el famoso epistológrafo manumitió 100 por testamento, y conforme a los términos de la ley *Fufia Caninia,* promulgada verosímilmente en 8 antes de nuestra era y aun en vigor en el siglo II después de Jesucristo [25], era en forma expresa permitido a los propietarios de 100 a 500 esclavos manumitir la quinta parte e implícitamente prohibido a los que poseyeran arriba de 500 emancipar más de 100. Callar no podemos nuestro asombro ante esas exorbitantes cifras; y, sin embargo, es seguro que durante el siglo II fueron frecuentemente superadas. La suerte de sorpresa que experimenta el jurisconsulto Gayo al comprobar, un siglo y medio después de la ley *Fufia Caninia,* que ésta no había llevado su tabla de *manumissiones* testamentarias más allá de 100 liberaciones cada 500 esclavos, es un índice patente de que dicha ley había cesado, por su propio silencio, de adaptarse a las nuevas realidades; y si, bajo los Flavios, la cantidad de 4.116 esclavos que había tenido, hacia fines del siglo I antes de Cristo, el liberto C. Celio Isidoro, seguía siendo, en cuanto a particulares se refiere, una excepción bastante notable para que Plinio el Antiguo, tiempo después, la juzgara digna de ser señalada [26], no cabe duda de que el millar de cabezas debía ser alcanzado por los *familiæ serviles* de los grandes capitalistas romanos, y que, infinitamente más rico que el más rico de todos ellos, el emperador ha debido contar fácilmente una veintena de miles en la suya.

Ese es el dato máximo que encontramos en Ateneo [27], y que, en razón de su misma enormidad, no puede, en efecto, referirse sino al

[24] PETRONIO, *Sat.,* 47 y 37.
[25] Sobre la ley *Fufia Caninia,* cf. GAYO, I, 47.
[26] PLINIO, *N. H.,* XXXIII, 135.
[27] ATENEO, VI, 104.

príncipe. Sin duda, es preciso restar de este ingente ejército los pelotones de esclavos que la *domus divina* de los Césares poseía dispersos por el mundo para la percepción de sus pechos, para la vigilancia de sus granjas y alquerías. dadas en arrendamiento, para la explotación de sus inmensos dominios rurales, de sus minas metálicas y de sus canteras de mármol y de pórfido; pero aun en Roma, en el Palatino, donde los modernos han descubierto, con los *graffiti* del *pædagogium* los rastros de sus locales disciplinarios, los esclavos imperiales debían ser legión, pues lo menos una legión se necesitaba sólo para llenar la increíble variedad de las tareas que les incumbían y que nos ha revelado la epigrafía de sus epitafios.

Quien los lea sin prevenirse quedará confundido de la especialización extremada que ellos testimonian, del lujo insensato y de la etiqueta minuciosa que habían hecho imprescindible tamaña mar de servidores. Para ordenar y cuidar su guardarropa, el emperador dispone de tantas categorías de esclavos cuantas clases de vestidos posee: para sus túnicas de palacio, los *a veste privata,* y para sus togas de la Ciudad, los *a veste forensi;* para sus uniformes militares ordinarios, los *a veste castrensi,* y para sus lujosos uniformes de gala, los *a veste triumphali;* para los hábitos que lleva al teatro, los *a veste scænica;* para aquellos que ciñe cuando va al anfiteatro, los *a veste gladiatoria.* Su vajilla es bruñida por tantos equipos cuantas especies comporta: la vajilla en que come, aquella en que bebe; la vajilla de plata, la de oro, la de cristal de roca y la vajilla incrustada de piedras preciosas. Sus alhajas son confiadas a una nube de *servi* o *liberti ab ornamentis,* entre los cuales se destacan, entre otros, los encargados de los alfileres (los *a fibulis*) y los de las perlas (los *a margaritis*). A los cuidados de su arreglo personal concurren bañeros *(balneatores),* «masajistas» *(aliptæ),* peinadores *(ornatores)* y barberos *(tonsores).* Varias clases de ujieres se ocupan en el ceremonial de sus recepciones: los *velarii,* que corren las cortinas a la entrada de los visitantes; los *ab admissione,* que los introducen en la cámara del emperador; los *nomenclatores,* que pronuncian sus nombres. Para aderezar sus alimentos, poner su mesa y servirla, muévese un heteróclito enjambre que va desde los fogoneros *(fornicarii)* y desde los simples cocineros *(coci)* hasta los panaderos *(pistores),* pasteleros *(libarii)* y confiteros *(dulciarii),* comprendiendo, además de los maestresalas, responsables de la ordenación de sus comidas *(structores),* y de los mozos de comedor *(triclinarii),* los servidores que traen los platos *(ministratores),* los domésticos que los retiran *(analectæ),* los coperos que le ofrecen de beber y que difieren en importancia según sostengan el frasco (los *a lagona*) o presenten la copa (los *a cyatho*) y, en fin, los encargados de hacer la salva *(prægustatores)* —¡qué mal

la hicieron los de Claudio y los de Británico!—, que deben verificar en sí mismos la perfecta inocuidad de las bebidas y de los alimentos del emperador. Éste, por último, para distraerse no tiene más que tomarse el trabajo de elegir entre los cantos de sus coristas *(symphoniaci)*, las melodías de su orquesta, las danzas de sus bailarinas *(saltatrices)* o las chanzas de sus enanos *(nanni)*, de sus graciosos *(fatui)* y de sus bufones *(moriones)*.

Aun en el caso de que, como Trajano, el emperador fuera de costumbres sencillas, evitara la tiesura y huyera del aparato fastuoso, el *princeps* no podía, a los ojos de sus súbditos, separar el cumplimiento de su sagrado mandato de los deslumbrantes esplendores que en Roma circundaban su figura. Toda esa pompa colocaba la actividad oficial del emperador en medio de una decoración casi mitológica, de la que el «rey de los reyes» no podía ser privado; y me parece, para recurrir a comparaciones claras, aunque no muy cabales, que la corte de los Valois hubiera envidiado la suntuosidad de ese escenario magnífico, así como la de Versalles su brillante grandeza y su fasto solemne. Antes del Rey Sol, el César de Roma hubiera podido adoptar por divisa el *nec pluribus impar* de Luis XIV. Sin duda, las casas de los magnates romanos se esforzaban en imitar la suya. Mas ni siquiera se le acercaban y, por vastas que fuesen, por compleja que adivinemos su organización entre las líneas de los elogios fúnebres de sus libertos y esclavos, no ofrecían nunca sino un pálido reflejo, una imagen lejana y reducida de aquélla. El César abrumaba aún a los más poderosos de sus súbditos, y el sentimiento que todos éstos —grandes y pequeños— experimentaban de la sin igual superioridad del *princeps* ayudaba a los más humildes a resignarse con lo que su penosa condición, en relación al lujo desaforado de las clases dominantes, tenía de sórdido y mezquino.

Por lo demás, la transición de la plebe a la burguesía media era aún relativamente fácil. La prosperidad que había seguido a las felices campañas de Trajano, el desarrollo de un comercio al que las victorias de éste y la diplomacia de Adriano habían abierto los caminos de Extremo Oriente, el liberalismo económico de que los primeros Antoninos habían dado ejemplo, y que conjuraba los inconvenientes de la acumulación de tierras en las mismas manos mediante la creación —al margen de los hacendados, y si era preciso, pese a ellos— de un derecho de usufructo hereditario a favor de aquellos que hubieran roturado y explotado sus campos, todo esto favorecía la marcha de los negocios y multiplicaba para los hombres industriosos y enérgicos, arrendatarios o colonos aparceros de los grandes dominios, armadores y banqueros, mercaderes de grueso y pequeños comerciantes, las ocasiones de adquirir honradamente una decorosa posición. Por otra parte, el correctivo que soberanos por fin dignos de su soberanía habían im-

puesto a todas las ramas de la administración, el restablecimiento de una sencilla y vigorosa disciplina en el ejército, el cuidado con que eran escogidos y promovidos los jefes civiles y militares, coincidiendo con los fuertes estipendios y las crecidas soldadas que retribuían sus servicios y aseguraban su desinterés, constituían otras tantas circunstancias o medidas favorables a la formación o al incremento de una burguesía media en el seno de las nuevas capas sociales. Ningún procurador percibe entonces menos de 60.000 sestercios por año. Ningún centurión, ningún *primipilus* gana menos de 20.000 y 40.000 [28]. Los primeros estaban en condiciones de doblar o triplicar el censo ecuestre que ya poseían; y los otros de adquirirlo, como de ello dan fe no pocas inscripciones del siglo segundo. El hombre que mejor encarna en esta época el espíritu de la clase media, el poeta Juvenal, es precisamente uno de esos ex oficiales que han hecho su agosto, asegurándose un retiro discreto en el seno de la pequeña burguesía romana.

Fig. 48. — Un centurión. (De un bajo relieve tumbal; cf. RICH, *Dict. des Antiq.*, p. 137)

Cierto es que Juvenal suspira por la vida ajena de cuidados que sus modestos recursos le hubieran permitido llevar en el campo y que llevar no puede en la gran *Urbs*. Mas con esto, justamente, el poeta acaba de ser representativo de su tiempo y de su casta. En efecto, era en las ciudades de Italia y de provincias donde la clase media a la cual él pertenecía encontraba su adecuado clima. En Roma, desde luego, hallábase ahogada y oprimida por las fabulosas riquezas en las que no tomaba participación alguna, y, si una misma cadena parecía atarla por un lado a la plebe, donde ella reclutaba su clientela, y por el otro a los magnates, cuya clientela ella constituía, la clase media sentía el grave más que el sostén, y la esperanza de arrojar el lastre se le desvanecía junto con la de elevarse hasta los plutócratas. Las ingentes fortunas, flotando en un plano como extraño al suyo, aumentaban ya espontáneamente por el acrecentamiento de su propia

[28] Sobre los estipendios y soldadas, ver las clásicas memorias de VON DOMASZEWSKI, *Der Truppensold der Kaiserzeit*, en *Neue Heidelberg Iahrb.* de 1900 y, sobre todo, *Die Rangordnung im römischen Heere*, en *Bonner Iahrb.* de 1908 (especialmente pp. 111, 118 y 139).

substancia, ya como resultado de un cúmulo de factores de que sólo los poderosos podían gozar: por el ejercicio de los cargos superiores, que ellos monopolizaban —y algunos, por ejemplo los proconsulados, producían un millón de sestercios cada año—; por las arbitrarias predilecciones del príncipe, que podía delegar indefinidamente sus facultades sobre los mismos favoritos; o por los milagros de una especulación tanto más desenfrenada cuanto que en Roma, banca del Universo, ella constituía el nervio de una economía donde la producción perdía terreno día a día y el mercantilismo estaba en camino de invadirlo todo. Además, el trabajo generador de bienes ya no bastaba para proporcionar las fortunas que distribuía el azar de los favores imperiales y de las operaciones bursátiles. Los intermediarios y los embaucadores, esas dos plagas eternamente pegadas al flanco de las muchedumbres, eran los únicos que se alzaban con los millones. Trina Marcial y se exaspera al ver abogados percibiendo sus honorarios en especie [29] y a las más nobles dotes del espíritu cultivadas sin provecho alguno:

«Lupo, desde hace ya tiempo
que tú buscas con afán
y preguntas qué maestro
tú pudieras encontrar
para enseñar a tu hijo.
Por mi consejo, evitar
debes todos los gramáticos
y retóricos: jamás
de Virgilio y Cicerón
las obras debe estudiar,
y a Rutilio en su renombre
que no pretenda emular.
Si hace versos, deshereda
al poeta; mas si afán
muestra por aquellas artes
que dinero puedan dar,
dale tal educación,
y ejercítese en tocar
o la cítara, o la flauta,
mas si fuere un mazorral,
a arquitecto o pregonero
le debes tú dedicar.» [30]

[29] MARCIAL, IV, 46.
[30] MARCIAL, V, 56.

Y en otro epigrama [31], dice así:

«Dos jueces, cuatro tribunos,
siete agentes, diez poetas,
sobre unas bodas secretas
eran a un viejo importunos.
Y haciendo de ellos desprecio,
dió la hija a un pregonero.
Lo que pregunto, Severo,
es si anduvo el padre necio.» [32]

En verdad, en verdad, si la pequeña burguesía que prosperaba en provincias tenía aún razones para creer en los beneficios del trabajo, la misma, en Roma, había perdido por completo la confianza en él.

Releamos del poeta parásito, que viene de perlas, ese encantador epigrama que yo cabalmente llamaría el «soneto de Plantin» de la literatura latina, y que con seguridad le ha servido de modelo [33]:

«Carísimo lector, escucha atento
lo que discurre el dulce pensamiento:
Que ha de tener la vida descansada,
para llamarse bienaventurada;
hacienda suficiente
heredada del padre o del pariente,
que del propio sudor es muy costosa;
fértil tierra abundante y provechosa,
fuego alegre y perenne,
día libre de pleitos, y si tiene
algún oficio urbano, no procure
que mucho tiempo dure.
Quieta la mente, la salud entera,
prudente candidez y verdadera;
iguales los amigos,
y que nunca se vuelvan enemigos.
Ordinario el manjar, mesa sin arte,
sin ceremonia el gusto se reparte;
noche no violenta,
sino de afán y de cuidado exenta.
Blando lecho y honesto,
ni triste, ni tampoco descompuesto;

[31] MARCIAL, VI, 8.
[32] Versión anónima publicada por D. Víctor Suárez Capalleja. (*Nota del traductor*).
[33] MARCIAL, X, 47.

que se mida el deseo
con la hacienda, los gustos y el empleo,
sin que otra cosa más apeteciere
de aquello que tuviere;
y por último, al fin, precisa suerte
el no temer ni desear la muerte.»[84]

Esta poesía no lanza un grito de felicidad, sino un suspiro en el que la resignación se une al contento. No expresa ningún anhelo hacia un progreso que se diría imposible. Cifra la felicidad en la negación de una labor cuya inutilidad sobrentiende. Encima de ese collado ideal pasan las nubes de la realidad y se desliza la fatiga de un mundo que envejece. Las clases sociales, por lo menos en Roma, comienzan a anquilosarse. Su jerarquía, todavía móvil en los grados intermedios, se fija en los extremos. Los aflujos regulares, que debían restaurarla sin cesar, ceden harto a menudo a los impulsos incoherentes y a los choques imprevistos. Desviadas, contenidas, precipitadas, las corrientes igualitarias, lejos de cumplir su misión, exageran las desigualdades esenciales. Doblégase el orden democrático bajo el doble peso de las masas a las cuales una economía desarreglada impide un cambio normal de su suerte, y de una burocracia abusiva que manipula los fabulosos tesoros y traduce en actos la omnipotente voluntad del monarca, cuyo absolutismo no hace sino agravar la situación. Así, el esplendor que brilla en la *Urbs* en el siglo II de nuestra era se envuelve en sombras que el bajo imperio extenderá al resto del mundo; y la Ciudad ya no tiene valor para alejar de sí los siniestros nubarrones. Para luchar con éxito contra sus males, los pueblos necesitan creer en su porvenir. Pero, defraudada en sus esperanzas de justos y progresivos adelantos, inquieta ora por su excesivo marasmo, ora por su sobrada inestabilidad, la sociedad romana comienza a dudar de sí misma en momentos en que, al quebranto de la solidez de sus familias, se añade la ruptura de su unidad espiritual.

[84] Versión de D. Manuel de Salinas y Lizana. El gran poeta sevillano D. Juan de Jáuregui, superando el original, ha imitado este epigrama en su *Elegía de la felicidad de la vida*. (*Nota del traductor*).

CAPITULO II

EL MATRIMONIO, LA MUJER Y LA FAMILIA VIRTUDES Y VICIOS

1. Debilitación del Poder Paterno

EN el siglo segundo de nuestra era, el derecho gentilicio de las pasadas edades ha caído en desuso: *totum gentilicium ius in desuetudinem abiit* [1], y de los principios en que se fundaba la familia patriarcal de la vieja Roma, el parentesco agnaticio y el poder ilimitado del *pater familias,* sólo subsisten reminiscencias, por así decirlo, arqueológicas.

Mientras antaño únicamente la descendencia masculina *(agnatio)* era generadora de parentescos legítimos, éstos ahora comprenden también la *cognatio* o parentesco por las hembras y desbordan el dominio de las *iustæ nupciæ.*

Desde el fin de la República, a la madre se le habían ido reconociendo derechos explícitos con respecto a sus hijos, hasta colocársela en igualdad de condiciones con el padre. Las fórmulas del pretor habíanle concedido el derecho de guardia de su prole tanto en el caso de tutela como en el de mala conducta de su marido. Bajo Adriano, promotor del senadoconsulto Tertuliano, la madre, cuando tenía por lo menos tres hijos, y cuando el difunto carecía de posteridad y de hermanos consanguíneos, fué llamada a la sucesión *ab intestato* de cada uno de ellos, aunque éstos hubieran nacido fuera del matrimonio. Finalmente, bajo Marco Aurelio, el senadoconsulto Orficiano, dado en 178, llamó expresamente a los hijos a la sucesión de su madre, cualquiera que fuera la naturaleza de la unión de la cual ellos hubieran salido y antes que a los agnados del muerto. Por allí acaba la evolución que había ido minando el antiguo sistema de las sucesiones civiles y que, a la postre, al arruinar los principios básicos de la familia romana, consagró el derecho de la «sangre» en el sentido en que la

[1] Gayo, *Institutas,* III, 17. Sobre la *patria potestas* y el patronato, cf., en último término, las memorias de Kaser, en la *Zeitschrift der Savigny Stiftung, Röm. Abt.,* 1938, pp. 67-87 y 88-135.

sociedad moderna le ha hecho prevalecer. En Roma, la familia hállase en lo sucesivo fundada en la *coniunctio sanguinis*, puesto que, según la hermosa anticipación de Cicerón en el *De Officiis*, esa comunidad natural era la más propia para encadenar los seres humanos por la benevolencia recíproca y por la caridad *(et benevolentia devincit homines et caritate)* [2].

En la misma época, los dos rasgos esenciales de la *patria potestas* —autoridad absoluta del padre sobre sus hijos y autoridad absoluta del marido sobre la esposa colocada en su mano *(in manu)*, como si fuese una de sus hijas *(loco filiæ)*— se habían esfumado gradualmente. Debe convenirse en que esos dos postulados, en el siglo segundo después de Jesucristo, han desaparecido. En lo que a sus hijos concierne, el *pater familias* está ahora desposeído del derecho de vida o de muerte que las Doce Tablas y las leyes sagradas pretendidas reales habíanle otorgado. Sin duda, tiene aún la terrible facultad, que le será retirada, bajo la benévola influencia del cristianismo, en 374 de nuestra era, de exponer a sus hijos recién nacidos en los muladares públicos donde perecen de hambre y de frío [3], cuando la piedad de un pasante, mensajero e instrumento del favor divino, no viene a recogerlos y salvarlos a tiempo; seguramente, cuando el padre es pobre, recurre de tan buena gana como en lo pasado a esa forma aleatoria de infanticidio legal, y, no obstante las protestas aisladas de algunos predicadores estoicos como Musonio Rufo, continúa abandonando sin remordimientos sobre todo a sus bastardos y a sus hijas, como se infiere de ciertas inscripciones del reinado de Trajano que registran, entre los alimentistas menores de edad, en una misma ciudad y para un mismo año, nada más que dos espurios *(spurii)* contra 179 hijos legítimos, y, de este último total, sólo 34 niñas contra 145 varones; siendo evidente que la única forma en que puede explicarse esta desigualdad, es por una relación inversa en las «exposiciones», o sea que bastardos y niñas eran las víctimas más frecuentes de esas dolorosas prácticas [4].

Pero si el *pater familias* no abandonaba a los hijos en el momento de nacer, ya no podía desembarazarse de ellos con posterioridad, ni por la venta o *mancipatio* que, antiguamente, los convertía en esclavos, y que no era más tolerada sino a título de ficción legal para fines contrarios de adopción o de emancipación, ni por una ejecución capital que,

[2] CICERÓN, *De Off.*, I, 17, 54.

[3] O devorados por los perros errantes, cf. CUMONT, *Égypte des Astrologues*, 187, n. 2.

[4] Sobre estas estadísticas, cf. mi artículo en la *R. E. A.*, 1921, p. 299. Sobre la diatriba de MUSONIO RUFO, εἰ πάντα τὰ γινόμενα τέκνα θρεπτέον, cf. ahora el Pap. Harr., I, publicado por J. ENOCH POWELL, *Archiv. f. Papyrus, forschung*, 1937, pp. 175-178.

admitida aún en el siglo primero antes de Jesucristo, como lo demuestra la suerte de un cómplice de Catilina, Aulo Fulvio, habíase convertido, en el ínterin, en un crimen punible de muerte. Antes que Constantino hubiera equiparado al parricidio la muerte de un hijo por su padre, Adriano había castigado con deportación a una isla a un padre que durante una partida de caza había matado a su hijo, y a pesar de que éste era culpable de haber deshonrado las segundas nupcias del autor de sus días [5]; y el emperador Trajano había forzado a otro, que simplemente maltratara al suyo, a emanciparle sin la menor dilación y a renunciar, para lo futuro, a su herencia eventual [6].

De análoga manera, desde el fin de la República la emancipación del hijo había mudado por completo de alcance y de sentido. En lugar de serle aplicada como una penalidad que, aunque más blanda que la muerte y que la esclavitud, no dejaba, sin embargo, de ser muy grave todavía, pues la ruptura de los lazos que unían al joven con los suyos significaba para él una exclusión familiar que necesariamente debía conducir a su desheredación, la *emancipatio* estábale ahora reservada como un beneficio; y gracias a la jurisprudencia pretoriana de la *bonorum possessio,* establecida a principios del imperio, el hijo emancipado era capaz de adquirir y de administrar bienes sin quedar por ello borrado de la sucesión paterna. En tanto que la emancipación tuvo carácter de castigo, los jefes de familia repugnaron emplearla. Al contrario, cuando ella se convirtió para los hijos en una ventaja que en cierto modo perjudicaba a los padres, éstos comenzaron a practicarla corrientemente. Una vez más, las leyes se modelaron conforme a los sentimientos; y la opinión pública, repudiando las atroces severidades de lo pasado, sólo exigió de la potestad paterna, en tiempo de Trajano y de Adriano, la piadosa ternura con la cual un jurisconsulto del siglo tercero terminará por identificarla: *patria potestas in pietate debet, non atrocitate consistere* [7].

Nada más era menester para renovar la atmósfera de la familia romana y para matizar las relaciones entre padres e hijos con una dulzura afectiva tan alejada de la sequedad y del rigorismo disciplinario que Catón había mostrado en su hogar, cuanto cercana está de la afable amistad que florece hogaño en los nuestros. Recórrase la literatura de la época: múltiples son los ejemplos de padres cuya autoridad sólo se traduce en indulgencia y de hijos que, en presencia de aquéllos, viven a sus anchas como si ellos fuesen sus propios dueños. Plinio el Joven, cuyos matrimonios fueron estériles, solicita para los hijos de sus amigos

[5] Ejemplo de Adriano, en *Dig.*, XLVIII, 9, 5.
[6] Ejemplo de Trajano, en *Dig.*, XXXVII, 12, 5.
[7] MARCIANO, bajo ALEJANDRO SEVERO, en *Dig.*, XLVIII. 9, 5.

una educación independiente y libérrima que él no hubiera rehusado a los suyos, porque estaba de moda y le «sentaba bien» a la gente empingorotada. «Un hombre —escribe Plinio— reprendía a su hijo porque gastaba frívolamente su dinero. Habiendo salido el hijo, pregunté al progenitor: Dime, ¿acaso no hiciste nunca nada que mereciese una amonestación de tu padre?»[8]

Fig. 49. — **Muchacho romano.** (Museo del Louvre).

Por cierto, Plinio el Joven no hacía mal en predicar una benevolencia o, si se quiere, un liberalismo que hoy nos agrada. Mas ocurrió que los romanos no supieron guardar el justo límite. No se contentaron con morigerar su severidad. Cedieron a los imprudentes impulsos de una tolerancia extremada. Renunciando dirigir a sus hijos, se dejaron gobernar por ellos y alardearon de cumplir su deber sudando el quilo para costear las fantasías de su prole. Con ello no consiguieron sino criar a su sombra holgazanes y derrochadores parecidos al Filomuso cuya desventura nos cuenta Marcial; linda pieza que, después de haber recibido toda junta la paterna herencia, hallóse repentinamente más desprovisto que en la época en que su prudente padre le daba en diarias raciones la generosa mensualidad que le había señalado:

«Filomuso, te asignara
tu padre todos los meses
dos mil sestercios de renta

[8] PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, IX, 12, 1.

que te daba diligente
día por día; si no,
se vería sucederse
a tus orgiásticos gastos
la miseria: él, muy prudente,
alimentaba tus vicios
por un día solamente.
Hoy acaba de morir,
y te dejó cuanto tiene.
Imagino, Filomuso,
que te ha dejado sin bienes.» [9]

Desgraciadamente, los patrimonios no eran los únicos que padecían las consecuencias del individualismo que a la sazón triunfaba. Desde el segundo siglo de nuestra era, éste había embotado en Roma el temple de los hombres; y mientras se desarrugaba el fruncido ceño del *pater familias* tradicional, multiplicábase la ridícula figura del «señorito», sempiterno botarate mimado de las sociedades, que ha adquirido el hábito del lujo, perdiendo el de la disciplina. Peor aun: ya se insinúa la figura siniestra del padre que, por afán de lucro, no trepida en fallir las esperanzas de su raza, corrompiendo metódicamente a los adolescentes a quienes tiene el deber de educar. Tal fué el caso del eminente abogado Régulo, enemigo y rival de Plinio el Joven. Régulo había consentido todos los caprichos de su hijo. Habíale montado una pajarera espléndida, donde silbaban, cantaban y tartajeaban mirlos, ruiseñores y cotorras. Le había comprado perros de todas razas, así como jacas gálicas para sus atelajes y para equitación. E inmediatamente después que murió su esposa, cuya inmensa riqueza había sufragado todos aquellos regalos, se apresuró a emanciparle a fin de que el joven pudiera tomar posesión de la fortuna materna; la cual permitió al mozo lanzarse a un torbellino de tan desenfrenados placeres, que presto dieron con él en la huesa y con sus crecidos bienes en las arcas del padre, que esto y no otra cosa había estado aguardando [10].

Probablemente, se trata de un caso excepcional y monstruoso del que Plinio, con razón, se ha escandalizado. Empero, ya es mucho que se haya producido, y el hecho no hubiera sido posible si las mujeres no se hubiesen emancipado, tanto y más que los hijos, de la férrea disciplina que antaño había impuesto a las familias romanas el ejercicio de la patria potestad, y que se desvaneció junto con ésta.

[9] MARCIAL, III, 10.
[10] PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, IV, 2, 3.

2. Los Esponsales y el Matrimonio

En efecto, al propio tiempo que la *patria potestas* del padre sobre sus hijos fué debilitándose cada vez más, cesó también de fortificar la posición del marido con respecto a la mujer. En épocas anteriores, tres formas de matrimonio romano habían colocado a la hembra bajo la *manus* de su hombre: la *confarreatio,* u ofrenda solemne por los desposados de un pan de espelta a Júpiter Capitolino, en presencia del gran pontífice y del oficiante del dios supremo, el *flamen dialis;* la *coemptio,* venta ficticia por la que el padre plebeyo enajenaba su hija al marido; y, en fin, el *usus,* capaz, por cohabitación ininterrumpida de un año, de producir entre plebeyo y patricia los mismos efectos legales. Pero ninguna de esas formas duró, sin duda, hasta el siglo II de nuestra era. El *usus* fué abandonado primero, y es probable que las leyes de Augusto le abolieran formalmente. La *laudatio Turiæ,* coetánea a las proscripciones del segundo triunvirato, es el último de los ejemplos en que la *coemptio* hállase claramente atestiguada. En cuanto a la *confarreatio,* estaba tan generalmente olvidada a principios del imperio, que nada fácil resultó, bajo Tiberio, encontrar en la Ciudad tres patricios salidos de uniones por ella consagradas. Estas tres modalidades —de las que Gayo, por otra parte, no habla más que en pasado, y que ya no servían sino para nutrir los comentarios retrospectivos de los jurisconsultos— habían sido reemplazadas con un matrimonio que, en su aspecto exterior como en su espíritu, semeja tan singularmente al nuestro, que es lícito pensar que éste haya derivado de aquél.

Ante todo, estaba precedido de esponsales que, sin comportar verdaderas obligaciones, se cumplían con tanta frecuencia en Roma, que Plinio los cuenta entre mil menudencias que lastraban inútilmente los días de sus contemporáneos [11]. Consistían en un compromiso recíproco ajustado entre los novios con el asentimiento de sus respectivos padres y ante un cierto número de parientes y amigos, de los cuales unos intervenían como testigos y otros se limitaban a celebrar el suceso en el banquete al que habían sido invitados y que cerraba la fiesta. El quid de la cual era la entrega, por el novio a la prometida, de regalos más o menos costosos [12] y de una simbólica sortija, supervivencia probable de las arras previas [13] a la *coemptio* primitiva. Ya fuera de hierro chapada de oro, ya totalmente de oro como nuestros anillos de boda, la novia la recibía y, acto continuo, la colocaba en el mismo dedo que

[11] Plinio el Joven, *Ep.,* I, 9, 1-2.

[12] Sobre los regalos en los esponsales, cf. Ulpiano, en *Dig.,* XVI, 3, 25 pr.

[13] Sobre la relación de la sortija con las arras, cf. Plinio, *N. H.* XXXIII, 28.

todavía ciñen, de ordinario, nuestros anillos de boda, es decir, «en el de la mano izquierda inmediato al meñique» [14]; dedo que, por esta circunstancia, hoy llamamos «anular», vocablo derivado de «*annularius*», que es palabra del bajo latín, sin acordarnos, por cierto, de la razón por la cual los romanos le habían elegido. Pero ahí está Aulo Gelio, que

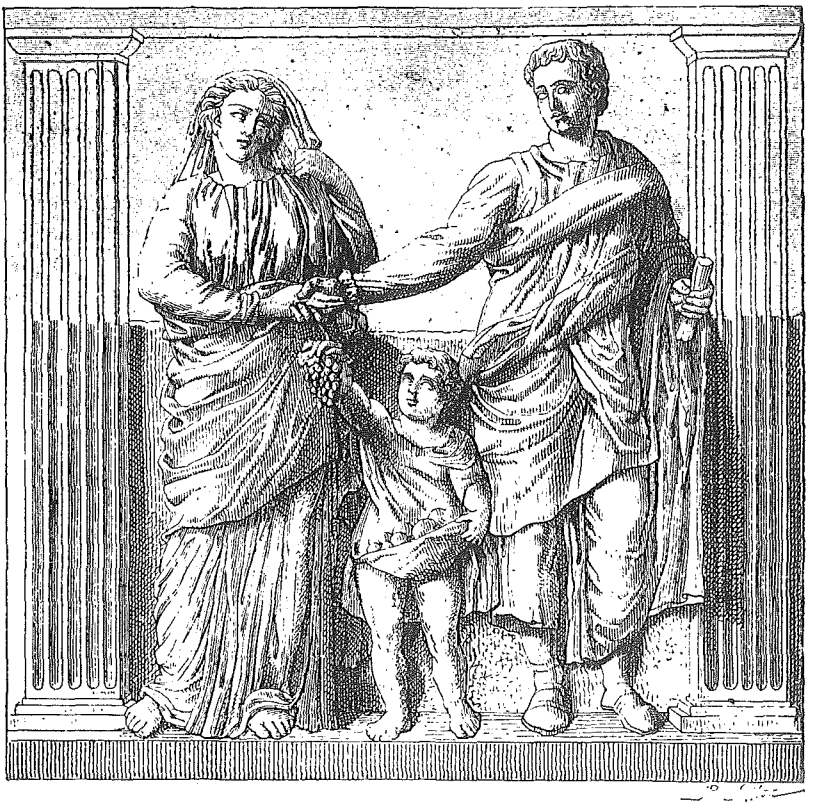


Fig. 50. — **Matrimonio romano.** (Museo de Louvre).

nos la explica con laborioso rodeo: «Cuando se abre el cuerpo humano, como hacen los egipcios, y se practica en él la disección, ανατομαί como dicen los griegos, se descubre un nervio muy fino que va desde el anular hasta el corazón. Se cree conveniente otorgar el honor de llevar la sortija a ese dedo, con preferencia a todos los demás, a causa de esa estrecha conexión, de esa especie de lazo que le une al órgano

[14] En JUVENAL, VI, 25 y siguientes, sólo la novia recibe el anillo. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 6.

más noble del hombre.» [15] Por esa relación directa, establecida en nombre de una ciencia imaginaria, entre el corazón y el anillo de boda, Aulo Gelio seguramente ha querido destacar la seriedad de los esponsales, la solemnidad del compromiso que éstos consagraban y, sobre todo, la profundidad del sentimiento de recíproco afecto que les atribuían sus contemporáneos y cuya expresión voluntaria y pública formaba entonces lo esencial no solamente de la ceremonia, sino también de la realidad jurídica del matrimonio romano.

De éste último, numerosas alusiones literarias nos han transmitido hasta los más insignificantes detalles. En el día señalado para su celebración, la futura, cuya cabellera ha sido, la noche anterior, aprisionada con una redecilla bermeja, viste el hábito requerido por la costumbre: alrededor del cuerpo, una túnica sin dobladillo *–tunica recta–*, ajustada por un cinturón de lana de doble nudo, el *cingulum herculeum*, y, encima, un manto o *palla* color azafrán; en los pies, sandalias del mismo tono; en la garganta, un collar de metal; sobre la cabeza, cuyo cabello está protegido por los seis rodetes postizos separados por ínfulas, o *seni crines*, que las Vestales llevan durante toda la duración de su ministerio, un velo anaranjado y reluciente –de aquí su nombre de *flameum*– que oculta púdicamente la parte superior del rostro y sobre el cual apoya una corona, sencillo trenzado de mejorana y verbena, en los días de César y de Augusto, y, más tarde, de arrayanes y azahares. Concluído su arreglo personal, recibe, rodeada de los suyos, a su prometido, a la familia y a los amigos de éste. Todos, entonces, se trasladan, bien a un santuario vecino, bien al *atrium* de la casa, para ofrecer allí un sacrificio a los dioses. Inmolada la bestia escogida –a veces una oveja, raras un buey, las más un cerdo–, intervienen el *auspex* y los testigos. Éstos, probablemente reclutados en número de diez entre el cortejo de los nuevos cónyuges, se reducen, sin decir palabra, a estampar sus sellos sobre el contrato de matrimonio, cuya redacción, por lo demás, no es obligatoria. Aquél, cuyo título intraducible designa una función de augur familiar y privado, desempeña, sin investidura sacerdotal y sin delegación oficial, un papel indispensable. Después de haber examinado las entrañas de la víctima, se constituye en fiador de la benignidad de los auspicios, sin cuyo requisito el matrimonio, reprobado por los dioses, no sería valedero; y tan pronto como ha pronunciado, en medio de respetuoso silencio, las palabras que proclaman el favor divino, los esposos intercambian en su presencia sus mutuos consentimientos, con una fórmula en la que parecen confundirse sus vidas y sus voluntades: *Ubi tu Gaius, ego Gaia.* Entonces el rito misterioso está cumplido, y los asistentes rompen en aclamaciones de buen augu-

[15] AULO GELIO, X, 10.

rio: *Feliciter!* ¡Qué la felicidad sea con vosotros! El general regocijo se prolonga en un festín que sólo cesa al caer la noche, cuando llega el momento de arrancar a la desposada de los brazos de su madre para llevarla a la casa de su flamante marido. Dos flautistas, seguidos de cinco portadores de antorchas, abren la marcha. Durante el camino entónanse alegres y picantes canciones. Acuden al bullicio los rapaces del lugar, sobre los cuales el séquito, cuando está por alcanzar su destino, descarga una granizada de nueces; esas nueces con que el esposo jugaba en su niñez y cuyo africado sonido sobre las losas de la calle presagia gozosamente hoy la fecunda felicidad que le reserva el mañana. Ahora se adelantan tres amigos del marido. Uno, el paraninfo por excelencia, el *pronobus*, nosotros diríamos el padrino de la boda, esgrime la antorcha nupcial hecha de ramas de oxiacanta amorosamente entrelazadas. Tras él, los otros dos toman a la esposa, la levantan en brazos y le hacen cruzar, sin que sus pies toquen el suelo, el umbral de su nuevo hogar, empavesado de verdes ramos y blancas colgaduras. Tres compañeras siguen a la ruborizada *nova nupta*: dos de ellas llevan, una su rueca, otra su huso, emblemas evidentes de su laboriosidad y virtudes domésticas. Después que el esposo le ha ofrecido el agua y el fuego, la tercera, que en dignidad se halla ser la primera, la *pronuba*, la conduce hasta el lecho conyugal, donde el impaciente marido la invita a recostarse, le quita la *palla* y se apresura, ya ciego, a desatar el *nodus herculeus* de su cinto, mientras la concurrencia toda se retira con la prisa y discreción que la costumbre y el pudor aconsejan [16].

Dejemos a un lado el sacrificio sangriento, olvidemos también el brillo fulgurante del velo de la novia: ¿no parece, acaso, que este ceremonial ha sobrevivido al imperio romano y continúa, con muy ligeros cambios, reglando el protocolo de los casamientos contemporáneos? Monseñor Duchesne observábalo no hace mucho tiempo con una clarividencia que, por ser única, es tanto más loable: «Salvo la aruspicina, todo el ritual de las bodas romanas ha sido conservado en el uso cristiano. Hasta las coronas han hallado cabida en este último... Esencialmente conservadora, la Iglesia sólo modificaba en estas cosas lo que era incompatible con sus creencias». Reducido, en efecto, a su noción fundamental, el matrimonio cristiano consiste en la libre entrega de dos almas una a otra. Independiente de la fiesta que le sigue y aun del oficio religioso que habitualmente le acompaña, el sacramento resulta

[16] Sobre estos detalles, cf. CATULO, 61; FESTO, p. 63, M.; OVIDIO, *Met.*, X, 1; PLINIO, *N. H.*, VIII, 194; XV, 86; XXVIII, 63; PLUT., *Qu. Rom.*, XXX y XXXI; JUVENAL, VI, 227 y X, 330; CLAUDIANO, XIII, 1; XXXI, 96; XXXV, 328. Sobre el rito del umbral, cf. ROSE, *The Roman questions of Plutarch.*, 1924, pp. 101 y siguientes.

de la afirmación de íntima unión que pronuncian los cónyuges en presencia del sacerdote, que allí está sólo para registrarla ante Dios [17]. Ahora bien, una definición semejante puede aplicarse al matrimonio romano de la época clásica. En efecto, éste quedaba instituído en el momento en que, seguros de la adhesión de la divinidad, comprobada por el *auspex*, Gayo y Gaya declaraban juntos su voluntad de unirse recíprocamente, y debe agregarse: en virtud de esa declaración misma. El resto no era sino una serie de ringorrangos adventicios y de adiciones superfluas. Cuando ya en las postrimerías de la República, Catón de Utica casó en segundas nupcias con Marcia, tanto él como ella resolvieron renunciar a esos floreos. Sin vanas pompas, ambos se prestaron mutuo juramento. Omitieron los testigos. No reunieron a sus allegados. Bastóles unirse en silencio, al amparo de los auspicios consultados por Bruto:

Pignora nulla domus; nulli coiere propinqui
Iunguntur taciti contentique auspice Bruto [18].

Hay una innegable nobleza en ese acuerdo de corazones que basta para fundar el dulce yugo; y no es dudoso que los progresos de la filosofía, en especial del estoicismo, que, ya entonces, iluminaba la ruta de Catón y Porcia, han contribuído a imponer al derecho romano ese concepto verdaderamente moderno que, extraño a sus desenvolvimientos primitivos, terminó por trastornar la máquina matrimonesca.

Para los antiguos de que habla Gayo como de figuras desaparecidas, la mujer había sido condenada por su ingénita fragilidad a vivir en perpetua menoría [19]. En el matrimonio *cum manu*, la mujer no escapaba de la *manus* de sus ascendientes o de sus agnados sino para caer en la de su marido. En el matrimonio *sine manu*, quedaba colocada bajo la autoridad del llamado tutor legítimo [20], que le era obligatoriamente escogido entre sus agnados a la muerte del último de sus ascendientes. Pero en la época en que el matrimonio *sine manu* suplantó al otro por completo, la tutela legítima, que había sido inseparable de él, perdió toda importancia. Desde el fin de la República, era suficiente que una pupila se quejara de una ausencia, por breve que ésta fuese, de su tutor, para obtener otro de la complaciente designación del magistrado; y cuando, al comenzar el imperio, fueron sancionadas las leyes a las que está vinculado el nombre de Augusto, los

[17] DUCHESNE, *Origines du culte chrétien*, p. 455.

[18] LUCANO, *Phars.*, II, 370-371.

[19] Sobre el antiguo estado de menoría de la mujer, cf. GAYO, I, 144: *Veteres enim voluerunt feminas etiamsi perfectae aetatis sint propter animi levitatem in tutela esse.* Ver también CICERÓN, *Pro Mur.*, XII, 27: *Mulieres omnes propter infirmitatem consilio maiores intutorum potestate esse voluerunt.*

[20] Sobre los tutores legítimos, hechos amovibles primero, inútiles después, cf. GAYO, I, 173-174 y 115, 145 y 157.

tutores legítimos se vieron sacrificados al deseo del príncipe de facilitar las uniones prolíficas: no solamente esas leyes eximían de tutela a las esposas que hubiesen tenido tres hijos, sino que asimismo disponían la revocación de oficio del tutor a quien su pupila hubiese acusado de vacilaciones en aprobar sus proyectos matrimoniales o en pagar su dote. En tiempo de Adriano, las mujeres casadas ya ni siquiera tienen necesidad de tutor para redactar testamento; y los padres no fuerzan a sus hijas a casarse contra su voluntad, como tampoco piensan impedir, sin tener graves motivos, el matrimonio al cual ellas se muestran inclinadas, pues, como lo declara el gran jurisconsulto del reinado, Salvio Juliano, las nupcias se contraen no por obligación, sino por el consentimiento de los desposados, siendo indispensable para su realización la libre aquiescencia de la joven: *nuptiæ consensu contrahentium fiunt; nuptiis filiam familias consentire oportet* [21].

3. Emancipación y Heroísmo de la Mujer Romana

Por supuesto, esta nueva definición del matrimonio romano acabó por transformar su naturaleza. En esta materia, hay causas que siempre, invariablemente, generan iguales consecuencias. En nuestros días, en Francia, hemos visto al legislador disminuir, luego eliminar todos los obstáculos ante la triunfante voluntad de los esposos; y lo que aún podía subsistir de la autoridad de los padres ha desaparecido al mismo tiempo que su derecho de oponerse a las nupcias deseadas por sus hijos. Lo propio ocurrió en el Imperio romano. Ya substraída de la autoridad de su marido por el predominio exclusivo de los matrimonios *sine manu*, la mujer fué emancipada de sus tutelas por la independencia de elección que requería la coyunda de los nuevos tiempos; y, entrada libre en su matrimonio, la esposa vivió en él en paridad de situación con su marido.

Pues, contrariamente a la opinión vulgar, que calca las condiciones de la época imperial sobre las formas, a la sazón agotadas, de los primeros siglos republicanos, es seguro que la hembra romana ha gozado, en la época que de intento hemos escogido para nuestro estudio, de una dignidad y de una autonomía equivalentes o superiores a las que el feminismo contemporáneo ha reivindicado para las nuestras; dignidad y autonomía que ya más de un teorizador del feminismo antiguo, Musonio Rufo, verbigracia, había reclamado sistemáticamente, bajo los Flavios, en nombre de la igualdad intelectual y moral de uno y otro sexo [22].

[21] A esta cita de Juliano, en *Dig.*, XXIII, 1, 11, añadir Ulpiano, en *Dig.*, L, 17, 30: *Nuptias non concubitus sed consensus facit.*

[22] Cf. Ch. Favez, *Un féministe romain: C. Musonius Rufus*, en el *Bull. Soc. Ét. des Lettres de Lausanne*, octubre 1933, pp. 1-9.

Al expirar el siglo primero, al iniciarse el segundo, abundan egregias figuras femeninas que patentizan firmeza de ánimo y reclaman imperiosamente veneración. Sucédense entonces en el trono emperatrices verdaderamente dignas de ostentar, al lado de sus maridos, ese título sagrado de *Augusta* que Livia sólo recibió a la muerte del suyo. Plotina comparte la gloria y las responsabilidades de Trajano, acompáñale durante toda la ardua campaña contra Partia, y, en los postreros instantes del *optimus princeps*, la admirable mujer, con singular discreción, sabe interpretar o suplir la voluntad suprema de su esposo; y así, gracias a ella, Adriano recibe, en paz y concierto, la herencia soberana que el difunto sólo secretamente había dispuesto a su favor. No le alcanza a Sabina el cieno que le arrojan los redactores de la *Historia Augusta*, cuyos torpes chismes están desmentidos por la muchedumbre de inscripciones devotas que recuerdan sus beneficios y por las numerosas estatuas que, en vida, habíanla divinizado. Por otra parte, Adriano, que pasa por haberse llevado mal con ella, deseaba, en realidad, verla siempre rodeada de tantas consideraciones y deferencias, que, por haberla faltado, el *ab epistulis* Suetonio incurrió, de la noche a la mañana, en la pérdida de su «ministerio de la pluma». A su vez, las grandes damas de la aristocracia evocan noblemente, como otros tantos inmortales modelos, esas heroínas de los reinados despóticos y turbulentos que, confidentes de sus esposos, asociadas a sus funciones y a su política, nada quisieron saber de separarse de ellos en la proximidad del peligro, prefiriendo rendir la vida antes que abandonarlos, solos, a los golpes de los tiranos.

Bajo Tiberio, ni Sextia había querido sobrevivir a Emilio Escauro, ni Paxea a Pomponio Labeo [23]. Cuando Nerón transmitió a Séneca la orden homicida, la joven esposa del filósofo, Paulina, abrióse las venas al propio tiempo que su marido; y si ella no sucumbió de la hemorragia, fué porque Nerón, informado de su sacrificio, dispuso impedirlo a toda costa, y la valiente mujer fué obligada a dejarse vendar los brazos y cerrar las heridas. La narración que de esta patética escena se lee en los *Anales*, el retrato que éstos trazan del rostro exangüe y dolorido con que la viuda de Séneca continuó llevando las marcas de la tragedia durante los años en que se prolongó su vida en este valle de lágrimas [24], evidencian la honda emoción con que los romanos del tiempo de Trajano recordaban ese drama de amor conyugal, no obstante haber éste ocurrido medio siglo hacía. Tácito tributa a la fidelidad de Paulina la misma veneración admirativa que su amigo

[23] Sobre Sextia y Paxea, cf. TÁCITO, *Ann.*, VI, 29.

[24] Sobre Paulina, cf. TÁCITO, *Ann.*, XV, 62 y J. CARCOPINO, *Chose et gens du pays d'Arles*, en la *Revue du Lyonnais*, 1922; y *Points de vue sur l'impérialisme romain*, pp. 247-248.

Plinio el Joven a la energía fiera y serena que, bajo Claudio, había desplegado Arria la mayor, y que el epistológrafo ha inmortalizado en la más hermosa de las cartas que integran su colección [25].

Una vez más, excúsome de aprovechar largamente el contenido de esas célebres páginas. Arria la mayor estaba casada con el senador Cecina Peto. En una circunstancia dolorosa, mostró de qué estoica abnegación era capaz su amor a él. Encontrábanse su esposo y su hijo atacados a la vez de una enfermedad que parecía mortal. El hijo falleció. Era joven dotado de singular belleza y de una elevación moral no menos peregrina, siendo más querido de sus padres por sus virtudes que por su calidad de hijo. Arria dispuso las exequias y condujo el cortejo fúnebre con tanta discreción, que el padre de nada se enteró; y hasta siempre que entraba en el aposento de su esposo, le daba a entender que el joven se hallaba mejor. Como Peto le preguntara con frecuencia por su estado, respondía: «Ha dormido bien, ha comido con bastante apetito». Tras lo cual, conociendo que no podía ya contener las lágrimas, se retiraba, se entregaba a su dolor y, cuando lo había desahogado, volvía con los ojos secos y el rostro tranquilo, como si hubiera dejado en la puerta su aflicción. Por lo menos, merced a este sobrehumano esfuerzo, Arria logró salvar a su marido de la enfermedad que les había arrancado el hijo. Mas no pudo, finalmente, substraerlo de la venganza imperial, cuando Peto, en 42 después de Jesucristo, habiendo tomado parte en la abortada rebelión de Escriboniano, fué cogido preso en Iliria, a vista de su mujer, que hasta allí le había acompañado. Embárcanle para llevarle a Roma; Arria ruega a los soldados que le custodian que la reciban en la nave. «No podéis —les dice— negar a un varón consular algunas esclavas que le sirvan la mesa, que le vistan y calcen. Yo sola le prestaré todos esos servicios.» Los soldados fueron inexorables; Arria fletó una barca de pescadores y, en tan frágil embarcación, siguió hasta Italia a la nave que a Peto conducía. Todo en vano. En Roma, Claudio se mostró implacable. Entonces Arria declaró que moriría con su marido. Un día, su yerno Hiraseas, que le rogaba para que abandonase su resolución de morir, le dijo: «¿Acaso quieres que si me obligan a quitarme la vida, tu hija se la quite conmigo?» A lo que contestó sin conmoverse: «Sí, lo quiero, cuando haya vivido contigo tanto tiempo y en tan perfecta unión como yo con Peto.» Esta respuesta redobló la inquietud y atención de toda su familia, que siguió vigilándola con mucho más cuidado. Advirtiólo Arria, y dijo: «Estáis perdiendo el tiempo. Podéis hacer que yo perezca de muerte mucho más dolorosa, pero no podéis impedir que muera.» Apenas hubo pronunciado estas palabras, levantóse precipitadamente de su silla, chocó con violencia de

[25] Sobre Arria la mayor, cf. PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, III, 16.

cabeza contra la pared y cayó exámine. Cuando recobró el sentido: «Ya os había avisado —dijo— que sabría encontrar los caminos más difíciles para la muerte, si me cerráis los más llanos.» Y cuando a Peto le llegó la hora suprema, sacó Arria un puñal de entre sus ropas, clavóle en su propio pecho, arrancóle, ensangrentado, de su seno y con la misma mano ofrecióselo a su marido, con estas inmortales y casi divinas palabras: «¡Peto, no duele!»

Fig. 51. — Una matrona. (Bronce hallado en Resina en 1745, hoy en el Museo de Nápoles).

Si insisto sobre estos episodios famosos es porque nos muestran, en cierto tipo de mujer de la época imperial, una de las más sublimes encarnaciones de la grandeza terrena. Gracias a esas criaturas libres y heroicas como Arria la mayor, Roma antigua, en los mismos años en que iba a recibir el bautismo de sangre de los primeros mártires del cristianismo, ha alcanzado una de las cumbres morales de la humanidad; y en el siglo II de nuestra era no sólo su memoria era objeto de verdadero culto, sino que además su ejemplo, de vez en cuando, continuaba suscitando imitadoras. Por cierto, la equidad de los emperadores ahorraba ahora a las matronas los sacrificios a que las había arrastrado la cólera de Claudio o la ferocidad de Nerón y que el rigor de Vespasiano estuvo a punto de hacer padecer a Arria la menor [26]. Pero las dificultades y asperezas que la vida siempre lleva consigo brindaban todavía no pocas ocasiones para que se pusiera en evidencia que, a lo menos en las clases elevadas, aun había almas femeninas capaces de rayar con los más nobles ejemplos del pasado.

Plinio el Joven señala en su época mujeres que llevaban el amor a sus maridos hasta el punto de morir voluntariamente con ellos. «Hace poco —escribe— paseaba por el lago de Como en compañía de

[26] Sobre Arria la menor, cf. TÁCITO, *Ann.*, XVI, 34.

un anciano mi amigo. Enseñóme su casa y también un pabellón que avanza sobre el lago.

—Desde allí, me dijo, una compatriota nuestra se arrojó en las aguas con su esposo.

Pregunté el motivo.

—Hacía mucho tiempo que a su marido una úlcera le roía las vergüenzas. Pidióle su mujer que le dejase examinar el mal, asegurándole que nadie le diría con más sinceridad que ella si podía esperar curación. Pero en cuanto le vió, perdió toda esperanza. Exhortóle a darse la muerte y le ofreció acompañarle en el trance fatal; mostróle el camino y el ejemplo y le puso en la necesidad de seguirla, porque después de haberse abrazado estrechamente a él, se dejó caer en el lago.» [27]

Sin duda estas son excepciones o, si se prefiere, casos extremos en los que el arrojo, furiosamente, se exaspera, y la virtud comienza a pecar de exceso de dureza. Mas, al lado de ellos, ¡qué de matrimonios tiernamente unidos! ¡cuántas esposas sencillamente nobles y puras! Hasta en Marcial se recorre una galería de cumplidas mujeres. Claudia Rufina, «aunque desciende de los tatuados bretones», posee en verdad temple latino. No tuvo necesidad Nigrina, como Evadne o como Alceste, de quitarse la vida para dar testimonio del amor que profesaba a su esposo:

«Afortunada por tu excelso pecho,
y feliz por tu esposo, tú, Nigrina,
honor de las mujeres en el Lacio,
haces los bienes de tu patria herencia
comunes con tu esposo, y es tu anhelo
unirle a tu fortuna y darle parte.
Que Evadne al arrojarse a ardiente pira
de su marido, quémese; que el mismo
afecto eleve al firmamento el nombre
de Alceste; mas tu gloria es más ilustre.
Que al dar en tanto que de vida gozas
de tu desinterés tamañas pruebas,
has merecido, al despedir la vida,
testimonio no dar de tu cariño.»

El alma límpida de la poetisa Sulpicia se transparenta en sus composiciones literarias: no refieren éstas los eróticos furores de la hechicera de Cólquida, tampoco cuentan el horroroso festín de Tiestes; no, Sulpicia sólo enseña castos amores en versos muy adocenados, es cierto, pero candorosos. Elógiala Marcial:

[27] PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, VI, 24.

«Muchachas que codiciáis
el amor de un solo esposo,
leed, leed a Sulpicia.
Leedla también vosotros,
maridos que a una mujer
profesáis amor tan sólo.
No describe de Medea
la furia, ni el horroroso
banquete de Tiestes, ni
presta crédito tampoco
a cuentos de Escila y Biblis;
mas enseña pudorosos,
santos amores, y pinta
sus juegos, sus dulces gozos
y sus bromas. Todo el hombre,
que aprecie en su valer propio
sus versos, confesará
que no ha habido ningún otro
poeta más reservado,
ni más maligno tampoco.
Tales creo que habrán sido,
de Numa en el antro acuoso
los ratos que ninfa Egeria
pasara más deleitosos.
Si ella fuera tu maestra,
o condiscípula sólo,
más saber tendrías, Safo,
y más pudor y decoro;
y si a las dos a la vez
viera Faón vigoroso,
de seguro por Sulpicia
de amor se volviera loco.
Pero en vano; pues si pierde
a Caleno, su tesoro,
no podrá sobrevivirle,
aun cuando Jove su esposo
le ofreciera ser, o amante
del mismo Baco, o Apolo.»[28]

Análogamente, la sociedad femenina que gira en torno a Plinio el Joven respira honestidad, abnegación, decoro. Así, la esposa de su viejo amigo Macrino hubiera sido digna «de ser puesta como ejemplo

[28] Cf. MARCIAL, XI, 53 (sobre Claudia Rufina); IV, 75 (sobre Nigrina); X, 35 y también X, 38 (sobre Sulpicia).

aun en tiempo de nuestros abuelos. Treinta y nueve años han vivido juntos sin quebranto de la paz, sin un enojo, en una unión sin nubes y de recíproco respeto.»[29] El propio Plinio parece haber gozado de acabada felicidad en su matrimonio con Calpurnia, su tercera mujer. Al hacer referencia a ella en una de sus cartas, ¡con qué amoroso fervor pondera la inteligencia, la discreción y la fina sensibilidad de su esposa! «Tiene mucho talento, mucha prudencia, y me profesa hondo cariño, que es prenda segura de su virtud. Es además aficionada a las letras, habiéndose ella misma despertado esta inclinación en su afán de agradarme. Continuamente tiene entre manos mis obras, y no sólo las lee, sino que las aprende de memoria. ¡Cómo se inquieta y desvela al saber que debo pronunciar algún discurso! Y no puedes imaginar su satisfacción cuando lo he pronunciado. Siempre encarga a alguien que venga apresuradamente a contarle los aplausos que he recibido y el resultado de la causa. Si tengo que leer algún trabajo en público, procura reservarse un puesto detrás de la cortina, desde donde escucha ávidamente las felicitaciones que me dirigen. Si escribo versos, Calpurnia compone para ellos melodías y los recita acompañándose con la lira, sin haber jamás tomado lecciones de ningún artista, sino del amor, que es el maestro más excelente.»[30]

De esta suerte, Calpurnia representa para nosotros, al lado de su consorte, hombre de letras, el tipo moderno de la mujer que es a un tiempo esposa y «asociada». Su colaboración, desprovista de todo pedantismo y añadida a los encantos de que su juventud está adornada, aviva, en lugar de marchitar, la frescura de los sentimientos que ella experimenta hacia su marido, y que éste le retribuye rendida y tiernamente. Al uno y a la otra, la más breve de las separaciones parece ocasionarles amargo tormento. Cuando Plinio, por deberes de su profesión, vese obligado a alejarse, Calpurnia le busca entre sus libros, a los cuales acaricia y coloca en los lugares donde solía ver a su esposo. Y Plinio, por su parte, cuando su amada se halla ausente, lee y relee las cartas de Calpurnia como si acabase de recibirlas. A la noche, sin dar vado ni tregua a sus suspiros, entretiene su dolor pensando en ella; y durante el día, «a las horas en que acostumbraba verla, sus pies, como decirse suele, le llevan por sí mismos a su aposento, y, al encontrarle vacío, regresa con el corazón oprimido como si le hubiesen cerrado la puerta.»[31]

Al recorrer esos billetes llenos de dulces quejas, siente el lector tentación de sublevarse contra el pesimismo de La Rochefoucauld y de renegar de la máxima que niega la existencia de matrimonios deliciosos. Después, si mejor se piensa, se advierte el convencionalismo que

[29] Sobre la mujer de Macrino, cf. PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, VIII, 5.
[30] Elogio de Calpurnia en PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, IV, 19.
[31] Cf. PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, VI, 4 y VII, 5.

entra en esas efusiones un tanto afectadas y librescas. En el mundo de Plinio, los matrimonios se concertaban por el atractivo de las conveniencias más que por la fuerza de los sentimientos. Él mismo, seguramente, escogió a su mujer con el propio criterio con que acepta buscar una para su amigo Minucio Aciliano, esto es, teniendo en cuenta no sólo las ventajas físicas y morales de la elegida, sino también la posición social de su familia y, ¿por qué no?, su situación económica; pues, confiesa Plinio, «yo creo que es muy importante no olvidar este punto: *ne id quidem prætereundum esse videtur.*» [32] Lo que él parece haber amado más en Calpurnia, es la admiración que ésta tributaba a sus escritos; y pronto se tiene la impresión, aunque el epistológrafo sostenga lo contrario, de que Plinio se consolaba fácilmente de las temporáneas separaciones de su esposa con el placer de pulir las cartas donde, con innegable belleza literaria, llora su dolor de ausencia. En realidad, aun cuando los inseparables esposos vivían bajo el mismo techo, no estaban íntima y verdaderamente unidos. Plinio y Calpurnia, como hoy decimos, hacían rancho aparte. Hasta en la paz de su villa de Toscana, Plinio el Joven buscaba, sobre todo, la soledad propicia a sus meditaciones; y es a su secretario (*notarius*), no a su Calpurnia, a quien vemos, desde el alba, que Plinio llama a su dormitorio para que recoja su dictado [33]. Para él, el amor conyugal, reglado por el código de la *ars vivendi*, era ante todo materia de cortesía mundana; y, analizándolo bien, por fuerza debemos convenir en que ese matrimonio era terriblemente falto de calor y de intimidad.

Consultemos, para comprobarlo, esas embarazosas cartas que Plinio envió al abuelo y a la tía de Calpurnia para comunicarles, junto con sus anhelos de paternidad, que su mujer hubiera debido colmar, el triste suceso que había tronchado brutalmente sus esperanzas [34]. Escribe a Calpurnio Fabato: «Como tanto deseas te demos biznietos, mucho te entristecerá saber que tu nieta ha malparido. La ignorancia propia de las jóvenes la ha puesto en este trance, por haber descuidado las precauciones que las mujeres deben tomar durante su preñez, y por haber hecho lo que debía evitar. Pero ha expiado su negligencia de una manera que le servirá de lección, pues se ha encontrado a las puertas de la muerte.» Para Calpurnia Híspula cambia la forma, no el fondo, de sus curiosas explicaciones: «Calpurnia ha corrido gravísimo peligro, y no es posible estar peor que ella lo ha estado. No por culpa suya, sino por culpa de su edad. De ésta ha procedido su aborto y el triste desenlace de una preñez cuyas consecuencias desconocía.

[32] Sobre los matrimonios ventajosos, cf. PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, I, 14.
[33] Cf. PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, IX, 36.
[34] Sobre el aborto de Calpurnia, cf. PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, VIII, 10 y VIII, 11.

Así, pues, aunque no hayas tenido la satisfacción de ver dulcificada la pérdida de tu hermano con un nuevo sobrino o sobrina, recuerda que esta felicidad sólo está aplazada y no perdida, puesto que conservamos a aquélla de quien podemos esperarla. Excúsame con tu padre por esta desgracia que vosotras, las mujeres, podéis comprender más fácilmente...»

En realidad, somos nosotros los que no comprendemos, a menos que comprendamos harto bien hasta qué punto Plinio, tan cuidadoso

Fig. 52. — **Escena de parto.** Una enfermera sostiene a la esparrancada parturienta por debajo de las axilas. La comadrona *(obstetrix)*, sentada en un pequeño escabel, alarga su brazo para recoger al naciente. (Relieve, único en su género, hallado por Calza en Ostia).

de la formación intelectual de su joven esposa, se desentendió del resto de su educación. Ese es un testimonio irrefutable de una frialdad que nos confunde, de una despreocupación que nos resulta contranatural. Es el triste resultado de una libertad que se torna indiferencia y de una igualdad excesiva de los esposos en el matrimonio; libertad e igualdad que, a veces, lejos de aproximar a los consortes, conducen a los mejores de éstos a una especie de egoísta aislamiento, cuando no acaban por arrojar a los otros en las extravagancias y en la perversión.

Feminismo y Desmoralización

A las sublimes heroínas, a las hembras irreprochables y a las matronas venerandas que la aristocracia imperial conserva todavía en

su seno, fácil sería, en efecto, oponer las esposas «emancipadas», o, mejor dicho, «desenfrenadas», cuyas diferentes especies se han multiplicado merced a las nuevas condiciones del matrimonio romano: aquellas que, para no obstaculizar sus liviandades, eluden los deberes de la maternidad; aquellas que se proponen no ceder a sus esposos en ningún terreno, y rivalizan con éstos hasta en las pruebas de fuerza que parecerían vedadas a su sexo; y aquellas, en fin, que, no contentas con «vivir su vida» al lado de sus maridos, se las arreglan, en caso necesario, para vivirla sin ellos a costa de infidelidades o abandonos de los que ni siquiera se toman el trabajo de abochornarse.

Sea por restricción voluntaria de los nacimientos, sea a causa de una declinación racial, las uniones romanas, a fines del siglo I y a principios del II de nuestra era, resultaban muy frecuentemente estériles. El ejemplo, por otra parte, venía de arriba. A Nerva, emperador célibe —y quizá escogido por su celibato—, le sucedieron Trajano primero y Adriano después: casados los dos, y los dos sin hijos legítimos. Todo un varón consular como Plinio el Joven no pudo hacer fructificar ninguno de sus tres sucesivos tálamos, y, no habiendo descendencia, su fortuna, tras su muerte, repartióse entre sus fundaciones piadosas y sus domésticos. Sin duda, no era más castiza la pequeña burguesía. En todo caso, nos ha dejado miles de epitafios en los que el difunto es llorado por sus libertos, a falta de prole que le tribute algún piadoso recuerdo. Marcial, muy seriamente, considera digna de admiración a Claudia Rufina, porque tuvo tres hijos; y nos recuerda que una matrona de su amistad fué dos veces honrada en los juegos seculares de 47 y 88 después de Jesucristo, por haber tenido cinco hijos y cinco hijas de su marido; en virtud de lo cual el poeta, en digno homenaje, le dedica especialmente este epigrama para que le sirva de epitafio:

«Pasajero, esta inscripción
atento lee, y aunque se halle
grabada en mármol modesto,
vale tanto como valen,
ya la tumba de Mausolo,
ya las célebres Pirámides.
Dos veces he presenciado
yo los juegos seculares,
y hasta mi muerte he podido
siempre dichosa llamarme.
Juno me ha dado cinco hijos,
y cinco hijas muy amables,
que han cerrado mis pupilas.
Por privilegio notable

que rara vez se concede
a otros lechos conyugales,
a un solo hombre han conocido
mis órganos genitales.»[35]

De este modo, una fecundidad que hoy, en Francia, no merecería una triste mención ni recompensas especiales, pasaba, en la Roma de entonces, por conejuna y digna de las más brillantes distinciones.

Las romanas repugnan cumplir ahora su misión materna, pero, en cambio, se entregan con un ardor que llega al desafío a todas las ocupaciones que, en tiempo de la República, los hombres habían monopolizado celosamente; y Juvenal ha podido pintar en su sátira sexta, con gran regocijo de sus lectores, una serie de retratos, que apenas rayan en la caricatura, donde las mujeres, dejando la aguja, la lectura, el canto o la lira, se esfuerzan con viril entusiasmo por parecerse a los hombres, cuando no por superarlos en todos los dominios. Entre esas viragos, hay la que se sumerge voluptuosamente en los expedientes judiciales o la que se apasiona por la política, curiosa de novedades del mundo entero, sedienta de chismes de la Ciudad y de intrigas de la Corte, y que, sabiendo al dedillo lo que ocurre en Tracia y lo que no pasa en China, calcula la gravedad de los riesgos que pesan sobre el rey de Armenia y de los males que afligen al de Partia, para luego exponer, con grande impudencia y ruidoso desparpajo, al viejo general que sobre los hombros lleva el solemne *paludamentum*, y en presencia del avergonzado marido, que no ve la hora de que le trague la tierra, sus teorías políticas, sus combinaciones diplomáticas y sus planes estratégicos. Hay la que prefiere, a los tejemanejes de la diplomacia y a los peligros de la guerra, el brillo sereno del renombre literario: ahí anda, inagotable y casquivana, afectando un casticismo ridículo en griego y en latín, y, hasta en la mesa, asombrando a sus interlocutores por la erudición de sus citas y por la olímpica seguridad de sus juicios; y con afirmar que cuál heroína de epopeya famosa hizo bien en no hacer lo que no hizo, y que cuál otra merece título de varia y deshonesta porque hizo lo que hizo, y que ése poeta no le llega a aquél, y que éste es peor que tal otro, ¿quién duda, sino que ha de quedar corrido tanto el más pintado gramático como el rétor más elocuente?

Con razón dice Juvenal:

«Pero aun más me molesta la doctora
que no bien a la mesa comparece,
de Virgilio los versos te decora,

[35] MARCIAL, XI, 53 (sobre Claudia Rufina); X, 63 (epitafio).

y a Elisa moribunda compadece.
A los vates compara; en la balanza
pone a Marón de un lado, de otro a Homero,
y luego el fallo decisivo lanza.
Los gramáticos ceden al discurso;
los retóricos callan, y admirado,
también calla el concurso.
No intente el pregonero, el abogado,
mujer alguna hablar. ¡Tantos raudales
de frases ella suelta en un momento!
Dijeras que a la vez hieren el viento
platillos y campanas y atabales.» [36]

Plinio el Joven, seguramente, hubiera saboreado gustoso el encanto de su erudición, por poco que se recuerden no sólo los elogios que dedica a Calpurnia, sino también el entusiasmo que en él despiertan la cultura y el tacto de la esposa de Pompeyo Saturnino, así como las cartas de ésta, tan primorosamente redactadas, que, al leerlas, «se creería estar leyendo a Plauto o a Terencio en prosa.» [37] Por el contrario, Juvenal, cuya filosofía iba a ser adoptada siglos más tarde por el bueno de Chrysale [38], confiesa paladinamente que le pudren las marisabidillas. Compara su cacareo a la bulla de «platillos, campanas y atabales» y detesta a «la culta latiniparla» que sabe de coro los preceptos de Palemón Gramático, y que habla sin infringir ni por el forro las reglas de la lengua. A la inversa, el satírico elogia y recomienda sin ambages a la mujer llanota y poco leída:

«No afecte tu mujer gala oratoria,
ni en conciso lenguaje
vibre el cortado y rápido entimema:
no sepa mucha historia,
y en los libros no entienda algún pasaje.
Me empacha la doctora que conserva
de Palemón el arte en la memoria,
y fiel las reglas del decir observa;
me apesta la anticuaria que me apura,
con versos nunca oídos, la paciencia,
y de la amiga rústica censura

[36] JUVENAL, VI, 243-247; 398-412; 434-456.

[37] PLINIO EL JOVEN, Ep., I, 16, 6.

[38] Chrysale es el *bon bourgeois* de la comedia de Molière titulada *Les femmes savantes*. (*Nota del Traductor*).

la frase que repite,
aunque no sea castiza, el hombre mismo.
¿No es lícito al esposo un solecismo?» [39]

Dejemos a las «intelectuales» y pasemos a las «deportistas», que tienen el privilegio de hacer tronar al satírico aún más que las «literatas». En nuestros días, casi con absoluta seguridad, Juvenal hubiera execrado a las «automovilistas» y a las «aviadoras». No escatima sus sarcasmos ni a aquellas de sus contemporáneas que intervienen en las partidas de caza de los hombres y, como Mevia, chuzo en mano y al aire la pechuga, «derriban a los jabalíes de Etruria», ni a las que asisten, con ropa masculina, a las carreras de carros, ni, sobre todo, a las que se apasionan por la esgrima y por la lucha. Ríe burlonamente y con desprecio al enumerar las piezas que componen el arnés de esas varonas: endrómidas, brazales, quijotes, tahalíes y cimeras; al evocar el *ceroma* con que ungen sus cuerpos y al describir los violentos ejercicios en los que agotan sus fuerzas:

«¡Gran honor, si las ropas de tu esposa
sacáranse a subasta! ¡Fueran cosa
de ver! Manoplas, cíngulos, cimeras,
la armadura de hierro que defiende
la pierna izquierda, y si ella ha concurrido
a otros juegos, verás, feliz marido,
que sus ferradas botas también vende.
. . . . . .

Pues ¿quién ignora el femenino ungüento [40],
y el manto en tirio múrice teñido?
¿Quién no vió el palo por su mano herido,
y cuál le retan del escudo armadas,
según el arte gladiatorio ordena?

[39] JUVENAL, VI, 448-456.

[40] Don Francisco Díaz Carmona, en su versión española de Juvenal, pone a estos versos una breve nota, que juzgo conveniente reproducir para facilitar la inteligencia del pasaje: «Los atletas solían ungirse el cuerpo para los ejercicios del circo, después de los cuales se cubrían con un manto (*endromyden*) para enjugarse el sudor. También los soldados, para adquirir agilidad en los movimientos, se ejercitaban en atacar un palo hincado en el suelo. Las damas romanas, imitando a unos y otros, se ocupaban en estos trabajos del circo y de la vida militar, olvidándose de su decoro y de la debilidad propia del sexo. El sentido es, por lo tanto: ¿Quién ignora ya que las mujeres descienden al circo como los atletas, y usan los ungüentos y el manto de éstos o se ocupan en ejercicios gimnásticos como los militares?». En cuanto a la expresión «la floral trompeta», que se lee más adelante, el erudito granadino la explica diciendo que «se refiere a los juegos instituídos por cierta mujer pública en honor de Flora, a los cuales concurrían las de mala vida, convocadas al son de trompeta, y donde se entregaban a danzas indecentes y a toda clase de liviandades». (*Nota del traductor*).

Así, tales matronas a la arena
por la floral trompeta convocadas
debieran ser, si ya a más señaladas
empresas en su ardor no se disponen
y luchar en el circo se proponen.
... ...

¡Ésta es quien suda con la seda, ésta
la que ni aun sufre gasa tenue y fina!
Mira el anhelo con que el golpe asesta
que le enseñó el maestro, cuál se inclina
bajo el peso del casco y se sostiene
en las rodillas, cuán densa es la faja
que la ciñe, y después la risa ataja
cuando, depuestas armas varoniles,
asedíanla flaquezas femeniles.»

Quizá algunos de los que hoy admiran tantos notables «records» femeninos se encogerán de hombros y tacharán a Juvenal de espíritu timorato y pusilánime. Pero, como en seguida veremos, hay que reconocer que la crónica escandalosa de su tiempo justifica plenamente los temores que el poeta insinúa al formular esta grave interrogación:

«Mas ¿qué pudor esperas
en mujer que usa casco, que aborrece
su sexo, y en gimnásticas carreras
y luchas sólo disfrutar parece?»

El feminismo triunfante en la época imperial brindó a la mujer ventajas y privilegios que con anterioridad no había poseído; y fué fatal que, al imitar a los hombres con demasiada prolijidad, la romana terminara por contraer sus vicios, puesto que naturaleza no le permitía adquirir su fuerza [41].

Hace ya tres siglos que las matronas comen con sus esposos en los festines. Pero, desde que las mujeres compiten con los hombres en la palestra, ellas se someten, lógicamente, a sus dietas atléticas y les hacen frente en la mesa con igual ardor con que les disputan las palmas de la arena. Y aquellas que no tienen la excusa del deporte, han hecho del comer y del beber un vicio consuetudinario. Así, Petronio nos muestra a Fortunata, la obesa consorte de Trimalción, harta de comida y de vino, la lengua pastosa, los recuerdos confundidos y la mirada perdida en la embriaguez. Las grandes damas, o mejor, las repu-

[41] JUVENAL, VI, 246-264.

tadas por tales a causa de su dinero, y a las que zurran de lo lindo las sátiras de Juvenal, exhiben sin rubor una gula abominable. Una de ellas prolonga sus libaciones hasta media noche y, hecha una uva, embaula sin cesar:

«No distingue su pie de su cabeza
cuando media la noche, ella consume,
devora ostras enormes, y espumea
el Falerno mezclado con perfume;
cuando la copa apura y ya voltea
casa y mesa en redor, y luces dobles
ve por doquiera...»

Otra, todavía más hundida en la abyección, llega con retraso a la *cena,* el rostro inflamado y ardoroso:

«...Al fin, sonrosadilla
llega, y sedienta de agotar el vaso
de enóforo a sus plantas colocado.
Dos veces antes de comer lo apura
para exitar el hambre, y lo devuelve,
y el suelo mancha la materia impura.
Turbios arroyos sobre el mármol fluyen,
o bien en amplia fuente
ya fétido el Falerno deposita,
pues cual larga serpiente,
caída en un tonel, bebe y vomita.
Náuseas y asco su marido siente,
y cerrando los ojos,
contener logra apenas sus enojos.» [42]

Sin duda, esas sólo eran repugnantes excepciones. Pero ya es de por sí muy significativo que el satírico haya estado autorizado para pintar casos que sus lectores podían ver reproducidos en la realidad; y, por lo demás, es evidente que la independencia de que entonces gozaban las mujeres romanas condújolas a menudo a una vida licenciosa, y, naturalmente, el libertinaje femenino llevó al rompimiento de los lazos familiares. Comenzaban por vivir como simples «vecinas» de sus maridos:

Vivit tamquam vicina mariti [43].

En seguida no tardaban en faltar a la fe que hubieran debido prometer a sus esposos, y que muchas, al casarse, habían tenido el ci-

[42] JUVENAL, VI, 301-305 y 426-433.
[43] JUVENAL, VI, 509.

nismo de rehusar jurarles. «Vivir la vida» es una fórmula que ya habían puesto de moda las mujeres del siglo II de nuestra era. Habla a su marido una de estas «emancipadas»:

«... Pacto fué nuestro,
dice ella, tiempo hace,
hacer los dos aquello que nos place.
¡Clama, y el cielo con el mar confunde!
¡Igual es al del hombre mi derecho!»

Ut faceres tu quod velles nec non ego possem
Indulgere mihi. Clames licet et mare cælo
Confundas! Homo sum! [44]

Pero el adulterio no aparece a cada paso únicamente en los *Epigramas* de Marcial y en las *Sátiras* de Juvenal. En la casta correspondencia de Plinio el Joven, toda una casta está destinada a narrarnos las alternativas del proceso fallado por Trajano, en su carácter de jefe supremo del ejército, contra un centurión convicto de haber gozado a la mujer de uno de sus superiores, tribuno militar de la misma legión en que el burlador servía. Y lo que Plinio ve en este episodio de curioso y peregrino no es, seguramente, el adulterio en sí, sino más bien el cúmulo de singulares circunstancias que rodean a éste: el caso de imperdonable indisciplina que había constituído y que al punto condujo a la degradación del centurión; las hesitaciones del tribuno, que vacilaba exigir, para lavar la afrenta, el castigo que merecía su mujer, castigo que el propio emperador, en cierto modo, debió pronunciar de oficio [45]. Evidentemente, los infortunios conyugales eran moneda corriente en la ciudad donde Juvenal, con la mayor naturalidad del mundo, insta a un su amigo, a quien ha convidado a cenar, que olvide en la mesa los cuidados que le embargan durante el día y, en especial, el recelo que le inspira la sospechosa conducta de su esposa, habituada a salir de su casa al alba para volver «ya entrada la noche, los cabellos en desorden, los ojos y el aliento inflamados.» [46]

En vano Augusto, cien años antes, había intentado reprimir severamente los amores culpables, sancionando una ley que deportaba a los adúlteros, los privaba de la mitad de sus bienes y les prohibía, para siempre, casarse entre sí. Sin duda, desde nuestro moderno punto de vista, esta ley augustal señaló un progreso incontestable sobre el antiguo derecho. En tiempo de Catón Censorino, por ejemplo, los romanos todavía asimilaban el desliz de la mujer a un crimen que el marido

[44] JUVENAL, VI, 282-284.
[45] PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, VI, 31.
[46] JUVENAL, XI, 183.

afrentado podía castigar con la muerte, mientras reputaban la falta del esposo por una nadería no merecedora de pena alguna. La legislación imperial era más humanitaria, pues quitaba al marido el derecho de administrar tan rigorosa justicia, y a la vez más equitativa, pues infligía sus sanciones a uno y otro sexo. Pero el hecho de que hubiera impuesto «penas correccionales», como hoy diríamos, al adulterio, es un índice de la frecuencia con que éste se cometía; y es palmario, por otra parte, que la ley casi ni siquiera logró restringirle [47]. A fines del siglo primero después de Jesucristo, la *lex Iulia de adulteriis* yacía en el olvido. Para aplicarla, debió Domiciano renovar solemnemente sus disposiciones. Por cierto, Marcial no sabe qué genuflexiones, qué lisonjas cortesanas inventar para ensalzar la resolución tomada por ese emperador, a quien llama *Censor maxime, principumque princeps*. Según el poeta, Roma debe a Domiciano más por ese solo edicto que por todos los esplendores que le ha proporcionado, porque con él ha devuelto el pudor a la Ciudad (*Plus debet tibi Roma quod pudica est*) [48]:

«Censor sumo, y de príncipes monarca,
debiéndote ya Roma
tantos triunfos lucidos,
tantos templos de nuevo establecidos,
tantos reedificados,
con tantos espectáculos sagrados,
también tantas deidades,
tantas y tan magníficas ciudades;
Roma, que a compensártelo no basta,
te debe más, porque la hiciste casta.» [49]

Pero parece que, muerto Domiciano, su edicto fué a dormir con la *lex Iulia* entre el polvo de los archivos y la indiferencia de los jueces. Años más tarde, Juvenal se atreve, y con razón, a hacer escarnio de su autor. En efecto, mientras Domiciano volvía a poner en vigencia la ley contra los desórdenes conyugales, severísima ley capaz de meter miedo a los divinos adúlteros Marte y Venus, él mismo andaba en incestuoso comercio con su sobrina Julia, a quien, por hacerla abortar, le provocó la muerte. Dice el satírico:

«Así la ley que el adulterio enfrena,
y a Marte y Venus mismos espantara

[47] CATÓN, en AULO GELIO, X, 23; cf. QUINTILIANO, V, 10, 104. Sobre la *lex Iulia de adulteriis*, cf. PAULO, *Sent.*, II, 26, 4 y 14; MODESTINO, en *Dig.*, XXIII, 2, 26; ULPIANO, en *Dig.*, XXV, 7, 1, 2; *Collatio* IV, 12, 3 y 7; MARCIAL, II, 39 y JUVENAL, II, 70.

[48] MARCIAL, *Ep.*, VI, 4.

[49] Versión del P. Joseph Morell. (*Nota de traductor*).

por su severidad, restablecia
adúltero cruel que se manchara
con torpe unión, mientras que Julia impía
en su seno, con filtro abominable,
la incestuosa prole disolvía.»[50]

Y dos generaciones después de Juvenal, la famosa ley había caído en tan grande descrédito, que Septimio Severo tuvo que rehacer toda la labor de Domiciano[51], así como Domiciano había tenido que rehacer la de Augusto. A decir verdad, si el número de adulterios disminuyó en el siglo II, no fué a raíz de la severidad con que procedió contra ellos una legislación intermitente, sino, al contrario, porque la facilitación del divorcio, en cierto modo, habíalos legitimado de antemano.

5. Los Divorcios y la Inestabilidad de la Familia

Jamás el matrimonio romano fué indisoluble, ni siquiera en las épocas legendarias a las que la Roma clásica gustaba trasladarse con el pensamiento, para tratar de encontrar allí una imágen suya más próxima al ideal que ahora se forjaba de sí misma, pero del cual la realidad la alejaba día a día.

En el matrimonio *cum manu* de los primeros siglos de la *Urbs*, si la repulsa del marido por la mujer colocada bajo su autoridad era absolutamente imposible, en compensación, el repudio de la mujer por el marido era un derecho inherente al poder de que éste estaba investido sobre aquélla. Sólo la práctica, sin duda para favorecer la estabilidad de las familias, moderó un tanto la aplicación del principio; y hasta el siglo III antes de Jesucristo, como lo vemos por casos concretos que la tradición nos ha conservado, el repudio permaneció sujeto, en efecto, a una falta imputable a la mujer, la cual era condenada en consejo celebrado por la familia del marido. Probablemente las Doce Tablas nos han transmitido un extracto de la fórmula de esa sentencia colectiva, que permitía al marido exigir de su consorte las llaves de la casa que hasta ese momento había regido como dueña, y de las cuales se la despojaba sin apelación: *claves admenit, exegit*[52]. En 307 antes de Cristo, los censores privaron a un senador de su dignidad por haber despedido a su mujer sin consultar previamente el juicio de su tribunal doméstico[53]; y, un siglo después, en 235 antes de la era, el senador Spurio Carvilio Ruga escandalizaba aún a sus

[50] Juvenal, *Sat.*, II, 29-33.
[51] Sobre Septimio Severo, cf. Dión Casio, LXXVI, 16, 4: ἐνεκάλει μὲν τοῖς μὴ σωφρονοῦσιν, ὡς καὶ περὶ τῆς οἰκοδομιοθετῆσαί τινα.
[52] Sobre el texto de las XII Tablas, cf. Cicerón, *Phil.*, II, 28, 69.
[53] Sobre Antonio, excluído del *album* senatorial por los censores de 307, cf. Val. Máx., II, 9, 2.

colegas repudiando a su compañera, a la cual ninguna falta podía reprocharle, por la sencilla razón de que no le daba hijos [54].

Mas pronto sus semejantes escaparon de las críticas y amonestaciones que habían llovido sobre Carvillo; y, en las generaciones siguientes, sin que nadie se indignara ni lo condenara acerbadamente, los romanos comenzaron a desembarazarse de sus mujeres, aun cuando no mediara ni la sombra de un motivo serio: de ésta, porque había salido con el rostro descubierto; de aquélla, porque se había detenido en la calle a cambiar dos palabras con un liberto de dudosa fama; de esa otra, en fin, por haber asistido sin venia de su esposo a una representación de juegos públicos [55]. Más valía omitir que invocar tan mezquinos pretextos; y, en las postrimerías de la República, mientras los maridos usaban a trochemoche de la facultad de anular a su antojo las uniones por ellos celebradas, sucedió que, simultaneamente, el matrimonio *sine manu* otorgó ese derecho a la mujer. Si ésta había contraído enlace bajo la autoridad de sus ascendientes o de sus parientes agnados, bastábales a éstos decir una palabra, para romper sus lazos y colocarla nuevamente bajo su potestad (*abducere uxorem*). Si, por haber perdido sus parientes, ella dependía de sí misma y no obedecía sino a su propia ley —*sui juris*—, bastaba que la mujer expresara su deseo de divorciarse, y era hecho [56]. Llegóse a tal punto por este camino, que, en la época de Cicerón, el divorcio por consentimiento de los dos consortes o por voluntad de uno solo de ellos hízose cosa corriente en las relaciones familiares. Sila, ya viejo, había casado en quintas nupcias con una joven divorciada, Valeria, cormana del orador Hortensio [57]. Pompeyo, dos veces viudo, de Emilia y de Julia, habíase, antes de aquélla y después de ésta, divorciado otras tantas: de Antistia, cuya mano había pedido para ganarse el apoyo del pretor de quien dependía que se le diera posesión de su inmensa fortuna paterna —y sabido es que este matrimonio estuvo a pique de trabar para siempre su carrera política—; y de Mucia, que aprovechó la prolongada ausencia de Pompeyo, ocupado en sus campañas de ultramar, para llevar en Roma una conducta harto ligera [58]. Viudo de Cornelia, César re-

[54] Sobre Spurio Carvilio Ruga, cf. VALERIO MÁXIMO, II, 1, 4 y AULO GELIO, X, 15.

[55] Ver el texto de VALERIO MÁXIMO, VI, 3, 10-12. De los nombres que éste cita, uno es completamente desconocido (Q. Antistio Veto); los otros dos podrían designar personajes de la segunda mitad del siglo III antes de Jesucristo (entre 293 y 218), si es cierto que Valerio Máximo tomó sus ejemplos de la segunda década de Tito Livio, que no ha llegado hasta nosotros.

[56] En el matrimonio *cum manu*, la mujer había llegado a la misma situación: cf. GAYO, I, 137 A.

[57] Sobre el quinto matrimonio de Sila, ver mi libro *Sylla ou la monarchie manquée*, p. 217.

[58] Sobre los divorcios de Pompeyo, cf. *ibid.*, pp. 190-191 y PLUTARCO, *Pompeyo*, IV y X.

pudió a Pompeya, con la que se había casado a la muerte de la hija de Cinna, por la sencilla razón de que, aunque inocente, la mujer de César no debía ni siquiera dar lugar a una sospecha [59]. El virtuoso Catón el Joven, después de haberse separado de Marcia, no tuvo escrúpulo alguno en volver a tomarla por esposa cuando, a la fortuna que ella poseía en propiedad, se añadieron las riquezas de Hortensio, casado con Marcia y muerto, dejando a ésta heredera, durante el intervalo [60]. Y muy campante, Cicerón, a los cincuenta y siete años de edad, no vaciló, para restablecer su hacienda con la dote de la joven y rica Publilia, en repudiar, después de treinta años de vida conyugal, a la madre de sus hijos, Terencia; a la cual, por otra parte, parece que no le partió el alma esta desgracia, pues volvió a casarse dos veces más, primero con Salustio, después con Mesala Corvino, para morir más que centenaria [61].

Cunde entonces, a lo menos en la aristocracia que emerge de nuestros documentos, una epidemia de separaciones conyugales; y, no obstante las leyes de Augusto, o más bien, a causa de ellas, el mal, bajo el imperio, tiende a hacerse endémico. No es difícil señalar las razones. Augusto, por su *lex de ordinibus maritandis*, sólo se propuso acabar con el descenso de la natalidad en las clases altas; y si castigando con incapacidades a los refractarios al matrimonio ejerció presión sobre los divorciados para compelerlos a volverse a casar, el príncipe de ninguna manera trató de impedir los divorcios, merced a los cuales los matrimonios mal avenidos podían deshacerse para ser casi inmediatamente substituídos con uniones mejor acordadas y más fecundas. Prohibió el rompimiento de los esponsales, porque comprendió que una larga serie de éstos, rotos a placer uno tras otro, era el medio de que los célibes incorregibles se servían para aplazar indefinidamente bodas que siempre anunciaban sin celebrarlas nunca, burlando, de esta suerte, tanto sus órdenes como las sanciones con que penaba a los recalcitrantes [62]. Sin duda, Augusto no pudo ni quiso estorbar los divorcios. Conformóse con regularizarlos. Ante todo, admitió que la voluntad de uno de los cónyuges bastaría, como antes, para disolver el matrimonio, y exigió solamente que esa voluntad fuera manifestada en presencia de siete testigos y notificada al otro consorte por un men-

[59] Sobre el divorcio de César, cf. mi *César*, p. 667.

[60] Sobre el divorcio de Catón de Utica, cf. PLUTARCO, *Cato min.*, XXXVI y LII.

[61] Sobre el divorcio de Cicerón, cf. los textos reunidos por WEINSTOCK en *P. W.*, V, c. 714-716.

[62] Sobre el rompimiento de los esponsales, cf. SUETONIO, *Aug.*, 34; sobre las leyes de Augusto, cf. PAULO, en *Dig.*, XXIV, 29; y sobre todo, GAYO, II, 62 y 63. Sobre las consecuencias de las «leyes Julias», adopto, en general, la sagaz interpretación de ÉDOUARD CUQ, *Institutions*, p. 182.

saje que, casi siempre, un liberto de la casa se encargaba de llevar. Después resolvió permitir a la mujer repudiada, mediante una acción civil llamada *actio rei uxoriæ*, reivindicar su dote, aun cuando por negligencia o exceso de confianza ella o sus parientes no hubiesen tomado la precaución de prever en el contrato matrimonial la restitución en caso de ruptura; y esta devolución, en lo sucesivo, fuéle asegurada a la mujer, excepción hecha de los bienes dotales cuya «retención» podía el juez conceder al marido, sea a título de ayuda para el mantenimiento de los hijos que quedaran a su cargo (*propter liberos*), sea en calidad de indemnización por los perjuicios que la esposa le hubiera ocasionado con sus despilfarros (*propter impensas*) o con sus hurtos (*propter res amotas*) o con su mala conducta (*propter mores*) [63]. Legislando así, Augusto había obedecido al mismo propósito que le hiciera substraer a la administración del marido la porción de la dote invertida en tierra itálica. En uno y otro caso, lo que el emperador buscaba proteger en la dote de la hembra, eterno anzuelo de pretendientes, era la posibilidad de un nuevo himeneo. Mas resultó que sus intenciones, de todo punto conformes con su política demográfica y, por lo demás, socialmente irreprochables, aceleraron, por una consecuencia que hubiera debido prever, la ruina del espíritu de familia entre los romanos. Pues si el temor de perder una dote debía incitar al marido a conservar la esposa que había tomado sólo movido por el deseo de beneficiarse con aquélla, es evidente que nada católico podía esperarse de tan judío proceder. El cual, de tarde en tarde, originaba ese avasallamiento del marido a la esposa opulenta de que habla Horacio:

... dotata regit virum
coniux [64].

Además, ese temor, amenguando siempre la dignidad del matrimonio, sólo lograba mantener la unión de los esposos hasta el momento en que el hombre, hastiado de su mujer, adquiría la certeza de hallar en breve suma otra más abundantemente dotada; y, en semejantes condiciones, de las cuales una legislación elogiada en demasía debe cargar con parte de las responsabilidades, no es extraño que, durante los dos primeros siglos del Imperio, los textos latinos sólo nos muestren matrimonios o provisionalmente fundados en el dinero, o disueltos unas veces a pesar del dinero, otras a causa de él.

Dueña entonces, gracias a su estatuto *sine manu*, de sus propios bienes, segura, merced a las leyes julias, de que se le ha de restituir,

[63] Sobre las retenciones dotales, cuya aparición se remonta al fin de la República, cf. *Dig.*, XXIII, 3, 73; I, 1, 8; XXIV, 3, 47; XXV, 2, 3, 3; 5, 18; ULPIANO, *Reg.*, VI, 9-12 y VII, 1 y siguientes, etc. Sobre su aplicación en el siglo I de nuestra era, cf. PLINIO, *N. H.*, XIV, 14.

[64] HORACIO, *Od.*, III, 24, 19

al divorciarse, si no la integridad, por lo menos la mayor parte de una dote que su esposo ya no puede ni administrar en Italia sin su consentimiento, ni aun hipotecar en lo más mínimo, aunque para esto tenga su autorización [65], la casada romana se parece a esas americanas de la Quinta Avenida que imponen a sus pobres maridos la tiranía de sus dólares. Debidamente aconsejada por el secretario que la asiste con sus consejos y la colma de rendidas atenciones —ese empalagoso *procurator*, de rizada cabellera y blancas carnes, que, en tiempo de Domiciano, no se despegaba de las faldas de la esposa de Mariano [66]—, ella negocia, ata, desata y manda. Como lo muestra Juvenal, el marido es un pelele:

«Nada podrás ya dar si ella se opone,
ni vender ni comprar, si ella no asiente;
mandará en tus afectos; al amigo
viejo, a quien vió tu puerta adolescente,
ella echará de casa. El vil lanista,
el gladiador, hasta el rufián postrero,
libres son de testar. Derechos tales
tú no ejerces jamás; el heredero
designado será entre tus rivales.
—¡Crucifica ese siervo!
—¿Por qué crimen?
¿lo merece? ¿hay testigos? ¿quién delata?
Espera; nunca es larga la demora,
siempre que a un hombre de matar se trata.
—¡Necio! Un esclavo, ¿es hombre? Nada dijo,
nada hizo; el matarlo será injusto;
pero así yo lo quiero, yo lo exijo,
y por toda razón, baste mi gusto.» [67]

Y mientras el satírico niega que haya algo en el mundo que sea más cargante que una mujer rica:

Intolerabilius nihil est quam femina dives [68],

Marcial declara, por su parte, que jamás se agenciaría una hembra adinerada, porque no quiere vivir ahogado por el velo nupcial:

Uxorem quare locupletem ducere nolim
quæritis? Uxori nubere nolo meæ [69].

[65] Sobre las trabas de la gestión marital fuera de Italia, cf. PAULO, *Sent.*, II, 21b, 2, y JUSTINIANO, *Inst.*, II, 8 (comparar con el pasaje de Gayo precedentemente citado).
[66] Sobre el *procurator*, cf. MARCIAL, V, 61.
[67] JUVENAL, VI, 212 y sig.
[68] JUVENAL, VI, 460.
[69] MARCIAL, VIII, 12, 1-2.

Mas, prisioneros de la dote, no de su cariño, los hombres, cuando no eran despedidos por sus soberanas, se evadían tarde o temprano de su dorada jaula... para meterse en otra; y, en la Ciudad como en la Corte, los efímeros matrimonios de la Roma imperial se celebraban y en seguida se deshacían, o, si se prefiere, se deshacían para luego volver a celebrarse, y así de continuo, hasta la vejez y la muerte. ¡Entonces sí que echó los hígados el liberto a quien la ley de Augusto encomendara transmitir al consorte repudiado la orden de separación! Juvenal no deja de esbozar la atareada silueta del mensajero, en pleno ejercicio de su delicado ministerio:

«¿Por qué a Sertorio su Bibula inflama?
¿Tú piensas que la ama?
Pues no; sólo su rostro le cautiva.
Que la expresión de la mirada viva
o la tersura de la tez le falte,
quedando el cutis árido y marchito;
que pierda de sus dientes el esmalte:
—¡Sal! le dirá el liberto favorito.
Tu maleta dispón y vete presto,
pues verte moquear nos es molesto,
y además otra viene
con las narices secas a tu puesto.» [70]

En semejante caso, la esposa repudiada no tenía más remedio que obedecer la orden, cuya fórmula, modificada ligeramente por el poeta, Gayo nos ha conservado en su exacto tenor jurídico: *tuas res tibi agito*, «llévate tus cosas»; pero, ¡claro está!, teniendo buen cuidado de que no se alzara con nada de lo que pertenecía en propiedad al marido, y cuya posesión ella le reconocía al partir: *tuas res tibi habeto*, «ten para ti tus cosas.» [71]

Por otra parte, no debe creerse que la iniciativa del divorcio correspondía siempre al hombre. La mujer, a su vez, repudiaba a su marido, y, después de haberle dado la ley sin miramiento alguno, le abandonaba sin el menor escrúpulo, como esa tornadiza esposa a que Juvenal alude en una de sus sátiras, la cual se había despachado nada menos que ocho maridos en el espacio de cinco primaveras [72], o como cierta Telesina, denunciada por Marcial, que, treinta días después de haber Domiciano restablecido las leyes julias, había celebrado su décimo matrimonio [73].

[70] JUVENAL, VI, 142 y sig.
[71] GAYO, en *Dig.*, XXIV, 2, 2, 1.
[72] JUVENAL, VI, 225-228.
[73] MARCIAL, VI, 7.

En vano los Césares ofrecen ahora a sus súbditos el ejemplo de su monogamia. Los romanos, lejos de imitar a Trajano y Plotina, a Adriano y Sabina, a Antonino y Faustina, ligados uno a otra hasta la muerte, preferían remedar a los emperadores precedentes que, todos, inclusive Augusto, se habían divorciado una o varias veces. Tan frecuente era la operación, que a menudo, como lo advierten los jurisconsultos de la época, esos sorprendentes divorcios «en serie» volvían a la bella y su dote, después de muchas estaciones intermedias, a su tálamo primero [74]. Hasta las razones que hogaño atarían más que nunca a una hembra de regulares entrañas a la suerte de su hombre —la vejez, la enfermedad, la ida a la guerra—, eran cínicamente alegadas por las romanas para hacer abandono del hogar [75]; y, síntoma aun más grave de desmoralización, la conducta de esas mujeres ya no provocaba ninguna reacción en la indiferente y corrompida opinión pública. Así, en la Roma de los Antoninos —que en este sentido se parece a la famosa Reno del Estado de Nevada—, la palabra de Séneca seguía resonando cruelmente verídica: «Ninguna mujer puede avergonzarse de romper su matrimonio, porque las más ilustres damas han adquirido el hábito de contar sus años no por los nombres de los cónsules, sino por los de su maridos. Se divorcian para casarse. Se casan para divorciarse: *exeunt matrimonii causa, nubunt repudii.*» [76]

¡Cuán lejos nos hallamos del edificante espectáculo que brindaba la familia romana en los heroicos tiempos de la República! Ese bloque colosal y sin fisuras, ahora se ha agrietado y se desmorona irremediablemente. La mujer estaba antaño estrictamente sometida a la autoridad de su señor y dueño; ahora le iguala y compite con él, cuando no le domina [77]. Estaba colocada bajo el régimen de la comunidad de bienes; ahora vive casi bajo el de la completa separación de los mismos. Se enorgullecía de su fecundidad; ahora le teme y le repugna. Era fiel; ahora es fácil y ligera [78]. Los divorcios eran raros; ahora se suceden con rapidísimo ritmo: recurrir a ellos con tan olímpica desenvoltura es, verdaderamente, como dice el epigramista, cometer adulterio legal:

Quæ nubit totiens, non nubit: adultera lege est [79].

[74] JAVOLENO, en *Dig.*, XXIV, 3, 66.
[75] GAYO, en *Dig.*, XXIV, 1, 61.
[76] SÉNECA, *De benef.*, III, 16, 2.
[77] Sobre la dominación de la mujer, cf. JUVENAL, VI, 224: *imperat ergo viro* y 341: *Vidua est locuples quae nupsit avaro.*
[78] Sobre la familia romana en la época de la República, cf. la excelente monografía de R. PARIBENI, *La famiglia romana*, Roma, 1929.
[79] MARCIAL, VI, 7, 5.

CAPITULO III

LA EDUCACION, LA CULTURA, LAS CREENCIAS. SOMBRAS Y LUCES

1. Síntomas de Descomposición

OTRAS causas, amén de las leyes, precipitaron esa decadencia, o, más bien, provocaron esa inversión de los valores familiares. Había económicas, derivadas del nocivo poder de las riquezas mal ganadas y peor repartidas, que páginas atrás hemos señalado. Había también sociales, debidas al pernicioso virus que inocula en los pueblos libres el contacto de la esclavitud. Por último, y sobre todo, había causas morales, que resultaban del mare mágnum espiritual de una Cosmópolis donde la más glacial indiferencia o las supersticiones más groseras estorbaban el límpido vuelo de las místicas nuevas.

En el primer cuarto del siglo II de nuestra era, al que ilustraron las victorias de Trajano, cautivos y cautivas, afluyendo por miles desde Dacia, desde Arabia y de las lejanas riberas del Éufrates y Tigris, inundaron los mercados y las casas de la *Urbs*. Consiguientemente se agravaron en Roma los trastornos correlativos al incremento de la servidumbre. La esclavitud, en todos los tiempos y países donde cobra ancho desarrollo, rebaja y corrompe el matrimonio, cuando no le suprime: ley primaria a cuyo imperio no pudo substraerse la sociedad imperial. Aun no siendo libertinos, los ricos romanos, a quienes amilanaba la perspectiva de una vida en la que diariamente tendrían que luchar o, a lo menos, contar con la voluntad de una esposa legítima, preferían a las *iustæ nuptiæ* el muelle concubinato, al que Augusto había declarado unión inferior, pero lícita [1]; además, ya nadie le miraba, en absoluto, de mala manera: pronto se refugiará en él, después de enviudar, el sabio coronado, Marco Aurelio emperador [2]. El romano de dineros

[1] Sobre el concubinato, consultar, en último término, la tesis de derecho de PLASSARD, *Le concubinat romain sous le Haut Empire*, Tolosa, 1921.

[2] Sobre el concubinato de MARCO AURELIO, cf. DIÓN CASIO, LXXI, 29, 1; H. AUG., *Anton. Phil.*, 29, 10. Vespasiano había precedido al emperador filósofo tomando, después de la muerte de su esposa, a la liberta Cenis por concubina, cf. SUETONIO, *Vesp.*, 3.

solía manumitir a su esclava dilecta para hacerla su concubina, persuadido de que, en virtud del *obsequium* debido por el liberto al patrono, ella le sería eternamente dócil y fiel, y sabiendo, además, que si le nacían hijos del trato carnal con su liberta y manceba, con sólo adoptarlos quedaba borrada de aquéllos la bastardía. Aunque quizá era frecuente que dejara de llenar un requisito cuyos efectos podían disminuir su autoridad. La muchedumbre de epitafios en que un marido y su mujer, que es al propio tiempo su *liberta,* reservan el acceso de su tumba no a su prole, sino a sus libertos, permite suponer que en ciertos casos, cuando la esterilidad de la unión no era la causa, esas coyundas de segunda categoría prefirieron, a una *adrogatio* en regla de sus retoños, una simple *manumissio* ulteriormente completada por donaciones testamentarias. De esta suerte, infiltráronse esporádicamente en las mejores familias de la Ciudad, verdaderos mestizos que, así como en tiempo no lejano al nuestro han contaminado a los pueblos esclavistas, por fuerza acentuaron los fenómenos de descomposicion nacional y social que había producido, aquí y allí, la profusión de las manumisiones romanas.

A lo menos, en esta forma, los ciudadanos lograban salvar las apariencias, conservando un mínimo de recato exterior. Pero muchos de ellos, y no los de menor jerarquía, estimaban aún demasiado rígidas y pesadas las cadenas, sin embargo harto ligeras, de ese concubinato regular. Únicamente preocupados por sus placeres y comodidades, tan indiferentes para con los deberes de su condición como para con la dignidad requerida por los honores de que gozaban, juzgaban más agradable reinar como sultanes sobre los harenes serviles que sus fortunas les permitían mantener. Cuando el colega senatorial de Plinio el Joven, el ex pretor Larcio Macedo, fué asesinado por un grupo de sus esclavos malcontentos, corrió a recoger al moribundo, gritando y aullando de dolor, la corte de sus «odaliscas»: *concubinæ cum ululatu et clamore concurrunt*[3]. Hasta en los matrimonios legítimos la presencia de esclavos no tardó en introducir graves factores de conflictos y discordias. ¡Cuántas pullas dispara Marcial contra los adulterios a domicilio! Aquí se burla de un amo que rescata a su ex sirvienta, sin la cual no puede vivir, para convertirla en barragana. Allá menciona, con medias palabras, a una dama muy principal que, enamorada de un esclavo barbero, habíale manumitido y luego regalado los bienes necesarios para entrar en la orden ecuestre. Y, en otro epigrama, atribuye los numerosos hijos de Marula no a Cinna, su marido, sino al cocinero, al favorito, al panadero, al flautista y hasta a un luchador y a un bufón:

[3] PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, III, 14, 3.

«Cinna, tu mujer Marula
siete veces padre te hizo
no de hijos libres; que ni uno
es tuyo, ni de un amigo,
ni vecino; porque todos,
todos fueron concebidos
en pobres lechos y esteras,
y sus rostros son indicio
de las culpas de su madre.
Aquel del cabello rizo,
y que a un moro se parece
claro demuestra ser hijo
de Santra, tu cocinero.
El segundo, de crecidos
labios y nariz muy roma,
es todo un retrato vivo
de Pannico, el luchador.
Quien conozca y haya visto
a Damas, el legañoso,
no dudará que tu hijo
tercero un engendro sea
de ese panadero mísero.
El cuarto, de tez blanquizca,
y de sien de libertino,
es el fruto del comercio
de tu concubino Ligdo.
Si así quieres, no me opongo,
a que goces a ese hijo;
que no hay mal alguno en esto.
En cuanto al otro chiquillo
de puntiaguda cabeza,
y orejas cual de borrico,
tan largas y tan movibles,
¿quién negará que es un hijo
del bufón Cirra? Las dos
hermanas, de colorido
negro la una, la otra rojo,
por Croto el flautista han sido
engendradas y por Carpo
el colono. En fin, dominio
tú pudieras ejercer
en multitud de mestizos,

si castrados no se hallasen
tu Coreso y tu Dindymo.»

Sin duda, esos epigramas se refieren a los más escandalosos adulterios de la Ciudad. Pero el tema hubiera sido menos abundantemente tratado si los desarreglos conyugales hubiesen sido más raros, y la lectura de los poetas de ese tiempo hace creer que a la sazón, en muchas casas romanas, los esposos sostenían con extremada frecuencia el diálogo de invectivas que supone el dístico:

Ancillariolum tua te vocat uxor et ipsa
Lecticariola est...

«Tu mujer te llama perseguidor de sirvientas, y ella, por su parte, persigue a los portadores de literas...» [4].

Es evidente que los males de la servidumbre ocasionaron un relajamiento de la moralidad hasta en las familias privilegiadas donde los amores «serviles» estaban desterrados. Más que la nefanda prostitución de las «lobas» que al anochecer recorrían las calles de los arrabales detrás de los sepulcros [5], la proximidad de los concubinatos que habían invadido las mejores casas y la atmósfera de abandono y de impudicia que creaban tantas uniones serviles, habían degradado el matrimonio, al que los esposos, a su vez, sólo consideraban como una experiencia anodina y pasajera. Además, para resistir al deshonroso contagio, los romanos hubieran necesitado la fuerza de un ideal que, excepción hecha de algunas personalidades vigorosas, de ciertas escuelas filosóficas y de las sectas de legítimos creyentes, su inteligencia, debilitada por una cultura por demás elemental, superficial y ramplona, ya no era capaz de concebir, así como su fe desfalleciente tampoco estaba en situación de realizar.

2. La Escuela Primaria

El cuidado de los hijos, esa salvaguardia de la mujer, escapaba de la matrona desde la salida de aquéllos de su primera infancia. Cornelia, madre de los Gracos, permanece solitaria en su gloria. En los siglos austeros de la República, Catón Censorino reivindicaba para sí solo la formación de su hijo, y se enorgullecía de haberle enseñado a leer, escribir, luchar y nadar. Bajo el Imperio, preciso fué aguardar el reinado de Antonino Pío para que, apremiados por las pruebas de la indignidad de un padre, los jueces, aunque sin llegar a pronunciar la caduci-

[4] Marcial, VI, 71; VII, 64, 1-2; VI, 39 y XII, 58.
[5] Sobre las «lobas», cf. Juvenal, III, 65-66; Marcial, I, 35, 8.

dad de la *patria potestas*, tuviesen el derecho de confiar a la madre la guarda de su prole [6].

Por lo demás, en todos los casos, la madre se descargaba naturalmente del cuidado de la educación de los hijos tan pronto como éstos salían de la infancia. La mujer rica ponía los en manos de algún pedagogo de marca, elegido con las debidas precauciones y comprado a precio de oro; con esto y con dictar al ayo un rosario de oportunos consejos, la madre ya daba por cumplidos todos sus deberes [7]. Las pobres, en cambio, se reducían a enviar a sus hijos a una de esas escuelas privadas que, abiertas en la Ciudad a fines del siglo II antes de Jesucristo por algunos profesionales, abundaban en Roma en la época objeto de nuestro estudio.

Naturalmente, semejantes hábitos eran raíz de graves males que a todos alcanzaban. Para las mujeres, ante todo, esa ociosidad profunda, como dice Plinio el Joven, habíase tornado funesta. Unas, las peores, hallaban en su holganza un incentivo o una excusa para sus lascivas liviandades. Otras, más honestas, trataban de sacudir su ocio mediante esas extravagancias facticias que han quedado puntualizadas en el capítulo anterior, o le distraían mediante la agitación frívola y el vano parloteo de los «clubs» que formaban entre ellas [8], cuando no se resignaban a criar carnes en el conventual sopor del gineceo, como la vieja Numidia Cuadratila, la cual, hasta su muerte, ocurrida a los ochenta años de edad, había empleado los días que no le era posible ir a presenciar los juegos públicos, ya jugando a los dados, ya recreándose con la gracia de los pantomimos con que había colmado su casa [9].

Para los niños, las consecuencias de esta suerte de abandono materno eran todavía de mayor gravedad. En efecto, fuesen ellos de familias ricas o de familias pobres, los que se encargaban de educarlos, esto es, de dirigirlos, doctrinarlos, formar su espíritu y fomentar sus vocaciones, eran siempre sus inferiores: esclavos o, en la hipótesis más favorable, libertos; y esta irritante paradoja debía necesariamente conducir a resultados desastrosos. Si el educando pertenecía a una familia adinerada, relegaba al pretendido maestro, aunque fuese preceptor, al lugar subalterno de un doméstico. Ya Plauto, en sus *Bacchides*, había presentado un precoz adolescente, Pistoclero, a quien le había bastado,

[6] Sobre Catón, cf. PLUTARCO, *Cato Maior*, XX; *Dig.*, XL, 30, 3, 5: *decretis divi Pii optinuit mater ut sine deminutione patriae potestatis apud eam filius moraretur.*

[7] Sobre la elección de un pedagogo por Corelia, cf. PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, III, 3, 3 y siguientes. Sobre la educación servil de la primera infancia, cf. TÁCITO, *Dial. de Or.*, 29.

[8] Sobre los «clubs» femeninos —cuya existencia está comprobada en Roma desde el siglo primero (SUETONIO, *Galba*, 5) hasta el siglo quinto de nuestra era (SAN JERÓNIMO, *Ep.*, 43, 3)—, cf. *C. I. L.*, VI, 997 y XIV, 2.120.

[9] Sobre Numidia Cuadratila, cf. PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, VII, 24.

para arrastrar a su «pedagogo» Lido a casa de su querida, recordar a éste la humildad de su condición servil. «Y bien, le interrogó, ¿soy yo esclavo tuyo o tú eres esclavo mío?» [10]. La pregunta no admitía réplica, y, como sutilmente lo advierte Gaston Boissier, más de un *magister* de Roma ha debido escuchar de sus discípulos el argumento de Pistoclero. ¿Tratábase de niños de modesta cuna? Pues ningún respeto guardaban al maestro de villana extracción a cuya escuela concurrían. El cual maestro, retribuído con un salario irrisorio de 8 *asses* por cabeza y por mes, obligado a buscar una ayuda de costa en ínfimas labores de escribiente [11], no tenía otra autoridad sobre los muchachos, sino la que le conferían el vergajo y la férula que tan rigorosamente aplicaron, en tiempo de Marcial y Juvenal, los sucesores del azotador Orbilio que hiciera temblar a Horacio [12].

La profesión estaba notoriamente desprestigiada. Los analistas de principios del siglo primero antes de Jesucristo, bajo la evidente impresión de antipatía que aquélla les inspiraba, habían inventado para el *magister* de Faleria, el más antiguo maestro de escuela de la historia romana, un negro papel de traidor de teatro [13]. Bajo el Imperio, los «pedagogos» no gozaban de mejor reputación, y la gente discreta no estaba lejos de mirarlos como la escoria de la sociedad [14]. Fácilmente se adivinan las razones que contribuían a encanallarlos: la indiferencia del Estado, que se desentendía por completo de ellos y que sólo se dignó remunerar directamente sus funciones en 425 de nuestra era, en Bizancio, quince años después del saco de Roma por Alarico [15]; las defectuosas condiciones en que acostumbraban impartir su enseñanza, simultáneamente a niños y niñas reunidos en un mismo aposento exiguo e incómodo, sin distinción de edad ni sexo, las mujeres de siete a trece años, los varones de siete a quince; y la brutalidad de la disciplina que exigía ese heteróclito concurso y que, por el abuso de los castigos corporales, provocando siempre la hipocresía y el envilecimiento de los alumnos, despertaba a veces el «sadismo» del maestro: «Añadamos a esto —declara tristemente Quintiliano— que el acto de azotar hace hacer a los niños, a causa del dolor y del miedo, muchas cosas que no pueden decirse sin ofensa a la honestidad y que después de dichas

[10] PLAUTO, *Bacchides*, I, 2; cf. BOISSIER, *Fin du Paganisme*, t. I, p. 149.

[11] Sobre la remuneración de los pedagogos, cf. HORACIO, *Sat.*, I, 6, 75; OVIDIO, *Fasti*, III, 829; *C. I. L.*, X, 3.969.

[12] Sobre el *Plagosus Orbilius*, cf. HORACIO, *Ep.*, II, 1, 70. Sobre sus sucesores, cf. JUVENAL, I, 15; MARCIAL, X, 62, 10; XII, 80.

[13] Sobre el maestro de escuela de Faleria, cf. LIVIO, V, 27, 1, cuyo relato es evidentemente inventado y falso (cf. DIOD., XIV, 95, 6).

[14] Sobre la educación romana, consultar en especial la obra de A. GWYNN, *Roman Education from Cicero to Quintilian*, Oxford, 1926.

[15] La primera escuela del Estado fué fundada por Teodosio II, cf. *Cod. Theod.*, VI, 1, 1.

avergüenzan. Además, si se cuida poco de escoger ayos y maestros de buenas costumbres, ¡pobres muchachos! No me atrevo a contar las infamias que cometen esos hombres abominables abusando del derecho que tienen de castigar a sus alumnos; tampoco quiero referir los torpes atentados que perpetran aprovechando el temor que infunden a los niños. No me detendré mucho en esto, demasiado es lo que dejo entrever: *nimium est quod intellegitur...*» [16]

Así, el *ludus litterarius*, la escuela primaria romana, no educaba

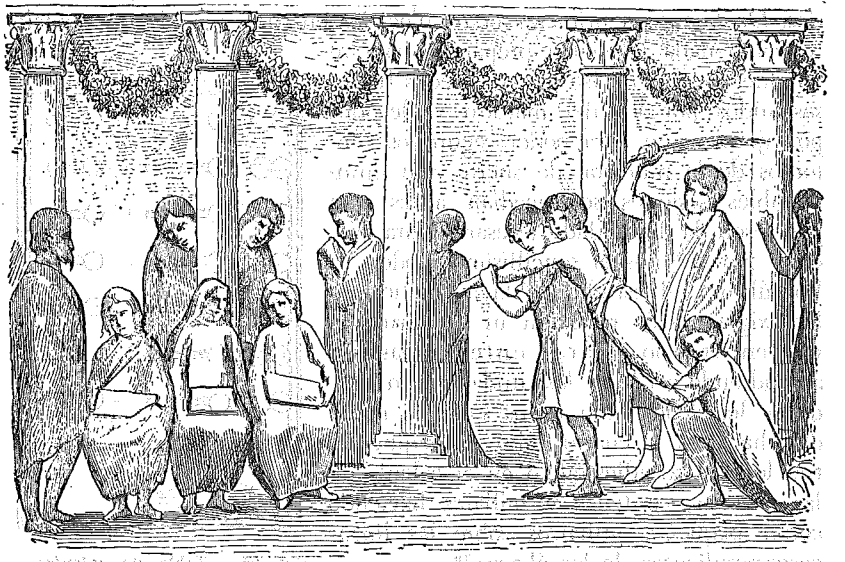


Fig. 53. — Escolar castigado por su maestro. (Pintura mural pompeyana).

a los adolescentes; antes los corrompía; siendo muy raro que les hiciera verdaderamente sentir la belleza del saber.

Reducíase la escuela a un aula, improvisada bajo el alero de una tienda y apenas separada de la calle por una cortina de tela. Mucho ruido callejero; pocos y pobres muebles: una silla para el maestro, bancos o escabeles para los alumnos, un encerado, tabletas y varios ábacos. Iniciadas al alba y proseguidas sin descanso hasta el mediodía, las clases funcionaban, sin otras interrupciones que las *nundinæ*, las *quinquatrus* y las vacaciones de verano, todos los días del año, con desesperante monotonía. La ambición del maestro no iba más allá de enseñar mecánicamente a sus alumnos a leer, escribir y contar; y, disponiendo de varios años para satisfacerla, no se preocupaba en absoluto

[16] QUINTILIANO, I, 3, 16-17.

por perfeccionar sus insuficientes métodos, o, más bien, por rejuvenecer sus lamentables rutinas. De esta manera, por un procedimiento que condena Quintiliano, enseñaba a su auditorio los nombres y el orden de las letras antes de mostrarles la forma; y cuando tras penosos esfuerzos los alumnos habían llegado a distinguir los signos alfabéticos por su figura, aun tenían, a costa de un nuevo sacrificio, que aprender a agruparlos en sílabas y en palabras [17]. La tarea de los estudiantes parecía estar intencionalmente obstaculizada, pues cuando pasaban a la escritura chocaban con los mismos métodos irracionales y retardatarios. De buenas a primeras eran colocados en presencia de un modelo; y, como nada les había preparado para reproducirlo, era preciso que sus dedos fuesen sostenidos por los del maestro y llevados por ajena mano para poder seguir los contornos de la muestra; de suerte que innumerables sesiones se sucedían antes que poseyesen la habilidad necesaria para ejecutar por sí solos el sencillísimo modelo [18]. Por último, el estudio de la aritmética no les exigía mayor reflexión ni les resultaba más entretenido. Horas enteras pasaban aprendiendo a contar las unidades con ayuda de los dedos, uno y dos sobre la mano derecha, tres y cuatro sobre la izquierda, tras lo cual se adiestraban en el cálculo de las decenas, centenas y millares haciendo correr pequeños guijarros sobre las líneas correspondientes de los ábacos [19].

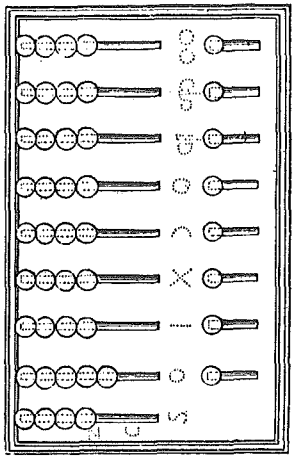


Fig. 54. — Tabla de calcular («abacus»). (Museo Kercheriano, Roma).

Es cosa averiguada, aunque sólo fuera por la inscripción de Aljustrel, que los príncipes del siglo segundo de nuestra era, Adriano en particular, miraron con buenos ojos difundirse las escuelas primarias hasta en las provincias más remotas del imperio y alentaron a los pedagogos de buena voluntad, concediéndoles inmunidades fiscales, a instalarse en aldeas perdidas e ignoradas, como por ejemplo en el fondo del distrito minero de Vipasca, en Lusitania [20]. Asimismo, es probable

[17] Sobre los métodos de lectura, cf. QUINTILIANO, I, 1, 24-26.

[18] Sobre los métodos de escritura, cf. SÉNECA, *Ep.*, 94, 51.

[19] Sobre los ábacos, cf. el artículo pertinente del *D. A.*

[20] *C. I. L.*, II, 5.181 1. 57: *ludi magistros a proc*[*uratore*] *metallorum immunes es*[*se placet*]. Debe notarse que la importancia del privilegio hállase disminuída por el hecho de que el maestro aparece mencionado después del pregonero, de los zapateros, del barbero, etc.

que las críticas de Quintiliano fueran de tarde en tarde escuchadas, y que resultara más o menos contagioso el ejemplo de ciertos «pedagogos» de ilustres familias, especialmente el que Herodes Ático había proporcionado a su hijo. Este preceptor, para instruir más presto a su alumno, amenizando al propio tiempo la enseñanza, ideó no solamente darle un alfabeto de marfil o de pasta, sino también hacerle desfilar y maniobrar a su vista esclavos llevando sendos cartelones en la espalda, y en cada uno de éstos dibujadas, en gentil tamaño, cada una de las veinticuatro letras latinas [21]. Pero, por un maestro que afanaba por salir de la trillada senda, ¡cuántos quedaban aferrados a ella! Y en la mar de *ludi litterarii* que surgieron en el siglo segundo después de Jesucristo, ¡cuántos desvirtuaron la educación que hubieran debido suministrar a los hijos de los ciudadanos! En general, forzoso es reconocer que, aun en la más brillante época del Imperio, sus numerosas escuelas no cumplieron la misión que hoy asignamos a las nuestras. Menguaban la moral en lugar de acrecerla. No fortalecían el cuerpo; antes le debilitaban. Algo conseguían agregar al espíritu, pero eran incapaces de embellecerle. Sus alumnos las abandonaban con un bagaje, penosamente adquirido, de un reducidísimo número de nociones prácticas y pedestres; y sin embargo tan ligero, que Vegecio, en el siglo IV, se dolerá de la cantidad de analfabetos que se incorporan a las legiones, inútiles hasta para llevar la contabilidad de sus respectivos cuerpos [22]. Y, a falta de risueñas imágenes, de ideas serias y nutricias, o de una de esas curiosidades intelectuales de las que la vida saca las vocaciones, los egresados no se llevaban de la escuela nada más que el doloroso recuerdo de años perdidos en machaqueos estériles y en balbuceos infecundos, salpicados de crueles puniciones.

En cifra, la educación popular fracasó en la Ciudad; y si hubo una pedagogía romana, no es por cierto entre los «pedagogos» donde conviene buscarla, sino entre los gramáticos y rétores, los cuales, guardando las debidas distancias, ofrecieron a la aristocracia y a la burguesía imperiales el equivalente de nuestras enseñanzas segunda y superior.

3. La Enseñanza Formalista del Gramático

Si crédito se presta a los adeptos de aquella pedagogía, engreídos de su saber y de su facundia, sólo un pelo hubiera faltado para que ella realizara el ideal de la perfecta educación y para que condujera por sus pasos contados al soberano bien. «En un banquete —dirá sentenciosamente uno de esos gárrulos, Apuleyo de Madaura, que vivió

[21] Sobre los alfabetos de marfil y de pasta, cf. Quintiliano. I, 1, 25. Acerca del pedagogo contratado por Herodes Ático, Filostrato, *Vit. Soph.*, II, 1, 10.

[22] Vegecio, *De re mil.*, II, 19.

a fines del siglo II—, la primera copa es para la sed, la segunda para la alegría, la tercera para la voluptuosidad, la cuarta para la locura. Al contrario, en los festines de las Musas, más se nos sirve de beber, más gana nuestra alma en sabiduría y en discreción. La primera copa, que la escancia el maestro *(litterator)*, comienza a pulir la rudeza de nuestro espíritu. La segunda copa sírvela el gramático *(grammaticus)*, y nos adorna de conocimientos varios. Al cabo, viene el rétor *(rhetor)*, que pone en nuestras manos la tizona de la elocuencia.»[23] Nadie puede estar más satisfecho de sí mismo que este buen hombre; pero, ¡ay! esas copas estaban muy lejos de los labios, y la realidad no justificaba en modo alguno el lirismo de Apuleyo.

Ante todo, gramáticos y rétores sólo comunicaban su «ciencia» a un público restringido; y, todavía en el siglo segundo de nuestra era, su enseñanza conservaba el carácter de selección que en su comienzo le habían inculcado las desconfianzas de la oligarquía dirigente. Cuando, durante el transcurso del siglo segundo antes de Jesucristo, los Padres conscriptos, cuyas armas y diplomacia estaban a la sazón vueltas contra los griegos, sintieron la necesidad de no dejar a sus hijos en zaga de los súbditos y vasallos a quienes irían a gobernar en lo sucesivo, favorecieron la fundación, en Roma, de escuelas de tipo helenístico, nacidas y competidoras de las que florecían en Oriente, en Atenas, Pérgamo y Rodas; y desearon que en ellas se enseñara, a la manera helénica, todo lo que sabían los griegos más instruídos. Pero al mismo tiempo se dieron cuenta del poder electoral que virtualmente comportaba esta instrucción superior; y, resueltos a no ceder un punto de su monopolio político, ingeniáronse para reservar a su casta las ventajas de la cultura. Los primeros profesores de gramática y de retórica que, con su permiso, se instalaron en Roma, fueron refugiados procedentes de Asia o de Egipto, víctimas de Aristónico y de Ptolomeo Fiscon, que hallaron en la *Urbs* asilo y protección; y todos ellos enseñaron en griego. Más tarde, cuando los itálicos los reemplazaron en sus cargos docentes, estos últimos adoptaron sus métodos y su lengua: en griego y en latín continuaron dando sus lecciones en las clases de gramática, y exclusivamente en griego en las clases de retórica. Hubo, sí, algunas tentativas para romper esa sujeción que era aislamiento y privilegio. Al ocurrir la revolución democrática a la que está unido el nombre de Mario, un cliente de éste, el rétor Plocio Galo, tuvo la osadía de hablar en latín a sus discípulos; y varios años después se publicaba la «retórica a Herennio», que, atestada de ejemplos tomados de la historia más reciente, llena de referencias a los temas entonces debatidos en los comicios, procedía evidentemente del mismo movimiento liberal, concreto y vulgarizador. Mas la oligarquía velaba por sus intereses.

[23] APULEYO, *Florida*, 20.

Nada quería saber de dejarse despojar de su gobierno hereditario: ya que la elocuencia era el arma que dominaba a las asambleas que cada año renovaban sus poderes, quiso que únicamente sus hijos poseyeran el secreto del verbo, y persiguió a los temerarios novadores. La «retórica a Herennio» no prosperó, y nosotros ignoramos e ignoraremos por siempre jamás el nombre de su autor. En cuanto a Lucio Plocio Galo, debió interrumpir sus lecciones por orden de los censores que, en 93 antes de Jesucristo, opinaron que era necesario tornar a los métodos de los antepasados, pues «estas novedades, contrarias a las costumbres y usos de los antiguos, no nos agradan, ni nos parecen buenas.» [24] Para que las escuelas de elocuencia se reabran en Roma, será preciso esperar la dictadura de César, servida por los tratados de Cicerón [25], y el régimen imperial que, bajo los Flavios, subvencionará con sus liberalidades, en la persona de Quintiliano, al más ilustre de los maestros. Pero el hábito ya está adquirido y no se abandonará jamás: la enseñanza de la retórica, aunque ahora se dispense tanto en griego como en latín, sigue siendo patrimonio de una minoría escogida; y, para seleccionar el auditorio, la clase de gramática, que sólo constituye el primer grado, permanecerá bilingüe hasta el término del alto imperio.

Además, la elocuencia, a cuyo conocimiento dirigen sucesivamente sus esfuerzos la gramática y la retórica, hállase ahora vacía de todo contenido substancial. La política había huído de ella al desertar del Foro ante la proximidad de los pretorianos. Las controversias del derecho, día a día más confinadas en los círculos de los especialistas, dejaron de alimentarla cuando el imperio hubo comenzado, con Augusto, y concluído, con Adriano, por absorber la jurisprudencia en sus consejos. Por último, la filosofía y las ciencias matemáticas y naturales, que en la antigüedad griega habían estado ligadas a la elocuencia, sólo gozaban en sus países de orígen, especialmente en el Museo de Alejandría y en Atenas, de las generosidades de Trajano y de Adriano. En Roma, de donde Vespasiano desterró a los filósofos, a quienes en todo el imperio excluyó de los privilegios con que rétores y gramáticos fueron por él mismo recompensados [26], los estudios filosóficos nunca habían podido librarse de la vieja interdicción contra ellos decretada por el Senado en 161 antes de nuestra era, y que la Alta Asamblea renovó en 153 antes de Jesucristo, expulsando juntamente al académico Carneades, al estoico Diógenes y al peripatético Critolao, sin hacer caso de las inmunidades

[24] AULO GELIO, XV, 11.

[25] Consultar mi *César*, p. 974, y los tratados de Cicerón.

[26] Sobre la política «intelectual» de Vespasiano, cf. la inscripción de Pérgamo, publicada por HERTZOG en *Sitzungsberichte der Preussischen Akademie*, phil. his. Klasse XXXII (1935), pp. 967-1910, y comentada por ATTILIO LEVI en *Romana*, 1937, pp. 361-367.

diplomáticas que a éstos protegían [27]. La filosofía jamás dejó de provocar en la *Urbs* suspicaces y burlonas prevenciones [28]; y, para dedicarse a ella en otra forma que no fuera la conversación amistosa, las conferencias ocasionales y privadas o las meditaciones solitarias en torre de marfil, el ciudadano, de ordinario, no tenía más remedio que elegir entre dos partidos: o disponer de una fortuna suficiente para mantener a su costa un maestro en su casa, o expatriarse a una de esas ciudades lejanas donde los filósofos estaban autorizados para exponer sus especulaciones al aire libre. Los sistemas físicos y metafísicos ya no eran materia de cursos públicos y regulares, como no lo eran la política y la historia. De esta suerte, la elocuencia, privada del pensamiento y de la ciencia puras, estando asimismo alejada de la acción, caía en un círculo agotador e infecundo de ejercicios literarios y de técnica verbal. Así, a pesar del favor que los estudios preparatorios de gramática y retórica hallaban en la juventud acomodada, no obstante la protección que les brindaban los emperadores, a despecho del sitio de honor que ocupaban en la Ciudad, donde César les había señalado las *tabernæ* de su Foro y Trajano un hemiciclo del suyo [29], los aludidos estudios fueron esterilizados por el formalismo incurable al que la propia elocuencia había sido reducida.

Comenzaban los jóvenes a recibir las lecciones del gramático a una edad que, por supuesto, variaba según sus aptitudes y la condición de sus familias; la cual edad, como lo testimonian diversas inscripciones funerarias de los primeros siglos de nuestra era, solía rebajarse considerablemente a raíz de la inquietante precocidad de los niños prodigios [30]. Con él iban a iniciarse en la literatura, o, mejor dicho, en las dos literaturas que el *grammaticus* enseñaba; en las clases de éste, en efecto, la literatura griega marchaba a la par con la latina, cuando no le sobrepujaba. En un libro reciente, sin duda muy laudable, sobre *San Agustín y el fin de la cultura antigua,* el señor Marrou ha creído observar, a partir de Quintiliano, indicios de debilitación del helenismo en la cultura romana [31]; pero tengo la certeza de que el autor ha sido víctima del punto de vista en que su tema, que gira en torno a la personalidad del Santo Doctor, le ha necesariamente colocado; y mucho

[27] SUETONIO, *De gramm.*, 1, 2; y *Rhet.*, 1.

[28] Un buen ejemplo del ridículo a que se exponían frecuentemente los filósofos lo constituye la parodia escatológica de la enseñanza de los «Siete Sabios», que aparece en las pinturas de las termas recientemente escombradas en Ostia (cf. *supra*, p. 75, n. 36).

[29] Cf. mi *César*, pp. 974-975, y el artículo de MARROU en los *Mélanges de Rome*, año 1933.

[30] Sobre los niños prodigios de la Roma imperial, cf. MARROU, Μουσικὸς ἀνήρ, París, 1937, pp. 196-207.

[31] MARROU, *Saint-Agustin et la fin de la culture antique*, París, 1937, capítulo II.

me temo que Marrou haya extendido indebidamente a Italia conclusiones sólo valederas para el África de Agustín, nacido en Tagaste, educado en Madaura y en Cartago y muerto obispo de Hipona. En contra de su opinión, fácil es invocar toda una serie de hechos que la desmienten en la Roma del siglo segundo de nuestra era: la afectada inclinación al griego de las «bellas» ridiculizadas por Juvenal y Marcial [32]; los éxitos logrados durante todo el curso del referido siglo, tanto en Galia como en Italia, por los rétores griegos ambulantes, de los que Luciano constituye el tipo más original [33]; la publicación, en lengua griega, de tratados compuestos por diferentes «filósofos», desde Musonio Rufo hasta Favorino de Arlés; los epigramas griegos del emperador Adriano y los *Pensamientos* de Marco Aurelio; en fin, y sobre todo, la persistencia del griego en la liturgia y en la apologética de los cristianos de Roma, cuya Iglesia sólo adoptó el latín después de la formidable conmoción que hacia mediados del siglo III disoció el Imperio e hizo vacilar los fundamentos de la civilización antigua [34]. Extraño sería que el griego hubiera decaído en Roma en época que, para darle cabida en todos los géneros, se eclipsaba en Italia la literatura latina. Además, las propias inscripciones dan fe de su activo empleo en la enseñanza, desde el epitafio del joven Quinto Sulpicio Máximo, fallecido a los once años, tras de haber ganado, contra cincuenta y dos competidores, el premio de poesía griega en los juegos capitolinos de 94 después de Jesucristo [35], hasta el del hijo de Delmacio, que, habiendo muerto a la tierna edad de siete años, no había tenido tiempo de seguir el curso de griego y sólo había podido aprender las letras latinas [36]. Los gramáticos romanos, pues, parece que nunca dejaron de basar su enseñanza de la literatura latina sobre la enseñanza de la helénica; casi

[32] Sobre las «helenizantes» del siglo II, cf. MARCIAL, X, 68; JUVENAL, I, 185-196.

[33] Sobre Luciano y sus andanzas como conferenciante, cf. la famosa tesis, antigua, pero no envejecida, de MAURICE CROISET, *Essai sur la vie et les oeuvres de Lucien*.

[34] Sobre la introducción del latín en la iglesia de Roma, en reemplazo del griego, cf. P. MONCEAUX, *Histoire de la littérature chrétienne*, p. 42; PUECH, *Histoire de la littérature grecque chrétienne*, t. II, p. 8. Sobre la «Edad Media» de mediados del siglo tercero después de Jesucristo, cf. las hermosas páginas iniciales del manual de *Critique verbale* de LOUIS HAVET. Contrariamente a lo que ocurría en Roma, el África romana sólo estaba helenizada en forma muy superficial: cf. el libro de THIELING, *Der Hellenismus in Kleinafrika*, Leipzig-Berlín, 1911. Por otra parte, fácil sería demostrar que en la liturgia de los judíos de Roma, así como en la de los dionisíacos de Terra Nova, se usaba la lengua griega (ver para los primeros el *Recueil* de FREY, y para los segundos VOGLIANO y CUMONT, *American Journal of Arch.*, 1933, pp. 215 y siguientes).

[35] Sobre Quinto Sulpicio Máximo, cf. *I. G.*, XIV, 2.012.

[36] Sobre el hijo de Delmacio, cf. *C. I. L.*, VI, 33.929. Otro ejemplo: *C. I. L.*, XI, 6.435.

de igual manera que, en nuestros colegios del Antiguo Régimen, el estudio del francés siempre estuvo fundado en el del latín.

Con tal sistema de enseñanza, es evidente que lo que las lecciones del gramático perdían en actualidad palpitante, hubieran podido

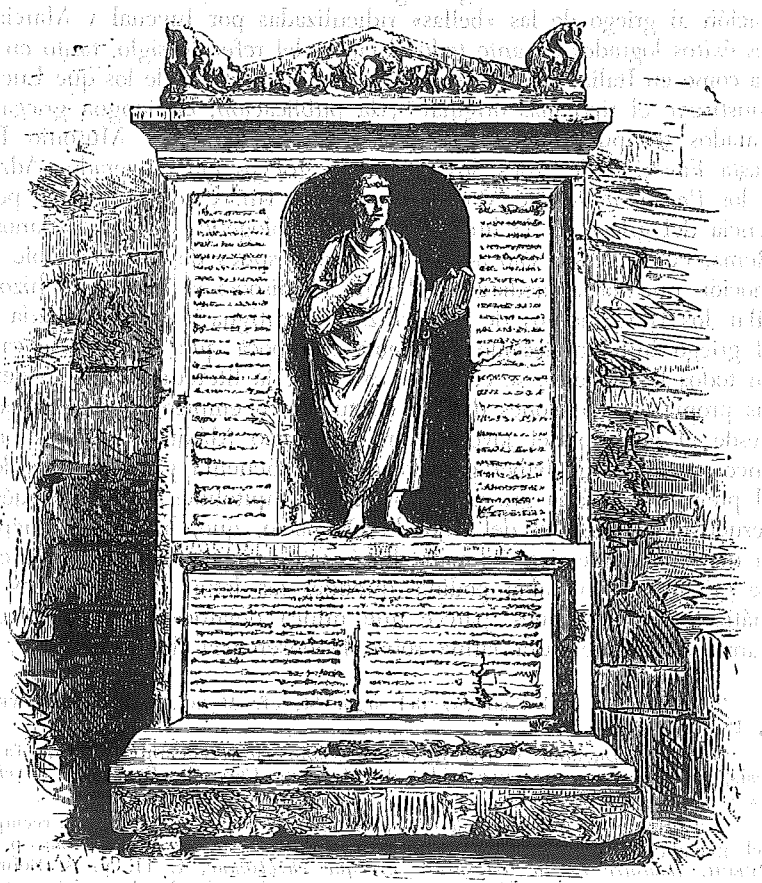


Fig. 55. — Estela sepulcral del niño Quinto Sulpicio Máximo. (Palacio de los Conservadores, Roma).

ganarlo en variedad. En efecto, mientras en el *ludus litterarius* el saber del *magister* se contenía en un solo libro, un ejemplar de las Doce Tablas donde los alumnos deletreaban las palabras antes de ensayarse a copiarlas, el *grammaticus* disponía de una doble biblioteca. En ésta, empero, los volúmenes estaban muy desigualmente distribuídos, con un sensible predominio de las obras extranjeras y una preeminencia

aplastante otorgada a la antigüedad. Si Homero, los trágicos, los cómicos, sobre todo Menandro, los líricos y Esopo le proporcionaban abundante copia de textos griegos, durante largo tiempo el gramático limitó su selección de autores latinos a los poetas de las primeras generaciones: Livio Andrónico, Ennio, Tereneio; y se preciaba de explicar en griego esos escritores cuyas obras eran, más o menos, adaptaciones de obras helénicas [37]. Hubo que esperar el último cuarto del siglo primero antes de nuestra era, para que un liberto de Ático, Quinto Cecilio Epirota, decidiera realizar, en la clase de gramática que a la sazón dirigía, dos revoluciones a la vez: osó hablar en latín y conceder el honor de sus lecciones a los autores latinos, o aún vivos, o desaparecidos poco hacía, Virgilio y Cicerón [38]. Tras él, su audacia fué tímidamente imitada; y en los dos primeros siglos del imperio pudo verse como, una o dos generaciones después de la muerte de un escritor ilustre, sus obras iban entrando poco a poco en los programas de gramática, donde fueron sucesivamente a inscribirse, en prosa, los tratados de Séneca, en verso, las *Epístolas* de Horacio, los *Fastos* de Ovidio, la *Farsalia* de Lucano y la *Tebaida* de Estacio.

Fig. 56. — **Joven leyendo un «volumen».** (Relieve de un sarcófago; cf. MAZOIS, *Palais de Scaurus*, pl. 8, p. 292).

Pero esas intermitentes tentativas de rejuvenecimiento no bastaron para modificar el carácter fundamental de una enseñanza que puede muy bien calificarse de «clásica», puesto que se aferraba cada vez más a la tradición de los textos ya consagrados; y es probable que tal clasicismo fuera fortalecido cuando, durante el reinado de Adriano, el reflorecimiento del aticismo, al que nos hacen asistir múltiples estatuas y bajos relieves de fría elegancia, debió acompañarse de un retorno del gusto literario al arcaísmo que preconizaba aquel emperador, muy culto, es cierto, pero más partidario de Catón Censorino y de Ennio que de Virgilio y de Cicerón. Con mayor o menor intensidad, según las circunstancias, la escuela de gramática de Roma dirigió siempre su mirada hacia lo pasado. El latín que en ella se estudiaba jamás fué, hablando con propiedad, una lengua viva. Como el griego al cual estaba

[37] Para conocer en detalle esta cuestión, recomiendo consultar mi breve artículo del *Bulletin de la Société française de Pédagogie*, marzo 1928, pp. 15-19; y los libros de GWYNN y de MARROU anteriormente citados.

[38] Sobre Quinto Cecilio Epirota, cf. *P. W.*, III, c. 1.201.

inseparablemente unido, el latín allí enseñado no era otra cosa, sino el idioma de que los «clásicos» se habían servido para componer sus obras; idioma cuyas formas inmutables habían sido fijadas para siempre por el talento de los grandes autores de lo pasado. De suerte que, en esta orientación puramente libresca de la enseñanza de los *grammatici*, había ya como el principio de una esclerosis, que la vana complicación de sus métodos iba a agravar todavía más.

Consistían éstos, en primer término, en ejercicios de lectura en alta voz y recitaciones de memoria. En vista de la formación aun lejana del futuro orador, la clase de gramática comenzaba por un curso de dicción que, sin duda, pulía el gusto de los alumnos y ampliaba su

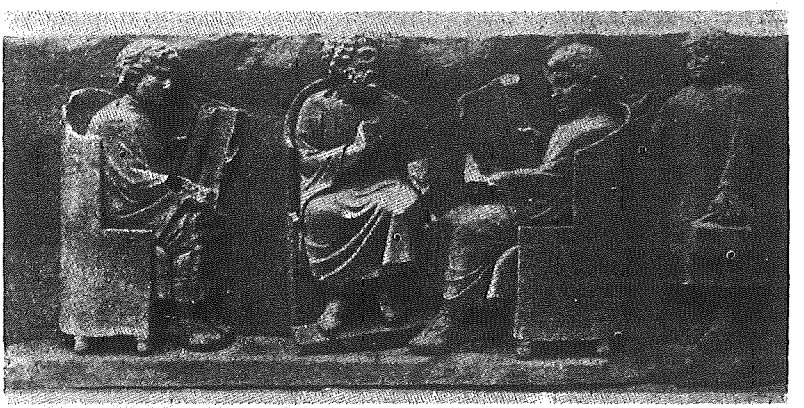


Fig. 57. — Escena escolar. (Museo de Tréveris).

capacidad comprensiva; pero al mismo tiempo desarrollaba en ellos, en perjuicio de su sensibilidad, la tendencia al aspaviento y a las posturas teatrales. Después, el profesor abordaba con sus discípulos la exégesis propiamente dicha. Operación previa e indispensable era la de concertar los textos que tenían entre manos, en los cuales los caprichos de la transmisión manuscrita habían introducido variantes que no conocen las ediciones salidas de los modernos tórculos. Entonces la *emendatio*, que hoy denominaríamos crítica verbal, hacía un llamado a la reflexión de los auditores; y hubiera constituído un ejercicio saludable para sus inteligencias si, perpetuamente mezclada con discusiones sobre las virtudes y los defectos de los pasajes a restituir, no hubiese sido desnaturalizada por los prejuicios estéticos que dirigían y dominaban la operación; la cual, realizada objetivamente, hubiera contribuído a enderezar tanto las discrepancias de los textos como las entendederas de los alumnos. Por último, tendiendo a un juicio general que casi

siempre cerraba las lecciones, se desarrollaba o, por mejor decir, se arrastraba el comentario propiamente dicho, esa *enarratio* cuyos vicios echaran a perder la obra de un Servio.

El gramático despachaba rápidamente el análisis de la obra por él elegida, para luego comenzar su explicación *(explanatio)*, frase por frase, verso por verso, desentrañando con pedante minuciosidad el sentido de cada palabra, definiendo una por una las enredadas figuras a que se prestaban los vocablos, así como los diversos tropos que éstos podían formar: metáfora, metonimia, catacresis, lítote, silepsis. Jamás consideraba el fondo sino secundariamente, haciéndole depender de las palabras que le expresaban. En cierto modo, subordinaba el conocimiento de la realidad a la forma de los enunciados que la dejaban vagamente adivinar entre sus líneas. Sólo por circunloquios y rodeos intervenían en su enseñanza las disciplinas que los romanos llamaban «artes liberales»; y éstas, muy lejos de abrazar todas las ramas que constituyen hoy el árbol de la ciencia, sólo comprendían los elementos del superficial saber que los griegos identificaban con la ἐγκύκλιος παιδεία, esto es, no la educación enciclopédica, sino la educación normal, corriente, y que, sin grandes mudanzas, la antigüedad legó a la Edad Media. El gramático romano tocaba todo sin profundizar nada, y los alumnos, a su vez, no hacían más que rozar a la ligera los conocimientos implicados en su literatura: la mitología indispensable para la inteligencia de las leyendas poéticas; la música, en cuanto de ella dependía el metro de las odas o de los coros; la geografía, cuando se trataba de seguir a Odiseo en las tribulaciones de su retorno; la historia, sin la cual más de un paso de la *Eneida* hubiera quedado en cifra; la astronomía, desde que se levantaba o se ponía una estrella en la cadencia de un verso; la matemática, en la medida en que ésta condicionaba la música y la astronomía. Cegados por su excesivo sentido práctico, en busca de utilidades inmediatas, no veían los romanos los fecundos beneficios que a la larga rinde la investigación desinteresada; no comprendían su valor; no sentían su atractivo. Coleccionaban las fórmulas a las cuales ésta había llegado antes que ellos, y tomaban la ciencia tal cual la encontraban en sus libros, sin experimentar la necesidad de acrecerla ni de verificarla. Sea ejemplo: el Pico de la Mirandola de la antigüedad romana, el rey Juba II, que había sido educado en la casa de Octavia, y cuyos dominios de Mauritania estaban plagados de manadas de elefantes, prefirió, en lugar de verlos con sus propios

Fig. 58. — Juba II, rey de Mauritania. (Piedra grabada del Gabinete de Francia).

ojos, conocer esos paquidermos a través de las pueriles descripciones que hallaba en sus lecturas y que luego reprodujo en sus escritos. Y lo mismo confirmará otro ejemplo: cincuenta años antes de Juba, Salustio, nombrado por César para el gobierno de la nueva provincia de África, desdeñó en forma tal informarse acerca de las ciudades que no obedecían a su autoridad, que teniendo, en su *De bello Iugurthino*, que localizar a Cirta, la futura Constantina y la ex capital de los númidas, que acababa de ser declarada colonia autónoma, el historiador, tranquilamente, la situó... «no lejos de la mar.»[39]

Si tamaña era en Roma la apatía de los hombres más conspicuos, compréndese que la opinión pública no haya reaccionado contra un sistema de educación que relegaba la ciencia al papel de sierva de la literatura, en el sentido que la Edad Media hizo, de la filosofía, la humilde esclava de la teología. Sin duda, nada ha contribuído tanto a agotar la savia de la enseñanza de los romanos como esa subordinación insensata, si no es el huero objetivo que asignaban a la propia literatura, al pedirle que formara únicamente oradores en una época en que el arte oratoria ya no tenía ninguna razón de ser.

4. La Retórica Irreal

Pues, como dice Tácito, la alta elocuencia *(magna eloquentia)*, la verdadera elocuencia, aquella que si es necesario se mofa de la elocuencia, «es semejante a la llama: exige materiales que la alimenten, con el movimiento se aviva y cuando la enardecen brilla con mayor intensidad;»[40] y, lo mismo que la llama se apaga cuando el aire llega a faltarle, la elocuencia se extingue cuando perece la libertad. Ahora bien, toda la historia que pudo conocer Tácito confirmaba su aserto; y la oratoria no logró sobrevivir en Roma a la disolución de las asambleas, como antes, entre los griegos, al advenimiento del despotismo en los Estados de los Diádocos. Antiguamente, el maestro de Alejandro, Aristóteles, al distinguir tres géneros de elocuencia, según que el orador se propusiera hacer tomar una decisión al auditorio, o que justificara una resolución anteriormente adoptada, o que se contentara con relatos o elogios indiferentes para la marcha de los negocios y la conducta de los hombres; al distinguir en tal orden tres géneros de elocuencia, digo otra vez, el Estagirita había reconocido la superioridad del primero sobre el segundo y del segundo sobre el tercero. Al contrario, se ve, en 150 antes de Jesucristo, al rétor Hermágoras invertir este or-

[39] Sobre la «ciencia» de Juba II, cf. Gsell, *Histoire ancienne de l'Afrique*, t. VIII, pp. 262-263. Sobre Cirta, cf. Salustio, *De Bell. Iug.*, XXI, 2. Acerca de la actitud negativa de la antigüedad con respecto a la ciencia positiva, cf., en último término, P. M. Schuhl, *Machinisme et philosophie*, París, 1938, p. 1 y siguientes.

[40] Tácito, *Dial. de Or.*, XXXVI, 1.

den de valores y asignar el primer puesto al género que él llamaba «epidíctico», es decir, a la pura elocuencia de aparato, tanto más valiosa, a su juicio, cuanto que, moviéndose en un plano autónomo e irreal, esa oratoria implica, en su ostentosa arrogancia, una suerte de teoría del arte por el arte, en un terreno donde tal doctrina es de todo punto insostenible [41]. Consciente o incoscientemente, Hermágoras había recogido el fruto de la revolución acontecida en los reinos helenísticos; y los romanos aceptaron de buen grado su paradójico criterio cuando se habituaron a un régimen político, parecido al de los *Basileis*, en el que la soberanía del *imperator* absorbía la República entera. Catón el Antiguo, identificando el orador con el hombre de bien, hábil en hacer prevalecer el bien que piensa *(vir bonus et dicendi peritus)*, había subordinado la oratoria a la acción. Menos de una generación después, los romanos aceptaban sin protestas los tratados de retórica griega, en los que la oratoria aparecía alejada de la acción; y cuando César húboles sometido a su monarquía, consumóse definitivamente un divorcio que condenó a la elocuencia enseñada en las escuelas a agitarse en el vacío con una inútil máquina de recetas estereotipadas y de insubstancial parloteo.

Invariablemente, los profesores de retórica dividían la composición de todos los discursos en seis partes, desde el exordio hasta la peroración. Después analizaban las diferentes combinaciones a las cuales podían aquéllas eventualmente prestarse. En seguida hacían ejecutar a los alumnos los ejercicios que tenían por objeto alcanzar la perfección en cada una de las seis partes de la pieza oratoria; verbigracia: la narración, la sentencia, la *chria*, la etopeya o descripción de los caracteres, la tesis, la discusión y otros ejercicios tan varios como inservibles [42]. Habían previsto hasta los más menudos detalles, y sus cursos se desarrollaban según normas intangibles, en progresión invariable, con ritmo casi automático. ¿No creerían sinceramente, acaso, en la infalibilidad de las recetas que poseían para fabricar oradores *(fiunt oratores)*? ¿No estarían convencidos de que con sólo ejercitar a sus alumnos en aquellas acrobacias verbales les harían adquirir a todos, sin excepción, la facundia de un Demóstenes o de un Marco Tulio? Nada es tan característico, quizá, de aquel mezquino y a la vez presumido método retórico como la *chria*, esa declinación no de las palabras, sino del pensamiento, o, más bien, de las proposiciones que le expresaban bajo los auspicios de una alta autoridad, como si la máxima de un sabio cobrara vigor y riqueza con la variedad de los casos y de los números por los que la hacían pasar infatigablemente:

[41] Sobre Hermágoras, cf. *P. W.*, VIII, c. 693-695.

[42] Todavía puede consultarse con grandísimo provecho el viejo libro de E. JULLIEN, *Les professeurs de Littérature dans l'ancienne Rome*, París, 1885, en especial los capítulos VI-VIII.

Marco Porcio Catón dijo que los principios de la ciencia son amargos.

A Marco Porcio Catón pertenece la máxima que dice que amargos son de la ciencia los principios.

La ciencia tiene amargos principios: tal es el parecer de Marco Porcio Catón.

Afirman los Marcos Porcios Catones que de las ciencias los principios son amargos.

Etcétera, etcétera, etcétera.

También el señor Jourdain, para iniciarse en el arte oratoria, será invitado a ejecutar interminables variaciones sobre el tema de la *chria* propuesta por su profesor: «Bella marquesa, vuestros hermosos ojos me hacen morir de amor. De amor, hermosa marquesa, vuestros bellos ojos hácenme morir. Etcétera...» [43] Con la diferencia de que Molière quiso ridiculizar al señor Jourdain y a su maestro de bellas letras, mientras que ningún rétor, en la Roma de los siglos I y II después de Jesucristo, ni por pienso se burló de las *chriæ*, cuyos pedestres enunciados nos han transmitido, muy solemnemente, Suetonio primero y Diomedes después [44]; sin contar con que Quintiliano aconseja su práctica en sus *Instituciones Oratorias* [45].

En fin, el profesor de retórica, cuando juzgaba a sus alumnos suficientemente familiarizados con todas las vueltas y revueltas de ese ingenuo psitacismo, les exigía poner a prueba sus talentos en arengas recitadas en público: *causæ*. Durante el Imperio, los ensayos oratorios perdieron ese título, que aun llevaban en tiempo de Cicerón y del cual se ha derivado la voz española «cosas». Ya se tratara de *suasoriæ*, en las cuales eran discutidos casos de conciencia más o menos escabrosos, ya de *controversiæ*, que consistían ora en alegatos, ora en requerimientos ficticios, esos ensayos nunca fueron sino declamaciones: *declamationes*, con el matiz peyorativo que entonces cobró el término y todavía conserva. Por cierto, si los maestros hubiesen sabido o podido despojarse de sus manías, esas pruebas hubieran logrado restablecer el contacto entre sus escuelas y la realidad concreta. Pero, al contrario, parecía que los rétores huían ex profeso de la vida, y cuanto más inverosímil y más descabellada era una materia, tanto mayor gusto alcanzaban en desarrollarla. Es que, en el origen, el *grammaticus* y el *rhetor* habían sido una sola y misma cosa [46]. Más tarde, sus escuelas habíanse disociado, pero jamás se borró de ellas la marca de su unidad primera. El gramático

[43] MOLIÈRE, *Le Bourgeois Gentilhomme*, acto II, escena IV. (*Nota del traductor*).

[44] SUETONIO, *De rhet.*, II, 11; DIOMEDES, *De declinatione exercitationis chriarum*, I, 310 Keil.

[45] QUINTILIANO, I, 9, 3.

[46] SUETONIO, *De gramm.*, 5: *veteres grammatici et rhetoricam docebant.*

abría camino a las lecciones del rétor. Y a su vez, éstas recorrían el mismo círculo de ideas y de imágenes que había andado el gramático. ¡Ya podía el alumno cambiar de clase! La enseñanza no mudaba de espíritu, y en todos lados seguía siendo esclavo de una literatura artificial y prisionero de un cerrado clasicismo.

Por ejemplo: en lugar de abordar los problemas de su tiempo, los temas de *suasoriæ* que Séneca el Padre señalaba a sus alumnos, siempre, invariablemente, se referían a lo pasado, y, a menudo, a un pasado tan extraño como remoto. Los más recientes de que tengamos noticia están tomados de episodios quiméricos de las últimas semanas de la vida de Cicerón: aquí es el vacilar de Marco Tulio sobre si solicitará o no la gracia de Antonio; y allá su mucho cavilar sobre si se allanará, para obtenerla, a quemar sus obras [47]. En todos los demás casos, los episodios de la historia romana son abandonados en beneficio de la historia griega: Alejandro Magno devánase los sesos para saber ya si le conviene o no navegar por el océano Índico, ya si debe o no debe entrar en Babilonia a despecho de los oráculos; los atenienses deliberan sobre si se someterán al ultimátum de Jerjes; los trescientos espartanos de Leónidas, si se harán despedazar hasta el postrero para estorbar el paso del Persa en las Termópilas. Pero ocurre también que esas viejas y peregrinas situaciones parecen aún demasiado recientes y vulgares. Entonces el rétor, hundiéndose en lo pasado, cuyo camino gusta desandar hasta las brumas de la leyenda, da a componer a sus alumnos el discurso donde el atribulado Agamenón, rey de los melenudos acaienos, se pregunta si, para asegurar a su flota el socorro de vientos favorables, obedecerá al profético mandato de Calcas y sacrificará a su hija Ifigenia.

Lo dicho basta para advertir al facticio contenido de las *suasoriæ*. En cuanto a las *controversiæ*, que hubieran debido preparar al abogado para el ejercicio de su profesión, se apartaban premeditadamente de los sucesos de la vida cotidiana y se perdían en un mundo fantástico de supuestos imposibles y de casos monstruosos. Los argumentos extraídos por Suetonio de los antiguos manuales están ya viciados por esa mórbida inclinación hacia lo excepcional y hacia lo extravagante. En uno de esos procesos irrisorios aparecen unos azotacalles que van, cierto día de verano, a gozar de la brisa marina a la playa de Ostia. Allí convienen, con un pescador que encuentran, en la compra de su redada. Echa el pescador la nasa, la retira, y, por la más maravillosa de las casualidades, sale cogido en ella un hermoso lingote de oro, cuya

[47] Son las suasorias VI y VII, famosas en las letras españolas por haber sido magníficamente traducidas y aún mejor añadidas por don Francisco de Quevedo Villegas, cuyas declamaciones muestran lo que un genio puede sacar de un baladí ejercicio retórico. (*Nota del traductor*).

propiedad reivindican los tunantes sin añadir un mal céntimo al ruin precio convenido de antemano. Otro proceso muestra a un tratante en esclavos que, para substraer del impuesto aduanero al más precioso ejemplar de su rebaño, resuelve, al desembarcar en Brindis, disfrazar a un garrido mozo con la toga pretexta, que es el vestido de los jóvenes ciudadanos. Y se arma la de Dios es Cristo, porque el togado muchacho, en llegando a Roma, no quiere quitarse su disfraz y sostiene *mordicus* haberle recibido en señal de liberación definitiva [48].

Pero esos dos casos judiciales, aunque exóticos, conceden a la verosimilitud un pequeño lugar, que le es sistemáticamente negado en las *controversiæ* con tanta minuciosidad desarrolladas por Séneca el Padre. En lugar de ajustar las pruebas que deben rendir sus alumnos a la índole de los procesos de su época, el rétor se ingenia para acumular en ellas anacronismos e inverosimilitudes sin cuento. Jamás los esquemas de sus «controversias» se adaptan al derecho civil romano. Al contrario, Séneca utiliza, para trazarlos, sucesos a veces imaginarios, casi siempre deformados, manidos y torcidos a voluntad, que el rétor acomoda, contra toda lógica, a legislaciones remotas y extinguidas, cuando no fabricadas de pies a cabeza en su bufete. De arte que, entre los temas referidos por Marco Séneca, sólo he podido hallar uno que estuviera fundado, sin alteraciones sensibles, en un testimonio auténtico de los anales latinos: la acusación de majestad llevada contra Lucio Quincio Flaminino, culpable, cuando mandaba en Galia, de haber ordenado durante un banquete, para satisfacer el capricho de su coima, que se rebanara en su presencia la testa de un prisionero. Todos los demás argumentos violan descaradamente la verdad, como se echará de ver en este ejemplo: sabido es que, cuando las proscripciones de 43 antes de Jesucristo, Cicerón fué ejecutado por la mano de un tal Popilio Lenas. Con anterioridad, el gran orador, en su carácter de abogado, había defendido los intereses de éste en un asunto probablemente civil, pero a buen seguro insignificante, puesto que ninguno de los textos llegados hasta nosotros se ha detenido a precisar su naturaleza. El rétor aprovecha la coincidencia, mas como la ingratitud que ella revela no es a su juicio bastante infame, recarga las tintas como mejor le place y dicta tranquilamente a sus auditores este tema: «Popilio, acusado de parricidio, es defendido por Cicerón y absuelto. En seguida, Cicerón, proscrito por Antonio, es asesinado por Popilio. Sostener contra Popilio una acusación por malas costumbres.» Como en este caso particular la *actio de moribus* es inaplicable, resulta evidente que la acción ha sido fraguada con el solo objeto de responder a las exigencias del ejercicio

[48] SUETONIO, *Rhet.*, I.

retórico [49]; por último, nadie ha testimoniado jamás que Popilio Lenas hubiera cometido otro crimen que el asesinato legal de Cicerón. ¿Qué queda descalabrado el derecho y profanada la historia? Pues al rétor no se le da un ardite si, mediante sus deliberados errores, ha conseguido dar fuerza a la arenga que pide a sus alumnos.

En el ejemplo citado, Séneca ha consentido, a lo menos, colocar su tema en un escenario romano. Ordinariamente prefiere darle un carácter exótico y transportar a sus discípulos a países lejanos. Entonces va a recoger a la Grecia antigua anécdotas que, por añadidura, él mismo se encarga de sazonar a trochemoche. Supone, pongo por caso, que una vieja ley de Élida, por él solo conocida, prescribía cortar las manos de los sacrílegos, e inventa, en plena fábula, la controversia siguiente: los habitantes de Élida habían pedido a los atenienses que les prestaran a Fidias, para que esculpiera la estatua que pensaban dedicar a Júpiter Olímpico. Remitióles Atenas el artista, con condición de que le sería devuelto el escultor o le pagarían cien talentos. Acabado que hubo Fidias su obra, dijeron los elidenses que éste había distraído en su provecho una parte del oro destinado a la estatua divina; por tanto, le aplicaron la ley del sacrilegio y le enviaron de vuelta a Atenas con las manos cercenadas. Y, entre el abogado de Atenas, que reclama los cien talentos, y el abogado de Elis, que los niega, se entabla la controversia. En otra, el rétor mezcla, en sus arrevesadas ficciones, la biografía de Ifícrates con la de Cimón, hijo de Milcíades; y más adelante propone a sus alumnos —con el objeto de ofrecerles un argumento que mueva a espanto y a piedad, aunque para ello tenga que desbaratar toda la cronología— una increíble acusación contra el pintor Parrasios, el cual, indebidamente transformado en un infame verdugo, habría dado tortura a su modelo, un vencido de Olinto reducido a la esclavitud, a fin de expresar con mayor realismo los sufrimientos de Prometeo, en un cuadro que el artista destinaba al templo de Atenea.

Por otra parte, si el maestro de retórica renuncia falsificar la historia, es para componer pequeñas novelas policiales con personajes truculentos y peripecias cinematográficas. En su escuela sólo se oyen ruidos de tiranías y conspiraciones, de secuestros y reconocimientos, de horrores y obscenidades. Un celoso marido inculpa a su mujer de adulterio, porque un rico mercader del lugar hala instituído heredera en homenaje a su virtud. Propónese un padre desheredar a su hijo, porque éste no se deja seducir por las perspectivas de un matrimonio ventajoso y quiere conservar como esposa a la hija de un bandolero, con la que se había casado después de haber, gracias a ella, salvado su vida y reconquistado su libertad. Un soldado, tan impío como valeroso, roba

[49] Sobre esta pretendida *actio de moribus*, cf. MOMMSEN, *Droit pénal*, III, p. 88.

las armas del trofeo que adorna una tumba situada junto al campo de batalla, no llevado de mal propósito, sino para poder combatir mejor pertrechado. Una virgen es raptada, gózanla sus raptores, oblíganla a prostituirse; pero luego, hastiada del infando tráfico, mata a un rufián que la requiere, huye de la ramería y, habiendo recobrado la libertad, aunque no la doncellez, logra finalmente entrar como sacerdotisa en un santuario.

¡Y cómo presumían de sus novelerías los maestros de retórica! Obsesos por la busca del efecto, se vanagloriaban de alcanzarle por cualquier medio; tanto mejor cuanto más inverosímiles y enredados eran los episodios que imaginaban y cuanto más se salían de la realidad los personajes de sus creaciones. Como juzgaban el valor de un discurso por el número y la gravedad de las dificultades vencidas, levantaban hasta los cuernos de la Luna la elocuencia que lograba demostrar lo insostenible (*materias inopinabiles*) y al orador, digámoslo así, que con su labia era capaz de sacar pelotas de una alcuza. ¡Favorino de Arlés, bajo Adriano, encendía de entusiasmo a sus oyentes haciendo el panegírico de Tersites y la apología de la fiebre cuartana! En resolución, confundían constantemente el arte con el artificio y la originalidad con la falta de natural; y, si bien se piensa, parece que aquellos famosos rétores casi no servían nada más que para formar payasos y papagayos. Cierto es que ha habido entre nosotros, y no ayer, críticos dispuestos a defender sus métodos «hasta cierto punto», alegando la especiosa argumentación de que como aquella pedagogía se orientaba en otro sentido que la nuestra, dirigiéndose únicamente a promover la inventiva de los alumnos, sus adalides pensaban con razón, como dice Aulo Gelio, que cuanto más absurdo era un tema, tanto mayor mérito cabía al alumno que le abordaba [50]. Pero lo que es realmente absurdo es este atravesado concepto [51]; y así fué juzgado por los últimos grandes escritores latinos.

Séneca reprueba una enseñanza que no prepara hombres para la vida, sino solamente alumnos para la escuela: *non vitæ sed scholæ discimus* [52]. Petronio, en la primera página de su novela, se burla del runrún de frases henchidas y ampulosas que se escucha en las aulas de su tiempo [53]. Tácito comprueba con tristeza que «los tiranicidios, los remedios contra las pestes, los incestos cometidos por infames madres, todos los temas, en suma, que se discuten a golpes de sonorosas frases en las escuelas, nada tienen que ver con el Foro, constituyendo ta-

[50] AULO GELIO, XVII, 12.

[51] *Contra*, MARROU, *Saint-Agustin et la fin de la culture antique*, pp. 53-54. En cambio DERATANI (*Rev. Phil.*, 1929, pp. 184-189) opina que «para hallar alguna realidad en las declamaciones es preciso servirse de una lupa».

[52] SÉNECA, *Ep.*, 106, 12.

[53] PETRONIO, *Sat.*, 1.

les énfasis un desafío a la verdad.»[54] Juvenal escarnece a esos pretendidos oradores, «en los cuales nada late bajo la tetilla izquierda», esos bodoques, «rocines de Arcadia que atiborran la cabeza de sus alumnos con las hazañas de Aníbal y las arengas que les hacen pronunciar todos los días», esos infelices maestros que acabarán muriendo por el hastío de discursos mil veces repetidos[55]. No seamos más papistas que el papa, quiero decir, más romanos que los propios romanos. No intentemos rehabilitar un sistema educativo, cuyo disparatado pedantismo fué condenado por los hombres más ilustres de Roma.

Por cierto, si sólo se citan de pasada, como acabo de hacerlo, algunas de esas artificiosas extravagancias, el lector quizá las mire con indiferente desdén. Pero si se leen meditadamente y una por una en el tratado de Marco Séneca, no es posible evitar una honda sensación de desabrimiento y de tedio. Y si se considera que sobre métodos tan pobres y monótonos, sobre exageraciones tan afectadas y lastimosas, sobre elementos tan falsos y deleznables se basaba, en definitiva, la educación superior romana, no puede menos de sentirse inquietud por las letras latinas, que, hacia la mitad del siglo segundo de nuestra era, sucumben de exceso de hojarasca literaria. Entonces se tiembla por la suerte de una civilización cuya decrepitud presagian esas penosas excentricidades. Y espanta el pensar la inanición a que está condenada la flor de la juventud, que no tiene otro alimento espiritual sino la carne averiada y fofa que le ofrece la chochez de sus Salomones. Por temor al dictado de ignorante, por ambición de sorprender y deslumbrar, reemplazábase el pensamiento con la memoria; la voz humana, con gritos teatrales y exclamaciones reguladas de antemano; la sinceridad, con la afectación; lo natural, con contorsiones y gestos artificiosos, que ni siquiera tenían el mérito de la novedad. Por una pasión enfermiza a lo insólito y a lo extraordinario, el sentido común era una tacha; la realidad cotidiana, una fruslería inútil; el espectáculo del mundo, un cuadro grosero indigno de mirarse. Mas ya la vida se vengaba implacablemente de sus renegados, y los romanos comenzaban a cansarse de las tonterías que oían en la escuela. Los más positivos confundían con el drama original la parodia de cuya representación salían disgustados y resueltos a dudar y a burlarse de todo, como Luciano. O se desentendían, como el vulgo, de todas las formas de cultura, limitando su horizonte a la inmediata satisfacción de sus necesidades y de sus vicios[56]. Los más curiosos y los

[54] TÁCITO, *Dial. de Or.*, XXXV, 4-5.

[55] JUVENAL, VII, 150 y siguientes.

[56] Sobre el bajo materialismo que atestiguan decenas de epitafios, cf. las noticias epigráficas de BRELICH, *Aspetti della morte nelle iscrizioni sepolcrali dell'impero romano*, Budapest, 1937, p. 50 y siguientes.

más nobles, engañados, mas no desalentados, iban a buscar en las religiones de salvación una respuesta a los interrogantes que la realidad misteriosa planteaba a las inteligencias, un calmante para las inquietudes del alma, que no habían podido hallar ni en la ciencia abortada ni en la literatura huera de gramáticos y rétores.

5. Decadencia de la Religión Tradicional

Un gran hecho espiritual domina, en efecto, la historia del imperio: el advenimiento de una religión personal, consecutivo a la conquista de Roma por el misticismo de Levante. Sin duda alguna, el Panteón romano subsiste, inmutable en apariencia, y las ceremonias que desde hace siglos se realizan en las fechas señaladas por los pontífices en su calendario sagrado, continúan cumpliéndose según la costumbre de los antepasados. Mas el espíritu de los hombres ha desertado de él. Conserva sus ministros, pero es seguro que ya no tiene fieles. Con sus dioses indistintos y sus mitos incoloros, meras afabulaciones sugeridas por los detalles de la topografía latina o pobres calcos de las aventuras que corren los Olímpicos en la epopeya de los griegos; con sus oraciones formuladas en estilo escribanil y secas como carne momia; con su falta de inquietud metafísica y su indiferencia frente al valor moral; con la estrechez y la trivialidad de su campo de acción, restringido a los intereses de la Ciudad y al desarrollo de una política concreta y terrena [57], la religión romana helaba los ardores de la fe por su frialdad solemne y su prosaísmo utilitario. Propia a lo sumo para consolar a los soldados de los riesgos de la guerra y a los campesinos de las inclemencias del tiempo, la religión gentil, en la abigarrada Roma del siglo II de nuestra era, había perdido su imperio sobre los corazones.

Por supuesto, el común de las gentes continuaba manifestando su más viva adhesión a las fiestas de los dioses, que subvencionaban pródigamente las arcas del Estado; pero Gaston Boissier peca de exceso de optimismo cuando pondera y celebra la piedad pública. Entre los diversos espectáculos a que concurrían los humildes, aquellas fiestas eran las que más les agradaban, porque «eran las más alegres, las más ruidosas y parecían estar especialmente dedicadas a ellos.» [58] Por tanto, no hay que ilusionarse acerca de los sentimientos que les inspiraban tales celebraciones. En particular, sería imprudente sostener que los romanos adoraban con profunda sinceridad a Anna Perenna, tomando

[57] Sobre este análisis de la religión romana, ver las admirables paginas de Cumont, *Les religions orientales dans le paganisme romain*, París, 1929 pp. 25-27.

[58] Boissier, *La religion romaine d'Auguste aux Antonins*, t. II, pp. 141-142.

como elemento de prueba su afición a las copiosas bebidas y a los bailes que, cada año, acompañaban en las márgenes del Tíber la fiesta de esa vieja diosa latina. Sería tan aventurado como medir hoy la extensión y el fervor del catolicismo de la capital de Francia por la afluencia, la puntualidad y el apetito de los parisienses en la cena de Nochebuena. Empero, no faltan indicios de la constancia con que la burguesía romana, bajo el imperio, sigue cumpliendo sus deberes para con las divinidades reconocidas por el Estado. Por ejemplo, un «conservador» como Juvenal, que se jacta de execrar las supersticiones forasteras, parece a primera vista aferrado con mil almas a la religión nacional, y hasta se podría creer que la ama profundamente cuando se lee el discretísimo comienzo de la sátira duodécima, donde ha pintado, con primorosa frescura, los preparativos de uno de sus sacrificios a la Triada Capitolina:

«Más que el de mi natal grato este día
es para mí, Corvino, y cual si fuera
festivo celebrarlo desearía.
El césped ya las víctimas espera
al numen ofrecidas, e inmolada
será a Juno por mí blanca cordera.
Otra de igual color será llevada
a la que ostenta en el guerrero escudo
la gorgonia cabeza desgreñada.
Mas ya la soga con el cuerno agudo
hiere el novillo, al dios Capitolino
guardado, y mueve la testuz sañudo.
Cierto el toro es feroz, para el divino
templo maduro y en sazón dispuesto
para rociarlo en el altar con vino.
Ya ni el mamar le gusta, y con enhiesto
naciente cuerno hiere al roble duro,
¡oh! si tuviere yo tanto oro presto
como mi afecto es, toro lozano
trajera, más que Hispula gordo y lento;
y no nutrido en prado muy cercano,
sino mostrando el pasto suculento
de las riberas que el Clitumno baña,
en su ardorosa sangre y fuerte aliento.
Robusto brazo exigiría tamaña
cerviz al victimario. Esta mi ofrenda
por el amigo, que de tierra extraña
torna y temblando piensa en tanta horrenda

calamidad como sufrió, y se admira
al verse libre de la mar tremenda.» [59]

Mas releamos atentamente estos versos exquisitos. Su tierno fervor, es evidente, no se eleva a los dioses. Se dirige al paisaje campestre donde se ha de realizar la ofrenda; a los animales domésticos, que Juvenal va a escoger de su rebaño para luego inmolarlos, y cuya belleza aprecia como propietario y como poeta; en fin, y sobre todo, al amigo cuyo inesperado retorno quiere celebrar, y que aspirará de antemano, en esta descripción atrayente y luminosa, el humo del festín al cual ha de asistir como invitado de honor. En cuanto a las divinidades que ocupan el fondo obscuro del cuadro, deben contentarse con una modesta circunlocución, como Minerva, o con su nombre habitual mondo y lirondo, como Juno Reina, o con un vulgar epíteto geográfico, como Júpiter, a quien la sátira llama «dios Capitolino», porque su templo, como mejor sabrá el lector, se levantaba en el Capitolio. Por otra parte, es muy probable que Juvenal no hubiera podido aclarar más las divinas figuras. Los rasgos y atributos de los númenes habíanse esfumado. Para el poeta, los dioses no eran sino entes, filosóficamente hablando; y él desechaba la mitología toda, puesto que ya nadie, como el mismo Juvenal lo testimonia, creía en ella:

«Nadie, a no ser el niño que se baña
de balde [60], cree ya en manes, en infierno,
en Carón, en la Estigia, con su extraña
turba de negras ranas y su eterno
vórtice, y en la barca que allí espera
almas que conducir al hondo averno.» [61]

En el fondo, por lo demás, el escepticismo del satírico era general. Había ganado a los humildes, de los cuales los mejor intencionados manifestaban, deplorándola, la más glacial indiferencia hacia esos dioses romanos que a la sazón tenían «los pies niquelados» (*pedes lanatos*). Era profesado sin vergüenza por las grandes damas (*stolatæ*), a quienes «no se les daba un higo de Júpiter» [62]; siendo asimismo compartido por los más importantes y más «conformistas» contemporáneos

[59] JUVENAL, XII, 1-16.

[60] D. Francisco Díaz Carmona explica así este paso de Juvenal: «Alude a los niños de muy corta edad, los cuales eran admitidos a los baños públicos sin pagar el precio de entrada. Indica así el poeta el general escepticismo que dominaba en la sociedad romana, pues sólo los niños muy pequeños daban crédito a las antiguas tradiciones mitológicas». (*Nota del traductor*).

[61] JUVENAL II, 149-152.

[62] Ver PETRONIO, 44. El equivalente «pies niquelados» por *pedes lanatos* pertenece al Sr. Ernout. En el mismo pasaje, he creído oportuno traducir de otra manera la expresión *nemo Iovem pili facit*.

de Juvenal. Cierto, graves señorones como Tácito y Plinio el Joven cumplían escrupulosamente con las formas de la religión oficial; pero a fe que primero que creyeran en los dioses les habían de sudar los dientes. Pretor durante el gobierno de Domiciano, cónsul y procónsul de Asia bajo Trajano, Tácito, por fuerza, participó activamente en las ceremonias del politeísmo oficial; además, su odio a los judíos era a lo menos tan intenso como el de Juvenal. Esto nos dice su ortodoxia. Pero hay algo que nos hace dudar de ella. Abomina a los judíos, mas no vacila elogiar indirectamente su creencia en «un Dios eterno, supremo, necesariamente inmortal, y cuya imagen no puede ser representada.» De igual modo, en su *Germania,* el gran historiador refleja su admiración hacia la tribu bárbara que no encierra a sus dioses entre

Fig. 59. — «Suovetaurilia». (Museo del Louvre).

los muros de un templo ni los representa con formas humanas por temor de profanar su grandeza, prefiriendo consagrar a su culto las selvas y los bosques de su territorio; tribu que «identifica con la divinidad misma esas misteriosas soledades donde rinde adoración a dioses que no ve.» En uno y otro caso, esta simpatía no confesada, pero patente, revela en Tácito un pagano desafecto [63].

Su amigo Plinio el Joven no muestra menor desapego al culto oficial. Por consideración a sus muy remotos orígenes y a la autoridad del Estado que le sostiene, el epistológrafo se amolda a sus exigencias y llena sus formalidades; aunque rehusándole al propio tiempo la adhesión íntima de su conciencia. Gaston Boissier alega, como prueba de la religiosidad de Plinio, la carta en que éste detalla a su amigo Ro-

[63] TÁCITO, *Hist.*, V, 5; *Germ.*, IX.

mano el encanto que se desprende, a la sombra de los cipreses, de la fuente de Clitumno y del viejo templo donde el Júpiter lugareño publica sus oráculos [64]. En verdad, es una página donosa, pero animada del mismo espíritu que mueve los versos de Juvenal precedentemente citados. Es fresca como éstos, y, también como éstos, expresa la emoción que inspira a los amantes de la naturaleza la vista de un hermoso paisaje. Pero poco o nada le preocupan las devociones de que el sitio es teatro y objeto, terminando la carta en una fina ironía disparada a hurta cordel contra los piadosos creyentes que acuden al lugar: «En ese paraje, ¡oh, Romano! hasta puedes instruirte, pues allí leerás multitud de inscripciones grabadas en todas las columnas y paredes por gente de toda laya, en honor de la fuente y del dios. Celebrarás algunas, te burlarás de las otras; aunque tal es tu ingénita bondad, que no te burlarás de ninguna.» [65]

En otro paso de su epistolario, Plinio se declara dispuesto a reconstruir, por advertencia de los arúspices, una capilla de Ceres situada en su dominio de Toscana. Sin embargo, la manera como explica este proyecto a su arquitecto indica mucho menos veneración a la diosa que solicitud por los fieles. Plinio previene la adquisición de una nueva Ceres, porque «a la estatua actual, de madera y muy antigua, le falta más de un pedazo.» Pero lo que más le interesa es la construcción de un espacioso pórtico en la proximidad del santuario, pues, hasta la fecha, los visitantes no encuentran «cerca del templo ningún abrigo contra el sol ni contra la lluvia.» [66] Así, más que el agradecimiento de Ceres, Plinio el Joven desea granjearse el de sus colonos. El celo que pone en facilitar sus peregrinajes no implica en modo alguno la sinceridad de sus propias convicciones. ¿O vamos a decir que Voltaire creía en la Santísima Trinidad, porque asistía asiduamente a los oficios en su señorío de Ferney?

Todavía hay algo más categórico para demostrar la profunda indiferencia de Plinio el Joven frente a los cultos con cuyas obligaciones cumple exteriormente. Releamos la carta en que cuenta su reciente designación en el colegio de augures. La alegría que el nombramiento le proporciona es por entero profana y secular. Apenas hace alusión al poder sagrado que esta dignidad le confiere *(sacerdotium plane sacrum)* y nada dice del privilegio incomparable, que la función de augur le asegura en lo sucesivo, de interpretar los signos de la voluntad celeste y de instruir a los magistrados todos y al propio emperador del sentido de los auspicios. Cualquier hombre medianamente devoto hubiera recibido esa casi divina dignidad con angelical júbilo, beatífica zozobra

[64] Boissier, *La religion romaine*, t. II, p. 171.
[65] Plinio el Joven, *Ep.*, VIII, 8.
[66] Plinio el Joven, *Ep.*, IX, 39.

y piadoso embeleso. Pero en Plinio no caben hazañerías frailunas. A él le parece redondo el negocio que ha hecho, porque el cargo de augur dura toda la vida *(insigne est quod non adimitur viventi)*, porque le ha sido otorgado con el beneplácito de Trajano, por la circunstancia de tocarle suceder a varón tan esclarecido como Julio Frontino, y por último, razón primera, porque el orador por excelencia, Marco Tulio Cicerón, recibió tiempo antes análoga investidura [67]. La satisfacción con que se pavonea Plinio el Joven no tiene, pues, nada de religioso. Emana de un cortesano, de un hombre de mundo, de un letrado; pero de ninguna manera de un creyente. Plinio el Joven se regocija de haber sido nombrado augur casi de la misma manera que un escritor se felicita hoy día de su entrada en la Academia. Tengo para mí que la «iglesia» gentil de Roma se reducía, para sus dignatarios, a una suerte de Academia o Ateneo.

A la sazón se había enfriado hasta el fervor que en su comienzo suscitara el culto imperial; y éste ya no era otra cosa, sino la pieza más nueva y mejor montada de la gran máquina del Estado, que marchaba por el impulso adquirido y de la que el espíritu de los hombres se había alejado por completo.

La caída de Nerón, último representante de la familia de Augusto, asestó al culto imperial un rudo golpe, pues le privó del fundamento dinástico en que se apoyaba, en las monarquías de los Diádocos, la divinización de los *basileis*. El advenedizo que pretendió fundar una nueva dinastía, Vespasiano, simuló en Egipto un poder de taumaturgo; pero en Roma no juzgó oportuno consolidar su prestigio con igual o parecida superchería; y conocida es la sutil ironía que tuvo el valor de hacer, agonizando, sobre su inminente apoteosis: «Advierto —dijo sonriendo— que estoy en camino de convertirme en dios.» [68] El asesinato de su hijo Domiciano —el cual, olvidando su origen, había exigido que se le diera, incluso en Italia, el tratamiento de «Señor y Dios» *(dominus et deus)*— mostró bien pronto hasta qué punto había estado justificado el escepticismo paterno. La religión imperial hubiera quizá sobrevivido a los crímenes del «Nerón calvo» si éste hubiese prodigado indefinidamente dinero bastante como para enriquecer a sus pretorianos y halagar al populacho de la Ciudad. Mas fué su perdición cuando el pueblo advirtió que, si alzamientos militares podían crear emperadores, bastaba una conspiración de palacio para derrocar al amo, que el culto imperial quería hacer pasar por divino. Y en la época de los

[67] PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, IV, 8.

[68] Ya ni los emperadores creían en la religión imperial. Esta ironía de Vespasiano ha sido transmitida por SUETONIO, *Vesp.*, 23. Recuérdese la terrible y cínica expresión de Caracalla refiriéndose a su hermano Geta, a quien había hecho asesinar: *Sit divus dum non sit vivus!* (H. AUG., *Geta*, 2).

primeros Antoninos, este culto sólo aparece como un pretexto para ceremonias y fiestas más o menos brillantes y regocijadas, y se ha convertido en un símbolo de lealtad, en una mera cláusula constitucional. Al día siguiente de su advenimiento, Trajano proclamó divino *(divus)* al difunto Nerva, su padre adoptivo; pero procuró que la conversión no resultara enteramente inverosímil dentro de las posibilidades humanas. No sólo reservó a los muertos los honores de la apoteosis, sino que también tuvo a ésta por la recompensa suprema con que el Estado premiaba a sus benefactores; y, dejando a su panegirista el cuidado de precisar el espíritu laico que le animaba al cumplir esta formalidad de buena administración general, permitió a Plinio el Joven declarar a los *Patres* que la prueba más terminante de la divinidad de un César difunto residía en la excelencia de su sucesor: *certissima divinitatis fides est bonus successor.* Además, Trajano insertó, en la fórmula de las rogativas dirigidas a los dioses por su vida y su salud, la reserva de que estas oraciones públicas no serían atendidas por los númenes si el propio emperador no gobernaba bien la República y en beneficio de todos: *si bene rem publicam et ex utilitate omnium rexerit* [69].

Inicuo sería desconocer la generosa inspiración de semejante política. Pero, al mismo tiempo, sería ingenuo creer que aun continuaba provocando arranques de entusiasmo. Ya no eran los días en que el vencedor de Accio, que había puesto término a las guerras civiles y brindado a Roma la paz y el imperio universales, se colocaba en un salto, al aceptar como homenaje el título de Augusto, fuera y encima de la condición de los hombres, elevándose naturalmente, entre el entusiasmo de las masas y el canto de los poetas, a la categoría de los dioses. Ya no eran los días en que la credulidad popular imaginaba seguir en el cielo de Roma, sobre la estela de un cometa, la marcha del dios César, su padre, a través del firmamento; los días en que, desde el último ciudadano hasta el príncipe heredero, todos atribuían a los auspicios de su hijo Tiberio la fuerza que vivificaba los planes de los generales y les aseguraba irresistible éxito, casi de análoga manera que, en nuestro tiempo, un almirante japonés atribuirá al espíritu del Micado su victoria de Tsushima. Ahora, en el siglo segundo después de Jesucristo, la persona y la historia del príncipe han vuelto a descender a la tierra. Si, por la fuerza de la costumbre y las exigencias del ceremonial, los humildes súbditos invocan siempre la «divina casa» [70] y las «celestes decisiones» de César, la mayoría se da cuenta de que ya no hay «casa» imperial propiamente dicha; y, en su gratitud, los más veraces ponderan sencillamente en César «su infatigable celo por los

[69] PLINIO EL JOVEN, *Panegyricus*, 2, 3; 68, 1; cf., 67, 4.

[70] La *domus divina* aparece en las inscripciones a partir de Domiciano. Pero con Nerva, célibe, no hay *domus*.

intereses de la humanidad.» [71] Además, los mismos príncipes, soberanos servidores del Estado, consideran que suben al trono como en una última y suprema promoción.

Poco o nada se preocupaba Trajano por rodear sus actos de una aureola sobrenatural: el *optimus princeps* se preciaba tanto más de haber derrotado a los germanos antes de su advenimiento cuanto que en esa época nadie podía aún llamarle hijo de dios: *necdum dei filius (erat)* [72]. Recórrase su *Panegírico*: en cada página, la monarquía que acaba de inaugurar está pintada como la mejor de las repúblicas. Con ella tendía a instaurarse, aunque conservando la nomenclatura de los reinados precedentes, un régimen nuevo, en el cual por vez primera, como dice Tácito, la libertad armonizaría con el sistema imperial. Pero en ese nuevo régimen, por una compensación ineludible, el culto del emperador, a lo menos en Roma y en torno del Senado, debía concluir perdiendo su trascendencia y haciéndose secular. Y a despecho de un retorno ofensivo del despotismo ilustrado, no fué, seguramente, ni la burlona familiaridad de Adriano, ni la falta de originalidad y de carácter de Antonino Pío, ni el estoico abandono de Marco Aurelio a los designios de la Providencia, lo que despertó en los corazones la emoción y la fe que ya no suscitaba la religión imperial.

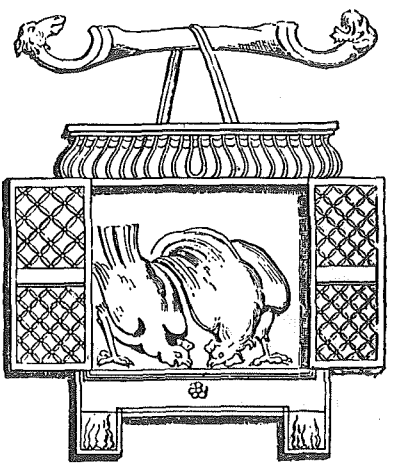


Fig. 60. — **Jaula de pollos agoreros.** (Bajo relieve antiguo; cf. GRAEVIUS, *Thesaurus*, V, 322).

6. Progresos de las Místicas Orientales

Empero, la fe no había desertado de Roma. Al contrario. Ni siquiera había disminuído. En efecto, a medida que, como consecuencia de los vicios de una educación completamente irracional y divorciada de la realidad, las inteligencias habían ido empobreciéndose y perdiendo su vigor, la fe había ido ampliando sus dominios y acreciendo

[71] Ver, por ejemplo, la oposición entre los términos de la inscripción de Rabat —que he publicado en los *Mélanges de Rome*, año 1931— y los de la inscripción de Aïn el Yemala, por mí publicados en los mismos *Mélanges de Rome*, año 1906.

[72] Plinio el Joven, *Pan.*, 14, 1.

en intensidad. Sólo que la fe romana había mudado de dirección y de objeto. Habíase desviado del politeísmo oficial, refugiándose en las «capillas» que a la sazón formaban las sectas filosóficas y en las cofradías donde se celebraban los misterios de los dioses orientales. Allí los fieles recibían, por fin, una respuesta a sus curiosidades y lograban una tregua para las inquietudes del alma; allí encontraban a la vez una explicación del mundo, normas de conducta y la liberación del

Fig. 61. — **Mitra inmolando un toro.** (Museo del Louvre).

mal y de la muerte. En esta forma, en el siglo segundo de nuestra era, asistimos a la paradoja de que Roma comienza a tener vida religiosa —en el sentido que hoy damos a esta expresión— en momentos en que su religión oficial muere en el alma de los hombres.

Esta transformación, preparada desde largo tiempo atrás y de alcance infinito, es el resultado de la influencia helenística, a la que Roma cedía desde hacía dos siglos sin advertirlo siquiera, y merced a la cual la revelación de los dogmas orientales y la enseñanza de los filósofos griegos habían terminado por penetrarse recíprocamente, fundiéndose en un solo cuerpo doctrinal. En la época que estamos estu-

diando, las filosofías expulsadas de las cátedras asumen en Roma la forma y la fuerza imperativa de verdaderas religiones. Sus maestros dirigen con autoridad indiscutida la conciencia de sus adeptos, que ajustan a sus dictados su moral, su conducta ciudadana y hasta el corte de la barba y de los vestidos. Aun en el caso de que, como el epicureísmo, esas filosofías nieguen la vida futura y releguen a los Inmortales a la inacción de los «intermundos», ellas se proclaman liberadoras de la muerte y sus terrores. En las fiestas piadosas que instituyen para sus afiliados, sus «fundadores» desempeñan el papel de «héroes» y se entonan los mismos himnos y se realizan idénticos sacrificios que en las ceremonias divinas [73]. Aun cuando sus predicadores sean griegos de Atenas o romanos helenizantes, esas filosofías no pueden ocultar el fondo de especulaciones orientales con que se alimenta y sostiene su dialéctica. Joseph Bidez ha demostrado todo lo que el estoicismo debe no sólo a los semitas que le propagaron, sino también a las creencias del semitismo [74]; y es cosa averiguada que la doctrina neopitagórica profesada en la Ciudad por Nigidio Figulo fué profundamente modificada por el pensamiento alejandrino [75]. Por otra parte, las semejanzas que ha señalado Franz Cumont entre cultos de tan diversos orígenes como los de Cibeles y Atis, de Mitra, los Baalim y Dea Siria, de Isis y Serapis, son harto numerosas y precisas para no descubrir los efectos de una influencia común. Ya vengan de Anatolia o Irán, de Siria o de Egipto, ya sean masculinas o femeninas, adoradas según ritos sangrientos o conforme a prácticas inofensivas, las divinidades «orientales» que encontramos en el imperio romano ofrecen rasgos idénticos y conceptos que se confunden y hasta parecen intercambiables. Son dioses que, lejos de ser impasibles, padecen, mueren y resucitan; dioses

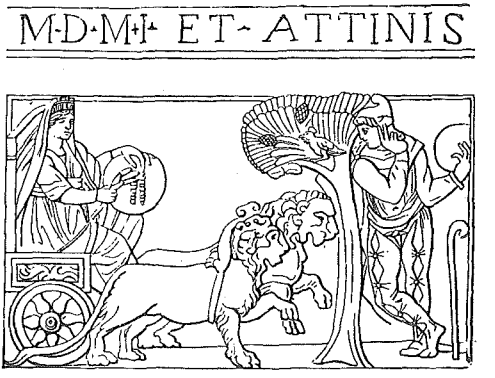


Fig. 62. — Cibeles en su carro y Atis apoyado en un pino.

[73] Sobre el carácter religioso de las escuelas filosóficas griegas, ver el libro de BOYANCÉ, *Le culte des Muses*, París, 1937. La cofradía epicúrea de Atenas estuvo subvencionada durante el reinado de Adriano.

[74] J.BIDEZ, *La cité du monde et du soleil chez les stoïciens*, París, 1932.

[75] Sobre la influencia ejercida por el pensamiento alejandrino en los neopitagóricos de Roma, cf. el capítulo que dedico a Nigidio Figulo en mi obra *La basilique pythagoricienne de la Porte Majeure*.

cuyos mitos abrazan el Cosmos y encierran su secreto; dioses cuya patria astral domina todas las patrias terrenales; dioses, en fin, que aseguran únicamente a sus iniciados, pero sin distinción de nacionalidad ni de jerarquía social, una protección proporcionada a la pureza de cada fiel.

Fig. 63. — Diana de Éfeso. (Museo Capitolino, Roma).

Labor vana sería la de pretender hallar, como fundamento de las analogías que emparentan a esos dioses, cierta indefinible y preexistente armonía entre las mentalidades de Oriente que los concibieron. La verdad es que ninguna de esas religiones «orientales» llegó a tierra itálica sin previa y larga estada en país griego o helenizado. Importadas por el helenismo a continuación de las campañas de Alejandro, cruzaron las fronteras de las comarcas griegas después de haber sido despojadas de sus elementos más bastos y groseros, pero enriquecidas, en cambio, con la filosofía cosmopolita de los griegos [76]. De allí procede el colorido uniforme que las caracteriza, así como la adaptación, por un simbolismo cuyos signos casi no varían, de sus mitos particulares a la idea de una divinidad universal. De allí, además, su sometimiento a una astrología que triunfa claramente en la diadema radiada del Atis de Ostia, en la mayoría de nuestros *mithræa* y en el techo del santuario de Bel en

[76] La prueba de la existencia de esta «aduana moral» en los Estados de los Diácodos emerge, en particular, de los datos que poseemos acerca de Timoteo, hierofante de Eleusis, reformador del culto de Atis y fundador del culto de Serapis en las postrimerías del siglo cuarto antes de Jesucristo.

Palmira, donde el águila de Zeus explaya sus alas dentro del círculo de las constelaciones zodiacales. De allí, sobre todo, la facilidad con que los romanos se convirtieron a los dioses levantinos, no sólo a causa de que Oriente era rico y populoso, sino también porque la civilización helenística, de la que Roma estaba imbuída, había dado un carácter uniforme a los cultos venidos del Este, modelándolos a su imagen y semejanza bajo la presión de sus preferencias espirituales.

En el siglo segundo después de Jesucristo, esos cultos estaban en camino de inundar por completo la Ciudad. Los de Anatolia habían sido naturalizados en Roma mediante la reforma de la liturgia

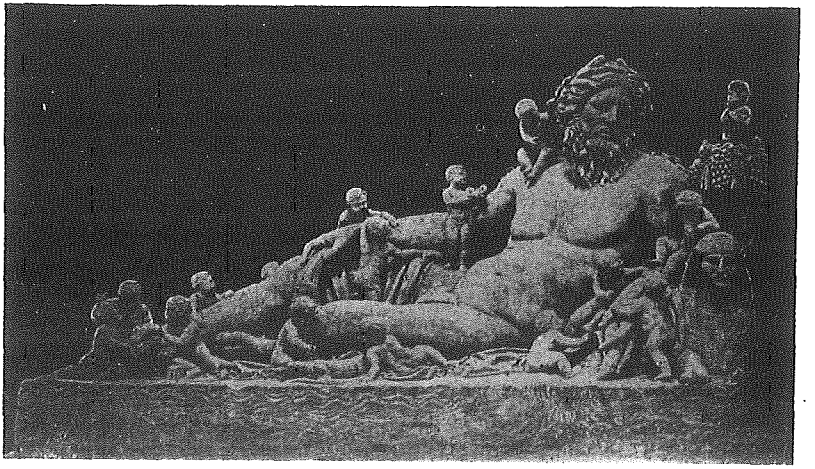


Fig. 64. — Estatua del Nilo. (Vaticano).

de Cibeles y de Atis decretada por el emperador Claudio. Desterrados por Tiberio, los cultos egipcios fueron oficialmente admitidos por Calígula; y, devorado por un incendio en el año 80 de nuestra era, el templo de Isis fué reconstruído por Domiciano con un lujo de que dan testimonio los obeliscos aun en pie en la «Piazza della Minerva» o, en sus inmediaciones, delante del Panteón, así como las colosales estatuas del Nilo y del Tíber conservadas en los museos del Vaticano y del Louvre. Desde mediados del siglo primero, Hadad y su consorte Atargatis o Dea Siria —única divinidad a la que Nerón, famoso negador de dioses, se dignaba rendir homenaje— poseyeron en la *Urbs* un templo identificado por Paul Gauckler en 1907, sito sobre la orilla derecha del Tíber, más allá del *Lucus Furrinæ,* en el Janículo. Finalmente, probado está que, en la época de los Flavios, algunos

santuarios de Mitra fueron instalados tanto en Roma como en Capua[77].

Los múltiples colegios que adoraban a esos dioses heterogéneos no solamente coexistían sin chocar, sino que hasta se asociaban para reclutar prosélitos. En Ostia, los devotos de Atis y los fieles de Mitra parecen haber adquirido a medias el terreno donde se erigían, uno al lado de otro, los edificios de sus respectivos cultos. En el templo del Janículo hacían buenas migas fetiches sirios, ídolos egipcios y estatuas de divinidades griegas[78]. Entre esas diversas religiones existían menos rivalidades que concomitancias y acuerdos. Unas y otras estaban servidas por sacerdotes cuidadosamente escogidos entre la mu-

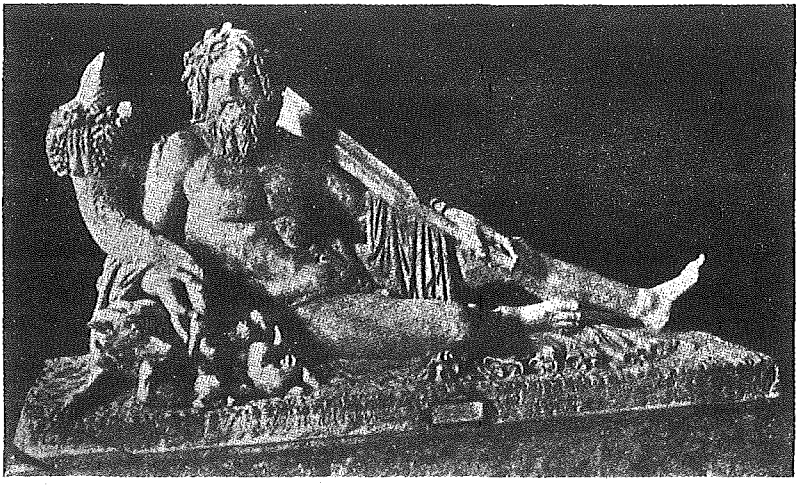


Fig. 65. — **Estatua del Tiber.** (Museo del Louvre).

chedumbre de los profanos; sus doctrinas tenían por base la revelación, fundándose su prestigio en la singularidad del traje y de su género de vida. Unas y otras imponían a sus fieles iniciaciones previas y la práctica periódica de regímenes más o menos ascéticos. Todas ellas, en fin, aunque cada una a su manera, gustaban de las mismas especulaciones astrales y «henoteístas» y acreditaban idénticos mensajes de esperanza.

Los que no habían sido seducidos por esas extrañas religiones envolvían a todas ellas por igual en su odio suspicaz. Juvenal, por ejem-

[77] Sobre el culto de Mitra en Capua, cf. *Notizie degli Scavi*, 1924, p. 361; en Roma, *C. I. L.*, VI, 732.

[78] Sobre la «simbiosis» de los cultos orientales, cf. CUMONT, *op. cit.*, pp. 52 y 291, y, más recientemente, ALDA LEVI, *La patera d'argento di Parabiago*, Roma, 1936.

plo, que se indigna al ver al Orontes verter en el Tíber el raudal de sus supersticiones, se desata violentamente contra todas las creencias foráneas sin diferenciar una de otra. Así como Tiberio había tomado un adulterio favorecido por las intrigas de algunos isíacos como pretexto para expulsar en masa a todos los devotos de la diosa egipcia, el poeta fustiga indiferentemente a todos los sacerdotes orientales, a quienes tacha de charlatanes, bellacos y estafadores. No deja títere con cabeza: caldeos, comagenios, frigios, todos caen bajo el látigo de sus sátiras, en especial los ministros de Isis, que, «vestidos de lino y el cráneo esquilado, recorren las calles con la máscara de Anubis, riendo en sus adentros de la multitud que tras ellos marcha compungida.»[79] Censura con rigor la forma insolente en que los sacerdotes de aquellos exóticos cultos explotan la fe de sus secuaces, ya sea vendiendo la indulgencia de sus dioses a las crédulas pecadoras «a cambio de un pato cebado o de una pequeña torta», ya sea prometiendo, en nombre de sus dones proféticos y de sus facultades adivinadoras, «a ésta, un joven y rendido amante; a aquélla, una pingüe herencia llovida del cielo.»[80] Abomina la obscenidad del siniestro cortejo de la Madre de los Dioses, que avanza precedido por «gigantesco eunuco

Fig. 66. — Sacerdotisa de Isis. (Museo Capitolino, Roma).

[79] JUVENAL, VI, 532-534; cf. 550, 553, 585.
[80] JUVENAL, VI, 540-541; 548-550.

al que veneran sus infames subordinadas» [81], y condena las deshonestidades a que se entregan las mujeres iniciadas en los misterios de la Buena Diosa:

«A todos los misterios conocidos
son de la Buena Diosa. Allí incitantes
músicas, convidando a los placeres
suenan. Suelto el cabello las mujeres,
cual furiosas bacantes,
con torpes gritos llaman a Mutino.
Ya en sus venas enciende
impuro fuego la pasión; ya el vino
su ropa empapa y en raudal desciende.
Laufela allí disputa la corona
a la más corrompida cortesana;
el premio infame gana
y de su triunfo cínica blasona.
Allí a toda maldad, todo pecado,
abominable libertad se une;
y ni Príamo, por la edad helado,
tanta lascivia contemplara inmune,
ni Néstor, aunque enfermo. Mas ya es poco;
ansia voraz de goce, furor loco
agita al fin la femenil canalla,
estímulo febril las enardece,
y el brutal apetito surge y crece
sin respetar ya límite ni valla.» [82]

¡Y cómo ríe al ver las penitencias y maceraciones a que se someten santurrones y beatas con tenebroso arrebato! En estos versos nos cuenta Juvenal de qué extremos era capaz cualquiera de esas fanáticas:

«En el invierno irá rompiendo el hielo
cuando la aurora a despuntar empieza
al Tíber, veces tres allí lavando
en las ondas la trémula cabeza,
y yerta ya, descalza, las rodillas
sangrientas arrastrando,
irá el tarquinio campo rodeando.
Si la cándida Io lo ordenara,

[81] JUVENAL, VI, 512-516.

[82] JUVENAL, VI, 514-534. Aquí pinta el satírico los misterios de la Buena Diosa, cuyos ritos estaban visiblemente influenciados por el «orgiasmo» oriental.

a los confines del Egipto fuera,
y a Meroe calorosa le pidiera
agua para rociar de Isis el ara,
a la mansión de Rómulo vecina,
pues ella se imagina
que de la misma diosa oyó el acento.» [83]

Esta implacable severidad no debe sorprendernos. Juvenal traduce con la fuerza de su genio la natural reacción de los «viejos romanos», misoneístas y xenófobos, que miraban la exaltación y los transportes apasionados como señas de menoscabo o descrédito, y que hubieran querido que los arranques ardorosos de la fe estuviesen regulados y dirigidos como los aplausos y vítores de un mitin fascista. Lógico es que, después de tantos siglos, sus prevenciones nos parezcan terriblemente injustas. En primer lugar, porque el poeta reprocha a las religiones orientales, y sólo a ellas, supersticiones cuyo origen es muy anterior a la intrusión de Oriente en la historia de Roma y cuyo desarrollo, con gran frecuencia, se prosiguió independientemente de los cultos levantinos. Y en segundo término, porque Juvenal, ofuscado por su odio a las religiones orientales, no se dió cuenta del progreso moral que éstas comportaban, no obstante sus aberraciones y sus extravíos, merced al fuego y a la sinceridad de su fervor.

Por ejemplo: es incontestable que la astrología, venida de Levante, dió poderoso impulso a la adivinación; pero no es menos cierto que ésta siempre había sido practicada en Roma. Consecuencia de un politeísmo que, desde Homero, sometió al propio Júpiter a los mandatos del Destino, la adivinación era inseparable de la consulta de los agüeros y de las operaciones del *extispicium*, que se cumplían en nombre de la ciudad. En el siglo segundo de nuestra era, los más esclarecidos personajes de la *Urbs* —muchos de ellos indiferentes, cuando no hostiles a las religiones extranjeras— acataban los presagios divinos con fe ciega y profunda convicción; además, los poderes públicos concedían tan grande importancia a la ciencia agorera, que castigaban rigorosamente a los adivinos que la cultivaban sin autorización. Por tanto, cuando Juvenal se burla de los adeptos de los caldeos que tiemblan de miedo al enterarse de las conjunciones de Saturno, o cuando pone en solfa a la mentecata que, enferma y en cama, cree que «sólo puede tomar el alimento a la hora fijada por Petosiris» [84], el satírico se ha colocado anteojeras para no ver que en todas las clases de la sociedad romana los indiferentes y hasta los ateos eran víctimas de las mismas manías supersticiosas que él condena en los devotos.

[83] JUVENAL, VI, 522-529.
[84] JUVENAL, VI, 570 y siguientes.

Así, el advenedizo Trimalción, liberto multimillonario, sienta sus comensales ante un centro de mesa que representa el zodíaco y, al explicarles el sentido alegórico de cada una de sus doce casas, se jacta de haber nacido «debajo de Cáncer», ese signo eminentemente favorable, gracias al cual él «se mantiene bien firme sobre sus dos patas

Fig. 67. — La pátera argentina de Parabiago. (Museo de Milán).

y sus posesiones se extienden por mar y tierra.» Luego escucha embobado historias de vampiros y duendes y, a la postre, porque oye el canto de un gallo en medio de su francachela nocturna, se aflige y se estremece de terror por lo que este presagio tiene de funesto [85]. Más alto en la escala social, los ejemplos no son menos significativos. No obstante algunas discretas reservas y ciertas ironías accidentales, Tácito se abstiene de negar formalmente la verdad de los «prodigios», que él menciona con tanta escrupulosidad y respeto como lo hicieran sus an-

[85] PETRONIO, 39, 62 y 74.

tecesores; y el sesudo historiador confiesa no atreverse a omitir y calificar de «fábulas» ciertos «hechos establecidos por la tradición.»[86] La mayoría de sus iguales y coetáneos están obsesos por las mismas preocupaciones. Suetonio, aterrado por un sueño, se cree a pique de perder el litigio que tiene pendiente y suplica que se aplace la vista de

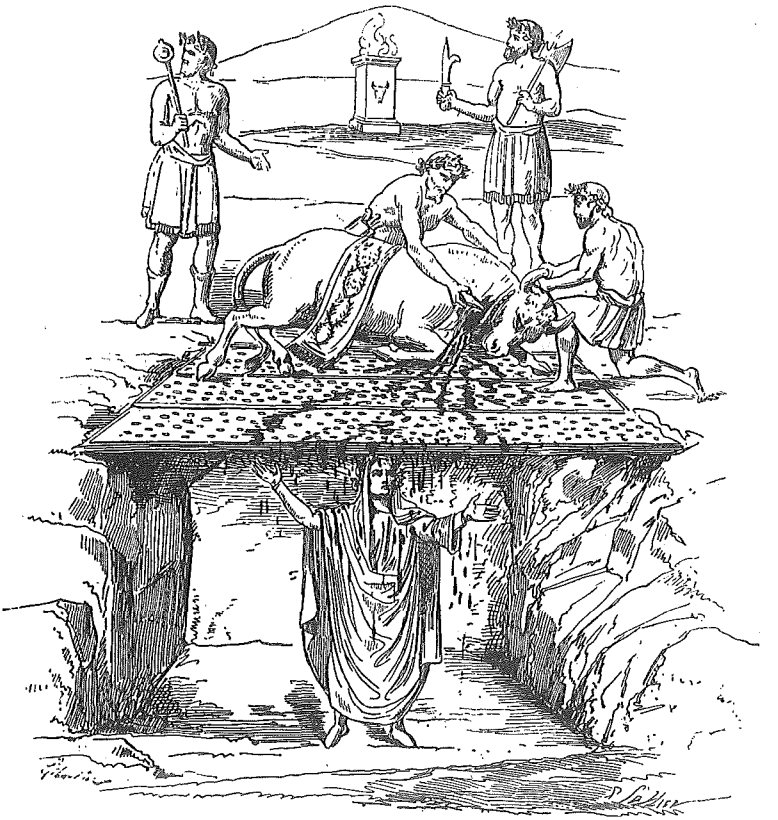


Fig. 68. — Un taurobolio (sacrificio a Cibeles). (Según M. de Boze).

su causa. El abogado Régulo, el odioso rival de Plinio el Joven, utiliza los horóscopos y la aruspicina para confirmar su renombre y pescar herencias mediante turbias maniobras. En cuanto a Plinio el Joven, inclínase éste a rechazar las puerilidades de la oniromancía y formula el consejo, citando a Homero, de que, en cualquier clase de causa y cualesquiera sean los sueños que visiten al durmiente, debe tenerse por «el mejor de los presagios aquel que consiste en defender la pa-

[86] TÁCITO, *Hist.*, II, 50; cf. BOISSIER, *Tacite*, p. 146.

tria.» Pero, al propio tiempo, el epistológrafo se dirige al vice-emperador, el cónsul Licinio Sura, que unía a su talento militar la reputación de ser un pozo de ciencia, y le pregunta por escrito qué conviene pensar de los aparecidos, espectros y fantasmas, describiéndole por menudo y con la mayor seriedad un rimero de casos que le obligan a creer en aquellas quiméricas imágenes como en frailes descalzos [87]. Su carta sobre este tema basta para ponernos en guardia contra los ataques apasionados de Juvenal. Leyendo ese tejido de pavadas y simplezas, sentímonos impulsados a mirar con indulgencia tanto la práctica de la adivinación, que los estoicos trataban de legitimar por la inmanente acción de la Providencia, como el ocultismo y la teurgia, que las religiones orientales, a lo menos tenían el mérito de emplear en la exaltación de las almas.

Fig. 69. — Un archigalo, sacerdote castrado de Cibeles. (Museo Capitolino).

Sería vano negar la superioridad de las religiones orientales sobre la inerte teología que ellas suplantaron. Sin duda, ritos como el «taurobolio» de la Gran Madre o la exposición y el cortejo del pino arrancado que evocaba la castración de Atis tenían algo de bárbaro y de impúdico, y ha podido decirse que exhalaban «hedor de matadero y de prostíbulo.» [88] Empero, las religiones que practicaban tales ceremonias no dejaron de ejercer sobre los individuos una acción tonificante y benéfica, que terminaba elevándolos por encima de sí mismos. Recordemos, para convencernos de ello, el vigoroso análisis debido a la pluma de Franz Cumont [89]. Las religiones orientales deslumbraban al fiel por la pompa de sus fiestas y el esplendor de sus procesiones; le suspendían con sus cánticos arrobadores y su música embriagadora; y por la tensión nerviosa que provocaban sus crueles maceramientos y sus alucinantes contemplaciones, o por el eretismo de sus danzas vertiginosas y hasta por la ingestión de bebidas fermentadas después de un prolongado ayuno, los cultos

[87] PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, I, 18; II, 20; VII, 27.
[88] R. P. LAGRANGE, *Revue biblique*, 1919, p. 480.
[89] FRANZ CUMONT, *Religions orientales*, pp. 15 y 26.

orientales tendían a provocar un éxtasis, en el cual «el alma emancipada de la sujeción del cuerpo y librada del dolor se perdía en un estado de arrebatador embeleso.» Observa Franz Cumont, con muy discreto tino, que en el misticismo es fácil caer «desde lo sublime a la depravación.» Mas también es cierto que, de las depravaciones inherentes a los cultos naturalistas, y bajo la concurrente influencia de la especulación griega y de la disciplina romana, las religiones orientales supieron extraer un ideal y ascender a esas elevadas regiones del espíritu, donde la coincidencia de un saber total, de una virtud perfecta y de una victoria sobre el dolor físico, el pecado y la muerte aparecía como el glorioso cumplimiento de las promesas divinas. Aunque falsa, la ciencia incorporada a la «gnosis» de cada uno de esos cultos suscitaba y a la vez saciaba en sus iniciados el anhelo de saber. A las abluciones y lustraciones físicas por ellos prescritas, añadióse una pacificación íntima del alma por la abnegación y el renunciamiento. Por último, al enseñar que la liturgia carece en absoluto de valor si no va acompañada de piedad sincera, esos cultos adquirieron el derecho de profetizar la futura ascensión de sus secuaces a la inmortalidad feliz de que gozaban, en las esferas celestiales, sus dioses perpetuamente renacientes.

Las religiones levantinas no tardaron en iniciar en Roma un fecundo movimiento espiritual, que fué poco a poco conquistando las conciencias rebeldes a su influencia. Por un lado, los mejores espíritus de la *Urbs*, inclusive aquellos que se creían más alejados de la mística oriental, sentían confusamente que el favor divino debía ser merecido como premio a las virtudes personales y no comprado con juramentos, ofrendas y farisaicas devociones. Antes de que Juvenal mitigara su cólera en la serena convicción de que «los dioses aman al hombre más que el hombre a sí mismo» [90], Persio, a principios de la segunda mitad del siglo primero, no duda que los dioses, a los cuales ya no distingue, sólo exigen de él «un pecho equitativo, un alma pura, un generoso corazón honesto.» [91] Y Estacio, en tiempo de Domiciano, formula implícitamente este acto de fe en la fuerza exclusiva de la religión personal: «Pobre como soy, ¿es factible, acaso, que yo pueda conquistar a los dioses con ofrendas? De ninguna manera, ni aun cuando Umbría agotara para mí la riqueza de sus valles y las praderas del Clitumno me brindaran sus toros blancos como la nieve. Sin embargo, infinitas veces, los dioses han acogido con agrado mi humildísima ofrenda: un puñado de sal y harina arrojado en un montículo de césped.» [92] Intérpretes

[90] JUVENAL, X, 350.

[91] PERSIO, II, 71-75.

[92] ESTACIO, *Sivae*, I, 4, 128-131. En el período precedente, la oración del estoico Demetrio transmitida por SÉNECA, *De Provid.*, V, 5, es de tan profunda inspiración, que el R. P. DELAHAYE (*Légendes hag.*, 1905, p. 170, n. 1) la compara al *Suscipe* final de los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio.

Fig. 70. — **Antinoo representado como el dios Baco.** (Vaticano).

de sus contemporáneos, los poetas de esta época consideran el favor divino como la recompensa de la virtud de los hombres.

Por otra parte, en el idioma del siglo segundo, la palabra latina *salus*, que anteriormente sólo tenía una acepción terrenal y plebeya de salud física, tomá, además, un sentido moral y escatológico que implica la liberación del alma en este mundo y su beatitud en la eternidad celeste; y, en forma progresiva, la idea trascéndente de la «salvación» se extiende de los cultos orientales a todas las creaciones verdaderamente religiosas de la antigüedad romana. Esa idea anima el culto instituído durante el gobierno de Adriano en honor de Antinoo, el hermoso esclavo bitinio que en Egipto sacrificara su vida para salvar la del emperador [93]. La misma idea constituye el fundamento de las cofradías que forman, especialmente en Boville, en los días de Antonino Pío, los «dendróforos» de Cibeles y Atis [94]; y es también

[93] Sobre la religión de salvación de Antinoo, cf. DIETRICHSON, *Antinoos*, Oslo, 1884; a cuyas conclusiones me adhiero antes que a las de PIRRO MARCONI, *Antinoo*, en los *Monumenti dei Lincei*, XXIX, 1923, pp. 297-300. He podido observar, en el Museo de Leptis Magna, una estatua restaurada de Antinoo, que une la corona de yedra de Baco a los atributos de Apolo.

[94] Sobre el *collegium salutare* de los «dendróforos» de Boville, cf. mi artículo en *Rendiconti dell'Accademia Pontificia di Archeologia*, 1925-1926, pp. 232-246.

el fundamento de los colegios funerarios que, a partir del reinado de Adriano, reúnen en una sola familia a los plebeyos y a los esclavos de Lanuvium, bajo la doble advocación de la Diana de los Muertos y del salvador Antinoo [95]. Esta idea trascendente ha adquirido tan extraordinario prestigio, que tanto aquellas cofradías como estas asociaciones funerarias toman un título común que por sí mismo expresa la gran esperanza: *collegium salutare*. Los propios príncipes ya no pueden substraerse de su influencia. En el siglo segundo de nuestra era, sus monedas y monumentos nos muestran su ambición de ser asimilados a los Olímpicos —el Augusto a Marte, progenitor de los fundadores de la *Urbs*, la Augusta a Venus, madre común de los Césares y del pueblo romano [96]— y su deseo de vigorizar su divinidad reciente en el raudal sagrado de las viejas leyendas latinas. Sin embargo, los emperadores consideran que la apoteosis que protocolarmente les discierne el Senado no basta para asegurarles la salvación eterna, que anhelan como los demás seres humanos. Después de haber erigido Adriano estatuas, templos y ciudades a Antinoo, antes del ingreso de Cómodo en la congregación de Mitra [97], Antonino Pío atestigua, por el transparente lenguaje del reverso de sus numismas, que Faustina la mayor, la esposa que perdiera a principios de su reinado y cuyo templo levanta todavía en el Foro su simbólico friso, sólo había podido subir al cielo en el carro de Cibeles, gracias al favor de la Madre de los Dioses, Señora de la Salvación: *Mater deum salutaris* [98].

De esta suerte, merced a la colaboración de las místicas orientales y de la sabiduría romana, nuevas y fecundas creencias nacen y se desarrollan sobre las ruinas del panteón tradicional. En el seno del paganismo decadente se organiza, o, mejor dicho, comienza a organizarse un auténtico sistema de redención de los hombres por la doble influencia de sus méritos y del auxilio divino. Así, por una coincidencia que los agnósticos interpretan en función del determinismo histórico, pero en la que los creyentes ven, desde Bossuet, la intervención de la Providencia por ellos adorada, Roma creó un clima propicio al cristianismo en una época en que ya la iglesia de los adeptos de Jesús estaba en la *Urbs* bastante crecida y fuerte como para establecer allí sus primeros cementerios colectivos, siendo asimismo bastante pode-

[95] Sobre el *collegium salutare* de Lanuvium, cf. *C. I. L.*, XIV, 2.112.

[96] Esta política imperial se desarrolla desde Adriano, constructor del doble santuario de Venus y Roma, hasta Cómodo, representado como Marte, con la emperatriz Crispina, representada como Venus. Tal política ha sido perfectamente definida por AYMARD en los *Mélanges de l'Ecole de Rome*, 1934, pp. 194-198.

[97] Sobre la devoción de Cómodo por Mitra, cf. CUMONT, *Textes et Monuments...*, t. I, p. 281, y H. AUG., *Comm.*, 9.

[98] Sobre las monedas de Faustina, cf. GRAILLOT, *Le culte de Cybèle*, París, 1913, p. 151.

rosa como para mostrar y elevar, hasta en las gradas del trono, junto con la prédica de sus apologistas, el ejemplo y las oraciones de sus fieles.

7. Advenimiento del Cristianismo

Estacio, Marcial y Juvenal parece que ni siquiera sospecharon la realidad de la nueva religión. Plinio el Joven, aunque tuvo dificultades con los cristianos de su provincia [99], no desliza en sus *Cartas* ninguna alusión a su existencia. Tácito y Suetonio no hablan de ella sino por oídas, el primero con injuriosos calificativos, el segundo con confusiones que prueban tanto las lagunas de su información como su falta de perspicacia [100]. Empero, no obstante la insuficiencia de estos testimonios, cabe afirmar que la «cristiandad» de Roma se remontaba al reinado de Claudio (41-54)[101], y que, durante el de Nerón, estaba ya suficientemente desarrollada como para que este príncipe, arrojando sobre sus miembros el odio del incendio de la Ciudad, en el año 64, pudiera hacer padecer a la nueva secta, con atroces y refinados suplicios, la primera de las sucesivas persecuciones que se decretaron contra ella sin lograr aniquilarla.

Es palmario que su crecimiento oculto y sigiloso progresó con sorprendente rapidez. Lo que se explica, quizá, menos por la importancia de la *Urbs* en el mundo antiguo que por la existencia en Roma de una copiosa colonia hebraica, que allí había aclimatado la benevolencia de Julio César. Desde el comienzo del Imperio, la judiada se había mostrado en Roma tan revoltosa, que Tiberio, en 19 de nuestra era, debió proceder severamente contra ella; siendo a la vez tan nutrida, que el mismo emperador pudo entonces relegar a Cerdeña nada menos que cuatro mil israelitas. Gracias a éstos, el cristianismo, salido de Jerusalem, penetró en la capital del imperio; pero al hacerlo quebró la unidad de la judaica colonia, convirtiendo en rivales a muerte a los sostenedores de la antigua ley y a los partidarios de la flamante fe.

La religión de los judíos había seducido a numerosos romanos por la grandiosidad de su monoteísmo y la belleza de su Decálogo. La de los cristianos, desprendiendo iguales luces, divulgaba además un espléndido mensaje de redención y de fraternidad, por lo que no tardó en competir ventajosamente con aquélla en las campañas proselitistas. Mirándolas de fuera y desde cierta distancia, los romanos, al principio, habían confundido una con otra ambas religiones: es muy posible, por

[99] Plinio el Joven, *Ep.*, X, 96.

[100] Tácito, *Ann.*, XV, 44; Suetonio, *Claud.*, 25; *Nero*, 16.

[101] Cf. Suetonio, *Claud.*, 25: *Iudaeos, impulsore Chresto, assidue tumultuantes Roma expulit.* Acerca de este famosísimo texto, ver Duchesne. *Hist. anc. de l'Église*, t. I, p. 55, y Janne, en *Mélanges Bidez*, Bruselas, 1934, t. I, pp. 531-532. Los cristianos no vivían en barrios especiales: cf. Vielliard *Bull. Soc. Antiq.*, 1937, p. 104.

ejemplo, que las invectivas lanzadas por Juvenal contra los judíos estuvieran en parte dirigidas contra los cristianos, a quienes el satírico aun no sabía diferenciar. Como los seguidores de Jesús obedecían los mandamientos del dios de los hebreos, los observadores superficiales teníanlos por «apegados a las costumbres judías.» [102] Pero, después de la destrucción del Templo de Jerusalem (año 70) y durante el gobierno

Fig. 71. — El Buen Pastor. (Fresco de la cripta de Lucina).

de los primeros Antoninos, la «Iglesia» comenzó por fuerza a distinguirse de la «Sinagoga», y su propaganda, a la que no detenía ninguna consideración de orden racial, muy pronto suplantó la propaganda de los judíos.

Por falta de documentos adecuados, nos resulta imposible calcular el número de conversiones que el cristianismo realizó entonces en

[102] «Apegados a las costumbres judías», tal es la fórmula de que se sirve DIÓN CASIO, LXVII, 14, al referirse a Flavio Clemente.

Roma. Pero sería erróneo suponer que la religión del Buen Pastor sólo conquistó adherentes en los últimos estratos de la sociedad. Las *Epístolas* de San Pablo, al saludar a aquellos de sus hermanos que están en la casa de César *(in domo Cæsaris)*, demuestran que, desde el primer momento, el apóstol había reclutado discípulos entre los domésticos de los emperadores, entre esos esclavos y libertos que, bajo una especiosa apariencia de humildad, figuraban entre los más poderosos personajes del régimen [103]. Algunos años más tarde, una serie de índices concordantes nos lleva a pensar que ya la Iglesia cristiana había comenzado a cobrar adeptos en las clases dirigentes. Enséñanos Tácito que sobre Pomponia Grecina, esposa del cónsul Aulo Plaucio, el vencedor de los bretones, que vivió en tiempo de Nerón y murió en época de los Flavios, habían recaído sospechas de pertenecer «a una criminal religión extranjera», a causa de su austeridad, de su tristeza y de sus vestidos de luto. Dión Casio y Suetonio nos cuentan que Domiciano hizo procesar por crimen de ateísmo a Manio Acilio Glabrio, cónsul en 91, que fué ejecutado; y nos dicen que el mismo emperador imputó igual delito a la pareja de sus propios primos hermanos: Flavio Clemente, cónsul en 95, a quien se condenó a muerte, y Flavia Domitila, que fué relegada a la isla de Pandataria [104]. Finalmente, Tácito nota en sus *Historias* que el hermano de Vespasiano, Flavio Sabino, que era prefecto de la Ciudad «cuando Nerón convirtió a los cristianos en antorchas vivientes para iluminar sus jardines, pareció obseso, en los últimos años de su vida, por el horror de la sangre derramada en aquella ocasión.» [105]

Por cierto, ninguno de estos textos llama formalmente «cristianos» a los ilustres personajes que acabamos de decir. Pero es permisible preguntar, como lo hace Émile Mâle, si la obsesión y la congoja de Flavio Sabino no significan que éste había sido atraído a la nueva religión por el valor de los primeros mártires cristianos [106]; y es más probable todavía que tengamos que ver una alusión al cristianismo tanto en la «criminal religión extranjera» reprochada a Pomponia Grecina como en la acusación de ateísmo lanzada contra los primos de Domiciano, a quienes su fe en el Hijo del Hombre debía ostensiblemente alejar del cumplimiento de los homenajes debidos a los dioses del politeísmo ofi-

[103] SAN PABLO, *Phil.*, IV, 22.

[104] Sobre Pomponia Grecina, cf. TÁCITO, *Ann.*, XIII, 32. Sobre Manio Acilio Glabrio, cf. SUETONIO, *Dom.*, 10; y DIÓN CASIO, LXVII, 12. Sobre Clemente y Domitila, cf. SUETONIO, *Dom.*, 15, y DIÓN CASIO, LXVII, 14.

[105] Sobre la extraña conducta observada por Flavio Sabino, cf. TÁCITO, *Hist.*, III, 65 y 75: *mitem virum, abhorrere a sanguine et caedibus...; in fine vitae alii segnem, multi moderatum et civium sanguinis parcum credidere.*

[106] Cf. ÉMILE MALE, *Revue des Deux Mondes*, 15 de enero de 1938, p. 347.

cial. En particular, en el caso de Flavio Clemente y de Flavia Domitila, esta posibilidad hállase abonada por el hecho de que su sobrina de ellos, llamada Flavia Domitila, como la tía, fué, según testimonio de Eusebio, desterrada por crimen de cristianismo a la isla de Pontia [107].

Es verdad que ciertos críticos radicales rebajan al segundo tercio del siglo segundo la antigüedad de la catacumba de Priscila, en la que sobrevivió el recuerdo de los Acilios Glabrios; la cripta de Lucina, donde fué descubierta una tardía inscripción griega mencionando a un tal Pomponio Grecino; y la tumba de Domitila, cuyo nombre trae irresistiblemente a la memoria las víctimas de Domiciano. Pero aun aceptando los cálculos cronológicos de los citados críticos, es de todo punto imposible descartar la solidísima presunción —que surge de las pruebas convergentes señaladas por De Rossi [108]— a favor de muy importantes conversiones efectuadas desde las postrimerías del siglo primero. Y probado está en forma incontestable que, a partir del reinado de Adriano (117-138), los servidores de muchos conspicuos personajes de la *Urbs*, alentados por sus amos, respondieron al llamado de Cristo y marcharon a engrosar las filas de su «Iglesia romana».

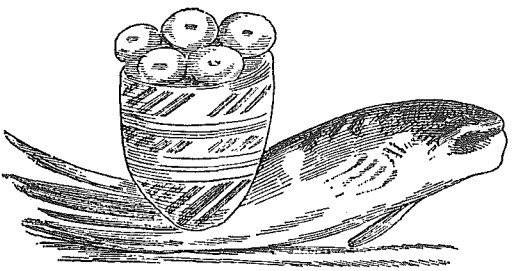


Fig. 72. — El pez simbólico y los panes. (Pintura mural de la cripta de Lucina).

A la sazón, los secuaces de Jesús sólo constituían en la Ciudad una endeble minoría; minoría constantemente expuesta tanto a las prevenciones de la masa popular como a la hostilidad del gobierno, no sólo porque los fieles de Jesús se abstenían de las prácticas tradicionales, sino también porque, dominados por la visión de su patria divina y olvidados de su ciudad natal, jamás respondían a las preguntas que se les formulaban sobre su origen o nacionalidad sino con la palabra «cristianos», pasando así por desertores, fugitivos y enemigos del Estado[109]. Además, los castigos a que los exponía su intransigencia —y a raíz de los cuales sucumbió, en tiempo de Adriano, el papa Telésforo— eran a la

[107] Sobre la segunda Flavia Domitila, cf. DUCHESNE, *op. cit.*, p. 217. n. 2 (cita a EUSEBIO, *Chron.*, a. Abr. 2110, II, p. 143, ed. Schoene; *Hist. Eccl.*, III, 18).

[108] En estos últimos años, la célebre tesis de De Rossi ha sido atacada principalmente por P. STYGER, *Die römischen Katakomben*, Berlín, 1933.

[109] Sobre la ilegalidad inicial del cristianismo, ver mis observaciones en *R. E. L.*, 1936, pp. 230-231.

vez sobrado intermitentes para exterminarlos y harto heroicamente soportados para no suscitar la admiración de sus adversarios. Es evidente que la dulzura evangélica de la vida que llevaban los cristianos, así como la fuerza de su Credo, contribuyeron a impulsar los progresos de la nueva religión más que las *Apologías* —iniciadas por el obispo Quadrato durante el reinado de Adriano— y tanto como el heroísmo de los mártires. Hasta aquellos que insisten en señalar analogías entre el cristianismo y los misterios paganos están de acuerdo en que la religión de Jesús superó a todas las gentiles [110]. ¡Y en qué forma! Al politeísmo de los dioses grecorromanos —aun cuando éstos fuesen reducidos a símbolos—, al impreciso y vago «henoteísmo» de los cultos orientales, la religión cristiana oponía su doctrina del dios único, soberano y creador de todo lo existente. A las idolatrías, a veces atenuadas por la metafísica del éter divino y de los planetas eternos, oponía un culto completamente espiritual, despojado de aberraciones astrológicas, de sacrificios sangrientos y de repugnantes iniciaciones; siendo estos ritos reemplazados, en el culto que nos ocupa, con un bautismo de agua pura, sencillas oraciones y una frugalísima comida realizada en común. Al igual que los misterios paganos, el cristianismo daba, en nombre de sus libros sagrados, respuesta a todos los problemas referentes al origen de las cosas y al destino de los hombres; pero el Redentor cuya «buena nueva» revelaba, en lugar de perderse, intangible y ambiguo, en un dédalo mitológico, aparecía en la realidad milagrosa de la vida terrena de Jesús, Hijo de Dios e Hijo del Hombre. Como los cultos gentiles, el cristianismo garantizaba la salvación después de la muerte; pero, en vez de hundir al redivino en el abismo silencioso de la eternidad sidérea, le daba nueva y esplendorosa vida mediante la resurrección personal, prefigurada por la resurrección del Divino Nazareno. En fin, lo mismo que las paganas, la religión cristiana imponía a sus fieles una norma de vida y de conducta; la cual norma, aunque incluía la contemplación, el ascetismo y el éxtasis, no abusaba de estas prácticas y cifraba toda su moral en la caridad y en el amor al prójimo que prescribían los Evangelios.

Fig. 73. — Caricatura anticristiana hallada en el Palatino. Obsérvese el crucificado con cabeza de burro. Al pie la inscripción: «Alexamenos adora a su dios».

[110] LOISY, *Les mystères païens et le mystère chrétien*, París, 1922, p. 363.

Caridad y amor al prójimo: allí residía, sin duda, el atractivo más poderoso de la nueva religión. Los cristianos eran todos hermanos, y este dulce nombre se daban entre sí. Sus reuniones tomaban a menudo la denominación de ágape, que en griego significa amor. Se ayudaban constantemente unos a otros «sin alarde y con modestia». De comunidad en comunidad circulaban incesantemente «consejos, enseñanzas y ayudas materiales», y, como escribe Duchesne, «todo esto se hacía más activa y animadamente y de muy otra manera que en las cofradías paganas.» Por tanto, es muy probable que de los cristianos se dijera entonces: «¡Qué sencilla y pura es su religión! ¡Qué admirable confianza

Fig. 74. — Un ágape. (Museo de Letrán, Roma).

tienen en su Dios y en sus promesas! ¡Cómo se aman! ¡Cuán felices son!» [111]

Seguramente, en el siglo segundo de nuestra era, esa alegría evangélica no abarcaba nada más que pequeños grupos aislados en la masa de la enorme ciudad; mas ya era contagiosa y, sin duda alguna, había comenzado, a escondidas de la mayoría, a transformar millares de existencias. Este es un aspecto que siempre hay que tener en cuenta si se quiere comprender la vida en Roma en la época que estudiamos. La Iglesia, en la Ciudad, es aún poco visible. Pero ella está presente y actúa sin cesar; y, aunque sus beneficios no se manifiesten en forma descubierta, no por eso debemos ignorar las saludables influencias que silenciosamente ejerce en la Ciudad. En secreto elabora los remedios contra los peores males que minan la civilización urbana. En nombre de un nuevo ideal, la Iglesia restaura viejas virtudes quebrantadas o perdidas: la dignidad y el valor del individuo, la cohesión de las fami-

111 DUCHESNE, *op. cit.*, p. 198.

lias, el sentido de las verdades morales en la conducta de los adultos y en la educación de los hijos; y, sobre todo, comunica a las relaciones entre los hombres una benignidad y una mansedumbre desconocidas por las duras sociedades antiguas.

En esta Roma de los Antoninos, cuya aparente grandeza disimula mal la disolución interna que, a la larga, arruinará su poderío y dilapidará sus riquezas, lo que más sorprende es el hormigueo de sus muchedumbres a los pies de la majestad imperial, su fiebre de dinero, la ostentación del lujo que encubre sus miserias, la prodigalidad de los espectáculos que distraen su tedio y atizan sus bajos instintos, la inanidad de los ejercicios intelectuales que estragan el cerebro de los estudiosos y el frenesí de los placeres carnales que embrutecen a la mayoría. Mas es necesario que el historiador, a pesar de este brillo engañoso y de estas sombras siniestras, no pierda de vista la sutilísima llama, todavía vacilante y temblorosa, que se ha encendido en el corazón de los elegidos como el alba naciente de un nuevo y mejor mundo.

SEGUNDA PARTE

EL EMPLEO DEL TIEMPO

SEGUNDA PARTE

EL EMPLEO DEL TIEMPO

CAPITULO 1

EL REGIMEN HORARIO Y EL COMIENZO DE LA JORNADA

EN esa Roma de los primeros Antoninos, enorme, cosmopolita y heterogénea, colmada de contrastes a la vez numerosos y violentos, resulta posible, sin embargo, mostrar con suficiente claridad cómo transcurría de ordinario la jornada de un romano. Por supuesto, siempre entrará en una reconstrucción de este género una fuerte dosis de imaginación y de arbitrariedad. Pero, dejando a un lado las diferencias de profesión y las circunstancias especiales producidas, en la cúspide y en la base de la escala social, por la opulencia de los multimillonarios y la indigencia de los menesterosos, queda para el común de las gentes un mínimum de cuidados, de ocupaciones y de recreos, que llenaba, con ligeras mudanzas, la existencia cotidiana de la mayor parte de los habitantes de la *Urbs*. Y es tanto más fácil seguir su desarrollo y señalar sus principales momentos cuanto que, en general, la vida diaria de los romanos no estaba sometida como la nuestra a la rigidez de un horario inflexible.

1. Los Días y las Horas del Calendario Romano

Después de la reforma juliana de 46 antes de Jesucristo, el calendario de los romanos se ajustó —como el nuestro, que de él procede— a la duración de la traslación terrestre alrededor del sol. Los doce meses de nuestro año conservan el orden, la extensión y los nombres que les asignaron el genio de César y la cordura de Augusto. Desde el comienzo del imperio, cada uno de los meses, inclusive febrero en los años ordinarios y en los años bisiestos, comprendió el mismo número de días que en la actualidad; además, la astrología introdujo, al lado de la vieja división oficial de las calendas (1º de cada mes), las nonas

(el 5 ó 7 de cada mes) y los idus (el 13 ó 15 de cada mes)[1], el uso de las semanas de siete días subordinados a los siete planetas, cuyos movimientos pasaban por regir el Universo. Este sistema arraigó con tanta fuerza en la conciencia popular, que, a principios del siglo tercero de nuestra era, Dión Casio lo juzgará una creación puramente latina [2]. Y sabido es que con sólo un ligero cambio —la substitución del día del Señor *(dies Dominica,* domingo) al día del Sol *(dies Solis,* Sonntag, Sunday)—, la semana se ha conservado íntegramente en la mayoría de los países de lengua romance, no obstante la decadencia de la astrología y el triunfo del cristianismo. Por último, cada uno de los siete días de la semana estaba dividido en veinticuatro horas, cuyo punto de partida coincidía no, como entre los babilonios, con la salida del sol, tampoco, como entre los griegos, con la puesta del mismo, sino que coincidía, como en lo presente, con la medianoche [3]. Pero aquí terminan las analogías entre la manera de medir el tiempo por los antiguos romanos y la manera como lo hacemos nosotros; y, tardíamente aparecidas en el «día» romano, las «horas» latinas, si bien llevaban el mismo nombre y sumaban el mismo número que las nuestras, eran en realidad muy diferentes.

La «hora» es una creación de los griegos, derivada de las medidas que éstos aprendieron a tomar, hacia fines del siglo v antes de Jesucristo, de las etapas recorridas por el sol en su marcha aparente a través del cielo. El cuadrante solar de Metón, que permitió a los atenienses registrar esas etapas, consistía en un casquete esférico de piedra (πόλος), cóncavo, en cuyo centro se levantaba un estilo metálico o gnomon (γνώμων). Tan pronto como el sol aparecía en el horizonte, la sombra del estilo entraba en la concavidad del hemisferio vuelto hacia el cenit, trazando en ella, en dirección contraria, el paralelo diurno del sol. Cuatro veces al año, en los equinoccios y en los solsticios, se señalaban, mediante una línea grabada en la piedra, los movimientos de sombra así obtenidos; y como la curva correspondiente al equinoccio de otoño coincidía con la del equinoccio de primavera, resultaban finalmente tres circunferencias concéntricas, cada una de las cuales era luego dividida en doce partes iguales. Hecho esto, sólo faltaba unir los puntos correspondientes de los tres círculos por doce líneas divergentes para obtener las doce horas — ὧραι, *horæ*— que jalonaban el curso anual del sol; y como el πόλος registraba fielmente la sucesión de dichas «horas»,

[1] Los idus caían el día 15 en marzo, mayo, julio y octubre; el día 13, en los restantes ocho meses. Las nonas caían el día 5 en los meses en que los idus eran el 13, y el día 7 en los otros cuatro meses.

[2] Sobre la semana considerada como una creación puramente latina, cf. DIÓN CASIO, XXXVII, 18, 2.

[3] Sobre el día civil de los romanos, de los griegos y de los babilonios, cf. MACROBIO, *Sat.*, I, 3, 2; AULO GELIO, III, 2, 2.

el aparato recibió el nombre de «cuenta-horas» u ὡρολόγιον, palabra que conserva en la voz latina *horologium,* reloj, el sentido y la forma de su denominación griega [4].

Siguiendo el ejemplo de Atenas, las demás ciudades helénicas quisieron, como gran honor, tener sus «relojes»; y sus astrónomos se mostraron capaces de aplicar el principio a la posición de cada una de ellas. La marcha aparente del sol variaba y varía, en efecto, con la latitud de los lugares, y el largo de la sombra proyectada por el gnomon sobre el πόλος difería consiguientemente de una ciudad a otra. Así, por ejemplo, sólo era de tres quintos de la altura del estilo en Alejandría y de tres cuartos en Atenas; se aproximaba a nueve undécimos en Tarento; alcanzaba a ocho novenos en Roma. Por tanto, cada ciudad requería un cuadrante solar distinto. Los romanos fueron los últimos en advertir esta circunstancia: experimentaron la necesidad de contar las horas del día dos siglos después que los atenienses, y, una vez que empezaron a contarlas, les llevó cien años el aprender a hacerlo correctamente [5].

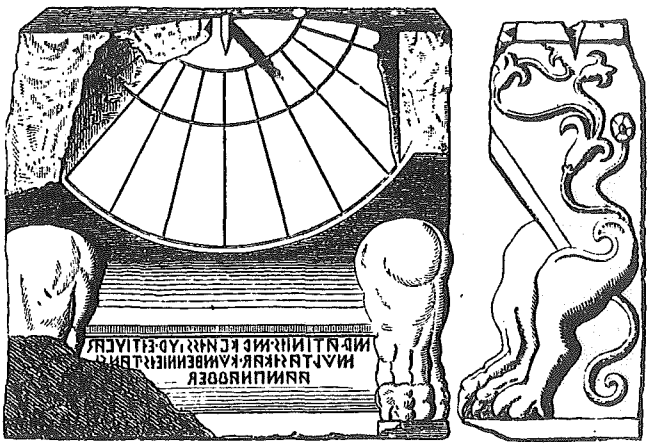


Fig. 75. — Reloj solar procedente de las grandes termas de Pompeya. (Museo de Nápoles).

A fines del siglo cuarto antes de Jesucristo, seguían contentándose con dividir la jornada en dos partes: una antes de mediodía, la otra después. Naturalmente, era entonces de suma importancia señalar con exactitud el paso del sol por el meridiano. Un auxiliar de los cónsules estaba encargado de acecharle, para anunciarle, luego que lo advertía, al pueblo que trabajaba en el Foro y sobre todo a los litigantes, pues

[4] Cf. el artículo *Horologium* en *D. A.*

[5] Sobre la tardía introducción de las «horas» en Roma, cf. CENSORINO, *De die nat.*, XXIII, 6. Sobre la primitiva división de la jornada en dos partes, cf. PLINIO, VII, 212; AULO GELIO, XVII, 2, 10.

éstos, para que las instancias fuesen válidas, debían presentarse al tribunal antes de mediodía. Como las intrucciones del «heraldo» especificaban que el aviso había de darse cuando el astro se intercalaba «entre los *rostra* y la *græcostasis*», no cabe duda de que sus funciones eran de institución relativamente reciente; pues no hubiera podido hablarse de «rostros» antes de la colocación en la tribuna de las arengas, como trofeo de la victoria naval obtenida por Cayo Duilio en 338 antes de nuestra era, de los *rostra* o espolones pertenecientes a los navíos capturados a los antiatas; y tampoco hubiera podido hablarse de *græcostasis*, edificio destinado a la recepción de las embajadas griegas, con anterioridad a la llegada de la primera de ellas, que fué, según parece, la enviada al Senado por Demetrio Poliorcetes en 306 antes de Jesucristo[6].

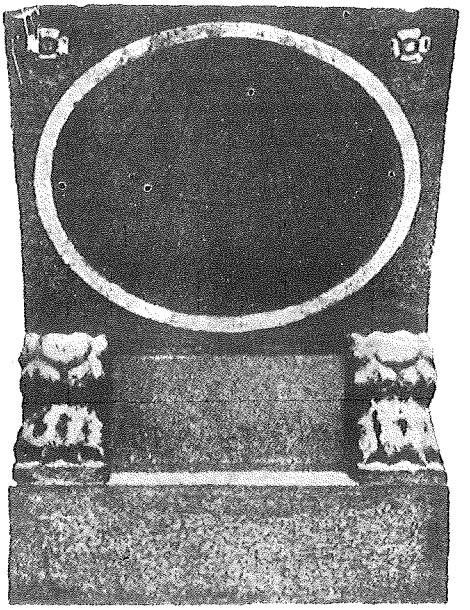


Fig. 76. — Reloj solar. (Museo Arqueológico de Madrid).

En tiempo de la guerra de Pirro cumplióse un pequeño progreso por la subdivisión de cada una de las mitades del día en dos secciones: por una parte, la mañana y el pre-mediodía (*mane y ante meridiem*), y por otra, el post-mediodía y la tarde (*de meridie y suprema*)[7]. Pero sólo al comenzar la primera guerra púnica, en 264 antes de Jesucristo, el *horologium* y las «horas» de los griegos, uno trayendo las otras, entraron en la Ciudad[8]. Uno de los cónsules del citado año, Manio Valerio Mesala, llevó a Roma, entre el botín cobrado en Sicilia, el cuadrante solar de Catania al que hizo montar de nuevo, tal cual era, en el *comitium*, esto es, en la zona oriental del Foro, donde durante más de tres generaciones

[6] Sobre la *graecostasis*, cf. VARRÓN, V, 135. Con excepción de una embajada de Alejandro Magno —que es muy probablemente una ficción de los analistas—, los griegos no enviaron diputaciones a Roma con anterioridad a los triunfos de Demetrio Poliorcetes (ESTRABÓN, V, 2, 5).

[7] Sobre la división del día en cuatro partes, cf. CENSORINO, *De die nat.*, XXIV, 3.

[8] Sobre el primer cuadrante solar, que data no de 293, sino de 163 antes de Jesucristo, cf. PLINIO, *N. H.*, VII, 213-214.

las líneas trazadas en su πόλος para una latitud diferente suministraron a los romanos horas sin relación alguna con la realidad. Plinio el Antiguo dice que los habitantes de la *Urbs* se atuvieron ciegamente a ese falso horario durante noventa y nueve años [9]; pero no obstante esta aseveración, es lícito creer que en el transcurso de ese largo período los romanos se obstinaron menos en su error que en su ignorancia. Seguramente hicieron caso omiso del cuadrante solar de Mesala y continuaron guiándose, a la buena de Dios, por la marcha aparente del sol arriba de los monumentos de sus plazas públicas, como si el *horologium* no hubiera existido nunca.

Sea lo que fuere, en 164 antes de la era cristiana, tres años después de Pidna, la inteligente generosidad del censor Quinto Marcio Filipo los dotó por vez primera de un «reloj» ex profeso calculado para la latitud de la *Urbs*, y, por esa circunstancia, casi exacto; y parece, si se cree al Naturalista, que los romanos acogieron el regalo como un beneficio insuperable [10]. En treinta años de lucha casi ininterrumpida en territorio griego —primero contra Filipo V, luego contra los etolios y Antíoco de Siria, por último contra Perseo—, los romanos habían tenido oportunidad de familiarizarse con las invenciones de sus enemigos. Así llegaron a sentir la necesidad y a experimentar las ventajas de un sistema horario menos vago e incierto que el hasta entonces utilizado en la Ciudad, lo cual explica la profunda satisfacción con que recibieron el *horologium* de Quinto Marcio Filipo. Y para hacerse igualmente merecedores de la gratitud popular, los sucesores de éste en la censura, Publio Cornelio Escipión Nasica y Marco Popilio Lenas, completaron la feliz iniciativa, en 159 antes de Jesucristo, instalando junto al cuadrante solar un reloj de agua destinado a suplir sus servicios en los días nubosos y durante la noche [11].

Más de cien años hacía que los alejandrinos utilizaban el ὑδρίον ὡροσκοπεῖον, aparato ideado por Ctesibio sobre la base de la antigua clepsidra, para obviar los inconvenientes del *horologium* propiamente dicho. El invento de Ctesibio recibió, en latín, el nombre de *horologium ex aqua*. El mecanismo del reloj de agua no puede ser más simple. Imaginemos ante todo la clepsidra —es decir, un vaso transparente que recibe un aporte de agua constantemente uniforme— colocada junto a un cuadrante solar. Cuando el gnomon proyecta su sombra sobre una curva del πόλος, se marca el nivel en ese instante

[9] Cf. PLINIO, *ibid.*, 214: *nec congruebant ad horas eius lineae... paruerunt tamen ei annis undecentum.*

[10] Cf. PLINIO, *ibid.*, 214: *donec Q. Marcius Philippus, qui cum L. Paulo fuit censor, diligentius ordinatum iuxta posuit, idque munus inter censoria opera gratissima acceptum est.*

[11] Sobre el primer reloj de agua instalado en Roma, cf. PLINIO, *N. H.*, VII, 215.

alcanzado por el líquido en la clepsidra mediante una raya trazada en la cara externa de la vasija. Cuando la sombra llega a la curva siguiente del πόλος, se hace en igual forma una nueva marca, y así sucesivamente: huelga decir que los doce niveles señalados corresponden a las doce horas del día escogido para la experiencia. Hecho esto, es evidente que, dando a la clepsidra una forma cilíndrica, bastará dibujar en ella, de enero a diciembre, doce verticales correspondientes a los doce meses del año; después, anotar sobre cada una de las doce verticales los doce niveles horarios registrados para un mismo día de cada mes; y, finalmente, unir con una curva los puntos horarios marcados sobre las verticales mensuales, para saber instantáneamente, por el nivel que alcanza el agua en la vertical del mes en curso, la hora que, en el mismo momento, la sombra del gnomon indica sobre el casquete del cuadrante solar, siempre, naturalmente, que el astro rey esté visible.

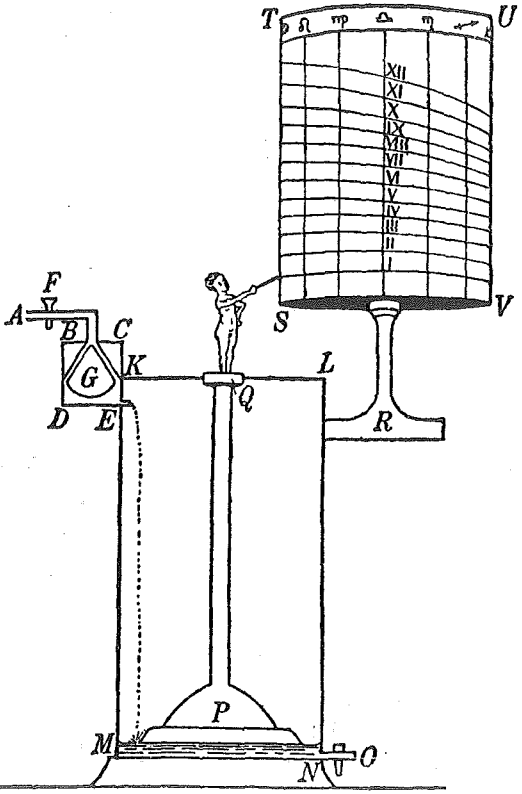


Fig. 77.—El «horologium ex aqua» de Ctesibio. Hans Lamer explica así su funcionamiento: «Un depósito de agua (BCDE), suspendido a cierta altura, está en comunicación con una tubería. El agua que de él sale determina la medición del tiempo. Un ingenioso dispositivo en G hace que el agua salga siempre a la misma presión. El tubo fino de salida E era de oro o de algún otro metal precioso. En el vaso KLMN, donde cae el agua, va subiendo lentamente el nivel y con él va subiendo también un flotador PQ, allí colocado; este flotador equivale a las manecillas de nuestros relojes, y su ascensión al movimiento giratorio de ellas: sobre él hay una figura, que indica las horas con una varilla. Una vez que ha alcanzado su más alto nivel, al terminar el día, hay que «dar cuerda» al reloj, es decir, se abre la espita O y el agua sale de KLMN; entonces desciende el flotador».

Una vez utilizado el reloj de sol para graduar el *horologium ex aqua*, éste permitía prescindir ventajosamente de aquél. En efecto, la clepsidra no sólo computaba el tiempo sin estar sujeta

a las contingencias atmosféricas, pero además hacía posible, mediante una sencilla inversión en la lectura de las verticales mensuales, extender a la noche las divisiones horarias del día. Se comprende entonces que el invento de Ctesibio se generalizara con rapidez en Roma, aunque nunca llegó a hacer olvidar el primitivo reloj de sol. El principio del cuadrante solar fué aplicado variamente en la Ciudad. A veces en proporciones grandiosas: en el año 10 antes de Cristo, por ejemplo, Augusto erigió en el Campo de Marte el obelisco de Montecitorio, gnomon gigante cuya sombra señalaba las horas diurnas sobre las líneas de bronce inscriptas en el adyacente pavimento de mármol [12]. Otras veces el mismo principio era transportado a dispositivos que se fueron reduciendo más y más, hasta terminar en minúsculos *solaria*, cuadrantes portátiles que prestaban los mismos servicios que nuestros relojes de bolsillo, y de los que se han encontrado, especialmente en Forbach y Aquileya, ejemplares que apenas miden más de tres centímetros de diámetro. Pero, al propio tiempo, los edificios públicos de la *Urbs* y aun las casas particulares de los ricos se proveían de relojes de agua cada vez más acabados. Desde la época de Augusto, *clepsydrarii* y *organarii* rivalizaban en habilidad, fabricando horarios de formas estrambóticas y accesorios no menos peregrinos. Así como en nuestros días hay relojes con aparatos sonoros y juegos de campanas, los *horologia ex aqua* descriptos por Vitruvio poseían flotadores automáticos, que para «dar la hora» lanzaban al aire guijarros o huevos, o bien emitían silbidos avisadores [13].

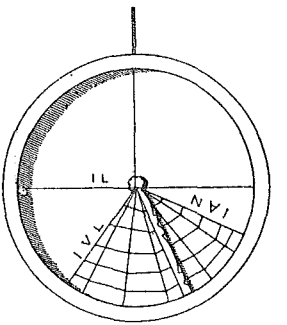


Fig. 78. — Reloj solar de bolsillo encontrado en Alsacia.

En la segunda mitad del siglo primero y durante todo el siglo segundo de nuestra era, su empleo aumentó constantemente. En tiempo de Trajano, el reloj de agua era la prueba infalible de la distinción y de la calidad social de su propietario, algo así como es hoy el piano para cierta gente de la clase media. En la novela de Petronio, que nos presenta a Trimalción como un hombre opulentísimo *(lautissimus homo)*, sus adulones justifican la admiración que él les inspira con esta razón terminante como la palabra del Papa: ¿acaso no tiene «en su comedor un reloj, y junto a éste un esclavo que hace sonar una corneta para que a cada instante se sepa qué porción se ha perdido de la vida»? Por otra parte, Trimalción está tan orgulloso de su reloj,

[12] Sobre el gran *solarium* sito entre la *Ara Pacis* y la columna Aureliana, cf. *C. I. L.*, VI, 702 y PLINIO, *N. H.*, XXXVI, 73.

[13] VITRUVIO, IX. 9. 5.

que desearía poder llevarlo consigo al otro mundo, y ha ordenado por testamento a sus herederos que le levanten un suntuoso mausoleo, de cien pies (treinta metros) de frente y el doble de profundidad, «y en el centro del monumento se ha de colocar un reloj, con tal artificio dispuesto, que todos los que miren la hora tengan por fuerza que leer mi nombre.»[14] No se explicaría este singular llamado a la posteridad si los contemporáneos de Trimalción no hubieran tenido el hábito de consultar con gran frecuencia sus relojes; siendo evidente, por tanto, que la división horaria de la jornada estaba fuertemente arraigada en sus costumbres. Sin embargo, de ninguna manera debe creerse que los romanos vivían con los ojos clavados en los estilos de sus cuadrantes o en los flotadores de sus clepsidras, como el hombre moderno vive con los suyos puestos en las manecillas del reloj. Ellos no eran, como lo somos nosotros, esclavos del tiempo, porque sus «horas» carecían en absoluto de regularidad y de precisión.

Ante todo, es palmario que el acuerdo entre el gnomon y el reloj de agua distaba mucho de ser exacto. El gnomon sólo era fiel en la medida que sus constructores le habían adaptado a la latitud del lugar. En cuanto al reloj de agua, que daba un mismo nivel para todos los días de cada mes, aun cuando el sol no los hubiera iluminado a todos igualmente, sus fabricantes no podían impedir que ciertas fluctuaciones falsearan a menudo la graduación por ellos efectuada con ayuda del cuadrante solar. Por eso, cuando alguien preguntaba la hora, estaba seguro de escuchar muchas respuestas diferentes a la vez, pues, como lo testimonia Séneca, era pedir peras al olmo pretender en Roma saber la hora exacta; ¡con más facilidad se ponían de acuerdo los filósofos que los relojes! *Horam non possum certam tibi dicere; facilius inter philosophos quam inter horologia convenit*[15]. La hora romana nunca fué sino aproximativa.

Además, era una hora perpetuamente móvil, cambiante o, si se quiere, contradictoria. En el origen, las horas habían sido calculadas para el día propiamente dicho; y aun cuando el reloj de agua hubiese hecho posible el cálculo de las horas nocturnas por una simple inversión de los datos suministrados por el cuadrante solar para la medida del día, aquél no logró unificarlas. Para «dar cuerda» a los *horologia ex aqua* era preciso vaciarlos separadamente para el día y para la noche. De allí una primera discrepancia entre el día civil, cuyas veinticuatro horas se sucedían de medianoche a medianoche, y las veinticuatro horas del día natural, que estaban oficialmente divididas en dos gru-

[14] PETRONIO, *Sat.*, 26 y 71.
[15] SÉNECA, *Apokol.*, II, 3.

pos de doce horas cada uno: las doce horas del día y las doce horas de la noche [16].

Esto no es todo. Mientras nuestras «horas» comprenden uniformemente sesenta minutos de sesenta segundos cada uno y se definen con toda exactitud por el fugitivo instante del minuto en que ellas suenan, la ausencia de división en el interior de las «horas» romanas hacía que cada una de éstas se extendiera sobre todo el intervalo comprendido entre la anterior y la siguiente; y ese intervalo, en lugar de ser inmutable, variaba constantemente de un cabo al otro del año, y, dentro de un mismo día, la extensión de las horas diurnas era por completo opuesta a la duración de las horas de la noche. Como las doce horas del día habían sido repartidas por el gnomon entre la salida y la puesta del sol, las doce horas de la noche debían por fuerza hallarse contenidas entre la puesta y la salida del mismo; por tanto, cuando en una estación las horas del día eran largas, las de la noche eran proporcionadamente más cortas, y viceversa. Las horas diurnas y las horas nocturnas eran iguales entre sí e iguales a las nuestras sólo dos veces al año: en los equinoccios vernal y de otoño. Las horas del día y de la noche aumentaban y disminuían en razón inversa hasta los solsticios de verano y de invierno, en cuyas fechas la discrepancia horaria llegaba al máximum. En el solsticio de invierno (22 de diciembre) —cuando el día posee 8 horas 54 minutos de iluminación solar contra 15 horas 6 minutos de obscuridad—, la hora diurna se reducía a 44 4/9 minutos; la hora nocturna, en cambio, se alargaba a 1 hora 15 5/9 minutos. En el solsticio de verano, la situación era justamente la opuesta: la hora nocturna se reducía al mínimum, la hora diurna se dilataba al máximum.

De esta suerte, en el solsticio de invierno las horas diurnas se sucedían en el orden siguiente:

I.	*Hora prima*	: de 7 h. 33 a 8 h. 17.
II.	*Hora secunda*	: de 8 h. 17 a 9 h. 2.
III.	*Hora tertia*	: de 9 h. 2 a 9 h. 46
IV.	*Hora quarta*	: de 9 h. 46 a 10 h. 31.
V.	*Hora quinta*	: de 10 h. 31 a 11 h. 15.
VI.	*Hora sexta*	: de 11 h. 15 a 12 h. 00.
VII.	*Hora septima*	: de 12 h. 00 a 12 h. 44.
VIII.	*Hora octava*	: de 12 h. 44 a 1 h. 29.
IX.	*Hora nona*	: de 1 h. 29 a 2 h. 13.
X.	*Hora decima*	: de 2 h. 13 a 2 h. 58.
XI.	*Hora undecima*	: de 2 h. 58 a 3 h. 42.
XII.	*Hora duodecima*	: de 3 h. 42 a 4 h. 27.

[16] Sobre las diferencias existentes entre el día civil y el día natural de los romanos, cf. CENSORINO, *De die nat.*, XXIII, 2.

En cambio, en el solsticio de verano las horas diurnas se distribuían así:

I.	*Hora prima*	: de	4	h.	27	a	5	h.	42.
II.	*Hora secunda*	: de	5	h.	42	a	6	h.	58.
III.	*Hora tertia*	: de	6	h.	58	a	8	h.	13.
IV.	*Hora quarta*	: de	8	h.	13	a	9	h.	29.
V.	*Hora quinta*	: de	9	h.	29	a	10	h.	44.
VI.	*Hora sexta*	: de	10	h.	44	a	12	h.	00.
VII.	*Hora septima*	: de	12	h.	00	a	1	h.	15.
VIII.	*Hora octava*	: de	1	h.	15	a	2	h.	31.
IX.	*Hora nona*	: de	2	h.	31	a	3	h.	46.
X.	*Hora decima*	: de	3	h.	46	a	5	h.	2.
XI.	*Hora undecima*	: de	5	h.	2	a	6	h.	17.
XII.	*Hora duodecima*	: de	6	h.	17	a	7	h.	33.

Las horas de la noche reproducían antitéticamente la disposición de las horas diurnas, alcanzando su máximum en el solsticio de invierno y su mínimum en el solsticio de verano.

No en vano nos hemos detenido en estos engorrosos pormenores, que influían hondamente en la existencia romana. Por una parte, como los medios para medir aquellas inconstantes y tornadizas horas fueron empíricos e insuficientes durante toda la antigüedad, la vida en la *Urbs* jamás estuvo arreglada con la precisión matemática que podrían hacer creer las dos tablas arriba reproducidas, tablas que han sido calculadas con el mismo método con que hoy trazamos los rigorosos horarios que tiranizan nuestro empleo del tiempo. Lo que significa que, a pesar de las actividades de toda índole que se desarrollaban en la gran ciudad, la vida en ésta gozó siempre de una elasticidad desconocida en nuestras capitales contemporáneas. Por otra parte, como la duración del día romano estaba constante e inexorablemente modificada por la diversidad de las estaciones, la vida conocía fases sucesivas y periódicas en las que el movimiento y la actividad variaban con las dimensiones de las horas diurnas; más débiles en los meses obscuros, más intensos a la vuelta del tiempo propicio y luminoso; lo cual equivale a decir que, no obstante la magnitud de la enorme y populosa ciudad, la vida romana fué siempre campesina por su tipo, su ritmo y su carácter.

2. El Comienzo de la Jornada

La gigantesca Roma imperial se despertaba tan temprano como una pequeña aldea campesina: a la hora del alba, cuando no antes. Apenas el primer rayo de sol comenzaba a disipar las tinieblas de la noche, cuando los martillazos de los caldereros, los gritos de los mer-

cachifles, las voces de los mendigos y la algarabía de los alumnos en las escuelas colmaban las calles y las plazas de la *Urbs*. Así lo testimonia Marcial en el epigrama –ya citado en la primera parte de este libro– donde enumera a su amigo Esparso las causas que impiden conciliar el sueño a los romanos de su época [17]. Para huir del estrépito matutino, el rico se refugia en el más recóndito aposento de su residencia, aislado por el espesor de los muros y por los bosquetes de los jardines que circuyen su mansión. Pero si allí no le despiertan los ruidos de la calle, le desvelan, en cambio, los equipos de esclavos encargados de la limpieza de la casa. La campana que llama a la labor suena al punto que empieza a rayar el día, y, a tan temprana hora, un enjambre de servidores, con los ojos aun hinchados por el sueño, penetra en las habitaciones armado con todo un arsenal de cubos, rodillas *(mappæ)*, escaleras de mano *(scalæ)* para alcanzar los cielos rasos, perchas *(perticæ)* con esponjas *(spongiæ)* atadas en la punta, plumeros y escobas *(scopæ)*, hechas estas últimas de palmas verdes o de apretados ramos de tarayes, brezos y arrayanes silvestres. Mientras unos esclavos esparcen serrín sobre los pisos, serrín que en seguida recogen junto con las basuras acumuladas, otros lanzan sus esponjas y plumeros al asalto de cornisas y pilastras; y todos limpian, frotan, bruñen y sacuden con ardoroso entusiasmo. A menudo el amo, que espera una visita de marca, se levanta para moverlos a la acción, y su voz, imperiosa o bronca, domina el alboroto de los limpiadores:

«... Cuando esperas
huéspedes, a tu casa en movimiento
pones: –Barred el pavimento, gritas
a los siervos, dejad estas columnas
limpias como el cristal; abajo vengan
con sus áridas telas las arañas.
Aquél la plata lave, éste a los vasos
cincelados devuelva el primer brillo.» [18]

Aun cuando el amo deje a su mayordomo la vigilancia y dirección de esta tarea, no es menos desvelado por la algazara de los fregadores; salvo el caso de que haya tomado, como Plinio el Joven en su villa laurentina, la precaución de interponer el silencio de un corredor de separación entre su dormitorio y las piezas en las que cotidianamente resuena el higiénico concierto matinal [19].

[17] MARCIAL, XII, 57.
[18] JUVENAL, XIV, 59-62. Sobre las varias clases de *scopæ*, cf. PLINIO, V. *H.*, XVI, 108; XXIII, 166; HOR., *Sat.*, II, 4, 81-82; MARCIAL, XIV, 82. Sobre las escaleras de mano, *scalæ quae ad lacunaria admoveantur*, cf. ULPIANO, en *Dig.*, XXXIII, 7, 16.
[19] PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, II, 17.

Por otra parte, y en general, los romanos eran madrugadores. En la antigua *Urbs* la iluminación artificial era extremadamente deficiente, de modo que tanto los ricos como los pobres procuraban aprovechar en lo posible la luz del día. Todos estaban dispuestos a adoptar por lema la máxima de Plinio el Antiguo: «Vivir es estar despierto: *profecto enim vita vigilia est.*» [20] De ordinario, los únicos a quienes había que arrancar del lecho eran los jóvenes juerguistas de que habla Aulo Gelio, o los ebrios que durante la mañana dormían la mona pillada a la noche [21]. De cualquier manera, hasta los más famosos dormilones se levantaban mucho antes de mediodía: según Persio, los perezosos salían de sus aposentos a la «quinta hora», y ésta, corrientemente, terminaba antes de las once [22]. Cuando a Horacio en Mandela se le pegaban las sábanas [23] —lujo que Marcial podía permitirse sólo en su lejana Bílbilis [24]—, dejaba el lecho a la «hora tercera», la cual, en verano, expiraba hacia las ocho de la mañana.

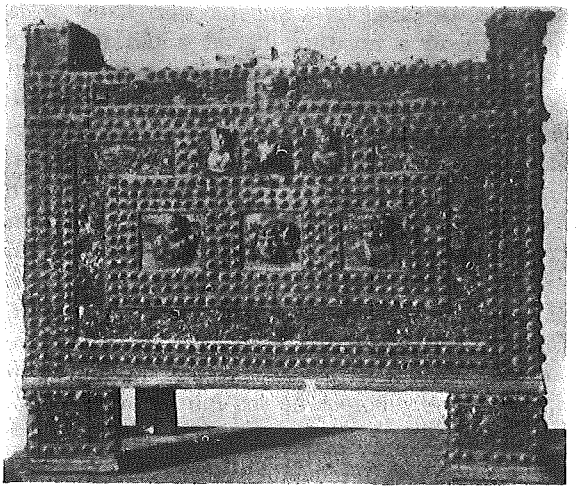


Fig. 79.—Cofre («arca») hallado en Pompeya. (Museo de Nápoles).

El hábito de levantarse con el sol estaba tan arraigado, que aun los que permanecían acostados después del amanecer se despertaban antes del alba, para entregarse sin abandonar la cama a sus ocupaciones corrientes, a la luz endeble y vacilante de una mecha de estopa y cera. Esta luz se llamaba *lucubrum*, y de este nombre salieron las voces *lucubratio* y *lucubrare*, que en buen romance se traducen «lucubración» y «lucubrar» [25]. Desde Cicerón hasta Horacio, desde los dos

[20] PLINIO EL ANTIGUO, *N. H., praef.*, 18.
[21] AULO GELIO, VI, 10, 5.
[22] PERSIO, III, 1-7.
[23] HORACIO, *Sat.*, I, 6, 122.
[24] MARCIAL, *Ep.*, XII, 18, 13.
[25] ISIDORO DE SEVILLA, *Origines*, XX, 10, 8.

Plinios hasta Marco Aurelio, los romanos distinguidos «lucubraron» abundantemente cada invierno [26]; y no sólo en invierno, sino en cualquier estación del año, el Naturalista, después de haber pasado las últimas horas de la noche dedicado a sus «lucubraciones» [27], se trasladaba, antes de romper el día, a casa del emperador Vespasiano, que por su parte ya había recibido los informes de sus secretarios y despachado su correspondencia [28].

Entre el acto de abandonar la cama y el de salir de la casa, no había, prácticamente, intervalo alguno. La levantada era una operación sencilla, rápida, instantánea. Hay que reconocer, por lo demás, que el dormitorio (*cubiculum*) carecía en absoluto de atractivos que pudieran tentar al ocupante a demorarse en él. Sus dimensiones eran casi siempre muy mezquinas. Sus puertas y ventanas, siendo macizas, le sumían, al cerrarse, en la mayor obscuridad y, abiertas, dejaban entrar más de la cuenta el sol, la lluvia o las corrientes de aire. Raras veces le adornaba alguna obra de arte, y se recordará que Tiberio casi escandalizó a medio mundo cuando hizo decorar el suyo [29]. Todo el moblaje del dormitorio corriente se reducía a una cama (*cubile*), que daba nombre al aposento, y a la cual solían agregarse, aunque no necesariamente: el cofre (*arca*), donde se guardaban telas y denarios; la silla, en la que Plinio el Joven sentaba a sus secretarios y a los amigos que acudían a visitarle, y que Marcial utilizaba para apoyar su manto; finalmente, el bacín (*lasanum*) [30] o el orinal (*scaphium*) [31], de los que la literatura nos ha descripto diversos modelos: desde los de barro ordinario (*matella fictilis*)[32] hasta los de plata incrustada de piedras preciosas[33].

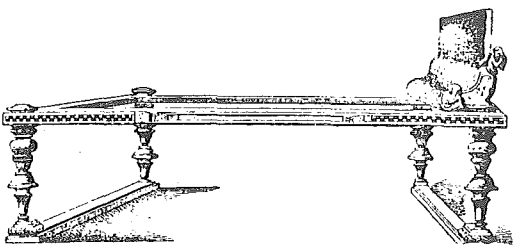


Fig. 80. — Lecho romano. (Museo de Nápoles).

[26] CICERÓN, *Ad. Qu. fr.*, III, 2, 1; HORACIO, *Serm.*, II, 1, 102; FRONTÓN, *Ep.*, IV, 6, p. 69 Naber.

[27] PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, III, 5, 8.

[28] SUETONIO, *Vesp.*, 21.

[29] Sobre el *Apoxiomenos* de Lisipo y la *Desposada* de Parrasio que decoraban el *cubiculum* de Tiberio, consultar mi artículo *Galles et archigalles* publicado en los *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire*, XL (1923), 267-307. Aquí no corresponde entrar en detalles acerca de la controversia suscitada por el destino de la cámara de los misterios de la villa Item.

[30] Acro, en HORACIO, *Sat.*, I, 6, 109.

[31] JUVENAL, VI, 264.

[32] MARCIAL, XIV, 119.

[33] MARCIAL, XI, 11, 5; cf. *Dig.*, XXXIV, 2, 27, 5.

En cuanto al lecho, por suntuosas que se quieran imaginar las patas y la cuja, la comodidad que ofrecía estaba muy lejos de igualar a su riqueza [34]. Sobre una base constituída por correas entrecruzadas se colocaba una especie de colchón *(torus)* y una almohada *(culcita, cervicæ)*, cuyo relleno *(tomentum)* era, entre los pobres, de heno o de paja, y, entre los ricos, de lana procedente de los rebaños que los leucios apacentaban en el valle del Mosa, cuando no era de plumones de cisne[35]. No se conocían las sábanas. El *torus* se cubría con dos mantas *(tapetia)*: sobre una de éstas *(stragulum)* se extendía el durmiente [36], con la otra se tapaba *(operimentum)*. Encima del lecho disponíase una colcha *(lodices)* o un cubrecama policromo y adamascado *(polymita)*[37]. Por último, al pie del lecho o, para decir como los antiguos, «delante del colchón» *(ante torum)*, una pequeña alfombra *(toral)* rivalizaba a menudo en lujo con las *lodices* [38].

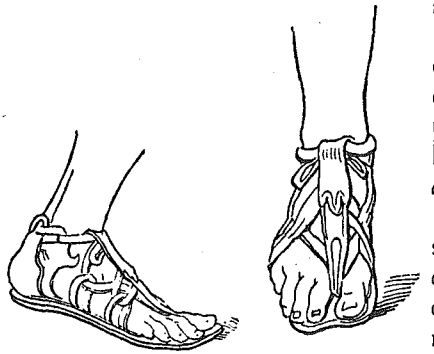


Fig. 81. — «Crepidae». (De una estatua de Augusto conservada en el Museo de Berlín).

La presencia del *toral* en el piso del aposento era en cierto modo obligada. Pues el romano, aunque a veces protegía sus piernas mediante tiras de tela a manera de polainas *(fasciæ)*, jamás poseyó algo comparable a nuestras medias o calcetines, de modo que quedaba con los pies desnudos en cuanto se quitaba el calzado al disponerse a acostar. Generalmente usaba *soleæ*, especie de sandalias de capuchino cuya suela se sujetaba con cordones cruzados sobre el empeine, o calzaba *crepidæ*, alpargatas de cuero sostenidas por una correa pasada por ojales convenientemente dispuestos, o *calcei*, zapatos de cuero asegurados mediante cintas de lo mismo anudadas en torno al empeine y al tobillo, o llevaba *caligæ*, suerte de borceguíes o botines que usaban los militares [39]. Sea lo que fuere, el romano se descalzaba

[34] Sobre los lechos, cf. *supra*, pp. 60-61.

[35] Sobre el *torus*, cf. PETRONIO, 32 y 78; JUVENAL, VI, 88 y siguientes; MARCIAL, XIV, 159, 160, 161. El renombre de las lanas de Flandes parece remontarse a la antigüedad.

[36] Sobre los *stragula* y *operimenta* (u *opertoria*), cf. VARRÓN, *L. L.*, V, 167; SÉNECA, *Ep.*, 87, 2.

[37] Sobre los *tapetia*, cf. MARCIAL, XIV, 147; *Dig.*, XXXIII, 10, 5. Sobre las *lodiees* y la *polymita*, cf. MARCIAL, XIV, 148 y 150.

[38] Sobre el *toral*, cf. VARRÓN, *L. L.*, V, 167; *Dig.*, XXXIII, 10, 5.

[39] Para mayores detalles acerca de cada uno de estos tipos de calzado, cf. los artículos respectivos de *D. A.*

para entrar en la cama. En cambio, lo mismo que los orientales de hoy, no se acostaba en pelota. Sólo se despojaba del manto, al cual extendía sobre el lecho para reforzar el abrigo del *operimentum* [40], si no le arrojaba displicentemente sobre la silla vecina [41].

Los antiguos distinguían dos clases de vestidos: los que se usaban pegados directamente a las carnes y los que se llevaban encima de la ropa interior. Tal es la diferencia, en griego, entre los *endumata* y los *epiblemata;* e idéntica diferencia existe, en latín, entre los *indumenta,* que se llevaban día y noche, y los *amictus,* que sólo se usaban durante una parte del día.

Fig. 82. — «Calceus patricius». (De una estatua de Calígula, en el Louvre).

Entre los *indumenta* figuraba en primer plano el *subligaculum* o *licium,* que algunos autores definen inexactamente como calzoncillos, cuando en realidad era un simple taparrabo, por lo común hecho de lino, que se anudaba alrededor de la cintura. Al principio, el *licium* fué, quizá, la única ropa interior de nobles y plebeyos. Éstos no gastaban ninguna otra prenda. Aquéllos, en cambio, añadían una sencilla toga, y nada más, como todavía lo hacían en tiempo de César y de Augusto ciertos conservadores acérrimos, para mejor publicar su fidelidad a las viejas costumbres [42]. En el siglo segundo después de Jesucristo, solamente los atletas se mostraban en público con tan ligera indumentaria [43]. A la sazón, hasta los obreros [44] se habían habituado a llevar una *tunica* encima del *licium,* La *tunica* —convertida entonces en el *indumentum* por excelencia— era una suerte de camisa, de lino o de lana, formada por dos grandes cuadrados de género cosidos entre sí. Primero se envolvía con ella la cabeza y luego se la ajustaba al cuerpo con un cinturón. Caía desigualmente, llegando por atrás hasta las corvas y por delante hasta poco más abajo de las rodillas [45]. La moda, por otra parte, introdujo algunas variaciones

[40] Cuando toda la vestimenta romana se reducía a un *licium* y una toga, los hombres dormían con la toga puesta (VARRÓN, citado por NONIO, XIV, p. 867-868 Lindsay). Pero más tarde se colocó la toga sobre la cama, según un rito observado en las noches de bodas (ARNOBIO, *Adv. Nat.*, II, 68).

[41] MARCIAL, *Ep.*, XII, 18, 17-18.

[42] Así lo hacía Catón de Utica (ASCONIO, p. 30, Or) y los Cornelios Cetegos *cinctuti,* cf. HORACIO, *A. P.*, 50; y PORFIRIO, *ad loc.*

[43] Ver CICERÓN, *De Off.*, I, 35, 129. También las mujeres deportistas se exhibían con esa ligerísima prenda, cf. JUVENAL, VI, 70 y MARCIAL, VII, 67.

[44] Con excepción, quizá, de los trabajadores rurales, de donde se deriva el nombre de *campestria,* que corrientemente llevan los *subligaria* de los obreros (cf. PLINIO, *N. H.*, XII, 59).

[45] QUINTILIANO, XI, 3, 138.

en este vestido, que al comienzo había sido idéntico para los dos sexos y para todas las categorías sociales. La túnica de las mujeres se hizo más larga que la de los hombres, y en ocasiones llegó a ser talar *(tunica talaris)* [46]. La de los militares era más corta que la de los civiles, y la de los simples ciudadanos menos larga que la de los senadores. Vestían éstos una túnica característica con ancho ribete purpurino: *tunica laticlavia* se llamaba [47]. En los días del imperio, los romanos solían usar dos túnicas, una sobre otra: la interior se denominaba *subucula;* la otra era la túnica propiamente dicha, la *tunica exterior.* Asimismo ocurría que las personas frioleras poníanse dos *subuculæ* en lugar de una, a veces hasta cuatro, como Augusto diz que hacía, a lo menos si damos fe a los detalles que suministra Suetonio sobre las manías de este emperador [48]. Pero, en invierno como en verano, las túnicas estaban provistas de mangas muy cortas que apenas cubrían la parte superior del brazo; y sólo en el bajo imperio este largo pudo ser excedido sin incorrección [49]. Ello explica no sólo la gran utilidad de los guantes de abrigo —que hasta los esclavos estaban autorizados a colocarse durante los fríos rigorosos [50]—, sino también la necesidad de llevar un *amictus* cubriendo los *indumenta.*

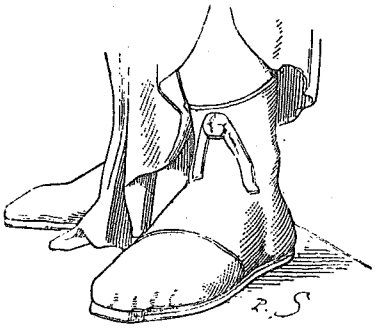


Fig. 83. — «Calceus». (De una estatua del Louvre).

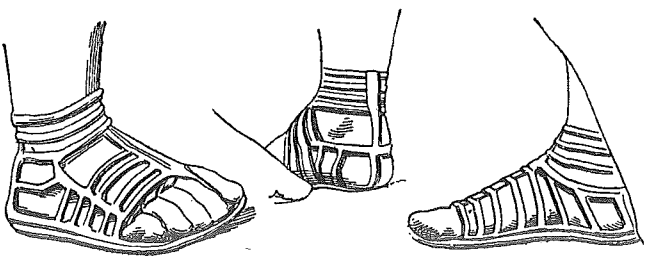


Fig. 84. — «Caligae». (Según bajos relieves de la Columna Trajana).

El *amictus* más típico de los romanos durante la República y a principios del imperio fué el «manto» conocido con el nombre de *toga,*

[46] La *tunica talaris* usada por algunos hombres era objeto de censuras, pues se la consideraba indicio de costumbres afeminadas; cf. CICERÓN, *Verr.*, II, 5, 31; 86; *In Cat.*, II, 22.

[47] QUINTILIANO, XI, 3, 139.

[48] SUETONIO, *Aug.*, 82.

[49] AULO GELIO, VI, 12, 1 y 3; NONIO, XIV, p. 860 Lindsay. *Contra,* AGUSTÍN, *De doctrina Christi,* III, 20.

[50] PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, III, 5, 15.

vocablo no ajeno al verbo *tegere*, que significa cubrir. Consistía en un amplio segmento circular de lana blanca, de 2 m 70 de diámetro, cuyo corte redondeado le distinguía de todas las variedades derivadas del *himation* de los helenos [51]. Recientemente, en una brillante página,

Fig. 85. — La toga romana. A la izquierda, la toga tal como se usaba en la época republicana, según una estatua de la Colección Dresden. La estatua de la derecha, conservada en el Louvre, muestra como se llevaba la toga en el alto imperio.

León Heuzey ha subrayado cómo estos dos tipos diferentes de vestido traducían actitudes mentales antagónicas [52]. Partidarios de las arquitecturas rectilíneas, «los griegos dejaban a la prenda con que se envolvían, los bordes y ángulos rectos que el género posee al salir del te-

[51] Sobre la toga y la manera de vestirla, cf., en último término, VICTOR CHAPOT, *Propos sur la toge, Mémoires de la Société des Antiquaires de France, LXXX* (1937), pp. 37-66.

[52] LÉON HEUZEY, *Histoire du costume antique*, p. 232. Reflexiones análogas en las páginas finales del libro de MARG. BIEBER, *Entwicklungsgeschichte der griechischen Tracht*, Berlín, 1934.

lar», consiguiendo así, «con tan elementales formas, efectos admirables que placían a la sencillez de su gusto y a la sobriedad de su espíritu.» Al contrario, los etruscos, luego los romanos, que desde temprana hora hicieron entrar el arco en su sistema de construcción, y que a menudo levantaban sus templos sobre una planta circular, redondearon igualmente los ángulos de sus vestidos. De esta suerte obtuvieron «ata-

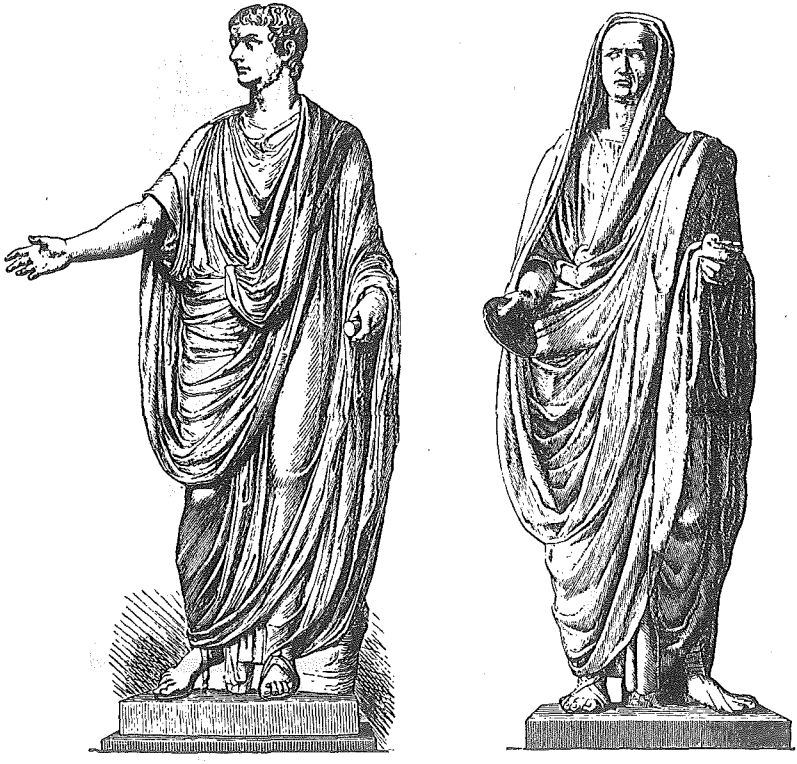


Fig. 86. — La toga romana. La estatua de la derecha, hallada en Capri, muestra al emperador Tiberio vistiendo la toga durante un acto civil. La de la izquierda, conservada hoy en el Vaticano, ilustra el uso de la toga en una ceremonia religiosa.

víos más ricos y majestuosos, pero de aspecto menos franco y menos realmente hermoso.»

La toga, de forma invariable y de irreductible amplitud, fué durante el alto imperio el traje nacional de los romanos, el traje de gala imprescindible en todas las manifestaciones de su actividad cívica. Era tan típica y característica, que los asesinos lanzados por Mitrídates en persecución de los romanos residentes en Asia se guiaron por ella como

señal infalible para reconocer a sus víctimas [53]. Era la toga el digno atavío de los amos del mundo, pomposa, elocuente, solemne, aunque con excesivas complicaciones en su arreglo y harta afectación enfática en el tumulto concertado de sus pliegues. Colocársela con arte exigía no poca destreza, constituyendo la operación un problema serio y engorroso de veras: un magistrado tan exento de vanidad como Cincinato sólo podía solucionarle con ayuda ajena, que este héroe de la sobriedad antigua solicitaba de su esposa Racilia [54]. Para que no se descompaginara con el vaivén de la marcha, los manoteos oratorios y los empellones de la multitud, el togado debía poner sus cinco sentidos en su prenda [55]. Soportar su peso era duro sacrificio [56]. Mantener su inmaculada blancura requería costosos y frecuentes lavatorios, que presto la gastaban y la hacían inservible [57]. Estos graves inconvenientes de la toga explican que los emperadores hayan firmado en vano decretos tendientes a imponer su empleo [58]: Claudio quiso hacer obligatorio su uso en el tribunal [59]; Domiciano en el teatro [60]; Cómodo, en el anfiteatro [61]. A principios del siglo segundo después de Jesucristo, Marcial estima que una de las ventajas de la vida fuera de Roma reside en el abandono de la toga [62]. En el campo, ésta era reemplazada con el *pallium*, imitado del *himation* griego, o con la *lacerna*, que era un *pallium* de color, o con la *pænula*, que era una *lacerna* completada por un capucho (*cucullus*). En la propia Ciudad se la substituía, en los convivios, con la *synthesis*, prenda que participaba de la sencillez de la túnica y de la amplitud de la toga [63]. En los municipios, los magistrados ya ni siquiera se dignaban solemnizar con ella el ejercicio de sus funciones, y los ciudadanos sólo la vestían el día de sus funerales, cuando descansaban en el lecho mortuorio antes de emprender el viaje sin retorno [64].

Pero no la vestían cuando descansaban vivos en sus camas durante la noche. De suerte que ponerse la toga —o cualquiera de los *amictus*

[53] ATENEO, V, p. 213 B.

[54] TITO LIVIO, *III*, 26.

[55] Hasta los emperadores solían verse trabados por el desarreglo de la toga (Calígula en el teatro, Claudio en el tribunal, Nerón en la *aedes Vestae*, etc.).

[56] TERTULIANO, *De Pall*,. 5: *ita hominem sarcina vestiat.*

[57] Cf. JUVENAL, III, 147 y siguientes; MARCIAL, *Ep.*, I, 103, 5; VII, 33, 1; X, 11, 6; X, 96, 11.

[58] Augusto estaba *amictus* desde que se levantaba, «con el objeto de estar dispuesto a presentarse en el Foro en caso de repentino acontecimiento». SUETONIO, *Aug.*, 73.

[59] SUETONIO, *Claud.*, 15.

[60] MARCIAL, *Ep.*, XIV, 124.

[61] H. A., *Comm.*, 16.

[62] MARCIAL, X, 51, 6; cf. JUVENAL, III, 171-172.

[63] La H. A., *Sev.*, 1, señala la reacción ocurrida en época de Septimio Severo.

[64] JUVENAL, III, 171 y sig.

que le sucedieron en el favor popular— era la única maniobra que debía realizar el romano al levantarse. Maniobra cuya ejecución le costaba menos tiempo y trabajo que al arqueólogo moderno reconstruirla. Si por casualidad renunciaba, como los ediles municipales, a todas las formas de *amictus*, o si dejaba para más tarde la molestia de envolverse elegantemente en uno de ellos, el romano quedaba vestido en daca las pajas, pues sólo tenía que calzarse, cosa que hacía en un instante sobre el *toral*. El emperador Vespasiano, por ejemplo, después de vestirse en un santiamén y sin auxilio ajeno, poníase sus *calcei* y con ello ya estaba listo para dar audiencia y dedicarse al cumplimiento de sus de-

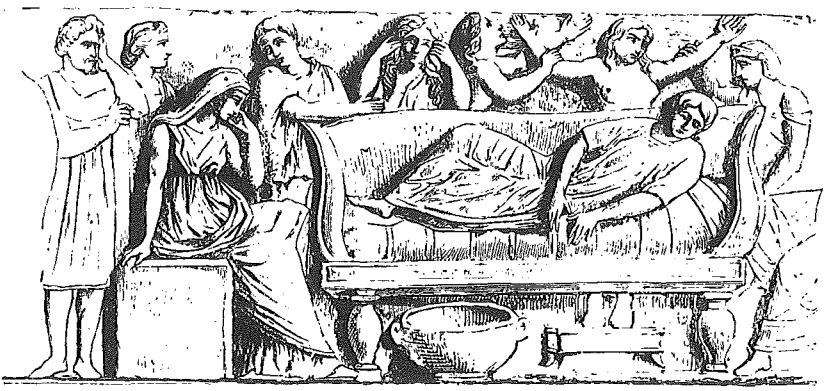


Fig. 87. — **Lecho mortuorio.** (Bajo relieve del Louvre).

beres imperiales [65]. En resolución: apenas salidos del lecho, los romanos de esa época podían comenzar a satisfacer las obligaciones de su vida pública.

El desayuno consistía en un vaso de agua bebido a toda prisa [66]. Por otra parte, como eran sabedores que al caer la tarde se bañarían, ya sea en su *balneum* privado si eran bastante ricos para haber hecho construir uno en su casa, ya sea en las termas públicas, los romanos no concedían importancia al lavatorio matutino.

En Pompeya se ha encontrado una sola villa, la de Diomedes, en la que el dormitorio del amo incluye una *zotheca* o nicho provisto de una mesa y de un aguamanil. En el texto de Suetonio que nos hace asistir a la levantada de Vespasiano, el aseo personal del emperador es pasado en silencio; y aunque el mismo Suetonio alude a él al narrar los últimos momentos de la vida de Domiciano, su mención

[65] SUETONIO, *Vesp.*, 21.
[66] MARCIAL, *Ep.*, XI, 104, 3-4.

es demasiado elíptica para darle valor [67]. Aterrado por la predicción de que la quinta hora del 14 de las calendas de octubre (o sea el 18 de septiembre de 96 después de Jesucristo, fecha que fué, en efecto, ensangrentada con su muerte) debía serle inexorablemente funesta, el emperador habíase encerrado en su aposento, permaneciendo toda la mañana sin abandonar el lecho, bajo cuya almohada tenía escondida una espada. De pronto, al falso anuncio de haber llegado la hora sexta, cuando en realidad estaba comenzando la quinta, decidió levantarse y proceder a sus cuidados corporales (*ad corporis curam*) en una pieza vecina. Mas Partenio, su chambelán, que estaba en la conjuración, le detuvo en la alcoba so pretexto de que un visitante insistía en comunicarle personalmente graves revelaciones. Es de lamentar que Suetonio no haya referido los cuidados (*cura*) que Domiciano se disponía a dar a su cuerpo cuando la argucia de los asesinos se lo impidió. Empero, el laconismo de la alusión y la facilidad con que Domiciano se allana a prescindir del lavamiento demuestran su corta o ninguna importancia. Además, como la voz *sapo* sólo designaba entonces una tintura y el uso del jabón era todavía desconocido [68], sin duda no se trataba nada más que de mojar con agua fría la cabeza y las manos. A esto se reduce, en el siglo IV, la *cura corporis* que Ausonio ha puesto en verso en una discreta y breve oda de su *Ephemeris*: «¡Hola, esclavo! Alcánzame mis zapatos y mi capa de muselina. Tráeme el *amictus* que tú me has preparado, porque a salir voy. Y viérteme agua manantial para que me lave las manos, la boca y los ojos:

Da rore fontano abluam
Manus et os et lumina!» [69]

Tras lo cual el poeta entra en su capilla y, hecha su oración, sale en busca de sus amigos.

3. La *Cura Corporis* del Romano: el *Tonsor*

Las operaciones fundamentales del aseo, adorno y aliño de los elegantes de la *Urbs* eran realizadas por el *tonsor*, a quien los romanos confiaban el corte de la barba y el cuidado de los cabellos. Corte y cuidado que ya constituían lo esencial de la *cura corporis* de Julio César, cuyas exigencias en este sentido, dignas por cierto de un atildado petimetre, han sido puntualizadas por el historiador Suetonio [70].

[67] Suetonio, *Vesp.*, 21, y *Dom.*, 16.

[68] Ver la voz *sapo* en *D. A.*

[69] Ausonio, *Ep.*, 2.

[70] Suetonio, *Caes.*, 45. Cf., en los tiempos modernos, el arreglo personal de M. de Talleyrand, que se hacía burdamente la barba con un cuchillo de plata, pero pasaba en cambio horas enteras en manos de su peinador (*Rev. de Paris*, 15 de junio de 1938, p. 884).

En el siglo segundo de nuestra era, estos arreglos capitales someten a los amos del mundo a odiosa tiranía. Los que son bastante ricos como para tener *tonsores* en su servidumbre se entregan a ellos durante la mañana y, si es preciso, en cualquier momento del día. Los que no pueden darse el lujo de poseer un peluquero particular entran, a horas variables y tan a menudo como lo creen necesario, en una de las innumerables barberías instaladas en las *tabernæ* de la Ciudad, o utilizan los servicios de los *tonsores* que al aire libre afeitan y componen a los parroquianos más humildes y modestos [71].

Los ociosos hacen en las barberías estaciones múltiples y prolongadas. Aunque si se considera el tiempo que en ellas permanecen pendientes de los movimientos del fígaro, ¿se puede acaso llamar ociosos a los que allí están constantemente ocupados con la atención clavada en el peine y en el espejo? *Hos tu otiosos vocas inter pectinem speculumque ocupatos?* [72] Desde el alba hasta la octava hora [73] acude a las barberías la mar de gente: las *tonstrinæ* se han convertido en lugares de reunión, en tertulias, mentideros, oficinas inagotables de encuentros, informaciones y chismes [74]. Por lo demás, la multitud que las colma es tan compleja, abigarrada y heterogénea, que muy pocos espectáculos pueden ofrecer una visión más amena y pintoresca que la que brindan las peluquerías: así lo comprenden los aficionados a la pintura, que, desde el siglo de Augusto, las aprovechan para componer cuadros de género semejantes a los ejecutados con anterioridad por los artistas alejandrinos [75]. Por último, las tareas barberiles están pródigamente remuneradas, y en las *Sátiras* de Juvenal y en los *Epigramas* de Marcial aparece con frecuencia la figura del ex *tonsor* transmutado, después de haber hecho fortuna, en respetable caballero o en rico terrateniente [76].

La tienda del barbero o *tonstrina* está rodeada de bancos en los que se sientan los clientes en espera. De las paredes cuelgan espejos, ante los cuales los pasantes suelen detenerse para contemplar su ima-

[71] Sobre los inconvenientes de las *tonstrinæ* al aire libre, cf. la cita de FABIO MELA en *Dig.*, IX, 2, 11. Sobre los *tonsores* de Subura, cf. MARCIAL, II, 17; de las Carenas, HORACIO, *Ep.*, I, 7, 45-51. También los había cerca del Circo, en las proximidades del templo de Flora: *Ad Florae templum ad tonsores.*

[72] SÉNECA, *De brev. vitae,* XII, 3.

[73] Muchas veces el romano se afeitaba después del baño, antes de la *cena; cf.* HORACIO, *Sat.*, I, 7, 46-51.

[74] HORACIO, *Sat.*, I, 7, 3.

[75] Cf. PLINIO, *N. H.*, XXXV, 112, y PROPERCIO, III, 9, 12.

[76] MARCIAL, VII, 64, 1-2; JUVENAL, X, 225-226. En el *Edictum de pretiis rerum venalium* de Diocleciano, el costo de un servicio de barbero será fijado en dos denarios.

gen y, en caso necesario, rectificar su porte [77]. En el centro, con la ropa protegida por una sencilla toalla, grande o pequeña *(mappa* o *sudarium)*, o por un peinador *(involucre)* de lienzo *(linteum* o de muselina *(sindon)* [78], el parroquiano cuyo turno es llegado toma asiento en un escabel, mientras el *tonsor*, rodeado de solícitos ayudantes *(circitores)*, se dispone a cortarle los cabellos o simplemente, si no han crecido mucho desde la última visita, a peinárselos a la moda del día.

Peinarse a la moda significaba hacerlo a imitación del soberano. Casi con una sola excepción —la de Nerón, que gustaba de hacerse rizar artísticamente la cabellera [79]—, los emperadores, según lo muestran sus bustos y monedas, parecen que prefirieron, a lo menos hasta Trajano, seguir el ejemplo de Augusto, que nunca concedía a sus *tonsores* nada más que algunos breves instantes [80], abrazando así el ideal estético simultáneamente expuesto por Quintiliano y por Marcial, ambos dos enemigos de los cabellos largos y de los bucles en escalerilla [81]. Hasta el comienzo del siglo segundo de nuestra era, la mayoría de los romanos se contentaba con un sencillo corte y un rápido peinado. El uso del peine era tanto más necesario cuanto que el corte de los cabellos, efectuado con tijeras de hierro *(forfex)* cuyas dos hojas estaban desprovistas de un eje común en el centro y de ojos en su base, resultaba harto deficiente, siendo de todo punto imposible evitar esos trasquilones que hoy llamamos «escaleras» y que, según las *Epístolas* de Horacio, exponían a las víctimas al ludibrio público:

Fig. 88. — Lucio Vero. (Vaticano).

Si curatus inæquali tonsore capillos
Occurri, rides... [82]

[77] PLUTARCO, *De audiendis poetis*, 8.

[78] Sobre estos términos, cf. PLAUTO, *Capt.*, II, 2, 16; MARCIAL, *Ep.*, XI, 39.

[79] SUETONIO, *Nero*, 51.

[80] SUETONIO, *Aug.*, 79.

[81] QUINTILIANO, XII, 10, 47, y MARCIAL, II, 36, 1.

[82] HORACIO, *Ep.*, I, 1, 94-95.

En la época objeto de nuestro estudio, los elegantes comenzaron a preferir el rizado. Adriano, su hijo Lucio César y su nieto Lucio Vero aparecen en sus efigies con el cabello artificialmente ensortijado mediante apropiadas maniobras del peine (*flexo ad pectinem capillo* [83]) o con el auxilio del *calamistrum*, varilla de hierro que, metida previamente en su vaina metálica, los *ciniflores* habían calentado bajo las brasas, y alrededor de la cual el *tonsor*, con experta mano, arrollaba los cabellos por rizar. A principios del siglo segundo después de Jesucristo, la operación se practicaba corrientemente no sólo sobre los jóvenes, a quienes nadie reprochaba esta coquetería, sino también sobre hombres maduros cuyo pelo, ya ralo, mal se prestaba a ese tratamiento sobrado presumido para no ser ridículo. Escribe Marcial:

«Marino, juntas tus pelos,
tus pelos pocos y lacios,
y, valido de los que
a tus sienes son amparo,
disimulas la gran calva
de tu refulgente cráneo.
Mas el viento los perturba,
en su lugar colocándolos,
y muestra tu nuda testa,
tan lampiña como un páramo,
solamente con dos rizos,
de tu sien en cada lado.
Cualquiera diría que eras
de Hermeros el celebrado
autor entre Espendoforo
y Telesforo galanos.
¿Deseas sencillamente
confesar tus muchos años
y parecer siempre el mismo?
Pues, entonces, que la mano
del barbero ponga fin
a tus cabellos livianos,
porque nada hay de tan feo
como un cabelludo calvo.» [84]

Amén de las citadas, otras manipulaciones incumbían al *tonsor* para completar la ilusión de juventud que de él esperaban sus parroquianos: derramaba sobre los bucles laboriosamente obtenidos tintu-

[83] H. A., *Vita Hadriani*, 26, 1.
[84] MARCIAL, X, 83.

ras [85] y aguas olorosas, untaba los carrillos con cremas y cosméticos, pegaba sobre el rostro de sus clientes lentejuelas de tela, que tenían por objeto disimular los defectos de un cutis marchito o contrarrestar la palidez de una piel demasiado incolora. Estos adminículos llamábanse *splenia lunata*: «lunares postizos» diríamos hoy. Tan grotescos refinamientos no dejaron de suscitar mordaces y punzantes sátiras, desde las pullas de Marco Tulio sobre los perfumes y los rizados cabellos de cierto gomoso enemigo suyo [86], hasta los epigramas dirigidos por Marcial contra los *currutacos* de su tiempo: Coracino, por ejemplo, cuyo cuerpo exhala todas las esencias de los pomos de plomo vendidos por Nicero, famoso perfumista:

«Porque siempre tú trasciendes
a canela y cinamomo,
y tu piel se encuentra negra
con tanto ungüento oloroso
del nido del ave fénix;
porque el olor de los pomos
plúmbeos de Nicero exhales,
tú te burlas de nosotros,
Coracino, que no olemos
a nada. Mas sobre todo
prefiero no oler a nada
que oler cual tú de ese modo.» [87]

Otro pisaverde víctima de Marcial es Póstumo, que le resulta sospechoso precisamente porque siempre huele bien [88]:

«Sospechoso es para mí
lo bien que sueles oler,

[85] Sobre los hombres que se hacen teñir el cabello, cf. MARCIAL, III, 43; epigrama lanzado contra Lentino, ridículo vejete que, mediante una adecuada teñidura de sus cabellos, se ha transformado, de la noche a la mañana, de blanco cisne en negro cuervo (*Tum subito corvus qui modo cycnus eras...*):

«Joven, Lentino, te finges
con cabellera teñida:
hoy vemos cuervo al que ayer
de cisne el color tenía.
Mas no pienses engañar
a todos; pues Proserpina,
que te conoce, a tus canas
quitará la mascarilla».
(Versión española de Don Juan de Iriarte).

[86] CICERÓN, *Pro Sestio*, 8.
[87] MARCIAL, VI, 55.
[88] MARCIAL, II, 12.

Póstumo; pues huele mal
el que siempre huele bien.» [89]

Y otro es un ex esclavo, un liberto de ignoto nombre, con los cabellos perfumados y la frente sembrada de lunares postizos que cubren el estigma de su antigua condición servil. Marcial muestra este figurón a su amigo Rufo:

«¿Ves, Rufo, a aquel que sentado
está en las gradas primeras,
cuyas manos resplandecen
con la sardónica piedra;
cuya veste ha reteñido
púrpura tiria; que lleva
toga más blanca que el ampo
de la nieve, y con esencias
de Marceliano perfuma
la rizada cabellera;
que depila de sus brazos
el vello, y les da lucencia;
que del calzado con luna
lleva el broche a media pierna.
y los rojos borceguíes
sin herirle el pie, le estrechan.
y cuya frente se cubre,
como si fueran estrellas,
de innumerables lunares?
¿No sabes, Rufo, quién sea?
Quítale esos lunarcitos,
y tal vez su nombre leas.» [90]

[89] Versión española de Don Juan de Iriarte. De este epigrama existe otra traducción española, muy difundida, de Don Víctor Suárez Capalleja, y una discreta imitación de Don Francisco de Quevedo Villegas, que aquí se imprime por segunda vez desde que fuera compuesta en 1623-1624:

A doña Inés

«Huelen tus besos, Inés,
a almizcle, y eternamente
tienes olor diferente.
¿Qué diré que aquesto es?
Para mí ya tú lo ves,
que es sospechosa señal
tener continuo olor tal;
y aun para todos también:
la que siempre huele bien,
Inés, siempre huele mal».

(*Nota del traductor*).

[90] MARCIAL, II, 29.

Pero, en el período de que tratamos, la tarea habitual del *tonsor*, la en que debía insistir todos los días, era la de cortar o rasurar las barbas. Los romanos, lo mismo que los griegos, habían llevado barba durante largo tiempo. Los griegos habíansela cortado siguiendo el ejemplo y obedeciendo la orden de Alejandro. Ciento cincuenta años después, los romanos comenzaron a imitarlos. A principios del siglo segundo antes de Jesucristo, Tito Quincio Flaminino, en el anverso de sus monedas proconsulares, y Catón el Antiguo, en las alusiones literarias a su censura o a su persona, son representados con el viril atributo [91]. Una generación más tarde, el número de barbados había disminuído. Escipión Emiliano gustaba de ser afeitado a diario; y aun cuando en cierta ocasión, en señal de protesta contra las injustas acusaciones que sobre él pesaban, hubiera debido renunciar a ese cuidado, no dejó de hacerse rasurar prolijamente [92]. Cuarenta años después, el uso que implantara *el segundo Africano* era difundido por la dictadura, como si el espíritu de la civilización helenística, en la que aquélla se inspiraba a su pesar, hubiera extendido su ascendiente desde los fundamentos del régimen político hasta los más menudos detalles de la vida cotidiana. Sila era desbarbado. César, su verdadero sucesor, procuraba celosamente mostrarse siempre recién afeitado [93]. Augusto, en su carácter de jefe del imperio, ni por pienso hubiera dejado de someterse cada día a la navaja del *tonsor* [94]. En las postrimerías del siglo primero antes de Jesucristo eran necesarias circunstancias muy graves o dolorosas para que los poderosos de la época dejaran de afeitarse, formalidad a la sazón convertida para ellos en un deber oficial: César, a raíz de la matanza de sus lugartenientes por los eburones [95]; Catón de Utica, después de la derrota de su partido en la batalla de Tapso, en 46 antes de Jesucristo [96]; Antonio, después de su fracaso en Módena [97]; Augusto, al tener noticia del desastre de Varo [98]. Durante el imperio, desde Tiberio hasta Trajano, los príncipes jamás dejaron de cumplir esa tácita obligación, y sus súbditos se hubieran considerado indignos de ellos si, sobre este particular, no hubiesen seguido los pasos de sus soberanos.

A decir verdad, la rasura era para los romanos una suerte de rito venerando. La primera vez que caía bajo la navaja del *tonsor* la barba de un joven, se desarrollaba una ceremonia religiosa: la *depositio barbæ*.

[91] Sobre Catón, cf. HORACIO, *Od.*, II, 15, 10.
[92] AULO GELIO, III, 4.
[93] Sobre César, además del testimonio de las monedas, que también tenemos para Sila, cf. SUETONIO, *Caes.*, 45.
[94] PLINIO, *N. H.*, VII, 211.
[95] SUETONIO, *Caes.*, 67.
[96] PLUTARCO, *Cato Min.*, 53.
[97] PLUTARCO, *Ant.*, 18.
[98] SUETONIO, *Aug.*, 23.

Fig. 89. — **Julio César.** (Palacio de los Conservadores, Roma).

Conocemos las fechas en las que los emperadores y sus parientes celebraron el simbólico acto: Augusto, en septiembre del año 39 antes de nuestra era [99]; Marcelo, mientras participaba en la expedición contra los cántabros, en 25 antes de Jesucristo [100]; Calígula y Nerón, a la par que vistieron la toga viril [101]. Los simples ciudadanos trataban de imitarlos con escrupulosa exactitud. Unos desconsolados padres recuerdan en un epitafio que su difunto hijo había «depuesto la barba» al terminar el año vigésimo tercero de su vida, o sea a la misma edad que Augusto[102]; y lo mismo que Nerón había guardado los pelos de su *depositio* en una píxide de oro, que luego consagró a Júpiter Capitolino [103], Trimalción conservaba su *lanugo* en un áureo cofrecillo que sus invitados podían admirar en su capilla privada, piadosamente colocado entre los dioses Lares cincelados en plata y una estatuilla de mármol representando a Venus [104]. Por su parte, los pobres se contentaban con píxides de vidrio, semejantes a la que una excavación fortuita exhumó, en 1832, en una antigua casa de la vía Salaria [105]. Y en la época de Juvenal, ricos y pobres celebraban esta solemnidad con arreglo a sus medios —cuando no gastaban en la ocasión más de lo que les permitían sus recursos—, ofreciendo fiestas y comilonas a las que eran invitados todos los amigos de la familia [106].

En el momento de la *depositio barbæ,* el *tonsor* usaba tijeras para cortar la barba que iba a ser ofrecida como primicia a la divinidad; y los adolescentes cuyo rostro sólo ostentaba mezquino bozo o insignificante pelusa esperaban de ordinario que su juventud volara para hacerse afeitar por vez primera [107]. Pero, pasada cierta edad, únicamente los soldados [108] o los filósofos [109] podían sin inconvenientes seguir substrayéndose al filo de las navajas. Marcial compara a los que no se rasuran con los machos cabríos que pacen entre las dos Sirtas, en las márgenes del Cínifo [110]. Hasta los esclavos se hacían hacer la barba por los *tonsores* que trabajaban al aire libre [111], a menos que, por economía, el amo no invitara a su propio barbero a probar la mano sobre el pellejo

[99] DIÓN CASIO, XLVIII, 34, 3. Cf. mi artículo en la *Revue Historique,* CLXI (1929), pp. 228-229.
[100] CRINÁGORAS, en *Anth. Pal.,* VI, 161, 3-4.
[101] SUETONIO, *Calig.,* 10 y *Nero,* 12; cf. DIÓN CASIO, LXI, 19, 1.
[102] *Notizie degli Scavi,* 1900, p. 578.
[103] SUETONIO, *Nero,* 12.
[104] PETRONIO, *Sat.,* 29.
[105] Cf. el artículo *barba* en el *Dictionnaire* de LECLERCQ y CABROL.
[106] JUVENAL, III, 186; VIII, 166.
[107] OVIDIO, *A. A.,* I, 517.
[108] SÉNECA, *Ep.,* 5, 2.
[109] AULO GELIO, IX, 2 y XII, 8.
[110] MARCIAL, VII, 95, 9-13.
[111] Cf. FABIO MELA, en *Dig.,* IX, 2, 11.

de sus siervos, como les vemos hacer a los procuradores de Adriano en la taha minera de Vipasca [112]. Porque nadie se afeitaba a sí mismo. El defectuoso instrumental y la técnica grosera de que disponían obligaban a los latinos a someterse a las hábiles manos de los especialistas.

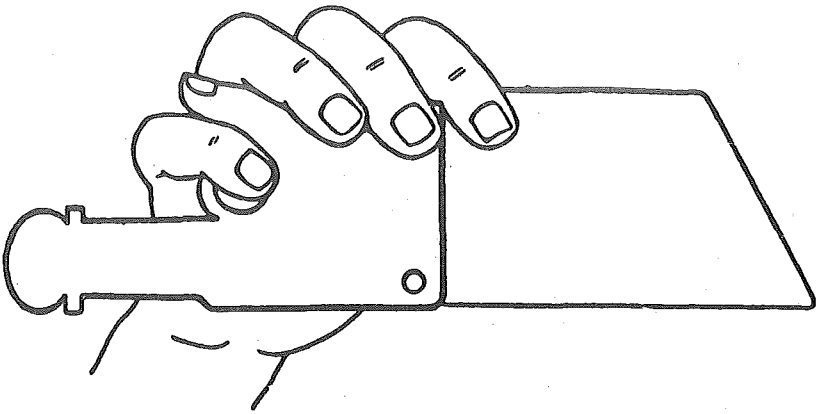


Fig. 90. — Navaja de afeitar pompeyana. (Según M. Della Corte).

Nadie ignora que los arqueólogos han descubierto muchas navajas de afeitar en las ruinas prehistóricas y etruscas, mientras ninguna o muy pocas se han extraído de las excavaciones romanas. Esto, que a primera vista resulta paradójico, tiene su cabal explicación. Las navajas de los «terramares» y de los etruscos eran de bronce; en cambio, las romanas, ya fuesen navajas propiamente dichas *(novaculæ)* o cuchillos que se empleaban para hacer la barba y para cortar las uñas *(cultri* o *cultelli),* eran de hierro y, por esta circunstancia, han sido roídas por el orín. Esas herramientas —en latín *ferramenta,* nombre genérico aplicado a todas sus variedades— eran por cierto frágiles y poco duraderas. Pero ése era su menor defecto. Por más que el *tonsor* se esforzara por aguzar su filo pasándola y repasándola sobre la amoladera —una *laminitana* [113] comprada en España, que el bueno del barbero humedecía a salivazos [114]—, la hoja de la navaja se arrastraba, tan peligrosa como ineficaz, sobre una piel que no había sido previamente lubricada ni con espuma de jabón ni con aceite. Sólo conozco un texto capaz de

[112] Hasta los esclavos recurrían al barbero (ver la anterior nota 111 y el reglamento de Vipasca). Tampoco era posible cortarse a sí mismo las uñas (a lo menos cada nundina, cf. VARRÓN, fr. 186b y PLINIO, *N. H.*, XXVIII, 28), a causa de la deficiencia de los instrumentos (cf. VALERIO MÁXIMO, III, 2, 15). Las raras navajas de afeitar halladas en Pompeya se parecen al «cuchillo de Janot»; cf. el catálogo de la *Mostra Augustea,* p. 631.

[113] PLINIO, *N. H.*, XXXVI, 164.

[114] *Ibid.*, 165.

arrojar alguna luz sobre estos pormenores; y ese texto establece, a mi juicio en forma incontestable, que, a fin de preparar el cutis del parroquiano para recibir las navajadas, el *tonsor* se limitaba a rociarle lisa y llanamente con agua pura. Se trata de la graciosa anécdota en la que Plutarco ha pintado la prodigalidad de Marco Antonio Cretico, padre de Antonio el Triunviro. En cierta ocasión, un amigo fué a solicitarle dinero en préstamo. Antonio Cretico debió confesarle que su mujer, desconfiando de su excesivo desprendimiento y generosidad, tenía bien atados los cordones de la bolsa y le había dejado a él sin un mísero denario. Desprovisto de esta suerte, el incorregible manirroto ideó una treta para salir de su carencia y satisfacer al amigo. Mandó a uno de sus esclavos que le trajera agua en un jarro de plata. Apenas ejecutada su orden, tomó el recipiente y mojóse la barba como si quisiera hacérsela afeitar. Luego, haciendo salir al siervo con otro pretexto, entregó la argentina pieza a su amigo, que se partió al instante para una casa de empeños. Evidentemente, la estratagema de Antonio Cretico revela en forma palmaria que el único requisito previo a la rasuración consistía en bañar el rostro en agua pura [115].

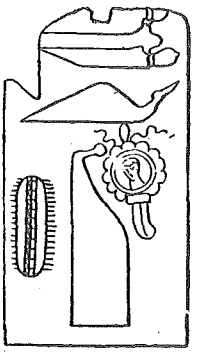


Fig. 91. — Piedra tumbal de un «tonsor».

En semejantes condiciones, era muy importante que el *tonsor* estuviese dotado de una habilidad poco común. Por otra parte, sólo después de haber realizado un minucioso y no corto aprendizaje bajo la dirección de un barbero veterano, después de haberse ejercitado largo tiempo manejando navajas embotadas, el aspirante adquiría derecho a instalar una *tonstrina* por su cuenta [116]. Mas el oficio estaba erizado de dificutades y de riesgos. Los que sobresalían en ese arte peliaguda, esto es, los virtuosos de la navaja, gozaban de ancha fama y universal renombre: hasta los poetas los celebraban en sus versos. Uno de ellos fué sin duda Pantagato, a cuya memoria compuso Marcial este delicado epitafio [117]:

«Yace Pantagato en flor
que en breve tiempo marchita,
y al que aquí le deposita

[115] PLUTARCO, *Ant.*, 1. Entre las insignias de *tonsor* llegadas hasta nuestros días en los bajos relieves funerarios, no se halla el menor rastro de brochas de afeitar ni de bacías. En vano he buscado la solución del problema en la bibliografía moderna: ya traten de la vida privada de los romanos, ya de la de los griegos, los libros modernos no tocan para nada esta cuestión.

[116] PETRONIO, *Sat.*, 94.

[117] MARCIAL, VI, 52.

deja cuidado y dolor.
Era tal que aun no tocaba
con hierro el rostro y cabeza,
cuando con arte y destreza
la obra perfeccionaba.
Tierra, por más que ligera
te muestres al compañero,
no alcanzarás lo ligero
de su navaja y tijera.» [118]

Desgraciadamente, Pantagato pertenecía a la flor y nata de la barbería; y la mayor parte de sus colegas distaban mucho de poseer su celebérrima destreza. Los *tonsores* ambulantes, en especial, exponían a su clientela plebeya a las más desagradables sorpresas. Un instante de distracción de su parte, un accidente en la calle, el empujón imprevisto de un transeúnte, el golpe de un proyectil llovido del cielo bastaban para desviar los movimientos del barbero y ocasionar al parroquiano heridas a veces leves, frecuentemente graves, en ocasiones mortales y siempre dolorosas. Los juristas, ya en tiempo de Augusto, habían estimado conveniente señalar las responsabilidades y prever las penas pecuniarias aplicables a esta clase de accidentes [119]. A principios del siglo segundo después de Jesucristo no se había aún progresado en lo más mínimo, y, en general, los clientes del *tonsor* debían escoger en su tienda entre un tratamiento prudente, pero interminable, y los chirlos más o menos profundos de una operación rápida, pero peligrosa y sangrienta. Los barberos más afamados pecaban de increíble lentitud. Augusto, para matar el tiempo mientras le acomodaban sus *tonsores,* solía entregarse a la lectura o hacer uso de su estilo y sus tabletas [120]. Cien años más tarde, la pachorra barberil seguía dando margen a graciosos comentarios:

«Cuando el barbero Eutrapelo,
a Lupercio, bien barbado,
rae la barba de un lado,
ya nació en el otro el pelo.» [121]

Y a fe que no era más veloz el rapabarbas de Marcial

«Mi barbero Cediciano,
ese esclavo que es más diestro

[118] Versión anónima publicada por Don Víctor Suárez Capalleja. (*Nota del traductor*).
[119] FABIO MELA, en *Dig.*, IX, 2, 11.
[120] SUETONIO, *Aug.*, 79.
[121] MARCIAL, VII, 83. Versión española de Don Manuel de Salinas y Lizana. (*Nota del traductor*).

en su arte que lo ha sido
Talamo, que fué barbero
de Nerón, y que en las barbas
de los Drusos fué maestro,
a Rufo se lo he prestado
accediendo a sus deseos,
para que por una vez
le rasurase el cabello.
En todo siguió sus órdenes,
y además las del espejo,
que le guiaba la mano,
ya arreglándole de nuevo
el pelo que le cortara,
ya limpiándole el pellejo,
ya atusándole con arte
los trasquilados cabellos:
así es que al regresar
a mi casa mi barbero,
volvió con la barba larga.
¡Corriera ya tanto tiempo!» [122]

En la mayor parte de las barberías el suplicio duraba menos tiempo, pero era en cambio más doloroso:

«El que no se halle cansado
de vivir, si es que es prudente,
huya de Antíoco el barbero.
Sus navajas más crueles
son que los fieros cuchillos
con que los miembros se hienden,
al eco del tamboril,
los ministros de Cibeles.
De Alcón la mano es más dulce
al cortar una hernia aleve
o si huesos fracturados
en su lugar pone y vuelve.
Por tanto, a míseros cínicos,
o estoicas barbas afeite,
o las crines polvorientas
de caballos corte y peine.
Mas si al triste Prometeo
en su roca a afeitar viene.

[122] MARCIAL, VIII, 52.

pedirá al momento el buitre
que le desgarra inclemente.
Hacia su madre Penteo
se acogerá, y a las Ménades
irá Orfeo, al escuchar
el rumor tan solamente
de su feroz instrumento.
Estas señales crueles
que en mi barba estáis mirando
tan numerosas cual débiles
arrugas de viejo atleta,
no de las uñas proceden
de una esposa enfurecida,
sino de la mano aleve
y del hierro de ese bárbaro.
¡Oh! entre todos los seres,
el macho cabrío es
el más sabio y más prudente,
porque vive con su barba
por temor que a Antíoco tiene.» [123]

Tajos, heridas y chirlos eran moneda corriente en las peluquerías romanas; y Plinio el Antiguo nos ha conservado la fórmula, por cierto nada agradable, de un emplasto infalible para contener las hemorragias que a menudo ocasionaban la impericia de los *tonsores* y la deficiencia de las navajas: una mecha de telarañas impregnada de aceite y vinagre [124].

En verdad, para confiarse al barbero era necesario hacer un no pequeño despliegue de valor y de coraje; y molestia por molestia, padecimiento por padecimiento, los romanos preferían con frecuencia recurrir cada mañana [125] a los buenos oficios del *dropacista*, que les daba de *dropax* [126], ungüento depilatorio hecho de resina y pez, o les frotaba con *psilothrum*, substancia extraída de la nueza [127], o con cualquiera otra pomada a base de goma de yedra, o de grasa de burro, o de hiel de cabra, o de sangre de murciélago, o de polvo de víbora: Plinio el Antiguo brinda al curioso la lista completa de esas heteróclitas mixturas [128]. Gargiliano, personaje de Marcial que temía a los

[123] MARCIAL, IX, 84.
[124] PLINIO, *N. H.*, XXIX, 114.
[125] MARCIAL, X, 65.
[126] JUVENAL, XIII, 51 y ESCOL., *ad. loc.*
[127] PLINIO, *N. H.*, XXVI, 164; cf. XXIII, 21.
[128] Cf. PLINIO, *N. H.*, XXIV, 79; XXVIII, 250 y 255; XXX, 132 y 133. Agregar la baba de rana (XXXII, 136) y un emplasto que parece receta de bruja (*ibid.*, 135).

tonsores como los niños al coco, echaba mano de todas esas unturas depilatorias para poder mantenerse alejado de navajas y tijeras:

«Gargiliano, tú depilas
con el psilotrum tu rostro,
y tu cráneo con el drópax.
¿Temes al barbero? ¿Cómo
te arreglarás con tus uñas?
Porque tú no encuentras modo
de raerlas con resina,
ni con veneciano lodo.
Si te queda algún pudor,
cesa de dar tan odioso
empleo a tu pobre testa,
porque eso conviene sólo,
como sabes, Gargiliano,
de la mujer a los órganos.» [129]

También muchos se decidían, siguiendo los consejos del Naturalista, a hacer uso, además de esas pomadas, de pinzas especiales para depilar *(volsella)* [130]: el gran Julio César se hacía arrancar el vello con la misma pulcritud y en igual forma que la más coqueta de las mujeres de nuestro tiempo [131]. Y más de un amaricado, en su afán de hermosearse, llevaba su aguante, o su necedad, al extremo de pedir al *tonsor* que empleara para afeitarle las tijeras, la navaja y las pinzas, alternando los instrumentos según mejor conviniera a cada región del rostro. A uno de esos currutacos le chanta Marcial este epigrama:

«De tu faz una parte
tú te trasquilas,
y otra parte rasuras,
y otra depilas.
¡Oh! ¿quién creyera
que tan sólo tú tienes
una cabeza?» [132]

Pero a principios del siglo segundo la mayoría de los romanos comenzó a levantarse contra la tiranía de los *tonsores*. Cuando el emperador Adriano —sea que, según la versión de su biógrafo, deseara ocultar una desagradable cicatriz, sea, simplemente, que sólo se pro-

[129] MARCIAL, III, 74.
[130] PLINIO, *N. H.*, XXXII, 136: *in omni autem psilothro evellendi prius sunt pili.*
[131] SUETONIO, *Caes.*, 45.
[132] MARCIAL, VIII, 47.

pusiera sacudir un yugo doloroso— decidió dejarse crecer la barba que luce en sus monedas, bustos y estatuas, tanto sus súbditos como sus sucesores no vacilaron en seguir de buen grado al novador, borrándose desde entonces del programa diario de la Ciudad, por espacio de ciento cincuenta años, la operación que durante dos siglos y medio había sido lo esencial de la *cura corporis* de los romanos.

Fig. 92. — Adriano. (Vaticano).

4. La *Cura Corporis* de la Romana: la *Ornatrix*

Hasta aquí sólo se ha hablado del arreglo del romano, esto es, de la mitad del tema. Para tratar la otra y asistir a la *cura corporis* de la romana es preciso pasar a sus aposentos, lo cual exige, las más de las veces, un cambio de escenario.

Conocido es el interesante capítulo de la *Psicología del Matrimonio* donde se miden, con graves y prolijas razones, las ventajas y los inconvenientes de los diversos sistemas entre los cuales los esposos deben optar para mantener la armonía de su vida conyugal: o un solo lecho en una sola pieza, o dos camas en la misma alcoba, o dos lechos en dos aposentos diferentes. Balzac tolera el primero, prefiere el último y rechaza en absoluto el uso de dos camas gemelas en un solo dormitorio. Pues bien, ocurre que el gran novelista francés codificó en esas páginas, sin saberlo, los hábitos que prevalecían en la Roma imperial.

Sólo en el primer piso de una de las casas últimamente escombradas en Herculano se han encontrado algunos *cubicula* con dos camas. Y aun es muy probable que estos dormitorios pertenecieran a un mesón, de modo que no puede probarse en modo alguno que el par de camas de cada alcoba haya sido para uso de marido y mujer. Los textos, por su parte, aluden a la presencia de varios lechos juntos en

una misma pieza nada más que en los *cenacula* super-poblados de las *insulæ*. Pero siempre, al referirse a los matrimonios, hablan de un lecho conyugal común *(lectus genialis)* o de dos alcobas separadas, una para cada consorte. Los esposos, de ordinario, se pronunciaban a favor de la primera o de la segunda combinación según las comodidades de que disponían en sus viviendas, lo que significa, en último análisis, que cada matrimonio escogía uno u otro sistema según su categoría social. La gente humilde y la baja burguesía, que habitaban en casas por lo general estrechas, debían contentarse con un tálamo común. Marcial, por ejemplo, simula en uno de sus epigramas aceptar la mano de una vieja ricachona, con condición de que ella y él jamás han de acostarse juntos:

Communis tecum nec mihi lectus erit [133].

Empero, en otro epigrama, el mismo poeta se enternece al recordar el cariño que se profesaron Galeno y Sulpicia durante los quince años que duró su unión y evoca sin excesivo pudor las lides eróticas de que fueron testigos el «lecho nupcial» y la «lámpara copiosamente regada por los perfumes de Niceros.» [134]

Al contrario, los grandes señores organizaban su vida de tal suerte que cada uno de los cónyuges podía gozar, dentro de la casa, de relativa independencia. Así, siempre hallamos a Plinio el Joven a solas con sus pensamientos en la alcoba donde habitualmente se despierta «a la hora primera, algunas veces antes y casi nunca después»: allí, gracias al silencio, la soledad y las tinieblas que reinan en torno a su lecho, tras los cerrados postigos, el epistológrafo se siente bien dueño de sí mismo, en un ambiente propicio para meditar, sin agentes extraños que distraigan su atención o pongan riendas a su pensamiento[135]. Pero debemos suponer que al mismo tiempo que Plinio se entregaba a la meditación, su cara Calpurnia descansaba o se disponía a levantar en otra cámara, aquella cámara en la que los dulces esposos solían reunirse en amoroso coloquio y hacia la cual, durante las temporáneas ausencias de Calpurnia, el rendido Plinio seguía encaminándose en vano, inconscientemente movido por el deseo de ver a su amada [136].

Es evidente que en la alta sociedad de la época era de buen tono dormir marido y mujer en alcobas distintas, y los advenedizos procuraban copiar en esto a los aristócratas. Petronio, en su novela, hace referencia a esta costumbre elegante. Pavonéase Trimalción ante sus

[133] MARCIAL, XI, 23, 6.
[134] MARCIAL, X, 35.
[135] PLINIO EL JOVEN, IX, 36.
[136] PLINIO EL JOVEN, VII, 5.

huéspedes de las colosales dimensiones de la residencia que se ha hecho construir: «Mirad –dice acentuando las palabras–, mirad mi dormitorio privado, la alcoba donde duermo»; tras lo cual, guiñando un ojo a su mujer, señala, más lejos, el lugar que ocupa «el nido de esta fiera» [137]. Pero Trimalción se burla de sus invitados o se engaña a sí mismo. La verdad del caso se revela en seguida. En la práctica, una de las dos piezas que había ordenado a su arquitecto quedaba desocupada. El anfitrión no dormía solitario en su aposento, sino que compartía, en otra pieza, el lecho de Fortunata. Como ciertos maridos

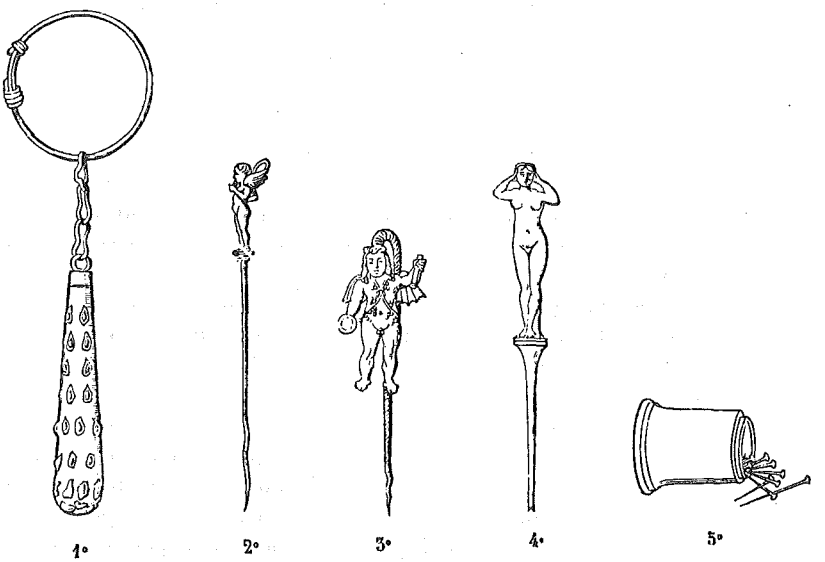


Fig. 93.—«Ornamenta». 1. Estuche y brazalete de oro; 2 y 3. Agujas de oro; 4. Agujas de marfil; 5. Caja de alfileres.

franceses que en sociedad tratan cumplidamente de *vous* a sus esposas, pero a los cuales se les escapa de pronto un *tu*, espontáneo y familiar, que les descubre el pastel, Trimalción sin advertirlo se traiciona a sí mismo en el pasaje, pródigo en confidencias escatológicas, donde no vacila en atribuir su insomnio a las estruendosas ventosidades que suelta a su lado, generosamente, su obesa cara mitad: «¿Te ríes, Fortunata? Pues buena estás tú, que no me dejas pegar ojo por las noches con tus detonaciones. ¡Te puedes reir!» [138]

Mas poco importa: que el matrimonio hubiera dormido en apo-

[137] PETRONIO, 77.
[138] PETRONIO, 47.

Fig. 94. — Busto de Octavia. (Museo del Louvre).

sentos distintos o en una alcoba común, la mujer romana, al despertar, procedía a una *cura corporis* muy parecida a la del marido. Como éste, la hembra conservaba puesta durante la noche la ropa interior: la breve pieza de tela con que cubría sus partes naturales, la tira de género que usaba para encumbrar sus mamas *(strophium, mamillare)* o su faja o corsé *(capetium)*, su o sus túnicas, y aun a veces, con gran desesperación de los maridos rijosos, un manto encima de toda esta ropería [139]. Por consiguiente, la mujer, lo mismo que el varón, no tenía al levantarse otro trabajo sino calzarse sus sandalias sobre el *toral* y luego colocarse el *amictus* de su preferencia.

Fig. 95. — **Marciana.** (Museo Capitolino, Roma).

Su ablución matutina era tan sumaria como la del hombre. En espera de la hora del baño, lo esencial de la *cura corporis* consistía, para ambos sexos, en los cuidados que hoy juzgamos accesorios. En materia de compostura y aliño personal, ocurría cada mañana con las romanas lo propio que con las orientales de hoy: para ellas lo superfluo era lo más importante y necesario.

Son los juristas quienes, al hacer el inventario de las sucesiones femeninas, nos facilitan la tarea de clasificar las armas que integraban el arsenal de belleza de las coquetas romanas. Desde el punto de vista legal, los objetos personales que las mujeres solían dejar en herencia estaban divididos en tres categorías: artículos de tocador *(mundus muliebris)*, adornos *(ornamenta)* y vestuario *(vestis)*. Bajo el rótulo de *vestis*, los jurisconsultos enumeran todas las prendas de tela usadas por las mujeres para vestirse. Artículos de tocador eran, por definición, «los objetos que hacían a la hembra más limpia y aseada» *(mundus muliebris est quo mulier mundior fit)*: jofainas *(matellæ)*, espejos *(specula)* de cobre, de plata, a veces de vidrio «azogado» no con mercurio, sino con plomo, y hasta bañeras *(lavationes)*, que poseían algunas mujeres suficientemente adineradas como para poder abstenerse de concurrir a

[139] MARCIAL, XI, 104, 7-8: *Fascia te tunicae obscuraque palla celant. At mihi nulla satis nuda puella iacet.*

los baños públicos. Por último, los *ornamenta* eran todos los instrumentos y productos que contribuían al embellecimiento femenino: desde los peines, alfileres y fíbulas hasta los perfumes, cosméticos y alhajas. A la hora del baño, las romanas podían utilizar el *mundus* y los *ornamenta* —es decir, sus objetos de tocador y sus adornos—; pero, al abandonar el lecho por la mañana, prescindían habitualmente de todo lavatorio y se limitaban a «adornarse»: *ex somno statim ornata non commundata* [140].

Comenzaba la romana por arreglar sus cabellos. Lo cual no era menudo trabajo a principos del siglo segundo después de Jesucristo. Hacía ya tiempo que las mujeres habían abandonado el sencillo tocado republicano —que volvió a estar en favor un instante en época de Claudio—, en el cual una raya separaba por delante los cabellos, que se reunían formando un rodete sobre la nuca. Ya tampoco gustaban de hacerse con la mata del pelo una castaña sobre la frente, como se ve en algunos bustos de Livia y de Octavia. Con Mesalina habían hecho su aparición los rizos, cuya complejidad y aparato caracterizan la iconografía femenina del período flaviano. Posteriormente, las damas de la corte que dictaban la moda, Marciana, hermana de Trajano, Matidia, su sobrina, renunciaron a llevar esas montañas de bucles y tirabuzones, pero conservaron la costumbre de disponer sus cabellos en diademas altas como torres. «Contemplad —escribe Estacio en una de sus *Silvas*—, observad con admiración la gloria de esa frente sublime y el andamiaje colosal de su cabellera.» [141] Y Juvenal, a su vez, se ríe del contraste que ofrecen la reducida talla de cierta elegante y las pretensiones de su peinado de elevación infinita:

Fig. 96. — Matidia. (Museo Capitolino, Roma).

«¡Ordenes tantos, tantas divisiones,
de su cabeza el edificio ofrece!
Andrómaca de frente te parece,
más baja es por detrás; y tú supones
que es distinta mujer. Pase, si falta

[140] *Dig.*, XXXIV, 2, 25.
[141] Estacio, *Sil.*, I, 2, 15.

más a su talla que a mujer pigmea,
y no la culpo si el coturno emplea
y empina el pie por parecer más alta.» [142]

Así como los hombres no podían prescindir de los servicios del *tonsor*, las romanas no hubieran podido privarse, para ejecutar sus monumentales tocados, de la habilidad de sus peinadoras, las famosas *ornatrices*, de las cuales no pocos epitafios nos recuerdan las fechas en que pasaron a mejor vida y los nombres de las familias a cuyo servicio estuvieron. La mujer debía dedicar a su peinadora tanto tiempo como el hombre a su barbero. Además, estaba condenada a padecer durante la operación igual o más que el hombre en manos del *tonsor*, sobre todo si, como la Julia citada por Macrobio, se hacía arrancar implacablemente los cabellos que comenzaban a encanecer [143]. Pero el oficio de *ornatrix* estaba a mil leguas de ser una canonjía. A menudo la torturadora se convertía en mártir, cuando el ama, cansada de haber estado una eternidad en incómoda postura, advertía que el resultado de tanto sacrificio mostraba alguna insignificante imperfección. Sátiras y epigramas están llenos de denuestos proferidos por mal peinadas iracundas y de ayes lanzados por infelices peinadoras. Juvenal sabía de una señorona que, teniendo una cita con su amante, quiso estar más bella que de ordinario. Psecas, su *ornatrix*, en vano se afanó por complacerla, y habiendo resultado un bucle ligeramente desparejo, recibió por castigo de su crimen una tunda de latigazos:

Fig. 97. — **Peinado de Julia, hija de Tito.** (Museo Capitolino, Roma)

«Si otro traje vestir se le figura
mejor que el ordinario, y tiene prisa
porque la esperan a la misma hora
en el huerto, o de Isis en el ara,

[142] JUVENAL, VI, 502-507.
[143] MACROBIO, II, 5, 7.

de tanta liviandad encubridora,
Psecas infeliz su pelo ordena,
mientras medio desnuda la cuitada
ve esparcida en el aire su melena,
por su cruel señora desgreñada.
—¿Por qué este rizo sale menos bello
y al otro desigual?— Dura correa
pune al instante el crimen del cabello.» [144]

Marcial saca a colación un episodio aun más doloroso:

«Por mal prendido alfiler
una trenza perturbaba
el edificio que Lálage
en su cabeza ostentaba.
En castigo de tal crimen,
Lálage da a la muchacha
con el espejo traidor
tal golpe, que derribada
cayó en el suelo, y con ira
la cabellera le arranca.
Cesa, Lálage, de hoy más
de adornar tus desdichadas
trenzas, y que ya ninguna
de tus míseras esclavas
toque a tu insana cabeza:
tan sólo la salamandra
vierta en ella su veneno,
o implacable la navaja
te despoje, a fin de que
tu cabeza rasurada
sea digna del espejo
que te denunció tus faltas.» [145]

¡Feliz de la *ornatrix* cuya dueña era calva! Con menores riesgos podía acomodarle trenzas o bucles artificiales *(crines, galeri, corymbia)* y hasta pelucas enteras en caso necesario. Estas cabelleras postizas eran a veces rubias, color que se obtenía con el *sapo* de Maguncia, tintura hecha a base de sebo cabruno y de ceniza de haya [146]; otras veces eran de un negro de ébano, como esas cabelleras cortadas que se importa-

[144] JUVENAL, VI, 487-493.

[145] MARCIAL, II, 66.

[146] Sobre el *sapo*, cf., en especial, PLINIO, *N. H.*, XXVIII, 191, y MARCIAL, XIV, 26 y 27.

ban de India en tan grandes cantidades, que el gobierno imperial incluyó los *capilli Indici* entre las mercaderías sometidas a gravamen aduanero [147].

Mas con lo dicho no concluyen las obligaciones de las *ornatrices*. También deben depilar a su ama [148] y, sobre todo, «pintarla»: de blanco en la frente y en los brazos, con tiza y albayalde [149]; de rojo en los pómulos y en los labios, con almagre, con *fucus* o con borra de vino [150]; de negro, con negro de humo *(fuligo)* o polvo de antimonio [151], en las cejas y alrededor de los ojos [152]. La «paleta» de la *ornatrix* es una colección de pomos, píxides, *gutti*, alabastros, «aribalos» y frascos, de donde la hábil operaria va extrayendo oportunamente linimentos, pomadas y cremas cosméticas. Casi siempre la romana guarda ese precioso arsenal en el armario de su alcoba nupcial *(thalamus)* [153]. A la mañana lo dispone sobre la mesa, junto al polvo de cuerno que, a imitación de Mesalina, usa para limpiar sus dientes [154]; llama luego a sus *ornatrices*, pero antes que éstas den comienzo a la labor, cuida el ama de hacer cerrar herméticamente la puerta, pues sabe, por haberlo leído en Ovidio, que «para poner revoques a la hermosura hay que hurtarse a las miradas de los hombres.» [155] Cuando sale rumbo al baño lleva consigo, prolijamente acondicionados dentro de un cofrecillo especial, todos los botes, pomos y alabastros de su tocador. El cual cofrecillo, que suele ser de plata maciza, recibe el nombre genérico de *capsa* y el es-

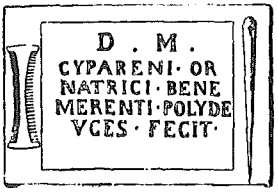


Fig. 98. — Epitafio de una «ornatrix». La inscripción, cuyas letras D. M. son una abreviatura de *Dis Manibus*, reza así: «A los dioses de los muertos (dedicado). Polideuces ha erigido (esta tumba) a la benemérita peinadora Ciparenis».

[147] *Dig.*, XXXIX, 4, 16, 7.

[148] MARCIAL, VI, 93, 9-10.

[149] MARCIAL, II, 41, 11-12; VII, 25, 1-2; VIII, 33, 17.

[150] Cf. OVIDIO, *A. A.*, III, 211.

[151] Cf. *P. W.*, VII, c. 196.

[152] JUVENAL, II, 93; MARCIAL, IX, 37, 6.

[153] OVIDIO, *A. A.*, III, 209-210.

[154] Los dientes no deben ser limpiados (*defricare*) en público (OVIDIO, *A. A.*, III, 216): el dentífrico es un *ornamentum* antes que un *mundus* (cf. PLINIO, *N. H.*, XXX, 27). Sobre el polvo de cuerno, cf. PLINIO, *N. H.*, XXVIII, 178-179. Otras recetas: *ibid.*, XXXI, 117; DIODORO, V, 33, 5; ESTRABÓN, III, 164, y APULEYO, *Ap.*, 6; la orina interviene como ingrediente en estos tres últimos pasajes; y el texto de Apuleyo demuestra que la mayor parte de los hombres e inclusive las mujeres se limitan a enjuagarse la boca con agua pura. Algunos, para perfumarse el aliento, mascaban pastillas odorantes (cf. HORACIO, *Sat.*, I, 2, 27); las inscripciones mencionan *pastillarii* o vendedores de pastillas (*C. I. L.*, VI, 9.765 y sig.).

[155] OVIDIO, *A. A.*, III, 229.

pecífico de *alabastrotheca,* cuyo sentido es obvio. ¡Oh maravilla del arte cosmética! Suena a paradoja, pero es certísimo que las bellas romanas guardan sus rostros en los frascos de la *alabastrotheca,* rostros postizos que arman al levantarse, vuelven a armar después del baño y los desarman al llegar la noche, en el momento de acostarse [156]:

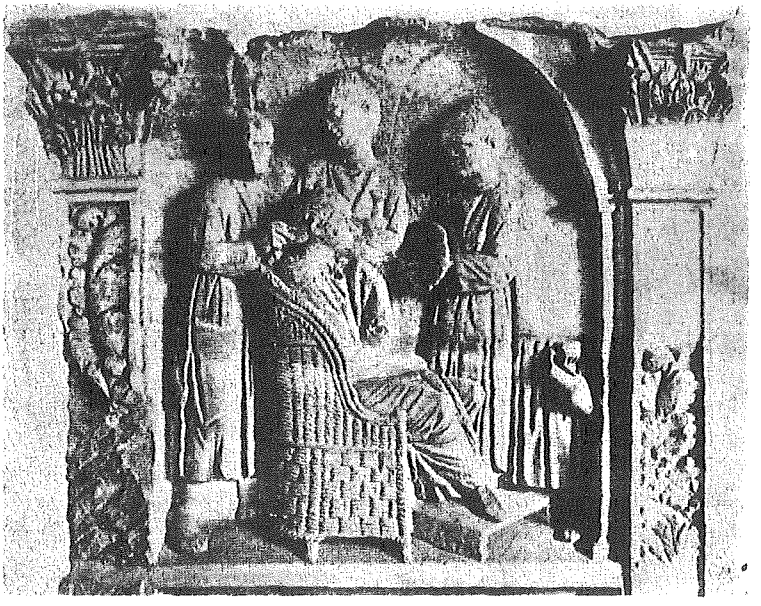


Fig. 99. — Tres «ornatrices» afeitando a una dama. (Museo de Tréveris)

«Mientras te hallas en tu casa,
te están rizando el cabello
en la tienda, que en la calle
de Subura há un peluquero,
quien solamente se ocupa
en tu tocado y arreo.

Todas las noches te quitas
tus dientes, como tu velo,
y encierras tus atractivos
en tarros de cien diversos

[156] MARCIAL, IX, 38.

menjurjes, y nunca, nunca,
tu rostro duerme en tu lecho.» [157]

Una vez afeitada, la romana, siempre con ayuda de sus *ornatrices*, escoge sus alhajas, cuajadas de piedras preciosas, y las coloca una por una en su sitio correspondiente: la diadema sobre los cabellos, los zarcillos en las orejas, el collar *(monile)* o los dijes *(catellæ)* alrededor del cuello, el pinjante *(pectoral)* en el pecho, las pulseras en las muñecas, las sortijas en los dedos, sin olvidar las ajorcas que lleva en los brazos y aun en la garganta de los pies: *periscelides* semejantes a los *jaljals* de oro con que siempre aprisionan sus tobillos las mujeres árabes de «alta tienda» [158].

Por último acuden en su auxilio las azafatas *(a veste)*, que le ayudan a vestirse. Colócanle una larga *tunica exterior*, insignia de su elevada condición: la *stola*, cuyo borde inferior ostenta un galón *(instita)* bordado en oro. Le anudan el cinturón *(zona)* y, para terminar, envuélvenla con un amplio manto que le cubre los hombros y desciende hasta los pies (el *supparum* [159]), o si no con la *palla* —el *pallium* femenino—, suerte de capa de gran tamaño y llamativo color, que cae formando pliegues regulares.

Lo que en Roma distinguía el vestido femenino del masculino no era por cierto el corte, sino más bien la riqueza del material y la fuerza del colorido. A los tejidos de lino y de lana, las mujeres preferían los de algodón, que llegaban de India desde que la paz parta, asegurada por Augusto y confirmada por las victorias de Trajano, había

[157] Este epigrama tiene un final obsceno, tanto en el original latino como en la casi desconocida imitación que de él hizo Don Francisco de Quevedo Villegas. La imitación debida a Quevedo comienza así:

«La misma que estás en casa,
Melchora en la tienda estás,
y allí dan lo que nos das:
color, solimán y pasa.
La cabeza tienes rasa,
moño sobre calva llevas,
toda en botes te renuevas,
tienes el rostro enterrado
en untos, y me han jurado
que te quitas (varias gentes)
de noche muelas y dientes
como vestido y calzado.
Y aunque no duerme contigo
tu cara, me aseguró
el mico, que amaneció
tu rostro sin papahígo.
.....»

(*Nota del traductor*).

[158] Sobre las *periscelides*, cf. PETRONIO, 67.

[159] Sobre el *supparum*, cf. NONIO, p. 540, 8.

garantizado la seguridad del tráfico con el Lejano Oriente. Pero la tela favorita de las romanas era la seda, que los misteriosos Seres remitían anualmente al Imperio desde su remota comarca. Desde el reinado de

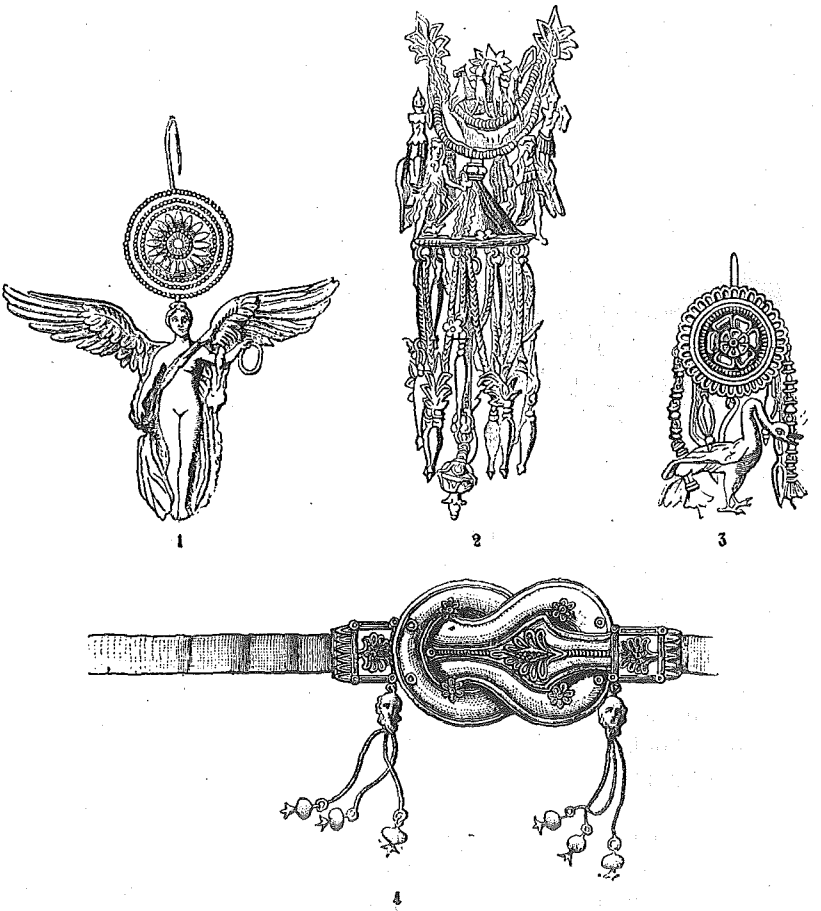


Fig. 100. — Joyas de mujer: 1. Zarcillo; 2. Pinjante; 3. Zarcillo; 4. Hebilla de un cinturón.

Nerón, las caravanas que conducían el preciado género andaban los caminos y mares de Asia. Partiendo de Isidón de Escitia (Kachgar) y marchando por tierra arribaban al mar Negro, o bien, cruzando a Persia y descendiendo por el Tigris o el Éufrates llegaban al golfo Pérsico, y de allí el periplo de Arabia les permitía alcanzar los puertos egipcios del mar Rojo. Otras veces los fardos de seda eran llevados

en botes que surcaban el Indo hasta su desembocadura, donde se transbordaba la mercadería a naves de mayor calado que, atravesando el mar Eritreo, la conducían a los puertos del golfo Arábigo. Los géneros de seda no sólo eran los más flexibles, livianos y tornasolados; pero también se prestaban mejor que cualquier otra tela a las manipulaciones de los *offectores*, que reforzaban con adecuados ingredientes los colores originales; de los *infectores*, hábiles en hacerles sufrir los más diversos cambios; de todos esos tintoreros, *purpurarii, flammarii, crocotarii, violarii*, cuyas especialidades igualaban en número a los colorantes vegetales, animales y minerales por ellos utilizados: creta, saponaria y sal tártara para el blanco; azafrán y reseda para el amarillo; para el negro, agalla; para los azules, glasto; rubia, urchilla y púrpura para las varias tonalidades del rojo. Siempre fieles a los consejos de Ovidio [160], las matronas acomodaban al color de su cutis y cabello los colores de sus vestidos, armonizándolos entre sí con tan extremada gracia, que al pasearse por la Ciudad alegraban las calles con la policromía de sus ropas, de sus chales y de sus mantos, cuyos vivos colores eran a veces realzados con primorosas bordaduras, como la espléndida y negra *palla* que viste la Isis citada por Apuleyo [161].

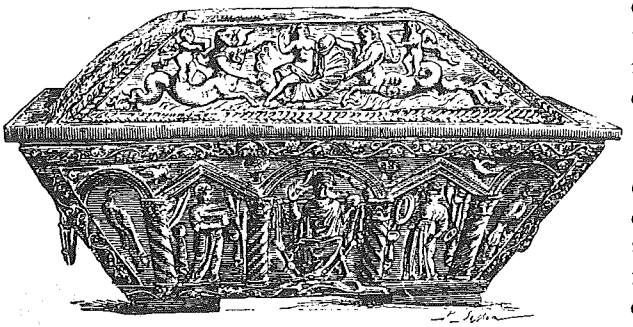


Fig. 101.—Joyero de una dama romana. (Colección de Blacas).

Por otra parte, la romana completaba casi siempre su atavío con accesorios extraños, en principio, a la indumentaria masculina, que acentuaban aun más el carácter pintoresco de su propia figura. Los hombres llevaban por lo común la cabeza descubierta, pudiendo, si el sol escocía o si la lluvia arreciaba, colocar un faldón de la *toga* o del *pallium* sobre la cabeza, o encasquetarse el *cucullus* de la *pænula*; en cambio, la mujer romana, cuando no lucía una diadema o *mitra*, pasaba por sus cabellos, a los que ya no aprisionaba más la redecilla *(reticulum)* [162], una sencilla cinta de rojo purpurino *(vitta)* o un *tutulus* [163]

[160] OVIDIO, *A. A.*, III, 187-192.
[161] APULEYO, *Met.*, XI, 3.
[162] Sobre el *reticulum*, cf. PETRONIO, 67.
[163] Sobre el *tutulus*, cf. FESTO, p. 355.

parecido a la toca de las *flaminicæ*, que se ensanchaba en el centro para levantarse sobre la frente en forma de cono. A menudo anudábase

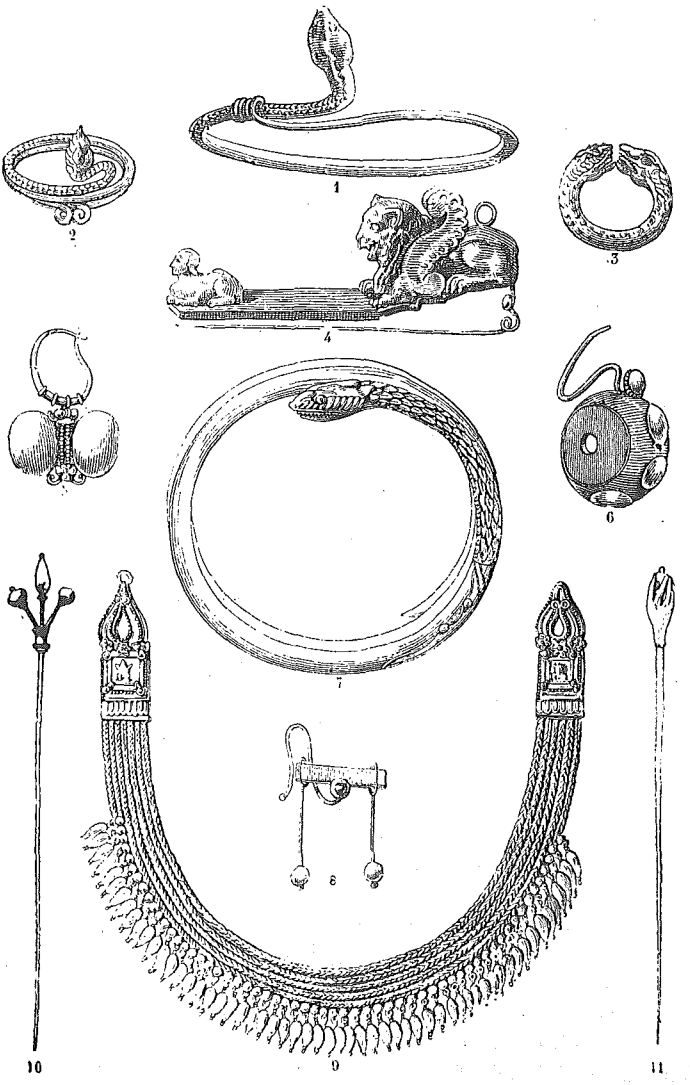


Fig. 102.— **Joyas femeninas**: 1. Pulsera; 2 y 3. Sortijas; 4. Prendedero; 5 y 6. Zarcillos; 7. Ajorca; 8. Zarcillo; 9. Collar radiado *(monile radiatum)*; 10 y 11. Alfileres para el cabello.

una chalina *(focale)* en torno al cuello. De su brazo colgaba la *mappa*, que le servía para sacudirse el polvo o enjugar el sudor que sudaba

su rostro *(orarium, sudarium)*, y con la cual, quizá, había comenzado a sonarse las narices, según una costumbre cuyos orígenes sería erróneo hacerlos remontar a época muy antigua, puesto que la única palabra latina que tenemos derecho a traducir por pañuelo, *muccinium*, no

Fig. 104. — Brocado romano. (Hallado en Suiza; cf. SEMPER, *Der Stil*, p. 180, 2ª ed.).

está testificada antes de fines del siglo tercero de nuestra era [164]. Con una mano solía agitar, con lento ritmo de estudiada elegancia, un abanico de plumas de pavo real, que le servía de ventalle *(flabellum)* y de espantamoscas *(muscarium)* [165]. Además, cuando hacía buen tiempo sostenía en la otra mano, a menos que lo hiciera llevar a su lado por una doncella *(pedisequa)* o por un galante amigo, el quitasol *(umbella, umbraculum)*, generalmente teñido de llamativo color verde, que no siempre podía cerrar a voluntad, como los nuestros, por lo que la dama romana veíase obligada a dejarlo en su casa cuando el viento soplaba con demasiada violencia [166]

[164] ARNOBIO, *Adv. nat.*, II, 23.
[165] Cf. MARCIAL, III, 82, 10, y XIV, 67 y 68.
[166] Sobre los quitasoles, cf. JUVENAL, IX, 50; MARCIAL, XI, 73, 6, y XIV, 28. En un bajo relieve del Museo de Avezzano aparece representada una sombrilla plegadiza. Un vaciado de ese bajo relieve estuvo expuesto en la sala 62 de la *Mostra Augustea*.

Así emperifollada, la bella estaba en condiciones de hacer frente a las inquisidoras miradas de las demás mujeres, que criticaban de cabo a rabo su atavío con el mismo ardor con que los hombres se la comían con los ojos. Pero es palmar que la complejidad de su indumento, unida a la eterna coquetería femenina, debía prolongar su arreglo matutino mucho más allá del tiempo que exigía el arreglo del varón. Mas esto tenía poca o ninguna importancia, porque las mujeres de Roma no trabajaban como los hombres: la intervención de la mujer en la vida pública urbana se reducía a participar de los esparcimientos, diversiones y juegos.

CAPITULO II

LAS OCUPACIONES

1. Los Deberes de la Clientela

En la Roma de Trajano, las mujeres permanecían en sus casas la mayor parte del tiempo. Si eran pobres, se dedicaban allí a los quehaceres domésticos [1], por lo menos hasta la hora en que se trasladaban a las termas públicas que les estaban especialmente reservadas. Si eran ricas y poseían numerosa servidumbre que las relevaba de toda labor material, podían salir a su gusto y capricho, visitar a sus amistades, pasear por las calles de la Ciudad, asistir a los espectáculos públicos y, más tarde, concurrir a la *cena* que ofrecía algún conocido. Los hombres, al contrario, raramente se detenían en sus casas. Si tenían que ganarse la vida, se ausentaban desde muy temprano para ir a atender sus negocios, los cuales, en todos los órdenes de oficios y profesiones, y tanto en el Foro como en el Senado, comenzaban de madrugada. Si no trabajaban, veíanse igualmente atareados, tan pronto como se levantaban, por los deberes de la clientela. Pues en la *Urbs* no sólo los libertos dependían de la benevolencia de sus respectivos patronos. Desde el parásito hasta el gran señor, cada uno de los romanos se consideraba como ligado al más poderoso que él por las mismas obligaciones de respeto —o para emplear el término técnico, de *obsequium*— que los ex esclavos tributaban al amo que los había manumitido.

El *patronus* debía recibir en su casa a sus clientes, invitarlos de vez en cuando a su mesa y ayudarlos con oportunos socorros y regalos; a los más necesitados les entregaba víveres, que se llevaban en una cesta llamada *sportula;* aunque frecuentemente, para evitarse esta molestia, el patrono les regalaba pequeñas sumas de dinero efectivo en el momento de su visita. En la época de Trajano, esta última práctica se había difundido en tal forma, que la cantidad de numerario dada por los patronos casi no variaba de una casa a otra, habiéndose es-

[1] Los quehaceres domésticos las obligaban a salir, por lo menos, hasta la fuente pública y el muladar más próximos. Cf. Juvenal, VI, 603.

tablecido en la Ciudad una suerte de tarifa «esportular»: seis sestercios por cabeza y por día [2]. ¡Cuántos abogados sin pleitos, profesores sin alumnos, artistas sin trabajo hallaban en esa mezquina asignación la más fabulosa de sus rentas![3] Los clientes que ejercían algún oficio la agregaban a su salario y, para no llegar tarde a su taller o a su tienda, corrían a buscarla antes de romper el día [4]. Como la importancia de un magnate se medía por el volumen de su clientela, el patrono hubiera empañado su reputación si hubiese preferido la molicie de la cama a la barahunda de sus recepciones matutinas. La pereza del señor podía tolerarse en las provincias, en una localidad lejana y minúscula como Bílbilis, por ejemplo; pero en Roma ningún personaje hubiera osado desoír los lamentos de uno, las exigencias de otro, las salutaciones de todos [5].

Fig. 105. — Cliente (Estatua de bronce del Museo de Nápoles)

Un protocolo minucioso y severo regía el cumplimiento de esta ceremonia cotidiana y matinal. Ante todo, el cliente era libre de acudir más bien a pie que en litera, pero para presentarse decentemente debía hacerlo vistiendo una toga; y esta obligación estricta representaba para su presupuesto una carga tan onerosa, que la sola atención de este detalle indumentario presto hubiera agotado sus *sportulæ* si el patrono no hubiese contraído el hábito de ofrecerle, aprovechando cualquier ocasión solemne, una toga flamante de repuesto, amén de las cinco o seis libras de vajilla de plata que anualmente le regalaba como aguinaldo en las Saturnales [6]. Después, los clientes tenían que esperar con paciencia su turno, que estaba reglado no por el orden de llegada, sino conforme a la jerarquía social: los pretores antes de los tribunos, los caballeros antes de los simples ciudadanos, los ingenuos antes que los libertos [7]. Por último, al abordar al patrono, los clientes debían guardarse de llamarle por su nombre: si no le daban el título de «Señor» *(dominus)* corrían peligro de volverse con las manos vacías:

[2] MARCIAL, VI, 88; cf. I, 59; JUVENAL, I, 121.
[3] JUVENAL, I, 95-126.
[4] PLINIO EL JOVEN, III, 12, 2.
[5] MARCIAL, I, 50.
[6] MARCIAL, IX, 49; X, 11, 73, 96 y *passim*. Sobre el aguinaldo en las Saturnales, cf. *ibid.*, V, 19 y 84; VII, 53; y *supra*, pp. 63 y 116.
[7] JUVENAL, I, 95-126.

«Saludéte una mañana
por acaso, Ceciliano,
solamente por tu nombre,
sin decirte: «Señor amo».
¿Se quiere saber lo que
tal libertad me ha costado?
cien cuadrantes he perdido,
que me daba de regalo.» [8]

Así, cada mañana, despertábase Roma con las idas y venidas de los clientes que acudían a tributar el consabido homenaje y a recibir el pago de sus cumplimientos inveterados. Los más humildes, para colectar el mayor número posible de *sportulæ*, multiplicaban las visitas. Los más ricos no estaban dispensados de hacerlas después de haberlas recibido. Pues el romano, por alto que ascendiera en la escala de la sociedad, siempre conocía alguno que reclamaba su homenaje en virtud de estar más elevadamente colocado. Por cierto, el emperador era el único que en la *Urbs* no hallaba a nadie de mayor categoría que él.

Empero, las mujeres estaban eximidas de ese torbellino de zalemas. Generalmente, las hembras se abstenían tanto de hacer la corte como de aceptar ese género de obsequiosas e interesadas reverencias. No se substraían a la regla, en el siglo segundo después de Jesucristo, nada más que las viudas deseosas de llevar en persona sus jeremiadas o sus demandas al patrono de su marido difunto, y las mujeres de ciertos famosos e impertinentes pedigüeños, los cuales, para conseguir algunas dádivas suplementarias mediante exageradas muestras de rendimiento y sumisión, iban a bailarle el agua al patrono acompañados de sus esposas. Juvenal se burla de los ardides de que se valían los gorrones para mover a compasión a los patronos y a la gente:

«Mas si el patricio mismo al fin del año
cuánto rindió la espórtula numera,
cuánto aumentó su haber, ¿qué hará el hambriento
que sólo de ella espera
toga y calzado y leña y alimento?
Tras de los cien cuadrantes van volando
literas mil, y lánguida y enferma
o encinta sigue al cónyuge la esposa;
hay quien astuta estratagema usando,
por la ausente mujer pide, mostrando,
como si en ella fuera,
la cerrada litera.

[8] MARCIAL. VI. 88.

—Mi Gala es, dice; ¿a qué tanta demora?
¡Acaba! —¿Es Gala? Asome la cabeza.
—Déjala en paz, que está durmiendo ahora.»[9]

El subterfugio es tan grosero, que uno se pregunta si Juvenal no lo ha inventado como broma. Pero, real o ficticio, el episodio nos deja entrever la repugnancia de las romanas a seguir a sus maridos en la gira matinal de sus visitas de clientela.

2. Comerciantes y Trabajadores Manuales

Terminadas éstas, cada uno se entregaba a sus ocupaciones habituales. La Roma imperial, donde residían la Corte, los senadores y los múltiples funcionarios de una administración tentacular, era por cierto la ciudad de los «rentistas» de que habla Rostovtseff [10]. Rentistas eran los acaudalados propietarios de bienes raíces, a quienes la fortuna terrera que poseían en provincias les había valido su admisión en la Curia y asegurado una digna posición en la *Urbs* [11]; rentistas eran los escribientes al servicio de los diversos magistrados, cuyos empleos se compraban como los de la monarquía francesa durante el llamado Antiguo Régimen [12]; rentistas eran los administradores y accionistas de las sociedades de publicanos, que garantizaban con sus capitales el cumplimiento de sus ofertas, obteniendo luego beneficios ingentes; rentistas también eran los funcionarios sin cuento que, puntualmente retribuídos por el fisco, movían los infinitos engranajes de la gran máquina del gobierno imperial; rentistas eran, en fin, los 150.000 proletarios nutridos por la Anona a expensas del Estado: desocupados eternamente sin trabajo y muy satisfechos de su suerte, que reducían sus esfuerzos a percibir, un día cada mes, los víveres de cuyo suministro gozarían hasta la muerte.

Pero la Ciudad ofrecía al mismo tiempo otro aspecto por completo distinto. La presencia en la *Urbs* de esos «rentistas» —terratenientes, burócratas o proletarios— no había quitado a Roma su carácter de metrópoli económica. Su supremacía política y su gigantesco desarrollo urbano la condenaban a desplegar sin tregua una inmensa actividad no sólo de índole especulativa y mercantil, sino también manufacturera y de trabajo real y productivo. Recordemos que Roma era la meta de los caminos de Italia y de las líneas de navegación mediterráneas, y que la *Urbs*, Reina del Universo, absorbía lo mejor de la pro-

[9] Juvenal, I, 117-126.
[10] Rostovtseff, *Social and economic history of the Roman Empire*, Oxford, 1926, pp. 36 y 155.
[11] Cf. *supra*, pp. 111-112.
[12] Cf. J. Carcopino, *La loi de Hiéron et les Romains*, París, 1914-1919, pp. 188 y siguientes.

ducción mundial. Roma habíase erigido en directora suprema de la economía del mundo y pretendía arrogarse el derecho de consumir ella sola todas las riquezas de la tierra. Evidentemente, para mantener esa dominación era necesario que la Ciudad trabajara en forma afanosa e incesante, aunque a su manera.

La amplitud tremenda de esa explotación sistemática está atestiguada por los mismos romanos y se transparenta a través de las ruinas de algunos de sus monumentos. Petronio nos la describe al comienzo del poema que ha incorporado a su novela [13]:

«Dueña del mundo la soberbia Roma
ni los tesoros regios, ni el tributo
de cien naciones su ambición saciaron,
y nuevamente sus pesadas naves
recorrieron el piélago profundo.
Llama enemiga a toda tierra donde
oro pueda encontrar, y no la gloria,
sino el botín del vencedor ansía.

Todo es escaso a su codicia. En púrpura
envuélvense los miembros del soldado,
y brilla más en la lujosa tienda
del campamento —que a palacio imita—
la joya que la espada. La molicie
ablanda la energía del guerrero,
y lo mismo en la paz que en las batallas
el mortal decaimiento se revela.

Los tigres africanos de sus bosques
arrancados se ven y a Roma vienen
desafiando al mar embravecido
para saciar de sanguinaria plebe
el instinto brutal, y en sangre humana
teñir las garras en el circo inmenso,
mientras con sus rugidos se confunden
las voces de entusiasmo que tan bárbaro
placer arranca a muchedumbre odiosa.

Siguiendo el uso pérsico se roba
el atributo varonil al tierno
adolescente, y quien debió ser hombre
contra ley natural a la hembra imita;
tiende al aire aromada cabellera.

[13] PETRONIO, *Sat.*, 119.

sonrisa femenil finge en los labios,
y con sexo dudoso, busca y halla
quien infames caricias le prodigue.

De las selvas de Atlas se acarrea
el limoncillo que, imitando al oro,
en magníficas mesas se convierte,
y el romano (antes sobrio) junto a ellas
coronado de flores, rodeado
de innúmeros esclavos, satisface
la refinada gula con viandas
que de lejanos climas le trajeron,
como el escario, a las azules ondas
del mar robado, el ave que a la orilla
del Fasio ostenta las doradas plumas,
y la ostra que, envuelta en dura concha,
tuvo por cuna el litoral lucrino.» [14]

Y las mismas imágenes se presentan ante nuestros ojos cuando contemplamos las ruinas del Foro de las Corporaciones de Ostia, puerto de Roma.

Trátase de una vasta explanada de más de 100 metros de largo por 80 metros de ancho. En el centro se levanta un templo, que he podido identificar con el de la «Anona de Augusto», esto es, el Abastecimiento Imperial divinizado [15]. Sobre el costado que da frente a la entrada del santuario corre un pórtico sostenido por columnas de cipolino, adosado al escenario del teatro, a cuya sombra se paseaban antaño los espectadores. Los otros tres costados hallábanse rodeados por un muro y una doble columnata de ladrillos revestidos de estuco. Bajo ésta alineábanse 61 pequeños aposentos separados entre sí por tabiques de madera apoyados en fundamentos de mampostería. Los aposentos ofrecen un aspecto uniforme y tienen idénticas dimensiones (4 m por 4 m aproximadamente), lo que prueba que todos ellos estaban destinados a llenar la misma función. Ésta nos ha sido revelada por una serie de mosaicos, de cubos negros sobre fondo blanco, que adornan el piso de la columnata delante del umbral de cada una de las salas. Los mosaicos, gracias a sus figuras e inscripciones, nos introducen en las salas correspondientes y las asignan una por una a las varias cofradías profesionales que allí se habían instalado con el consentimiento de las autoridades romanas. En el extremo oriental se ha reconocido la *statio* de los calafates y cordeleros; en la cámara contigua, la de los peleteros. En

[14] Versión española de Tomás Meabe. (*Nota del traductor*).

[15] Cf. J. Carcopino, *Ostie*, 1929, p. 18 y la adhesión que me ha prestado Wickert, en su edición del último *Supplementum Ostiense*, *C. I. L.*, XIV, p. 844.

seguida venían los comerciantes en madera, cuyo nombre se inserta en una tarjeta en forma de cola de milano; después, los *mensores frumentarii,* o sea los encargados de medir el trigo, uno de los cuales está representado en el ejercicio de su función, rodilla en tierra, esforzándose por igualar exactamente con su rasero *(rutellum)* el contenido de un *modius* o celemín reglamentario. En la extremidad opuesta alojábase la *statio* de los *sacomarii* o almotacenes, cuya tarea completaba la de los *mensores;* y como allí se ha descubierto el hermoso altar esculpido que actualmente se exhibe en el Museo de las Termas y que los *saco-*

Fig. 106. — Pórtico del Foro de las Corporaciones de Ostia.

marii habían dedicado, en 124 antes de Jesucristo, al Genio de su oficio, no cabe duda de que la *statio* de los almotacenes y todas las demás estuvieron antiguamente consagradas al culto. Las restantes pertenecen a corporaciones de armadores *(navicularii),* que sólo se diferencian entre sí por el nombre de sus respectivas ciudades de origen: por ejemplo, los navicularios de Alejandría; los de Narbona y Arlés en Galia; los de Cagliari y Puerto Torres en Cerdeña; los de puertos célebres u obscuros de África septentrional: Cartago, cuya flota mercante ha sido esquematizada en el mosaico; Hippo-Diarrhytus, hoy Bizerta; Curbis, ahora Curba, al norte del golfo de Hammamet; Missua, hoy Sidi-Daud, al sudoeste del cabo Bon; Gummi, hoy Bordj-Cedria, en el fondo del

golfo de Cartago; Musluvium, hoy Sidi-Rekane, entre Ziama y Bugia, en cuyo escudo de armas, algo complicado, pero muy elocuente, figu-

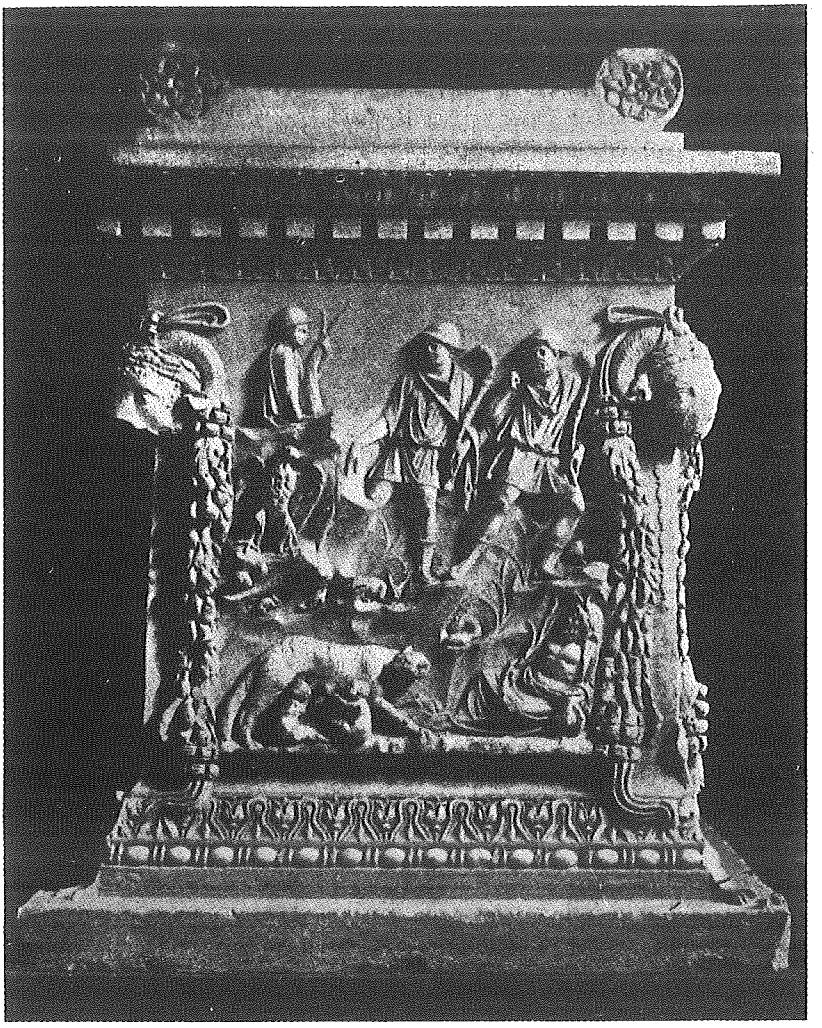


Fig. 107. — **El altar de Ostia.** (Museo de las Termas, Roma).

ran peces, un amorcillo cabalgando un delfín y dos cabezas de mujer, una de las cuales está casi totalmente destruída y la otra aparece coronada de espigas y teniendo a su lado la hoz de las segadoras; Sabrata,

en fin, el puerto tripolitano donde se embarcaba el marfil de Fezzan, simbolizado por un elefante debajo del nombre de los navicularios. Aun siendo incompleta, temo que esta enumeración llegue a parecer fastidiosa. Pero si en lugar de recorrer sobre el papel la lista de aquellas localidades, el lector tiene ocasión de descifrarlas por sí mismo en Ostia, caminando sobre esos ingenuos cuadros con que cada una de las corporaciones ha querido definir su trabajo y materializar el recuerdo de su lejana patria, no podrá menos de sentir asombro y cierta pesadumbre ante la realidad formidable y grandiosa que traducen esos mo-

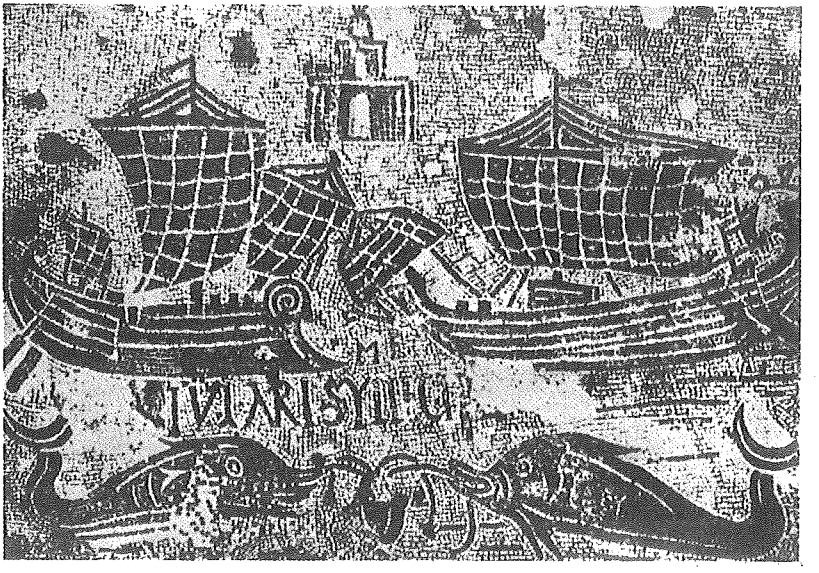


Fig. 108. — Mosaico de la «statio» de los navicularios de Alejandría en el Foro de las Corporaciones de Ostia.

destos emblemas. Cierto es que éstos nos explican el destino de las salas cuya entrada decoran: pequeñas capillas de cofradías profesionales o, si se quiere, simples descansaderos donde hacían alto los fieles de la diosa Anona. Pero además, la explanada del Foro de las Corporaciones de Ostia encierra entre sus líneas toda la extensión de los mares y de las tierras comprendidas entre el istmo de Suez y las Columnas de Hércules. Y de pronto créese ver congregada allí la muchedumbre de pueblos que, alejados uno de otro, procedentes de las más opuestas comarcas, acudían a fuerza de remos para responder a las exigencias de Roma; y se diría que están siempre presentes, en ese recinto inolvidable, la montaña de productos que Roma arrebataba a todos los países

de la tierra y el dócil cortejo de las naciones que la Reina del Universo había esclavizado para su servicio [16].

En efecto, afluían a Roma, por sus tres puertos de Ostia, de Porto y del Emporio, al pie del Aventino: tejas, ladrillos, legumbres, frutas y vinos de Italia; cereales de Egipto y África; aceite de España; carne salvajina, maderas y lanas de las Galias; salazón de Bética; dátiles de los oasis; mármoles de Toscana, de Grecia y de Numidia; pór-

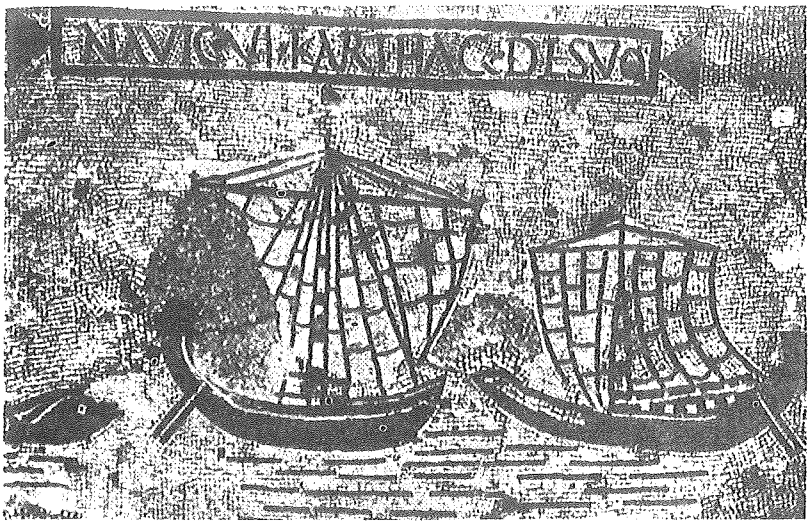


Fig. 109. — Mosaico de la «statio» de los navicularios de Cartago en el Foro de las Corporaciones de Ostia.

fidos del desierto arábigo; plomo, plata y cobre de la península Ibérica; marfil de las Sirtes y de las Mauritanias; oro de Dacia y de Dalmacia; estaño de las Casitérides y ámbar del Báltico; *papyri* del valle del Nilo; vidrios de Siria y de Fenicia; telas de Oriente; incienso de Arabia; especias, corales y gemas de India; sedas finísimas del Lejano Oriente [17].

En la Ciudad y sus alrededores se extendían hasta perderse de vista los enormes depósitos *(horrea)*, en los que se almacenaban las vituallas que saciaban el hambre de la *Urbs* y los artículos necesarios para su lujo y bienestar: los *horrea* del Puerto de Trajano, cuya importancia ha sido puesta en evidencia por las excavaciones emprendidas en 1923 por el difunto príncipe Giovanni Torlonia; los *horrea* de Ostia, que,

[16] Resumo aquí lo que he escrito en *Ostie*, pp. 15-18. Sobre el altar del Museo de las Termas, cf. PARIBENI, *Guida del museo delle Terme*, p. 264.

[17] Cf. DESSAU, *Gesohichte des rom. Kaiserzeit*, Berlín, 1930, t. II, p. 411.

escombrados en apenas un tercio de la extensión que tenían en tiempo de Adriano, cubren sin embargo una superficie de diez hectáreas; los *horrea* de Roma, cuya exploración sólo ha sido comenzada, aunque conocemos su número y capacidad a través de las noticias transmitidas por los autores antiguos. Algunos estaban especialmente destinados a servir de repositorios para determinadas mercaderías: los *horrea candelaria,* llenos de antorchas, velas y sebo; los *horrea chartaria,* para los rollos de papiro y los pliegos de pergamino, en el Esquilino; los *horrea piperataria,* cerca del Foro situados, en los que se amontonaban los paquetes de pimienta, jenjibre y especias enviados por los árabes. Pero la mayoría de los *horrea* eran verdaderos almacenes de ramos generales en los que se hallaban reunidos los más heteróclitos productos, y sólo se diferenciaban por el nombre de los lugares que ocupaban o por el nombre que, heredado de sus primeros dueños, habían retenido aún cuando posteriormente hubiesen pasado a ser propiedad de los Césares: los *horrea Nervæ,* sobre la vía Latina; los *horrea Ummidiana,* en el Aventino; los *horrea Agrippiniana,* entre el *Clivus Victoriæ* y el *Vicus Tuscus,* al borde del Foro; y todos los construídos entre el Aventino y el Tíber. Hay que citar también los *horrea Seiana,* los *horrea Lolliana* y, en fin, los *horrea Galbæ,* que eran los más capaces de todos y cuya fundación remontábase a las postrimerías del siglo segundo antes de nuestra era. Los *horrea Galbæ,* ampliados du-

Fig. 110. — Cipo de un comerciante romano. (Museo de Caen).

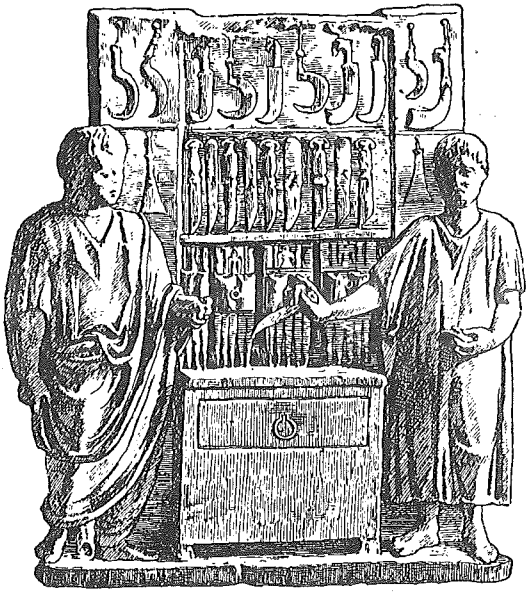


Fig. 111. — Tienda de un cuchillero («cultrarius»). (Vaticano).

rante el Imperio hasta cubrir una superficie de más de tres hectáreas, poseían numerosas *tabernæ* dispuestas alrededor de tres enormes patios. En las *tabernæ* se depositaba no sólo trigo, vino y aceite, sino también toda clase de materiales y productos, como se deduce de las inscripciones que mencionan los diferentes comerciantes que encontraron asilo en esos «graneros»: aquí una vendedora de pescado *(piscatrix)*, allá un marmolista *(marmorarius)*, más allá un tratante en sayas y mantos *(sagarius)* [18].

Tan extraordinaria profusión de depósitos —a los cuales, por otra parte, se habían agregado, en los primeros años del siglo segundo antes de Jesucristo, las naves centrales del mercado de Trajano [19]— revela evidentemente que la Roma de los Antoninos, banca y bolsa de

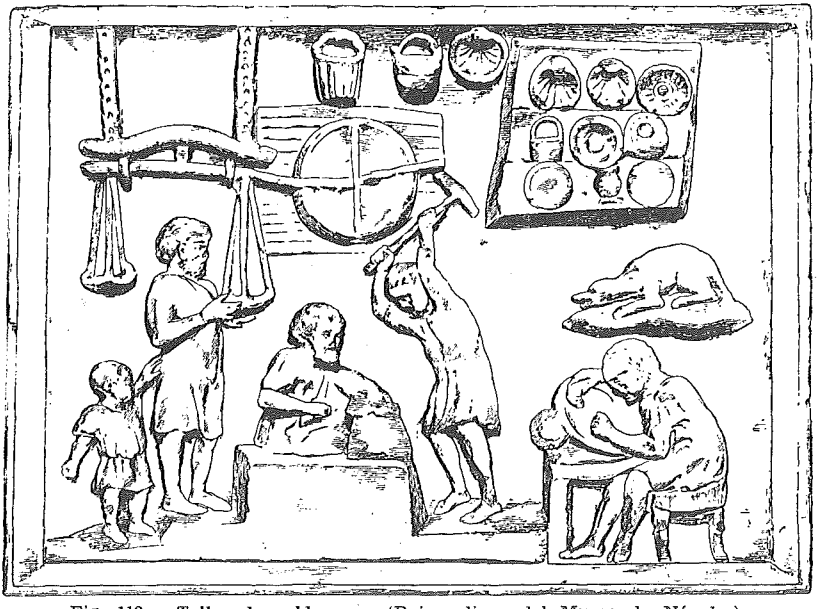


Fig. 112. — Taller de caldereros. (Bajo relieve del Museo de Nápoles).

la antigüedad, fué también la más importante plaza comercial de su época. Y si bien no conoció lo que hoy llamamos «gran industria», la *Urbs* movilizó, junto al estado mayor de sus financieros y de sus mercaderes de grueso, todo un ejército de empleados en sus oficinas, de

[18] Cf. PLATNER-ASHBY, *Top. Diction.*, pp. 260-263.

[19] Sobre el mercado de Trajano, cf. *supra*, pp. 25-26. Es evidente que su creación asestó un golpe mortal a todos los mercados especiales, *forum olitorium, forum cuppedinis, forum piscatorium*, de que nos hablan casi exclusivamente los textos referentes al período republicano.

pequeños comerciantes en sus tiendas, de obreros que requería el mantenimiento de sus monumentos y edificios y de trabajadores encargados del transporte, descarga, almacenamiento y distribución de sus colosales importaciones. Finalmente, se necesitaban numerosos y expertos operarios en los talleres donde iban a ser objeto de una última transformación, antes de ser entregados a los consumidores, tanto los más toscos materiales como los más raros y delicados artículos procedentes de todos los rincones de la tierra.

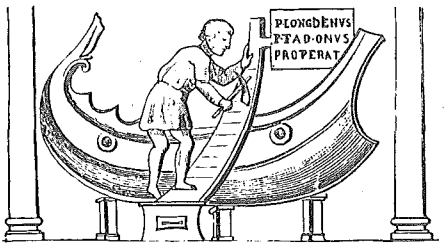


Fig. 113. — Un «faber navalis». (Bajo relieve del sepulcro de Longidieno, en Ravena).

Para formarse una idea de la extensión y variedad del tráfico romano conviene repasar la lista de las corporaciones de Roma y de Ostia, apéndice de aquélla, establecida por Waltzing al comienzo del tomo cuarto de su obra magistral. Más de ciento cincuenta gremios están allí identificados y definidos con toda exactitud; y esto basta para probar el extraordinario impulso adquirido en la *Urbs* por el movimiento económico y mercantil, en el cual colaboraban, en el seno de un mismo grupo profesional, la aristocracia de los patronos y la pleble de los asalariados; aunque no siempre resulta posible distinguir, dentro de cada ramo, el mercader del financiero, el negociante del industrial o el revendedor del fabricante. Entre los que se dedicaban al comercio por mayor, los *magnarii* en trigo, vino y aceite; entre los armadores *(domini navium)*, que construían, equipaban y mantenían flotas enteras; entre los ingenieros navales y los calafates *(fabri navales* y *curatores naviuni)*, es imposible establecer un límite claro y preciso que separe el intermediario del capitalista.

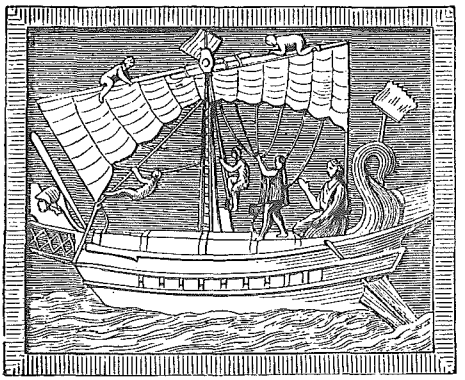


Fig. 114. — Nave mercante («navis oneraria»). (Relieve de la tumba de Naevoleia Tyche, en Pompeya).

Por otra parte, el ramo de la alimentación, cediendo al empuje de su incesante crecimiento, habíase fraccionado en una multitud de especialidades heteróclitas. Unas estaban representadas por los deta-

tallistas, que aparentemente no hacían otra cosa, sino distribuir sus mercaderías: vendedores de lupinos *(lupinarii)*, de frutas *(fructuarii)* y de pepónides *(peponarii)*. Pero otras estaban integradas por gente que

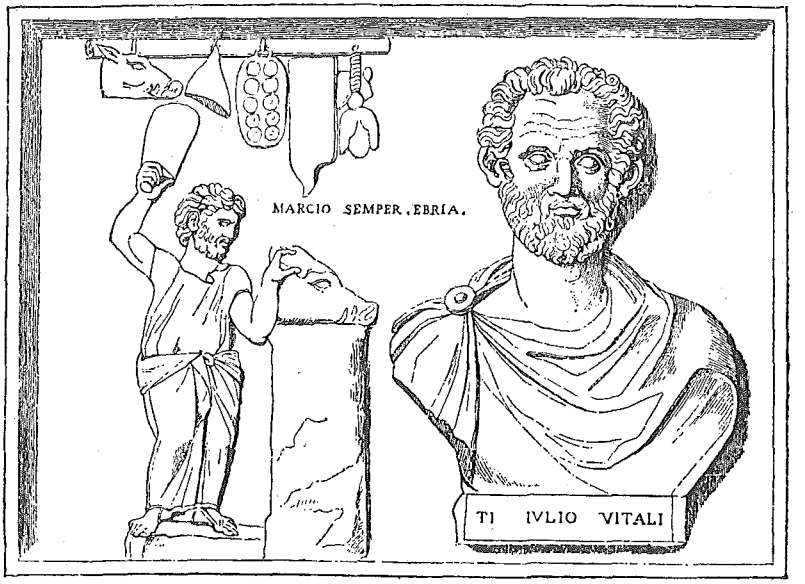


Fig. 115. — El carnicero Tito Julio Vitalis. (Villa Albani).

se había tomado el trabajo de producir o de procurarse con arte los artículos que ofrecían al público: los *olitores*, a la vez verduleros y hortelanos; los *piscatores*, simultáneamente pescadores y pescaderos.

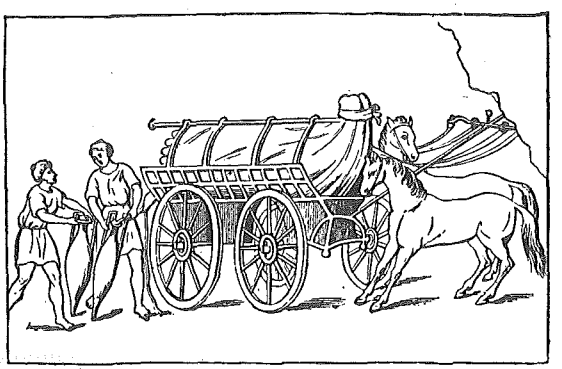


Fig. 116. — Carro para el transporte y reparto de vino. (Pintura mural pompeyana).

Casi todas esas especialidades importaban la práctica de un verdadero comercio. Los *vinarii* ambulantes iban de *vicus* en *vicus* a despachar el producto de sus viñas, con todo un arsenal de barricas y ánforas acomodadas en sus carros. Los taberneros *(thermopolæ)* ofrecían en sus cráteres deleitosas

mezclas de agua y vino, que en seguida colocaban a la temperatura pedida. Los bajos relieves que decoran la famosa tumba de Eurisaces muestran que, en una gran panadería, el *pistor* o panadero estaba auxiliado por un molinero (*molinenarius*). Los pasteleros (*siliginarii*), confiteros (*pastillarii*) y posaderos (*caupones*) sólo conseguían atraer parroquianos a sus mostradores o a sus mesas mediante la fama que alcanzaban por el esmero y habilidad con que componían sus dulces, postres y comidas.

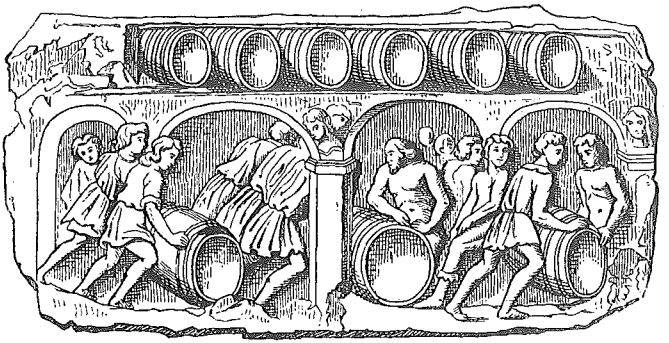


Fig. 117. — **Interior de una bodega.** (Bajo relieve hallado en Augsburgo; cf. *D. A.*, fig. 1281, 2139).

Si se pasa al comercio de lujo, se advierte al punto el especializado y profundo conocimiento técnico que éste exigía a cada paso: los perfumistas y drogueros (*pigmentarii*) vendían las mixturas por ellos preparadas; los espejeros (*specularii*) habían fabricado las lunas exhibidas en sus escaparates; los floristas (*rosarii, violarii*) llevaban en sus cestas ramos primorosamente confeccionados que ofrecían a los transeúntes y, además, trenzaban las coronas que podían adquirirse en las tiendas de los *coronarii*; los escultores en marfil (*eborarii*) dominaban el arte de labrar y pulir los colmillos que les enviaban los cazadores africanos; los vendedores de sortijas (*anularii*) y de perlas (*margaritarii*), como los batihojas (*brattarii inauratores*) y los orífices (*aurifices*), debían poseer los secretos técnicos de sus respectivas especialidades.

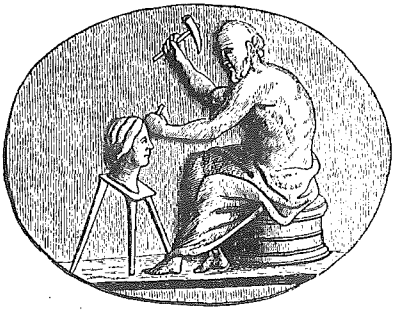


Fig. 118. — **Escultor.** (Gema grabada; cf. FICORONI, *Gemm. litter.*, pl. 5, 6).

En cuanto a los oficios concernientes al vestido, no existía uno solo en el que la venta estuviera separada de la fabricación. Los *linteari*, por ejemplo, aderezaban sus linones y ellos mismos los vendían; y lo propio ocurría con los que

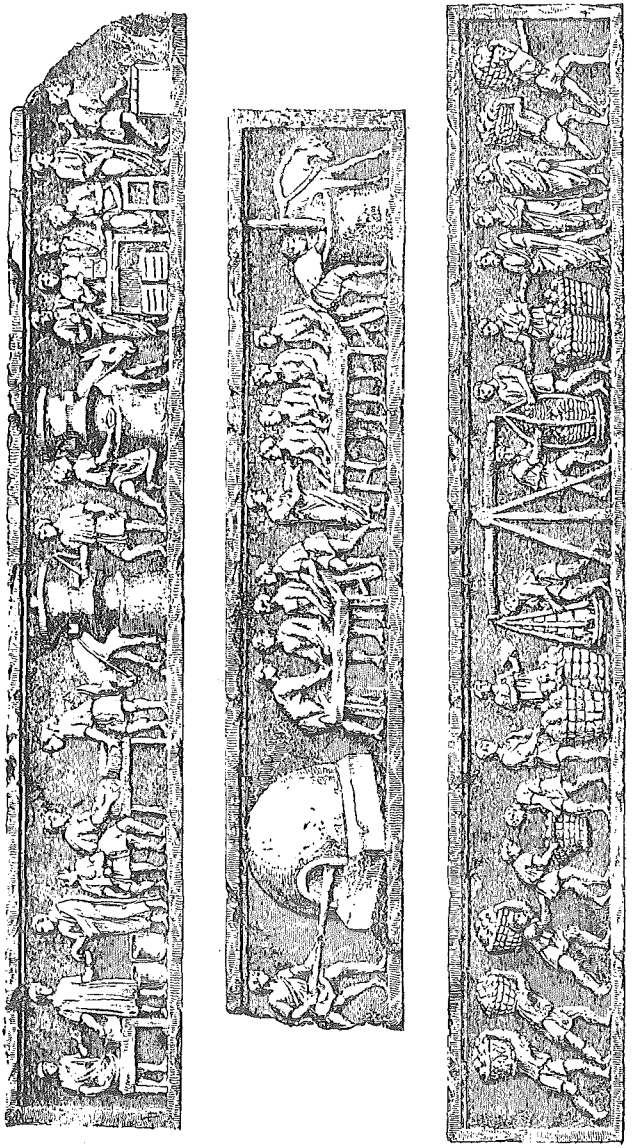


Fig. 119. — Bajos relieves de la tumba del panadero M. Virgilio Eurisaces, en Roma.

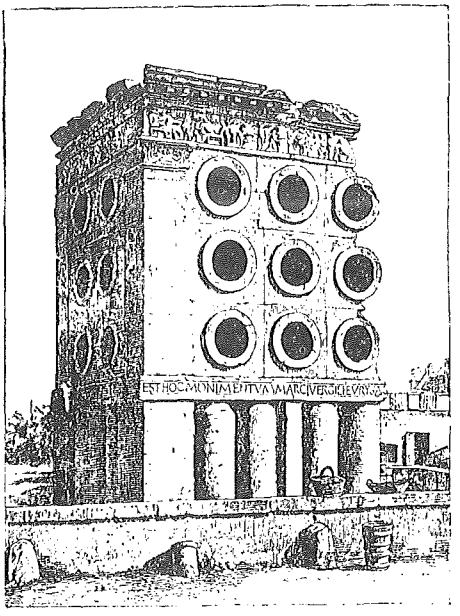


Fig. 120. — **Tumba del panadero M. Virgilio Eurísaces, en Roma, Vía Casilina, cerca de la Puerta Mayor.**

Fig. 121. — **Fabricante de vasos de bronce.** (*Museo de Saint-Germain*).

Fig. 122. — **Orifice** («aurifex»). (Vaticano).

Fig. 123. — **Zapatero.** (Museo de Saint-Germain).

confeccionaban cualquier clase de ropa *(vestiarii)*, con los que sólo hacían sayas *(sagarii)*, con los zapateros *(sutores)*, con los que proveían de calzado a los hombres *(caligarii)* y con los que suministraban calzado a las mujeres *(fabri solarii baxiarii)*: todos eran fabricantes de los artículos que vendían. En la Roma imperial, múltiples industrias medraban al amparo del comercio vestuario: industrias humildes y vulgares de lavanderos *(fontani)*, bataneros *(fullones)* y tintoreros *(tinctores, offectores, infectores)*; industrias refinadas y lujosas de bordadores *(plumarii)* y de sederos *(serarii)*, que sabían ingerir, con sorprendente destreza, hilos de algodón en los géneros de seda que, desde el fin del reinado de Claudio, China les enviaba regularmente con el monzón.

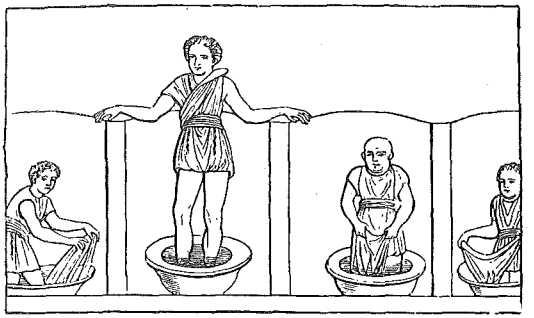


Fig. 124. — **Lavanderos («fontani»).** (Pintura mural pompeyana, Museo de Nápoles).

Abundaban en Roma las corporaciones cuyos miembros elaboraban los productos que luego ofrecían al público; pero eran también numerosas las que sólo podían brindar sus servicios manuales *(operæ)*. Entre las primeras contábanse los curtidores *(corarii)*, los peleteros *(pelliones)*, los cordeleros *(restiones)*, los calafates *(stuppatores)*, carpinteros de blanco y ebanistas *(citrarii)* y metalarios en bronce o en hierro *(fabri ærarii, ferrarii)*. En la segunda categoría figuraban las corporaciones constituídas por los obreros del ramo de la edificación: demoledores *(subrutores)*, albañiles *(structores)*, carpinteros *(fabri tignarii)*; o por los

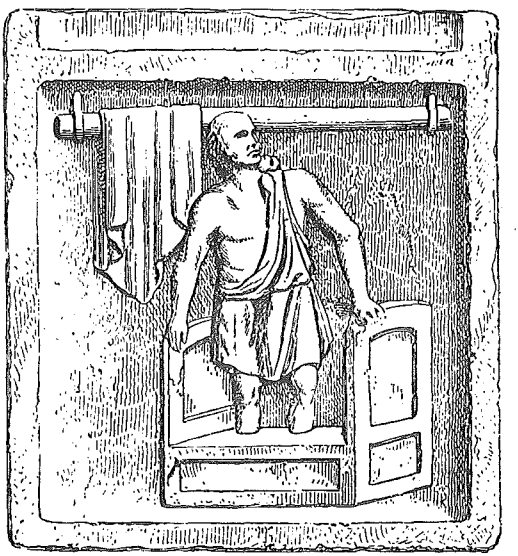


Fig. 125. — **Batanero.** (Museo de Saint-Germain).

que se dedicaban al transporte terrestre: arrieros (*mulliones*), conductores de acémilas (*iumentarii*), carreteros (*catabolenses*), trajinantes (*vecturarii*), cocheros (*cisiarii*); o por los que efectuaban los transportes por agua: bateleros (*lenunculariii*), canoeros (*lintrarii*), barqueros (*scapharii*), balseros (*caudicarii*), los que halaban de las sirgas (*helciarii*) y los que cargaban el lastre (*saburrarii*); y, para terminar, las corporaciones a las cuales incumbían la policía y la manutención de los muelles: los guardianes (*custodiarii*), los mozos de cordel (*geruli*), los ganapanes (*bainli*) y los descargadores (*saccarii*). Evidentemente, cuando el lector da vuelta la última página de este interminable catálogo, queda convencido de que la *Urbs* de los Antoninos estaba poblada más de trabajadores

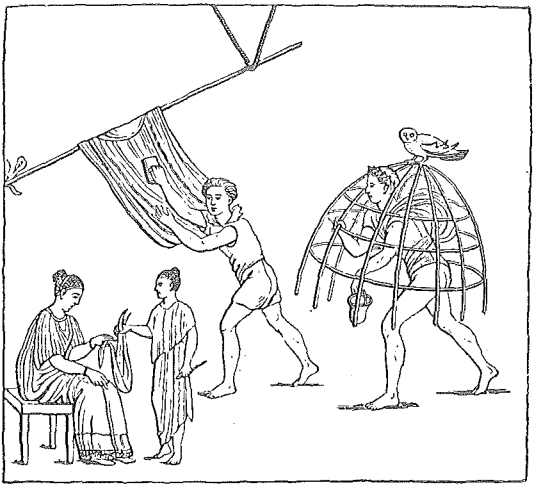


Fig. 126. — Escena en una «fullonica» pompeyana (Pintura mural en el Museo de Nápoles).

Fig. 127. — Una panadería. (Pintura mural pompeyana).

que de «rentistas» [20]. El formidable estruendo que durante todo el año ensordecía a Roma —estruendo cuyo eco ha llegado hasta nosotros a

Fig. 128. — **Carpintero.** (Museo de Saint-Germain).

Fig. 129. — **Dama romana en el taller de un marmolista.** (Vaticano).

través de las sátiras y epigramas de la época— estaba hecho de la música de sus herramientas, de su afanoso trajinar, de sus redondos tacos y de sus penosos jadeos [21].

Fig. 130. — **Arquitecto.** (Museo de Saint-Germain).

Fig. 131. — **Tonelero.** (Museo de Saint-Germain)

[20] Para más detalles, cf. WALTZING, *Étude historique sur les corporations professionnelles chez les Romains*, 4 vol. en 8°, Lovaina, 1900.

[21] Cf. *supra*, pp. 86-87; y MARCIAL, IV, 65 y XII, 57.

Por dos circunstancias los trabajadores romanos se diferencian de los de las grandes ciudades contemporáneas.

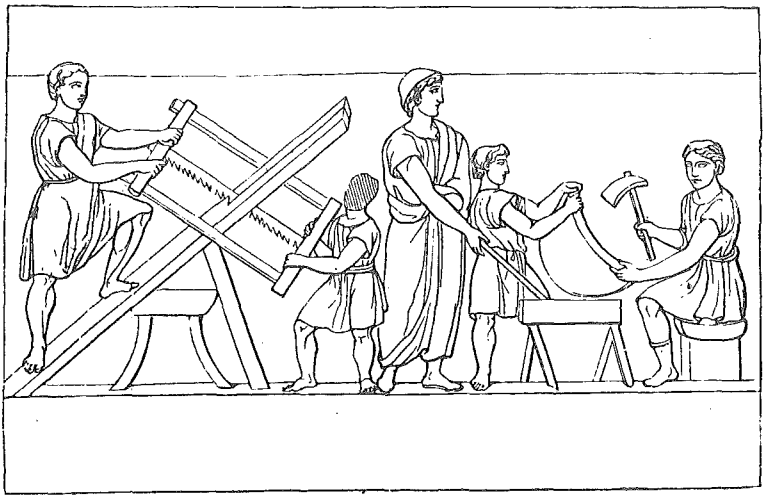


Fig. 132. — Carpinteros. (Bajo relieve hallado en Volterra; cf. MICALI, *Ant. Mon.*, 1810, pl. 49,2).

Ante todo, y excepción hecha quizá del barrio de los muelles, en los alrededores del Tíber y del Aventino, los obreros romanos no se aglomeraban formando masas densas, compactas y homogéneas. Esta-

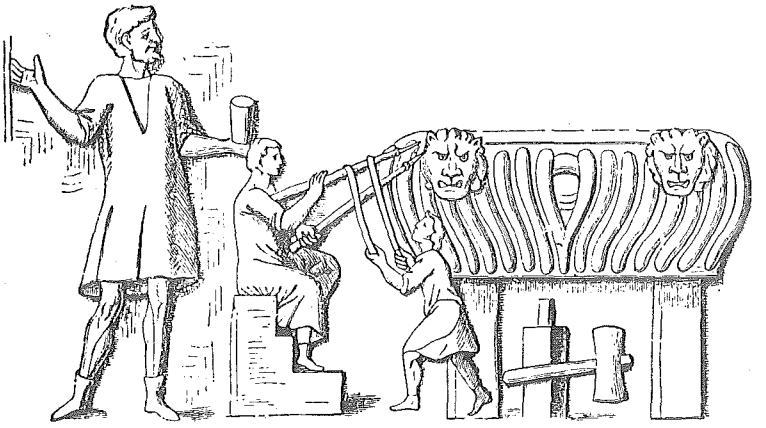


Fig. 133. — Obreros labrando un sarcófago de piedra. (Relieve de un sarcófago hallado en las catacumbas de Roma; cf. JAHN, *Berichte*, 1861, pl. 7, 1).

ban repartidos por todos lados, sin constituir nunca una ciudad dentro de la ciudad. En vez de concentrarse en un bazar inmenso o en una

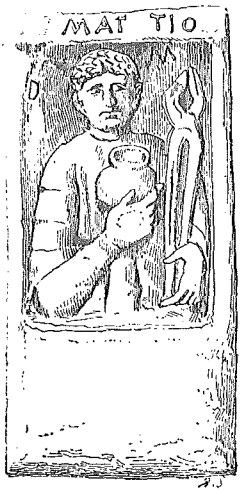


Fig. 134.—**Herrero.** (Museo de Saint-Germain).

Fig. 135. — **Canteros** («lapidarius»). (Según el códice de Virgilio, en el Vaticano).

Fig. 136. — **Herrero.** (Museo de Saint-Germain).

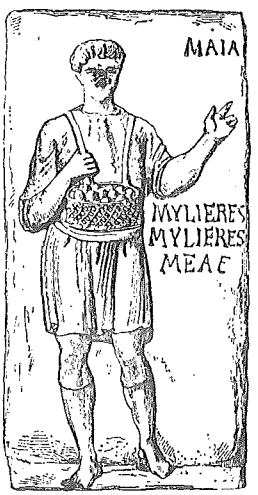


Fig. 137. — **Vendedor de manzanas.** La inscripción reproduce la cantilena que salmodiaba por las calles: ¡Mujeres! ¡Mujeres! ¡Tengo manzanas, tengo manzanas, mujeres! (Museo de Saint-Germain).

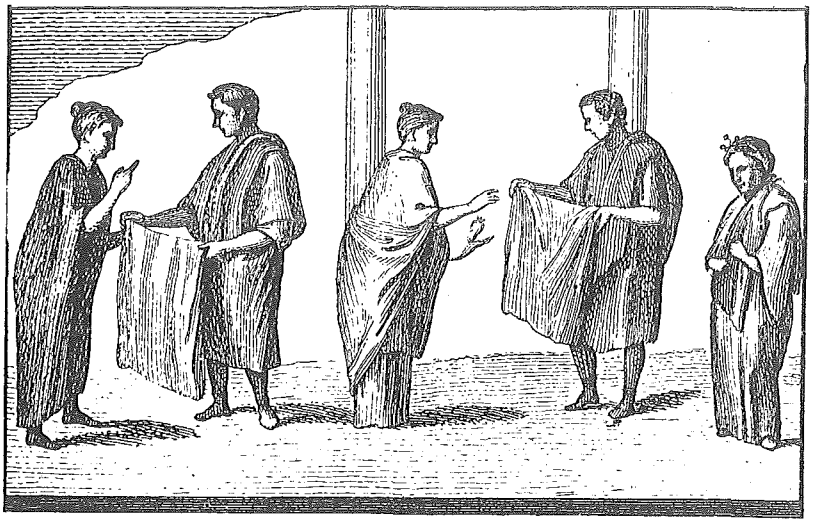


Fig. 138. — **Escena en una tienda de Pompeya.** (Pintura mural pompeyana).

fábrica gigantesca, los pequeños comerciantes, obreros y trabajadores se dividían en infinitos grupos diseminados por doquier; de modo que, en la Ciudad, los almacenes, tiendas y talleres alternaban curiosamente con los hoteles particulares y las casas de departamentos [22].

Fig. 139.—**Un albañil («structor») preparando mortero.** (Relieve de la Columna Trajana).

Y en segundo lugar, todos los trabajadores pertenecían, salvo contadísimas excepciones, al sexo masculino. El feminismo de la época de los Antoninos fué y siguió siendo un fenómeno de las clases altas, un lujo extraordinario y aristocrático. Las grandes damas, por más que se jactaran de competir en todos los terrenos con el hombre, no suscitaban imitadoras entre las mujeres de las clases populares, que no gustaban de participar en la lucha por la existencia. Todas las hembras que ejercían alguna acti-

[22] Cf. *supra*, pp. 51-52.

vidad fuera de las labores domésticas, dedicándose a la música, a la literatura, a las ciencias, al derecho o a la filosofía, lo mismo que las que se entregaban al deporte, lo hacían con el exclusivo propósito de matar el tiempo [23]: para ellas era un demérito la práctica de cualquier oficio, profesión o comercio. En el millar de epitafios reunidos por los editores del *Corpus Inscriptionum Latinarum* de la *Urbs*, apenas he podido hallar una secretaria (*libraria*) [24], una amanuense (*amanuensis*) [25], una estenógrafa (*notaria*) [26], dos maestras [27] frente a dieciocho pedagogos [28], cuatro médicas [29] contra cincuenta y un *medici* [30]. Pero estas mujeres empleadas o profesionales eran verdaderas moscas blancas. La inmensa mayoría de las romanas no tenía profesión. En efecto, en la epigrafía urbana de la época imperial sólo se las ve desempeñando tareas impropias del hombre: de costurera (*sarcina-*

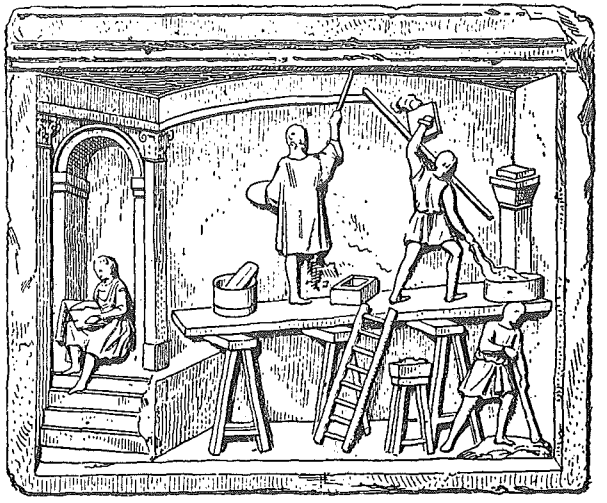


Fig. 140. — Albañiles. (Museo de Saint-Germain).

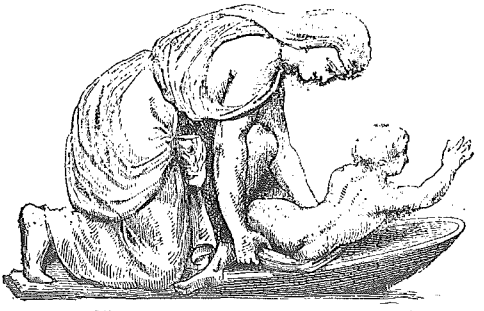


Fig. 141. — Una nodriza («nutrix»)
(De un bajo relieve antiguo).

[23] Cf. *supra*, pp. 145-148.
[24] *C. I. L.*, VI, 9.525.
[25] *Ibid.*, 9.545.
[26] *Ibid.*, 33.892.
[27] *Ibid.*, 9.758-9.759.
[28] *Ibid.*, 9.739-9.757.
[29] *Ibid.*, 9.614-9.617 (las tres últimas, libertas, son quizá domésticas).
[30] *Ibid.*, 9.562-9.613. En la casa imperial se cuentan 2 *medicae* (*ibid.*, 6.851; 7.581) contra 15 *medici* (*ibid.*, 8.895-8.910).

trix)[31], peinadora *(tonstrix*[32], *ornatrix*[33]), comadrona *(obstetrix)*[34] y nodriza *(nutrix)*[35]; o resignándose de tiempo en tiempo a ejecutar los quehaceres en los cuales siempre la mujer ha sido más calificada o experta que el varón.

Solamente he logrado encontrar una pescadera *(piscatrix)* [36], una verdulera *(negociatrix leguminaria)* [37], una modista *(vestifica)* [38] —contra veinte sastres o *vestifici* [39]—, dos mujeres comerciantes en lanas *(laninpedæ)* [40] y dos en sedas *(sericariæ)* [41]. No debe sorprender la ausencia de joyeras: en Roma no había límite sensible entre los *argentarii* que vendían joyas y los *argentarii* que se encargaban de la banca y del cambio; además, las operaciones bancarias habían sido prohibidas a las hembras por la misma jurisprudencia pretoriana que les había negado la facultad de comparecer ante la justicia en representación de un tercero [42]. Otro detalle característico consiste en que las mujeres jamás figuran en las corporaciones más favorecidas y fomentadas por los emperadores: por ejemplo, el gremio de los navicularios en tiempo de Claudio [43], el de los panaderos durante el gobierno de Trajano [44]. No he podido descubrir *pistrix* entre los *pistores* de la Ciudad [45]; y tampoco aparecen nombres femeninos en las listas de navicularios que han llegado hasta nosotros. Cierto es que algunas matronas cedieron a las exhortaciones de Claudio, quien ha-

Fig. 142. — «Argentarii». (Bajo relieve en el Vaticano).

[31] *Ibid.*, 9.875; 9.984; 33.907.
[32] *Ibid.*, 9.493; 9.941 (contra 6 *tonsores*, 9.937-9.942).
[33] *Ibid.*, 9.726-9.736 (once en total).
[34] *Ibid.*, 9.720-9.724 (cinco en total).
[35] *Ibid.*, 9.901.
[36] *Ibid.*, 9.801.
[37] *Ibid.*, 9.683.
[38] *Ibid.*, 9.880.
[39] *Ibid.*, 9.961-9.979 (*vestifici* o *vestificarii*).
[40] *Ibid.*, 9.497-9.498.
[41] *Ibid.*, 9.891-9.892.
[42] Consultar el libro ya viejo, pero siempre admirable, de PAUL GIDE *Étude sur la condition privée de la femme*, París, 1885, p. 152.
[43] SUETONIO, *Claud.*, 18-19.
[44] GAYO, I, 32.
[45] El nombre *pistrix* falta hasta en los *indices* de DESSAU, *I. L. S.*, IV, p. 739. La legislación sobre el adulterio asimilaba las revendedoras a las prostitutas; cf. PAULO, *Sent.*, II, 26, 11: *cum his quae publice mercibus vel tabernis exercendis procurant adulterium fieri non placuit.*

bía llegado a prometer los privilegios de que gozaban las madres de tres hijos (*ius trium liberorum*) a la mujer rica, célide o casada y sin prole que equipara a sus expensas naves para el comercio de granos. Pero las mujeres que tal hicieron obraron siempre en forma indirecta, utilizando los servicios de un testaferro: *procurator* ingenuo o *institor* servil. En suma, pese a la emancipación moral y civil alcanzada por la mujer en la época del imperio, la romana prefería mil veces la tranquilidad de la casa a la agitación del foro y al torbellino de los negocios.

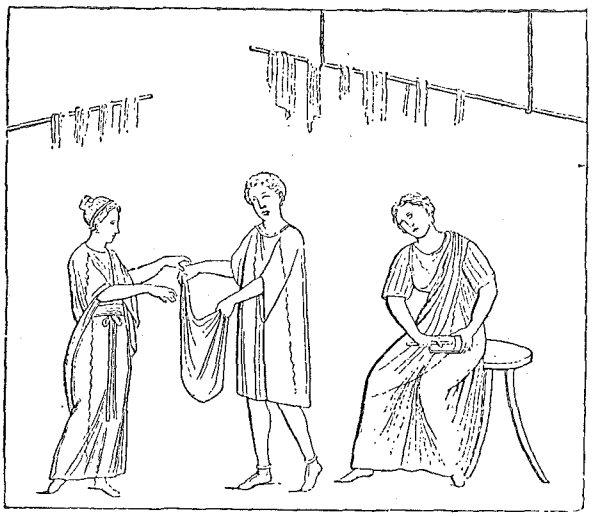


Fig. 143. — Escena en una «fullonica» pompeyana. (Pintura mural en el Museo de Nápoles).

A tal extremo huían las romanas del trajín de la calle, que ni siquiera gustaban de visitar los comercios. El marido proletario en persona, no su esposa, era quien acudía al pórtico de Minucio, en las fechas establecidas, para recibir su bono o su tésera que le identificaba como beneficiario de la Anona. En un bajo relieve histórico del Museo de los Conservadores, que probablemente conmemora la generosidad de los congiarios de Adriano, el emperador, de pie sobre su estrado, anuncia sus liberalidades al pueblo roma-

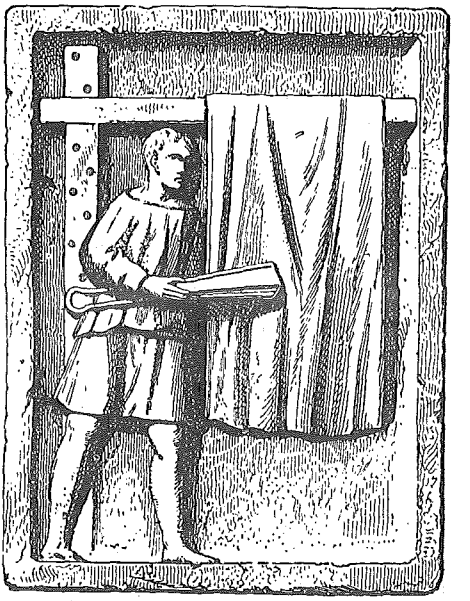


Fig. 144. — «Lintearius» acondicionando un linón. (Museo de Saint-Germain).

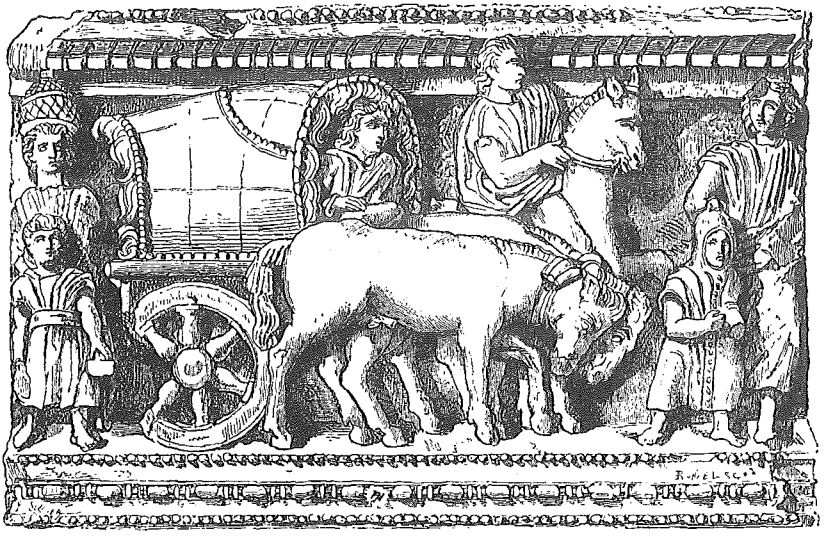


Fig. 145. — **Servicio de transporte.** (*Museo del Louvre*).

no, al que simbolizan tres ciudadanos de diferente edad: un niño, un joven y un hombre maduro. En el relieve está ausente por completo la mujer, como también debía estarlo, en la realidad, durante las periódicas distribuciones del maná imperial [46]. Y las mujeres están igualmente ausentes de la mayoría de las pinturas de Herculano y de Pompeya, así como de los bajos relieves funerarios donde

Fig. 146. — **Mujeres en una zapatería.** (Pintura mural de Pompeya).

[46] S. REINACH, *Répertoire de reliefs grecs et romains*, t. III, p. 375.

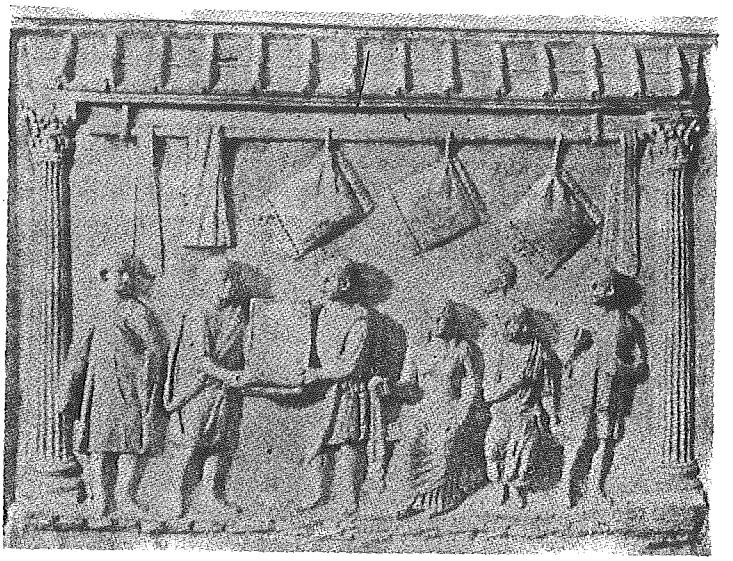


Fig. 147. — Una dama, acompañada de su marido, haciendo *compras* en una tienda de sábanas y almohadas. (Museo de los Oficios, Florencia).

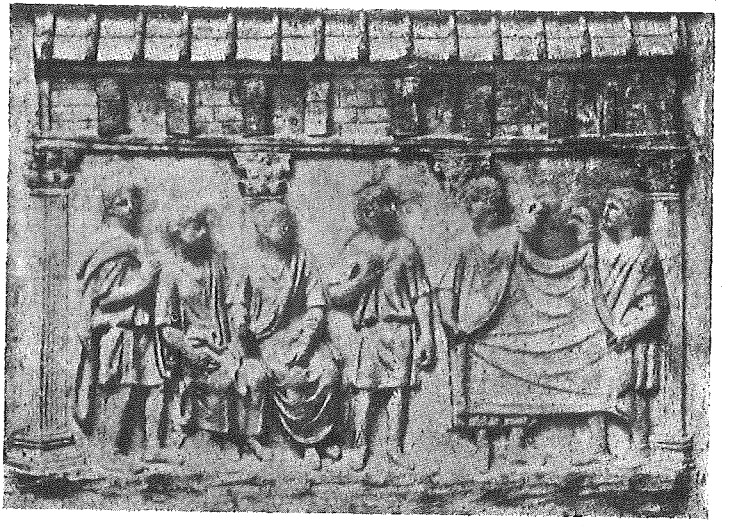


Fig. 148. — **Escena de una tienda romana. Un matrimonio, sentado en un banco, examina la pieza de tela que despliegan dos dependientes.** (Museo de los Oficios, Florencia).

los escultores han representado escenas de la calle y copiado de la realidad la animación que reinaba en las tiendas.

En esos cuadros sólo advertimos mujeres cuando su presencia es, en cierto modo, inevitable y necesaria: en el taller del batanero, que entrega a una dama el lienzo acabado de limpiar [47]; en el del marmolista *(marmorarius)*, adonde acude una señora viuda a encargar una lápida para su llorado marido [48]; en la zapatería, que la matrona visita para comprarse calzado adecuado a sus pies [49]; en fin, en el taller de la

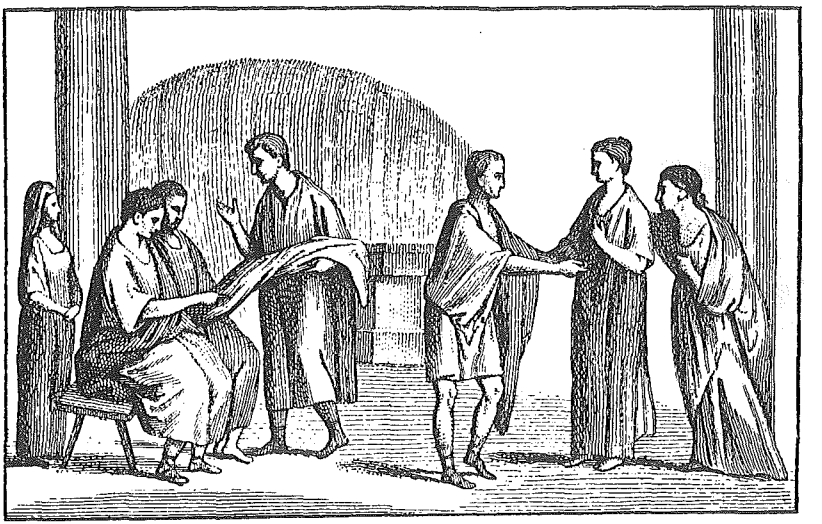


Fig. 149. — **Damas comprando telas en una tienda pompeyana.** (Pintura mural de Pompeya).

costurera y en las tiendas de novedades, que la romana del tiempo de Trajano frecuentaba, al parecer, con tanto entusiasmo y asiduidad como ahora la parisiense el «Printemps» o las «Galeries Lafayette». Unas veces iba a elegir su compra acompañada de su marido, que tomaba asiento a su lado en un banco para ayudarla en la elección o frenar sus entusiasmos, como se ve en los bajos relieves del Museo de los Oficios de Florencia [50]; otras veces iba con su amiga predilecta o bien con todo un cortejo de acampañantas, como lo muestran algunos frescos de Campania [51].

[47] HELBIG, *Wandgemälde*, nº 1.502.
[48] S. REINACH, *op. cit.*, t. III, p. 405.
[49] HELBIG, *op. cit.*, nº 1.496.
[50] S. REINACH, *op. cit.*, t. III, p. 44.
[51] HELBIG, *op. cit.*, nº 1.497, 1.498, 1.503.

Al contrario, en los *Sæpta Iulia,* transformados por el letargo de los comicios en un paseo donde los broncistas, joyeros y anticuarios se ingeniaban para atraer a los aficionados, no circulaban ni marchaban sino hombres: el coleccionista Eros, el maniático Mamurra, el viejo Eucto [52]. Más aún, en la panadería [53], en la carnicería [54], en el figón [55], los vendedores y los consumidores son hombres, todos sin excepción. En las pinturas que los pompeyanos nos han dejado de sus plazas públicas vense mujeres que pasean luciendo sus encantos y atavíos: marchan solitarias o —como en la famosa pintura de la llamada «Casa de Livia», en el Palatino— con la compañía de un niño [56]; pero como andan con las manos vacías, sin cestas, redes o paquetes, es evidente que estas paseantes nada tienen que hacer y callejean por mero gusto, libres de toda preocupación. Concluyamos: en la Roma imperial las matronas casi no intervenían para nada en los asuntos de fuera de su casa, es decir, observaban en esto una conducta muy parecida a la que hoy en día observan las mujeres de las grandes ciudades del Islam; y únicamente a los romanos incumbía entonces, como ahora a los burgueses musulmanes, la tarea de hacer las compras necesarias para renovar las provisiones de la casa [57].

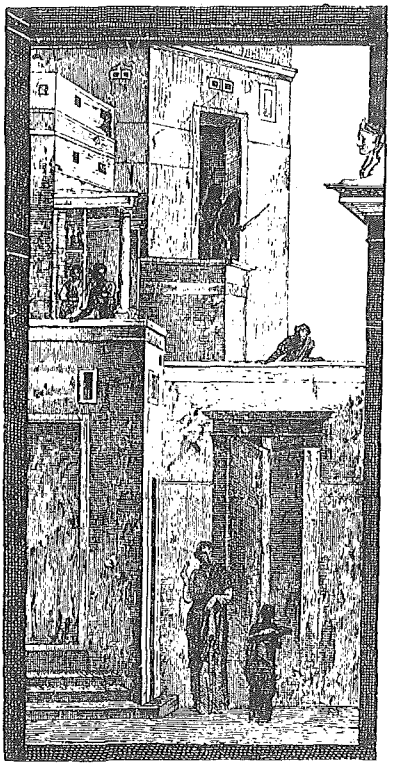


Fig. 150. — Romana paseando en compañía de un niño. (Pintura de la la Casa de Livia, en el Palatino).

Mas si esta ociosidad femenina envolvía la *Urbs* en una atmósfera de exoticidad oriental, las condiciones en que trabajaban los romanos nos recuerdan los países más adelantados del Occidente contemporáneo. Los obreros tenían conciencia de su papel en la sociedad, estaban agre-

[52] MARCIAL, X, 80; IX, 60; VIII, 6.
[53] HELBIG, *op. cit.*, nº 1.501; S. REINACH, *op. cit.*, t. III, p. 403.
[54] HELBIG, *Führer*, II, nº 773.
[55] HELBIG, *Wandgemälde*, nº 1.500.
[56] *Ibid.*, nº 1.493 y 1.495
[57] En APULEYO, *Met.*, I, 24-25, Lucio hace sus compras.

miados y no toleraban realizar tareas aplastantes. No vivían consagrados enteramente al trabajo. Habían aprendido a reducir su labor dentro de límites tanto más estrictamente observados cuanto que el sistema de sus corporaciones, coordinado por la legislación de Augusto y los edictos de sus sucesores, permitía a cada gremio establecer reglas valederas para todos sus miembros. La voluntad de la naturaleza y el funcionamiento del calendario solar romano habían impedido que la duración del trabajo diario de los obreros, en invierno, fuese superior a ocho de nuestras horas [58]. No solamente es verosímil que los gremios se hayan ingeniado pronto para no alargar la jornada ni siquiera en verano; pero también, a mi juicio, ellos habían logrado, a principios del siglo segundo de nuestra era, restringirla todavía más. Injusto hubiera sido que los obreros del transporte, a quienes la ley obligaba a cargar sus carros y trajinar con ellos durante la noche, soportaran una tarea nocturna más pesada que la de sus camaradas diurnos. En efecto, aun faltaba mucho para ver despuntar la aurora cuando los convidados de Trimalción, saliendo de la pantagruélica cena ofrecida por el rumboso ricacho, e incapaces de hallar su camino en una obscuridad que espesaban los vahos de su borrachera, fueron de pronto orientados por los carreteros del anfitrión, que volvían a casa del amo guiando sus caballerías, evidentemente después de haber terminado su nocturna labor [59]. Además poseemos, para la misma época, numerosos indicios de que las oficinas, puestos y comercios, abiertos, es cierto, con el alba, cerraban mucho

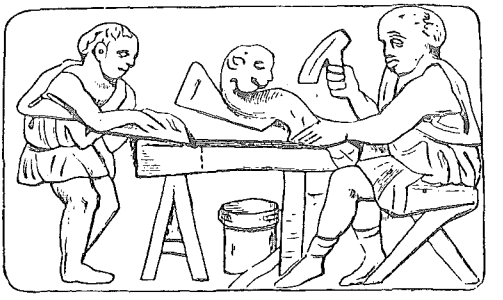


Fig. 151. — Carpinteros. (Vaticano).

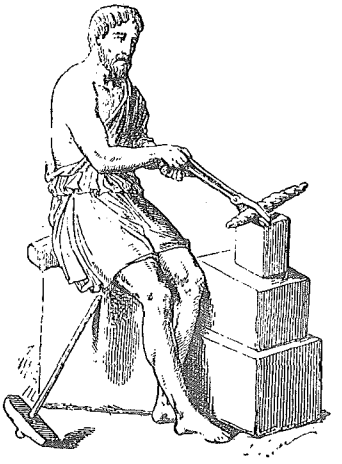


Fig. 152. — Herrero. (Según el códice de Virgilio, en el Vaticano).

[58] Cf. *supra*, pp. 221-222.
[59] PETRONIO, 79.

antes de la caída del sol Sea ejemplo: cuando un parásito famélico, ridículamente adelantado con respecto a la hora de cenar, llega a casa de Marcial con el propósito de que el poeta le invite a su mesa, la

Fig. 153. — **Pompeyano haciendo compras en una calderería.** (Pintura mural de Pompeya).

hora quinta todavía no ha concluído, y los esclavos, ya relevados de sus obligaciones, han salido para el baño:

«Ceciliano, la hora quinta
tu esclavo no te anunciara,
y te llegas presuroso
a cenar en mi compaña,
cuando apenas los asuntos
que en la hora cuarta se tratan
se han suspendido, y aun corren
las feroces alimañas
que a diosa Flora celebran
en la arena ensangrentada.
Calisto, vete, apresúrate,
a todos los siervos llama,
antes que entren en el baño;
los triclinios nos prepara,
y entre tanto, amigo mío,
asiento toma y descansa.
Me pides agua caliente,
y aun no han traído a mi casa

el agua fría; el hogar
aun cerrado se halla,
y los hornillos sin lumbre.
Ven mejor por la mañana,
¿por qué esperar la hora quinta?
Hoy fué mucha tu tardanza
para poder, Ceciliano,
almorzar en mi compaña.» [60]

Los artesanos libres, seguramente, no estaban en peores condiciones que los esclavos; y en realidad —excepción hecha de ciertos mercaderes y operarios como los taberneros o los anticuarios que, deseando tentar hasta el último momento del día a los paseantes de los *Sæpta Iulia*, no cerraban hasta la hora undécima [61], o como los barberos (*tonsores*), cuya labor, implicando el ocio de su clientela, duraba hasta la hora octava [62]—, la casi totalidad de los trabajadores romanos suspendía su tarea durante la sexta o la séptima hora; sin duda durante la sexta en verano y en el curso de la séptima en invierno:

In quintam varios extendit Roma labores
Sexta quies lassis, septima finis erit [63].

Pero no olvidemos que la hora romana del solsticio de invierno equivalía a 45 de nuestros minutos, y a 75 la del solsticio de verano [64]; por tanto, los datos arriba consignados nos llevan a fijar la duración del trabajo diario de los obreros romanos en aproximadamente siete de nuestras horas en verano y en menos de seis durante el invierno.

En una u otra estación del año, los trabajadores romanos gozaban de plena libertad durante toda o la mayor parte de la tarde, y, muy probablemente, nuestra semana de cuarenta horas, con su distribución diferente, antes les hubiera disgustado que placido. Sus costumbres campesinas, en primer lugar, y después el concepto de su incomparable superioridad habíanles hecho tomar todas las precauciones posibles para evitar las fatigas del trabajo incesante y de las tareas abrumadoras; y los obreros romanos se habían precavido tanto y tan cumplidamente, que en la época en que escribía Marcial los mercaderes y los tenderos, los artesanos y los peones del Pueblo Rey, sostenidos con eficacia por sus asociaciones profesionales, habían llegado a una organización de

[60] MARCIAL, VIII, 67.
[61] MARCIAL, IX, 60, 21.
[62] Cf. *supra*, p. 228. Esta era también la hora en que se montaba la guardia; ef. MARCIAL, X, 48, 1-2.
[63] MARCIAL, IV, 8, 3-4. La misma conclusión se saca, en lo que se refiere a los mineros de Vipasca, de *C. I. L.*, II, 5.181, lin. 19 y sig.
[64] Cf. *supra*, pp. 221-223.

su trabajo que les aseguraba diariamente, durante diecisiete o dieciocho de nuestras veinticuatro horas, la satisfacción del descanso y aun el ocio y los esparcimientos de los «rentistas».

3. La Justicia y la Política

Desde el punto de vista de la distribución del trabajo, los intelectuales, según parece, se encontraban menos favorecidos que los negociantes y los obreros. No me refiero a esos burros de carga, a esos monomaníacos como Plinio el Antiguo, héroes y víctimas de su bulimia de erudición. Sabido es que el Naturalista, por su propio gusto, trabajaba sobre sus volúmenes casi veinte horas diarias, iniciando su labor en cuanto cerraba la noche, incluso en el mes de agosto, aunque a veces lo hacía a la una de la madrugada. Antes del amanecer visitaba al emperador y volvía en seguida a su casa para proseguir sus estudios con prodigioso afán, concediéndose alrededor de mediodía un pequeño respiro, justo el tiempo necesario para despachar una breve y frugalísima comida, acostarse un rato al sol mientras un secretario continuaba en alta voz, a su lado, la última lectura de la mañana, y tomar rápidamente un baño frío, seguido de una corta siesta y de un tentempié devorado en el aire. Tras lo cual, como si hubiese comenzado otro día, Plinio el Antiguo, infatigable y apasionado, iniciaba una segunda jornada de trabajo, febril, intensa, ininterrumpida, que se prolongaba hasta la hora de la cena [65]. Mas esta es una excepción inusitada, el caso único de un erudito romano dominado por el demonio del saber hasta el sacrificio de su vida. Por otra parte las penosas investigaciones a que se había consagrado con mil almas, siendo completamente libres y desinteresadas, merecían en latín el hermoso nombre de «ocios». En resolución, sería grave error tomar al Naturalista como espécimen para conocer la actividad normal de sus contemporáneos.

Pero si es verdad que éstos no podían ni remotamente compararse a Plinio el Antiguo, no es menos cierto que los burgueses instruídos, que en la Roma imperial ejercían las hoy llamadas profesiones liberales, estaban casi siempre muy atareados y absorbidos por los deberes de su vida pública. Carecemos de noticias sobre la actividad desplegada por los *officiales* que colmaban las oficinas de la administración, y no podemos calcular sobre bases precisas el rendimiento de los *scrinia*, esto es, de los ministerios imperiales. Encontramos, sin embargo, esparcidos en la literatura de la época, algunos detalles sugestivos que nos permiten conocer el peso de las obligaciones a las cuales estaba particularmente sujeto el mundo judicial, así como la carga, aun más

[65] Plinio el Joven, *Ep.*, III, 5.

gravosa, que en ciertos períodos del año aplastaba a los senadores conscientes de sus deberes.

Una preciosa indicación de Marcial nos enseña que, en los días fastos, los tribunales ordinarios funcionaban sin cesar desde la aurora hasta el término de la hora cuarta [66]. A primera vista, este dato reduce la duración de las audiencias a tres de nuestras horas en invierno y a no más de cinco horas consecutivas en verano. Pero, si mejor se mira, el aludido texto no excluye la posibilidad de una pausa o suspensión; y otros testimonios nos fuerzan a pensar que las audiencias solían reanudarse después de un intervalo. Ya en las Doce Tablas se establece que un juicio iniciado antes de mediodía puede ser proseguido, estando presentes los dos litigantes, hasta la caída del sol [67]. Y en tiempo de Marcial era corriente que el abogado de una de las partes recabara de los jueces a lo menos «seis clepsidras» para su alegato [68]. Como es lícito deducir de un pasaje de Plinio el Joven que esas clepsidras, cuyo vaciamiento regular y uniforme indica su estrecha relación con el horario de los equinoccios [69], tardaban en derramarse una veintena de minutos, resulta de esto que un alegato común de seis clepsidras duraba dos de nuestras horas. Lo cual significa que una sola de esas oraciones forenses ocupaba, en invierno, casi toda una sesión; y es lógico suponer que otra sesión íntegra, para la réplica y las declaraciones de los testigos, se requería necesariamente para cerrar el proceso. Lo dicho vale para los casos en que los abogados se contentaban con hablar seis clepsidras. Pero muchos picapleitos lanzaban peroratas de duración superior. A uno de esos gárrulos le dedica Marcial este epigrama:

«Un juez, cediendo a disgusto
a tus ansias repetidas,
te permitió, Ceciliano,
apurar siete clepsidras;
mas sigues charlando mucho
por mucho tiempo, y, caída
la sien a un lado, te tragas
muchos vasos de agua tibia.

[66] MARCIAL, VIII, 67, 3.

[67] XII Tablas, I, 6, según AULO GELIO, XVII, 2, 10.

[68] Lo dicho se infiere de MARCIAL, VI, 35, donde se mencionan siete clepsidras como una excepción.

[69] Así se deduce, en forma incontrovertible, de PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, II, 11, 14; pasaje que hace mención, en una audiencia judicial celebrada en enero, de 16 clepsidras equinocciales (de donde su calificativo de *spatiosissimas*), cantidad que representa una oración de por lo menos 250 minutos y quizá de 300 (cinco horas).

En fin, para que tú puedas
calmar tu sed y tu viva
ansia de hablar, te suplico
que te bebas la clepsidra.» [70]

Si Ceciliano hubiese accedido a esta súplica final, hubiéranse ahorrado veinte minutos de las dos horas y media imprudentemente consentidas por el juez a ese defensor infatigable. Pero esta economía de tiempo y de palabras sólo se hizo en la imaginación del poeta; y, al contrario, podemos legítimamente suponer que el abogado rival habló con tanta prolijidad y espacio como Ceciliano lo había hecho, de modo que el proceso en cuestión —real o inventado por Marcial— duró no menos de cinco de nuestras horas, interrumpidas o no por los descansos de la audiencia.

Bien podemos admirar la profundidad y la agudeza del sentido jurídico de los romanos, maestros universales del Derecho. Pero hay que reconocer que ese ángel bueno estaba en perpetua lucha con un porfiador demonio, y que los romanos, grandes juristas, pero amigos con extremo de enredos y trapisondas, como los normandos de Francia, fueron siempre víctimas de su temperamento pleitista. El cual ya se pone de manifiesto en las astutas oraciones forenses de Cicerón. Durante el Imperio, era fatal que esa manía litigiosa invadiera la Ciudad, de la que los Césares habían proscrito la política. De reinado en reinado, la marea continuó subiendo sin descanso, arrojando sobre los estrados más pleitos de los que los hombres podían resolver. Para evitar la congestión de los tribunales, Augusto, en el año 2 antes de Jesucristo, tuvo que habilitar para los litigantes el foro por él construído, que lleva su nombre [71]. Remedio temporáneo. Setenta y cinco años más tarde, la obstrucción volvía a producirse con caracteres gravísimos, y Vespasiano se preguntaba cómo luchar contra el aflujo de causas judiciales. Dice Suetonio que los litigios eran entonces tan numerosos, que «la vida de los abogados apenas bastaba para atenderlos» [72]. En Roma, a principios del siglo segundo de nuestra era, el ruido de los procesos repercutía en todos los rincones del Foro: en el tribunal del Pretor urbano, cerca del *puteal* de Libón [73]; en el tribunal del Pretor peregrino, entre el *puteal* de Curcio y el recinto de Marsias [74]; en la basílica Julia, donde se reunían los centunviros. Y la voz de la justicia

[70] MARCIAL, VI, 35. Sobre la fisonomía de los procesos, cf. HUMBERT, *Les plaidoyers de Cicéron*, París, 1925, pp. 25 y siguientes.

[71] SUETONIO, *Aug.*, 29.

[72] SUETONIO, *Vesp.*, 10.

[73] Cf. la memoria de MOMMSEN, *Ueber die Lage des praetor. Tribunals*, en *Gesamm. Schiffren*, t. III, pp. 319-326.

[74] Cf. el artículo de SESTON publicado en los *Mélanges de Rome*, XLIV (1927), pp. 154-183.

tronaba a la vez en el foro de Augusto, donde el Prefecto de la Ciudad ejercía su jurisdicción [75]; en la caserna de los *Castra prætoria,* donde el Prefecto del pretorio pronunciaba sus sentencias; en la Curia, donde los senadores procesaban a los magistrados que hubiesen cometido prevaricato o cualquiera otra infracción; en el Palatino, en fin, donde el príncipe recibía, instalado en el hemiciclo de su basílica privada, que subsiste aún, las apelaciones procedentes de todos los puntos de su inmenso imperio.

Doscientos treinta días del año estaban señalados para tratar las causas civiles [76], y en cualquier momento podían ventilarse las criminales; de modo que durante todo el año consumía a Roma la fiebre judicial, que se apoderaba no sólo de los centunviros, abogados, demandantes y acusados, sino también de la multitud de curiosos a quienes su afición a los escándalos y su gusto por las controversias oratorias inmovilizaban durante horas y horas en los alrededores de los tribunales.

Las audiencias no eran para nadie una sinecura. Agotaban a todo el mundo: litigantes y testigos, jueces y abogados, amén de los espectadores. Entremos un momento en la basílica Julia, donde los centunviros habían sentado los reales, para observar de cerca las condiciones en que esos funcionarios judiciales cumplían su misión [77]. Desde la Vía Sacra, que bordeaba la basílica proyectada y erigida por Julio César, reconstruída luego por Augusto, subamos por siete escalones al pórtico de mármol que la circuía [78]. Después, salvando otros dos peldaños, penetremos en la vasta sala, que treinta y seis pilastras de ladrillos recubiertos de mármol dividían en tres naves, de las cuales la central era la más amplia y medía dieciocho metros de ancho por ochenta y dos de largo. En las tribunas del primer piso que dominaban la nave central y en las naves laterales que flanqueaban a ésta, instalábanse los concurrentes, hombres y mujeres, que no habían tenido la suerte de hallar ubicación más cerca de los litigantes y de los centunviros. Los cuales no eran cien, como su nombre podría hacer creer, sino ciento ochenta, repartidos en cuatro «cámaras» distintas [79], que funcionaban separada o colegiadamente según la índole de las causas que les eran sometidas. Cuando lo hacían colegiadamente, el *prætor hastarius* en persona presidía la sesión. En el centro de una tarima improvisada se instalaba el pretor en su silla curul; a ambos lados de éste tomaban asiento sus ciento ochenta asesores. Al pie del estrado

[75] VIGNEAUX, *Essai sur l'histoire de la Praefectura Urbis,* París, 1896, p. 125.
[76] Cf. H. A., *Ant. Phil.,* 10.
[77] Sobre los centunviros, cf. la tesis de OLIVIER-MARTIN, París, 1904.
[78] Cf. HUELSEN-CARCOPINO, *Le forum romain,* p. 58-66.
[79] PLINIO EL JOVEN, *Ep.,* VI, 33, 3. Cf. *ibid.,* I, 18, 3; IV, 24, 1; II, 14 y V, 9.

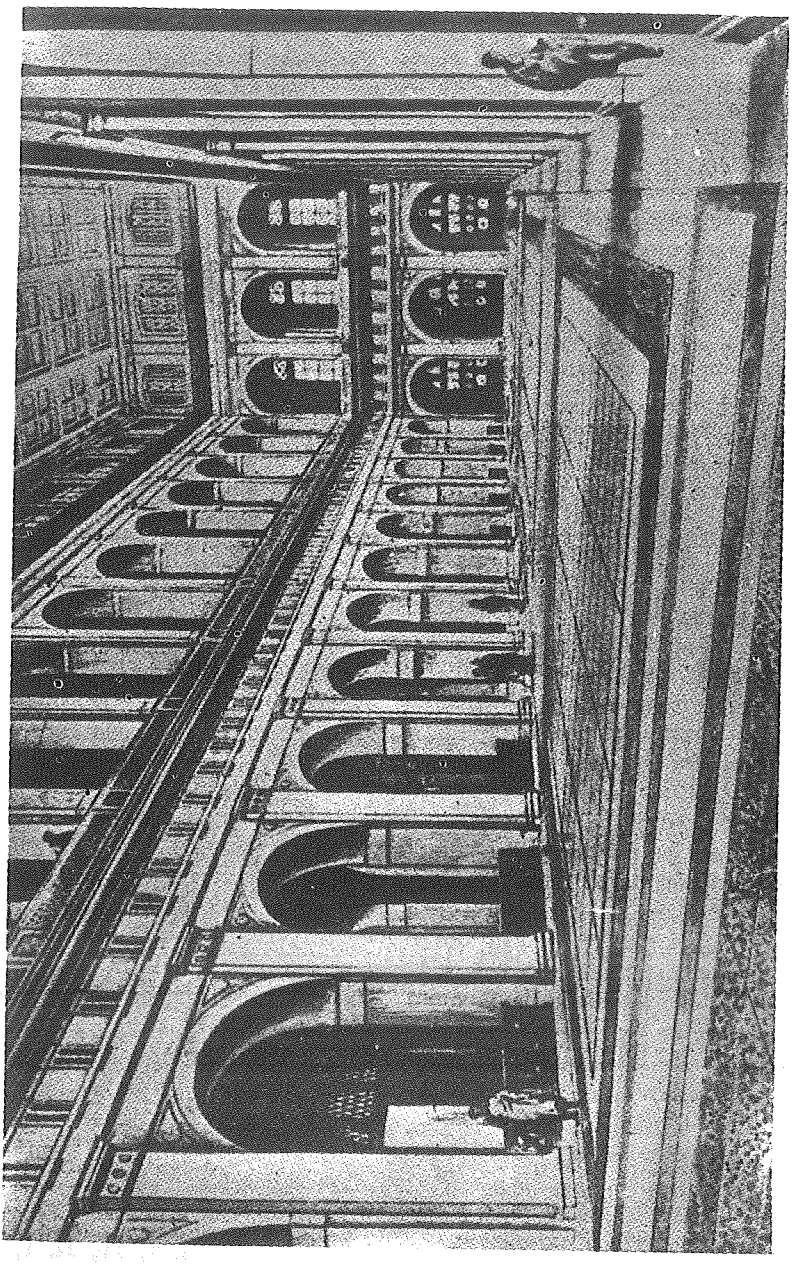


Fig. 154. Restauracion de la Basílica Julia, en Roma.

estaban los bancos ocupados por los litigantes, sus fiadores, sus abogados y sus amigos: era la «corona», hoy diríamos la «platea». Más lejos, de pie, apiñábase el vulgo. Si las cuatro cámaras trabajaban separadamente, cada una tenía cuarenta y cinco asesores con un decenviro por presidente, y el mismo aparato escénico se repetía cuatro veces, con el agregado de algunas cortinas y tabiques de separación entre cuerpo y cuerpo.

Pero, en uno y otro caso, magistrados y público formaban un compacto racimo, desarrollándose los debates en una atmósfera asfixiante. Para colmo de infortunio, la acústica era deplorable, a raíz de lo cual los abogados debían redoblar sus esfuerzos, los jueces su atención y los oyentes su paciencia. A menudo, el vozarrón de algún defensor, estremeciendo el vasto recinto, dominaba con su bronco ruido los discursos que se pronunciaban en las cámaras vecinas. En cierta ocasión, Galerio Tracalo, que había sido cónsul en 68 de nuestra era, poseedor de una voz de trueno, fué aplaudido por el público de las cuatro cámaras, en tres de las cuales no le veían ni hubieran debido oírle [80]. A esto se sumaba, para aumentar el estrépito y la algarabía, el entusiasmo venal de los «alabarderos» que, a imitación de Larcio Licino, muchos abogados sin escrúpulos habían tomado la costumbre de llevar a las audiencias para hacerse aplaudir las oraciones, a fin de impresionar al jurado y acrecentar su reputación. En vano Plinio el Joven reprobó esta práctica. Un día que Domicio Afer abogaba en una de las cámaras, en presencia de Quintiliano, haciendo escuchar a una sección de los centunviros su palabra lenta y majestuosa, hirió sus oídos un clamoreo estruendoso venido de la cámara contigua. Sorprendido, se calló. Restablecido el silencio, volvió a tomar el hilo del discurso. Nuevos gritos. Nueva interrupción de su parte. Como callaran, Afer continuó hablando, siendo interrumpido por tercera vez. Cansado al fin de aquellos clamores, preguntó quién peroraba en la cámara vecina. «Licino», le contestaron. Entonces, renunciando a continuar: «Centunviros, dijo, ha muerto la elocuencia.» Tal no hubieran dicho, por cierto, los alabarderos o «gente pagada para aplaudir», σοφοπλεῖς, como se les llamaba en griego, los «comedores de bravos» o «aplaudidores por la comida», *laudiceni* [81], como se designaba en latín a los componentes de la claque. Para éstos la elocuencia no había muerto, puesto que, buena o mala, la oración que ellos aclamaban por expreso mandato les procuraba el pan de cada día. Por otra parte, los alabarderos podían, sin violar las condiciones de su contrato, desentenderse de la causa tan pronto como le tocaba el turno a un abogado con el que no se habían comprometido. Si momentos más tarde

[80] QUINTILIANO, XII, 5, 6.
[81] PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, II, 14.

debían volver a prestar sus servicios, no se tomaban el trabajo de abandonar la sala. Permanecían en ella y, para no aburrirse, se dedicaban a sus pasatiempos favoritos, por ejemplo, una suerte de juego de damas: las excavaciones de la basílica Julia han descubierto, en varias losas de mármol del pavimento, los *graffiti* que les servían de tableros [82].

Pero los aplaudidores profesionales eran con seguridad los únicos que se divertían durante las audiencias; y fácil es imaginar la dolorosa desazón que debían experimentar los jueces rectos y los abogados probos mientras se ventilaban los procesos en un ambiente de mercado y de circo, entre el rumor de la multitud y los vítores de la canalla.

Plinio el Joven se lisonjea de haber conquistado su fama pronunciando allí, ante los centunviros, sus más largos y también sus mejores discursos [83]. Pero, ¡a costa de qué esfuerzos del cuerpo y del espíritu! Cuando alude, en las postrimerías de su carrera forense, a sus comienzos en la basílica Julia, Plinio da la impresión de acordarse de ellos con angustia y con temor [84]; y parece que el epistológrafo pudiera decir de aquellos tiempos idos lo mismo que dice de su estada en Centumcellae (Cività-Vecchia), donde formara parte del tribunal instalado por Trajano en su propia villa: «¡Qué jornadas honrosas! ¡Pero qué duras jornadas! *Vides quam honesti, quam severi dies!*»

Hasta el propio emperador, cuando tenía que fallar en las causas que dependían directamente de él o en aquellas que le enviaban en apelación desde las provincias, estaba expuesto a ser víctima del penoso trabajo que abrumaba a los jueces ordinarios. Las tres sesiones que presidió Trajano durante uno de sus veraneos en Centumcellae —de las que Plinio fué testigo— nos ilustran a este respecto [85]. En cada una de ellas se juzgó un proceso. Ninguno de los litigios era de importancia: el primero, una acusación infundada hecha por unos calumniadores emponzoñados por la envidia contra un distinguido efesio, Claudio Aristón, «hombre discreto, generoso y popular», como le califica el epistológrafo; el segundo, un proceso de adulterio incoado contra Galitta, esposa de un tribuno militar, convicta de haber tenido comercio lascivo con un centurión; el tercero, por fin, un pleito sobre la validez de los codicilos de Julio Tirón, tachados de ser «en parte falsos y en parte verdaderos». Aunque Trajano no examinó nada más que un proceso por día, tuvo que concederle a cada uno la mayor parte de la jornada. El litigio testamentario, en particular, dióle bastante que hacer y le tentó la paciencia. La autenticidad de los codicilos era impugnada por Eu-

[82] Cf. HUELSEN-CARCOPINO, *Le forum romain*, p. 62.
[83] Cf. PLINIO EL JOVEN, VI, 33, 1 y 7-8.
[84] PLINIO EL JOVEN, II, 14, 1.
[85] PLINIO EL JOVEN, VI, 31, *passim*.

ritmo, liberto de Trajano y procurador suyo en Dacia. Los herederos, desconfiando de la justicia local, habían solicitado del emperador, cuando éste se encontraba en su expedición contra los dacios, que se dignara reservarse el conocimiento de esta causa. Accedió Trajano y, terminada la campaña, les señaló días para oírles; pero entonces algunos de los herederos fingieron desistir de la acusación contra Euritmo, manifestando que lo hacían por respeto al príncipe, de quien aquél era liberto. Sólo por invitación formal de Trajano, dos de ellos se presentaron ante el tribunal. Euritmo pidió la palabra para probar sus imputaciones. Pero en seguida los dos herederos comparecientes pidieron que, habiendo presentado todos juntos la acusación, se les obligase a todos a sostenerla, o que se les permitiese a ellos dos, como a los demás, abandonarla. Encantados de estas marchas y contramarchas dilatorias, abogados y litigantes jugaban gozosamente al escondite, internándose cada vez más en la maraña del proceso. El emperador tuvo varias veces que llamarlos al orden. A la postre, harto de subterfugios y de enredos, volvióse hacia sus asesores y los invitó a poner fin a los enojosos manejos. Tras lo cual, dando por terminada la audiencia, convidó a sus consejeros a las deleitosas distracciones *(iucundissimæ remissiones)* que les había preparado, pero que hasta la hora de la cena no tuvo tiempo de ofrecerles [86].

En estos tres procesos fallados por Trajano, nadie se apartó del respeto debido a la majestad del emperador. Mas debemos confesar que no siempre ocurría así. A veces los acusados no pedían permiso para injuriar al César, y la audiencia imperial terminaba, sin exageración, en un escándalo. Un papiro de Oxirrinco nos refiere un episodio de esta índole. Cierto egipcio de nombre Apiano, para más detalle «himnasiarca» y sacerdote de Alejandría, fué condenado a muerte por el emperador Cómodo. Apenas hubo éste pronunciado su fallo, Apiano le escupió un insulto tremendo.

«—¿Pero tú sabes bien con quién estás hablando? —preguntóle Cómodo sorprendido.

—Claro que sí, con un tirano.

—¡No, —le gritó Cómodo,— estás hablando con el emperador!

—No tal, —replicó Apiano;— tu padre, el divino Marco Aurelio Antonino, tenía derecho a llamarse emperador, pues cultivaba la sabiduría, despreciaba el dinero y amaba el bien. Mas tú no tienes ese derecho, porque eres la antítesis de tu padre: tiránico, vicioso y cruel.» [87]

De suerte que el príncipe salía de las audiencias judiciales no solamente ensordecido y mareado, como un vulgar centunviro, por las

[86] PLINIO EL JOVEN, VI, 31, 13.

[87] GRENFEL y HUNT, *Pap. Ox.*, I, 33.

peroratas y los amaños de los litigantes, pero además corrido y afrentado.

Absorbentes y a menudo fastidiosas eran, por cierto, las tareas de los abogados y centunviros. Pero había ocasiones en que los senadores estaban todavía más atareados que los satélites de la justicia. Sin duda, desde la época de Augusto, el número de sesiones ordinarias del Senado *(dies legitimi)* habíase reducido considerablemente. Septiembre y octubre eran meses de vacaciones; durante el resto del año, el Senado era convocado normalmente dos días al mes, en las calendas y en los idus [88]; además, la actividad legislativa de los Césares ahorraba casi siempre fatigas a los *patres conscripti*. Pero de tiempo en tiempo la alta Asamblea debía celebrar sesiones extraordinarias, tanto más sobrecargadas de asuntos a tratar cuanto más raras eran, como por ejemplo aquellas que decretaba o que permitía el príncipe para castigar los crímenes políticos con sanciones terribles, cuya responsabilidad nominal el soberano prefería declinar. Entonces comenzaba para los *patres* un período de verdaderos trabajos forzados, que sólo podían eludir presentando un justificativo legítimo y aceptable de sus ausencias.

Reuníanse en la Curia de Julio César. Este edificio —cuya reconstrucción por Diocleciano conservó, es muy probable, la planta y las dimensiones originales— cubría una superficie de 25 m 50 de ancho por 67 m 60 de largo [89], espacio a lo sumo capaz de trescientos asientos; que se distribuían en tres planos colocados en escalerilla, descubiertos recientemente por el profesor Bartoli bajo el piso de la antigua iglesia de San Adriano. Como en las grandes ocasiones un tercio a lo menos del total de novecientos senadores respondía a la convocación, los *patres* debían estar tan apiñados como los miembros del parlamento inglés cuando se reúnen en la cámara de los Lores para escuchar el «Speech from the Throne». Previo sacrificio y algunas oraciones rituales, entraban a la hora primera en la Curia, de la que no salían hasta cerrar la noche [90]. Programa que se repetía puntualmente durante muchos días consecutivos. Por cierto, los senadores no hubieran podido resistir ese régimen de penitenciaría si el reglamento de la Asamblea, o, más bien, la costumbre que le suplía, no les hubiese implícitamente autorizado a entrar y salir, a eclipsarse y reaparecer a voluntad, mientras en la sala se sucedía el diluvio de discusiones, discursos y truhanadas.

Plinio el Joven relata en sus *Cartas* algunas de esas sesiones del Senado convertido en Tribunal Supremo: las celebradas para juzgar a Mario Prisco, procónsul de África, y a sus émulos en el arte de la

[88] SUETONIO, *Aug.*, 35.

[89] LANCIANI, *Ruins and excavations*, p. 268.

[90] WILLEMS, *Sénat Romain*, t. II, pp. 168 y siguientes. SÉNECA, *De Providentia*, V, 4, presenta a los perezosos de la calle el ejemplo del Senado, que *per totum diem saepe consulitur*.

prevaricación; aquellas que, a pedido de la provincia entera, se celebraron para procesar y castigar las concusiones de Cecilio Clásico, ex gobernador de Bética. Su lectura nos hace compadecer a los senadores encadenados a sus sillas curules. El primer proceso, que presidió Trajano en su calidad de cónsul, duró, desde la aurora hasta el anochecer, tres días consecutivos. En la reunión inaugural, Plinio el Joven, encargado de la acusación contra uno de los cómplices de Prisco, habló cinco horas seguidas, haciéndose al final tan visible su fatiga, que el propio emperador «le hizo advertir varias veces que cuidase su garganta y sus pulmones.» Cuando hubo concluído, Claudio Marcelino defendió al acusado con un alegato de igual extensión, a cuyo término Trajano resolvió levantar la sesión para reunirse al día siguiente, por temor de que una tercera arenga fuera interrumpida por la obscuridad de la noche [91].

Comparado con el proceso de Prisco, el juicio contra Clásico pareció a Plinio el Joven, cuyo papel se redujo esta vez a escuchar y dar su opinión, mucho más llevadero y verdaderamente «corto y fácil»: *et circa Classicum quidem brevis et expeditus labor.* Corto y fácil debió ser, en efecto, puesto que los españoles se habían tomado el trabajo de preparar la acusación y de hundir anticipadamente todos los argumentos de la defensa, echando mano de la cínica correspondencia privada del acusado, en especial de una carta en la que, mezclando sus concusiones y sus amores, Clásico había anunciado su retorno a Roma a una de sus barraganas, en términos que le condenaban sin remisión: «¡Alégrate, querida!, regreso a tu lado libre como el aire, ajeno de cuidados y con cuatro millones de sestercios por añadidura, que me he agenciado arruinando a media España . . .» Pero, en realidad, el proceso de Clásico no fué breve, a pesar de la evidencia de los hechos comprobados con documentos terminantes. Ocupó tres sesiones al Senado, como el caso de Mario Prisco; y Plinio el Joven, aunque en este juicio no tuvo que realizar grandes esfuerzos, salió de él como había salido del otro: literalmente extenuado. «Comprenderás —escribe a su caro Cornelio Minuciano— cuánto me han fatigado tantas peroraciones diferentes, tantas discusiones obstinadas y tantos testigos que interrogar, sostener y refutar. *(Concipere animo potes quam simus fatigati!)*» [92]. Plinio, nosotros te comprendemos. Pero lo que nos resulta incomprensible es que los romanos hayan tolerado, sin procurar simplificarlo o abreviarlo, ese agotador sistema procesal. ¿Debemos creer que tenían la cabeza y los nervios más resistentes que los nuestros? ¿O que todo un siglo de «lecturas públicas» los había acorazado contra el cansancio y el tedio?

[91] PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, II, 11.
[92] HORACIO, *Ep.*, I, 20, 1-2.

4. Las Lecturas Públicas

La costumbre de ofrecer y escuchar «lecturas públicas» —preocupación absorbente y recreo favorito de los romanos cultos— es tan ajena a nuestros hábitos, que exige algunas palabras de explicación.

En Roma, los eruditos y hombres de letras ignoraron, durante dos siglos, lo que nosotros entendemos por «publicar». Hasta el fin de la República, los escritores ejecutaron, en su casa o en la de un mecenas, las copias de sus obras, que luego distribuían entre sus relaciones. Ático, a quien Cicerón había confiado sus discursos y tratados, tuvo la idea de convertir el taller de copistas que había montado para su uso particular en una verdadera empresa para la explotación industrial del ramo. Al mismo tiempo, César, tan grande revolucionario en lo espiritual como en lo temporal, aseguró la prosperidad de la flamante industria mediante la fundación de la primera Biblioteca Nacional de Roma, que se organizó, tomando como modelo la existente en el Museo de Alejandría, bajo la celosa vigilancia de Gayo Asinio Polión [93]. Poco después, el ejemplo de Roma era seguido en las provincias [94]. La multiplicación de las bibliotecas trajo consigo la de los libreros-editores *(bibliopolæ librarii)*. Pronto la nueva profesión tuvo sus celebridades: los Sosios, citados por Horacio, que abrieron su tienda de *volumina* en la desembocadura del *Vicus Tuscus* en el Foro, cerca de la estatua del dios Vertumno, detrás del templo de Castor [95]; Doro, en cuya «librería» podían comprarse las obras de Livio y Marco Tulio [96]; Trifón, que vendía las *Instituciones Oratorias* de Quintiliano y los *Epigramas* de Marcial [97]; y los competidores de Trifón: Quinto Polio Valeriano, Segundo, instalado no lejos del Foro de la Paz, y Atrecto, en el Argileto [98].

Los libreros-editores, que tenían a su servicio equipos más o menos numerosos de esclavos especialistas, vendían sus copias a subido precio: de dos a cuatro sestercios costaba un texto equivalente a veinte páginas de nuestros pliegos en 12º; cinco denarios o veinte sestercios se pagaba por un *liber*, que no alcanzaba a llenar cuarenta páginas de iguales dimensiones [99]. Estos precios elevados no redundaban en be-

[93] Consultar mi *César*, p. 975 y n. 290.

[94] Consultar la memoria clásica de Cagnat, *Les bibliothèques municipales dans l'Empire romain*. Agregar a su nómina la biblioteca de Frejo, según el reciente descubrimiento, realizado por el Doctor Donnadieu, de un fragmento epigráfico que la menciona. Y agregar también, si mi identificación no va errada, la biblioteca de Ostia, descripta por Guattani mucho tiempo ha y vuelta a encontrar por Calza al sudoeste del foro.

[95] Horacio, *Ep.*, I, 20, 1-2.

[96] Séneca, *De ben.*, VII, 6, 1.

[97] Marcial, IV, 72 y XIII, 3.

[98] Marcial, I, 3; I, 4 y I, 114.

[99] Marcial, I, 117, 13-17; XIII, 3, 3; cf. I, 66, 4.

neficio de los autores, pues los libreros se quedaban con todo el producto de la venta. Los autores desconocidos debían pagar al *bibliopola* para que éste se allanara a publicarles sus trabajos. Los escritores famosos entregaban sus originales al librero, recibiendo como única recompensa la satisfacción de ver editadas sus obras. Los *bibliopolæ* no solamente no compraban las obras que luego reproducían [100], sino que además, después de la publicación y venta de los *volumina,* estaban eximidos de hacer pagos a los autores, puesto que los juristas habían aplicado a todos los escritores en pergamino o en papiro el viejo principio jurídico de que *solo cedit superficies,* esto es, que toda adición sigue la propiedad del fondo al cual se agrega [101]. Amparados por esta fórmula legal, los libreros se enriquecían enviando a todos los puntos del imperio, «a los confines de Bretaña y a la helada comarca de los getas», los versos que «recitaba el centurión en su guarnición lejana», mientras el poeta gemía en Roma sumido en la miseria [102].

En estas condiciones, era fatal que el literato principiante y el autor pobre aprovecharan una recitación pública de su prosa o de sus poemas para difundir sus obras sin tener que someterse a las exigencias del *librarius,* o para conquistar fama y obligar a éste a que les publicara gratuitamente los frutos de sus desvelos. Además, los escritores no vacilaban en dar a conocer sus trabajos inéditos, que luego, en caso de publicarse, no les producirían un solo denario de ganancia. Por otra parte, el gobierno imperial, deseoso de ejercer estrecha vigilancia sobre la producción literaria, pero sin provocar los escándalos causados por los autos de fe ordenados por Tiberio [103] y por las condenas a muerte que Domiciano dictara contra Hermógenes de Tarso y sus *librarii* [104], prefería llegar sin ruido al mismo resultado mediante los jesuíticos procedimientos ensayados con anterioridad en el valle del Nilo. Los prefectos y los procuradores que dirigían las bibliotecas públicas tenían orden de hacer desaparecer lenta, pero seguramente, los libros sospechosos o peligrosos, a los cuales se les vedaba el acceso a sus estanterías [105]. Los bibliotecarios se arrogaban el derecho de sembrar la buena simiente de los escritos favorables al régimen y útiles para su propaganda; y la siembra se hacía leyendo en alta voz, ante un público de invitados, los pasajes fundamentales de las obras más

[100] Considero terminante a este respecto la alusión de JUVENAL, VII, 86; que dice que Estacio anduvo hambriento hasta que logró vender los originales de su *Agave* al mismo París, no su *Tebaida* a un editor.

[101] GAYO, II, 73 y 77.

[102] MARCIAL, XI, 3; cf. XI, 108 y XIV, 219.

[103] SUETONIO, *Tib.*, 61.

[104] SUETONIO, *Dom.*, 10.

[105] Cf. SUETONIO, *Caes.*, 56; *Calig.*, 34; y mi artículo en el *Journal des Savants,* CXXI (1936), p. 115.

«conformistas». Asinio Polión fué el introductor de esta práctica en Roma: reunía a sus amigos en la biblioteca pública de la *Urbs* y les hacía escuchar trozos de sus *Guerras Civiles* [106]. De esta suerte implantó una costumbre que, por estar muy de acuerdo con la situación de los escritores y los deseos del gobierno, debía prosperar rápidamente. Nació así, de la coexistencia de editores omnipotentes y de bibliotecas esclavizadas, el monstruo de la «lectura pública», flagelo de la literatura. Los cálculos de los políticos y la vanidad de los escritores lanzaron la moda. Después, nadie pudo detenerla.

Desde el comienzo de su reinado, Augusto favoreció el desarrollo de las *recitationes*, a las que concurría con la mayor asiduidad para «escuchar con tanto agrado como paciencia la lectura de toda clase de obras, versos, historias, discursos y diálogos.» [107] Sus sucesores contribuyeron aún más activamente al arraigo de estas tertulias literarias. Claudio, en su juventud, exhortado por Tito Livio, comenzó a escribir de historia, gustando de leer sus capítulos ante numeroso auditorio a medida que acababa de redactarlos. Como era «príncipe de la sangre», siempre estaba su salón de bote en bote. Pero se expresaba con dificultad, porque era tímido y tartamudo. Durante una de las reuniones, un banco se rompió con estrépito al recibir la mole de un auditor obeso. El grotesco accidente provocó risas que no figuraban en el programa, la hilaridad de los contertulios obligó a suspender la función, y desde entonces, cuenta Suetonio, Claudio no volvió a ser más su propio lector. Pero no renunció a hacer leer sus lucubraciones por un liberto de afinada voz [108]; y tiempo más tarde, siendo emperador, puso su palacio a disposición de otros lectores, a cuyas recitaciones solía asistir con gran placer cuando le dejaban espacio las tareas del gobierno. Y hasta cuando no se lo dejaban. Cierto día, encontrándose Claudio ocupado en su despacho, oyó voces y aplausos en una sala vecina, y preguntando la causa, dijéronle que el ex cónsul Noniano estaba leyendo públicamente un trabajo suyo. El príncipe lo abandonó todo y sorprendió con su presencia a la reunión, que quedó embelesada por este honor inesperado [109]. Domiciano, por su parte, afectando incontenible pasión por la poesía, leyó más de una vez sus versos en público [110]. Es probable que Adriano le haya imitado. Seguro es, en todo caso, que este príncipe consagró definitiva y oficialmente las lecturas públicas al dotarlas de un edificio para su exclusivo uso: el *Athenæum*, suerte de pequeño teatro que hizo construir a sus expensas en un lugar para nosotros des-

[106] ISIDORO DE SEVILLA, *Origines*, VI, 52; SÉNECA EL PADRE, *Controversiae*, IV, *praef.*, 2.
[107] SUETONIO, *Aug.*, 89.
[108] SUETONIO, *Claud.*, 41.
[109] PLINIO EL JOVEN, I, 13, 3.
[110] SUETONIO, *Dom.*, 2.

conocido. Gesto que le valió el más profundo agradecimiento de sus súbditos. ¡Por fin un emperador decidía alojar las «artes liberales» *(ludus ingenuarum artium)* en un hogar digno de ellas! [111]

En realidad, la construcción del *Athenæum* no fué otra cosa, sino el índice de la importancia que las lecturas públicas habían alcanzado en la Ciudad, a la cual sumergían bajo una ola de talentos. El edificio no constituía una innovación arquitectónica y sólo agregaba un monumento oficial a las numerosas salas que, desde largo tiempo atrás, los lectores llenaban con sus rumores elocuentes. En aquel entonces, el más vivo deseo de todo hombre culto poseedor de algunos bienes era arreglar en su casa un salón, el *auditorium*, especialmente dedicado a las *recitationes*[112]. Más de un amigo de Plinio el Joven afrontó complacidísimo este gravoso gasto: Calpurnio Pisón, por ejemplo, y también Titinio Capito[113].

Fig. 155. — **Leyendo un «libelus».** (De un bajo bajo relieve de mármol; cf. RICH, *Antiq. rom. et grecq., Libellus).*

El escenario casi no varía de una *domus* a otra: un estrado sobre el que se ubica el autor-lector, quien, para la ceremonia ha cuidado hasta el extremo su arreglo personal, se ha bañado prolijamente, y más prolijamente todavía los *tonsores* le han hecho la barba y cortado, peinado y perfumado la cabellera. Viste una túnica flamante y sus dedos lucen todas las sortijas de su colección. En suma, hecho un brazo de mar se dispone a seducir a sus oyentes no sólo con los méritos de sus escritos, sino también con la prestancia de su continente, el garbo de su figura, la caricia de sus miradas, la modestia de su acento, la dulzura de sus modulaciones y la elocuencia de sus gestos [114]. Detrás suyo cuelgan cortinas, que ocultan discretamente a cier-

[111] AURELIO VÍCTOR, *De Caes.*, 14, 3.
[112] Omito hablar del *auditorium Maecenatis*, de destino discutible y discutido.
[113] PLINIO EL JOVEN, V, 17 y VIII, 12.
[114] Cf. PERSIO, I, 15-21; PLINIO EL JOVEN, V, 17 y IX, 34.

tos invitados deseosos de escucharle sin dejarse ver, su esposa, por ejemplo [115]. Frente al lector se ubica el público. Junto al escenario están los sillones *(cathedræ)* reservados para los contertulios de mayor categoría. Atrás de éstos, los bancos o escaños en los que toma asiento el resto de la concurrencia, la cual ha sido invitada mediante billetes enviados a domicilio *(codicilli)*. Solícitos domésticos distribuyen entre los asistentes el programa de la función *(libelli)* [116].

Huelga decir que el referido aparato no estaba al alcance de todos

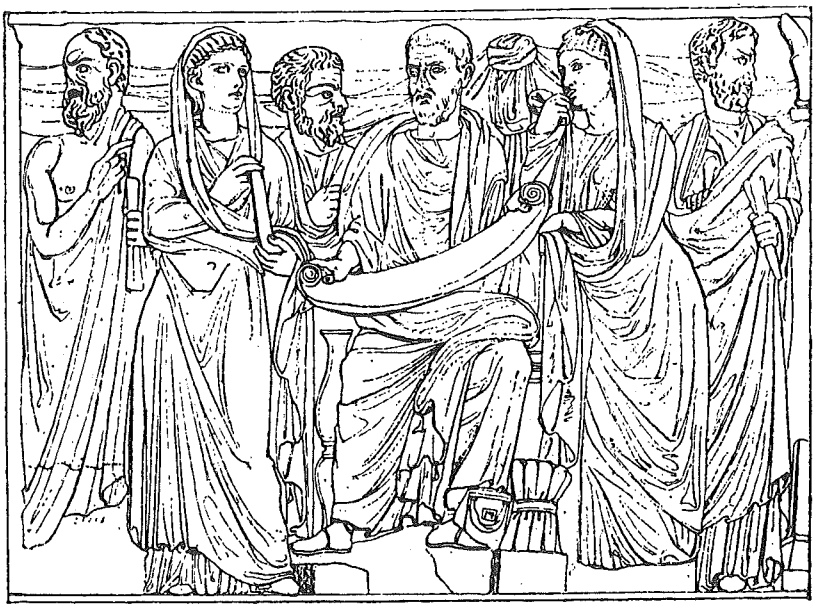


Fig. 156. — La «recitatio». (Museo Lateranense, Roma).

los bolsillos. Los autores pobres dependían de la benevolencia y generosidad de los ricos. Algunos grandes señores, como Titinio Capito, animados por el mejor espíritu de compañerismo, prestaban de buena gana su *auditorium* [117]; pero otros ricachos, menos generosos y más positivos, lo alquilaban al contado. Juvenal censura en sus *Sátiras* a los Harpagones con máscara de Mecenas, que exigen gruesas sumas de dinero por el breve uso de un local roñoso y miserablemente amoblado[118].

Empero, el *auditorium* sólo era indispensable cuando el autor-

[115] PLINIO EL JOVEN, IV, 19, 3.
[116] JUVENAL, VII, 39-47; PLINIO EL JOVEN, III, 18, 4; TÁCITO, *Dial.*, 9.
[117] PLINIO EL JOVEN, V, 17.
[118] JUVENAL, VII, 40-47.

lector quería lucirse y dar que hablar. Los escritores delicados y exigentes, aquellos cuya reputación estaba bien cimentada, preferían un público reducido de «intocables» como ellos. Plinio el Joven, verbigracia, se complacía en invitar a sus lecturas a un corto número de amigos, a quienes recibía en su *triclinium*, es decir, en su comedor, donde unos se acostaban en los lechos que constituían el moblaje habitual del aposento, mientras otros hacían uso de las sillas llevadas ex profeso al *triclinium* el día de la reunión [119]. En cuanto a los escritores más pobres, que no poseían *triclinium* ni dinero para alquilar un cochitril, usaban de otros medios para dar a conocer sus engendros. Apenas veían un grupo de gente, lo abordaban sin vacilar y desenrollaban imperturbablemente su *volumen*: en el Foro, bajo un pórtico o entre los bañistas de las Termas [120]. La *recitatio* había invadido hasta las calles. Cuando se consultan los testimonios de la época, se tiene la impresión de que todo el mundo leía en público, en todo tiempo y no importa qué.

En todo tiempo, a la mañana y a la tarde, tanto en verano como en invierno. Por cierto, si se ambicionaba un auditorio nutrido, era conveniente evitar los meses calurosos, cuando muchos romanos habían salido a veranear al campo. Pero si se daba más valor a la calidad que a la cantidad, el estío se prestaba quizá más que cualquiera otra época del año para la reunión de un público selecto. Plinio el Joven «leía» en julio, pues consideraba que la disminución de las actividades judiciales le permitiría estar con la mente más despejada, amén de que sus colegas del Foro, a la sazón en vacaciones, podrían honrar con su presencia su *recitatio* [121]. Por la misma razón, la mayoría de las lecturas se realizaban por la tarde, cuando los profesionales y hombres de negocios, terminada la diaria labor, estaban en condiciones de disponer libremente de su tiempo [122]. Mas también había insaciables a quienes la tarde no bastaba para recitar sus obras maestras, y se preciaban de ofrecer «lecturas» que ocupaban un día entero (*totum diem impendere*) [123], y aun, a veces, dos, tres o más jornadas consecutivas [124]. Páginas atrás nos hemos sorprendido de la resignación con que centunviros y *patres* soportaban las agobiantes tareas del Foro y del Senado. Pero, de cualquier manera, ellos no hacían sino cumplir con sus deberes y obligaciones profesionales. ¿No es acaso más admirable que los ociosos se hayan sometido voluntariamente al suplicio facultativo de los *auditoria*?

[119] PLINIO EL JOVEN, VIII, 21; cf. III, 18, 4.
[120] PETRONIO, *Sat.*, 90; HORACIO, *Sat.*, I, 4, 74-75.
[121] PLINIO EL JOVEN, VIII, 21, 2.
[122] PETRONIO, *Sat.*, 90; PLINIO EL JOVEN, I, 13, 3; VIII, 21.
[123] PLINIO EL JOVEN, VI, 17, 3.
[124] PLINIO EL JOVEN, VIII, 21, 4; III, 18, 4.

Verdad es que los asistentes dejaban con frecuencia de observar la debida compostura en las reuniones, a las que muchos sólo acudían por ceremonia. Plinio el Joven refiere en sus *Cartas* varias anécdotas que nos informan por menudo de la libertad que se tomaban los contertulianos. Por ejemplo: en el curso de cierto mes de abril, la *recitatio* no había faltado un solo día. El público estaba hasta la coronilla. Mas la costumbre es una segunda naturaleza. Maquinalmente, las víctimas seguían acudiendo a las juntas literarias. Algunos entraban, pero la mayoría se quedaba en la antecámara del *auditorium*. Mientras el lector cumplía su función ante un puñado de amigos pacientes y sufridos, los de afuera engañaban el tiempo conversando. De rato en rato colábase uno de ellos en la sala para informarse de si el autor había ya iniciado o concluído el prefacio, o si estaba muy adelantada la lectura de la obra... Sólo entonces entraban en el temido recinto, donde permanecían un instante, pues, satisfechos con haberse hecho ver, se retiraban antes del fin: unos, con precaución y prudencia; otros, ruidosa y desenfadadamente [125]. En una oportunidad, Plinio el Joven, llegando con algún atraso a un *auditorium* muy concurrido, observó, entre orgulloso y turbado, que su presencia, despertando en los asistentes el sentido del respeto y del pudor, bastó para cortar en seco las bromas que cambiaban entre sí los contertulios y restableció el silencio como por arte de magia [126]. Además, muchos oyentes, deseosos de guardar la apariencia de un correcto comportamiento, se abstenían de hacer ruido; pero no dejaban de dar muestra de una frialdad y falta de interés rayanas en la insolencia, cuando no preferían entregarse al sueño. En una *recitatio*, el celebrado jurista Javoleno Prisco, amigo del lector, figuraba entre la concurrencia. El «conferenciante» desenrolló su *volumen* y leyó el primer verso de su poema, que comenzaba así:

«¿Qué ordenas, Prisco...?»

Javoleno Prisco, despertando sobresaltado del sueño que le tenía a cien mil leguas de allí, se apresuró a decir: «No, yo no ordeno nada. *(Ego vero non iubeo).*» El lector quedó corrido; la sala estalló en carcajadas [127].

En otras reuniones, los asistentes simulaban escuchar, pero sus actitudes denunciaban su fingimiento; y, ante los más hermosos pasajes de una obra realmente adornada con todas las perfecciones del arte, permanecían petrificados en una inmovilidad de estatuas, en una indiferencia desdeñosa y lejana, sin que se les viera manifestar el menor signo de inteligencia o de vida: hacer un gesto, agitar la mano, mover

[125] PLINIO EL JOVEN, I, 13.
[126] PLINIO EL JOVEN, II, 18, 2.
[127] PLINIO EL JOVEN, VI, 15.

los labios, «ni siquiera levantarse para descansar de permanecer sentados.» Plinio el Joven, que nos ha descripto esta escena muda, se indigna y con razón considera ofensiva la apatía de los escuchantes: «¡Qué insensatez gastar horas y horas en ofender a un hombre, a cuya casa se ha acudido para mostrarle estimación y amistad!»[128]

Pero la capacidad de atención tiene y ha tenido siempre límites, inclusive para los romanos; y, en todos los idiomas, la elocuencia continuada fastidia y adormece. Era seguramente desatinado de parte de un autor imponer al auditorio la obligación de escuchar lecturas que se extendían desde la mañana hasta la noche, aun cuando lo leído fuese una obra maestra. La fatiga y el tedio estragaban por fuerza sus bellezas. La *recitatio* ininterrumpida y sistemática debía terminar provocando náuseas, sólo curables por el alejamiento de todo lo que oliera a literatura. Las lecturas públicas producían indigestiones mentales, que mataban, en lugar de despertar, el amor a las letras. Su poder corruptor veíase acrecido por la incoherencia de los programas, único remedio inventado para atenuar la monotonía de las «lecturas» cotidianas. Todos los temas, todos los géneros eran buenos. Georges Duhamel ha escrito páginas de amarga y desconsoladora ironía sobre esas colecciones de discos norteamericanos que vuelcan sin conceder la menor tregua los aires más discordantes, una sonata de Beethoven antes de una pieza de «jazz», un trozo de opereta después de la muerte de Sigfrido. Esta «escena de la vida futura» ya se representó en la antigüedad durante los reinados de Trajano y de Adriano. Reemplazad el mecanismo del gramófono con la voz del lector, la música con la literatura: ese caos de sonidos detonantes constituye el fondo mismo de las lecturas públicas. Los abogados repetían en ellas sus alegatos forenses[129], los políticos sus discursos[130]. Personas que en su vida habían escrito nada más que para cumplir con sus deberes profesionales o para cartearse con sus familiares y amigos, no vacilaban en «leer» a su público la oración fúnebre pronunciada al despedir los despojos de un pariente[131]. Los hombres de letras, por su parte, daban a conocer hasta sus más insignificantes composiciones, y, en todos los géneros, mostrábanse inagotables. En prosa, cuando se habían concluído los alegatos y las arengas, recitaban libros de historia, que siempre se escuchaban con placer, sobre todo cuando los hechos narrados se remontaban a un pasado suficientemente remoto como para que nadie pudiera enrojecerse en la sala: «¡Tanto se avergonzaban de oír lo que habían hecho los mismos que no se aver-

[128] PLINIO EL JOVEN, VI, 17.
[129] PLINIO EL JOVEN, VII, 17.
[130] PLINIO EL JOVEN, III, 18, 4; y V, 5, 2.
[131] PLINIO EL JOVEN, III, 10; y IV, 7.

gonzaron de hacerlo!»[132] En verso se escuchaban, caprichosamente mezcladas, las humoradas de Plinio el Joven[133], *El amor engañado* de Calpurnio Pisón[134], las elegías de Paseno Paulo[135], la *Tebaida* de Estacio[136] y la letanía de pedestres epopeyas que, nutridas de la imitación de Estacio y llenas de reminiscencias virgilianas, narraban las aventuras de Alcides, las tribulaciones de Diomedes, «los mugidos del cretense Minotauro, la caída de Ícaro y la máquina de Dédalo»[137]; a lo cual debe añadirse larga teoría de tragedias sin escenario[138] y de comedias sin actores[139]. De esta suerte, todos los géneros de la producción literaria se sucedían en las tribunas de los *auditoria,* así como en lo presente todos los géneros de la producción musical son reproducidos por la radio y el fonógrafo.

Plinio el Joven trata en vano de forjarse ilusiones sobre la excelencia y utilidad de los ejercicios en los que él se enorgullece de sobresalir. El epistológrafo procura persuadirse de que las lecturas públicas le estimulan a retocar, pulir y perfeccionar sus oraciones, y que las críticas de cualquier índole que se le formulen durante la *recitatio* contribuirán a borrar los defectos de sus obras[140]. Pero esos no son sino pretextos, ciertamente sinceros, y argucias, sin duda ingeniosas, propias de un niño mimado que por nada del mundo quiere verse privado de su juguete favorito. Esos mezquinos beneficios, esas ventajas aleatorias y problemáticas no bastaban para contrarrestar los inconvenientes, peligros y males que, desde el comienzo de las lecturas públicas, había presentido Horacio[141]. ¿Cuál no hubiera sido el terror del poeta si hubiese resucitado sólo cien años después de su muerte, cuando las *recitationes* sembraban siniestramente en Roma estragos peores que los por él previstos?

A la sazón las lecturas públicas estaban en camino de asestar el golpe de gracia a las mentes ya malheridas por los efectos de una educación puramente formal. Por otra parte, el hábito de escribir y luego leer sobre *volumina,* cuya forma arrollada dejaba fijar la atención sólo sobre un corto pasaje a la vez, un par de líneas arriba y otras tantas abajo del punto que en ese momento se leía, había fragmentado y desmenuzado tanto la composición de las obras romanas, que, sometidas a nuestras modernas exigencias, las mejores de ellas caían, cuál

[132] PLINIO EL JOVEN, IX, 27.
[133] PLINIO EL JOVEN, VIII, 21.
[134] PLINIO EL JOVEN, V, 17.
[135] PLINIO EL JOVEN, VI, 15.
[136] JUVENAL, VII, 83-86.
[137] JUVENAL, I, 52-54.
[138] PLINIO EL JOVEN, VII, 17.
[139] PLINIO EL JOVEN, VI, 21.
[140] PLINIO EL JOVEN, V, 3 y VII, 17.
[141] HORACIO, *Sat.*, I, 4, 76-78.

más, cuál menos, bajo el juicio pronunciado por Calígula acerca de Séneca: «arena sin cal *(arena sine calce)*.» [142] Las lecturas públicas, en las que el autor debía despertar y sostener el interés de los oyentes no por la belleza de la composición, sino por el brillo de los detalles, agravaron la perniciosa influencia del *volumen* y aceleraron la funesta evolución, al término de la cual la sensibilidad literaria, irremediablemente pervertida, no apreció nada más que las tiradas efectistas y los dichos más o menos agudos de esas «greguerías» que los romanos llamaban *sententiæ*. Además, arrancando las obras de su medio natural —el alegato del estrado, el discurso político de la Curia, la tragedia y la comedia del teatro—, las lecturas públicas acabaron de cortar los lazos que, aunque débiles, todavía unían la literatura con la vida, privando la prosa y la poesía del contenido humano sin el cual no existe la obra maestra. En fin, las *recitationes* encerraban un germen nocivo —germen que ha reaparecido en nuestra época sin que los modernos, hasta hoy, hayan sospechado más que los antiguos su perniciosa acción— que contribuyó a la muerte de la literatura. Por un lado, las lecturas públicas, al brindar a los autores fáciles aplausos que halagaban su amor propio, los iban desviando gradualmente de aspiraciones más nobles que los éxitos inmediatos, ruidosos y embriagadores obtenidos ante un *auditorium* compuesto de amigos complacientes y de cofrades en espera de reciprocidad. Puede ser discutida la extensión de los perjuicios que causan y causarán al libro los progresos de la radiotelefonía; pero no hay razón para dudar de los enormes daños que la manía de las lecturas públicas, llegada a su apogeo, ocasionó a los *volumina*. Y, por otra parte, tampoco es posible negar el mal terrible que como un cáncer se injertó entonces en la literatura, profanada por

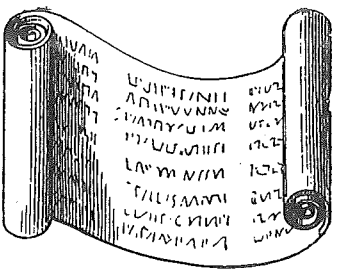


Fig. 157. — Un «volumen». (Según una pintura pompeyana).

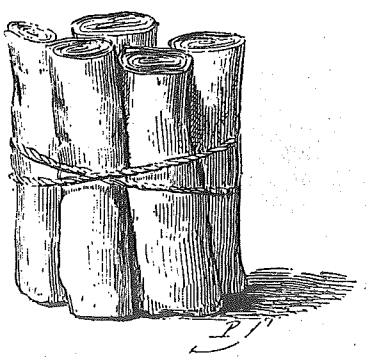


Fig. 158 — Cinco «volumina» hallados en Herculano. (Museo de Nápoles).

[142] SUETONIO, *Cal.*, 53. Consultar, sobre este punto, E. ALBERTINI, *La composition dans les ouvrages philosophiques de Sénèque*, París, 1923, pp. 298-325.

la multitud de falsas vocaciones despertadas por la *recitatio*. Cuando en Roma la lectura pública entró en las costumbres como la ocupación principal y el objeto casi exclusivo de los letrados se vió a la literatura abdicar su dignidad y convertirse en materia frívola y de moda. La vanidad mundana la convirtió en moneda corriente, cuya ley se vició más y más a medida que fué ampliándose el círculo de los aficionados. Los invitados quisieron invitar también, y, subiendo cada uno por turno al escenario, los oyentes concluyeron por transformarse en autores. Tal era, en apariencia, el triunfo de la literatura. En realidad, esa victoria a lo Pirro, esa inflación insensata anunciaba su bancarrota inminente. Desde el instante que hubo tantos escritores como oyentes —hoy diríamos tantos autores como lectores—, y desde que unos y otros comenzaron a trocar mutua y alternativamente sus papeles, la literatura estuvo condenada a perecer.

CAPITULO III

LOS ESPECTACULOS

1. *Panem et Circenses*

NADIE ignora la agria censura fulminada por Juvenal contra «la decadente grey de los hijos de Remo», sus contemporáneos, lacónica invectiva que traduce más desprecio que iracundia:

«Desde que no se venden los sufragios,
los públicos asuntos no le importan.
Y el pueblo aquel que daba antes imperios,
haces, legiones, todo, ahora se calla
y dos cosas tan sólo espera ansioso:
Pan y juegos...

...duas tantum res anxius optat
panem et circenses.»[1]

Sin embargo, aunque famosos y harto conocidos, debemos recordar estos versos al abrir el capítulo que ellos esclarecen. Pues estos versos, cuya vehemencia quema como el hierro candente, no sólo expresan la más noble protesta republicana lanzada durante el Imperio, sino que además registran un hecho incontestable y fundamental, una verdad histórica que, cuarenta años después, la enunciará Frontón con la serenidad del sabio ante la evidencia: «el pueblo romano está dominado principalmente por dos cosas: su alimentación y sus espectáculos (*populum Romanum duabus præcipue rebus, annona et spectaculis, teneri*).»[2]

Los Césares, en efecto, se preocupaban por nutrir y recrear a Roma. Las distribuciones mensuales en el Pórtico de Minucio aseguraban al pueblo el pan de cada día. Los juegos y espectáculos que se ofrecían a los habitantes de la *Urbs* en los diversos recintos religiosos o laicos de la Ciudad —Foro, teatros, estadio, anfiteatro, naumaquias— entretenían y disciplinaban sus horas de ocio. Los emperadores procuraban regocijar la plebe con el atractivo de diversiones sin cesar renovadas;

[1] JUVENAL, X, 77-81.
[2] FRONTÓN, *Princip. hist.*, V, 11.

y, hasta en los años difíciles, cuando los apuros del Tesoro los obligaban a racionar sus liberalidades, los jefes de Estado se ingeniaban para brindar a la *Urbs* fiestas numerosas y brillantes como hasta ahora no las ha presenciado ningún pueblo, en ningún tiempo y en ningún país.

Examinemos ligeramente los calendarios, descifrados por los epigrafistas, que señalan las fechas de las festividades del pueblo romano. Cada columna hállase preñada de días feriados [3]. Están los que marcan la evolución de los meses: los doce idus, la mitad de las calendas y un cuarto de las nonas: 22 en total. Están los cuarenta y cinco días de *feriæ públicæ*, que son, entre otros: los *Lupercalia*, en febrero; los *Parilia*, los *Cerialia*, los *Vinalia*, en abril; los *Vestalia* y los *Matralia*, en junio; los *Volcanalia*, en agosto; los *Saturnalia*, que se extendían desde el 17 de diciembre hasta el 24 del mismo mes. Están los diferentes *ludi* o juegos, tales como las cabalgatas del 19 de marzo y del 19 de octubre; la carrera de los *Robigalia*, el 25 de abril; las carreras pedestres y de mulos de los *Consualia*, el 21 de agosto y el 15 de diciembre; el concurso de pesca con caña de los *ludi piscatorii*, el 8 de junio; las carreras de caballos del *equus october* (15 de octubre), de los *ludi martiales* (1º de agosto) y del aniversario del nacimiento de Augusto, fundador del régimen imperial (23 de septiembre); a lo que debe agregarse, en fechas que variaban según los reinados, los aniversarios del nacimiento *(dies natalis)* y de la ascensión *(dies imperii)* del príncipe a la sazón en el poder, así como el aniversario de la apoteosis de su predecesor. Todo esto representa doce días más de fiesta. Por último, están los ciclos de juegos ya ecuestres, ya escénicos, ya ecuestres y escénicos juntamente, que la República, en las horas graves de su historia, había ins-

Fig. 159. — «Calendarium Pincianum» (Museo de Nápoles).

[3] Sobre los días feriados romanos, consultar el artículo *Calendarium* del *D. A.*, los manuales de MARQUARDT y de WISSOWA y las noticias correspondientes a cada una de las fiestas en las enciclopedias de PAULY-WISSOWA y de ROSCHER. Sobre el discutido significado de las *Nundinae*, cf. *P. W.*, XVII, c. 1470.

tituído en honor de los dioses, y cuyo número aumentó en la época del imperio: los *ludi Romani,* fundados en 366 antes de Jesucristo, que se extendían, en el siglo II de nuestra era, desde el 4 hasta el 19 de septiembre; los *ludi plebei,* que hicieron su aparición entre 220 y 216 antes de Jesucristo y se desarrollaban desde el 4 hasta el 17 de noviembre; los *ludi Apollinares,* que databan de 208 antes de nuestra era y se sucedían desde el 6 hasta el 13 de julio; los *ludi Ceriales,* que, consagrados a Ceres en 202 antes de Jesucristo, duraban desde el 12 hasta el 18 de abril; los *ludi Megalenses,* dedicados a la Gran Idea Madre de los Dioses en 191, año en que fué erigido su santuario palatino, y, desde entonces, puntualmente celebrados desde el 4 hasta el 10 de abril; los *ludi Florales,* en homenaje a la diosa Flora, los cuales, según parece, no se realizaron con regularidad sino a partir de 173 antes de Jesucristo, y consistían en ceremonias especiales que se cumplían desde el 28 de abril hasta el 3 de mayo; los *ludi Victoriæ Sullanæ,* cuyo título pone de manifiesto la pretensión de Sila a la divinidad, y que seguían celebrándose dos siglos después de su muerte, desde el 27 de octubre hasta el 1º de noviembre; los *ludi Victoriæ Cæsaris,* que desde el 20 hasta el 30 de julio continuaban recordando a los romanos las hazañas del conquistador de las Galias; y, en fin, los *ludi Fortunæ reducis,* inaugurados por Augusto a su regreso pacificador en 11 antes de nuestra era, que ocupaban una decena de días, desde el 3 hasta el 12 de octubre.

Recapitulemos: veintidós días aislada y obligatoriamente santificados, más cuarenta y cinco días de *feriæ publicæ,* más doce días de *ludi* aislados, más ciento tres días de *ludi* reunidos en series más o menos prolongadas. El cálculo se hace con toda rapidez y, dejando a un lado ciertos sincronismos —por ejemplo el 8 de junio, fecha en que coincidían los *Vestalia* y los *ludi piscatorii*—, llégase a este resultado matemático: los días obligatoriamente feriados de la Roma imperial ocupaban la mitad del año. Y téngase presente que la cifra de 182 días que hemos establecido no era sino un mínimo siempre superado.

¡Cuántas lagunas, por cierto, en nuestra cuenta! No hemos incluído en el cómputo las fiestas de Atis, que se celebraban en el mes de marzo en dos etapas: un *quatriduum* del nacimiento, sacrificio, muerte y resurrección del dios «paredros» de Cibeles, la *cannophorie,* la *dendrophorie,* el *sanguis* y los *hilaria,* por un lado, y, por otra parte, una procesión al río Almo, donde era bañado, el 28 de marzo, el ídolo de la Gran Madre; y sin embargo, después que el emperador Claudio hubo otorgado a Atis la carta de ciudadanía romana, es muy difícil no considerar como oficiales las fiestas y los misterios de su religión. Después hemos omitido las fiestas de los suburbios, en las cuales la población de Roma participaba con vivo regocijo: desde las francache-

las campestres colocadas bajo la advocación de Anna Perenna hasta las solemnes ferias latinas realizadas en la cumbre del monte Albano. Igualmente hemos prescindido de las ceremonias que, sin comprometer los dineros ni la responsabilidad del Estado, gozaban del favor del pueblo romano, por ejemplo: las ceremonias oficiadas en los santuarios de barrio; en las capillas de cultos extranjeros, pero lícitos; en las *scholæ* de las corporaciones y colegios; además, las funciones religiosas impuestas a los soldados por el Estado, cuya lista ha sido recientemente hallada en Tebesa de Numidia y en Dura del Éufrates, y a las cuales la plebe urbana quizá podía asistir en los *Castra Prætoria*[4]. Por otra parte, en nuestro cálculo sólo hemos tenido en cuenta los años corrientes sin considerar los extraordinarios, cuyo programa habitual de fiestas se ampliaba con el retorno de ciclos cuadrienales —como los antiguos *Actiaca* y el posterior *Agon Capitolinus*—, y, a intervalos de mayor número de años, con las llamadas «renovaciones seculares», cuya celebración duraba muchos días, como ocurrió en 17 antes de Jesucristo y en 88 y 204 de nuestra era, o con los «centenarios» de la Ciudad Eterna, como en 47, 147 y 248[5]. También hemos pasado en silencio muchas festividades que los emperadores, motu proprio y arbitrariamente, solían agregar al calendario. Esas fiestas imprevistas, que aumentaron en número con la prosperidad de los reinados, eran, entre otras: los «triunfos» que el emperador se hacía discernir por el Senado, los concursos que el príncipe anunciaba de improviso y, principalmente, los *munera* o combates de gladiadores. Los *munera*, decretados en cualquier momento y con cualquier pretexto, terminaron siendo tan frecuentes como los *ludi*, y, en el siglo segundo después de Jesucristo, su desarrollo ocupaba meses enteros.

Mas las fiestas que hemos omitido en nuestra estadística se encontraban en la realidad. Al terminar este rápido examen debemos por fuerza admitir que, en la época objeto de nuestro estudio, Roma gozaba de uno o dos días feriados por cada día de trabajo.

2. El Régimen de los Esparcimientos

A primera vista, esta conclusión no puede dejar de sorprender. Empero, si se reflexiona, ella resulta la consecuencia necesaria de la evolución política y social que había conducido a los amos del imperio

[4] Hace ya largo tiempo que se conoce la inscripción de Tebesa (Gsell, *Inscr. latines de l'Algérie*, nº 3.041). Pero sólo ha podido ser comprendida después que Snyder tuvo la feliz idea de vincularla al papiro de Dura, todavía inédito, que será en breve publicado por varios eruditos bajo la dirección de M. Rostovtseff.

[5] Resumo aquí el notable análisis de Jean Gagé en sus *Recherches sur les jeux séculaires*, París, 1934.

a utilizar, ampliándolas, las antiguas festividades religiosas como un medio para robustecer su autoridad sobre las masas que rodeaban su palacio y colmaban la Ciudad.

La religión había presidido el nacimiento de todas las llamadas «ferias» romanas [6]. Ese fondo religioso se manifiesta con mayor o menor claridad en las viejas solemnidades que los romanos nunca dejaban de celebrar, aunque ya hacía largo tiempo que habían olvidado su sentido y su razón. Así, el 8 de junio, el concurso de pescadores de caña, que presidía el Pretor urbano en persona, terminaba sobre la roca de Vulcano en una comilona de pescado frito en honor de los premiados. Pero una noticia de Festo, imposible de poner en duda, nos enseña que el acto de freir y comer los pescados equivalía a un sacrificio simbólico, en el cual el dios Vulcano se conformaba con peces en substitución de víctimas humanas: *pisciculi pro animis humanis* [7]. De igual modo, el 15 de octubre se realizaba en el Foro una carrera de caballos cuyo resultado evidencia su significado primitivo. ¡Infeliz del triunfador! El *flamen* de Marte inmolábase inmediatamente después de la victoria. Su sangre se distribuía en dos porciones: una era al instante vertida en el hogar de la *Regia,* la otra era enviada a las vestales, que la reservaban para las lustraciones del año. En cuanto a su cabeza, que había tronchado el cuchillo del sacrificador, los ribereños de la vía Sacra y los habitantes de Subura luchaban encarnizadamente entre sí para decidir a cuál de sus respectivos barrios cabría el honor de exponer en la fachada de uno de sus edificios el trofeo del «Caballo de Octubre». El significado de estas curiosas costumbres se elucida tan pronto como se remonta a las lejanas épocas de su formación. Al regreso de las anuales campañas guerreras, que comenzaban en la primavera y terminaban en el otoño, los latinos de la vieja Roma ofrecían una carrera a los dioses en acción de gracia, tras la cual sacrificaban el caballo vencedor para purificar la Ciudad mediante la efusión de su sangre y para protegerla con el fetiche de su esqueleto.

En esos usos inmemoriales es bien manifiesto el ritual de los antepasados. En los más recientes juegos creados por la República, la religión es menos visible, pero se halla igualmente presente. Los juegos instituídos en horas de peligro para ganar el favor de los dioses habíanse instaurado sucesivamente en honor de Júpiter, de Apolo, de Ceres, de Cibeles y de Flora. Más tarde, los dictadores agregaron a los dichos otros juegos establecidos en honor de sus propias victorias, con el objeto de elevar a éstas —y elevarse ellos mismos junto con sus vic-

[6] Cf. PIGANIOL, *Recherches sur les jeux romains,* París-Estrasburgo, 1923.

[7] FESTO, *s. v. Piscatori ludi,* pp. 274 y 276 ed. Lindsay. Sobre el sentido de este pasaje consultar mi libro *Virgile et les origines d'Ostie,* París, 1919, pp. 119-120.

torias— a un nivel sobrehumano. Con las luchas y carreras, con las representaciones dramáticas y con la púrpura triunfal, procurábase no sólo agradar a los dioses, sino también captar su energía o su poder momentáneamente encarnados en el magistrado triunfante, en los actores de los dramas y en los vencedores de los torneos. En fin, cuando en 105 antes de Jesucristo el Estado comenzó a ofrecer por su cuenta combates de gladiadores análogos a los que con anterioridad habían organizado los simples particulares junto a la tumba de sus parientes [8], el mismo gobierno los designó con el nombre de *munus,* que conservaron en las épocas ulteriores. Ese nombre expresa la siniestra función de apaciguar mediante la muerte de seres humanos la ira de los dioses y de asegurar con la matanza de algunos vivos el descanso de los muertos. «Oblación dictada por el deber», la definió Festo en tiempo de Augusto. «Honor que estamos obligados a rendir a los manes», declara Tertuliano a fines del siglo II. «Sangre vertida sobre la tierra para calmar al dios de la guadaña que mora en el fondo de los cielos», exclamará Ausonio en el bajo imperio [9].

Podríase creer que esta espantosa concepción, heredada del sombrío genio etrusco, cruzó los siglos sin cambiar ni debilitarse. Pero eso no es sino apariencia. En la época imperial, las citadas definiciones de los eruditos hubieran pasado por encima de la cabeza del público ramano, que en sus adentros y muy a su placer había secularizado los juegos sagrados. Sin duda, la gente acudía al circo como a un oficio religioso, vestida con su toga de las grandes ceremonias, cuyo uso en tal circunstancia había sido hecho obligatorio por un edicto de Augusto, y que un edicto de Claudio permitió proteger con un manto sólo en caso de mal tiempo y únicamente después que el príncipe hubiese dado la señal de sentarse [10]. También es cierto que el público, so pena de expulsión, debía observar en el circo un comportamiento decente, teniendo que abstenerse, por ejemplo, de beber o comer durante las carreras [11]. Pero, al proceder así, los romanos consideraban no que cumplían un rito litúrgico, sino que se ajustaban a una etiqueta protocolar; y cuando, conforme a las normas establecidas, se ponían

[8] Sobre el papel desempeñado por el Estado en los *munera,* cf. mi *César,* p. 515.

[9] FESTO, *s. v. Munus,* p. 125 ed. Lindsay: *munus donum quod officii causa datur;* TERTULIANO, *De Spect.,* 12: *officium mortuorum;* AUSONIO, *De fer.,* 35: *falcigerum placant sanguine caeligenam.*

[10] SUETONIO, *Aug.,* 40; *Claud.,* 6.

[11] QUINTILIANO, VI, 3, 63, cuenta que Augusto expulsó del circo a un caballero romano que se había permitido beber durante la función, diciéndole:

«—Cuando yo quiero comer o tomar algo, salgo del circo y me voy a mi casa.

—No lo niego, replicó agudamente el caballero, pero cuando tú te ausentas tienes la seguridad de encontrar vacío tu asiento a tu regreso.»

de pie para aclamar la procesión inaugural, en la que las estatuas de los *Divi* acompañaban a las efigies de los dioses oficiales, manifestaban en esta forma no su fervor religioso, sino su fidelidad a la dinastía, su apego al gremio de que cada espectador formaba parte bajo la protección de tal dios o de cual diosa, así como su asombro por la disciplina perfecta del brillante cortejo. Cuando por casualidad se encontraba entre la multitud algún santurrón bastante ingenuo como para creer que su divinidad preferida, al pasar frente a él, habíale dirigido una mirada de reconocimiento o un gesto de salutación, este arranque de credulidad era tan raro y nunca visto, que al punto atraía la curiosidad de los concurrentes y excitaba la verba de los cuentistas [12].

La antigua religión romana podía muy bien continuar contribuyendo con sus tradiciones al esplendor de los espectáculos imperiales. Pero el público reparaba poco o nada en ella y, digámoslo así, la respetaba inconscientemente y sin saberlo. En estos como en otros dominios, las nuevas creencias habían relegado la vieja religión a un plano secundario, cuando no la habían suprimido por completo. Si alguna fe profunda exaltaba el corazón de los espectadores, era la fe astrológica, que les hacía ver en la arena la imagen de la tierra; en el Euripo o foso que la circuía, el símbolo de los mares; en el obelisco erigido sobre la espina central, el emblema del sol resplandeciente en lo alto de los cielos; en las doce puertas de las cocheras o *carceres*, las constelaciones del Zodíaco; en las siete vueltas de pista que componían cada carrera, las órbitas de los siete planetas y la sucesión de los siete días de la semana; en el circo mismo, una proyección del Universo y un epítome de su destino [13]. Y si algún entusiasmo encendía el alma del público, era el que suscitaban, durante el sagrado desfile preliminar, las imágenes esculpidas de los buenos emperadores difuntos y, simultáneamente, la aparición, en su palco o *pulvinar*, del reverenciado emperador vivo, a cuya munificencia se debían el número y la suntuosidad de los espectáculos. Los cuales, de esta suerte, establecían entre la multitud y el príncipe el saludable contacto que impedía a él encerrarse en un peligroso aislamiento y a ella desconocer u olvidar la augusta presencia del César. En cuanto éste hacía su aparición en el circo, teatro o anfiteatro, la muchedumbre, por impulso unánime, se ponía de pie y, agitando sus pañuelos, como aun hoy lo hacen los fieles del papa en la basílica vaticana, enviábale un emocionante saludo que tenía la modulación de un himno y el acento de una ple-

[12] OVIDIO, *A. A.*, III, 2, 43-62.

[13] Sobre estas supersticiones, cf. los curiosos textos reunidos por P. WUILLEUMIER, en su artículo de los *Mélanges de l'Ecole de Rome*, XLIV (1927), pp. 184-209, titulado *Le Cirque et l'Astrologie;* y cf., sobre todo, CASIODORO, *Var.*, III. 51; ISIDORO DE SEVILLA, XVIII, 36; *Anthol. lat.*, I, 197.

garia [14]. Esta especie de adoración no excluía sentimientos más humanos, más fuertes y más dulces a la vez. El inmenso público tenía la felicidad, como dice Plinio en su *Panegírico*, «de ver al príncipe en persona en medio de su pueblo» [15]; pero además experimentaba la confortante sensación de identificarse con el emperador en las peripecias de la carrera, del combate o del drama, compartiendo sus emociones, sus deseos, sus temores y sus alegrías. Así la autoridad ablandaba su tiesura con la familiaridad de sentimientos comunes, y, al mismo tiempo, volvía a templar su vigor y su prestigio en esas olas de popularidad que rompían a sus pies. En una época en que callaban los Comicios, en que el Senado repetía de memoria la lección que se le había hecho aprender, era únicamente en la alegría ruidosa de los *munera* y de los *ludi* donde la opinión pública podía aún manifestarse y hasta elevar peticiones que, clamadas al unísono por millares de voces, solicitaban de Tiberio el *Apoxiomenos* de Lisipo [16] y obtenían de Galba el suplicio de Tigelino [17]. Los emperadores se ingeniaban para encauzar y dirigir esas manifestaciones de la voluntad colectiva, lo cual con frecuencia les permitía transferir a la multitnd la responsabilidad de crueles medidas que, aunque ya tenían pensado ponerlas en ejecución, querían que tuvieran la apariencia de haber sido dictadas por el pueblo [18]. De este modo, los espectáculos de Roma, sin ser realmente un órgano del gobierno, contribuían a sostener la estructura del Estado, y, sin formar parte integrante de la religión del imperio, alimentaban el fuego, ya muy debilitado, que aún ardía en el seno del culto oficial.

Pero hay algo más: los espectáculos defendían la autocracia contra la revolución. Recordemos que en la Ciudad vivían ciento cincuenta mil desocupados absolutos, eximidos de toda labor por los socorros de la asistencia pública, y quizá igual número de trabajadores, a los cuales, a pesar de que cotidianamente debían cruzarse de brazos después de mediodía, les estaba denegado el derecho de emplear sus horas libres en la política. Los espectáculos llenaban el tiempo de esa enorme masa ociosa, daban a ésta una preocupación y un quehacer, constituyendo, en suma, una verdadera válvula de seguridad que impedía el

[14] Cf. especialmente PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, VI, 5: *propitium Caesarem ut in ludrico precabantur;* TÁCITO, *Ann.*, XVI, 4: *plebs urbana personabat certis modis plerumque plausuque composito.* Sobre los *sudaria*, cf. H. A., *Aur.*, 48, 5.

[15] PLINIO EL JOVEN, *Pan.*, 51.

[16] PLINIO EL ANTIGUO, *N. H.*, XXXIV, 62; cf. SUETONIO, *Tib.*, 47.

[17] PLUTARCO, *Galba*, 17, 5.

[18] En esta forma se desembarazó Tito, en el año 69 después de Jesucristo, de los enemigos de Vespasiano, cf. SUETONIO, *Tit.*, 6. Tiberio se resistía a concurrir a los espectáculos, pues «temía que se aprovechase la circunstancia para hacerle alguna petición, desde que se vió obligado por las instancias del pueblo a manumitir al cómico Accio». (SUETONIO, *Tib.*, 47).

estallido de sus pasiones y de sus instintos. Un pueblo que bosteza está maduro para la revuelta. Los Césares no dejaron que la plebe romana bostezara de hambre ni de aburrimiento. Los espectáculos fueron el gran remedio para entretener la ociosidad de sus súbditos y, por consiguiente, el más seguro instrumento de su absolutismo. Rodeando a la plebe de atenciones, invirtiendo en su recreación sumas fabulosas, los emperadores contribuyeron sagazmente a la consolidación de su poder.

Cuenta Dión Casio que Augusto, habiendo reprochado un día al pantomimo Pilades por ensordecer a Roma con el ruido de sus rivalidades y de sus disputas, recibió del actor esta aguda respuesta: «Conviene a tus intereses ¡oh César! que el pueblo se preocupe por nosotros...» [19] Con esta réplica, el discretísimo artista había traducido el íntimo pensamiento de Augusto y penetrado uno de los secretos de su gobierno. Los juegos fueron para este emperador un problema de importancia capital. Nunca dejaba de asistir a ellos con ostentoso celo y deliberada gravedad. Tomaba asiento en el centro de su *pulvinar*, entre su mujer y sus hijos. Si se veía obligado a retirarse antes del fin, excusábase y delegaba a otro la presidencia. Si se quedaba hasta lo último, mantenía constantemente una atención profunda, sea en realidad porque gustaba del espectáculo, como solía confesarlo con ingenuo entusiasmo, sea porque deseaba evitar las murmuraciones que había provocado su padre César al ponerse a leer y resolver, mientras se desarrollaban los juegos, expedientes administrativos. Augusto quería divertirse con el pueblo. No ahorraba esfuerzos ni dineros para regocijar a Roma. «Los espectáculos de su reinado excedieron en número, variedad y esplendor a todos los que hasta entonces se habían visto», dice Suetonio [20]; y el propio emperador, en sus *Res Gestæ*, recuerda con placer que él ha ofrecido juegos cuatro veces en su nombre y veintitrés veces por magistrados a quienes hubiera correspondido costear de su peculio las representaciones, pero que no lo hicieron por hallarse ausentes o por carecer de recursos para sufragar el gasto [21].

Los cónsules y los pretores veíanse aplastados por esas enormes erogaciones inherentes a los cargos que desempeñaban. En uno de sus epigramas, Marcial refiere el gracioso caso de una joven, Proculeya, la cual, luego de haber su marido tomado posesión de la pretura, expresa a éste su voluntad de divorciarse y de separar sus bienes:

«Cuando el Enero retorna,
dejas a tu esposo viejo,
Proculeya, y le declaras

[19] DIÓN CASIO, LIV, 17, 4-5; cf. SUETONIO, *Aug.*, 45, 5.
[20] SUETONIO, *Aug.*, 43-45.
[21] *Res Gestae*, 22.

que no quieres por más tiempo
juntar tu caudal al suyo.
¿Qué motivó tal suceso?
¿Por qué, por qué, Proculeya,
te arrojas a aquese extremo?
Nada me dices, mas yo
por tí lo diré muy luego:
era pretor tu marido,
y debía el nuevo empleo
cien mil sestercios costarle
en los Megalenses juegos,
calculando no muy bajo
su arrojo y desprendimiento.
Veinte mil más costaría
la fiesta que diera al pueblo;
por lo tanto, Proculeya,
no veo divorcio en eso,
pero sí una economía
de muchísimo provecho.» [22]

Los príncipes, cada vez con mayor frecuencia, tuvieron que ayudar a los magistrados o suplirlos en la onerosa obligación de brindar espectáculos al pueblo. En este sentido, cada César se esforzaba por superar a su antecesor, para que no pudiera decirse que los espectáculos de su reinado eran menos brillantes que los de los emperadores precedentes. Si se exceptúa a Tiberio —ese republicano coronado cuya incurable misantropía le alejaba tanto del vulgo como de la nobleza—, todos los emperadores ampliaron a porfía el programa de los juegos tradicionales, alargándolos a veces hasta la caída del sol y aumentando su atractivo mediante la adición de una infinidad de espectáculos extraordinarios. Ni los más avaros osaron eludir esos gastos. En tiempo de Claudio, que era parsimonioso, los juegos romanos costaron 760.000 sestercios; y los juegos Apolinarios, cuyo fundador sufragó años antes con sólo 3.000 sestercios, exigieron 350.000 [23]. Durante el gobierno del advenedizo Vespasiano, hijo de un escribiente, cuya reputación de verrugo está sólida y merecidamente establecida, comenzaron a levantarse los muros del anfiteatro Flavio, al cual la enormidad de sus dimensiones, más aun que la proximidad de la colosal estatua del Sol, le valió el nombre de «Coliseo». En esa alocada carrera de ofrecer espectáculos y de derrochar dinero, los más discretos

[22] MARCIAL, X, 41.

[23] Cifras dadas por los *Fasti Antiates* para el año 51 después de Jesucristo; cf. *C. I. L.*, I², p. 248.

alcanzaron a los peores; y el más fastuoso, el más desaforado en esto fué quizá Trajano, modelo de emperadores, *optimus princeps,* que llevaba en sus títulos el enunciado de una perfección digna de Júpiter. En realidad, como lo ha comprendido Dión Casio, «el talentoso monarca jamás dejó de prestar atención a las representaciones del teatro, del circo y de la arena, porque sabía muy bien que la excelencia de un gobierno se revela tanto en el cuidado de los problemas serios como en el cuidado de los esparcimientos, y comprendía que, si bien las distribuciones de trigo y de dinero placen al individuo, se necesitan espectáculos para contentar a la masa popular.» [24]

Estas últimas palabras nos brindan la clave del problema. La política de los Césares, procurando divertir a sus súbditos cada vez más intensamente, estaba inspirada por los mismos principios que han regido siempre y rigen todavía el gobierno de las masas. Idénticos principios han sido aplicados en nuestros días: en Alemania mediante la *Kraft durch Freude,* en Italia por la obra de *Dopo Lavoro,* en Francia por los servicios del *Ministère des Loisirs.* Pero estas realizaciones contemporáneas ni siquiera se aproximan a las de la Roma imperial. Gracias a ellas, el Imperio preservó su existencia, garantizó el orden de una capital superpoblada y aseguró la paz y la tranquilidad de más de un millón de almas. Y el apogeo de su grandeza, a principios del siglo segundo después de Jesucristo, coincide con el máximo esplendor de sus carreras y juegos, de sus representaciones teatrales, de los combates reales o simulados de sus arenas y de los concursos literarios y musicales de sus *agones.*

3. Las Carreras

Los juegos por antonomasia eran los del circo *(circenses),* que se realizaban siempre dentro de los edificios a los que deben su nombre. Los circos *(circi),* construídos expresamente para los *ludi circenses,* tenían dimensiones varias, pero su planta era siempre la misma: un rectángulo alargado cuyos lados menores se encorvaban en hemiciclo. El circo de Flaminio, erigido en 221 antes de nuestra era por el censor Flaminio Nepote en el lugar que hoy ocupa el palacio Caetani, medía 400 metros de largo por 260 metros de ancho. El circo de Gayo, que Calígula levantó en el Vaticano, y cuyo obelisco central adorna en lo presente la plaza de San Pedro, tenía 180 metros de largo por 90 de ancho. Pero el más antiguo y el más vasto de todos era el Gran Circo o *Circus Maximus,* que sirvió de modelo a los otros dos. La naturaleza, en cierto modo, habíalo planeado de antemano en la depresión del *Vallis Murcia,* comprendido entre el Palatino, al sud, y

[24] Dión Casio, LXVI. 10.

el Aventino, al norte, sitio en la actualidad utilizado para las hueras exhibiciones de la Roma fascista.

En su origen, la pista estuvo formada por el fondo del valle, cuyo suelo blando y esponjoso amortiguaba las caídas. La concurrencia se ubicaba en las faldas de las dos colinas adyacentes, que servían de *cavea*. Limitaban la pista dos postes de madera o metas *(metæ)*; la más occidental de éstas, la *meta prima*, se levantaba delante del foso destinado a guardar el altar subterráneo del dios Conso, que sólo se descubría durante los juegos. En 329 antes de Jesucristo se construyeron por primera vez, frente y al oeste de la *meta prima*, algunas cocheras o caballerizas *(carceres)*, consistentes largo tiempo en simples barracas de quitapón [25]. En esa fecha, o poco después, las dos *metæ* fueron unidas por un terraplén longitudinal, en el que los romanos vieron una suerte de «espinazo» de la arena, por lo cual le bautizaron con el nombre de *spina*. Para romper su monotonía se colocaron sobre el malecón las estatuas de algunas divinidades que se suponían propicias a los torneos, tales como Polencia, la «Fuerza brillante», que fué accidentalmente derribada en 189 antes de nuestra era [26]. Más tarde, en 174 antes de Cristo, se completó el adorno de la espina con los *septem ova*, enormes huevos de madera cuyos movimientos servían para ir contando las vueltas de cada carrera. Pero hubo que aguardar el último siglo antes y el primero después de Jesucristo para ver al Circo Máximo adquirir gradualmente la monumental grandeza que asombró a los antiguos y de la cual la arqueología no ha hallado sino los despojos.

Con el objeto de asegurar la protección de los espectadores en los juegos que ofreció en 55 antes de nuestra era, Pompeyo hizo rodear con una barra de hierro la arena, donde debían luchar veinte elefantes contra gétulos armados. Pero, con gran espanto de los asistentes, la verja cedió en más de un lugar al empuje de los paquidermos enfurecidos [27]; y César, en 46 antes de Jesucristo, para impedir que se repitiera el pánico, amplió la arena al este y al oeste, circuyéndola además de un foso lleno de agua: el Euripo [28]. Al mismo tiempo rehizo o construyó *carceres* de toba y talló gradas sobre las laderas de las colinas laterales para dar cabida a 150.000 espectadores cómodamente sentados [29]. Su hijo adoptivo debía completar su obra. De acuerdo con Octavio, Agripa,

[25] TITO LIVIO, VIII, 20, 21; cf. ENNIO, fr. 47, Vahlen (CICERÓN, *De div.*, I, 108).

[26] TITO LIVIO, XXXIX, 7, 8.

[27] PLINIO, *N. H.*, VIII, 20-21.

[28] SUETONIO, *Caes.*, 39.

[29] PLINIO, *N. H.*, XXXVI, 102, dice 250.000. Pero esta es sin duda la capacidad que tenía el circo en su época, después de las ampliaciones efectuadas por Nerón. En tiempo de Augusto, DIONISIO DE HALACARNASO, III, 68, cuenta solamente 150.000 localidades.

en 33 antes de Jesucristo, perfeccionó el «marcador» del circo colocando sobre la espina, alternados con los *septem ova*, siete delfines de bronce que giraban cada vez que los corredores daban una vuelta a la pista [30]. Más tarde, Augusto hizo traer de Heliópolis el obelisco de Ramsés II —que hoy se encuentra en la «Piazza del Popolo»— para ser plantado en el centro de la espina. Arriba de la *cavea*, sobre el costado de Palatino, el mismo Augusto hizo construir para él, su familia y sus invitados un palco real (*pulvinar*), que mencionan sus *Res Gestæ*. Desde el comienzo del Imperio, el *pulvinar* mostró a los romanos, subyugados por tanta majestad, un primer esbozo del futuro *kathisma* de los *basileis* en el hipódromo de Constantinopla [31].

Los primeros asientos de piedra parecen haber sido los instalados para uso de los senadores por el emperador Claudio, quien al propio tiempo reemplazó las *metæ* de madera con postes de bronce dorado y los *carceres* de toba con *carceres* de mármol [32]. Cuando Nerón tuvo que reconstruir el Circo Máximo después del incendio del año 64, dispuso nuevos asientos de piedra, esta vez para los caballeros, y amplió la pista terraplenando el Euripo. Asimismo aumentó la capacidad de la *cavea*, que fué provista de nuevas graderías, y de la *spina*, en lo sucesivo bastante ancha como para contener varios estanques, en los cuales caían los chorros de agua que durante las representaciones vomitaban los delfines: *delphines Neptuno vomunt* [33]. Finalmente, Domiciano y luego Trajano pusieron término a la ampliación de la *cavea*, el primero con piedras procedentes de la demolición de la naumaquia contigua a la Cada Dorada, el segundo excavando nuevas porciones de las colinas laterales. Este último trabajo, elogiado por Plinio el Joven en su *Panegírico*, aumentó en 5.000 el número de los asientos [34].

En tiempo de Trajano, el *Circus Maximus* alcanzó las colosales dimensiones (600 metros de largo por 200 de ancho) y las formas arquitectónicas que se mantendrían invariables hasta su destrucción definitiva [35]. Sus lados menores, encorvados en hemiciclo, presentaban defuera tres arcadas revestidas de mármol y sobrepuestas como las del Coliseo. Bajo las arcadas atendían al público, en sus respectivas tiendas,

[30] PLINIO, *N. H.*, XXXVI, 71.

[31] Cf. *Res Gestæ*, 19. El *pulvinar* también se menciona en una carta de Augusto a Livia, SUETONIO, *Claud.*, 4. Consultar, además, CASIODORO, *Var.*, III, 51, 4.

[32] SUETONIO, *Claud.*, 31.

[33] TERTULIANO, *De Spect.*, 8; cf. DIÓN CASIO, LIV, 17, y CALP. *Ecl.*, VII, 49-53.

[34] SUETONIO, *Dom.*, 5, y PLINIO EL JOVEN, *Pan.*, 51, 5; cf. ed. Durry, *h. l.* e *introd.*, p. 13; cf., *C. I. L.*, VI, 955. LUGLI, *Monumenti antichi di Roma*, p. 391, ha llegado, por otro camino, al mismo resultado.

[35] La descripción que sigue está tomada de la notable noticia del *Top. Diction.* de PLATNER-ASHBY.

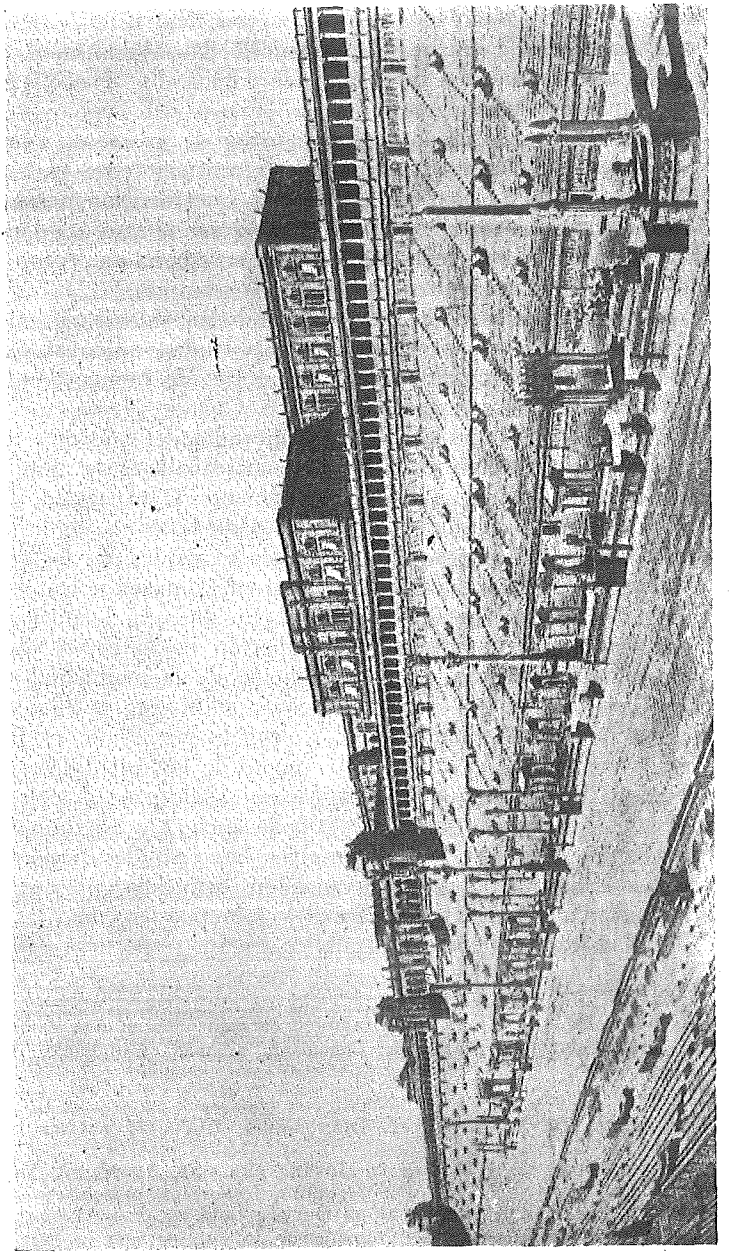


Fig. 160. — El Circo Máximo. (Reconstrucción de Spadoni).

taberneros, figoneros, pasteleros, astrólogos y prostitutas. En el interior, la pista había sido recubierta de una capa de arena, en la que brillaban aquí y allá pepitas de metal. Pero lo que más sorprendía era la inmensidad de la *cavea,* extendida sobre la falda del Palatino, debajo del *pulvinar* del emperador, y, frente a éste, a lo largo del Aventino. La *cavea* tenía tres graderías. La primera serie de gradas, en la parte inferior, estaba compuesta de asientos de piedra; la segunda, de asientos de madera; la tercera, en lo alto, parece que sólo ofrecía comodidades para estar de pie. Los *Regionarios* del siglo IV dan un total de 385.000 localidades; mas quizá sea preciso disminuir un tanto este dato exagerado. Sea lo que fuere, debemos atenernos a los 255.000 asientos que resultan del testimonio de Plinio el Antiguo para la época flaviana y de la adición atribuída a Trajano por Plinio el Joven. Aun así reducida, la cifra desconcierta por su enormidad. Como en Berlín el Estadio Olímpico, el Circo Máximo, en los días de carreras, parecía él solo una ciudad efímera y monstruosa injertada en el centro de la Ciudad Eterna.

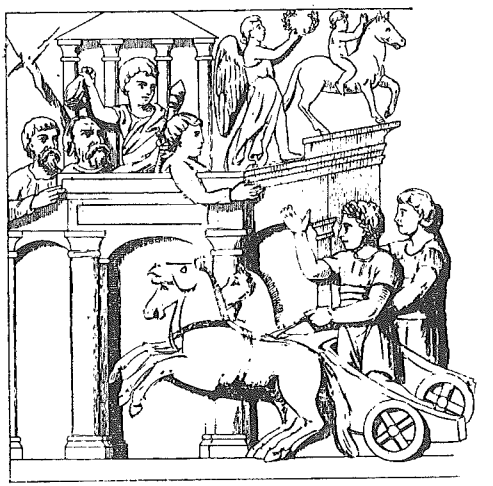


Fig. 161. — El palco del «editor spectaculi». (Museo Pío Clementino, Roma).

Todos los detalles de la formidable estructura contribuían a adaptar el edificio a su destino. Cerraba el extremo oriental de la pista, hacia el monte Celio, una construcción interrumpida por un arco de triunfo de tres vanos —consagrado por el Senado y el pueblo, en 81 después de Jesucristo, a la victoria de Tito sobre los Judíos—, bajo el cual desfilaba la procesión de la *Pompa Circensis.* La extremidad occidental de la pista, hacia el Velabro, estaba cerrada por una construcción en cuya planta baja se ubicaban doce *carceres,* donde caballos y carros aguardaban el momento de alinearse sobre la raya blanca de la partida; arriba de los *carceres* abríase la tribuna reservada al magistrado presidente de los juegos y a su imponente séquito. Las carreras se desarrollaban en torno a la espina, que medía 214 metros de largo. Una vuelta completa representaba un trayecto de 568 metros; y el ancho variable de la arena —87 metros en la *meta prima,* sólo 84 en

la *meta secunda*— acentuaba la dificultad y el riesgo de las competiciones.

La multitud romana gustaba con pasión de los espectáculos circenses, en los cuales circunstancias de toda índole se aunaban para picar la curiosidad y mover el entusiasmo popular: el bullicio de la compacta muchedumbre, la grandeza inverosímil del escenario, el estrecho contacto de hombres y hembras que lucían sus mejores galas, el misterioso encanto de las viejas ceremonias religiosas, la presencia real del augusto emperador y los atractivos propios de los juegos: los obstáculos a dominar, los peligros a eludir y las proezas a realizar para vencer, los accidentes imprevistos de cada carrera, la viril belleza de los cojudos, la riqueza de sus jaeces, la perfección de su domadura, la resistencia de los carros y, por encima de todo, la agilidad y el arrojo de los aurigas.

A medida que el circo había ido acreciendo su tamaño y perfeccionando sus instalaciones, también los juegos habían ido aumentando en número y en variedad. No sólo cada *ludus* había ampliado su programa, pero también los juegos de un día de duración habían sido paulatinamente desalojados por otros que ocupaban siete, nueve y hasta quince jornadas consecutivas. Una carrera comportaba obligatoriamente siete vueltas de pista [36]. Mas el número de carreras disputadas en cada reunión circense fué creciendo desde la época de la República hasta la del Imperio y, durante el Imperio, de un reinado a otro. En tiempo de Augusto sólo se corría una docena de carreras por día. El número subió a 34 en la época de Calígula [37], a 100 en la de los Flavios. Por temor de que resultara imposible terminar el programa antes del anochecer, Domiciano redujo de siete a cinco el número de vueltas invariablemente obligatorio de cada competición [38]. Calculemos: cinco vueltas *(spatia)* por carrera *(missus)* hacen cinco veces 569 metros, o sea 2.840 metros. ¡Cien *missus* cubren 284 kilómetros! Si se hace entrar en la cuenta un descanso que se tomaba a mediodía, así como los intervalos que necesariamente separaban los *missus* entre sí, se convendrá en que una función de circo se extendía desde el alba hasta la puesta del sol, y aun así apenas bastaba para el desarrollo completo del programa.

Pero los romanos se mostraban insaciables, y, por otra parte, la variedad del *ludus* prevenía el hartazgo. El interés de las simples carreras de caballos era aumentado con el aditamento de las más arriesgadas acrobacias. Unas veces los «jockeys» conducían dos caballos a

[36] Para más detalles consultar el artículo *Circus*, de SAGLIO, en el *D. A.*, artículo basado principalmente en el admirable capítulo de Friedländer.

[37] SUETONIO, *Cal.*, 18.

[38] SUETONIO, *Dom.*, 4.

Fig. 162. — Cónsul dando la señal de partida de una carrera. (Palacio de los Conservadores, Roma).

la vez y debían saltar de uno a otro: eran los *desultores;* otras veces tenían que ejecutar sobre sus monturas ejercicios de armas y simulacros de combates; en otras ocasiones debían mantenerse a horcajadas, arrodillados y acostados a todo el correr de sus caballos; y en otras, recoger del suelo, sin apearse, un trozo de tela colocado sobre la pista, o salvar, en un bote prodigioso, un carro arrastrado por cuatro caballos. También había variedad en las carreras de carros. A veces los carros eran tirados por dos caballos *(bigæ),* otras por tres *(trigæ),* casi siempre por cuatro *(quadrigæ)* y más raramente por seis, ocho o diez *(decemiuges).* Cada carrera veíase realzada por la solemnidad de su comienzo. La señal de partida era dada por el magistrado presidente de los juegos —cónsul, pretor o edil—, que arrojaba en la arena, desde lo alto de su tribuna, una sabanilla blanca. El gesto era imponente, y el grave personaje constituía por sí solo un espectáculo. Sobre su túnica, escarlata como la de Júpiter, habíase vestido una bordada toga de Tiro, «amplia como un telón». Estatua viviente, sostenía en la mano un cetro de marfil «terminado en un águila explayada», y llevaba sobre la erguida testa una corona de hojas de oro de tan enorme peso, «que un esclavo colocado a su vera debía sostenérsela.» [39]

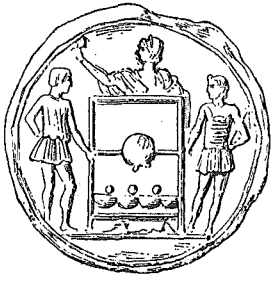


Fig. 163. — Dos aurigas presencian el sorteo del sitio que deberán ocupar sobre la raya de partida. (Disco de marfil; cf. D. A., fig. 1531).

A los pies del presidente, los carros, antes de iniciarse la pugna, habían ido a ocupar sobre la raya de partida el sitio señalado por sorteo. Cada uno de ellos defendía el honor del bando o *factio* a que pertenecía. Las *factiones* habíanse fundado para subvenir a los cuantiosos gastos que demandaban la selección y el adiestramiento de los competidores —bestias y hombres—, gastos que no siempre lograban compensar las primas pagadas a los vencedores por los magistrados presidentes y a menudo aumentadas por la generosidad del príncipe. Si es dudoso y discutible, dadas las dimensiones de la pista, que hayan podido correr más de cuatro cuadrigas a la vez, es cosa averiguada y segura que habitualmente disputaban el premio sólo cuatro *factiones,* las cuales casi siempre, a lo menos a partir del siglo segundo de nuestra era, se asociaban entre sí: por un lado, los Blancos *(factio albata)* con los Verdes *(factio prasina);* frente a éstos, los Azules *(factio veneta)* con los Rojos *(factio russata).* Las caballerizas de los cuatro bandos estaban en la Región IX; los Rojos parece que tuvieron su campo de adiestramiento en el lugar

[39] JUVENAL,, X, 36-40.

que hoy ocupa el palacio Farnesio [40]. Cada *factio*, además de los aurigas *(aurigæ, agitatotes)*, que percibían crecidos sueldos, mantenía un numeroso personal de instructores y adiestradores *(doctores* y *magistri)*, de veterinarios *(medici)*, sastres *(sarcinatores)*, guarnicioneros *(sellarii)*, caballerizos *(conditores)*, palafreneros *(succonditores)*, peones que pensaban, abrevaban y cuidaban las bestias en los *carceres (spartores)* y hasta *iubilatores* cuya misión era excitar con sus gritos la energía de la caballada.

Mientras los caballos piafaban, un ramo en la cabeza, la cola levantada por apretadísimo nudo, las crines sembradas de perlas, el pecho cuajado de medallones y amuletos, llevando puesta al cuello una flexible collera y una cinta del color de su bando, el auriga era el blanco

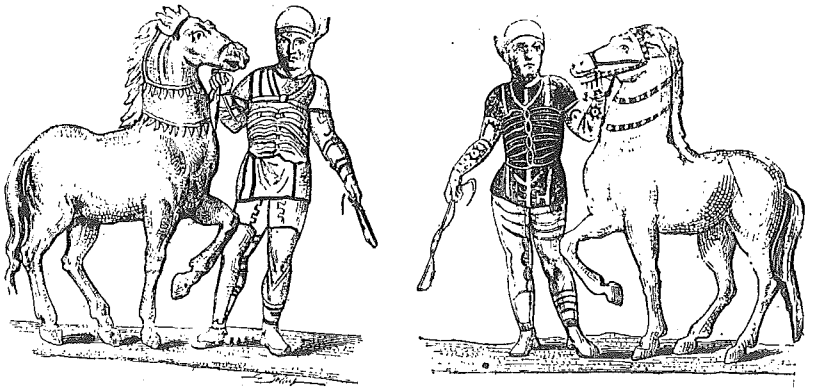


Fig. 164.—**Dos facciones del circo, representada cada una por un auriga y un caballo.** (Mosaico de la Escuela de Bellas Artes de París).

de todas las miradas. Allí estaba el ídolo, de pie sobre su carro, rodeado de solícitos sirvientes, el casco en la cabeza, látigo en mano, bandas protectoras ciñiendo sus pantorrillas y sus muslos, vestido de una casaca del color de su *factio* y el cuerpo rodeado por las riendas, que en caso de accidente cortaba con el puñal suspendido a su flanco.

El público estaba arrebatado, suspenso, atónito y pasmado aun antes del comienzo de la carrera. Cada uno miraba y remiraba con duda y esperanza el carro de sus preferencias. En la colmada *cavea*, hombres y mujeres, confundidos y apretados entre sí, comentaban y discutían sus pronósticos con ardorosa animación. Carreras a un lado, esta multitud bulliciosa, distribuída en sus asientos por el azar de las entradas,

[40] Así se desprende verosímilmente de los sondeos efectuados por G. Chédanne en 1886. Consultar sobre este punto el capítulo I del libro de DE NAVENNE, *Le Palais Farnèse et les Farnèse*. Cf. también el artículo de LE BLANT publicado en los *Mélanges de Rome*, año 1886.

no dejaba de tener su encanto para las casaderas que andaban a caza de marido y para los tenorios en busca de aventuras. En los días de la República, ocurrió durante los juegos que una hermosa divorciada, Valeria, hermana del orador Hortensio, arrancando un hilo de la toga de Sila con el deseo de participar así de su infalible fortuna, conquistó el último amor del dictador; y, en la época imperial, Ovidio aconsejará a sus discípulos en el arte amar la frecuentación del circo, donde se presentan tantas ocasiones en las amables pláticas que preceden a las carreras y, después, en el ardor que éstas comunican [41].

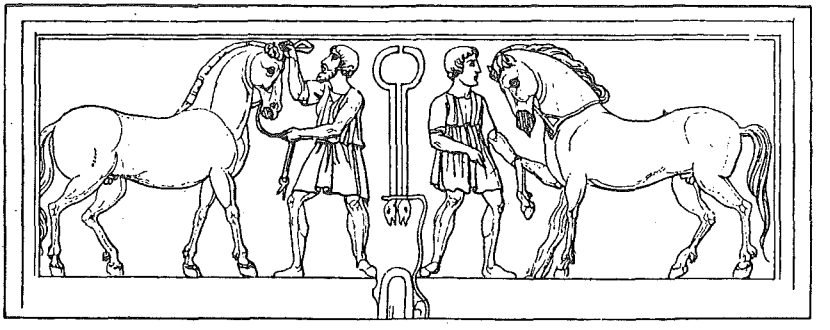


Fig. 165. — **Caballerizos («conditores»).** (Relieve galo-romano; cf. MILLIN, *Voyage dans le midi de la France*, pl. 31).

Ardor que se apoderaba del público tan pronto como el polvo comenzaba a volar bajo las ruedas de los carros, y no le abandonaba hasta el término de la última vuelta. Las peripecias de la carrera hacían jadear a los espectadores de confianza y de temor, de incertidumbre y de pasión. ¡Qué zozobra ante el menor obstáculo! ¡Qué júbilo cuando las metas eran salvadas sin tropiezo! Si el carro doblaba la meta describiendo una curva muy cerrada, se exponía a estrellarse contra el poste. Si trazaba una curva demasiado abierta, no sólo perdía terreno, pero además podía ser chocado por el carro que volaba tras él, de modo que de esta suerte también corría peligro de «naufragar», como entonces se decía. Los *agitatores* estaban sometidos a un doble y violento esfuerzo: hacia adelante, para excitar y guiar sus caballos; hacia atrás, para evitar el choque del carro que trataba de pasarlo. ¡Qué alivio para el auriga cuando alcanzaba el fin de la carrera después de haber evitado diez veces el escollo de las metas, después de haber mantenido o conquistado su puesto a pesar de las dificultades de la pista y de las tretas de sus rivales! Las inscripciones que conmemoran sus victorias no omiten un solo detalle de las circunstancias que rodearon sus triun-

[41] OVIDIO, *A. A.*, I, 135-164.

fos: se mantuvo a la cabeza y ganó, *occupavit et vicit;* pasó del segundo puesto al primero y venció, *successit et vicit;* fué el rezagado en quien ya nadie reparaba, mas, en un supremo esfuerzo, sobrepujó a todos y venció, *erupit et vicit.* Los vencedores son saludados por una tempestad de aclamaciones, y la muchedumbre envuelve en su entusiasmo a los aurigas y sus bestias.

Compradas en los acaballaderos de Italia, Grecia, África y sobre todo de España, domadas a los tres años, dadas a conocer en el circo a los cinco años, las bestias de carrera comprendían a la vez las yeguas, que de ordinario se enganchaban a la lanza, y los machos, generalmente sólo uncidos con tiros. Cada animal poseía su «pedigree», su historia circense, su tabla de triunfos y su fama popular tan ancha y grandiosa, que corría de boca en boca hasta los confines del imperio, tan perdurable y sólida, que su eco ha llegado hasta nosotros. Los nombres de los caballos más célebres se escribían en el reborde de las lámparas que fabricaban los alfareros [42] y en los pavimentos de mosaico descubiertos en varias casas provincianas, como por ejemplo en las termas de Numidia, cuyo propietario, Pompeyano, ha confesado su predilección por el caballo Polidoxo: «¡Triunfes o no triunfes, te amamos, Polidoxo! *Vincas, non vincas, te amamus, Polydoxe!*» [43] Esos nombres se leen todavía grabados en la piedra que inmortaliza el recuerdo del caballo Tusco, que ganó 386 veces el premio [44], o del caballo Víctor, que justificó 429 veces su nombre de buen augurio [45]; o bien buriladas en las placas de bronce que sus derrotados adversarios cargaban de maldiciones y arrojaban en el fondo de las tumbas, donde se han conservado, para que las divinidades infernales se encargaran de vengarlos [46].

Fig. 166. — Caballo de carrera. (Fragmento del mosaico de Pompeyano, hallado en Numidia, con la inscripción: «¡Triunfes o no triunfes, te amamos, Polidoxo!»).

[42] *C. I. L.*, XV, 6.250.

[43] Sobre este mosaico de los baños de Pompeyano, actualmente destruído, cf. *Rec. de Constantine*, 1880, III, y *D, A.*, I, figura 1198.

[44] *C. I. L.*, VI, 10.048; DESSAU, 5.287.

[45] WILMANNS, 2.600, 2.

[46] Consultar la tesis de A. AUDOLLENT, *Tabellae defixionum*, nº 15 y 159.

También los aurigas conocían la gloria y sus aledaños. Aunque fuesen de baja extracción —y casi todos eran esclavos a quienes había manumitido la repetición de sus éxitos— veíanse relevados de su humilde linaje por el renombre de que gozaban y por las fortunas de que disponían. Fortunas rápidamente amasadas con las primas que recibían de los magistrados o del príncipe y con los exorbitantes salarios que los aurigas exigían de los *domini factionum* para no desertar de sus colores [47]. A fines del siglo I y en la primera mitad del II después de Jesucristo, Roma se enorgullecía de la presencia de esas estrellas del circo, a quienes la Ciudad llamaba *miliarii,* no porque fueran multimillonarios, sino porque habían triunfado a lo menos en mil carreras: Escorpo, 1.043 victorias; Pompeyo Epafrodito, 1.467; Pompeyo Muscloso, 3.559; y Diocles, en fin, quien, habiendo obtenido 3.000 victorias en carreras de bigas y 1.462 en carreras de cuadrigas o de mayor número de caballos, tuvo la prudencia, hacia 150 antes de Jesucristo, de retirarse de la arena

Fig. 167. — Auriga vencedor. (Museo Pío-Clementino, Roma).

[47] JUVENAL, VI, 112-114; y MARCIAL, IV, 67 y X, 74.

con una fortuna de 35.000.000 de sestercios[48]. Friedländer ha comparado esas hazañas y ganancias con las de algunos «jockeys» de Epsom de fines del siglo XIX: Wood, muerto multimillonario a los veintinueve años de edad; Fred Archer, que, en seis años de carreras, obtuvo 1.172 premios y 60.000 libras esterlinas. Pero, aunque iguales a los modernos por el número de triunfos y por la fabulosa remuneración de sus actividades, los «jockeys» de la antigüedad romana superaron a los de nuestra era en prestigio y en honor.

Lejos de merecer reprobación, sus travesuras, calaveradas y extravagancias eran celebradas por toda la Ciudad; y si un buen día, por ejemplo, esos niños mimados resolvían, para divertirse, zurrar o aun desvalijar a un transeúnte, la policía encogíase de hombros[49]. Sus retratos adornaban profusamente las paredes de las calles, los departamentos de las *insulæ* y las *tabernæ* de los comerciantes; y, como escribe Marcial, el áureo naso del famoso Escorpo relucía por doquier:

Aureus ut Scorpi nasus ubique micet[50].

Su nombre estaba en todos los labios[51], y si uno de esos héroes moría, los poetas de la corte, habituados a rendir elogios al emperador, no creían desdoroso dedicar a la memoria del auriga difunto algún patético y dolorido adiós:

«¡Oh! ¡rompa la Victoria desolada
sus palmas idumeas! ¡Hiere, hiere,
oh Favor, sin piedad tu nudo pecho!
¡Honor, reviste luctüosa veste!
¡Oh Gloria, lanza al fuego las coronas
que ciñen tu cabello! ¡Oh, qué gran crimen!
¡En tu florida edad, Escorpo, mueres,
y vas a uncir con tan ligera planta
del Tártaro los negros pisadores!
¿Por qué con tanta rapidez pasaste
la meta de tu vida, cual tu carro
los límites del circo rebasaba?»[52]

La extraordinaria consideración de que los aurigas eran objeto en Roma se explica evidentemente por las dotes personales que en ellos

[48] Cf. DESSAU, t. II, pp. 322-345; *C. I. L.*, VI, 10.048; FRIEDLÄNDER, *Darstellungen aus der Sittengeschichte Roms in der Zeit von August bis zum Ausgang der Antonine*, II, 28-29 y IV, 179-196, Leipzig, 1921.

[49] Ver, entre otros casos, SUETONIO, *Nero*, 16.

[50] MARCIAL, V, 25, 10.

[51] MARCIAL, XI, 1.

[52] MARCIAL, X, 50.

exigía su difícil profesión: resistencia, fuerza, arrojo, destreza y serenidad; por el rigoroso adiestramiento a que habían estado sometidos desde la infancia; por los peligros inherentes a su oficio, esos sangrientos *naufragia* que arrostraban con la faz sonriente y en los que a menudo sucumbían en la flor de la edad: Tusco, después de cincuenta y seis victorias, a los veinticuatro años; Crescens, a los veintidós, después de haber ganado 1.600.000 sestercios; Marco Aurelio Molicio, después de ciento veinticinco victorias, a los veinte años [53]. Pero la fuerza de los sentimientos que los aurigas inspiraban a todo un pueblo se alimentaba en fuentes menos puras. Nacía sobre todo de la pasión por el juego, que hallaba campo propicio en las carreras, donde los «jockeys» reinaban como amos absolutos. Los *aurigæ* o *agitatores* eran los héroes y los árbitros de los espectáculos circenses, y éstos, a su vez, eran inseparables de la *sponsio*, es decir, de las apuestas. «Se hacen apuestas sobre quién ha de ser el vencedor», notaba ya Ovidio en su descripción del Gran Circo en un día de carreras [54]. Y Marcial aconseja a su libro recién publicado: «Para conquistar lectores espera a que la gente se haya cansado de apostar a Escorpo o a Incitato.» [55] «Es muy lógico que los jóvenes gusten del circo —declara Juvenal—; los gritos, las atrevidas apuestas, la presencia de hermosas hembras, todo esto es propio de su edad.» [56]

La victoria de un carro enriquecía a unos y arruinaba a otros; pero el atractivo de las ganancias procuradas por el azar dominaba a todos, tanto más cuanto que la multitud romana se componía en su mayor parte de desocupados. En los colores de una caballeriza, en la *factio* de su preferencia, los ricos arriesgaban sus fortunas y los pobres hasta el fondo de sus espórtulas. Allí estaba la causa de las explosiones de alegría ruidosa y de contenida cólera en el momento de proclamarse al vencedor. Allí el secreto de los elogios a voces y de las imprecaciones entre dientes alrededor de los caballos y aurigas de más grande fama. Allí el motivo, para calmar los disgustos demasiado vivos y prevenir riñas y tumultos, del banquete *(epulum)* servido al finalizar el espectáculo y, durante los juegos, de las *sparsiones* y los *missilia*, esas lluvias de golosinas, de bolsos con dinero, de bonos por un navío, una quinta, una casa, que, por voluntad de Agripa, de Nerón y de Domiciano, caían sobre los espectadores del circo, proporcionando a los más listos y ágiles una compensación y un consuelo [57]. En fin, en esa pasión desaforada

[53] Cf. *C. I. L.*, VI, 33.950; 10.050; 10.049.
[54] OVIDIO, *A. A.*, I, 147.
[55] MARCIAL, XI, 1, 9-16.
[56] JUVENAL, XI, 193-202.
[57] Ver, en el *D. A.*, el notable artículo *Missilia*, de P. FABIA. Sobre los *epula* de la época objeto de nuestro estudio, cf. ESTACIO, *Sil.*, I, 6, y SUETONIO, *Dom.*, 4.

por el juego se halla la clave de la increíble parcialidad que mostraban muchos romanos a favor o en contra de tal o cual *factio;* parcialidad tremenda que se revela hasta en algunos emperadores, como Vitelio, que hizo ejecutar a los rivales de sus «Azules», y como Caracalla, que condenó a muerte a los aurigas de los «Verdes».

Sin duda, en la época que estamos estudiando, ni Trajano ni Adriano se manchan con esta criminal locura; y poco tiempo falta para que Marco Aurelio, el emperador filósofo, se felicite de su indiferencia por los *ludi* [58]. Pero la mayoría de sus súbditos se halla dominada por la pasión del juego, y hasta los mejores emperadores sacan ventajas de

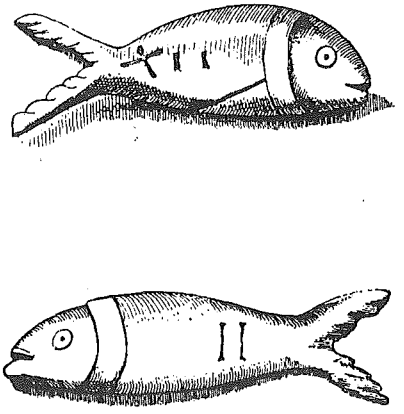


Fig. 168. — «Missilia». El bono de arriba vale por doce peces; el de abajo, por dos. (Colección Kestner, Brunswick).

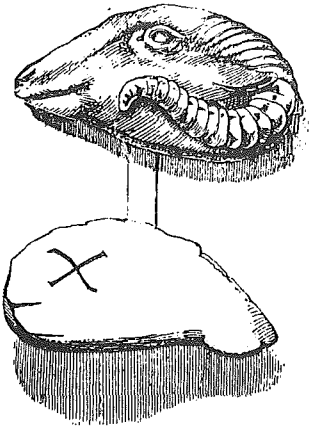


Fig. 169. — Bono usado en las «s. ars ones» del circo. Vale por diez carneros. (Colección Kestner, Brunswick).

ese insensato vasallaje. Las emociones que antes el pueblo hallaba en la política, ahora las encuentra en las carreras. Sus entusiasmos, preocupaciones y preferencias han pasado del Foro al Circo, cuyas *factiones* reemplazan a los antiguos partidos. Este cambio es síntoma evidente de una decadencia moral, y se comprende que de él se dolieran el patriótico orgullo de un Juvenal y la elevada sabiduría de un Marco Aurelio. Pero es, al propio tiempo, un canal que permite desviar prudentemente el torrente de las pasiones que siempre agitan a las masas. Además, hay que reconocer que los emperadores supieron aprovecharlo en beneficio de la tranquilidad y de la paz del pueblo.

[58] MARCO AURELIO, I, 5. Cf. un desdén análogo en PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, IX. 6.

[59] TOUTAIN, en el *D. A.*, III, p. 1.372 ha contado diecisiete días de circo contra cincuenta y cinco de teatro.

[60] Consultar las discretas observaciones de O. NAVARRE en el *D. A.*, V, p. 203.

4. El Teatro

Al decir de ciertos eruditos, los grandes ciclos de juegos comprendieron en la época republicana más representaciones teatrales que carreras [59]. En realidad, es muy difícil, si no imposible, establecer un límite preciso entre ambas clases de espectáculos [60]; pero aun admitiendo el predominio inicial del teatro sobre el circo, es indiscutible que en la época del Imperio se trocaron los papeles. En la Roma imperial, los *circenses* gozaron de mayor popularidad que las tragedias, comedias y otros tipos de drama que substituyeron a éstas. Plinio el Joven, que nada dice de la afición de sus contemporáneos por el teatro, deplora la poderosa fuerza con que el circo atrae «no solamente al populacho, sino también a hombres distinguidos y graves. Cuando pienso que no se cansan de ver con el mismo gusto y asiduidad cosas tan vanas y frías y que con tanta frecuencia se repiten, encuentro secreto placer en ser insensible a tales bagatelas.» [61] Si en su época las carreras se habían granjeado en esa forma las preferencias de las clases elevadas, se imagina sin dificultad la atracción que debían ejercer sobre el hombre de la calle, cuyos mayores deseos se reducían a poseer una renta suficiente para asegurarse la propiedad de dos esclavos robustos que, llevándole sobre sus hombros, le permitieran, hasta el fin de su vida, «tomar asiento sin peligro en el circo tumultuoso» [62]. Y Trajano seguramente interpretó el deseo de la gran mayoría de sus súbditos cuando en el año 112, para gratificarlos con algunos *ludi* extraordinarios, sufragó los gastos del circo durante treinta días consecutivos y del teatro sólo durante una quincena [63]. Cierto es que los *Fastos de Ostia,* a los que debemos la noticia, agregan que las representaciones teatrales se dieron en tres escenarios a la vez; pero, por grandes que hayan sido los teatros, es seguro que el público de los tres juntos cabía cinco veces en la *cavea* del Circo Máximo.

El hemiciclo del teatro de Pompeyo —erigido en 55 antes de Jesucristo al noroeste del circo Flaminio, allí donde las curvas de la «Piazza di Grotta Pinta» dibujan aún su planta— medía 160 metros de diámetro y era capaz de 40.000 *loca,* lo que reduce probablemente a 27.000 el número de localidades sentadas [64]. El hemiciclo del teatro de Balbo,

[61] Plinio el Joven, *Ep.,* IX, 6, 3.

[62] Juvenal, IX, 142-144.

[63] Texto publicado por M. Calza en el *Bollettino dell'Associazione internazionale degli studi Mediterranei,* 1932, fasc. 4, pp. 26-27. He comentado ese texto en *C. R. Ac. Inscr.,* año 1932, pp. 363-364.

[64] Para más detalles y justificación de lo dicho, consultar los artículos del *Top. Diction.* de Platner-Ashby y la obra de Lugli, *I Monumenti antichi di Roma,* I, pp. 346 y 391. Lugli está de acuerdo con Ashby en considerar que cada uno de los *loca* contados por los *Regionarios* equivale a un pie cuadrado, mientras que el espacio mínimo exigido por un espectador sentado es de un pie y medio cuadrado (44 centímetros).

construído en 13 antes de Jesucristo al pie del actual «Monte dei Cenci», sólo comprendía 11.510 *loca*, es decir, 7.700 asientos. Y estaba, por último, el teatro de Marcelo, cuyos restos se levantan hoy junto al palacio Sermoneta y han podido ser prolijamente estudiados gracias a las importantes excavaciones practicadas en la «Via del Mare». Proyectado por los arquitectos de Julio César y concluído en 11 de nuestra era por los de Augusto, su imponente hemiciclo de travertino, de 150 metros de diámetro, tenía espacio para 20.500 *loca*, o sea 14.000 asientos. En resolución, los tres teatros podían dar asilo, a lo sumo, a un total de 60.000 espectadores. Cifra insignificante si se la compara con las

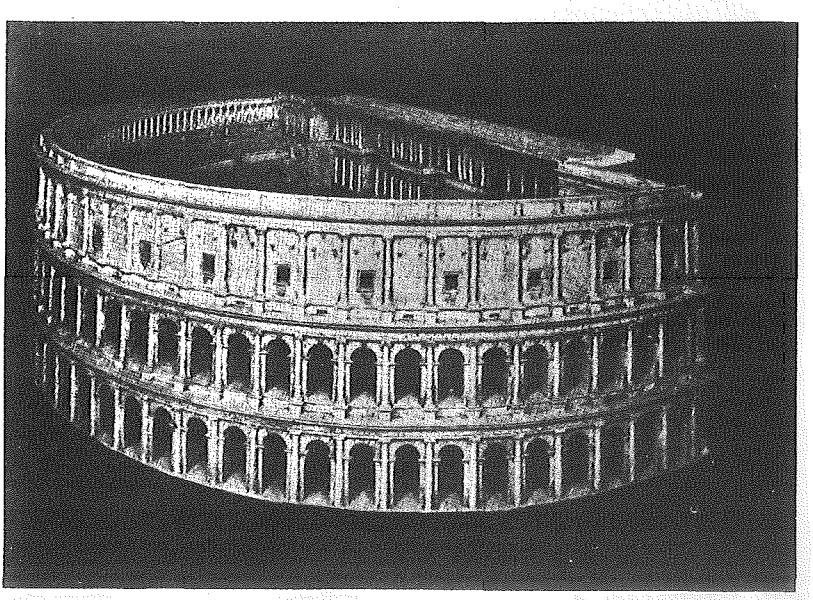


Fig. 170. — **Maqueta del Teatro de Marcelo.** (Mostra Augustea della Romanità).

255.000 localidades del Circo Máximo, pero prodigiosa al lado de las que expresan la capacidad de los más vastos teatros del mundo contemporáneo: la Ópera de París, con 2.156 localidades; el San Carlos de Nápoles, con 2.900; la Scala de Milán, con 3.600; y aun el Colón de Buenos Aires, con 5.000 localidades. El más pequeño de los teatros de la Roma imperial era dos veces más grande que el más amplio de los teatros americanos; y la sola consideración de sus dimensiones demuestra que, aunque menos imperiosa que la pasión por las carreras, la afición por el teatro era entre los romanos muy notable. Para satisfacerla, los monarcas fomentaron la construcción de teatros de piedra,

que resultaron tanto más costosos cuanto que su uso fué relativamente limitado. En efecto, la temporada teatral, intercalada entre los *ludi Megalenses* y los *ludi Plebei*, sólo duraba desde abril hasta noviembre [65],

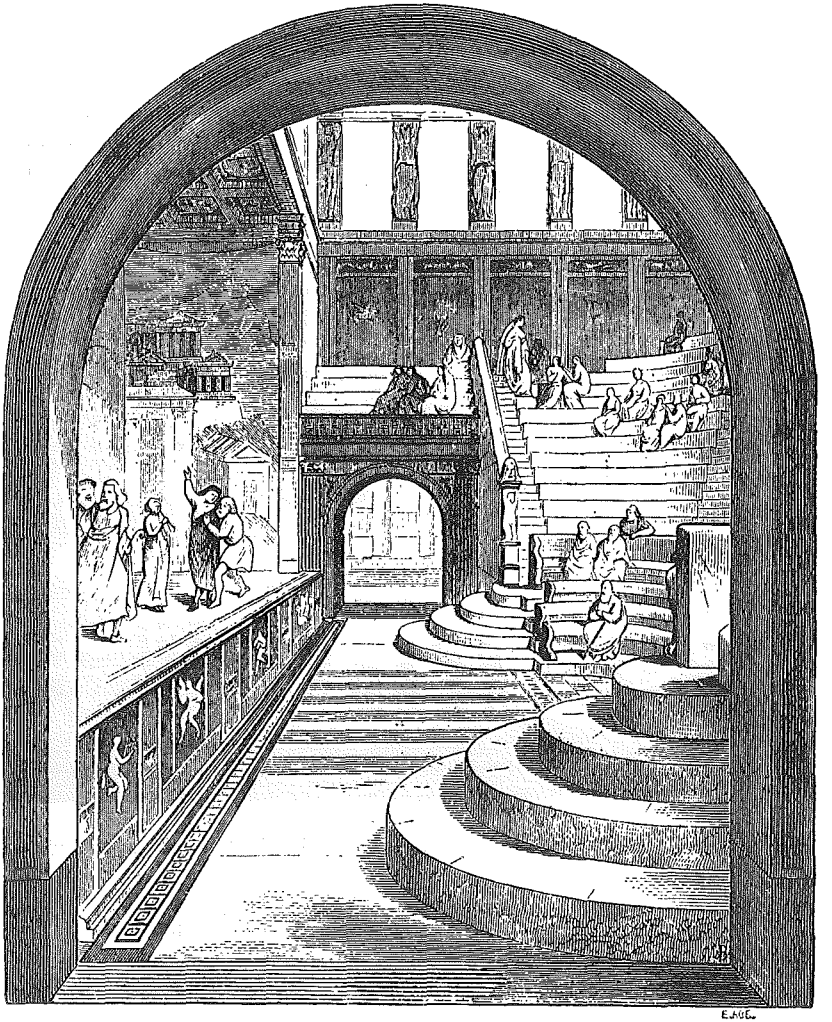


Fig. 171. — El teatro menor de Pompeya. (Reconstrucción de Strack).

y, durante este reducido período, las representaciones no se realizaban nada más que durante contados días. Asimismo debe señalarse que la

[65] JUVENAL, VI, 67.

inclinación de los romanos por el arte dramática no fué siempre igualmente intensa; pero no obstante su rápida decadencia, ella sobrevivió al Imperio, puesto que el teatro de Pompeyo, restaurado durante los reinados de Domiciano, Diocleciano y Honorio, fuélo en último término por orden del rey ostrogodo Teodorico, entre los años 507 y 511 de nuestra era.

A primera vista puede parecer plausible esta persistencia de la vocación del pueblo latino hacia un arte que por sí sola bastaría para la gloria de la antigua Grecia, y que ilustraron en Roma los nombres de Accio y de Pacuvio y las obras de un Plauto y de un Terencio. Pero, en realidad, lo que había ocurrido con los atenienses se repitió con los romanos. Después que la *Urbs* hubo levantado teatros permanentes, todo el mundo por ella regido se cubrió a su imagen de edificios semejantes, que surgieron no solamente en Italia y Galia, sino también en Licia, Panfilia y Sabrata de Tripolitania. Mas cuando se erigieron esos templos a la Dramática, el arte a que estaban consagrados hallábase en camino de expirar, como si su existencia hubiera sido incompatible con el advenimiento de las masas. Seguían celebrándose concursos dramáticos, pero éstos servían ahora no para enriquecer el género, sino para provocar conflictos y hasta sangrientas gresca entre los directores de las compañías teatrales *(domini gregis)*. La producción estaba agotada. Las últimas tragedias escritas para ser representadas, el *Tiestes* de Vario y la *Medea* de Ovidio, no son posteriores al reinado de Augusto; y tampoco se citan nuevas comedias después de las de Lucio Pomponio Baso, que vivió en tiempo de Claudio. Desde la época de Nerón, los literatos que insistían en componer obras dramáticas se contentaban con leerlas en los *auditoria* ante un grupo de amigos escritores, como hacía Séneca con sus tragedias.

Desde las postrimerías del siglo primero antes de nuestra era se representaron en los teatros, casi exclusivamente, piezas del antiguo repertorio. Además, en los gigantescos hemiciclos al aire libre, con la confusión y los rumores de una concurrencia inmensa, ningún espectador podía seguir una delicada intriga en verso. Sólo estaban en condiciones de entender las palabras y los gestos de los actores aquellos que conocían la obra de antemano por haberla leído o visto representar varias veces; las someras indicaciones del prólogo refrescaban su memoria al iniciarse el espectáculo, y luego, ya en plena función, una serie de signos invariables y convencionales orientaban su entendimiento. El color pardo o blanco de las máscaras cómicas y trágicas identificaban respectivamente el sexo masculino o femenino de los personajes; mientras que los vestidos llevados a la griega o a la romana denunciaban la nacionalidad y la posición social de las *dramatis personæ*: blancos para los ancianos, policromos para los jóvenes, amarillos para las rame-

ras, purpúreos para los ricos, rojos para los pobres, una túnica corta para los esclavos, una clámide para los soldados, un palio arrollado para los parásitos y abigarrado para los alcahuetes.

Pero el espectáculo perdía todo interés en esas ficciones estereotipadas, y el público, que sólo tenía que recordar lo que antes había visto o bien renunciaba por completo a comprender, concentraba su atención en la mímica de los actores y en los adornos del escenario. El teatro romano se había hecho demasiado grande para el arte dramática, y ésta acabó perdiendo las formas clásicas que la caracterizaban desde hacía tres siglos. La dramática no murió, mas para seguir viviendo tuvo que someterse a una serie de transformaciones radicales, que terminaron por expulsarla de la literatura.

A fines del siglo primero de nuestra era, probablemente bajo la influencia del teatro helenístico [66], ya se había cumplido la segunda y última etapa de la evolución que convirtió la tragedia en ópera primero y finalmente en «ballet». Desde sus orígenes, el texto de las tragedias romanas habíase dividido en partes dialogadas *(diverbia)* y en recitados y cantos *(cantica)*. El obtuso público romano gustaba de los *cantica,* que rompían, a su entender, la monotonía de la obra. Los directores teatrales del período republicano habían subido los coros de la orquesta al escenario con el propósito de darles mayor participación en el desarrollo de la obra, y los del Imperio no vacilaron en incorporar definitiva y completamente los coros a la acción, con peligro de ahogar el drama en las fantasmagorías del decorado y en el hechizo del lirismo musical. Para satisfacer los gustos del público, cortaban sin piedad el texto de las piezas tradicionales que ponían en escena, procurando siempre reducir el diálogo a la mínima expresión, de suerte que, después de sus tijeretazos, una tragedia quedaba convertida en una sucesión de pausas líricas *(cantica)* más o menos hábilmente unidas por los exiguos restos del parlamento. Imaginemos el *Cid* de Corneille reducido a sus estancias y la *Athalie* de Racine a sus coros, y tendremos una idea de la metamorfosis sufrida por el género dramático en los escenarios de la Roma imperial.

Naturalmente, los más famosos de esos *cantica,* transmitidos de generación en generación, eran conocidos por todos los romanos. En los funerales de César, la multitud entonó los del *Armorium iudicium* de Pacuvio, que parecían haber sido compuestos dos siglos antes ex profeso para traducir su dolor: «¿Los he salvado sólo para que me perdiesen?

[66] Sobre el origen helenístico, probablemente alejandrino, de la pantomima, cf., en último término, LOUIS ROBERT, *Pantomimen im griechischen Orient,* en *Hermes,* 1930, pp. 109-110.

Men' servasse ut essent qui me perderent?» [67]

Y sabido es que Británico se valió de un *canticum* para burlar la treta con que Nerón quiso confundirle durante las saturnales de 55 después de Jesucristo. Al finalizar un banquete que el emperador ofrecía a un grupo de sus más íntimos y libertinos amigotes, Nerón ordenó al joven Británico que se colocara en el centro del salón y cantara lo que quisiera. En lugar de callarse o de vomitar las obscenidades que sin duda los invitados esperaban o hubieran recitado en su lugar, Británico entonó un poema apropiado a su infortunio, puesto que el héroe en cuya boca se ponían esos versos había sido despojado del trono paterno y de su condición real. Era, como lo ha dicho Justo Lipsio, el *canticum* de la *Andrómaca* de Ennio, cuyos más hermosos acentos se han conservado en las *Tusculanas* de Cicerón:

O Pater! O Patria! O Priami domus! [68]

El efecto de esta declamación fué irresistible, y hasta en la mesa del emperador produjo «una emoción tanto más sincera cuanto que la noche y el alcohol habían quitado a los comensales el deseo de fingir.» [69]

Es la misma emoción que provocaban en la multitud los *cantica* de las representaciones teatrales. Modulando las canciones que desde la infancia habían conmovido o arrullado a los oyentes, sosteniéndolas con la polifonía de los instrumentos, acentuándolas con las formas deslumbradoras de un escenario magníficamente decorado, sobre todo animándolas con las entonaciones patéticas y la solemne gesticulación del cantor, el espectáculo sacaba al público de su apatía y, con una fuerza multiplicada por la presencia de millares de hombres y mujeres que rememoraban y vibraban al unísono, despertaba en la concurrencia un eco que la enardecía o la apaciguaba, terminando por comunicar a su alma el vigor y la dulzura confortantes de los sentimientos imperecederos. Salido de la incomparable tragedia griega, el drama romano yacía hecho pedazos sobre los mármoles de los escenarios imperiales; pero la «ópera» nacida de sus despojos todavía continuaba suscitando, en accesos súbitos y pasajeros, la noble embriaguez del alma que antaño provocara la audición de las antiguas obras maestras.

Ahora bien, por un deslizamiento fatal, la ópera romana perdió los pocos elementos que aun la unían con la verdadera poesía. En todo tiempo la ley del género había exigido que el actor de los *cantica* fuese un solista [70]. Los *cantica* se compusieron cada vez más ajustados a las

[67] SUETONIO, *Caes.*, 84.
[68] CICERÓN, *Tusc.*, III, 44; ENNIO, fr. V, Vahlen.
[69] TÁCITO, *Ann.*, XIII, 15.
[70] DIOMEDES, p. 491 Keil.

cualidades de «primer actor», sobre quien recaían la responsabilidad y los honores de la representación. A su alrededor bastaba una comparsa: los *pyrricharii,* que se meneaban al compás marcado por el actor; los *symphoniaci,* que le daban la réplica y repetían sus motivos; los instrumentistas de la orquesta, que unas veces le suplían y otras le acompañaban: citaristas, trompetas, cimbaleros, flautistas y tocadores de acordeón *(scabellarii).* Todos éstos no eran sino los satélites del astro, que llenaba el escenario con sus manoteos y el teatro con su voz. El solista encarnaba toda la acción, cantaba, gesticulaba, danzaba y se revolvía. A costa de un severo régimen, en el que estaban proscritos los alimentos y las bebidas ácidas, y que le obligaba a ingerir vomitivos y purgantes tan pronto como un ligero aumento de peso ponía en peligro su «línea», prolongaba su juventud y mantenía el garbo de su silueta; y, fiel a la más odiosa de las disciplinas, repetía sin descanso los ejercicios que conservaban el vigor de sus músculos, la elasticidad de sus articulaciones y el volumen y encanto de su voz [71]. Hábil en personificar todos los tipos humanos y divinos habidos y por haber, capaz de representar todas las situaciones imaginables, este «primer actor» se ha convertido en «pantomimo», es decir, el personaje cuyas imitaciones abarcan la naturaleza entera y que hasta crea una segunda naturaleza con el poder de su fantasía.

Así, a pesar de que la ley continúa llamándole «histrión» y declarándole «infame», este portento del teatro romano es a menudo el héroe del día y el ídolo de las mujeres. En tiempo de Augusto, el pantomimo Pilades colmó la Ciudad con su renombre, sus pretensiones y sus disputas. Durante el reinado de Tiberio, la multitud, discutiendo sobre los méritos de los pantomimos que entonces se dividían el favor popular, pasó de las palabras a los gritos y de los gritos a los golpes, armándose tan furibunda gresca, que varios soldados, un centurión y un tribuno quedaron muertos en las calles [72]. Nerón, que envidiaba la celebridad de los pantomimos, vióse sin embargo obligado a dictar contra ellos un decreto de destierro, para poner fin a los derramamientos de sangre que causaban sus rivalidades. Pero ni el emperador ni sus súbditos podían ya vivir sin ellos, y, habiéndolos llamado después de haberlos proscripto, admitiólos en la intimidad de su corte: primer ejemplo de ese fanatismo que Tácito ha criticado mordazmente con el nombre de *histrionalis favor* [73], esa idolatría incurable y contagiosa como una enfermedad *(morbus)* [74], a raíz de la cual, a fines del siglo primero, la emperatriz Domicia se rendirá a las caricias del pantomimo Paris.

[71] CICERÓN, I, 59, 251; SUETONIO, *Nero,* 20.
[72] TÁCITO, *Ann.,* I, 77; cf. SUETONIO, *Tib.,* 37.
[73] TÁCITO, *Dial. de or.,* 29; cf. *Ann.,* XIII, 25 y XIV, 21.
[74] SÉNECA, *Controv.,* III, pr.

No puede negarse que entre esos ídolos del pueblo romano hubo algunos artistas eminentes. Por ejemplo, Pilades I, en los días de Augusto, ennobleció sin duda la pantomima, género dramático por él introducido en Roma. Varias anécdotas dan testimonio de su inteligencia y de su discreción. Un día que su discípulo y émulo, el pantomimo Hilas, ensayaba ante el maestro el papel de Edipo, mostrando grande aplomo y entereza, Pilades se le aproximó y le dijo sencillamente: «Hilas, recuerda que eres ciego». En otra ocasión, Hilas representaba en público una pantomima cuyo verso final decía en griego: «el gran Agamenón» (τὸν μέγαν' Αγαμέμνονα). Deseando dar mayor vigor a estas palabras y aun expresarlas con el cuerpo, Hilas se empinó cuan largo era. Pilades, desde la grada de la *cavea* donde estaba sentado como simple espectador, no pudo contenerse y le gritó: «¡Vamos, hombre, que tú lo haces alto y no grande!» El público, que pescó al vuelo la observación, le obligó a subir al escenario para ejecutar la misma pantomima; y cuando Pilades llegó al pasaje cuya interpretación había criticado, el actor adoptó, sin otro artificio, la actitud de un hombre que medita profundamente, porque lo propio de un gran jefe es pensar por todos y por cada uno de sus subordinados [75]. Pilades a lo menos tenía el sentido de la belleza, de esa pura belleza que huye de las exageraciones y se alimenta de la realidad.

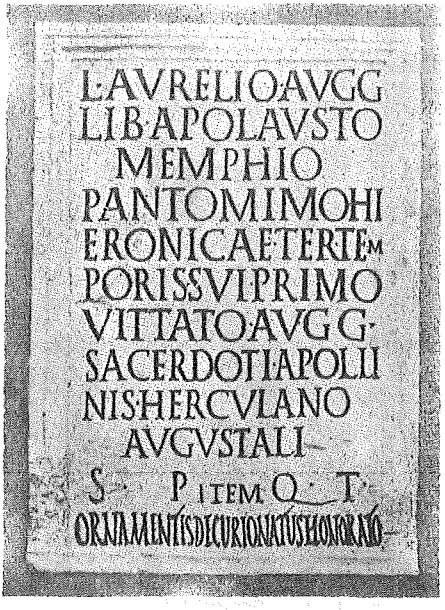


Fig. 172. — Inscripción del célebre pantomimo Lucio Aurelio Apolausto Menfio. (Museo Nacional de Roma).

Sus sucesores no fueron dignos de él. La mayor parte renunció a sobresalir por igual en el canto y en la danza. En los orígenes de la tragedia romana habíase visto a Livio Andrónico, que representaba sus propias obras, dejar de declamar, porque las exigencias del público habían apagado su voz, limitándose entonces a hacer los gestos corres-

[75] MACROBIO, *Sat.*, II, 7, 16.

pondientes a su papel, mientras un cantor recitaba los versos al son de flautas [76]. De igual modo, casi todos los pantomimos de la época de Domiciano y de Trajano no quisieron ser nada más que bailarines, dejando al coro el cuidado de entonar los *cantica,* que el actor interpretaba con sus pasos, sus actitudes y sus gestos. Lo mismo que el canto había llegado a dominar la tragedia, la música se sometió a la

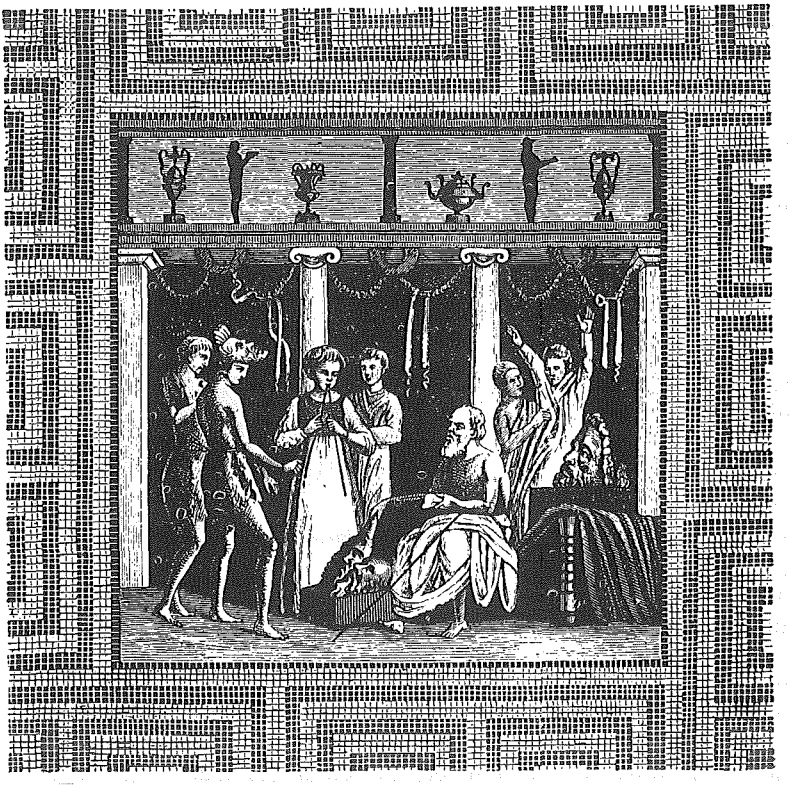


Fig. 173. — **Pantomimos ejercitándose delante del maestro.** (Mosaico del Museo de Nápoles).

danza, y en lo sucesivo el talento de los pantomimos sólo se puso de manifiesto en el lenguaje mudo de sus muecas y mudanzas. Excepto la voz, todo hablaba en ellos: la cabeza, los hombros, las rodillas, las piernas, pero sobre todo las manos. Esa elocuencia manual ha arrancado un grito de admiración al grave Quintiliano: «Sus manos —dice el famoso rétor— solicitan y prometen, llaman y despiden; traducen

[76] VALERIO MÁXIMO, II, 4, 4; TITO LIVIO, VII, 2.

el horror, la zozobra, el júbilo, la tristeza y la duda; expresan autorización y arrepentimiento, recato y abandono, cantidad y tiempo. Excitan y enervan. Imploran y aprueban. Tienen un poder de imitación que suple las palabras. Para evocar la enfermedad, remedan al médico que toma el pulso, y para dar la idea de música, mueven los dedos como tañendo una lira.»[77] En el siglo segundo de nuestra era, el pantomimo ha alcanzado tan prodigiosa maestría, que, sin el auxilio de la palabra, es capaz, como en el *Festín de Tiestes* que presenció Luciano, de representar sucesivamente, con gran aplauso del público al que no se le escapa ninguna de sus intenciones, a Atreo y Tiestes, a Egisto y Aeropea [78].

Terpsícore es por cierto una de las musas; y, después de haber leído a Paul Valéry, no es posible negar la poética magia de la danza. Con el flujo y reflujo de sus saltos caprichosos, pero concertados, irrita y apacigua el océano de las pasiones humanas, y, en instantes divinos la danza reproduce, por la flexibilidad de sus líneas sonoras y tornadizas, la armonía misma del Universo entero. Pero hay que confesar que las asombrosas transformaciones de Frégoli nada tienen que ver con las sublimes inspiraciones de Terpsícore. En otros términos, es indudable que el arte de la danza pereció ahogada por las extravagantes acrobacias de los pantomimos romanos.

Ante todo, éstos han invertido imprudentemente el orden de los valores. No satisfechos de haber comentado los *cantica* con su mímica, se arrogan el derecho de subordinar aquéllos a ésta. En lugar de servir a la obra de arte, los pantomimos la explotan en su propio beneficio. En el siglo segundo de nuestra era, los directores teatrales, músicos y libretistas no son otra cosa, sino los serviles peones del primer actor. Estímanse felices los poetas cuando un pantomimo les exige gratuitamente una obra, y felicísimos cuando se digna pagarles el libreto —como Paris compró a Estacio su *Agave* [79]—; pero esta felicidad cuesta a los autores su libertad creadora. Los pantomimos dan la ley, reglan el aparato escénico, dictan los versos, indican la música y escogen los temas según sus virtudes y defectos personales, para hacer destacar las primeras y ocultar los segundos a un público demasiado numeroso para ser selecto, culto y de afinado gusto. Por último, y este es su vicio peor, los pantomimos procuran, cada vez más acentuadamente, no emocionar el corazón ni deleitar con nobleza el alma de la concurrencia, sino deslumbrar la vista y pasmar o enardecer los sentidos. Por eso

[77] QUINTILIANO, XI, 3, 86-88.

[78] Consultar, para esta indicación y las siguientes, LUCIANO, *De Saltatione* (obra compuesta entre 162 y 165 después de Jesucristo; cf. LOUIS ROBERT, *Pantomimen*, cit., p. 120).

[79] JUVENAL, VI, 86-87.

Fig. 174. — **Actor con máscara cómica.** (Vaticano).

sus repertorios se componen casi exclusivamente de dramones truculentos, capaces de hacer temblar a un cid, y de obras libidinosas de subido color, con las que les resulta fácil y seguro halagar a un auditorio muy pronto cómplice de su erotismo premeditado. A la primera categoría pertenecen —según las noticias transmitidas por Luciano—: el terrible *Festín de Tiestes;* la *Agave,* demente y asesina de su hijo, que más arriba hemos citado; la *Niobe,* enloquecida de dolor entre sus doce hijos cruelmente asesinados; los *Furores* de la leyenda épica o de la mitología: el *Furor de Ayax* y el *Furor de Hércules,* donde hasta Pilades, siempre sobrio, exageraba [80]. En cuanto a la segunda, la lista es inagotable. Son los amores desgraciados o pecaminosos de Dido y Eneas, de Venus y Adonis, de Jasón y Medea. Es la sospechosa estadía de Aquiles disfrazado de mujer entre las hijas de Licomedes, en Sciros. Son los incestos abominables, como *Ciniras y Mirra,* historia de los infames amores de un padre con su hija, cuya primera representación, nos enseña Josefo, se realizó la víspera del asesinato de Calígula [81]. O las siniestras pasiones de *Procnea y Tereo*: el rijoso Tereo, esposo de Procnea, viola a su cuñada Filomena y le corta la lengua para asegurar su silencio; pero su criminal prevención resulta vana, porque Filomena cuenta por escrito su deshonra a Procnea, la cual, ciega de ira, mata al hijo que había tenido de Tereo, y descuartizado se lo presenta en la mesa al padre. O el incesto de los hermanos *Macaris y Canacea,* puesto en escena por el propio Nerón en una de sus escandalosas exhibiciones [82]; el emperador no tuvo escrúpulos en representar el papel de Canacea, papel ingrato si los hay, pues la heroína paría en el escenario y Eolo arrojaba el engendro a sus podencos. Finalmente, la sodomía de *Parsifæ,* dejándose cubrir por un toro en el laberinto de Creta.

Semejantes temas debían forzosamente embrutecer o corromper a los espectadores, que temblaban estremecidos por el terror, o sentían, con turbador deleite, deslizarse en sus venas el fuego de la lujuria. Las pantomimas horripilantes helaban de espanto a las mujeres. En cambio, los contoneos lascivos picaban su salacidad:

> «Cuando el muelle Batilo
> baila la leda pantomima, enciende
> a Tuccia fuego súbito, suspira
> Apula, y aun Timele inmóvil mira;
> ¡Timele, la inocente, que allí aprende
> la primera lección! . . .» [83]

[80] MACROBIO, *loc. cit.*
[81] JOSEFO, *Ant.*, XIX, 1, 13.
[82] SUETONIO, *Nero,* 46.
[83] JUVENAL, VI, 63-66.

En estas condiciones, se comprende que Trajano por respeto a su sagrada investidura, se haya preocupado por prohibir que los histriones, en un teatro entregado por completo a la lubricidad, osaran interrumpir sus danzas obscenas para bailar a su manera el elogio del emperador reinante [84]; a pesar de que malas lenguas decían que Trajano profesaba excesivo cariño a Pilades II, el más grande pantomimo de su tiempo [85]. En resolución, la tragedia, transformándose en ópera, luego en pantomima, terminó por rebajar el teatro romano al nivel de un «music-hall».

Quizá poco menos rápida, la decadencia de la comedia no fué menos profunda. En el siglo segundo después de Jesucristo, el público romano aun continuaba asistiendo a las representaciones de Plauto y de Terencio, pero más lo hacía en homenaje a la tradición que por legítimo placer. Dice agudamente Roberto Paribeni que los romanos se habían alejado de la tragedia, porque, «a sus paladares habituados a picantes salsas», *Edipo en Colona* e *Ifigenia en Tauride* hubieran producido el efecto de «una infusión de manzanilla» [86]. Si esto es exacto, tenemos derecho a suponer que el condimento moderado de *Los Menecmos* o de la *Andria* debía parecerles de intolerable insipidez. Un intento realizado por Batilo, en el siglo de Augusto, para rejuvenecer la comedia mediante la música y la danza, no sobrevivió al dramaturgo. Incapaces de regenerar la comedia, los romanos renunciaron a ella y la substituyeron con el mimo,

Fig. 175. — Escena de comedia. (Bajo relieve del Museo de Nápoles).

[84] PLINIO EL JOVEN, *Pan.*, 54.

[85] DIÓN CASIO, LXVIII, 10.

[86] ROBERTO PARIBENI, *Il teatro durante l'impero romano*, en *Dioniso*, VI (1938), p. 210.

que ya había recogido cálidos aplausos en los teatros de las capitales de los Diádocos. En el siglo primero antes de nuestra era, el mimo fue importado a la *Urbs* y en seguida adaptado a las preferencias y gustos del pueblo latino.

Mimo (en griego μῖμος; en latín *mimus*) es una palabra que designa un tipo especial de pieza dramática y, simultáneamente, al actor que la representa. Es una farsa, una pieza bufa calcada con la mayor exactitud posible sobre la realidad [87]. Es una verdadera «tajada de vida», que se transporta cálida y palpitante al escenario, y cuyo realismo, o si se prefiere, su naturalismo, cada vez más acentuado, asegurará su éxito.

En el mimo estaban abolidas las convenciones. Los actores no usaban máscaras y vestían las mismas ropas que llevaban sus contempo-

Fig. 176. — **Escena de comedia.** (Pintura mural pompeyana. Museo de Nápoles).

ráneos en la Ciudad. Su número variaba con las exigencias de cada pieza. Los personajes femeninos de la obra eran encarnados por mujeres, actrices cuya fama de libertinas hallábase sólidamente sentada desde los días de Cicerón; y cabe recordar que el gran orador, aunque sensible al talento de Arbuscula y al encanto de Citeris, se mostró muy dispuesto a defender, en nombre del derecho consagrado por la costumbre en los municipios, a un burgués de Atina convicto de haber secuestrado a una *mimula* [88]. Los temas de los mimos inspirábanse en los sucesos de la vida diaria, con acentuada preferencia por los episodios más groseros y los personajes más bajos y viles: *a diurna imitatione vilium re-*

[87] ATENEO, I, p. 20. Cf. SÉNECA, *Controv.*, III, *pr.* Sobre el mimo en general, cf. los artículos de G. DALMEYDA y G. BOISSIER, en el *D. A.*, y el de *P. W.*, XV, c. 1743-1760

[88] CICERÓN, *Ad Fam.*, IX, 26; *Ad Attic.*, IV, 15; *Pro Plancio*, 30.

rum et levium personarum [89]. Episodios y personajes adquirían en el mimo un relieve caricaturesco, que casi siempre rayaba, como pronto veremos, en la impudicia y en la atrocidad. También la política servía de argumento, igual que hoy en las *Revues* parisienses. Bajo la República, el mimo fué a menudo un arma de la oposición, y Cicerón veía en sus alusiones una suerte de venganza contra el despotismo de César. Durante el Imperio, el mimo tuvo necesariamente que alistarse en la facción del príncipe, hiriendo con las balas de sus pullas a todos los personajes mal mirados en la Corte. El mimo Vitalis se vanagloriaba de haber sido un campeón en esta suerte de tiro al blanco: «El hombre a quien yo imitaba y que veía su propia figura reproducida en mi persona, se erizaba de horror al ver que yo tenía más de él que él mismo.» [90] En mi opinión, el *Laureolo* de Catulo —el mimo con más frecuencia representado entre los años 30 y 200 después de Jesucristo, puesto en escena en tiempo de Calígula y bien conocido de Tertuliano— no por casualidad, sino con palmar intención política, demostraba, por el fin reservado al protagonista, un bandolero, que bajo los buenos gobiernos los malhechores son inevitablemente castigados y la última palabra pertenece siempre a la justicia.

Fig. 177. — **Un mimo.** (Museo Nacional de Roma).

[89] EVANTHIUS, IV, 1, p. 21 ed. Wessner. Cf. G. BOISSIER, *D. A.*, III, 1.093.
[90] *Anth. Lat.*, 693 Riese.

La concepción del mimo, con su desprecio a lo convencional y su afán simplificador, encerraba sin duda fecundos elementos de renovación; y por lo menos dos autores de mimos de las postrimerías del siglo primero antes de Jesucristo, Décimo Laberio y Publilio Siro, elevaron las obras por ellos mismos escritas y representadas, al nivel de la mejor literatura. Pero cuanto más aumentó la popularidad del mismo, más se redujo la importancia del texto en él. Los grandes mimos que acabo de citar eran, como Molière, autores que ponían en escena sus propios dramas. Estos comediógrafos-comediantes de la época imperial bosquejaban sin mayor cuidado las piezas que ofrecían al público, y luego, en el escenario, durante la función, las modificaban a su gusto y mejor parece, introduciendo en ellas, según la inspiración del momento y el humor de los espectadores, variaciones improvisadas y ocasionales sobre el tema anunciado.

Fig. 178. — Personaje de atelana («dossennus»). (Museo del Louvre).

El mimo hubiera podido aportar a la antigua comedia beneficios análogos a los que la Comedia Francesa ha recibido del llamado teatro libre. Lejos de ello, la suplantó con producciones improvisadas como las representaciones que hoy brindan los titiriteros de feria o los payasos de nuestros circos, obras de un día en las que las palabras tenían tan poca importancia como las leyendas de la pantalla en el desarrollo de las cintas cinematograficas.

En general, la producción cinematográfica de inferior calidad puede hoy dividirse en películas de aventuras y películas de amor. Las primeras nos ofrecen una serie más o menos hilada, más o menos descosida, de robos, asesinatos, asaltos a puñetazos, cuchilladas o tiros de revólver, persecuciones asombrosas, capturas arriesgadas, catástrofes indecibles y salvamentos milagrosos. Las segundas nos prodigan dulcísimos idilios o pasiones incendiarias, pasando, a gusto del consumidor, desde las inocentadas de los candorosos noviazgos hasta el cinismo de los adulterios, desde el sentimentalismo enternecedor y el romanticismo so-

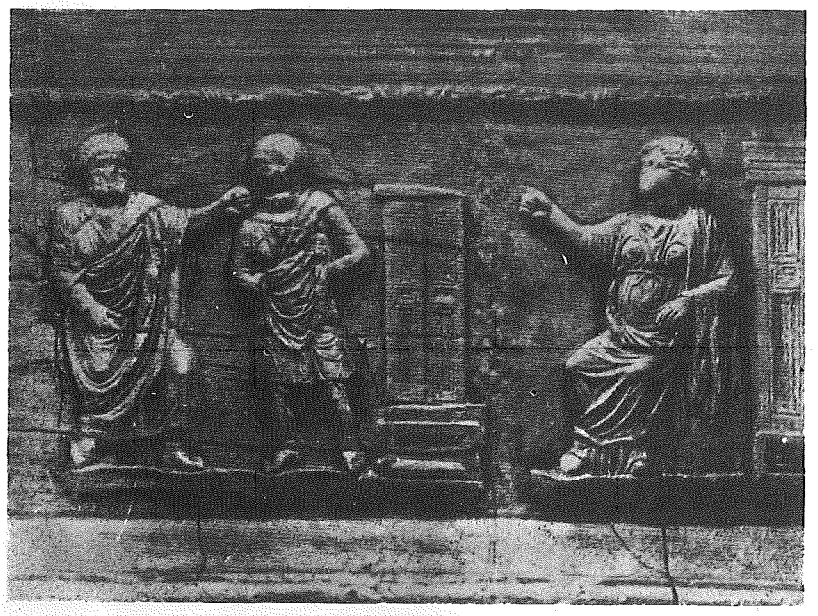


Fig. 179. — Escena de mimo. (Relieve del Teatro de Sabrata).

porífero hasta el libertinaje de los desnudos más desconcertantes y la obscenidad —medida por la duración de los besos hollywoodenses— de las escenas más escabrosas y suculentas. Por cierto que es sorprendente la coincidencia: exactamente los mismos ingredientes entraron, hace dieciocho siglos, en la composición de los mimos romanos. A la sazón, toda la *Urbs* se deleitaba con los mimos de Latino y de Pannículo, que ponían en escena historias de vírgenes forzadas, maridos cornudos y amantes escondidos en un baúl providencial [91]; y en estas obras las actrices, como antaño solamente les fuera permitido en los juegos noctur-

[91] JUVENAL, I, 35 y siguientes; VI, 41 y siguientes.

nos de los *Floralia*, desempeñaban sus papeles en pelota (*ut mimæ nudarentur* [92]), con una impudicia que hacía enrojecer a Marcial [93]. O bien se preferían los mimos terríficos, en que los actores cambiaban insultos atroces y se daban de patadas y trompazos, hasta que el calor de los ánimos convertía la ficción en realidad y la sangre terminaba corriendo a mares. Si el *Laureolo* se mantuvo en la cartelera durante cerca de doscientos años, su aceptación se explica por la ferocidad del protagonista, bandolero, incendiario y asesino, y por el rigor del suplicio que, al concluir la obra, castigaba sus fechorías. Domiciano autorizó para substituir, en la escena final, el primer actor con un condenado a muerte, que expiraba a vista del público en medio de crueles torturas que nada tenían de imaginario: Prometeo a un tiempo irrisorio y lastimoso, desgarrado por los clavos que sujetaban sus palmas y tobillos a la cruz y roído por los colmillos de un oso de Caledonia al que se le entregaba como pasto. Este innoble espectáculo no sublevaba ni a los espectadores vulgares ni a la gente culta de la época: Juvenal se refiere a él en tono indiferente, y Marcial elogia al príncipe que lo ha hecho posible [94]. Así representado, el mimo pareció a los romanos de aquel tiempo alcanzar la cima de la perfección; y, a decir verdad, esa «tajada de vida» cortada de un cuerpo palpitante sobrepujó ampliamente las más siniestras escenas que hoy los trucos de la fotografía permiten realizar al cinematógrafo. Pero, al propio tiempo, el mimo, al llegar a su apogeo, expulsó definitivamente el arte y el humanitarismo del teatro romano, brindando espectáculos de perversión horrenda, que placieron a las masas de la *Urbs* en lugar de asquearlas. Lo cual tiene su cabal explicación: desde largos años antes, las abyectas matanzas del anfiteatro habían viciado sus sentimientos y corrompido sus instintos.

5. El Anfiteatro

Al visitar las arenas romanas después de casi dos mil años de cristianismo, sentimos la impresión de descender al infierno de la an-

[92] Valerio Máximo, II, 10, 8. Uno de los bajos relieves del teatro de Sabrata (cf. Guidi, *Africa Italiana*, III, 1930, p. 1 y siguientes) representa un mimo cuyo título era evidentemente *El juicio de Paris*. A la derecha, Hermes persuade a Paris a que escoja una de las tres diosas. En el centro éstas aparecen vestidas, salvo Venus, que arroja su velo hacia atrás. A la derecha, la escena final, con las tres diosas completamente desnudas.

[93] Marcial, III, 86. A título de excepción, algunos mimos debieron conservar en la época del imperio la forma de las atelanas. Es verosímil que uno de los bajos relieves del teatro de Sabrata —que representa tres personajes, uno de ellos el calvo *stupidus*— se refiera a uno de esos mimos, y quizá sea preciso ver en él el ἀρχαιολόγος cuyo papel ha elucidado Louis Robert, *R. E. G.*, 1936, pp. 235 y siguientes.

[94] Juvenal, VIII, 187 y siguientes; Marcial, *De spect.*, 9.

tigüedad. Para salvar el honor de los romanos desearíamos arrancar del libro de su historia esa hoja que amancilla, con un océano de sangre indeleble, la imagen de aquella civilización magnífica. El anfiteatro merece la más terminante condenación, pero es también digno de estudio, aunque nunca llegaremos a imaginar la espantosa abyección en que debió estar hundido el pueblo de Roma para poder transformar el sacrificio humano, el *munus*, en una fiesta gozosamente celebrada por la ciudad entera, y para preferir, entre todos los esparcimientos que a su alcance tuvo, la carnicería de hombres que eran armados sólo para matar y ser muertos en su presencia. Ya en 164 antes de Jesucristo, el público abandonaba el teatro donde se representaba la *Hecyra* de Terencio para ir a ver un combate de gladiadores. En el siglo primero antes de nuestra era, la plebe había cobrado tal afición a estos espectáculos, que los candidatos trataban de ganar sus votos invitándole a presenciar «juegos gladiatorios»; y, con el objeto de reprimir esta corruptora práctica, el Senado, en 63 antes de Jesucristo, tuvo que aprobar una ley anulando de antemano la elección de magistrados que hubieran ofrecido esa clase de espectáculos dentro del término de dos años inmediatamente anteriores a la votación [95]. Por supuesto, los aspirantes a la monarquía aprovecharon esta afición del pueblo romano para favorecer sus ambiciosos proyectos: Pompeyo llegó a saciar a sus conciudadanos con combates de gladiadores [96]; César renovó su atractivo revistiéndolos de pompa y solemnidad nunca vistas [97]. En fin, los emperadores, fomentando deliberadamente en las muchedumbres esa pasión sangrienta, forjaron en la *gladiatura* el más eficaz y también el más siniestro de sus instrumentos de gobierno.

Augusto fué el primero. Fuera de la Ciudad, Octaviano respetó las disposiciones de las leyes póstumas de Julio César y continuó obligando a los magistrados municipales a ofrecer solamente un *munus* anual [98]; pero en la *Urbs*, el mismo emperador impuso a los pretores el deber de dar anualmente dos *munera*, con un máximo de 120 gladiadores cada uno [99]. En el año 27 después de Jesucristo, Tiberio redujo a 100 el número de los combatientes y estableció que los particulares no podrían ofrecer torneos gladiatorios a menos de poseer una fortuna de 400.000 sestercios [100]. La obligación que tenían los pretores de costear al pueblo estos espectáculos fué transferida por Claudio a los cuestores, magistrados más numerosos; y este mismo prín-

[95] CICERÓN, *In Vatinium*, 37.
[96] CICERÓN, *Ad Fam.*, II, 3, 1.
[97] PLINIO, *N. H.*, XXXIII, 53; PLUTARCO, *Caes.*, 5; SUETONIO, *Caes.*, 10.
[98] *C. I. L.*, I², 594 (*Lex col. Genetivae Iuliae*, c. LXX y LXXI).
[99] DIÓN CASIO, LIV, 2, 4.
[100] TÁCITO, *Ann.*, IV, 63.

cipe volvió a fijar en 120 la cantidad máxima de gladiadores que podía actuar en cada función [101].

Pero la finalidad de los citados mandamientos imperiales era menos frenar la afición gladiatoria de los súbditos que promover el prestigio de los soberanos. En efecto, Augusto reglamentó del modo arriba dicho la *editio* de los *munera* «ordinarios», mas quedó librado a su real voluntad el número de los «extraordinarios», que este príncipe ofreció al pueblo tres veces en su propio nombre y cinco veces en el de sus hijos y nietos [102]. Por el incomparable esplendor de estas exhibiciones, el emperador monopolizó prácticamente el derecho de ofrecer *munera* «extraordinarios», situación que se legalizó más tarde con las prohibiciones formales de los Flavios [103]. De esta suerte, los decretos de Augusto convirtieron los *munera* en el espectáculo imperial por antonomasia, de carácter tan oficial y obligatorio como los *ludi* del teatro y del circo. Al mismo tiempo, el Imperio dotó los combates gladiatorios con grandiosos edificios especialmente adecuados para ellos; edificios cuya forma, más o menos improvisada por la mano del azar y repetida en cientos de ejemplares, es hoy considerada como una original y vigorosa creación de la arquitectura romana: son los anfiteatros.

Hasta Julio César, los *editores* de *munera* habían aceptado la hospitalidad del circo o construído en el Foro empalizadas provisionales que se desarmaban al día siguiente de la función. En 53 ó 52 antes de Jesucristo, Curion el Joven, cuya candidatura al tribunado era secretamente apoyada por César con oro de Galia, resolvió poner en práctica un nuevo sistema de propaganda electoral. Con pretexto de rendir honores a los manes de su recién fallecido padre, anunció que daría al pueblo «juegos escénicos» complementados por un *munus*. En previsión de tan extraordinaria jornada, Curion tuvo la peregrina idea de hacer construir no uno, sino dos teatros de madera, muy espaciosos y de igual tamaño ambos, adosados por los vértices de sus curvas y montados sobre sendos ejes. Durante la mañana, para los «juegos escénicos», los teatros permanecieron en esa posición, espalda con espalda, a fin de que el ruido de una de las representaciones no estorbara la otra. A la tarde, momentos antes de iniciarse el *munus* (y esta distribución del programa indica que la gente, ocupada ordinariamente durante la mañana en sus negocios, prefería privarse de las comedias y no de la *gladiatura*), se vió de pronto a los dos teatros girar sobre sus ejes y unir frente con frente, de modo que sus dos hemiciclos formaron un

[101] SUETONIO, *Claud.*, 24; cf. TÁCITO, *Ann.*, XI, 22.

[102] *Res Gestae*, 22.

[103] TÁCITO, *Hist.*, II, 95, nos enseña que los cónsules del año 70 después de Jesucristo ofrecieron un *munus* extraordinario con motivo del *natalis* de Vitelio. Este es el último de los *munera* extraordinarios costeados por magistrados romanos que registran nuestras fuentes.

inmenso óvalo, al mismo tiempo que los tabiques de sus respectivos escenarios eran retirados para dejar lugar a una sola arena. La maniobra despertó vivamente la curiosidad de la concurrencia, más complacida de participar en esa transformación maravillosa que atenta al peligro que corría. Un siglo más tarde, Plinio el Antiguo aun se mostraba exasperado por la insensata imprudencia de ese público de papanatas: «¡Mirad al pueblo vencedor del mundo y conquistador del universo! ¡Vedle allí, montado en una máquina y aplaudiendo embobecido el peligro que le acecha!» [104] La experiencia era ciertamente de una audacia temeraria; pero de ella iban a salir todas las arenas del mundo.

Cuando César, para celebrar su cuádruple triunfo, ofreció un *munus* a la plebe en 46 antes de Jesucristo, adoptó la disposición del doble teatro ideada por su amigo Curion, aunque prescindiendo de la máquina rotatoria y aplicando la fórmula en una efímera construcción de madera [105]. Más tarde, en la época de Augusto, los romanos levantaron el primer «doble teatro» de piedra y crearon la palabra latina que designó en lo sucesivo este nuevo tipo de monumento: *amphitheatrum*[106]

Cayo Estatilio Tauro, amigo íntimo de Augusto, erigió en Roma, en 29 antes de Jesucristo, al sur del Campo de Marte, el más antiguo de los anfiteatros permanentes, que fué destruído por el fuego en el incendio de 64 de nuestra era [107]. Casi inmediatamente después, los Flavios decidieron reemplazarle con otro de forma semejante, aunque de mayor capacidad. Vespasiano inició la obra; Tito acabó la estructura, Domiciano la decoración. Desde el año 80 después de Jesucristo, ni los temblores de tierra ni las depredaciones del Renacimiento, que utilizó sus bloques en la construcción del palacio de Venecia, del palacio Barberini y del palacio Capitolino, han quebrantado su mole ni disminuído su grandeza. Apenas arañada por la garra del tiempo, su belleza sigue resplandeciendo en el mismo lugar donde comenzó a brillar hace dieciocho siglos y medio: entre la Velia, el Celio y el Esquilino, cerca del coloso del Sol, en el sitio antes ocupado por el lago de la Casa Dorada *(stagnum Neronis)*, que fué expresamente avenado y terraplenado para recibir el edificio. Trátase del anfiteatro Flavio, más conocido desde la Edad Media con el nombre de Coliseo. Desde el año 2 antes

[104] PLINIO EL ANTIGUO, *N. H.*, XXXVI, 118. Sobre los dos Curiones, padre e hijo, consultar mi *César*, p. 690.

[105] DIÓN CASIO, LXIII, 22, 3.

[106] OVIDIO, *Met.*, XI, 25, utiliza todavía la perífrasis: *structum utriusque theatrum*. La palabra *amphitheatrum* aparece por vez primera en VITRUVIO, I, 7, 1; luego en *Res Gestae*, 22.

[107] Consultar, sobre estos monumentos, las noticias del *Top. Diction.* de PLATNER-ASHBY y del *D. A.*; agregar a estos datos, sobre el Coliseo, las excelentes páginas de LUGLI, *I monumenti antichi di Roma*, t. I, pp. 186-200. Sobre el *amphitheatrum castrense* he seguido la opinión de Huelsen, hoy bastante atacada (cf. LUGLI, *op. cit.*, t. III, p. 490).

de Jesucristo, mediante costosos trabajos realizados sobre la orilla derecha del Tíber, Augusto había añadido al anfiteatro de Tauro, apto sólo para lides terrestres, una naumaquia destinada a ofrecer el espectáculo de batallas navales. Amenos bosquetes y jardines rodeaban la naumaquia. Su elipse exterior, cuyos ejes medían 556 y 537 metros, limitaba no ya un espacio de tierra allanada y cubierta de arena, sino un gran lago cortado en el centro por una isla artificial. Si bien la naumaquia de Augusto cubría una superficie casi triple que la del Coliseo, y aunque éste, a lo menos al principio, estuvo dispuesto para servir a voluntad de arena o de naumaquia, pronto el insaciable público romano se manifestó insatisfecho, y Trajano tuvo que construir, uno tras otro, un anfiteatro adicional, el *amphitheatrum Castrense*, no lejos de la actual iglesia de Santa Cruz de Jerusalem, y una naumaquia suplementaria, al noroeste del castillo de San Ángel: la *naumachia Vaticana*. De las dos naumaquias y del *amphitheatrum Castrense* no queda hoy casi nada más que el recuerdo. Pero lo que subsiste del Coliseo basta para explicarnos, en su más perfecto espécimen, la disposición típica de los anfiteatros romanos.

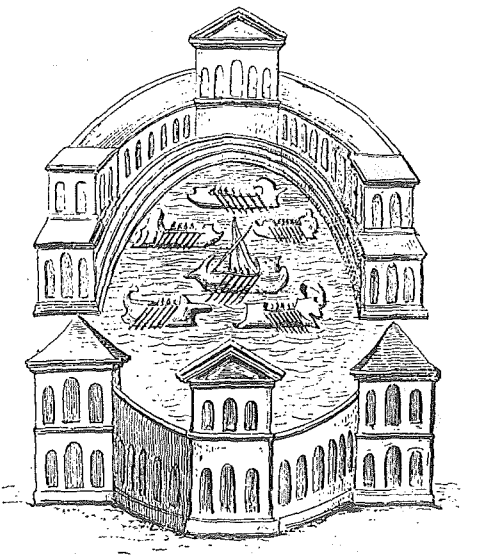


Fig. 180. — Naumaquia. (Según una moneda de Domiciano)

Construído en bloques de travertino duro y compacto extraídos de las canteras de Albula, cerca de Tíbur (la moderna Tivoli), y llevados a Roma por un camino de 6 metros de ancho abierto especialmente para la tarea, el Coliseo forma, sobre dos ejes de 188 y 156 metros, un óvalo muy redondeado de 527 metros de contorno, y eleva sus muros, que abarcan cuatro pisos, a 57 metros de altura. Visiblemente copiados de la rotonda del teatro de Marcelo, los tres primeros pisos están constituídos por tres hileras de arcadas superpuestas, guarnecidas de estatuas en la época del imperio. Los tres pisos sólo difieren entre sí por los órdenes de las columnas adosadas a sus pilastras, que son, respectivamente, dórico, jónico y corintio. El cuarto piso, que falta en el teatro de Marcelo, presenta una pared sin arcos, a la que pilastras semiempotradas dividen en pa-

neles alternativamente atravesados por ventanas y adornados con escudos de bronce. Estos escudos, colocados por Domiciano, no se conservan en la actualidad. En cada uno de los paneles sobresalen tres ménsulas correspondientes a otros tantos agujeros hechos en la cornisa. En las ménsulas apoyábanse las bases de los mástiles a los cuales un destacamento de marineros de la flota de Misena, en los días de sol fuerte, ataba las cuerdas que sostenían un gigantesco toldo *(velum)* destinado a dar sombra a los combatientes de la arena y a los espectadores de la *cavea*. Esta comenzaba a cuatro metros sobre el nivel de

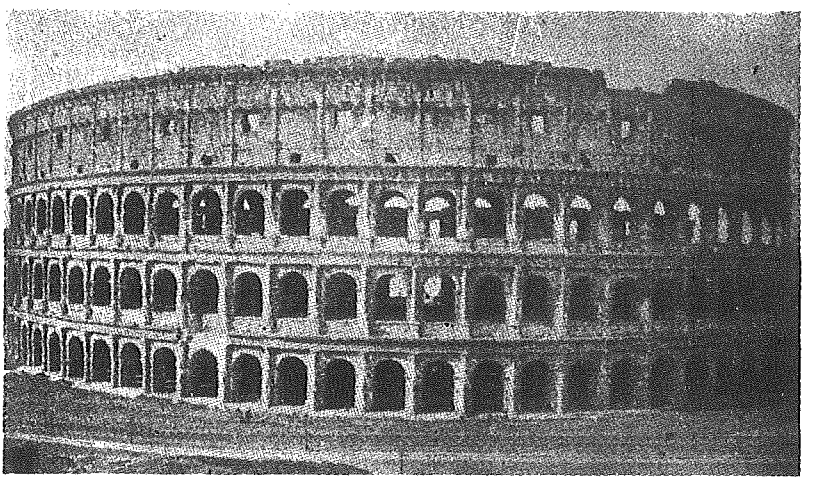


Fig. 181. — Vista exterior del anfiteatro Flavio.

la pista con una plataforma (*podium*) protegida por una baranda de bronce; sobre el *podium* se alineaban los asientos de mármol de los «privilegiados» —iba a escribir los «abonados»—, cuyos nombres han llegado hasta nosotros. Mas arriba escalonábase la gradería destinada al público ordinario, dividida en tres zonas o *mæniana*. Las dos más bajas estaban separadas del *podium* y separadas entre sí por un doble cinturón de *præcinctiones*, o sea corredores circulares horizontales bordeados de muros de pequeña elevación. Verticalmente, estos dos *mæniana* hallábanse divididos por corredores en declive que «vomitaban» en las gradas las olas de espectadores, de donde su nombre de *vomitoria*. La primera zona de gradas comprendía veinte escalones; la segunda, dieciséis. Entre la segunda y la tercera interponíase un muro de cinco metros de altura, horadado de puertas y ventanas. En el tercer *mænianum* tomaban asiento las mujeres, bajo un amplio voladizo sos-

tenido por columnas. Sobre el voladizo se ubicaban, de pie, los peregrinos y los esclavos, quienes, excluídos de la distribución oficial de fichas de entrada o téseras (*tesseræ*), no habían podido conseguir asientos en las graderías.

Mientras los *Regionarios* cuentan en el Coliseo 87.000 *loca*, se calcula en 45.000 el número de localidades sentadas y en 5.000 el número de las localidades de pie. Todavía en lo presente se pueden apreciar en la arquitectura del monumento los ingeniosos medios de que éste disponía para facilitar el ingreso, salida y circulación de tan enorme multitud. De las ochenta arcadas dispuestas alrededor del edificio, las cuatro sitas en los extremos de los ejes estaban vedadas al público y desprovistas de signos exteriores. Las otras estaban numeradas de I a LXXVI. Al llegar al Coliseo, cada uno de los invitados del emperador o de los magistrados no tenía nada más que encaminar sus pasos hacia la entrada correspondiente al número de su tésera, luego hacia el *mænianum*, el tramo y la grada también indicados en la ficha con toda precisión. Entre la *cavea* y la muralla exterior, dos muros concéntricos formaban una doble columnata en la planta baja y, en los pisos altos, una galería; de esta suerte, los citados muros prestaban múltiples servicios, pues sostenían la *cavea*, daban acceso a las escaleras que conducían a los *vomitoria* y proporcionaban a la muchedumbre un co-

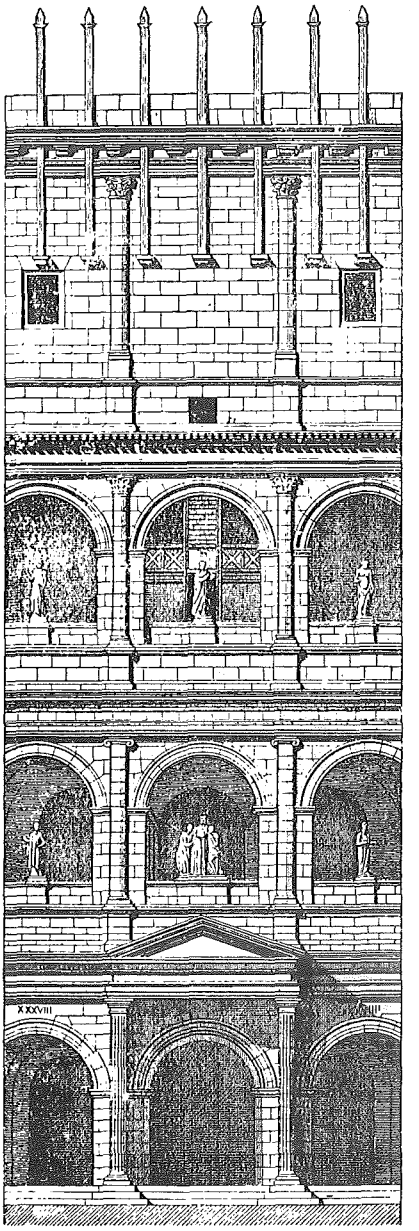


Fig. 182. — Una parte de la fachada del Coliseo. (Restauración de Duc).

rredor para pasearse antes del espectáculo y, durante los entreactos, un refugio contra el sol excesivo o algún chaparrón inoportuno. De todas las localidades, las mejores eran, evidentemente, las ubicadas sobre el *podium;* y de éstas, los dos palcos colocados en cada uno de los extremos del eje menor: el *pulvinar* del príncipe y de la familia imperial, al norte, y al sud, el palco del prefecto de la Ciudad y de los magistrados. Pero cabe afirmar que hasta los *pullati,* es decir, el vulgo miserable

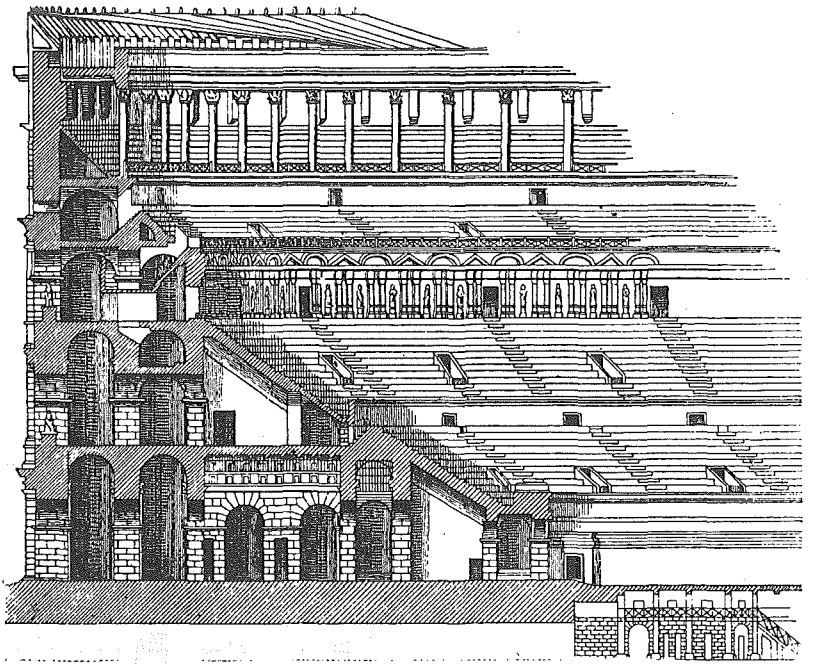


Fig. 183. — Sección del Coliseo (eje mayor). (Según Duc).

vestido de telas pardas, que se apiñaba en el «gallinero» del voladizo superior, podía seguir perfectamente las peripecias de los dramas mortales que se desarrollaban en la arena.

La cual, con sus ejes de 86 y de 54 metros, cubría una superficie de 36 áreas. Un enrejado metálico, distante cuatro metros de la base del *podium,* rodeaba la pista y defendía al público de los ataques de las bestias feroces que en ella se soltaban. Cuando los gladiadores hacían su aparición por una de las arcadas del eje mayor del edificio, las fieras mantenían encerradas en el subsuelo de la arena. Este subsuelo estuvo al principio dotado de canales, que permitieron en el año 80 inundar la pista en un instante y transformar así el anfiteatro en

naumaquia. Luego fué provisto —sin duda en la época en que Trajano construyó la *naumachia Vaticana*— no solamente de mazmorras de fábrica para alojar animales, sino también de todo un complejo sistema de rampas y montacargas, mediante el cual las fieras eran conducidas rápidamente o lanzadas de un golpe a la arena. Por cierto, no podemos dejar de tributar nuestra más sincera admiración a los arquitectos de los Flavios, quienes, después de haber desagotado el *stagnum Neronis*, supieron erigir en el mismo sitio un monumento colosal y perfecto, cada uno de cuyos detalles constituye un triunfo del ingenio técnico. Su solidez ha desafiado los siglos, y su masa imponente inspira al visitante el mismo sentimiento de exaltación, la misma sensación de euforia que

Fig. 184. — Anuncio de un combate de gladiadores. «La tropa de gladiadores de Aulo Suettio Cerio combatirá en Pompeya, el último día de mayo. Habrá *venatio* y toldo».

se experimenta en la basílica de San Pedro de Roma. Pero, para gozar del encanto que su contemplación produce, es preciso olvidar los fines inhumanos a que estuvo destinado el monumento, así como los espectáculos de jamás igualada atrocidad para los cuales los arquitectos imperiales realizaron antaño esa obra maestra.

En la época objeto de nuestro estudio, la organización de esos sanguinarios juegos es, ¡ay!, acabadamente perfecta [108]. En los municipios italianos y en las ciudades de provincia, los magistrados locales a quienes incumbe la obligación de brindar *munera* al pueblo, recurren, para cumplir este deber, a los servicios de empresarios especialistas: los *lanistæ*. Estos industriales desacreditados, cuyo oficio está en la litera-

[108] Para mayores detalles, consultar no solamente FRIEDLÄNDER, *op. cit.*, sino también los eruditos artículos escritos por G. LAFAYE en el *D. A.*, sobre todo los artículos *Gladiator* y *Venatio*. La mejor ilustración de los *munera* imperiales es el marco del hermoso mosaico de Zliten, expuesto actualmente en el Castillo de Trípoli (cf. AURIGEMMA, *I Mosaici di Zliten*, Roma-Milán, 1926). Nótese en este mosaico los garamantas entregados como pasto a las fieras. Obsérvese también la orquesta, cuyo órgano es tocado por una mujer.

tura y en el derecho romanos marcado con el mismo nombre infamante de los alcahuetes o *lenones,* son, en realidad, alcahuetes de la Muerte. A los duunviros y a los ediles, el *lanista* les alquila a elevado precio, para combates en los que de ordinario sucumbe la mitad de los contendientes, la tropa de sus gladiadores, *familia gladiatoria,* que el aludido empresario mantiene a sus expensas, y en la que se confunden, bajo una disciplina de presidio, esclavos comprados, miserables famélicos que arriesgan la vida por un mendrugo y hasta algunos señoritos venidos a menos. Estos últimos son casi siempre jóvenes libertinos y arruinados que, seguros de ser abundantemente alimentados en la «escuela de adiestramiento» o *ludus gladiatorius* del *lanista,* y además atraídos por los premios y las fuertes sumas de dinero que les proporcionarán las victorias en la arena, han alquilado cínicamente el cuerpo y el alma, abandonando todos sus derechos *(auctorati)* al «maestro», a cuya orden deberán marchar sin vacilaciones a la carnicería del anfiteatro.

En Roma, al contrario, hace tiempo que no existen más *lanistæ.* La profesión ha desaparecido, confiscada por el príncipe, que la ejerce por interposición de sus procuradores. Estos funcionarios tienen a su disposición edificios oficiales: el cuartel del *ludus magnus,* construído probablemente en época de Claudio, y el del *ludus matutinus,* levantado por Domiciano, uno y otro sobre la vía Labicana. Asimismo disponen de innúmeras manadas de animales salvajes y de bestias exóticas, que las provincias sometidas, los reyes clientes y hasta los potentados de India envían al *vivarium* o casa de fieras del emperador, ubicada en las proximidades de la puerta Prenestina. Por último, los *procuratores* tienen a sus órdenes un verdadero ejército de gladiadores, sin cesar aumentado y renovado con prisioneros de guerra y delincuentes condenados a muerte.

El ejército gladiatorio dividíase en instructores y alumnos, distribuídos, según sus aptitudes físicas, en «armas» diferentes: los samnitas, que usaban escudo *(scutum)* y espada *(spatha);* los tracios, que se protegían con una rodela *(parma)* y blandían un puñal *(sica);* los *murmillones,* que cubrían su cabeza con un casco decorado con un pez de mar, la *murma;* los *retiarii,* que, llevando como armas una red y un tridente, combatían por lo general contra los *murmillones.*

Excepción hecha de las *sportulæ* inventadas por el cerebro diabólico de Claudio, consistentes en sangrientas lides de una brevedad terrorífica, en matanzas absolutas y totales que concluían en un corto espacio de horas, los *munera* duraban habitualmente, como los *ludi,* desde el alba al crepúsculo, cuando no hasta bien entrada la noche, como ocurrió a menudo en tiempo de Domiciano. Por tanto, para impedir que decayera el interés del público era necesario variar el aspecto de

los combates, y a tal fin obligábase a los gladiadores a luchar tanto en el agua de las naumaquias como en la tierra firme del anfiteatro; y, en la arena, tenían que pelear contra animales feroces —y estas eran las «cacerías» o *venationes*— o debían despachurrarse entre ellos mismos en los duelos de la «hoplomaquia».

Los escritores y las inscripciones y bajos relieves monumentales nos hacen conocer diversas clases de *venationes*. Había inofensivas: fieras amansadas y animales amaestrados que rompían la sangrienta monotonía de las matanzas realizando juegos increíbles, a los que Plinio el Antiguo y Marcial aluden con admiración y regocijo: panteras arrastrando dócilmente un carro; leones que cogían con la boca una liebre y luego la depositaban en el centro de la pista sin hacerle el menor daño; tigres lamiendo la mano del domador que acababa de azotarlos; elefantes arrodillándose con rendida humildad ante el palco imperial o trazando sobre la arena del redondel, con su trompa, frases en latín. Había *venationes* terribles, consistentes en duelos a muerte librados entre bestias feroces: oso contra búfalo, búfalo contra elefante, elefante contra rinocerontes. Había repugnantes «cacerías» en las que se cuidaba la vida de los hombres, pues éstos, emboscados detrás de rejas o a la altura del palco del emperador —como más tarde lo hizo el propio Cómodo—, arrojaban impunemente sus flechas a las fieras, que rugían de furioso dolor e inundaban la arena con su sangre. Las había emocionantes, realzadas a menudo con una decoración silvestre plantada en la pista y ennoblecidas con el arrojo y la destreza de los gladiadores. Los cuales, por cierto, llevaban la vida jugada en esas luchas contra toros y osos, panteras y leones, leopardos y tigres; pero, yendo con frecuencia acompañados con una jauría de perros escoceses y siempre armados de teas encendidas, venablos, arcos, lanzas y puñales, los gladiadores en realidad no se arriesgaban más que el propio emperador —Adriano, por ejemplo— en las partidas de caza, que en aquel entonces eran como simulacros de guerra por lo peligrosas y movidas. Los gladiadores se vanagloriaban de duplicar el peligro con su audacia, cuando, en lugar de emplear sus armas, molían los osos a puñetazos o cegaban al león echando sobre su cabeza un manto; otras veces merecían los aplausos del público al

Fig. 185.—**Gladiador samnita.** (Relieve hallado en Durazo, Albania; cf. HUEZEY, *Mission. Archéol.* de Macédoine, pl. 30).

excitar temerariamente el furor de los toros con un paño rojo que agitaban sobre sus hocicos —como hoy lo hacen los diestros españoles—, para luego eludir sus embates con ágiles fintas y tretas ingeniosas. Para esquivar las impetuosas acometidas de las fieras, escalaban un muro, saltaban con una percha sobre el enfurecido animal, se introducían prestamente en uno de los tornos *(cochleæ)* colocados ex profeso en la arena o se encerraban en una cesta esférica y guarnecida de púas, que les daba la apariencia salvadora de un erizo *(ericius)*.

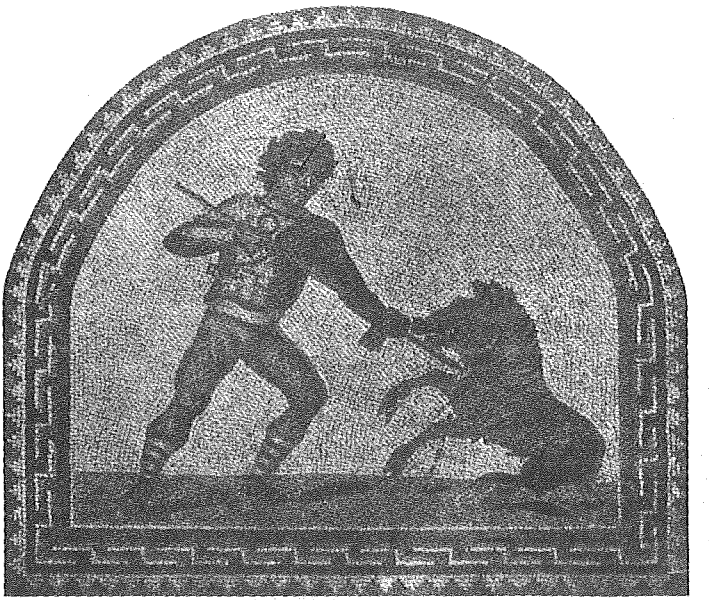


Fig. 186. — La «venatio»: un bestiario da muerte a un jabalí. (Mosaico de una villa romana cerca de Kreuznach).

Esa *venatio* con que la generosidad del príncipe gratificaba de ordinario al pueblo al atardecer, después de los *munera* y como coronamiento del espectáculo gladiatorio [109], no era sino la imagen apenas exagerada de las crueles realidades de la cacería antigua; y sería injusto reprochar al anfiteatro por haber ofrecido esa clase de funciones, en las cuales hasta solía participar la caballería pretoriana como si fuesen maniobras militares. Lo que espanta en las *venationes* es la cantidad de víctimas, el mar de sangre que se derramaba: 5.000 fieras murie-

[109] Mi disidencia con los eruditos que han estudiado este problema está justificada, principalmente, por una inscripción de Pompeya, *C. I. L.*, X, 7.295: *venatio et vela erunt*. La *venatio* cerraba el espectáculo,

ron en un solo día de los *munera* con que Tito, en el año 80 después de Jesucristo, inauguró el Coliseo [110]; 2.246 y 2.243 en dos *munera* de Trájano [111]. Pero estas matanzas, que hoy nos causan náuseas y que a fines del siglo tercero de nuestra era repugnarán a los propios romanos [112], respondían a una necesidad. Gracias a ellas los Césares purgaron sus Estados del terror de los animales feroces; gracias a las *venationes*, en el siglo IV después de Jesucristo, el hipopótamo era expulsado de Nubia, el león de Mesopotamia, el tigre de Hircania y el elefante había desaparecido por completo de África del norte. Con las *venationes* del anfiteatro, el Imperio romano extendió al mundo el beneficio de los trabajos de Hércules.

Fig. 187. — Una «venatio». (Fragmento del díptico de Areobindus, en la Biblioteca Municipal de Zurich).

Pero el Imperio romano infirió una afrenta al mundo con todas las formas de la «hoplomaquia» y con una variedad de *venatio* de la que no podría decirse si era más cruel que cobarde.

La «hoplomaquia» era el combate de gladiadores propiamente dicho. A veces la lid era simulada, con armas negras como las usadas hoy en los asaltos de esgrima, llamándose entonces *prolusio* o *lusio*, según que precediera al combate real o que ocupara toda la función y aun varias funciones seguidas. De cualquier modo, sólo era una muestra anticipada del *munus*, exhibición impresionante de duelos no fingidos —sucesivos o simultáneos—, en los cuales las armas no estaban embotadas,

[110] SUETONIO, *Tit.*, 7.
[111] *C. I. L.*, XIV, 4.546.
[112] Cf. H. A., *Prob.*, XIX, 5-8.

los golpes no eran atenuados y cada gladiador sólo podía escapar de la muerte matando a su adversario. La víspera, un copioso banquete, que para muchos debía de ser la «última cena», reunía a los que al día si-

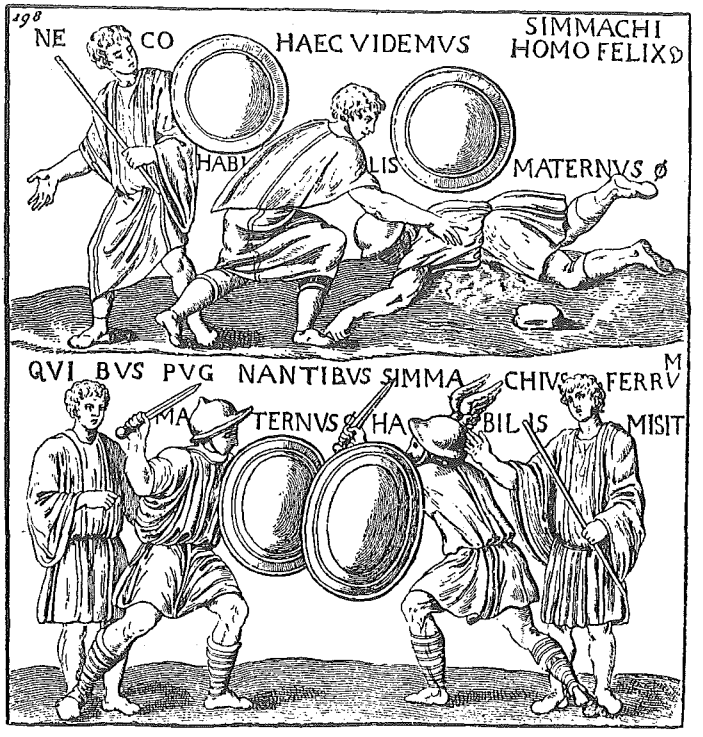


Fig. 188 — La «hoplomaquia». Combate entre dos *murmillones*, Materno y Simaquio. Triunfó este último; su rival perdió la vida. (De un mosaico romano conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid).

guiente se despedazarían en la arena. El público era admitido a visitar esta *cena libera*, y numerosos mirones rondaban en torno a las mesas con morboso deleite. Entre los comensales, unos, muy brutos o muy fatalistas, aprovechaban la ocasión como mejor podían, atracándose de comida hasta el gañote. Otros, deseosos de aumentar sus posibilidades cuidando su estado físico, resistían las tentaciones de la buena mesa y moderaban su apetito. Los más timoratos, atormentados por el presentimiento de su próximo fin, con las tragaderas y el bandullo paralizados por el miedo, se lamentaban en lugar de comer y de beber, recomendaban su familia a los pasantes y hacían su testamento [113].

[113] PLUTARCO, *Non poss. suav.*, XVII, 6; TERTULIANO, *Apol.*, 42.

A la mañana siguiente, el *munus* comenzaba con un solemne desfile. Los gladiadores, llevados en carro desde el *ludus magnus* hasta el Coliseo, apeábanse al llegar al anfiteatro y daban una vuelta a la arena

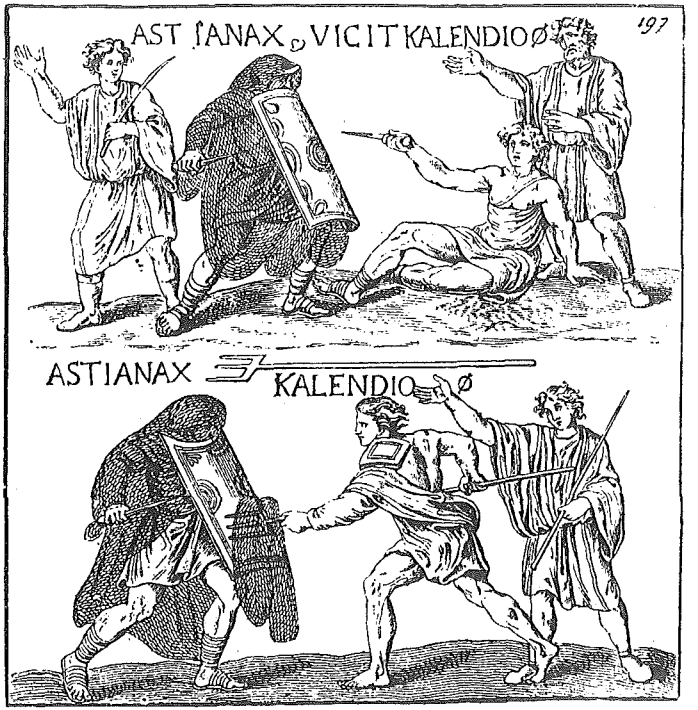


Fig. 189. — **La «hoplomaquia».** Duelo entre Astianax, *secutor*, y Kalendio, *retiarius*, que terminó en la muerte del segundo. (De un mosaico romano conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid).

en formación militar, el rostro altivo, las manos libres, seguidos de ayudantes que portaban sus armas; cuando llegaban frente al palco imperial, se volvían hacia el príncipe y, con el brazo diestro extendido en señal de homenaje, le dirigían la aclamación lúgubre y cruelmente verídica: «¡Salve, Emperador, los que van a morir te saludan! *Ave, Imperator, morituri te salutant!*»[114] Terminado el desfile, se procedía al examen de las armas, la *probatio armorum*, a fin de eliminar las espadas de punta o filo deficientes, para que la fúnebre faena pudiera efectuarse sin tropiezos. Una vez revisadas las armas y distribuídas entre los combatientes, formábanse por sorteo las parejas de duelistas. En ocasiones

[114] SUETONIO, *Claud.*, 21.

los antagonistas eran gladiadores de la misma «arma»; pero con frecuencia los organizadores del espectáculo decidían enfrentar contendientes de distinta clase: un samnita contra un tracio, un *murmillo* contra un reciario. Y aun a veces, para amenizar la función, se echaba mano de combinaciones extravagantes o caprichosas: negro contra negro, como en el *munus* con que Nerón agasajó a Tiridates, rey de Armenia; o enano contra mujer, como en el *munus* organizado por Diocleciano en 90 después de Jesucristo.

A continuación escuchábanse los acordes de una orquesta, o, mejor dicho, de una banda, en la que las flautas chillonas se unían a las

Fig. 190. — La banda del anfiteatro: trompeta, órgano hidráulico tocado por una mujer, y dos cornetas. (Mosaico de Zliten).

trompetas estridentes y los roncos cuernos al asmático órgano hidráulico; y de esta suerte, a una señal del presidente del *munus,* se iniciaba con música la serie de duelos. Apenas el primer par de gladiadores había comenzado sus fintas, una fiebre análoga a la que reinaba en las carreras hacía presa del anfiteatro. Lo mismo que en el circo los espectadores palpitaban de inquietud o de esperanza, unos por los «Azules», otros por los «Verdes», el público del *munus* dividía sus aplausos y sus imprecaciones entre los *parmularii,* preferidos por Tito, y los *scutarii,* por los que se inclinó Domiciano. Las apuestas o *sponsiones* se hacían como en los *ludi;* y, para evitar que la lucha fuese falseada por un secreto acuerdo entre los combatientes, un instructor se mantenía al lado de ellos listo para ordenar a los *lorarii* o azuza-

Fig. 191. — **Gladiadores combatiendo.** (Mosaico de Zliten).

dores que excitaran el ardor homicida de los gladiadores mediante innobles gritos: «¡Golpea! *(verbera)*»; «¡Mátale! *(iugula)*»; «¡Quémalo! *(ure)*»; y si los gritos no bastaban, los *lorarii* enardecían a latigazos a los gladiadores remolones. A cada zarpazo que se daban los contendientes, el concurso, que temblaba por sus apuestas, reaccionaba con renovado furor. En cuanto comenzaba a vacilar uno de los gladiadores, los que habían apostado contra él no podían contener su regocijo y

Fig. 192. — **Combate de gladiadores.** (Mosaico de una villa romana cerca de Kreuznach).

con bárbara fiereza glosaban los golpes: «¡Toma! *(habet)*»; «¡Tómate ésa! *(hoc habet)*»; exteriorizando una alegría salvaje por la victoria de su favorito cuando veían al adversario desplomarse al golpe de una estocada mortal.

Al instante, los auxiliares, disfrazados de Caronte o de Hermes Psicopompo, se aproximaban al caído, asegurábanse de la realidad de su muerte golpeándole la frente con un mazo y hacían una seña para que los *libitinarii* acudieran con sus parihuelas a retirar el cadáver del redondel, donde con toda rapidez se volvía la arena ensangrentada. A veces, por terrible que hubiera sido el combate, no había definición; igualmente robustos y diestros uno y otro, los contendientes caían a la vez o permanecían en pie ambos dos: *stantes*. El «match» era decla-

rado «draw», y se pasaba a la pareja siguiente. Con gran frecuencia, uno de los gladiadores, mareado o herido, sintiéndose sin fuerzas para continuar la lucha, deponía sus armas, tendíase de espaldas y levantaba el brazo izquierdo en demanda de gracia. En principio pertenecía al vencedor el derecho de otorgársela o no, y ha llegado hasta nosotros el epitafio de un gladiador que, muerto por un rival a quien él había perdonado la vida en un combate anterior, envía de ultratumba a sus colegas este consejo práctico y atroz: «Que mi suerte os sirva de enseñanza. ¡No deis cuartel al vencido, sea quien sea!: *moneo ut quis quem vicerit occidat!*» [115] Pero, estando presente el emperador, el triunfante renunciaba su derecho a favor del César, y éste, antes de ejercerlo por sí mismo, interrogaba a la multitud. Cuando el vencido parecía haberse comportado heroicamente, los espectadores agitaban sus «pañuelos», esto es, levantaban sus pulgares y gritaban: «¡Despídelo! *(Mitte!)*». Si el emperador se conformaba a su deseo y, como ellos, levantaba su pulgar, el vencido era perdonado, despedido con vida de la arena: *missus*. Si, al contrario, los asistentes juzgaban que el caído, por su debilidad o cobardía, había merecido su derrota, baiaban el pulgar, gritando: «¡Mátale! *(Iugula!)*». Y el César, bajando tranquilamente su pulgar, *pollice verso,* ordenaba la inmolación del gladiador yaciente, que no tenía más remedio que ofrecer su cuello al golpe de gracia del triunfador [116].

El gladiador victorioso era recompensado acto continuo. Recibía fuentes de plata cargadas de piezas de oro y regalos preciosos y, llevando consigo su botín, atravesaba corriendo la arena entre las aclamaciones de la multitud. Muy pronto conocía las dulzuras de la gloria y de la popularidad. Por su fama y su fortuna, ese esclavo, ese ciudadano miserable, ese señorito libertino y arruinado, ese criminal condenado por la justicia, igualaba a los pantomimos y aurigas más celebrados y aplaudidos. Las mujeres se perecían por él, y, en Roma como en Pompeya, donde los *graffiti* cuentan sus conquistas amorosas, el verdugo del anfiteatro era también el verdugo de los corazones femeninos: *decus puellarum, suspirium puellarum* [117]

Pero ni su éxito ni su riqueza le salvaban de correr nuevos peligros. De ordinario debía exponer su vida y tronchar muchas ajenas en sucesivos combates para obtener, no la palma que publicaba sus triunfos, sino el más preciado sable de madera *(rudis)*, que le era remitido como título de honor y símbolo de liberación.

[115] *C. I. L.*, V, 5.933.

[116] JUVENAL, III, 36.

[117] JUVENAL, VI, 78-113; MARCIAL, V, 24; DESSAU, *Insc. Lat. Sel.*, 5.142; *C. I. L.*, IV, 4.280.

En el siglo II después de Jesucristo, los emperadores preferían abreviar, como premio a los mejores combatientes, el período de servicio activo que éstos debían cumplir para obtener la libertad. Marcial elogia la benevolencia del invencible Domiciano:

O dulce invicti principis ingenium . . . ,

porque, en presencia de dos valentísimos gladiadores que a pesar o a causa de su arrojo no lograban definir el combate, el emperador de-

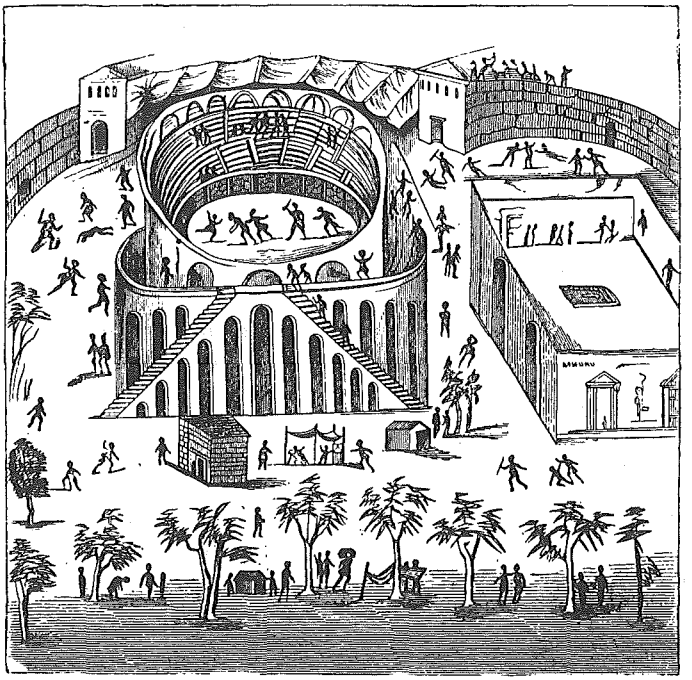


Fig. 193. — El anfiteatro de Pompeya. Esta pintura, conservada hoy en el Museo de Nápoles, ilustra el tumulto popular ocurrido en el anfiteatro de Pompeya en 55 d. C., a que alude Tácito en Anales, XIV, 17.

tuvo el duelo, proclamando a ambos contrincantes triunfadores y enviando a cada uno de ellos la *rudis* de la libertad junto con la palma de la victoria [118]. De igual modo —si no he errado en la interpretación de los *Fastos de Ostia*—, también Trajano mostró su clemencia al ordenar que todos los combatientes que no sucumbieran en sus *naumachiæ y munera* del año 109 después de Cristo fuesen considerados libres al terminar la lucha. Mas esos aislados y excepcionales rasgos de gene-

[118] MARCIAL, *Spect.*, 20.

rosidad imperial de ninguna manera bastaban para humanizar el sangriento régimen de los *munera* del anfiteatro. No era raro que los propios gladiadores se substrajeran voluntariamente de la bondad del príncipe: tan corrompida estaba su moral, que preferían volver a su oficio de matadores antes que renunciar a las facilidades de la buena vida que llevaban en sus cuarteles, a la exaltación del peligro y a la embriaguez del triunfo. Poseemos el epitafio de uno de esos contumaces, Flamma de nombre, que, habiendo ganado veintiuna palmas, había recibido cuatro veces la *rudis* liberatoria, y las cuatro veces se había «reenganchado» [119].

Fig. 194. — El gladiador Baton, «secutor». (Palacio Doria, Roma).

Numerosos testimonios antiguos permiten apreciar el extraordinario desarrollo alcanzado en la *Urbs* por los *munera*. Me limitaré a citar algunas significativas cifras correspondientes al reinado de Trajano. Ya por Dión Casio teníamos noticia de que, en 107 después de Jesucristo, Trajano regocijó a la plebe haciendo luchar ante ella 10.000 gladiadores. Recientemente hemos sabido por los *Fastos de Ostia* que el mismo emperador organizó en el año 113 una función de anfiteatro que duró tres días, en la cual intervinieron 1.202 parejas de combatientes, es decir, 2.404 gladiadores; y, pocos años antes, otro *munus*, también ofrecido por Trajano, ocupó 117 días consecutivos, desde el 7 de julio hasta el 1º de noviembre de 109 de nuestra era: actuaron en él 4.912 parejas, o sea 9.824 gladiadores. Por más que algo nos consuele el saber que los sobrevivientes de esta hecatombe incomparable fueron emancipados en masa por voluntad de Trajano, no podemos dejar de pensar con dolor en la montaña de cadáveres que supone este diluvio de combates gladiatorios, en todos los vencidos a quienes la muerte libró de su abominable oficio, y cuyo número se ha abstenido de indicar el redactor de los citados *Fastos*.

[119] *C. I. L.*, X, 7.297.

Cicerón afirma que «aunque existan muchos métodos para enseñar a despreciar el dolor y la muerte, ninguno hay que sea tan elocuente a la vista como el espectáculo de un *munus*»; y Plinio el Joven sostendrá más tarde que esas matanzas eran «especialmente adecuadas para fortalecer el ánimo de los hombres, al mostrar que el amor a la gloria y el deseo de vencer pueden alojarse hasta en el cuerpo de los esclavos y criminales.» [120] Nosotros rechazamos de plano tan ruines apologías y, después de leer esas excusas inconsistentes, seguimos pensando con angustia tanto en la vileza de los espectadores como en los padecimientos de las víctimas agonizantes o mutiladas. Los millares de romanos que día tras día, desde la mañana a la noche, asistían embelesados a esas crueles inmolaciones; los miles de romanos que, ante la muerte que prodigaban sin afrontarla ellos mismos, no tenían una lágrima para aquellos cuyos sacrificios constituían su recreo y su placer, no han aprendido en esos vergonzosos espectáculos nada más que un degradante desprecio a la dignidad y a la vida humanas.

Por otra parte, ¿cuántas veces esos pretendidos combates no han disimulado crueles asesinatos y ejecuciones implacables?

En primer lugar, tanto en Roma como en los municipios se conservó hasta las postrimerías del siglo tercero el hábito de realizar *munera sine missione*, esto es, combates de gladiadores de los que nadie debía salir con vida. Tan pronto como caía uno de los duelistas, un reemplazante *(tertiarius* o *suppositicius)* era opuesto a su vencedor, y así sucesivamente hasta el exterminio total del equipo de gladiadores[121]. Además, en los largos espectáculos del anfiteatro, que ocupaban en Roma la jornada íntegra, había momentos en que el programa normal se reforzaba con excepcionales atrocidades: la *venatio* matutina y la «hoplomaquia» de mediodía, en las que la muerte era inevitable y el valor inútil. Los *gladiatores meridiani* reclutábanse únicamente entre bandoleros, asesinos e incendiarios, que por sus crímenes habían sido condenados a morir en el anfiteatro: *noxii ad gladium ludi damnati.* La ejecución se realizaba a mediodía. Séneca nos ha descripto esa ignominia. Se arrojaba en la pista el lastimoso pelotón de condenados. Separábase una primera pareja compuesta de un hombre armado y de otro indefenso, simplemente vestido con una túnica. El primero debía matar al segundo, cosa que hacía sin ninguna dificultad. Tras lo cual se le desarmaba y se le entregaba a un tercero armado hasta los dientes, y así la vil matanza proseguía inexorable, hasta que la última cabeza rodaba sobre la arena [122].

[120] CICERÓN, *Tusc.*, II, 41; PLINIO EL JOVEN, *Pan.*, 33.

[121] Esta clase de *munus* está comprobada en 249 después de Jesucristo por *C. I. L.*, X, 6.012.

[122] SÉNECA, *Ep. Luc.*, 7.

La hecatombe matutina era todavía más cruel. Quizá fué Augusto quien sin quererlo inventó este suplicio espectacular, al hacer improvisar en el Foro una gran jaula, dentro de la cual algunas panteras y leopardos hambrientos castigaron las fechorías del bandolero Seluros[123]. Más tarde, este método punitivo se hizo general y corriente. Criminales de ambos sexos y de todas las edades, condenados *ad bestias* por su sevicia —verdadera o presuntiva— y por la humildad de su condición social, eran al alba conducidos a la arena, donde los despedazaban los animales feroces que surgían del subsuelo. Un bajo relieve de Oxford, una terracota de África y un mosaico de Tripolitania nos ilustran acerca de esta horrible *venatio*, en la que los condenados eran entregados sin defensa alguna a las garras y colmillos de las fieras[124]. Es también el género de tormento que padecieron la virgen Blandina en el anfiteatro de Lyón, Perpetua y Felicita en el de Cartago y, en la *Urbs*, tantos cristianos, canonizados o anónimos, de la Iglesia romana. En recuerdo de esos mártires, una cruz levanta hoy en el centro del Coliseo su muda protesta contra la bárbara costumbre, que

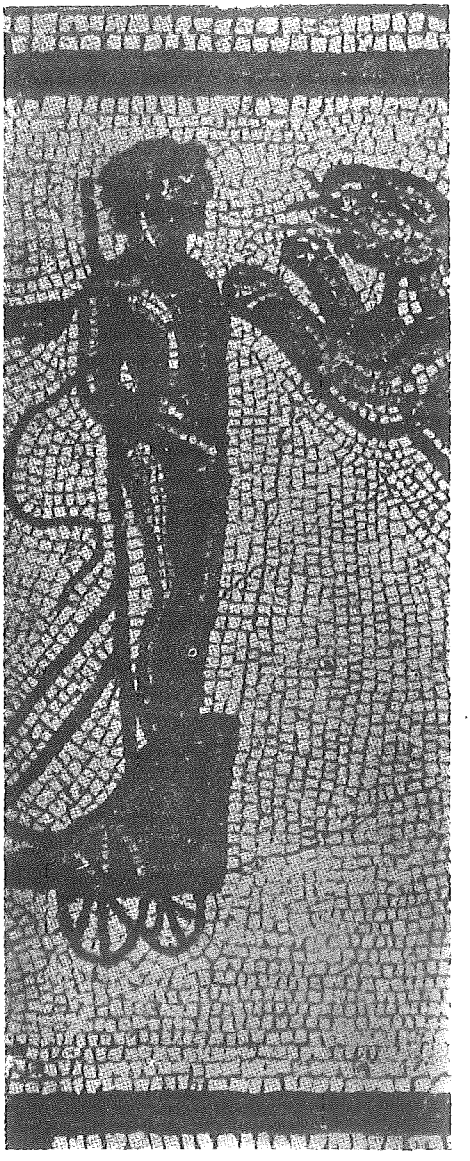


Fig. 195. — «Damnatio ad bestias»: un tigre se arroja sobre el indefenso condenado, que, atado a una estaca y en un carro ha sido introducido en la arena. (Mosaico de Zliten).

[123] ESTRABÓN, VI, 2, 6.

[124] Cf. *C. R. Ac. Inscr.*, 1913, p. 444; CICERÓN, *Pro Sest.*, 64; OVIDIO, *Met.*, XI, 26; SÉNECA, *Ep. Luc.*, 70 y *De benef.*, II, 19; MARCIAL, XIII, 95.

costó la vida de numerosos fieles antes que el espíritu cristiano lograra abolirla. Ningún visitante puede impedir un estremecimiento de angustia al contemplar el divino símbolo y escuchar los lamentos de las sombras invisibles que flotan a su alrededor.

En vano se alegaría como excusa el momento elegido para la *venatio* matutina, cuando el anfiteatro apenas comenzaba a llenarse, y la hora asignada a los *gladiatores meridiani,* cuando la *cavea* estaba vacía en sus tres cuartas partes *(dum vacabat arena),* porque los trabajadores aun no habían tenido tiempo de acudir a ocupar sus asientos y los ociosos habían ido a sus casas a despachar un bocado. Si este horario testimonia una suerte de pudor y manifiesta como un arrepentimiento de los romanos por haber ofrecido esas visiones dantescas, había entre ellos muchos aficionados que por nada del mundo se hubieran privado de un espectáculo que a nosotros nos indigna y a ellos los deleitaba. Antes que perderlo, preferían, como el emperador Claudio, tomarse el trabajo de entrar en el anfiteatro antes de la aurora y quedarse sin comer a mediodía [125]. A pesar de todas las defensas y argumentos atenuantes que podamos imaginar, el pueblo romano fué y sigue siendo culpable de haber convertido sus ejecuciones capitales, sus condenas a muerte, en un espectáculo de regocijo público, haciendo del Coliseo, a la mañana, un alucinante «Jardín de los Suplicios» y, a mediodía, un matadero humano.

6. Reacciones Tímidas y Supresión Tardía

Reconozcamos, sin embargo, que lo mejor de la sociedad romana llegó a espantarse de los progresos de esa lepra y se esforzó, en varias oportunidades, por atenuar su virulencia.

Augusto, por ejemplo, ateniéndose a los lejanos precedentes de los generales helenizantes del siglo segundo antes de nuestra era y reanudando las esporádicas tentativas de Sila, de Pompeyo y de César, ensayó aclimatar en Roma los juegos griegos. En éstos no sólo la lucha era entendida como un deporte moderno, que fortificaba el cuerpo en lugar de destruirle, pero además los programas concedían un lugar a las justas del espíritu. En 28 antes de Cristo, con el objeto de conmemorar su victoria sobre Antonio y Cleopatra y también como acción de gracias a Apolo, Augusto fundó los *Actiaca,* que debían celebrarse cada cuatro años en Accio y en Roma. Pero sólo se tienen noticias de estos juegos en la *Urbs* hasta el año 16 de nuestra era, y se ignora si se siguieron realizando después de dicha fecha [126]. Nerón

[125] Suetonio, *Claud.*, 34.

[126] Sobre los *Actiaca,* cf. el artículo de Jean Gagé en los *Mélanges de l'École de Rome,* LIII (1936), pp. 37-100.

quiso resucitarlos mediante los *Neroniana,* fiestas periódicas que comprendían competiciones deportivas y concursos de poesía y de canto. Algunos senadores se dignaron participar en las primeras; en los segundos, nadie osó disputar la corona al príncipe, que se creía un ar-

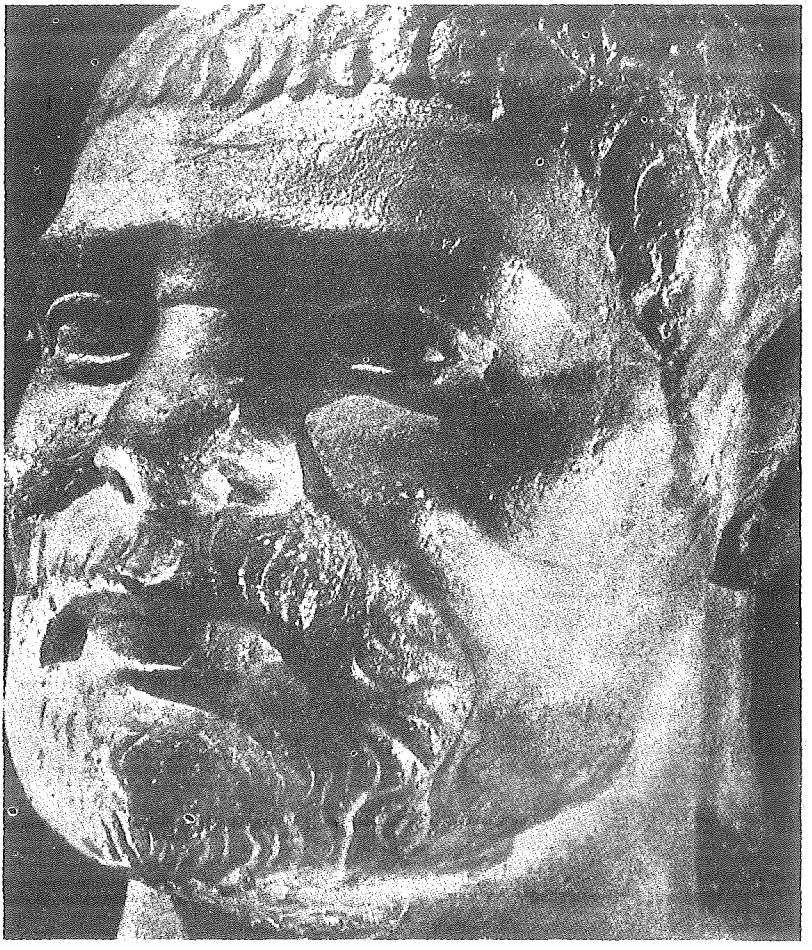


Fig. 196. — **Cabeza de boxeador.** (Museo de Berlín).

tista sin par. Mas, no obstante el patrocinio imperial, los *Neroniana* fueron pronto abandonados, y sólo Domiciano logró dotar a Roma de un ciclo duradero de juegos a la griega. En 86 después de Jesucristo, instituyó el *Agon Capitolinus,* en el que los premios, otorgados por

el emperador, recompensaban alternativamente las carreras a pie y la elocuencia, el boxeo y la poesía latina, el lanzamiento del disco y la poesía griega, el lanzamiento de la jabalina y la música. Para dar un hogar a los deportes, Domiciano construyó un estadio especial, el *Circus agonalis*, en el sitio que hoy ocupa la «Piazza Navone». Para las lides «espirituales» del *Agon* edificó el Odeón, cuyas ruinas se ocultan en lo presente bajo el palacio Taverna, en el Monte Giordano. Sostenidos por sus liberalidades, los juegos griegos gozaron durante su reinado de una efímera popularidad; y Marcial ha cantado loas a los vencedores del *Agon Capitolinus*. Estos torneos a la usanza helénica sobrevivieron a su fundador; pero, aunque tengamos pruebas de que Juliano el Apóstata, en el siglo IV, todavía les brindó el mayor apoyo, y aunque sepamos que los juristas nunca dejaron de atribuirles un carácter honroso y elevado [127], lo cierto es que ellos jamás pudieron competir seriamente con los *munera*. Ante todo, el *Agon Capitolinus* realizábase una sola vez cada cuatro años; después, Domiciano no lo había destinado nada más que a un público selecto y poco numeroso, puesto que había prevenido solamente 10.600 *loca* en su Odeón y 30.088 *loca* en el *Circus agonalis*, o sea respectivamente 5.000 y 15.000 asientos; de modo que la capacidad de los dos edificios juntos no llegaba a la mitad de la del anfiteatro Flavio [128].

Es indudable que los juegos griegos nunca fueron muy populares. Afecta a las atrocidades del Coliseo, la multitud los desdeñaba como un espectáculo frío, sin brillo ni relieve; y tampoco eran mejor mirados por la alta sociedad, que veía en ellos una práctica corruptora, «nudista», inmoral y por añadidura extranjera. Plinio el Joven, en tiempo de Trajano, aplaude la decisión de los *patres* aboliendo en Viena de Galia Lugdunense los escandalosos juegos griegos, «que solamente habían servido para corromper las costumbres de los vieneses»; y el mismo epistológrafo recuerda complacido que, en el Senado romano, cuando este asunto se sometió a votación, «Junio Máurico, cuya firmeza y dignidad son sin igual, no se limitó a decir que no debían restablecerse esos espectáculos en Viena, sino que añadió: ¡Ojalá los suprimieran también en Roma!» [129].

Entre la euritmia de los juegos griegos y la brutalidad de los combates de gladiadores debía existir una incompatibilidad irreductible. Es significativo el hecho de que mientras a imitación de Roma la mayoría de las ciudades provincianas construyeron anfiteatros —cuyas ruinas subsisten en Algeria meridional y hasta en las riberas del Éufrates—,

[127] Cf. *Dig.*, III, 2, 4, 1.

[128] Sobre estos edificios, consultar el *Top. Diction.* de PLATNERT-ASHBY.

[129] PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, IV, 22.

Grecia, al contrario, se resistió tenazmente al contagio y aun parece que logró evitarle, a lo menos en Ática. Mas la oposición de Grecia a los *munera* fué una excepción sin trascendencia. En todos los puntos del imperio, los espectáculos gladiatorios tuvieron singular aceptación. En Italia, los juegos griegos refugiáronse en Nápoles y en Puzol [130]; pero en el resto de la península, sobre todo en Roma, fueron literalmente aplastados por los *munera*.

El *munus*, en verdad, parecía que jamás podría ser desarraigado. Algunos emperadores magnánimos procuraron entonces mitigar su crueldad. Adriano prohibió que sin su expresa venia se engancharan esclavos en los equipos de gladiadores. Tito, Trajano y Marco Aurelio se esforzaron por ampliar, en el programa de sus fiestas, la parte de la *lusio*, es decir, del simulacro de *munus*, a expensas del *munus* propiamente dicho. Tito, aficionado con extremo a esta esgrima inofensiva, no vaciló en intervenir personalmente en la organización de las *lusiones* de Reate, su ciudad natal. Según los *Fastos de Ostia*, Trajano, el 30 de marzo de 108 después de Jesucristo, inauguró una *lusio* extraordinaria, que duró trece días consecutivos y en la que participaron 350 parejas de gladiadores. Marco Aurelio, fiel a los principios humanitarios de su filosofía estoica, trató de reprimir el desarrollo de los combates gladiatorios, para lo cual introdujo oportunas modificaciones en el reglamento de los *munera* y disminuyó en forma considerable el presupuesto de estos espectáculos; además cuantas veces tuvo que ofrecerlos a sus expensas a la plebe romana, el emperador filósofo los substituyó deliberada y sistemáticamente con simples *lusiones*. Pero la filosofía fué vencida en esta lucha contra el innoble espectáculo en el que el hombre, como dice Séneca, se alimentaba con sangre de hombre: *iuvat humanio sanguine frui* [131]. Después de Marco Aurelio, cuyo hijo Cómodo presumía de ser un excelente gladiador, los romanos, no contentos con desdeñar las *lusiones*, abandonaron el teatro por el anfiteatro. A partir del siglo segundo de nuestra era, en las provincias, especialmente en Galia y Macedonia, los arquitectos modificaron la estructura de los teatros con el objeto de acomodarlos a las necesidades de la «hoplomaquia» y de las *venationes* [132]. En Roma la representación de los siniestros dramas fué transferida a la arena, y en el Coliseo se hizo habitual la representación de los mimos más terroríficos [133]: no solamente el *Laureolo*, que era crucificado vivo para me-

[130] Cf. LOUIS ROBERT, *Revue de Philologie*, 1930, p. 37.

[131] SÉNECA, *De tranq. an.*, II, 13.

[132] Este hecho ha sido puesto en evidencia por las recientes polémicas acerca del anfiteatro de Lyón y las excavaciones de Filipos (cf. COLLART, en *B. C. H.*, 1928, p. 97).

[133] Cf. *supra*, p. 355; y MARCIAL, *Spect.*, 5, 7, 21, 25.

jor divertir al público, sino también el *Mucio Escévola,* que hundía su mano derecha en los ardientes carbones de un brasero, y la *Muerte de Hércules,* cuyo héroe, en la escena final, se retorcía entre las llamas de una pira. Puesto que el anfiteatro sirvió desde entonces para las representaciones dramáticas, descuidóse en la Ciudad la reparación de los teatros existentes, y, durante el reinado de Alejandro Severo (235 después de Jesucristo), el teatro de Marcelo fué abandonado [134].

Hubiérase podido decir que los *munera* subsistirían por los siglos de los siglos y que nada ni nadie lograría jamás detener su crecimiento arrollador. Pero donde había fracasado el estoicismo, iba a triunfar la nueva religión. Conquistados por el Evangelio, los romanos arrepintiéronse de esa infamia inveterada y se negaron a tolerarla por más tiempo. Los emperadores cristianos pusieron término a las matanzas de la arena. El 1º de octubre de 326, Constantino, al decretar que las condenas *ad bestias* debían conmutarse en trabajos forzados *ad metalla,* privó a la *gladiatura* de su principal fuente de reclutamiento. A fines del siglo IV, los *munera* habían desaparecido de Levante. En 404, un edicto de Honorio suprimió los combates de gladiadores en Occidente. La cristiandad romana borró así el crimen de lesa humanidad con que los Césares paganos habían mancillado la historia del Imperio.

[134] H. A., *Sev. Alex.,* 44; cf. LUGLI, *op. cit.,* I, 346.

CAPITULO IV

EL PASEO, EL BAÑO Y LA CENA

CUANDO no había espectáculos para entretener las horas de la tarde, el romano recreábase con el paseo, el juego, el ejercicio y el baño en las termas. Así distraía su ocio hasta el momento de la *cena,* comida que cerraba su jornada inmediatamente antes del sueño de la noche.

1. Paseos, Juegos y Placeres

A primera vista, mal se prestaban al paseo las estrechas y concurridas calles de Roma. El transeúnte veía estorbado su andar por los tabancos instalados al aire libre [1], y era empujado por los otros paseantes, salpicado de barro por los que andaban a caballo, asediado por los mendigos estratégicamente estacionados bajo las arcadas y en los puentes [2], atropellado por los militares que avanzaban por la acera como en tierra conquistada, hundiendo los clavos de sus borceguíes en los pies del civil bastante temerario para no haberles cedido el paso[3]. Pero, al principio, la contemplación de ese desfile incesante y heterogéneo constituía un verdadero placer. En la marea que arrastraba al paseante rodaban junto a él individuos de todas las naciones de la tierra entonces conocida: «el paisano de Tracia y el sármata que se alimenta con sangre de caballo, el egipcio que se ha sumergido en las ondas del Nilo... el

Fig. 197. — Mendigo recibiendo una limosna. (Pintura de Herculano).

[1] Marcial, VII, 61.
[2] Marcial, X, 5.
[3] Juvenal, XVI, 7-34.

cilicio que se perfuma con agua de azafrán, el árabe, el sicambro de rizada cabellera y el etíope de hirsutos cabellos» [4]; y si no le llamaban la atención las bujerías de los mercachifles, éstos le entretenían con sus gritos, así como los malabaristas y encantadores de serpientes con sus asombrosas habilidades [5]. Si a pesar de la ordenanza que prohibía la circulación de vehículos durante el día, el romano tenía oportunidad de no marchar a pie, podía pasearse entre ese hervidero de gente sin padecer sus molestias. Entonces solía montar en una mula propia, prestada o alquilada al mulatero númida que se encargaba de conducirla de la brida [6]; o solía pavonearse arrellanado en el fondo de una inmensa litera *(lectica)*, cerrada con «piedra especular», desde donde veía sin ser visto, litera que surcaba la multitud llevada a hombros de seis u ocho portadores sirios; o se hacía llevar en una silla de manos *(sella)*, en la que podía leer o escribir durante la marcha [7]; o se contentaba con una especie de carretilla *(chiromaxim)*, como la que Trimalción había regalado a su favorito [8].

Fig. 198. — Un malabarista («præstigiator»). (Según un bajo relieve de una lámpara de terracota; cf. *D. A.* fig. 45).

Pero si el romano quería eludir la confusión y el tropel de la calle, debía acudir a los «paseos» de la Ciudad: los foros y sus basílicas, después de la terminación de las audiencias judiciales; los jardines de propiedad de los emperadores, que éstos dejaban benévolamente a disposición del público; la explanada del Campo de Marte, con sus recintos de mármol *(Sæpta Iulia)*, sus lugares sagrados y sus pórticos, abrigos contra el sol, asilos contra la lluvia y siempre, como dice Séneca, lugares hasta donde los más miserables hallaban solaz y descanso: *cum vilissimus quisque in campo otium suum oblectet* [9].

[4] MARCIAL, *Spect.*, III, 1-10; cf. JUVENAL, III, 60-72.
[5] MARCIAL, I, 41, 3-11.
[6] A veces solía montar a caballo, cf. MARCIAL, IX, 22, 14. Sobre las mulas, cf. *ibid.*, VIII, 61 y XI, 79.
[7] Sobre las *lecticae* y las *sellae*, cf. JUVENAL, III, 240-242, y VI, 350-351; y MARCIAL, IX, 2.
[8] PETRONIO, *Sat.*, 28.
[9] SÉNECA, *De prov.*, V, 4.

De esos pórticos ha llegado hasta nosotros la entrada del que Augusto restauró en honor de su hermana Octavia, y que encerraba entre sus columnas de mármol un espacio de 118 por 135 metros, conteniendo los templos gemelos de Júpiter y de Juno[10]. Pero había muchos otros pórticos al norte del citado, y Marcial menciona algunos al jalonar el itinerario que sigue el parásito Selio en busca de un amigo que le invite a cenar: el pórtico de Europa; el de los Argonautas; el

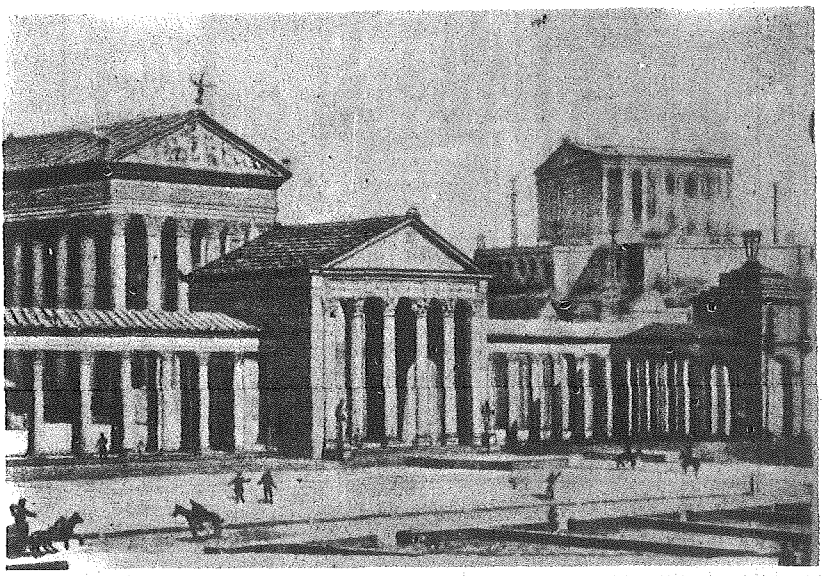


Fig. 199. — **El pórtico de Octavia.** (Reconstrucción de Gatteschi).

de las Cien Columnas, con su calle de plátanos; el de Pompeyo, con sus dos jardines[11]. Esos *sæpta* no estaban solamente amenizados por árboles y plantas, sino también por obras de arte: los frescos que tapizaban sus muros de fondo, las estatuas que decoraban sus intercolumnios y sus patios interiores. Plinio el Antiguo ha enumerado en el pórtico de Octavia, además de cierto número de trabajos ejecutados de encargo por Pasiteles y su discípulo Dionisio, el grupo de Alejandro y sus generales en la batalla del Gránico por Lisipo, una Venus

[10] Cf. sobre los pórticos las noticias del *Top. Diction.* de PLATNER-ASHBY, y sobre el pórtico de Octavia agregar LUGLI, *op. cit.*, I, pp. 344 y siguientes.

[11] MARCIAL, II, 14, 1-10; cf. III, 19.

de Fidias, una Venus de Praxíteles y el Cupido que este último artista había modelado en mármol para la ciudad de Tespias [12].

Los paseos del pueblo rey estaban como rodeados por un prodigioso botín. Pero si algunos romanos aun se detenían a contemplar esas obras maestras, otros sólo las utilizaban para jugar con ellas. Marcial nos cuenta un episodio muy elocuente sobre este particular. En

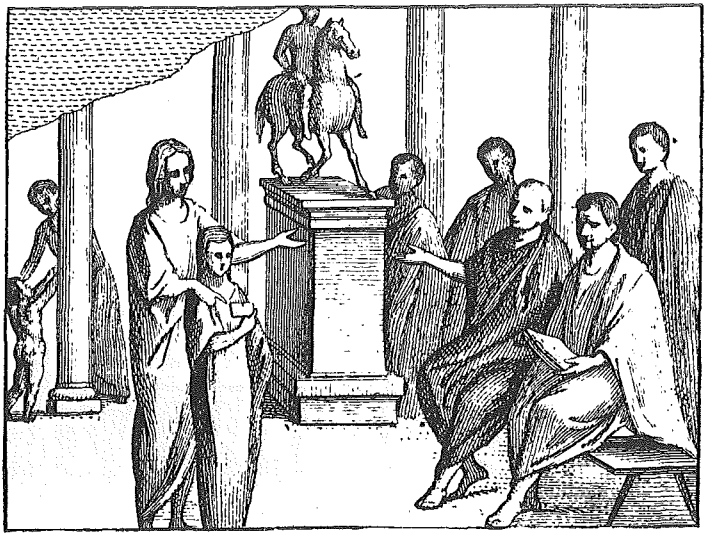


Fig. 200. — Escena en un paseo de Pompeya. (Pintura mural pompeyana).

las Cien Columnas, una osa de bronce, levantada en medio de otras estatuas que representaban fieras, atraía la curiosidad de los paseantes. Un día que el bello Hilas se entretenía cosquilleando al animal, introdujo su mano en la boca de la osa, y el atrevimiento le costó la vida:

«Cerca de las Cien Columnas,
y entre las feroces bestias
que el Platanón embellecen,
una osa está. Se le acerca
el bello Hilas, por jugar,
y en sus fauces entreabiertas
su mano introduce, y halla
una víbora perversa,
que allí se había ocultado,

[12] PLINIO, *N. H.*, XXXIV, 31; XXXV, 114, 139; XXXVI, 15, 22, 24, 28, 34, 35.

y que hacía a aquella fiera
más dañina todavía
que si con vida estuviera.
Pero el niño no conoce
el peligro en que se encuentra,
sino al morir ante el diente
del reptil. ¡Oh maldad negra!
¿Por qué la osa fatal,
de escultura sólo era?» [13]

Ese era un juego propio de muchachos traviesos, pero en seguida veremos que los chicos no eran los únicos que jugaban bajo los pórticos, en los jardines, foros y basílicas.

A la sombra de las columnatas, los romanos desocupados ambulaban o se detenían en grupos para conversar entre sí. Miraban a los pasantes, hombres y mujeres. Cuando había feria en los *sæpta*, la visitaban sin prisa, examinando los objetos expuestos y discutiendo los precios [14]. Dondequiera inquirían con avidez las últimas noticias, y siempre hallaban charlatanes que satisfacían de buena gana su curiosidad. Así el Filomuso pintado por Marcial, inventa descaradamente los «secretos» con que regala a sus auditores:

«Filomuso, he aquí el medio
de que tú te sirves para
atrapar una comida:
inventas noticias falsas,
y luego como verdades
certísimas las propalas.
Tú sabes lo que ha resuelto
el parto Pacoro, y cuántas
son las tropas con que cuentan
el Rhin y fiera Sarmacia.
Tú del jefe de los dacios
conoces las ordenanzas
transcritas en sus tablillas;
tú ves la gloriosa palma
de la victoria, antes que
a nosotros llegado haya.
No se te ocultan las veces
que ha llovido en las comarcas

[13] MARCIAL, III, 19.

[14] Cf. *supra*, p. 299. La ubicación de los *sæpta* es discutida, cf. LUGLI, *op. cit.*, III, p. 99.

de Siene la negra; sabes
qué barcos de Libia zarpan;
qué frente ha de coronar
el César con la preclara
oliva, y a quién destina
Júpiter la ovante palma.
Filomuso, no te tomes
tal fatiga y pena tanta;
hoy has de cenar conmigo,
siempre que me des palabra
de que no me has de contar
ninguna de tus patrañas.» [15]

Pero hasta la más amena plática a la postre languidece; y entonces los romanos, para matar el tiempo, se entregaban al juego.

Los romanos declaraban con franqueza su amor al juego. Siempre habían sido dominados por él. Pero nunca su pasión había sido tan tiránica como en el siglo segundo de nuestra era. Escribe Juvenal:

«¿Y cuándo de los vicios la abundancia
fué mayor? ¿Cuándo abierta
a la avaricia fué más ancha puerta?
¿Cuándo del juego más la tiranía?
Ya el bolsillo no basta; el arca toda,
el heredado acervo,
al capricho del dado se confía.
¡Cuánta disputa cuando pone el siervo
en la mesa las fichas! ¿Por ventura
no es furor, no es locura
que cien sestercios juegues
aquí, y en tanto al aterido esclavo
la ruin túnica niegues?» [16]

Para refrenar esta pasión suicida, los Césares habían mantenido las interdicciones de la época republicana. Con la única excepción de las Saturnales —a que alude explícitamente Marcial [17], y que sobreentiende Juvenal en el pasaje precitado (puesto que la referencia al «aterido esclavo» supone el frío de la *bruma* del solsticio de invierno, a fines de diciembre, que era la época de las Saturnales)—, los juegos de azar estaban prohibidos bajo pena de una multa igual al cuádruplo de las apuestas [18]; y un senadoconsulto, de fecha imprecisa, confir-

[15] MARCIAL, IX, 36.
[16] JUVENAL, I, 83-92.
[17] MARCIAL, XI, 6.
[18] CICERÓN, *Phil.*, II, 56; HORACIO, *Od.*, III, 24, 58.

mando la *lex Titia*, la *lex Publicia* y la *lex Cornelia*, había renovado la prohibición que, fuera de ese período, pesaba sobre las apuestas *(sponsiones)*, con excepción de las que se hacían en cualquiera de los deportes [19]. Hemos visto en el capítulo anterior la increíble popularidad que este singular privilegio aseguró a las carreras circenses y a los combates gladiatorios. Por la brecha que este privilegio abría en una legislación aparentemente represiva, numerosos juegos y *sponsiones* pasaron a ser moneda corriente en la vida de los romanos.

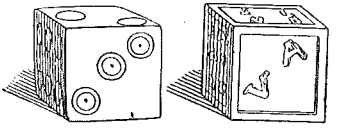


Fig. 201. — **Dados romanos.**

Sin duda hubiera sido imprudente organizar en un paseo público una partida de dados *(aleæ)* o de tabas *(tali)* [20], cuyos diferentes lados equivalían a los números que llevaban las caras del dado, puesto que sólo el azar y no la habilidad manual de los jugadores determinaba su caída, del fondo del cubilete *(fritillus)* que los contenía, sobre el suelo o la mesa de juego *(alveus)* donde eran arrojados. Tampoco creo que hubiera sido lícito que, bajo los pórticos, dos amigos tuviesen la osadía de jugar a *navia aut capita* (cara o cruz) o a *par impar* (pares o nones). Sin embargo, Augusto solía invitar a sus parientes a jugar a *par impar* en su palacio, dándoles 250 denarios a cada uno para permitirles entregarse al juego sin preocupación y sin recurrir a malas artes [21]. En esta forma, el juego consistía en una monótona serie de apuestas hechas sobre el número par o impar de las tabas, de los guijarros o de las nueces que el jugador ocultaba en su mano cerrada [22].

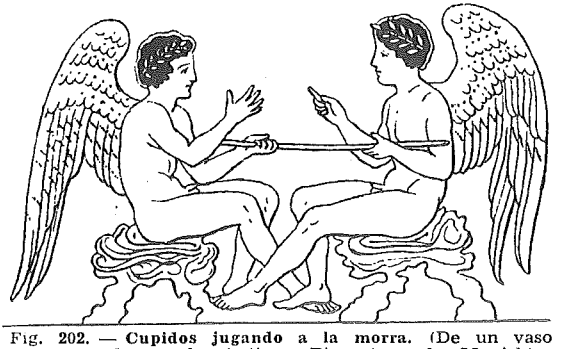


Fig. 202. — **Cupidos jugando a la morra.** (De un vaso conservado en la Antigua Pinacoteca de Munich).

Pero había una forma derivada del *par impar* donde el papel del azar era substituído o limitado por la rapidez visual, la celeridad de

[19] *Dig.*, XI, 5, 2 y 3.
[20] Ver estas palabras en el *D. A.* (art. de LAFAYE).
[21] SUETONIO, *Aug.*, 71.
[22] Ver en el *D. A.* los artículos *par impar* y *capita aut navia*.

los jugadores, un cálculo de probabilidades y cierto tacto psicológico: la *micatio,* la morra de hoy, en que dos hombres enfrentados «levantaban cada uno los dedos de la mano derecha variando en cada lance el número de los que se dejaban bajados y enunciaban en voz alta el total de los dedos levantados por uno y otro» [23], hasta que uno de los dos ganaba al dar el número justo. La *micatio* era tolerada en pleno

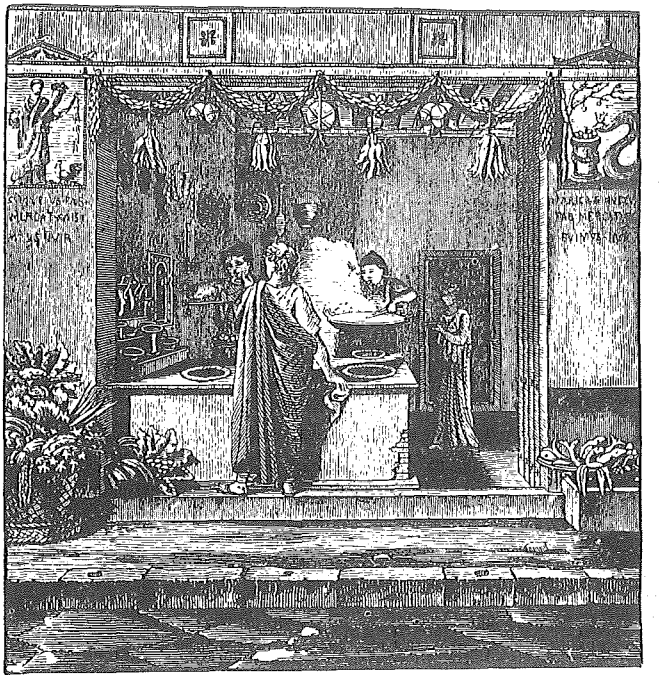


Fig. 203. — **Figón pompeyano.** (Restauración por Overbeck).

día en la Roma de los Antoninos. Desde Cicerón hasta San Agustín, pasando por Petronio y Frontino, la tradición latina es unánime en caracterizar la probidad sin mácula de un hombre aplicándole el viejo dicho: «Con él se puede jugar a la morra en las tinieblas»; y el Prefecto de la Ciudad no desterró la *micatio* del Foro hasta el siglo IV de nuestra era [24].

Por otra parte, mientras el juego de chaquete de los romanos *(duodecim scripta),* que como el nuestro subordinaba la marcha de los peones (*calculi*) a las cifras señaladas por los dados o las tabas, caía

[23] Ver el artículo de LAFAYE sobre la *micatio,* en *D. A.,* III, 1.890.
[24] *C. I. L.,* VI, 1.770.

evidentemente bajo la sanción de la ley, el «ajedrez» romano *(latrunculi)* estaba fuera de su alcance, puesto que las maniobras de sus peones sólo dependían de las previsiones y de la habilidad de cada jugador, no de la suerte; y este juego de combinaciones y de cálculo, en el cual sobresalieron en el siglo primero el estoico Julio Cano y el cónsul Pisón [25], y que, en tiempo de Marcial, poseía sus campeones [26] y sus profesores [27], nunca dejó de ser muy apreciado por el común de las gentes, para entretenimiento de los aficionados que allí medían sus fuerzas y de los mirones que comentaban sus jugadas. Si por casualidad los jugadores estimaban el juego demasiado complicado o el aparato necesario para él sobrado engorroso —un damero de sesenta casillas y peones de color y formato varios—, ellos se dedicaban a juegos de damas rudimentarios: esas *tabulæ lusoriæ* que improvisaban en cualquier lugar con unas rayas trazadas en el suelo o grabadas sobre los pavimentos, y de las cuales algunos *graffiti* nos han revelado la existencia bajo las arcadas de la basílica Julia y en el Foro.

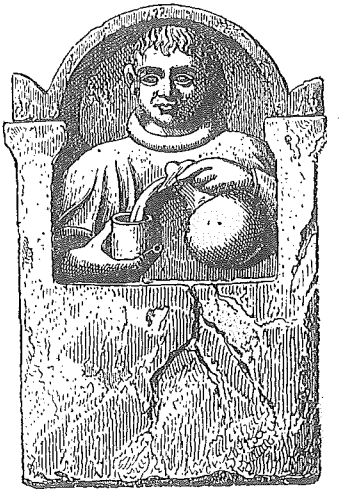


Fig. 204 — Cipo tumbal de un tabernero. (Museo de Bourges).

Mas éstos no eran todos los juegos. Numerosos bajos relieves representan niños aparentemente jugando a las «nueces», el antiguo equivalente de nuestros bolos. Esto explicaría la costumbre de regalar a las personas mayores, en las Saturnales, paquetes de nueces; lo cual nos hace pensar que a menudo, en las plazas y bajo los pórticos, los adultos se entretenían, lo mismo que los niños, en dividir una nuez sin quebrarla, en arrojar una sobre un montón de nueces sin desmoronar el rimero, en tratar de tocar con una nuez la de los adversarios, o en hacerla entrar en un agujero hecho en la tierra [28].

Esas eran distracciones lícitas y honestas, pasatiempos inofensivos que recuerdan las partidas de nuestros bochistas, y que en la antigüedad hicieron pasar una corriente de aire fresco y puro a través de la atmósfera ardorosa y viciada de la Ciudad imperial. Desgraciadamente, es muy probable que a la larga esos pasatiempos hayan perdido

[25] Ver el artículo *Latrunculi* de LAFAYE, en el *D. A.*
[26] MARCIAL, VII, 72, 7 y 92, 7.
[27] *C. I. L.*, XIII, 444.
[28] Ver el artículo *nuces* de LAFAYE, en el *D. A.*

mucho de su primitiva inocencia al servir de pretexto para hacer apuestas clandestinas. Sea lo que fuere, es seguro que bastaba a los ociosos un pequeño desvío de su paseo para satisfacer a escondidas el vicio al cual el emperador creía haber dado suficiente desahogo en el circo y en el anfiteatro. A menudo, las hosterías *(cauponæ)* y las tabernas *(popinæ* y *thermopolia)*, que vendían bebidas heladas y vino caliente, disimulaban en la trastienda un garito donde, todos los días del año y no sólo durante las Saturnales, podían cambiarse *sponsiones* y orga-

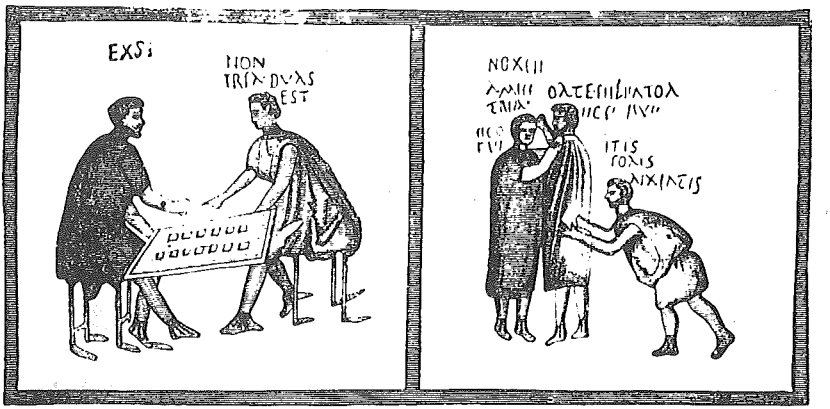


Fig. 205. — Riña entre jugadores en la trastienda de una taberna.

A la izquierda, dos hombres jugando una partida de *duodecim scripta*. El barbado exclama:

—¡Sale! *(Exsi)*, dando a entender que ha salido el número que él necesita para triunfar.

—No es un tres, sino un dos *(Non tria duas est)*, contesta el otro.

Y de las palabras pasan a los golpes, como lo muestra el cuadro de la derecha.

—¡Tengo tres, no dos; yo gané! *(Noxsi, a me tria, ego fui)*.

—¡Tramposo de nacimiento! ¡Yo gané! *(Orte fellator; ego fui)*.

El tabernero, que nada quiere saber de riñas en su *popina*, expulsa a empujones a los dos camorristas, gritándoles:

—¡Idos! ¡A pelear afuera! *(Itis; foris rixsatis)*.

(Pintura mural pompeyana, hoy en el Museo de Nápoles).

nizarse partidas de dados o de tabas. La legislación imperial, que castigaba a los jugadores *(aleatores)* con la misma severidad que a los ladrones [29], no alcanzaba al encubridor, es decir, al dueño del comercio donde aquéllos se refugiaban; la ley se limitaba a denegar al dueño el derecho de quejarse ante la justicia de los parroquianos que, enardecidos por el juego o desesperados por sus pérdidas, hubiesen atentado contra su persona o cometido violencia contra el moblaje de la taberna [30]. Protegidos por esa impunidad relativa, eran muy pocos los ta-

[29] Ver *supra*, n. 18.
[30] *Dig.*, XI, 5, 1.

berneros que no acreditaban su comercio con el agregado de un garito. Además, autorizados a contratar rameras como mozas de comedor, habían legalmente convertido las tabernas en prostíbulos [31].

Cítase a menudo la inscripción de Aesernia, en la que un viajero, de paso en esa localidad y echando cuentas con la dueña de la venta donde se ha alojado, está de acuerdo en abonar ocho ases (poco menos de un franco de antes de la guerra), que le son reclamados por los servicios que la maritornes de la casa le ha prestado durante la noche de albergue [32]. Podríase alegar también la *popina*, recientemente descubierta en la «Via dell'Abbondanza» de Pompeya, delante de la cual un llamativo cartel anuncia al pasante que tres garridas mozas *(asellæ)*

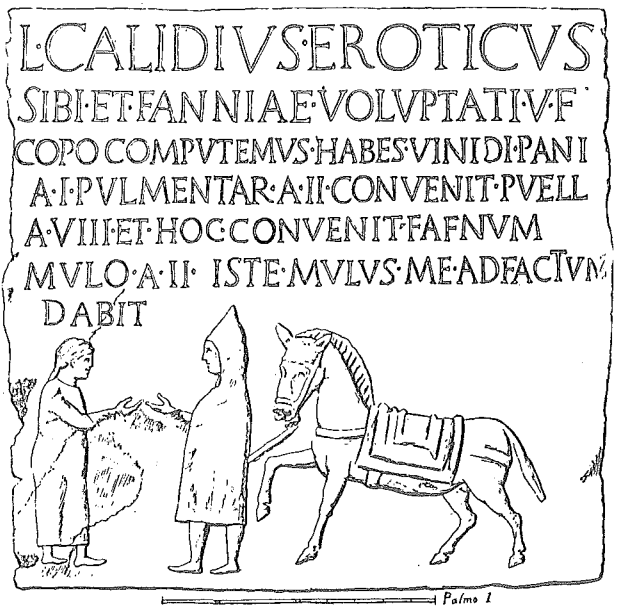


Fig. 206. — **La inscripción de Aesernia.**
Dice el epitafio: *L. Calidius Eroticus sibi et Fanniae Voluptati v(ivus) f(ecit);* y sigue un diálogo entre el viajero que se parte y la ventera.
VIAJERO: Ventera, echemos cuentas.
VENTERA: Por un sextario de vino y pan, un as; por la polenta, dos ases.
VIAJERO: De acuerdo.
VENTERA: Por la muchacha, ocho ases.
VIAJERO: También de acuerdo.
VENTERA: Pienso para el mulo, dos ases.
VIAJERO: Ya le haré pagar al mulo lo que ha gastado.
(Cf. *C. I. L.*, IX, 2.6691).

[31] *Dig.*, XXXII, 2, 43, 9; cf. VARRÓN, *De re r.*, I, 2, 23.

[32] En un grosero bajo relieve —reproducido en *D. A.*, art. *Caupona*, t. II, p. 974, fig. 1.258— se lee el siguiente diálogo:
VIAJERO: Ventera, echemos cuentas .
VENTERA: Por un sextario de vino y pan, un as; por la polenta (*pulmentarium*), dos ases.
VIAJERO: De acuerdo.
VENTERA: Por la muchacha, ocho ases (*Puellam asses octo*).
VIAJERO: También de acuerdo (*Et hoc convenit*).
Etcétera.

trabajan en la taberna [33]. Pero sería erróneo creer que Roma tenía que envidiar estas comodidades a los municipios italianos [34]. En la *Urbs* como en todas partes, las *cauponæ*, las *popinæ* y los *thermopolia* eran ramerías (*ganeæ*) más o menos disimuladas; y mientras las autoridades romanas, velando por la juventud deportista, habían establecido que los prostíbulos debían permanecer cerrados hasta la hora novena [35], las tabernas romanas ofrecían sus lascivas atracciones a cualquier parroquiano, desde la mañana hasta la noche. Los «cafetines» de dudosa moralidad quizá no alcanzaron en Roma el desarrollo que tienen en las grandes ciudades del mundo contemporáneo. Pero estuvieron muy difundidos y, tolerados por la policía de los ediles, se abrieron libremente a los azotacalles rijosos. Séneca atestigua que numerosos libertinos entraban en esos lupanares en lugar de dirigirse a la palestra, para pasar allí sus horas de ocio: *cum illo tempore vilissimus quisque ... in popina lateat* [36].

2. Las Termas

Felizmente para el pueblo romano, los hombres podían emplear en mejor forma sus horas de libertad; y los Césares, al construir *thermæ* para uso de los ciudadanos, brindaron a éstos una «recreación» en el más amplio y sano sentido de la palabra. El vocablo «termas» es de origen griego, pero representa una realidad puramente romana: la asociación, por vez primera, de la palestra, donde los cuerpos se fortalecían, con los baños, donde los cuerpos se limpiaban. Las termas son una de las más nobles y hermosas creaciones del régimen imperial. Construyendo termas, los Césares introdujeron la higiene en el programa de la Ciudad y la pusieron al alcance de las masas; además, con la maravillosa decoración con que dotaron esos edificios, hicieron de los ejercicios físicos y de los cuidados corporales un placer gustado por todos, un esparcimiento accesible aun a los más humildes [37].

Desde mediados del siglo tercero antes de Jesucristo, los romanos

[33] *Notizie degli Scavi*, 1911, pp. 431 y 457. Si se recuerda que el burro era famoso en la antigüedad por su apetito venéreo, el *cognomen* de las muchachas del establecimiento (*asellae*: burras) no resulta ininteligible. Cf. Mallardo, en la *Rivista di Studi Pomp.*, 1934, pp. 121-125; y año 1935, pp. 224-228.

[34] Cuando Nerón iba a Ostia por el Tíber, se establecían ex profeso algunas de estas hosterías-ramerías a lo largo de la costa, y el emperador iba haciendo en ellas sucesivas estaciones; Suetonio, *Nero*, 27.

[35] Persio, I, 33 y Escol., *h.* 1.

[36] Séneca, *De prov.*, V, 4. El *illo tempore* equivale, según el contexto, a la jornada entera: *totum diem*.

[37] Consultar en el *D. A.* los artículos *gymnasium, gymnastica ars, balneum* y *thermae*.

habían copiado a los griegos la costumbre de instalar cuartos de baño en las casas de la ciudad o en las villas del campo. Pero ese lujo sólo era permitido a los ricos, y la austeridad republicana, que impedía a Catón el Censor bañarse en presencia de su hijo, oponíase a la creación de baños fuera del círculo de la familia. Pero al cabo, el gusto a la limpieza fué más poderoso que el pudor exagerado. Durante el transcurso del siglo segundo antes de nuestra era, algunos baños públicos, distintos, naturalmente, para los hombres y para las mujeres, aparecieron en Roma: las *balneæ*, que el género femenino de su nombre distingue de los *balnea*, los baños privados [38]. Benefactores del pueblo dotaron con ellas sus respectivos barrios. Empresarios construyeron otras para sacar una ganancia de las entradas que cobraban. En el año 33 antes de Jesucristo, Agripa ordenó un censo de las *balneæ*: eran ciento setenta, y su número creció en lo por venir. Plinio el Antiguo renuncia a contar las de su época [39], y, más tarde, se aproximaron a mil [40].

El precio de la entrada que cobraban los arrendatarios encargados de la administración de las termas fué siempre ínfimo: un *quadrans* o cuarto de as [41] (tres centavos de antes de la guerra), que los niños estaban eximidos de pagar [42]. En 33 antes de nuestra era, Agripa, que era edil, y a quien en tal carácter incumbían el cuidado de los baños públicos, la verificación de sus aparatos de caldeamiento, la vigilancia de su limpieza y buen orden [43], quiso hacer destacar su magistratura mediante una liberalidad sensacional. Hízose cargo del pago de todas las entradas, lo que era consagrar, a lo menos durante el año de su edilidad, el carácter gratuito de los baños públicos de la *Urbs* [44]. Muy poco después, el mismo Agripa fundó las *thermæ* que llevan su nombre y cuyo acceso libre debía ser perpetuo [45]. Ese fué el principio de una revolución que, unida al concepto tutelar que el Imperio habíase forjado de su misión hacia las masas, se cumplió a la vez en la historia de la arquitectura y en la historia de las costumbres.

[38] VARRÓN, *L. L.*, IX, 68. Cf. BLÜMNER, *Rom. Privataltertümer*, p. 421.

[39] Cf. PLINIO, *N. H.*, XXXVI, 1; y la nota de BLÜMNER, *op. cit.*, p. 421, n. 8.

[40] Datos de los *Regionarios*: 858 *balneæ* en el *Curiosum*, 927 en la versión de Zacarías, 956 en la *Notitia*.

[41] SÉNECA, *Ep. Luc.*, 86, 9; MARCIAL, II, 52; III, 30, 4; VIII, 42, 1, 3; cf. HORACIO, *Sat.*, I, 3, 137 y JUVENAL, VI, 447.

[42] JUVENAL, II, 152. Las mujeres pagaban más que los hombres; JUVENAL, VI, 447. En Vipasca, la tarifa era de medio as para los hombres y un as para las mujeres (*C. I. L.*, II, 5.181, 19 y siguientes).

[43] SÉNECA, *Ep. Luc.*, 86, 10.

[44] PLINIO, *N. H.*, XXXVI, 121; cf. DIÓN CASIO, XLIX, 43.

[45] DIÓN CASIO, LIV, 29, 4. Cf. BLÜMNER, *op. cit.*, p. 422, n. 9; y el testimonio citado por el mismo en p. 422, n. 7, de FRONTÓN, p. 247 Naber.

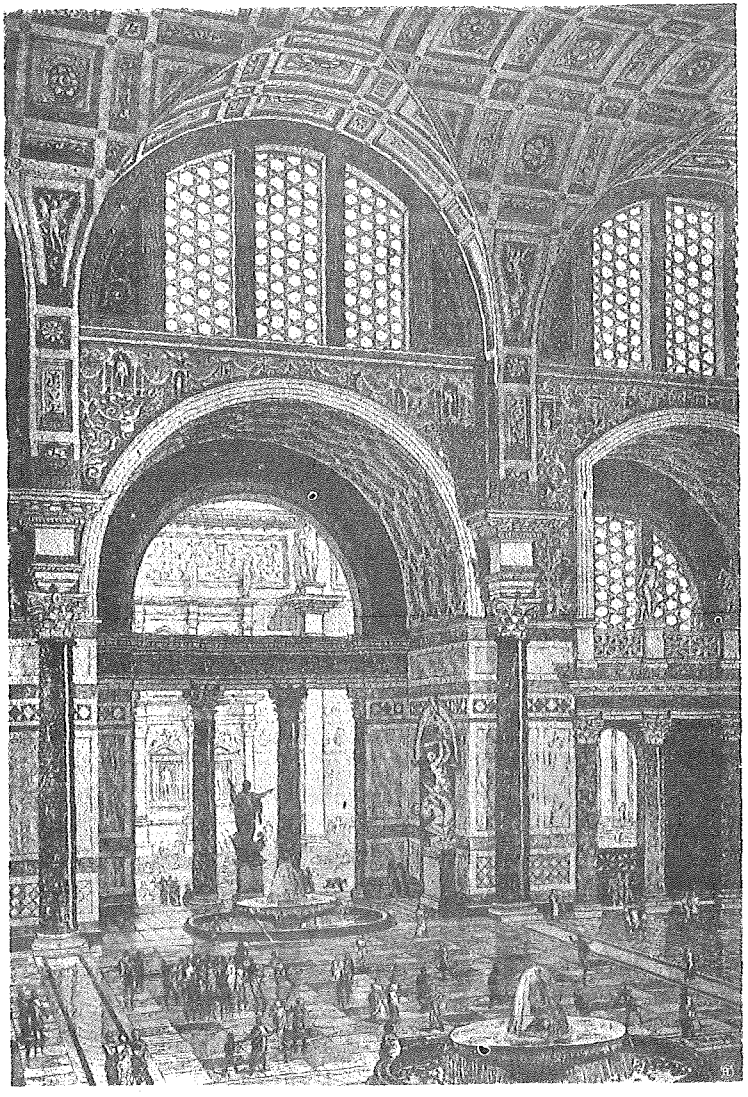


Fig. 207. — **Nave central de las termas de Caracalla.** (Reconstrucción por F. Thiersch).

Después de las termas de Agripa, fueron construídas las termas de Nerón en el Campo de Marte [46]. Luego Tito erigió las suyas al lado de la antigua Casa Dorada, con un pórtico exterior que daba frente al Coliseo y del cual subsisten aún varias pilastras con aparejo de ladrillo. En seguida Trajano edificó en el Aventino las termas que dedicó a la memoria de su amigo Licinio Sura; y al noroeste de las termas de Tito, en el sitio que antes ocupaba un sector de la *Domus Aurea* destruído por un incendio en 104, construyó otras, a las cuales bautizó con su nombre y pudo inaugurar el mismo día que su acueducto, esto es, el 22 de junio de 109 [47]. Más tarde fueron construídas las hoy llamadas termas

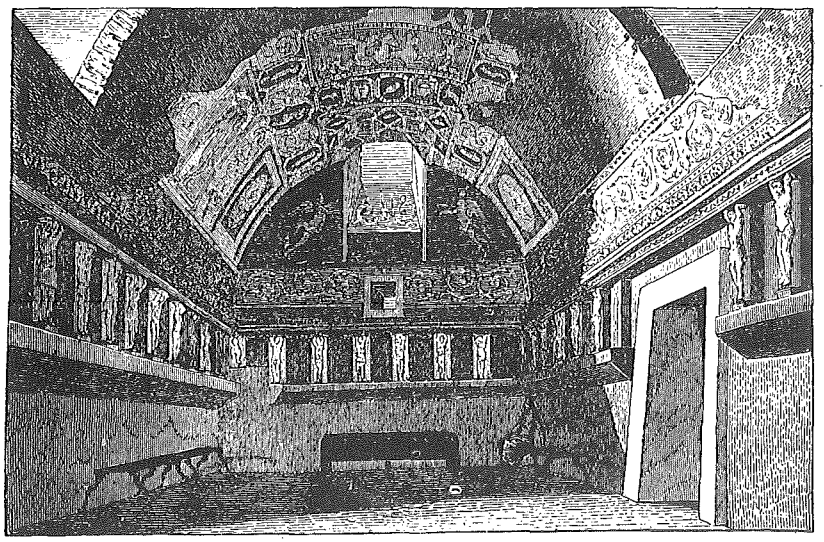


Fig. 208. — **El «tepidarium» de las termas menores de Pompeya.**
(De OVERBECK, *Pompeii*, fig. 121).

de Caracalla, aunque en realidad deberíamos denominarlas con su título oficial de «Termas de Antonino», puesto que, si bien Septimio Severo había puesto sus cimientos en 206 después de Jesucristo, ellas fueron inauguradas prematuramente por su hijo Antonino Caracalla, en 216, y concluídas por el último Antonino de su dinastía, Alejandro Severo, entre los años 232 y 235. Después se levantaron las termas de Diocleciano, en cuyos restos se alojan hoy el Museo Nacional Romano, la

[46] Consultar las noticias correspondientes en el *Top. Dict.* de PLATNER-ASHBY.

[47] Dato proporcionado por el fragmento de los *Fastos de Ostia* publicado en *Ann. épigr.*, 1933, nº 30, línea 10.

iglesia Santa María de los Ángeles y el oratorio de San Bernardo, y cuya gigante exedra está marcada por las curvas de la plaza que conserva su nombre. Por último, en el siglo cuarto de nuestra era, se construyeron las termas de Constantino, en el Quirinal.

Las mejor conservadas son las de Diocleciano, que cubren una superficie de trece hectáreas, y mejor aun las de Caracalla, que ocupan más de once hectáreas. Las termas de Caracalla son una de las maravillas de la antigua Roma, y sus ruinas desnudas y grandiosas dejan en el ánimo del turista menos sensible una impresión imborrable. Unas y otras exceden los límites del cuadro dentro del cual hemos decidido colocarnos, pero las ruinas de las termas de Trajano han sido en estos últimos años suficientemente estudiadas como para permitirnos conocer las formas principales de su planta y comprobar que ellas coinciden con las de las termas de Caracalla [48]. Entre éstas y aquéllas no hay, digámoslo así, nada más que una diferencia de escala: en las termas de Caracalla contemplamos una imagen apenas ampliada de las termas de Trajano. Por tanto, podemos con absoluta certeza imaginar cómo era la distribución típica de esas construcciones monumentales en los días en que despertaban el entusiasmo de Marcial.

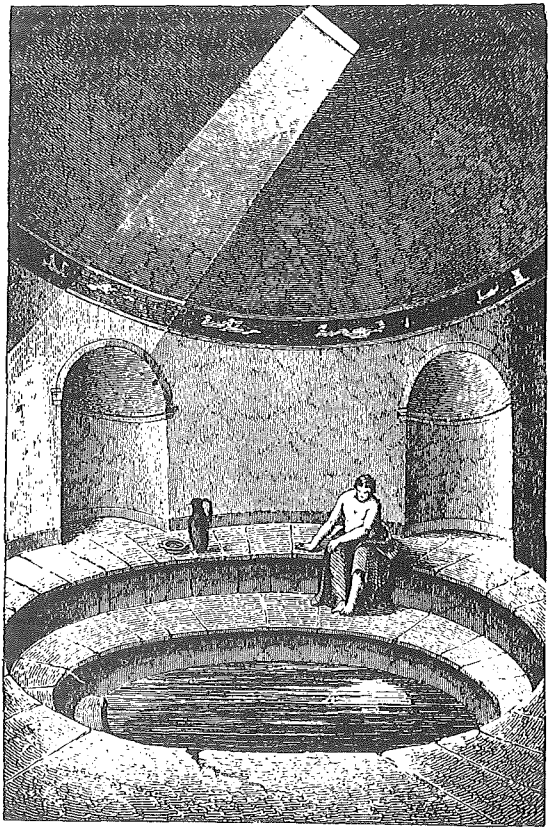


Fig. 209.—«Frigidarium» de las termas menores de Pompeya. (De OVERBECK, *Pompeii*, fig. 118).

[48] Consultar sobre este punto, LUGLI, *Monumenti*, t. I, p. 419.

Esas termas no eran solamente edificios en los que se hallaban reunidas las más diversas formas de baño: seco y húmedo, frío y caliente, piscinas colectivas y bañeras individuales; sino que además encerraban —dentro del enorme cuadrilátero bordeado exteriormente de pórticos con innumerables tiendas de todo género— jardines y paseos, estadios y salas de reposo, gimnasios y salas de «masaje», y hasta bibliotecas y verdaderos museos. Las termas ofrecían a los romanos un muestrario de las cosas que hacen la vida hermosa y feliz.

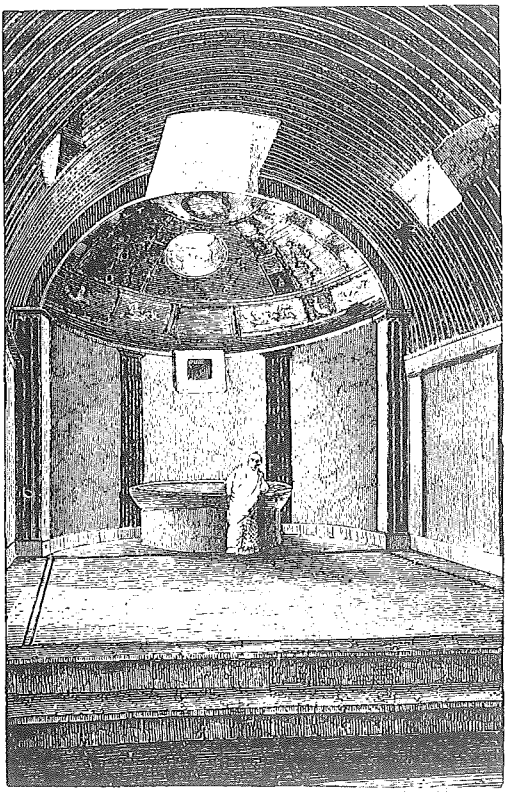


Fig. 210.—«Caldarium» de las termas menores de Pompeya. (De OVERBECK, *Pompeii*, fig. 119).

En el centro se levantaban los edificios de los baños propiamente dichos. Ningún *balnea* podía rivalizar con ellos, ni por el volumen de las aguas que vertían los acueductos en los depósitos, que en las termas de Caracalla ocuparon los dos tercios del costado sud con sus sesenta y cuatro cámaras abovedadas; ni por la compleja exactitud de su sistema de hornos, *hypocauses* e *hypocausta*, que transportaban el calor a las diferentes salas, donde la temperatura se graduaba según el destino de cada una de éstas. Cerca de las entradas estaban ubicados los vestuarios o piezas en las que los bañistas se desvestían: *apodyteria*. Luego el *tepidarium*, ancha sala de techo abovedado, cuya temperatura estaba apenas entibiada, se interponía entre el *frigidarium*, al norte, y el *caldarium*, al sud. El *frigidarium*, recinto sin duda demasiado vasto para ser cubierto, contenía la piscina donde se sumergían los bañistas. El *caldarium*, precedido por cámaras (*sudatoria, laconica*) en las que una elevada temperatura provocaba una transpira-

ción de baño turco, formaba una rotonda iluminada por el sol de mediodía y de la tarde y caldeada por los vapores que circulaban entre las *suspensuræ* del subsuelo. El *caldarium* estaba rodeado de pequeñas salas en las que la gente podía bañarse aisladamente. En el centro de la rotonda había una gigantesca pila de bronce; el agua de ésta era

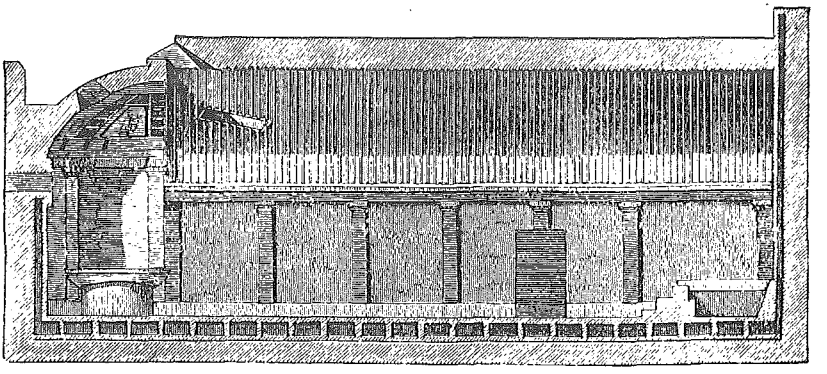


Fig. 211. — Sección longitudinal del «caldarium» de las termas menores de Pompeya. (De OVERBECK, *Pompeii*, fig. 122).

mantenida al grado de calor deseado mediante un hogar colocado inmediatamente debajo de ella, en el centro de la *hypocausis* que ocupaba todo el subsuelo del *caldarium*. Toda esa máquina colosal estaba flanqueada de palestras, y éstas a su vez rodeadas de *scholæ*, donde los bañistas podían dedicarse desnudos a sus ejercicios favoritos.

Pero hay algo más: ese grupo imponente de edificios era circuído por una explanada con árboles y fuentes, que servía de campo de juegos y que bordeaba, dominándola, una galería para pasear: el *xystus*. Detrás de éste se encorvaban las exedras de los gimnasios y de los salones de exposición. Allí residía la verdadera originalidad de las termas. La cultura física, asociada con la curiosidad intelectual, recibió allí su carta de ciudadanía romana. Allí fueron vencidas las objeciones hechas a la importación de los deportes a la griega. Sin duda, los conservadores continuaron mirando con temor y cierta repugnancia el atletismo, al cual acusaban de fomentar la inmoralidad por su afán exhibicionista y de desvirtuar el aprendizaje serio y viril del arte de la guerra, pues sus adeptos preferían mucho más hacer aplaudir su belleza que adquirir las cualidades de un buen soldado de infantería. Pero ya no se ofendieron más del «nudismo» en los baños, donde era de rigor andar en cueros, y allí admitieron una gran cantidad de juegos atléticos que no se practicaron como espectáculo, sino como indispensable complemento higiénico de los baños.

Hemos señalado en el capítulo anterior el fracaso parcial del *Agon Capitolinus*. En vano Augusto, Nerón y Domiciano habían tratado de realizar una revolución en las costumbres transplantando a Roma una copia de los juegos olímpicos. El honor de cumplir esa transformación estuvo reservado a las termas imperiales, cuando, en la época objeto de nuestro estudio, el pueblo romano hubo contraído, como una necesidad imperiosa, el hábito de concurrir a ellas todos los días y de pasar allí la mayor parte de sus horas libres.

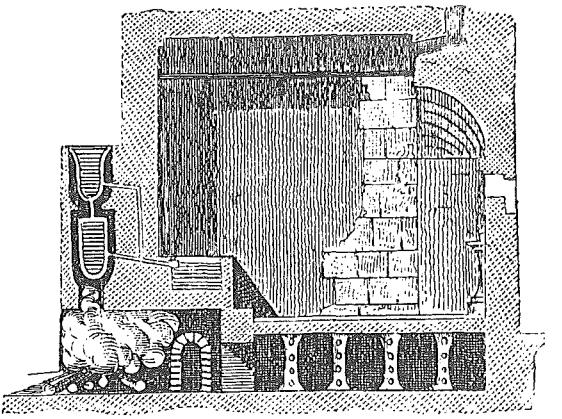


Fig. 212. — Corte esquemático del «calderium» de la «Villa de Diomedes», en Pompeya.

Los textos antiguos están de acuerdo en admitir que normalmente las termas cerraban a la caída del sol [49]; pero nos suministran acerca de la hora de apertura noticias que a primera vista parecen contradictorias. De un verso de Juvenal se desprende que las termas eran frecuentadas por el público desde la quinta hora antes de mediodía [50]; y esto es confirmado por un epigrama de Marcial, en que el poeta, procurando elegir para su baño el momento más oportuno, prefiere la hora octava a la sexta, calurosa en extremo, y aun a la séptima, todavía demasiado cálida [51]. Pero, por otra parte, la *Historia Augusta* refiere en la *Vida de Adriano* que una ordenanza de este emperador había dispuesto que nadie, excepción hecha en caso de enfermedad, fuera autorizado a bañarse en las termas públicas antes de la hora octava [52]; mientras en la *Vida de Alejandro Severo* se recuerda que en el siglo precedente esta autorización no era dada antes de la hora novena [53]. Por último, parece surgir de otros epigramas de Marcial que muchos hombres se bañaban a

[49] Ha habido *balneæ* que permanecían abiertas durante la noche: en Pompeya, donde los baños estaban provistos de lámparas; en Vipasca (cf. *infra*, n. 58) y en Roma (JUVENAL, VI, 419); pero, para las termas romanas, el funcionamiento durante la noche fué excepcional (H. A., *Sev. Alex.*, 24 y *Tac.*, 10).

[50] JUVENAL, XI, 205.

[51] MARCIAL, X, 48, 3-4. Cf. VITRUVIO, V, 11, 1.

[52] H. A., *Hadr.*, 22.

[53] H. A., *Sev. Alex.*, 25.

la hora décima [54], y que, cualquiera fuese la hora fijada para la apertura de los baños y anunciada por el *tintinnabulum*, el acceso a las termas estaba permitido al público mucho antes de que sonara la campana [55]. A mi juicio, el estudio de la planta de las termas y del reglamento que allí estableció el aislamiento de los sexos es lo único que puede sacarnos de esta confusión y reducir hasta conciliarlas las divergencias de nuestros documentos.

En la época de Marcial y de Juvenal, en los días de Domiciano y aun de Trajano, ninguna interdicción formal prohibía a las muje-

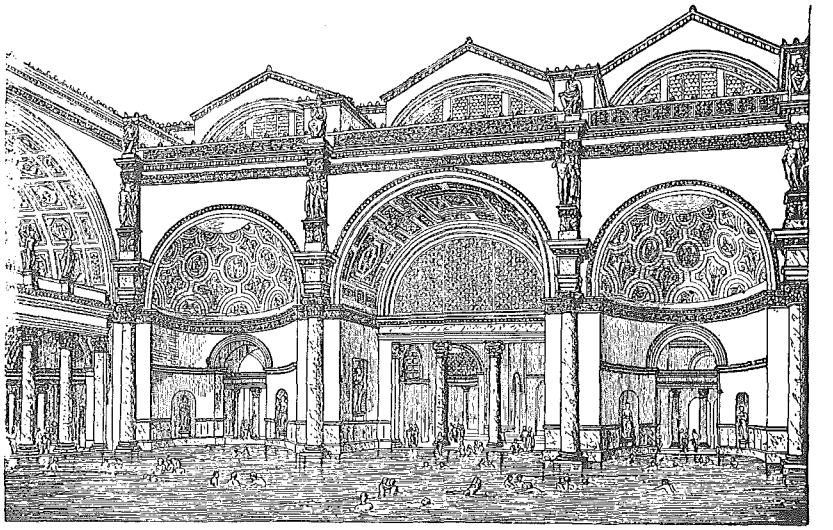


Fig. 213.—**El «frigidarium» de las termas de Caracalla.** (Reconstrucción de Viollet-le-Duc).

res bañarse con los hombres. Aquellas a quienes repugnaba esta promiscuidad podían dejar de ir a las termas y, en cambio, acudir a las *balneæ* especialmente dispuestas para su exclusivo uso. Pero en el siglo segundo había muchas mujeres que no deseaban privarse de los entretenidos deportes que precedían al baño en las termas, y preferían comprometer su reputación bañándose junto con los hombres [56]. De allí a medida que se acentuaba la boga de las termas, un recrudecimiento de escándalos que debía concluir por preocupar a las autoridades. Para poner término a ellos, Adriano dictó entre los años 117 y

[54] MARCIAL, III, 36, 6.
[55] MARCIAL, XIV, 143 y 163.
[56] PLINIO, *N. H.*, XXXIII, 153; QUINTILIANO, X, 9, 14; MARCIAL, III, 51 y 72; VII, 35; XI, 47; JUVENAL, VI, 421.

138 un decreto mencionado por la *Historia Augusta,* en virtud del cual separó los baños según los sexos: *lavacra pro sexibus separavit* [57]. Pero como la planta de las termas sólo incluye un *frigidarium,* un *tepidarium* y un *caldarium,* evidentemente es necesario deducir que la referida separación de los sexos se obtuvo no en el espacio, sino en el tiempo, señalando horas diferentes a los baños de los hombres y a los baños de las mujeres. Es la solución que muy lejos de Roma, pero precisamente durante el reinado de Adriano, preconiza el reglamento de los procuradores imperiales del *metallum Vipascense,* en Lusitania. Este reglamento establece que el *conductor* o adjudicatario de la *balnea* de ese distrito minero tiene la obligación de encender las calderas, para los baños de las mujeres, desde el comienzo de la hora primera hasta el término de la séptima, y, para los baños de los hombres, desde el comienzo de la hora octava del día hasta el fin de la hora duodécima de la noche [58]. Este horario de los baños de Vipasca no pudo ser aplicado tal cual en Roma, pues las termas de la *Urbs,* por su gran tamaño, no podían ser iluminadas artificialmente, como la aplicación de aquel horario hubiera exigido. Pero, en mi opinión, es indudable que en Roma se adoptó no el horario, pero sí el mismo principio, acomodando éste a las condiciones impuestas por la magnitud de las termas de la Ciudad. Por consiguiente, debemos tener en cuenta la planta de las termas romanas —con los baños en el centro y los monumentales anexos alrededor— y luego conciliar esa planta con las indicaciones dispersas en los textos antiguos: esto basta para lograr una reconstrucción muy verosímil del funcionamiento de las termas.

Como lo afirma Juvenal, las puertas de los anexos se abrían al público, sin distinción de sexo, a partir de la hora quinta del día. A la hora sexta se abría el edificio central, pero para las mujeres solamente. A la hora octava o a la novena, según fuera invierno o verano, la campana sonaba de nuevo. Entonces los hombres entraban en los baños, donde les era permitido permanecer hasta la undécima hora o hasta la duodécima. Sin duda débese inferir de esta distribución del tiempo que los hombres y las mujeres no se quitaban sus ropas nada más que en el interior del edificio central, y que las palestras incluídas dentro de las termas eran los únicos lugares donde podían practi-

[57] H. A., *Hadr.,* 18; cf. DIÓN CASIO, LXIX, 8; *C. I. L.,* VI, 579. Este dato de la H. A. sobre las disposiciones tomadas por Adriano con respecto a los baños debe ser completado con el que figura en H. A., *Hadr.,* 22. (Cf. *supra,* n. 52).

[58] *C. I. L.,* II, 5.181, línea 19 y siguientes: *omnibus diebus calefacere et praestare debeto a prima luce in horam septimam diei mulieribus et ab hora octava in horam secundam noctis viris.*

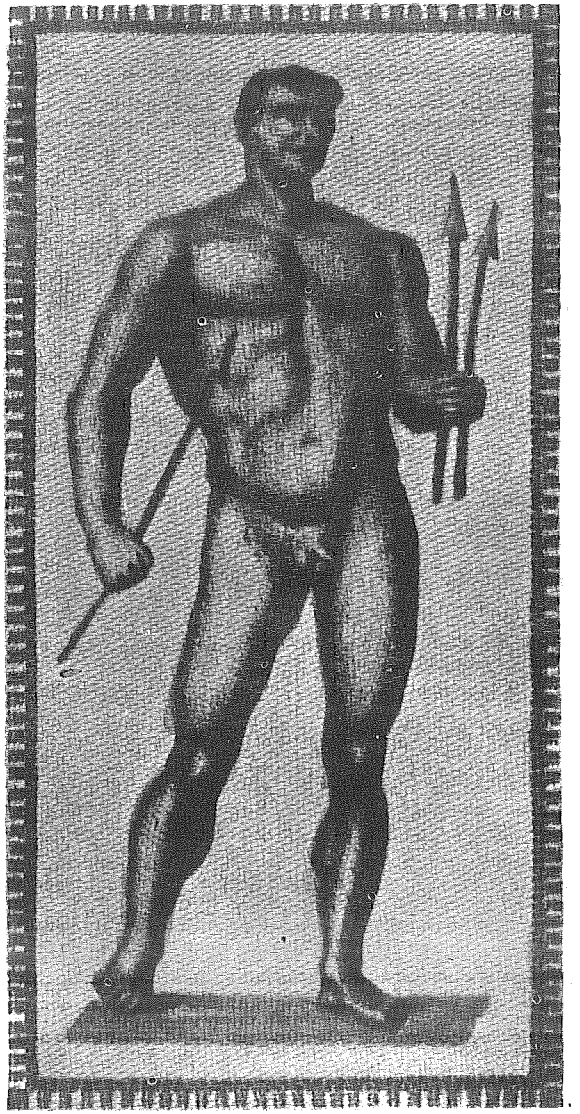


Fig. 214. — **Atleta.** (Mosaico de las termas de Caracalla, hoy en el Museo de Letrán, Roma).

carse deportes con el cuerpo desnudo. Esta última conclusión no debe sorprendernos, porque se revela a través de los textos que nos muestran los pasatiempos de los romanos en sus termas.

Recordemos, por ejemplo, el encuentro de Trimalción con los jóvenes libertinos a quienes en seguida invita a cenar. Ocurre a la hora del baño, en las termas, las termas de una ciudad de Campania, es cierto, pero copiadas de las de la capital. Encolpo y sus compañeros, sin desvestirse, se mezclan con los grupos formados aquí y allá en la palestra. De pronto su vista se detiene sobre «un viejo calvo, vestido de roja túnica y jugando a la pelota con varios esclavos jóvenes de larga y flotante cabellera... El vejancón llevaba puestas sandalias y jugaba con pelotas verdes. En cuanto una de éstas tocaba el suelo, se la abandonaba. Un esclavo, con su canastillo lleno de pelotas, en-

tregaba a los jugadores una nueva cada vez que esto sucedía.»[59] Este era un juego de balón para tres personas, que los romanos llamaban *trigon*, y en la cual tres jugadores, «colocados cada uno en el vértice de un triángulo, entraban en calor lanzando con una mano y cogiendo con la otra las pelotas que se arrojaban unos a otros con toda rapidez y sin avisar» [60]. Pero los romanos conocían muchas otras maneras de jugar a la pelota en las termas: una suerte de tenis, en que la palma de la mano servía de raqueta, como en la pelota vasca; el *harpastum*, en que los jugadores debían apoderarse de la pelota o *harpasta* «en medio de los otros competidores, no obstante los empujones, las carreras y las fintas», lo que producía gran fatiga y levantaba nubes de polvo; y aun otras variedades: bote, ple, etcétera [61]. A veces, la pelota, rellena de arena *(harpasta)* o de plumas *(poganica)*, era reemplazada con un balón lleno de aire *(follis)*, que los jugadores se disputaban con las manos, como en el «basket-ball», aunque con más elegancia que encarnizamiento [62]. A veces también el balón, de muy grande tamaño, estaba relleno de tierra o de harina, y los jugadores lo bombardeaban a puñetazos [63], como un moderno «punching-ball», cuando no se ejercitaban lanzando estocadas contra un poste clavado en el suelo. Tales eran los juegos que antecedían al baño: Marcial los cita en un epigrama dirigido a un filósofo amigo que hacía alarde de despreciarlos, y que para entrar en calor antes de sumergirse en las aguas del baño se limitaba a correr alrededor de una fuente:

«Atico, digno vástago de padres
disertos, cuya gloria continúas,
y que no dejas que una ilustre casa
se extinga en el olvido, a ti te place
acompañarte de la turba pía
que de Minerva las lecciones sigue;
tú gozas con modesto pasatiempo,
y eres amigo de cualquiera sabio,
en tanto que otros jóvenes se rompen
la frente, recibiendo la enseñanza
de un maestro gimnasta, que les unta
el pellejo, y les roba su dinero.
No con juegos del globo, o de pelota,
o de la bala llena de plumaje,

[59] PETRONIO, 27.
[60] LAFAYE, art. *Pila*, en *D. A.*, IV, p. 477.
[61] *Ibid.*, p. 476.
[62] MARCIAL, XIV, 47.
[63] Ver en el *D. A.* el artículo *corycus*.

ni dando golpes contra nudo poste,
a ingresar en el baño te preparas.
Tú no tiendes a modo del atleta,
tus brazos de salientes venas llenos
y frotados de aceite; tú no tomas
el polvoriento tejo por el aire;
más en correr junto a la fuente virgen
te aplaces, o en lugares donde el toro
arde de amor por la Sidonia joven.
Es perezoso aquel que, cuando puede
correr sencillamente, se dedica
a los variados juegos de la arena.»[64]

Pero los juegos que más arriba hemos mencionado y los que Marcial enumera en este epigrama no agotan todos los que los romanos practicaban. Podemos agregar la simple carrera y la carrera haciendo rodar un aro metálico *(trochus)*, cuyas vueltas caprichosas se dirigían con un bastoncillo ahorquillado que se llamaba «llave» [65]. Este era un juego muy gustado de las mujeres, las cuales tampoco despreciaban el manejo de los pesados *halteres* de plomo, que levantaban repetidas veces con los brazos hasta caer rendidas de fatiga [66]. Mas es de advertir que, en todos estos juegos, hombres y mujeres estaban vestidos con una túnica, como Trimalción, o con un ajustado y breve paño para cubrir las vergüenzas, como hasta la sodomita Filenis se veía obligada a conservar cuando jugaba al *harpastum* [67], o con un manto sencillo y abrigado hecho ex profeso para los deportes, o sea la *endromis* que Marcial envía de regalo a un amigo con este amable y discreto mensaje:

«Te remito una endrómida, vestido
exótico muy grueso, que trenzado
fué por obrera gala de Sequania,
y que a pesar de ser de origen bárbaro
de Esparta lleva el nombre. Tal presente
es de villano aspecto, pero nunca
en helado diciembre despreciable.
Ora frotado con aceite y cera
en luchas te ejercites; ora sudes
lanzando el trigon; ora con tu mano
arrojes el harpasto polvoriento,
o impelas a saltar al globo plúmeo:

[64] MARCIAL, VII, 32.
[65] Ver en el *D. A.* el artículo *trochus*.
[66] JUVENAL, III, 421, y MARCIAL, VII, 67 y XIV, 49.
[67] MARCIAL, VII, 67, 4-5.

ora por fin en la carrera intentes
vencer al rápido Athas, tal vestido
impedirá que el frío penetrante
en tus húmedos miembros se deslice,
y no habrás de temer los chaparrones
de impetüosa Iris. Finalmente,
con prenda tal te burlarás del viento
y lluvias: que mejor abrigo no hallas
en un manto de púrpura de Tiro.» [68]

En la lucha atlética, al contrario, los contendientes actuaban sin ropa alguna, con la piel untada con *ceroma,* pomada hecha de aceite

Fig. 216. — Atletas luchando. (Museo de Florencia).

y cera que tenía la propiedad de suavizarla, y cubierta con una capa de polvo para impedir que el cuerpo resbalara entre las manos del adversario. La lucha se realizaba en las palestras del edificio central, cerca de las cámaras que, en las ruinas de las termas de Caracalla, los arqueólogos han identificado con los *oleoteria* y los *conisteria* [69]. A esas cá-

[68] MARCIAL, IV, 19; sobre la *endromis,* cf. E. POTTIER, en *D. A.,* II, 616.
[69] Cf. LUGLI, *op. cit.,* I, p. 425.

maras iban a someterse a las unciones y cuidados de rigor no sólo los luchadores, sino también las luchadoras, en las que Juvenal incrimina la complacencia lúbrica con que se entregaban a los manoseos del «masajista» [70].

El deporte estaba así íntimamente unido al baño, que se dividía en tres etapas sucesivas. Ante todo, el bañista, cubierto de sudor por el ejercicio realizado, iba a desnudarse, si ya no lo había hecho, a uno de los vestuarios (*apodyteria*) del establecimiento termal. Luego entraba en uno de los *sudatoria* que flanqueaban el *caldarium* y activaba su transpiración en esa atmósfera de estufa: era el «baño seco». A continuación penetraba en el *caldarium,* donde también reinaba una temperatura muy elevada, y en el cual podía, además, acercándose al *labrum,* rociar su piel con agua caliente y frotarla luego

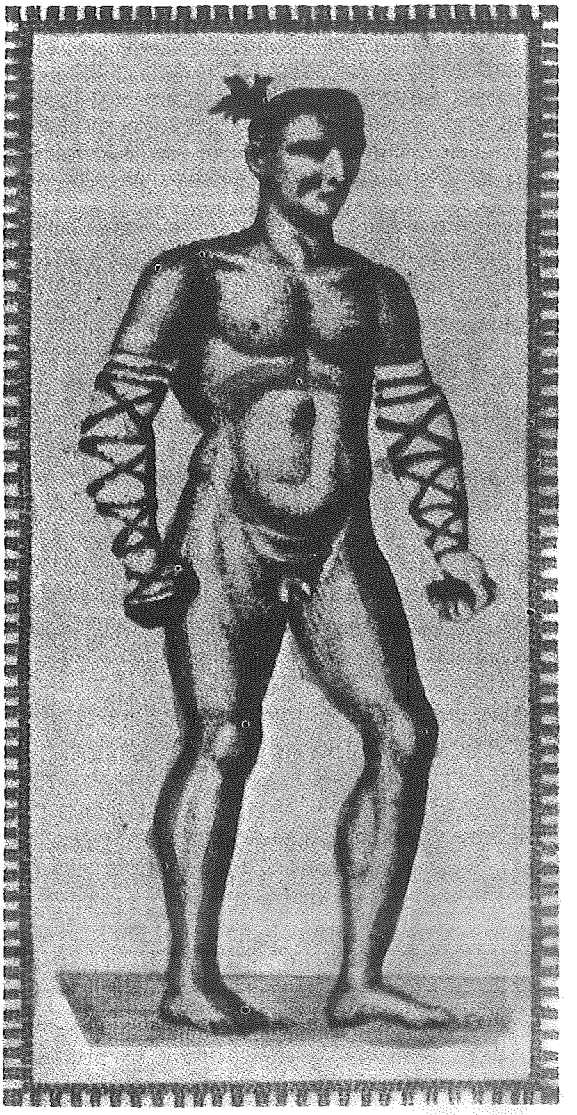


Fig. 217. — **Atleta.** (Mosaico de las termas de Caracalla, hoy en el Museo de Letrán, Roma).

[70] JUVENAL, VI, 421.

con la *strigilis*. Cuando quedaba limpio y enjuto, volvía sobre sus pasos y se detenía un momento en el *tepidarium* para que la transición del calor al frío no fuera muy brusca, y finalmente iba a sumergirse en la piscina del *frigidarium*. Tales son las tres fases del baño higiénico recomendado por Plinio el Antiguo [71], por las cuales pasan los bañistas de la novela de Petronio [72] y también los de los epigramas de Marcial, aunque con la particularidad de que este último deja a sus imaginarios personajes la libertad de suprimir uno de los pasos del proceso [73].

Debemos reconocer que al bañista le resultaba imposible frotarse convenientemente a sí mismo con la *strigilis* ante el *labrum*. Una ayuda le era indispensable, y, si no había tomado la precaución de hacerse acompañar por sus esclavos, este servicio no era gratuito. Una anécdota de la *Historia Augusta* prueba que se miraba dos veces antes de hacer el gasto.

El emperador Adriano, nos cuenta su biógrafo, se bañaba a menudo en las termas públicas, mezclado con sus súbditos. Un día, viendo a un veterano, a quien había conocido tiempo antes en el ejército, frotarse la espalda contra el mármol que cubría las paredes de ladrillo del *caldarium*, le preguntó por qué se friccionaba de ese modo. El ex soldado contestóle que lo hacía por falta de dinero para pagar un esclavo, y el príncipe le dió en seguida esclavos y dinero. Naturalmente, al otro día muchos bañistas comenzaron a rascarse contra la pared para atraer sobre sí la generosidad del emperador. Pero Adriano, ¡oh decepción!, les recomendó que mutuamente se prestaran aquel servicio. El biógrafo añade que esta fricción mutua se convirtió desde ese día en un juego de moda en las termas: *ex quo ille iocus balnearis innotuit* [74].

Pero es lícito pensar que sólo los pobres practicaban ese juego. Los ricos tenían recursos para hacerse frotar, enjugar y perfumar a voluntad. Cuando los futuros huéspedes de Trimalción salen del *frigidarium*, encuentran a su ocasional anfitrión todo inundado de perfumes y haciéndose secar no con una toalla común, sino con servilletas de la más suave, fina y esponjosa lana, por tres «masajistas» que, después de disputarse el honor de almohazarle, «le envuelven en un manto de felpa escarlata y le acomodan en su litera.» [75] Trimalción, debidamente secado por las hábiles manos de esos especialistas y mecido en su litera, vuelve directamente a su casa, donde le aguarda la cena

[71] PLINIO EL ANTIGUO, XXXVIII, 55.
[72] PETRONIO, 28.
[73] MARCIAL, VI, 42.
[74] H. A., *Hadr.*, 16.
[75] PETRONIO, 28.

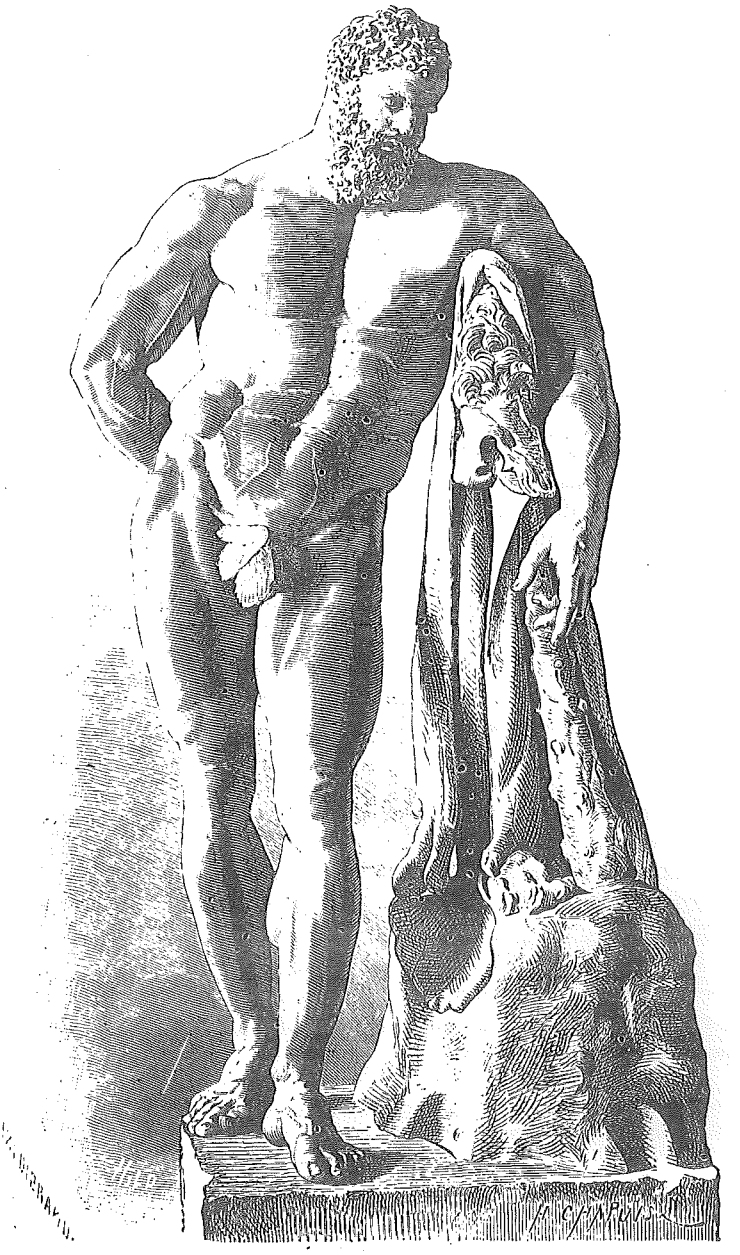


Fig. 218. — **Hércules Farnesio, hallado en las termas de Caracalla.** (Museo de Nápoles)

La mayoría de los bañistas, al contrario, sobre todo aquellos cuya casa era menos rica y la mesa menos provista que la de Trimalción, se demoraban en las termas y gozaban hasta el último minuto de sus apacibles distracciones. Se reunían, entre amigos, en los salones de conversación y en los *nymphæa*. O bien iban a leer un libro a las bibliotecas. Las bibliotecas de las termas de Caracalla estaban situadas una en cada uno de los extremos de la hilera de las cisternas, y se reconocen a primera vista por los nichos rectangulares abiertos en los muros para recibir los *plutei* o cofres de madera que contenían los preciosos *volumina* [76]. O bien paseaban tranquilamente por el *xystus*, entre las obras de arte con que los emperadores, sistemáticamente, habían poblado las termas. No olvidemos que las excavaciones modernas han extraído de las termas de Caracalla el Hércules, la Flora y el Toro Farnesios, el torso de Belvedere y las dos hermosas fuentes que hoy se admiran en la plaza del palacio Farnesio; y a estas obras maestras se unían, en las citadas termas, los mosaicos del pavimento, los mármoles que guarnecían los muros, las bóvedas artesonadas y las columnatas con capiteles decorados con figuras heroicas [77]. Las termas de Trajano no estuvieron menos suntuosamente ornadas, y de ellas procede, en particular, el famoso grupo de Laocoonte, hoy en el Vaticano [78]. Es imposible que, después de sus ejercicios y de sus baños, los romanos, con el bienestar físico y la lasitud agradable que entonces experimentaban, no se hayan dejado penetrar dulcemente por la belleza que los envolvía.

Sin duda, los mismos romanos han murmurado de sus termas, donde no puede negarse que florecieron muchos males. También es muy cierto que, bajo los pórticos exteriores que circuían el monumento, albergábanse muchos figoneros, taberneros y alcahuetes de ambos sexos [79]; que allí fácilmente se hallaba donde hartarse de comer, de beber y de hacer lo que por honestidad se calla; que muchos, deseosos de entrar en calor y sudar para luego tener apetito y sed, sólo repetían sus ejercicios y baños a fin de poder después multiplicar sus copas y sus comidas, exponiéndose así a morir de un ataque fulminante [80]; que excesos como los de Cómodo, que tomaba hasta ocho baños por día, tenían por fuerza que enervar los músculos y descomponer los nervios; y que, por último, es lícito reprocharles una idea que las mismas víctimas reconocían cínicamente: «los baños, el vino y las hembras

[76] Sobre las bibliotecas de las termas de Caracalla, cf. LUGLI, *op. cit.*, I, p. 420. Iguales bibliotecas en las termas de Diocleciano, cf. H. A., *Prob.*, 2.

[77] Cf. LUGLI, *op. cit.*, I, pp. 417-418.

[78] Cf. LUGLI, *op. cit.*, I, p. 207.

[79] *Dig.*, III, 2, 4, 2.

[80] JUVENAL, I, 143; cf. HORACIO, *Ep.*, I, 6, 61; PERSIO, I, 3, 93; SÉNECA, *Ep.*, 15, 3.

Fig. 219. — **El grupo de Laocoonte.** (Vaticano).

corrompen nuestros cuerpos; ¡pero estas cosas constituyen la vida! *(balnea, vina, Venus corrumpunt corpora nostra sed vitam faciunt!).*»[82]

Sin embargo, yo estoy persuadido de que las termas imperiales han beneficiado grandemente a las masas. En su imponente majestad marmórea, ellas no fueron sólo el espléndido «Palacio del Agua Romana»[82]. Fueron sobre todo el Palacio del Pueblo, con el cual sueñan hoy nuestras democracias. Antaño los romanos adquirieron en las termas la afición a la higiene del cuerpo, a los deportes útiles y a la cultura desinteresada, y de esta suerte pudieron, durante varias generaciones, demorar su decadencia mediante un retorno al viejo ideal que había inspirado su pasada grandeza, y que en el siglo segundo preconizaba Juvenal: «Un espíritu sano en un cuerpo sano *(orandum est ut sit mens sana in corpore sano).*»[83]

3. La Cena

Tras la fatiga tónica experimentada en las termas venía la cena. El sol se inclina ya sobre el horizonte, y no hemos visto todavía comer a los romanos. Empero, conocemos a muchos de ellos que hacían cuatro copiosas comidas cada día[84], y los textos cuentan comúnmente tres comidas cotidianas, las cuales, por otra parte, cambiaron de nombre en el curso de los siglos. En Roma, el *jentaculum,* la *cena* y la *vesperna,* se convirtieron, a raíz de la desaparición de la *vesperna,* y durante todo el período clásico, en el *jentaculum,* el *prandium* y la *cena*[85]. En el siglo segundo de nuestra era, algunos romanos habían conservado la costumbre de hacer tres comidas, por ejemplo Plinio el Antiguo, aunque nadie podía decir que el Naturalista pecaba de goloso[86]; y, en general, lo mismo hacían los viejos por prescripción de los médicos de la época[87]. Pero la mayoría, después de haber bebido al levantarse un vaso de agua pura[88], suprimían, por consejo de los «higienistas», uno de los dos primeros. Galeno sólo tomaba un *jentaculum* hacia la hora cuarta[89], y los soldados se contentaban con el *prandium* a mediodía[90].

[81] Cf. Saglio, en *D. A.*, I, p. 663.
[82] Cf. Octave Homberg, *L'Eau romaine,* París, 1935.
[83] Juvenal, X, 356.
[84] Cf. Suetonio, Vit., 13 y Dión Casio, LXV, 4, 3.
[85] Festo, *s. v. cena,* p. 49 Lindsay.
[86] Plinio el Joven, *Ep.,* III, 5, 10-11.
[87] Galeno, *De Sanitate Tuenda,* V, 332, p. 143 ed. Koch en el *Corpus Medicorum Graecorum;* cf. Paulo de Egina, I, 23.
[88] Marcial, XI, 104, 4.
[89] Galeno, *De Sanit.,* VI, 412, p. 181 Koch.
[90] Sobre la hora del *prandium,* cf. Suetonio, *Claud.,* 34. En el campo, la hora estaba subordinada a las necesidades del trabajo, cf. Tito Livio, XXVIII, 15, 7.

Además, ni el *jentaculum* ni el *prandium* eran muy copiosos. El *jentaculum* de que habla Marcial se compone de pan y queso [91]; el *prandium* reducíase en ocasiones a un simple trozo de pan [92], aunque ordinariamente se agregaba carne fría, legumbres y frutas, todo regado con un trago de vino [93]. El *jentaculum* de Plinio el Antiguo sólo era un ligero tentempié *(cibum levem et facilem)*. Su *prandium* se limitaba a una liviana merienda *(deinde gustabat)* [94]. *Jentaculum* y *prandium* eran despachados con tanta rapidez, que no había necesidad de poner la mesa antes *(sine mensa)* ni de lavarse las manos después *(post quod non sunt lavandæ manus)* [95]. Ambos eran, evidentemente, colaciones frías tomadas de pie y de prisa; y la única comida digna de este nombre era, para todos, la que se ingería al anochecer: la *cena*.

Cuando leemos la vida de Vitelio o de otros personajes de su calidad, sentímonos inclinados a creer que los romanos pasaban la vida en la mesa. Al contrario, cuando se examina con mayor atención la realidad, se advierte que la mayoría de ellos sólo se sentaba a la mesa al terminar la jornada, como lo hacía cien años ha un delicado gastrónomo, el príncipe de Benevento, en la embajada francesa de Londres [96]. A los romanos se les suele representar como glotones insaciables; mas cuando se estudian sus costumbres se comprueba que, hasta la noche, se pasaban casi sin comer.

Cierto es que al llegar la noche eran capaces de recuperar el tiempo perdido engullendo como lobos. Pero también en esto conviene desconfiar de las opiniones engañosas y no arriesgar un juicio precipitado.

Grave error sería creer que las *cenæ* de los romanos eran comilonas pantagruélicas. La verdad es que, en escenarios semejantes, con costumbres y una etiqueta idénticas, las *cenæ* diferían grandemente entre sí. Según las circunstancias, el carácter de los comensales, su nivel moral, los romanos sabían hacer de su única comida una grosera francachela o un banquete lleno de distinción y delicadeza.

Si se exceptúan los monstruos históricos, un Vitelio, un Nerón, que se sentaban a la mesa desde mediodía [97], la hora en que se iniciaba la cena era sensiblemente la misma para todos: después del baño, es decir, al terminar la hora octava en invierno, la novena en verano. Es la hora que se había adoptado en el círculo de Plinio el Joven [98]; y

[91] MARCIAL, XIII, 31.
[92] SÉNECA, *Ep.*, 83, 6.
[93] MARCIAL, XIII, 13.
[94] PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, III, 5, 10.
[95] SÉNECA, *Ep.*, 83, 6.
[96] Cf. *Revue de Paris*, 1º de junio de 1938 (Recuerdos de Wessenberg sobre Talleyrand), pp. 885 y siguientes.
[97] SUETONIO, *Nero*, 27.
[98] PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, III, 1, 8-9.

es también la que Marcial señala a su amigo Julio Cereal, a quien invita a reunirse con él a la hora octava en la *balnea* de Esteban, la más próxima a su domicilio, para ir después del baño a cenar a casa del poeta [99]. En cambio, la hora en que terminaba la cena variaba según se tratara de una comida corriente o de un festín extraordinario, o según se tratara de un invitado frugal o de un glotón famoso. En principio, una cena decente y discreta debía concluir antes de cerrar la noche. Cuando Plinio el Antiguo se levantaba de la mesa, todavía era de día en verano y, en invierno, la hora primera de la noche aun no había transcurrido [100]. Sin embargo, la regla ha sufrido numerosas y notables excepciones; y para considerar todos los casos extremos, recordemos que la cena de Nerón se prolongaba hasta medianoche [101]; la de Trimalción, hasta las primeras horas del día [102]; la de los juerguistas citados por Juvenal, hasta «la hora del alba, la misma hora en que los ilustres capitanes de lo pasado hacían avanzar sus insignias y levantaban el campo.» [103]

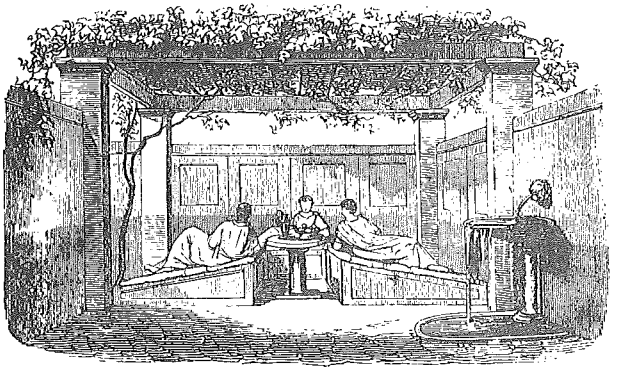


Fig. 220. — El triclinio de la «Casa de Salustio», en Pompeya.

La cena, cualquiera sea su duración, realízase siempre, cuando es ofrecida por gente de dinero, en una pieza especial de la casa o del departamento: el *triclinium*, que mide de largo el doble de su ancho [104] y deriva su nombre de los lechos *(lectus)* de tres plazas *(triclinia)*, sobre los cuales se acuestan los convidados. Este es un detalle capital al que nosotros difícilmente nos acostumbraríamos, y que da a la cena cierto parecido con las comidas orientales, en las que los divanes substituyen a nuestras sillas y sillones. Pero por nada del mundo los ro-

[99] MARCIAL, XI, 52; cf. X 48.
[100] PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, III, 5, 13.
[101] SUETONIO, *Nero*, 27.
[102] PETRONIO, 79.
[103] JUVENAL, VIII, 9-12.
[104] VITRUVIO, VI, 3, 8.

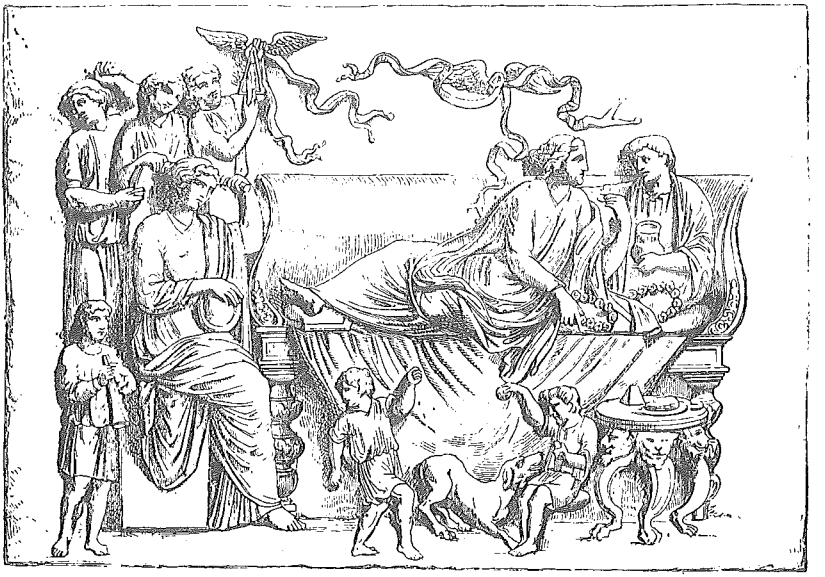


Fig. 221. — Comida en familia. (Bajo relieve romano; cf. MONTFAUCON, *Antiq. expliq., Suppl.*, III, 66).

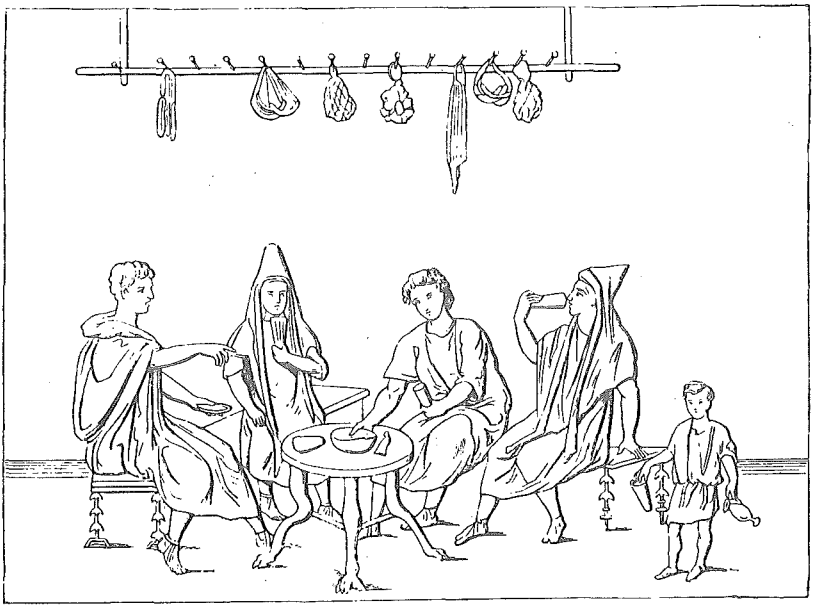


Fig. 222 — Escena en una hostería. (Pintura mural pompeyana, Museo de Nápoles).

manos hubieran consentido omitir ese detalle. Lo consideraban un elemento indispensable de su bienestar y también un signo de elegancia y de superioridad social. Comer sentado había sido antaño propio de las mujeres, que tomaban asiento a los pies de su maridos [105]. Pero ahora que las matronas se acostaban al lado de sus esposos en los *triclinia*, sólo se sentaban los niños, para quienes se disponían escabeles delante del lecho de sus padres [106]; o los esclavos, que no recibían de sus amos la autorización para recostarse como ellos nada más que en los días de fiesta [107]; o los rústicos aldeanos y provincianos de la lejana Galia [108]; o los parroquianos de paso en las tabernas [109] y en las hosterías [110]. Ya hubiesen vestido o no el traje de las grandes

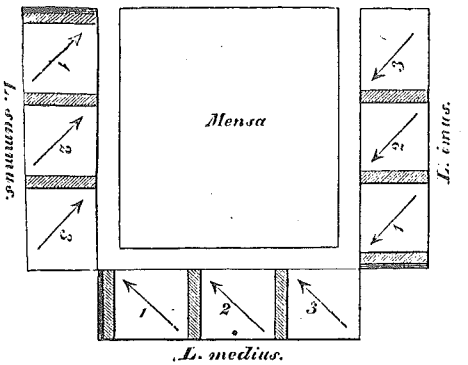


Fig. 223. — **Esquema de un «triclinium».**

Fig. 224. — **«Sigma» o «stibadium».** (Pintura mural pompeyana).

[105] VALERIO MÁXIMO, II, 1, 2.

[106] SUETONIO, *Claud.*, 32; cf. TÁCITO, *Ann.*, XIII, 16. Suetonio califica esta costumbre de antigua. Este uso se conservó, por lo menos hasta el siglo III, en una ceremonia tradicional como era el banquete de los Hermanos Arvales, según se comprueba por una indicación de los *Acta Arvalium* del 27 de mayo de 218 de nuestra era (cf. *C. I. L.*, VI, 2.104, línea 12).

[107] COLUMELA, XI, 1, 19.

[108] Ver ESPÉRANDIEU, *Recueil des bas-reliefs de la Gaule romaine*, VI, Nos. 5.154 y 5.155; VIII, Nos. 6.449 y 6.489.

[109] MARCIAL, V, 70.

[110] Ver la pintura mural pompeyana que representa el interior de una hostería (fig. 222).

cenas —esa *synthesis* de tenue muselina, adecuada al calor que el comensal siente en los banquetes, y que se cambiaba a veces durante la comida [111]—, los romanos hubieran creído rebajarse si no se hubiesen acostado para cenar, hombres y mujeres, unos al lado de las otras. Y la opinión pública encomiaba la conducta del austero Catón de Utica, quien, en señal de duelo por la derrota del ejército senatorial, había cumplido fielmente hasta su muerte el juramento que prestara en la víspera de Farsalia: comer sentado todo el tiempo que se mantuviera triunfante la tiranía de Julio César [112].

Fig. 225. — «Stibadium» debajo de un «velum». (Pintura mural pompeyana).

Alrededor de una mesa cuadrada, de la que un costado permanecía libre para el servicio, estaban alineados tres lechos en declive, que subían hacia la mesa. El borde superior de cada lecho llegaba un poco más arriba del nivel de la mesa. Sobre cada cama, más o menos lujosa y provista de colchón y cobertores, había tres plazas marcadas por cojines de separación. El mal educado que nada quería saber de incomodarse por sus invitados ocupaba a veces, él solo, todo el lecho del medio, o a lo sumo permitía que otro comensal, y nada más, se acostara a su lado, o, mejor dicho, «abajo» de él [113].

Los lugares estaban, en cierto modo, jerárquicamente «superpuestos», y su distribución era dictada por una minuciosa etiqueta. El lecho

[111] MARCIAL, V, 79.
[112] PLUTARCO, *Cato min.*, 56.
[113] JUVENAL, VI, 13.

de honor era el que no tenía otro enfrente, sito detrás de la mesa *(lectus medius)*; y el mejor lugar era el de la derecha: el llamado lugar consular *(locus consularis)*. Venía luego en orden de mérito el lecho colocado a la izquierda del precedente *(lectus summus)* y, en último término, el de la derecha *(lectus imus)*. En estos dos lechos laterales el lugar privilegiado estaba a la izquierda, al lado del *fulcrum* o cabecera del lecho [114]. En cada cama, los comensales estaban recostados al sesgo, con el codo izquierdo apoyado en un almohadón y con los pies, descalzos y lavados al entrar [115], al pie de la cama. A menudo

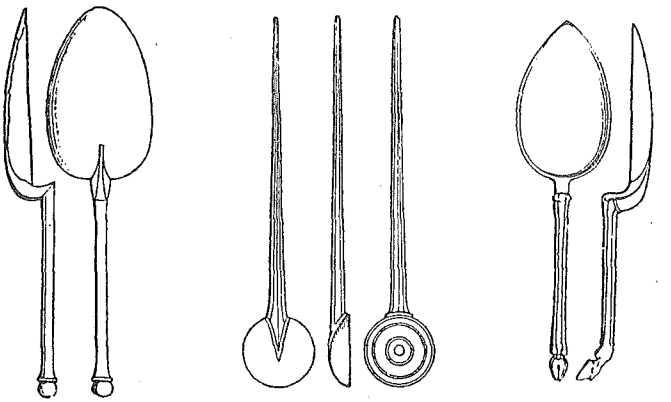


Fig. 226. — Cucharas de plata halladas en Pompeya. (Museo de Nápoles).

se usaba una mesa redonda en lugar de una cuadrada, y, en este caso, en vez de tres lechos había un lecho único *(stibadium)* dispuesto en torno a ella en arco de círculo, o, como entonces se decía, en forma de *sigma lunar*. Los personajes más importantes ocupaban los extremos del *stibadium*, sobre el cual había lugar, en rigor, para nueve comensales, aunque de ordinario sólo se admitían siete u ocho [116]. Si había más de nueve invitados, era necesario disponer otros *stibadia* u otros *triclinia (triclinia sternere)* en el comedor habitualmente previsto para treinta y seis comensales, o sea cuatro mesas [117], o para veintisiete comensales, o sea tres mesas solamente [118].

Un ujier *(nomenclator)* los anunciaba y les indicaba su cama y

[114] Consultar el artículo *Cena* del *D. A.*

[115] PETRONIO, 31.

[116] Esta etiqueta todavía era observada en el siglo V de nuestra era, cf. SIDONIO APOLINAR, *Ep.*, I, 11. Sobre el número de plazas del *sigma* o *stibadium*, cf. MARCIAL, X, 41, 5-6; XIV, 87; H. A., *Ver.*, 5; *Heliog.*, 29. Un excepcional *stibadium* de doce plazas se cita en SUETONIO, *Aug.*, 70.

[117] VITRUVIO, VI, 7, 3.

[118] CICERÓN, *Verr.*, IV, 26, 46; ATENEO, II, 47 f.

su lugar. Numerosos sirvientes *(ministratores)* llevaban los platos y las copas a las mesas. A partir de Domiciano se adoptó la costumbre de cubrir las mesas con manteles *(mappæ)* [119]; pero con anterioridad sólo se limpiaba la madera o el mármol después de cada servicio [120]. Usaban cuchillos [121], mondadientes [122] y cucharas de formas varias: cucharón o *trulla;* cuchara o *ligula,* capaz de poco más de un centilitro (un cuarto de *cyathus*); y la pequeña cuchara puntiaguda o *cochlear,* con la cual se tomaban y vaciaban huevos y mariscos [123]. Lo mismo que los árabes en la actualidad o que los franceses de principios de la Edad Moderna, los romanos no conocían los tenedores. Debían comer con los dedos, lo que les obligaba a lavarse las manos repetidas veces: antes de la comida y, durante ésta, entre servicio y servicio. Esclavos llevando aguamaniles circulaban cerca de los lechos y vertían agua fresca y perfumada sobre las manos de los convidados, que en seguida enjugaban con una toalla [124]. Además, cada invitado tenía para su uso personal una servilleta, que extendía delante suyo para no manchar el cobertor de su lecho. La costumbre había establecido que los comensales podían, al terminar el banquete, llevarse consigo sus respectivas servilletas llenas de manjares que no habían tenido tiempo de comer: los *apophoreta* [125].

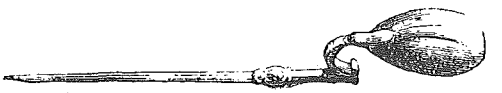


Fig. 227. — «Cochlear». (Hallada en Avenches; cf. *D. A.*, fig. 1689).

Hubiera sido menester el apetito de Gargantúa para poder terminar las minutas de esos festines en que el anfitrión procuraba subyugar a sus huéspedes con el número y variedad de los platos y con la riqueza de la vajilla. Las minutas, que conocemos por algunos textos literarios, componíanse a lo menos de siete servicios o *fercula (quis ferculа septem secreto cenavit avus?* [126]): el entremés o *gustatio,* tres entradas, dos platos de carne y el postre o *secundæ mensæ.* Nosotros los vemos desfilar, aumentados con un asado suplementario, en el festín de Trimalción, que es un «banquete ridículo», pero cuya comicidad

[119] MARCIAL, XII, 29, 12. Se debía cambiar la *mappa* después de cada servicio.

[120] HORACIO, *Sat.*, II, 8, 10.

[121] Sobre los cuchillos, cf. JUVENAL, XI, 133.

[122] Sobre el *dentiscalpium* o mondadientes,, cf. PETRONIO, 33 y MARCIAL, XIV, 22; III, 82, 9.

[123] Sobre estos utensilios, cf. los artículos correspondientes del *D. A.* Sobre el *cochlear,* en especial, cf. PETRONIO, 33 y MARCIAL, XIV, 121.

[124] PETRONIO, 31.

[125] HORACIO, *Sat.*, II, 8, 63; PETRONIO, 32 y 60; MARCIAL, II, 37.

[126] JUVENAL, I, 94-95.

reside no en la superabundancia de alimentos —apenas más sorprendente que la minuta de un banquete oficial citado por Macrobio tres siglos después [127]—, sino en la increíble mentecatería del anfitrión, en el pueril entusiasmo que éste manifiesta ante sus propias invenciones y en la pretenciosa ridiculez de su vajilla. «En la bandeja destinada a los entremeses se levantaba un borriquito de bronce corintio, llevando unas alforjas que contenían a un lado aceitunas verdes y al otro negras. Por encima y formando una suerte de techo, dos fuentes de plata mostraban, bien grabados en su borde, el nombre de Trimalción y el peso del metal. Unos arcos en forma de puente sostenían lirones condimentados con miel y adormideras. Mas allá, gordas salchichas humeaban

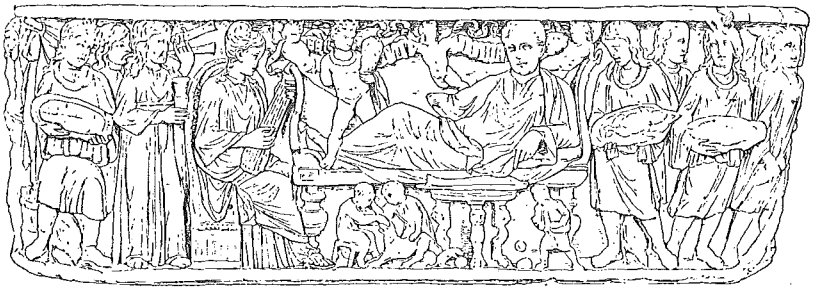


Fig. 228. — **Festín Romano.** (Museo de Letrán, Roma).

sobre una parrilla de plata, y bajo la parrilla había ciruelas damascenas y pepitas de granada.» [128] Los invitados estaban aún comiendo los entremeses, cuando llegaron los siervos con la primera entrada: «trajeron una gran fuente con una canastilla, en la cual veíase una enorme gallina de madera que, con las alas abiertas en redondo, parecía como que empollaba. Al punto se acercaron dos esclavos, revolvieron la paja, sacaron huevos de pavo real y los distribuyeron entre los comensales.» Y los sorprendidos invitados de Trimalción comprobaron que cada huevo «contenía un papahigo muy gordo envuelto en yema de huevo y pimienta.» [129]

La segunda entrada llegó en una fuente de monumental y grotesco arreglo: «Era un centro de mesa en forma de globo, alrededor del cual figuraban en círculo los doce signos del Zodíaco. El cocinero había colocado sobre cada uno el manjar que por su naturaleza o forma tenía alguna relación con las constelaciones. En Aries había garbanzos; en Tauro, un pedazo de carne bovina; en Géminis, riñones y criadillas; en

[127] MACROBIO, *Sat.*, II, 9. Esta minuta está analizada en *D. A.*, I, p. 1.282.
[128] PETRONIO, 31.
[129] *Ibid.*, 33.

Cáncer, una sencilla corona; en Leo, higos de África; en Virgo, la matriz de una lechona; en Libra, una balanza, en uno de cuyos platillos había una torta y en el otro un pastel; en Escorpio, un pececillo; en Sagitario, una liebre; en Capricornio, una langosta; en Acuario, un pato; y en Piscis, dos barbos marinos. En el centro del globo, una mata de grama, artísticamente esculpida, sostenía un panal de miel.» Descubierta la parte superior del complicado globo, «aparecieron selectos

Fig. 229. — **Un festín.** (De un vaso pintado del *Museo* de Nápoles).

manjares: aves cebadas, ubres de cerda y una liebre con alas en el lomo figurando un Pegaso», mientras en los ángulos del centro de mesa podían verse «cuatro sátiros con sendos odres, de los cuales brotaban chorros de salmuera con pimienta que iban a engrosar las aguas de un Euripo en miniatura, en el que nadaban peces fritos.» [130]

Tras lo cual aparecieron los platos de carne, cada uno presentado de diferente modo. El primero era «una fuente colosal, sobre la que yacía una jabalina enorme. Llevaba la bestia un gorro de liberto, y de los colmillos le colgaban dos canastillas llenas, una de dátiles de Siria, la otra de dátiles de Tebaida. Jabatos de pasta cocida al horno se apretujaban alrededor de la hembra, prendidos de sus tetas.» [131] Consumido este plato, «allegáronse unos sirvientes trayendo a hombros una enorme fuente con una ternera cocida y con un casco en la cabeza. Detrás de la ternera entró el trinchante *(scissor)*, disfrazado

[130] *Ibid.*, 36.
[131] *Ibid.*, 37.

de Ayax, que, espada en mano y con furibundos ademanes, comenzó a cortarla en pedazos, y en seguida, con la punta del arma, fué distribuyendo los trozos del animal entre los maravillados comensales.» [132]

Por último llegaron los postres, «un bandejón de pasteles, que tenía en el centro una figura de Príapo hecha de pasta y llevando una cesta de uvas y otros frutos.» [133]

Entre la cena propiamente dicha y los postres, llamados *secundæ mensæ,* las mesas fueron quitadas y reemplazadas con otras; y mientras los *triclinarii* realizaban ese cambio, otros echaban por el suelo serrín teñido de azafrán y bermellón [134]. Parecía que entonces todo el mundo, harto y repleto, no hubiera debido pensar sino en despedirse e irse a dormir. Pero, en el momento en que daba la impresión de terminar, la fiesta comenzó de nuevo; y Trimalción, habiendo hecho tomar un baño caliente a sus invitados, los condujo a un segundo *triclinium,* donde, dice Petronio, el vino corría a mares, de modo que aquellos que estaban cansados de comer pudieron por lo menos seguir bebiendo con arreglo a los ritos de la *commissatio,* terminación corriente de las *cenæ* demasiado copiosas.

Una primera libación iniciaba la comida. Después de los entremeses se saboreaba el vino melar: *mulsum.* Entre los otros servicios, los *ministratores,* al propio tiempo que entregaban a los convidados pequeños panes calientes [135], se apresuraban a llenar sus copas con los vinos más diversos, desde los del Vaticano y de Marsella, ordinarios y desacreditados [136], hasta el inmortal Falerno [137]. El vino era conservado, gracias a la resina y a la pez mezcladas con él, en ánforas cuyo gollete estaba obturado con tapones de corcho o de arcilla y provisto de un marbete *(pittacium)* mencionando el origen y el año de la cosecha [138]. Las ánforas se destapaban durante el festín; y, con una coladera que filtraba el líquido, vertíase el contenido en la crátera, de donde luego se pasaba a las copas. Los romanos no bebían puros esos vinos espesos y fuertes; los pocos que así lo hacían eran considerados anormales y viciosos [139]. En la crátera se realizaba la mezcla del vino con el agua, refrescada con nieve o, al contrario, previamente calentada. La proporción de agua casi nunca descendía del tercio y a veces alcanzaba cuatro quintas partes. Después de la cena, la *commissatio* [140], especie de libación proto-

[132] *Ibid.,* 59.
[133] *Ibid.,* 60. Parece que había dos postres, cf. 68.
[134] *Ibid.,* 68.
[135] *Ibid.,* 35.
[136] MARCIAL, X, 36 y 45.
[137] MARCIAL, IX, 93.
[138] Ver en el *D. A.,* el artículo *vinum.*
[139] MARCIAL, I, 11, VI, 89.
[140] Ver en el *D. A.* los artículos *vinum* y *coena.*

colar, consistía en una serie de copas vaciadas de un trago [141], siguiendo las instrucciones del presidente, único autorizado para señalar el número de copas, que todos por igual debían beber, y el número de *cyathi* (0 l. 0456) a verter en cada copa; el número de *cyathi* variaba de uno a once [142]. Además, el presidente era el que indicaba la forma de beber: a la redonda, comenzando por el comensal más distinguido *(a summo)*; o por turno, cada uno llenando la copa que acababa de vaciar y pasándosela al vecino con un voto de buen augurio; o eligiendo un comensal a cuya salud los presentes vaciaban tantas copas como letras tenían sus *tria nomina* de ciudadano romano [143].

¿Cómo podían los estómagos más sólidos soportar tales excesos? ¿Cómo las cabezas mejor plantadas podían resistir los abusos de las *commissationes?*

Quizá el número de las víctimas era algunas veces menor que el de los comensales. A menudo, en efecto, había en esas comidas ostentosas, en esos orgiásticos festines, muchos llamados y pocos elegidos. Por vanidad, el amo de casa invitaba a cenar al mayor número de gente posible. Después, por avaricia o egoísmo, se abstenía de tratar a sus huéspedes como se trataba a sí mismo. Plinio el Antiguo critica a aquellos de sus contemporáneos que «sirven a sus invitados vinos diferentes de los que ellos beben, o substituyen los buenos con malos durante la comida.» [144] Plinio el Joven refiere haber estado presente en un banquete ofrecido por «un hombre espléndido y económico, según él; en mi opinión, suntuoso y mezquino a la vez. Para él y corto número de invitados servían platos excelentes; y para los demás, cosas comunes y hasta malos desperdicios. Había tres clases de vinos en vasijas pequeñas y diferentes; no para dejar campo a la elección, sino para suprimirla. El primero era para el dueño de la casa y para los que ocupaban los puestos distinguidos. El segundo, para los amigos de segunda clase, porque su amistad tiene grados; y por último para sus libertos y los nuestros.» [145] Marcial reprocha a Lupo, porque su impúdica amante «come un delicado pan, amasado en forma de joya femenina, mientras el pan que roen los invitados es duro y de negra harina. Para aquélla corre el enardecedor vino de Setia, tan cálido que haría hervir la nieve; mientras los otros comensales beben el líquido turbio y ponzoñoso de una tinaja corsa.» [146] Por último, Juvenal ha consagrado más de cien versos a la comida ofrecida por Virrón. Este ricacho, inculto y grosero, sabo-

[141] PLINIO, *N. H.*, XIV, 22.
[142] MARCIAL, I, 26, 9; VI, 78, 6.
[143] MARCIAL, VIII, 36, 7; IX, 93, 3; XI, 36, 7.
[144] PLINIO, *N. H.*, XIV, 91.
[145] PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, II, 6.
[146] MARCIAL, IX, 2.

reaba añejos vinos y delicados panes de fino trigo candeal, hartábase de hígados de ánsar, trufas, setas, mújoles pescados en Taormina, gordas pollas cebadas y deliciosas frutas que podían creerse maduradas en el Jardín de las Hespérides, mientras a su lado los comensales debían contentarse con un ordinario vino recién cosechado, zoquetes de pan negruzcos y con gusto a moho, hediondos repollos fritos en grasa rancia, hongos sospechosos, rabadillas de gallos viejos y, como postre, manzanas amargas como tueras [147]. En vano Plinio el Joven protestó vivamente contra «esa monstruosa mezcla de avaricia y prodigalidad» [148]. La concordancia de los testimonios antiguos demuestra que ese hábito estaba ampliamente difundido. Era una costumbre repudiable, pero a lo menos tuvo la ventaja de disminuir los estragos causados en las *cenæ* por la glotonería.

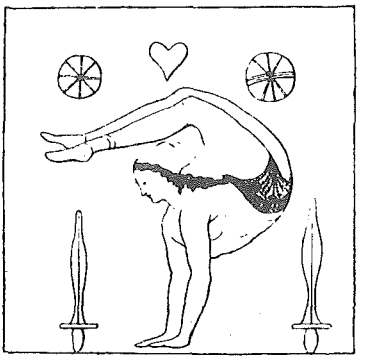


Fig. 230. — Mujer acróbata. (De un vaso pintado del Museo de Nápoles).

Por otra parte, los males de la gula también eran atenuados por la lentitud con que la cena desarrollaba su desmesurado programa. Lo mismo que el festín de Trimalción, muchos banquetes duraban ocho y diez horas, interrumpidos por intervalos: después de los entremeses, un concierto a cuyo compás se hacía bailar un esqueleto de plata; después de un servicio de carne, las contorsiones de un acróbata y el *cordax* bailado por Fortunata; antes del postre, adivinanzas varias, una lotería y la sorpresa del cielo raso artesonado que se abría para dar paso a una inmensa bola, de la cual colgaban coronas de oro y vasos de alabastro llenos de perfumes, que se repartían entre los comensales [149]. Además, hubiérase considerado que la cena no era completa si hubiesen faltado las payasadas de los bufones, las procaces bromas de los graciosos, [150] y, sobre todo, las danzas lascivas, bailadas al son de castañuelas, en cuyos contoneos las españolas de Cádiz tenían tanta fama en la Roma imperial [151] como hoy las Ulad Nail entre los árabes de Algeria. Plinio el Joven, a quien no le hacían gracia esos torpes entretenimientos y que no los toleraba en su casa [152], estaba obligado a sufrirlos en las casas de sus amigos.

147 JUVENAL, V, 24-156.
148 PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, II, 6.
149 PETRONIO, 34-35; 52-53; 58; 60.
150 PLINIO EL JOVEN, IX, 17.
151 JUVENAL, XI, 162-175, y MARCIAL, V, 78, 26-28.
152 PLINIO EL JOVEN, IX, 17, 2.

Tales interrupciones ayudaban a los comensales a digerir la copiosísima comilona, y ésta casi siempre terminaba en una orgía de serrallo, cuya indecencia veíase agravada por la increíble grosería de los convidados.

Lo mismo que entre los árabes, el eructar en la mesa era una

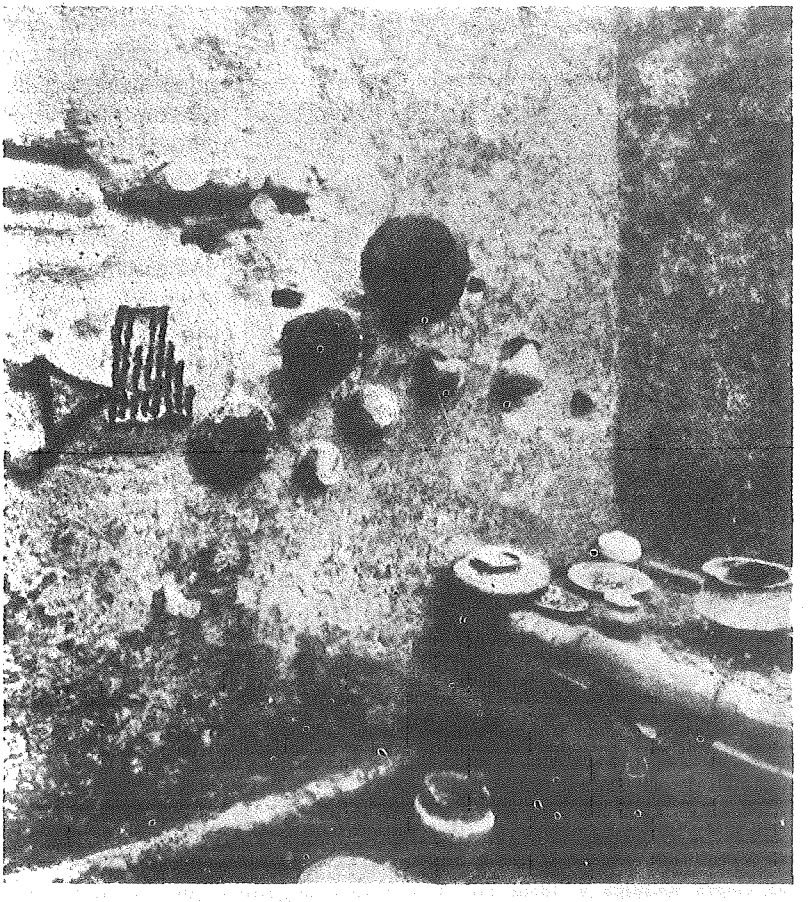


Fig. 231. — **Rincón de una cocina pompeyana.**

finura justificada por los filósofos, para quienes seguir los impulsos naturales era la última palabra de la sabiduría [153]. Llevando más lejos

[153] CICERÓN, *Ad Fam.*, X, 22, 5; MARCIAL X, 48, 10; JUVENAL, III. 107; PLINIO EL JOVEN, *Pan.*. 49.

esa doctrina, Claudio proyectó un edicto autorizando la emisión de otras descargas gaseosas, que los árabes, empero, se abstienen de soltar [154]; y los médicos de la época de Marcial recomendaban la práctica de las libertades prescritas por un emperador tan bien intencionado como ridículo [155]. Música de esta clase no faltaba en el banquete de Trimalción, quien «nunca se oponía a que sus invitados descargaran sus ventosidades en la mesa.» [156]. Pero el anfitrión era suficientemente educado como para levantarse del *triclinium* cuando sentía una necesidad más apremiante. Aunque no todos los anfitriones compartían sus escrúpulos, y se ven, en Marcial, muchos que, con una castañeta, llaman al esclavo que les alcanza un orinal y le ayudan a servirse de él [157]. En fin, al terminar la cena era frecuente ver a los borrachos comensales manchando con sus vómitos los preciosos mosaicos del piso [158]; y lanzar la comida en un retrete contiguo era siempre el medio más eficaz para llegar sin reventar hasta el final de la inverosímil francachela: *vomunt ut edant, edunt ut vomant* [159].

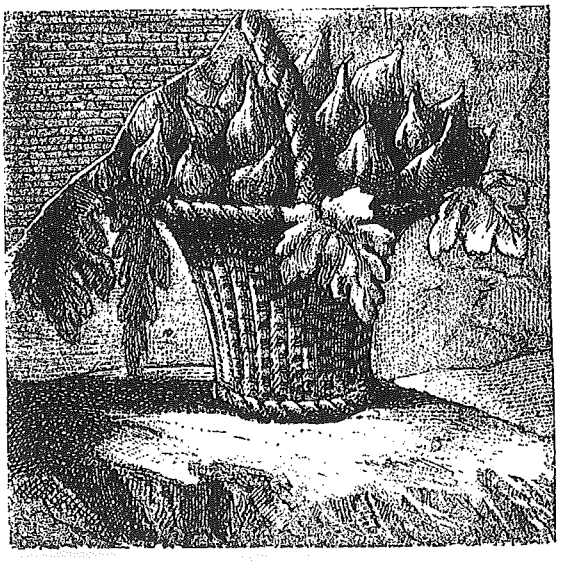


Fig. 232. — **Lujos de la mesa: higos para postre.** (Pintura mural de Pompeya).

No podemos ocultar el disgusto que nos inspiran estas repugnantes descripciones, ni dejar de comprobar la existencia en Roma, en todas las clases sociales y hasta en los círculos elegantes que frecuentaba Plinio el Joven, de un elevado número de glotones y bebedores incorregibles. Basta escuchar a Petronio cuando pondera las habilidades del exi-

154 SUETONIO, *Claud.*, 32.
155 MARCIAL, VII, 18.
156 PETRONIO, 47.
157 MARCIAL, III, 82.
158 JUVENAL, XI, 174-175.
159 SÉNECA, *Cons. ad Helv.*, X, 3.

mio cocinero que sabía «hacer de la vulva de una cerda un pez, del tocino una paloma, del jamón una tórtola y de las tripas una gallina» [160], para apreciar la consumada destreza de los cocineros romanos, convertidos a la sazón en maestros en el arte de preparar platos cuyos complicados adobos impedían reconocer los ingredientes originales [161]. Basta recorrer el libro duodécimo de los *Epigramas* de Marcial para advertir los progresos de la gastronomía de su tiempo, la excelencia y la variedad de los elementos de que ella disponía para sus combinaciones. De los golfos vecinos a la *Urbs* se extraían peces comestibles. El Mediterráneo suministraba mariscos y crustáceos. En los bosques de Laurentiun y Cimino abundaba la caza mayor y menor. Los campos vecinos proporcionaban la carne y la leche de sus manadas y rebaños, los quesos de Trebula y de los vestinos, así como hortalizas de toda clase: coles y lentejas, habas y lechugas, rábanos y nabos, pepinos y calabazas, espárragos y melones. Piceno y Sabina eran regiones famosas por la calidad de sus aceites. De España procedían los encurtidos con que se sazonaban los huevos; de Galia, las salchichas; de Oriente, las especias; y de todas las comarcas de Italia y del mundo, los vinos y las frutas: manzanas, peras e higos de Jío, limones y granadas de África, dátiles de los oasis, ciruelas de Damasco. Cada especie tenía sus aficionados; y Juvenal nos brinda una colección de comilones a quienes se les hace agua la boca al ver la abundancia del mercado: el hombre de la calle que aspira con fruición el aroma que despide «una vulva de cerda bien aderezada y caliente» [162]; el joven

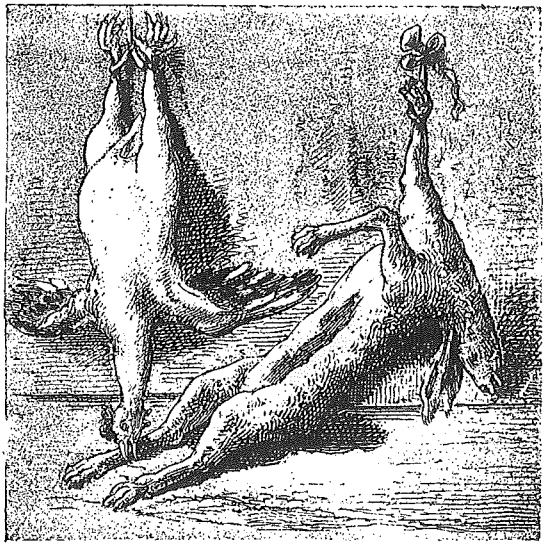


Fig. 233. — Lujos de la mesa: un pollo cebado y una liebre. (Pintura mural de Pompeya).

[160] PETRONIO, 70.
[161] APICIO, IV, 2: *inferes ad mensam nemo agnoscet quid manduces.*
[162] JUVENAL, XI, 79-81.

que, siguiendo las huellas de su torpe padre, glotón veterano, se preocupa desde la adolescencia por guisar criadillas, adobar setas y preparar becafigos en salsa [163]; el derrochador que paga seis mil sestercios por un múgil [164]; o el gastrónomo Montano, capaz, con la punta de la lengua, de distinguir las ostras de Circeii de las del lago Lucrino [165].

Pero sería erróneo generalizar. No es posible creer que cada senador de Roma era un Montano, y tampoco es lícito confundir todas las *cenæ* romanas con las tremendas comilonas cuyos ejemplos grotescos o repugnantes acabamos de mencionar. En la misma época en que se realizaban esas torpes francachelas, numerosos romanos estaban habituados a transformar la cena que cerraba la jornada en una agradable y discreta reunión, en la que el espíritu participaba tanto como los sentidos. Merced a una carta de Plinio el Joven conocemos el carácter de las *cenæ* que Trajano ofrecía en su villa de Centumcellae (Cività-Vecchia): eran modestas *(modicæ)*, no comportaban otros esparcimientos sino audiciones de música o representaciones de comedia *(acroamata)*, y el comienzo de la noche transcurría en agradables pláticas [166]. El propio Plinio el Joven recibe como preciosos regalos los tordos que le envía Flaco [167] y la polla cebada que le remite Cornuto [168]. Acepta ir a cenar a lo de Catilio Severo, cónsul en 115, sólo «con condición de que la comida sea sencilla, corta y frugal, abundante solamente en conversaciones so-

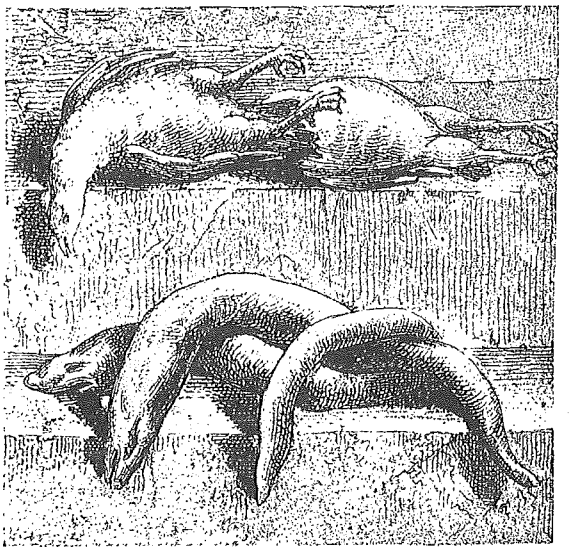


Fig. 234 –Lujos de la mesa: perdices, morena y anguila. (Pintura mural de Pompeya).

[163] *Ibid.*, XIV, 6-10.
[164] *Ibid.*, IV, 15-16.
[165] *Ibid.*, IV, 139-141.
[166] PLINIO EL JOVEN, *Ep.*, VI, 31, 13.
[167] *Ibid.*, V, 2, 1.
[168] *Ibid.*, VII, 21, 4.

cráticas.» [169] El epistológrafo nos ha conservado la minuta que había dispuesto para recibir a Septicio Claro, y hay que reconocer que es un modelo de sobriedad: una lechuga para cada uno, tres caracoles, dos huevos, aceitunas de Andalucía, calabazas, ajos y un pastel; como bebida, vino con miel refrescado con nieve, y para entretenimiento, un lector, un cómico y un tañedor de lira [170].

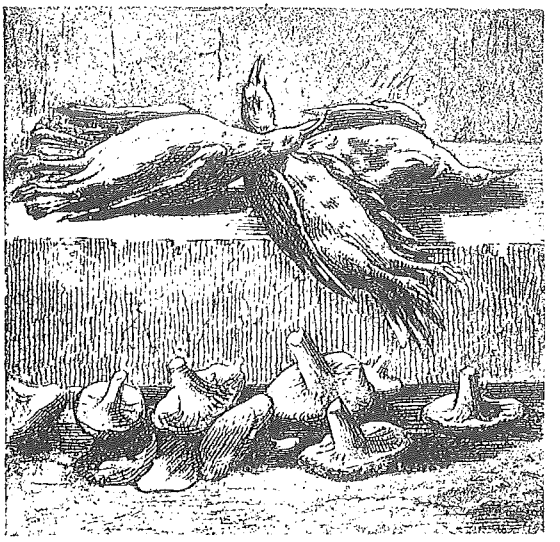


Fig. 235. — **Lujos de la mesa: tordos y setas.** (Pintura mural de Pompeya).

En la pequeña burguesía predominaba la misma sobriedad refinada. En un epigrama de Marcial puede apreciarse la minuta de la cena organizada por el poeta para siete comensales en el *stibadium* de su comedor:

«Los sacerdotes de Isis
ya anuncian la hora octava,
y a sus cuarteles regresan
las tropas que hacen la guardia
armadas con el venablo.
Es la hora en que las aguas
de las termas ya se encuentran
más tibias y moderadas,
mientras que un vapor ardiente
en la hora séptima exhalan,
y en la hora sexta no pueden
sufrirse las Neronianas.
Nepote, Stella, Cereal,
Canio, Flaco, ya os aguarda
vuestro amigo, ¿no venís?

[169] *Ibid.*, III, 12, 1.
[170] *Ibid.*, I, 15. Septicio Claro prefirió ir a una cena en la que bailaron lúbricas gaditanas.

mi mesa a siete da entrada,
y pronto ha de venir Lupo.
Recibí de mi hortelana
malvas laxantes con otras
hortalizas muy preciadas
que me produce mi huerto,
a saber: lechugas blandas,
puerros estoposos y
hierbabuena en abundancia
para el flato, y jaramagos
que a los amores arrastran;
además tendréis anguilas
de áspera ruda adornadas,
y de pedazos de huevos,
y de atún, en rica salsa,
ubres sabrosas de cerda.
Sin embargo, sólo halagan
aquestos platos el gusto.
Al par de estas ensaladas
vendrá un sabroso cordero,
arrebatado a las garras
del lobo; luego, jigotes,
que no ocuparán en nada
del trinchador el cuchillo,
y berzas pequeñas y habas,
con un pollo y un jamón
que ha servido ya en tres varias
comidas; y como postres,
frutas dulces, delicadas,
y una botella de vino
sin heces, que me regala
mi posesión de Nomento,
y que ya tiene la data
del segundo consulado
de Frontino. Sazonada
ha de estar esta comida
con inocentes palabras,
y bromas libres, que no
habrán de causar mañana
rubor ni vergüenza alguna,
y que otra vez pronunciarlas
podréis sin miedo. Hablaráse

con la libertad más amplia
de Prasino y de Veneto.
sin que a nadie sean causa
de compromiso o perjuicio
nuestras libaciones francas.» [171]

Todavía más sencilla y placentera es la cena que Juvenal anuncia a su amigo Pérsico:

«Ahora la cena que preparo escucha,
no en mercado adquirida: un corderillo
en mi granja de Tíbur bien cebado
y el más tierno de todos, que aun no sabe
pacer ni despuntar los verdes mimbres,
y aun no soltó las ubres de su madre;
luego vendrán espárragos del monte,
que, dejando la rueca, mi casera
escogió; grandes huevos, aun calientes,
en el heno apilados, con las mismas
gallinas que los ponen, y racimos
por gran parte del año conservados,
frescos, cual si pendiesen de las vides.
Peras de Signio y sirias, que rivales
son de las del Piceno, en un canasto
hallarás con manzanas que parecen
recién cogidas por su olor, y miedo
no hay en comerlas, pues sus acres jugos
ya depusieron al rigor del frío.» [172]

Comidas parecidas eran las que ofrecía, durante sus vacaciones en Pompeya, el burgués que había hecho escribir sobre las paredes de su *triclinium* los consejos que allí se leen todavía llenos de decencia y dignidad:

«Que el esclavo lave y enjugue los pies
de los comensales, y que nadie deje de
extender una servilleta de lino sobre los
cojines del lecho.

ABLUAT UNDA PEDES PUER ET
DETERGEAT UDOS MAPPA TORUM
VELET LINTEA NOSTRA CAVE.»

[171] MARCIAL, X, 48.
[172] JUVENAL, XI, 64-76.

«Aparta de la mujer de tu vecino las miradas lascivas y las ojeadas amorosas; que el pudor habite en tus labios.

LASCIVOS VOLTUS ET BLANDOS AUFER OCELLOS CONIUGE AB ALTERIUS SIT TIBI IN ORE PUDOR.»

«Usa de amabilidad. Sé cortés y abstente de odiosas majaderías, si puedes. Si no, que tus pasos te conduzcan de vuelta hacia tu casa.

UTERE BLANDIIS ODIOSAQUE IURGIA DIFFER SI POTES AUT GRESSUS AD TUA TECTA REFER.» [173]

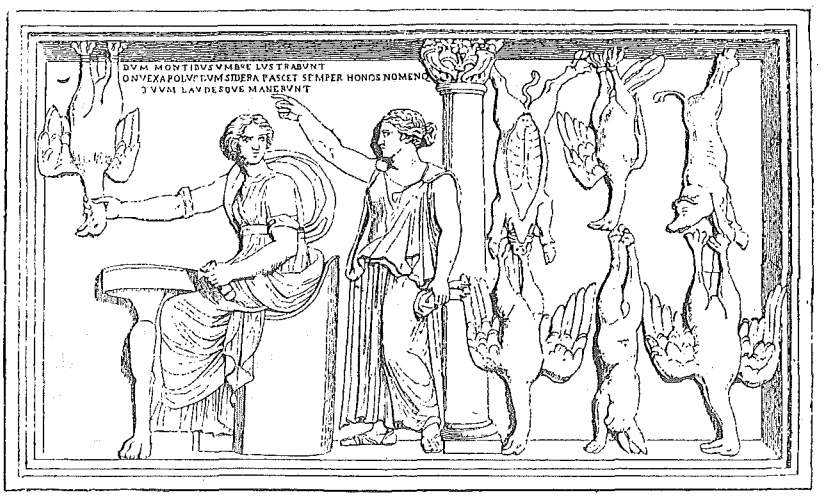


Fig. 236. — Pollería y tienda de caza. (Villa Albani, Roma).

Con toda seguridad, los plebeyos observaban generalmente idéntica moderación en las comidas de sus corporaciones. Consultemos los estatutos del colegio funerario fundado en Lanuvium en el año 133 de nuestra era. El reglamento dispone la realización de seis banquetes

[173] Cf. DELLA CORTE, *Notizie degli Scavi*, 1927, pp. 93-94. El primer dístico es de muy difícil interpretación (cf. A. VOGLIANO, *Rivista di filología classica*, 1925, pp. 220 y siguientes).

por año: dos en los respectivos aniversarios de Antinoo y de Diana, el héroe y la diosa bajo cuya advocación está colocado ese «Colegio de Salvación»; cuatro en los aniversarios de la muerte de sus benefactores, los tres Cesenios y Cornelia Procula. Establece que, bajo la vigilancia del presidente del banquete (*magister cenæ*), cada comensal recibirá un pan de dos ases, cuatro sardinas y un ánfora de vino tibio. El reglamento señala que los «colegas» deberán sentarse por orden, con arreglo a la «lista jerárquica» o *album*. En fin, dicta sanciones contra los que observen mala conducta: «Si alguno, para alborotar la reunión, abandona su asiento y ocupa otro que no le corresponde, pagará una multa de cuatro sestercios; si alguno dice una grosería a un colega o hace ruido, pagará doce sestercios; si el injuriado es el presidente de la reunión, la multa será de veinte sestercios.» [174] Las virtudes de la Roma republicana parecen renacer en esta asociación de pobres de un suburbio de la *Urbs* en tiempo de Adriano: la sobriedad, la disciplina, el respeto. Y hasta parece, dicho sea en honor de los «Hermanos» de Lanuvium, que nace y resplandece allí un sentimiento nuevo: la fraternidad, que en vida los une y que deberá más tarde reunirlos en la muerte, en previsión de la cual ellos se han asociado para sufragar en común los gastos de sus respectivos funerales y merecer así, todos juntos, la recompensa de la salvación en el otro mundo.

Hacia la misma época, idéntico sentimiento de fraternidad agrupaba a los cristianos de Roma, al terminar el día, en esas *cenæ* a las cuales los fieles de Jesús habían bautizado con el nombre de ἀγάπη, que significa «amor». Desde el siglo primero, los cristianos, reunidos en los ágapes, «alababan a Dios y tomaban su alimento con alegría y sencillez de corazón» [175]. A fines del siglo segundo practicaban en los ágapes una caridad fraternal, puesto que «los pobres compartían allí las provisiones de los ricos, pero sin ser objeto de vejaciones, vituperios o violencias.» Como escribe Tertuliano, «no admite esta cena acción inmodesta ni vil. Lo primero que se gusta es a Dios: en esta mesa la oración hace la salva. Aquí no se come, témplase el hambre. Bébese con la sobriedad que conviene a un pecho honesto. Aquí se cena como corresponde a quienes piensan que en todo momento hay que adorar a Dios. Aquí se habla como habla el que sabe que Dios le está escuchando.» [176]

¡Cuán lejos nos hallamos de las descripciones de Petronio, de los

[174] *C. I. L.*, XIV, 2.112; cf. G. Boissier, *La religión romaine*, t. II, p. 283.

[175] Hechos de los Apóstoles, II, 46

[176] Tertuliano, *Apol.*, 39, 17-18.

epigramas de Marcial, de las sátiras de Juvenal! ¡Y qué realidades ejemplares podía la Roma imperial oponer a los torpes bullicios que han lastimado nuestros oídos! Hubo una innegable nobleza en la conducta corriente de las mejores clases de Roma: en la vida cotidiana de su pequeña burguesía y de su plebe, en la modestia de la corte de Trajano, en la frugalidad de las comidas con las que Plinio el Joven y los poetas convidaban a sus íntimos, en las apacibles *cenæ* que agrupaban fraternalmente a los fieles de Diana y Antinoo, y sobre todo en esos serenos ágapes en que los cristianos, elevando sus almas a la vez que confortaban sus cuerpos antes del reposo nocturno, se testimoniaban el amor que se deben los hijos del «Padre nuestro que estás en los cielos», y por añadidura sentían entre ellos la presencia de Dios.

BIBLIOGRAFIA

La vida privada de los romanos ha sido objeto de numerosísimos trabajos. Me reduciré a citar los libros antiguos o recientes que considero esenciales.

Para la época de Cicerón: WARDE FOWLER, *La vie sociale à Rome au temps de Cicéron*, París, 1917.

Para la época de Augusto: CH. DEZOBRY, *Rome au siècle d'Auguste et pendant une partie du regne de Tibère*, París, 1ª edición, 1875; 2ª edición, 1935. Además, BECKER, *Gallus oder römische Scenen aus der Zeit Augustus*, 1ª edición, Berlín, 1882; 2ª edición, Leipzig, 1938.

Para el alto imperio, particularmente para los Antoninos, la obra de L. FRIEDLÄNDER, *Darstellungen aus der Sittengeschichte Roms in der Zeit von August bis zum Ausgang der Antonine*, constituye un verdadero tesoro de noticias y referencias. Su undécima edición, publicada en Leipzig, 1922, es una prueba de su notable valor.

Existen, además, tres manuales de carácter general:

MARQUARDT, *Das Privatleben der Römer*, 2ª edición, Leipzig, 1886. Hay traducción francesa: *La vie privée des Romains*, París, 1892.

BLÜMNER, *Die römischen Privat-Altertümer*, Munich, 1911.

JOHNSTON, *Private Life of the Romans*, 2ª edición, Nueva York-Chicago, 1932.

Por último, poseemos una inagotable mina de datos en los artículos del *Dictionnaire des Antiquités grecques et romaines* iniciado por DAREMBERG y SAGLIO en 1878 y concluído en 1916 por SAGLIO y POTTIER. Me ha sido de inmensa utilidad, sobre todo en la segunda parte del presente libro.

En cuanto a las fuentes, he utilizado de preferencia las ediciones de la colección Guillaume Budé. Cuando cito á Petronio y Juvenal, aténgome, con algunos pequeños cambios, a las excelentes traducciones de A. Ernout (*Satiricón*) y de P. de Labriolle y Villeneuve (*Sátiras*). Para Plinio el Joven, hago uso con frecuencia de la traducción de la señorita Guillemin. Para Marcial, aprovecho casi siempre el comentario de la edición de Friedländer [1].

Hago constar, finalmente, que no he querido entrar en el examen del problema planteado por la fecha del *Satiricón*. La polémica empeñada desde hace unos años entre Ugo-Enrico Paoli (*Studi italiani di filologia classica N. S.*, XIV, 1937, fasc. 1), por una parte, y G. Funaioli y Marmorale, por la otra, ha tenido por resultado evidente destacar las coincidencias y analogías de Petronio —cuya novela se considera que transcurre en una ciudad de Campania— y de Marcial, cuyos epigramas aluden a los romanos de Roma (cf. en último término, PAOLI, *Ancora sull'età del Satiricon*, en *Rivista di filologia*, 1938, pp. 13-39).

[1] Todos los pasajes de Juvenal citados en verso pertenecen a la versión española de las *Sátiras* por D. Francisco Díaz Carmona. Los de Marcial son traducción de D. Víctor Suárez Capalleja, salvo indicación contraria en nota (*Nota del traductor*).

INDICES

INDICE ANALITICO *

A

Ab admissione, 118.
Abducere uxorem, 153.
ABENJALDUN, sociólogo bereber, 30.
ACADEMIA, 189.
ACCIO, 190; juegos de, 386.
ACCIO, Lucio, poeta romano, 349.
ACEITE, 26; de Piceno, 437.
ACERAS (margines, crepidines), 81-82.
ACILIO GLABRIO, Manio, ejecutado por ateo en tiempos de Domiciano, 208.
ACILIOS GLABRIOS, 209.
ACQUATACCIO, ver Almo.
Acroamata, 438.
ACTIACA, juegos cuadrienales instaurados por Augusto para conmemorar su victoria en Accio, 324, 386.
Actio rei uxoriae, 155.
Actus, calles por las que sólo un carro podía pasar a la vez, 80.
ACUARIO, signo del Zodíaco, 431.
ACUEDUCTOS, 29. 69.
A cyatho, esclavos coperos, 118.
ADONIS, 357.
ADRIA, ciudad sobre el Mar Superior, 48.
ADRIANO, (76-138 d. de C.), emperador, 11, 54, 94, 96, 106, 127, 135, 158, 205, 209, 244, 276, 317, 345, 411, 443; planes urbanistas, 12; de acuerdo con sus proyectos se levanta Ostia, gran ciudad portuaria y mercantil, 12, 57; comanda las tropas enviadas contra los Partos, 24; acuerda honras de excepción para Trajano, 24; anuncia remisión de impuestos, 29; limita los atelajes y las cargas de los carros que han de entrar en la ciudad. 86; confiere títulos jerárquicos, 94; declara capital el delito por castración de siervos, 98; decretos sobre condición de los esclavos, 98, 389; reserva para la Orden Ecuestre las jefaturas de su gabinete, 108; su diplomacia abre caminos al Lejano Oriente, 119; promotor del senadoconsulto Tertuliano, 125; castigo a un padre matador de su hijo, 127; deferencias para con su mujer Sabina, 136; recibe en paz y orden el imperio por la prudencia de Plotina, 136; no tiene hijos legítimos, 144; preocupación por las escuelas primarias. 166; protector de las ciencias, 169; absorción de la jurisprudencia, 169; epigramas griegos, 171; preferencias por el arcaísmo literario, 173; burlona familiaridad ante el culto imperial, 191; instituye el culto a Antinoo, 204; erige templos, estatuas y ciudades en honor de Antinoo, 205; cabello artificialmente ensortijado, 238; déjase crecer la barba, 249; liberalidad de sus congiarios, 293; oficializa las lecturas públicas, 312-313; partidas de caza, 373; horario para las termas, 409; separa los baños por sexos, 410-411; usa de los baños públicos, 418; anécdota referida por su biógrafo en la Historia Augusta, 418.
Adrogatio, 160.
ADRUMETO, ciudad africana, cuna del César Clodio, 96.
ADULTERIO, 150-152, 306; **Lex Iulia de adulteriis**, 151; Domiciano renueva las disposiciones de la **Lex Iulia**, 151; Septimio Severo rehace la legislación ya en desuso, 152.
ÆDIS MARTIS, 37.
AEROPEA, mujer de Atreo, 355.
ÆSERNIA, inscripción de, 401.
A fibulis, esclavos alfileteros, 118.
AFRICA, 96, 114, 171, 176, 273, 276, 341. 375, 437; trigo de, 40; terracota de, 385; higos de, 431.
AFRICANO, hombre de gran fortuna citado por el poeta Marcial, 113.
AFRO, fuerte prestamista ridiculizado en un epigrama de Marcial, 112-113.
AGAMENON, 179, 353.
AGAPE, 211, 443 - 444.
AGAVE, 357.
Ager Romanus, territorio adyacente al núcleo urbano, 32.
Agitatores, aurigas, 339, 344; peligros y hazañas, 340-341.
Agnatio, 125.
Agon Capitolinus, juegos instituídos por Domiciano en el año 86 d. de C., 324, 387-388, 409.
AGRIPA, mejora la red de cloacas, 71-72; perfecciona el marcador del Circo Máximo, 332-333; regalos a los concurrentes del Circo, 344; ordena un cen-

* Especialmente realizado para esta edición por el profesor Luis A. Arocena.

so de los **balneæ**, 403; hácese cargo de los gastos en los baños públicos durante el año de su edilidad, 403; termas, 403-405.
AGUAS CORRIENTES, ver Provisión de agua.
Alabastrotheca, 259.
Alæ, 47.
A lagona, coperos, 118.
ALARICO, jefe bárbaro que saquea a Roma en el año 410 d. de C., 164.
ALBINO, 112.
ALBULA, canteras de, 367.
Album, lista de los censores, 40; lista jerárquica, 443.
ALCESTE, 139.
ALCIDES, 318.
ALCON, *personaje de Marcial*, 247.
Alea, juego de dados, 397.
Aleatores, jugadores, 400.
ALEJANDRIA, 217; reloj de agua, 219; Museo de, 169, 310; *navicularios* de, 273; biblioteca de, 310.
ALEJANDRO MAGNO, 176; tema para ejercicios retóricos, 179; sus campañas determinan el sincretismo religioso, 194; manda cortar las barbas a los griegos, 241; pintura de Lisipo, 393.
ALEJANDRO SEVERO (208-235), emperador; abandonóse en su tiempo el Teatro Marcelo, 380; concluye las termas que Caracalla había inaugurado prematuramente, 405; su biógrafo consigna en la Historia Augusta una disposición sobre horarios en los baños públicos, 409.
ALEMANIA, 331.
ALFABETO, su enseñanza, 165, 166, 167.
ALGERIA, 434; ruinas del Anfiteatro de, 388.
Aliptæ, masagistas, 118.
ALJUSTREL, inscripción de, 166.
ALMO, río, 37; procesión al, 323.
ALPES, provincias secundarias de los, 94.
ALQUILERES, 50; encarecimiento, 78-79.
ALTA CORTE SENATORIAL, 107.
Alveus, mesa de juego, 397.
Amanuensis, amanuense, 290.
A margaritis, esclavos que cuidan las perlas del príncipe, 118.
AMIANO MARCELINO, refiere la impresión y el disgusto que causó a Constancio la majestuosidad del Foro de Trajano, 26.
Amictus, *ropas exteriores*, 229, 233, 234, 235, 254.
Analectæ, esclavos que retiran la mesa, 118.
ANALES, de Tácito, 136.
ANATOLIA, 193; cultos de, 195.
ANDALUCIA, 439.
ANDRIA, 358.
ANDROMACA, 255.
ANFITEATRO, lugar de castigo para los que habían cometido faltas, 93; orígenes, 365-366; reformas introducidas por Augusto en el de Tauro, 367; **Amphiteatrum Castrense**, 367; de Cartago, 385; Flavio, ver Coliseo.
ANIBAL, 34, 183.
ANIMALES, se sacrifican en la ceremonia del matrimonio, 132; sacrificio del "Caballo de Octubre", 325; bestias feroces en la arena, 370; **vivarium** del emperador, 372; amaestrados, 373; número de sacrificados en la arena, 374-375; criminales condenados **ad bestias**, 385.
ANNA PERENNA, 324; vieja diosa latina honrada con bailes y libaciones, 184-185.
ANONA, indigentes mantenidos por la, 38; Pompeyo asume su dirección en el año 57 a. de C., 39; *grano almacenado* en tiempos de Augusto, 40; condición de los proletarios nutridos por la, 270; Templo de la "Anona de Augusto", 272; diosa que presidía el abastecimiento anual de granos para la Ciudad, 275; tésera que identificaba a los beneficiarios, 292.
Anónimo de Einsiedeln, sobre la inscripción de la Columna Trajana, 25.
Ante meridiem, pre-mediodía, 218.
ANTIATAS, navíos capturados a los, 218.
ANTICUARIOS, cerraban sus tiendas a la hora undécima, 299.
ANTIFATES, 99.
ANTIGUO REGIMEN, en Francia, 172, 270.
ANTINOO, esclavo bitinio en cuyo honor Adriano estableció un culto, 204; obelisco de, 37; colegio funerario instituído bajo su advocación, 97. 204, 205, 443, 444.
ANTIOCO, barbero, 247, 248.
ANTIOCO DE SIRIA, 219.
ANTISTIA, mujer de quien se divorció Pompeyo, 153.
ANTONINO PIO, (86-161), emperador, 96, 101, 106, 158, 162, 204; condena como homicidio la ejecución de un esclavo por la sola orden de su amo, 98; religión imperial, 191; proclama la ascensión al cielo de Faustina en el carro de Cibeles y con la ayuda de la Madre de los Dioses, 205.

ANTONINOS, 13, 35, 38, 39, 43, 49, 96, 97, 105, 106, 119, 158, 190, 207, 212, 216, 278, 285, 289.
ANTONIO, Marco, tema de ejercicios retóricos, 179, 180; no se rasura por su fracaso en Módena, 241; vencido por Octavio, 386.
ANUBIS, máscara de, 197.
Anularii, vendedores de sortijas, 281.
APENINO, manantiales del, 69.
APIANO, historiador, sobre la condición de la esclavitud, 101.
APIANO, sacerdote egipcio de Alejandría que injurió a Cómodo durante su proceso, 307.
Apodyteria, vestuario de las termas, 407, 417.
APOLO, 140, 386; juegos en honor de, 325.
APOLODORO DE DAMASCO, arquitecto de Trajano, 26, 29.
APOLOGIAS CRISTIANAS, 210.
Apophoreta, manjares sobrantes en los banquetes, que se llevaban los comensales, 429.
APULA, personaje de Juvenal, 357.
APULEYO, propietario de la Casa de los Gamalas, 46.
APULEYO DE MADAURA, de la importancia de la educación, 167-168; cita en su **Metamorphoseon** la espléndida palla de Isis, 262.
Aqua Traiana, 69-70.
Aquarii, aguadores, condición social, 70.
AQUILES, 357.
AQUILEYA, descubrimiento de un reloj de sol de bolsillo en, 221.
ARA COELI, 46.
ARABIA, 11, 159, 261, 276.
ARABIGO, golfo, 262.
ARBUSCULA, talentosa actriz, 359.
Arca, cofre, 227.
ARCADIA, 183.
ARCHER, Fred, jockey de Epsom, 343.
Argentarii, banqueros, 291; vendedores de joyas, 291.
ARGILETO, barrio romano, 310.
ARIES, signo del Zodíaco, 430.
ARISTONICO, 168.
ARISTOTELES, de los tres géneros de elocuencia, 176.
ARITMETICA, método para su enseñanza, 165, 166.
ARLES, navicularios de, 273.
ARMENIA, 145.
ARRIA LA MAYOR, mujer de Cecina Peto, célebre episodio de su vida y muerte, 137-138.
ASELLÆ, rameras, 401.
ASIA, 24, 96, 114, 168, 232, 261.
ASIA MENOR, 39.
ASINIO POLION, casa en la plebeya colina del Aventino, 51; director de la Biblioteca Nacional fundada por César, 310; inicia la práctica de las lecturas públicas, 312.
ASISTENCIA PUBLICA, 26, 38.
ASTRONOMIA, 175.
ATARGATIS, véase **Dea Siria**.
ATENAS, 168, 169, 181, 193, 217; moderna, 39.
ATENEO, 189.
ATENEO, gramático y retórico griego, sobre los esclavos del príncipe, 117-118.
ATHAS, 416.
Athenæum, edificio consagrado por Adriano para las lecturas públicas, 312-313.
ATICA, no prosperan en ella los **munera**, 389.
ATICO, innovaciones de su liberto Quinto Cecilio Epirota, 173; su taller de copistas, 310.
ATICO, personaje de Marcial, 414.
ATINA, pueblo del Lacio, 359.
ATIS, 193, 202; de Ostia, 194; Claudio reforma su liturgia, 195; sus secuaces de Ostia adquieren en sociedad con los fieles de Mitra un terreno, 196; cofradías en Boville, 204; fiestas de, 323; oficializa Claudio las fiestas de su culto, 323.
ATLAS, selvas del, 272.
ATRECTO, librero, 310.
ATREO, 355.
Atrium, vestíbulo, 47; abolido en la **insula**, 65; a menudo lugar de sacrificios, 132.
Auditorium, salón destinado a las lecturas públicas, 313, 314.
AUGURES, participación en los primeros trabajos de la Ciudad, 32; satisfacción de Plinio el Joven por haber sido elegido miembro del Colegio de Augures, 188-189.
AUGUSTAS, asimilación a Venus, 205.
AUGUSTO, título divino asimilado a la persona del príncipe, 190.
AUGUSTO, Octavio, (63 a. de C. - 14 d. de C.), fundador del principado, 29, 37, 38, 57, 94, 95, 132, 152, 158, 216, 221, 229, 236, 243, 246, 308, 326, 332, 349, 352, 358, 366, 409; foro de, 19; obstrucción del foro, 29; desmantela la vieja fortificación republicana, 35; divide a Roma en 14 regiones, 35-38; especial administración para los **vicus**, 38; aumento de la población, 40; **Res Gestæ**, 40; generosidad, 40; limita la altura de

los edificios, 48-49; incorporación de los arrabales a la **Urbs**, 52; creación del cuerpo de bomberos, 59; palacio de, 62; *establece condiciones para la* manumisión, 102-103; legisla sobre el **usus**, 130; sobre la tutela de las mujeres, 135; contra los adúlteros. 150; **lex ordinibus maritandis**, 154-155; sobre el concubinato, 159; absorción de la jurisprudencia, 169; familia de, 189; reloj solar en el *Campo de Marte*, 221; su vestimenta, 230; concedía breves momentos a sus **tonsores**, 237; se rasuraba diariamente, 241; no se rasura al conocer el desastre de Varo, 241; **depositio barbæ**, 243; lee o escribe mientras le acomodan sus **tonsores**, 246; paz parta, 260; legislación para los artesanos, 297; reconstrucción de la Basílica Julia, 303; habilita para la justicia el foro por él construído. 302; asistencia a las lecturas públicas, 312; fiesta en el aniversario de su nacimiento, 322; inaugura los **ludi Fortunæ reducis**, 323; prescribe el uso de la toga para asistir al Circo, 326; de su comportamiento en los juegos, 329; respuesta que oyó de Pilades, 329; hace construir el **pulvinar** en el Circo Máximo, 333; traslada de Heliópolis el obelisco de Ramsés II y lo coloca en la **spina** del Circo Máximo, 333; número de carreras en su tiempo, 336; concluyen sus arquitectos el Teatro de Marcelo, 347; obliga a los magistrados municipales a ofrecer **munus**, 364; de los **munera** extraordinarios, 365; introduce en el Anfiteatro de Tauro una naumaquia, 367; condena especial para el bandolero Seluros, 385; *intenta introducir* en Roma los juegos griegos, 386; pórtico restaurado en honor de su hermana Octavia, 393; invita a jugar al par e impar, 397.

AUGUSTOS, asimilación a Marte, 205.

AULO FULVIO, cómplice de Catilina, 127.

AULO GELIO, quéjase de las casas altas, 48; de por qué el anillo de esponsales se lleva en el anular, 131-132; de la naturaleza de los temas retóricos, 182; de los dormilones, 226.

AULO PLAUCIO, varón consular cuya esposa Pomponia Grecina fué sospechada de cristiana, 268.

AURELIANO, ver Muralla de.

AURELO VICTOR, recuerda el trigo aportado por Egipto, 40.

Aurífices, 281.

Aurigæ, 339, 344.

AUSONIO, **cura corporis**, 235; sobre el significado de los **munera**, 326.

Auspex, 132, 134.

AUTORES, situación especial bajo el régimen impuesto por *los libreros* romanos, 310-311.

Ave, Imperator, morituri te salutant, 377.

AVENTINO, una de las siete colinas de la antigua Roma, 34, 76, 276, 277, 287, 332, 335, 405.

A veste castrensi, esclavos que cuidan de los uniformes militares del príncipe, 118.

A veste forensi, esclavos que cuidan las togas ciudadanas imperiales, 118.

A veste gladiatoria, esclavos que cuidan las ropas que el príncipe lleva al anfiteatro, 118.

A veste privata, esclavos que cuidan las ropas de palacio, 118.

A veste scænica, esclavos que cuidan las ropas que el príncipe lleva al teatro, 118.

A veste triumphali, esclavos imperiales que cuidan de los lujosos uniformes de gala, 113.

B

BAALIM, 193.

BABEL, 96.

BABILONIA, 179.

BABILONIOS, 216.

BABITT, 73.

BACCHIDES, comedia de Plauto, 163.

BACO, 140.

Baiuli, ganapanes, 285.

Balneatores, bañeros, 403.

Balnea, baños privados, 234, 403.

Balneæ, baños públicos, 403, 410.

BALTICO, *ámbar del*, 276.

BALZAC, H. de, Psicología del Matrimonio, 250.

BAÑOS PUBLICOS, ver Termas.

BARTOLI, profesor, excavaciones bajo el piso de la iglesia de San Adriano, 308.

BASILEIS, 177, 189, 333.

BASILICA DE SAN PEDRO, 371.

BASILICA JULIA, 302; descripción, 303-305; excavaciones, 306; arcadas de la. 399.

BASILICA ULPIA, (Trajano), 20; descripción, 21.

BATILO, 357; fracaso de su intento para rejuvenecer la comedia, 358.

BEETHOVEN, 317.

BEL, santuario de, 194.

BELONA, 84.
BELVEDERE, torso de, hallado en las ruinas de las Termas de Caracalla, 420.
BENEVENTO, príncipe de, gastronomo delicado, 423.
BERLIN, 335.
BETICA, cuna de los emperadores Trajano y Adriano, 96; envío de alimentos para Roma, 276; concusiones del gobernador Cecilio Clásico y pruebas aportadas al juicio por los habitantes de, 309.
Bibliopolæ, libreros editores, 310; régimen legal de excepción, 311; pago de los autores poco conocidos para editar, 311.
BIBLIOTECA NACIONAL DE ROMA, fundada por Julio César, 310.
BIBLIOTECAS ULPIANAS (Trajano), descripción, 21.
BIBLIS, 140.
BIBULA, personaje de Juvenal, 157.
BIDEZ, Joseph, elementos semíticos que facilitan la difusión del estoicismo, 193.
Bigæ, carro con dos caballos uncidos, 338.
BILBILIS, pueblo aragonés, cuna de Marcial, 96, 226, 268.
BILLETER, estudios financieros de, 111.
BIZANCIO, 164.
BIZERTA, 273.
BLANCHET, Adrien, estudio sobre los muros romanos en la Galia, 37.
BLANDINA, virgen condenada **ad bestias** en Lyón, 385.
BOETHIUS, A., 54.
BOILEAU, N., Molestias de París, 85.
BOISSIER, Gastón, recuerda un episodio ilustrativo de la enseñanza en Roma, 163-164; de la piedad pública, 184; alude a la religiosidad de Plinio el Joven, 187.
BOSSUET, J., intervención de la Providencia en el curso histórico, 205.
BORDJ-CEDRIA, 273.
BON, cabo, 273.
Bonorum possessio, 127.
BOTTIN, almanaque, 38.
BOVILLA, 32; cofradías de, 204.
Brattari inautores, batihojas, 281.
BRETAÑA, 311.
BRINDIS, 180.
BRITANICO, 119; confunde a Nerón y sus contertulios en la celebración de las Saturnales del 55, 351.
BRUTO, 134.
BUENA DIOSA, misterios de la, 198.
BUEN PASTOR, ver Jesús.
BUGIA, 274.

C

CABALLO DE OCTUBRE, rito en acción de gracias a los dioses, 325.
CADIZ, bailarinas de, 434.
CAGLIARI, navicularios de, 273.
Calamistrum, rizador de cabello, 238.
CALCAS, personaje homérico, 179.
Calcei, zapatos de cuero, 228.
CALDEOS, cultos, satirizados por Juvenal, 197, 199.
CALEDONIA, 363.
CALEFACCION, sistemas de, 64-68.
CALENDARIO, días y horas, 216-222, reforma juliana, 216; calendario solar, 297; calendarios de piedra, 322; fechas de las festividades del pueblo romano, 322-324.
CALENO, esposo de Sulpicia, 140.
Caldarium de las termas públicas, 68, 407-408, 411, 417, 418.
CALIGULA (12-41 d. de C.) emperador, 95, 360; admisión oficial de los cultos egipcios, 195; **depositio barbæ**, 243; juicio sobre Séneca, 319; levanta el Circo de Gayo, 331; carreras en el Circo, 336.
Caligæ, borceguíes militares, 228.
Caligarii, zapateros, 284.
CALISTO, personaje de Marcial, 298.
CALPURNIA, mujer de Plinio el Joven, 141, 142, 146, 251.
CALPURNIA HISPULA, tía de la mujer de Plinio el Joven, 142.
CALPURNIO FAVATO, abuelo de Calpurnia, mujer de Plinio el Joven, 142.
CALPURNIO PISON, poseía un **auditorium**, 313; **El amor engañado**, 318.
CALVINA, amiga de Plinio el Joven, 113.
CALZA, Guido, estudio sobre las casas, 46; reconstrucción de la Casa dei Dipinti, 56.
CALLE DE LA PIMIENTA, 46; ver también Vía Biberatica.
CALLE DEL PERAL, 49, 96.
CALLE DE SUBURA, ver Subura.
CALLES Y TRAFICO, 79-88; facilidad en la propagación de los incendios, 80; categorías, 80-81; disposiciones de César, 81; pavimentación, 81-82; edicto de Domiciano, 82; iluminación, 82-83; peligros en las salidas nocturnas, 83-84; disposiciones de César sobre el tráfico nocturno, 85.

CAMARA DE LOS LORES, 308.
CAMPANIA, 412; frescos de, 295.
CAMPO DE MARTE, 45, 392; reservado para los ejercicios militares, 34; porción habilitada para la población civil, 34; extensión ocupada por templos, pórticos, palestras, etc., 46; anfiteatro de C. Estatilio Tauro, 366; termas de Nerón, 405.
CANACEA, personaje de un mimo encarnado por Nerón, 357.
CANCER, *signo del Zodíaco*, 200, 431.
CANIO, amigo de Marcial, 439.
Cannophorie, de la fiesta de Atis, 323.
Cantica, recitados y cantos, 350, 351, 354, 355; **canticum** del **Armorium iudicium** de Pacuvio, entonado en los funerales de César, 350-351; **canticum** de la **Andrómaca** de Ennio, entonado por Británico, 351.
Capetium, faja o çorsé, 254.
Capilli Indici, cabelleras importadas de India, 258.
CAPITOLIO, una de las siete colinas de la antigua Roma, 25, 34; antiguo y nuevo templo de Júpiter, 112, 186.
CAPITOLINO, monte, ver Capitolio; dios, ver Júpiter.
CAPRICORNIO, signo del Zodíaco, 431.
Capsa, cofrecillo, 258.
CAPUA, 34, 196.
Capulum, ataúd, 86.
CARACALLA (176-217 d. de C.), emperador, parcialidad en las carreras, 345; ver también Termas de.
Carceres, cocheras o caballerizas del Circo, 332, 335, 339.
CARNEADES, académico expulsado de Roma por orden del Senado, 169.
CARPO, personaje de Marcial, 161.
CARON, personaje mitológico, 186, 380.
CARONTE, ver Carón.
CARTAGO, 171; *navicularios* de, 273; anfiteatro de, 385.
CARTAGO, golfo de, 273.
CASA DE LIVIA, pintura de la, 296.
CASA DEI DIPINTI en Ostia, 56, 64.
CASA DORADA, 333, 405; ver también **Stagnum Neronis**.
CASITERIDES, estaño de, 276.
Castella, arcas de agua, 69, 70.
CASTILLO DE SAN ANGEL, 367.
Castra Prætoria, cuarteles de los pretorianos, 303, 324.
Catabolenses, carreteros, 285.
Catellæ, dijes, 260.
Cathedræ, sillas, 62, 314.
CATILINA, conspirador, 127; Cicerón destruye su conspiración, 83.
CATILIO SEVERO, cónsul, 438.
CATON EL ANTIGUO (El Censor o Censorino), 97, 150, 173; obras sanitarias, 76; rigurosa disciplina familiar, 127; maestro exclusivo de su hijo, 162; **vir bonus et dicendi peritus**, 177; tema de ejercicio retórico, 178; aparece barbado en las alusiones literarias, 241; recato en el baño, 403.
CATON EL JOVEN (de Utica), su casamiento con Marcia, 134; estoicismo, 134; se divorcia y vuelve a casarse con Marcia, 154; no se rasura por la derrota de su partido en Tapso, 241; comía sentado por especial juramento, 427.
CATULO, Laureolo, 360, 363, 382.
Caudicarii, balseros, 285.
Cauponæ, hosterías, 400, 402.
Caupones, posaderos, 281.
Cavea, tribuna para espectadores, 332, 333, 339; descripción de la del Circo Máximo, 335; idem de la del Coliseo, 368-9.
CECILIANO, patrono citado por Marcial, 269.
CECILIANO, parásito famélico citado por Marcial, 298-299.
CECILIANO, abogado citado por Marcial, 301, 302.
CECINA PETO, esposo de Arria la Mayor, 137, 138.
CEDICIANO, barbero de Marcial, 246, 247.
CELIO, una de las siete colinas de la antigua Roma, 51, 335, 366.
CELIO ISIDORO, liberto, 117.
CELIO RUFO, alquiler anual, 50.
Cena, 391, 422-444.
Cenacula, departamentos de las **insulæ**, base para el cómputo de la población romana, 41-42; descripción, 47, 54; ocupan los pisos superiores de los edificios, 50; peligros en caso de incendio, 49, 60; falta de dispositivos para la calefacción, 65-66; falta de agua, 69-71; deficientes condiciones sanitarias, 71, 72, 76; subalquiler, 77, 79, 251.
Cena libera, cena de los gladiadores, 376.
CENSO, de Roma, febrero de 1939, 31; de los vici, 38; se renuncia en el año 86 al universal de los ciudadanos del Imperio, 39; empadronamiento de la *población ciudadana* por categorías, 39, 40, 41; ver también Regionarios.
CENSO DE AGUA, 70.
CENTUMCELLÆ (Civitá-Vecchia), casa de campo de Trajano, 306, 438.
CENTUNVIROS, 303-308.

CENTURION, sueldo anual, 120.
CERE, 34.
CEREAL, *amigo de Marcial*, 439.
CERES, Plinio el Joven construye una capilla a la diosa en su dominio de Toscana, 188; **ludi Ceriales**, 323, 325.
CERDEÑA, 206, 273.
CERIALIA, fiestas públicas, 322.
Ceroma, unto empleado por los luchadores en la palestra, 416.
CESAR, Cayo Julio (100-44 a. de C.), general y político romano, 76, 86, 95, 132, 177, 216, 229, 427; obstrucción del foro, 29; extiende los límites de la **Urbs**, 34; población, 38; admite 150.000 *personas con derecho al trigo gratuito*, 38-39; Prefecto de las Costumbres, 40; ordena completar el **album**, 40; residencia en Subura, 51; foro de, 68; legisla sobre limpieza y conservación de las calles, 81; prohibe la circulación de carros durante el día en el interior de la **Urbs**, 85; excepciones, 85; familias patricias restauradas, 105; repudia a Pompeya, 153-154; reapertura de las escuelas de elocuencia, 169; cede para los estudios de gramática y retórica las **tabernæ** de su foro, 170; nombra a Salustio para el gobierno del Asia, 176; permite la instalación en Roma de una numerosa colonia hebraica, 206; exigencias para su **cura corporis**, 235; gusta aparecer recién afeitado, 241; no se rasura al conocer la matanza de sus lugartenientes por los eburones, 241; depilación, 249; erige la Basílica Julia, 303; funda la Biblioteca Nacional de Roma, 310; de sus distracciones en los juegos, 329; amplía la arena del Circo Máximo y construye el Euripo, 332; proyectan sus arquitectos el Teatro de Marcelo, 347; **cantica** en sus funerales, 350; leyes sobre gladiatura, 364; apoya la candidatura al tribunado de Curión el Joven, 365; ordena levantar un **doble teatro** a la manera de Curión, 366; solemniza con intención política los juegos gladiatorios, 367; juegos griegos, 386.
CESARES, passim.
CESENIOS, benefactores del Colegio funerario de Lanuvium, 443.
CIBELES, diosa procedente de Frigia y recogida por griegos y romanos; templo de, 112; fiestas en honor de su **paredros**, 323; Franz Cumont señala las semejanzas de su culto y el de Atis con el de otras parejas divinas, 193; Claudio reforma su liturgia, 195; cofradías de Bovilla, 204; carro de, 205; ministros de, 247; juegos en honor de, 325.
CICERON, 39, 76, 121, 153, 173, 177, 178, 398; alude en sus **Verrinas** a los beneficiarios frumenticios, 39; **Roman cenaculis sublatam atque suspensam**, 48; celebración por su victoria sobre Catilina y sus partidarios, 82-83; de la **coniunctio sanguinis**, 126; repudia a Terencia y cásase por interés con Publilia, 154; tratados de, 169; tema de ejercicios retóricos, 179; circunstancias de su muerte como problema retórico, 180-181; forma parte del Colegio de Augures, *189*; lucubración, 226; oraciones forenses, 302; confía a Atico sus discursos y tratados, 310; **Tusculanas**, 351; de la mala fama de las actrices, 359; señala en las intencionadas alusiones de los mimos una oposición a César, 360; alude a la eficacia de los juegos gladiatorios para aprender a despreciar el dolor y la muerte, 384.
CIMINO, bosques de, 437.
CIMON, hijo de Milciades, tema de ejercicios retóricos, 181.
CINCINATO, *su esposa Racilia* ayúdale a colocarse la toga, 233.
Cingulum herculeum, cinturón de lana, 132.
Ciniflores, ayudante del **tonsor**, 238.
CINIFO, 243.
Ciniras y Mirra, mimo, 357.
CINNA, de Corneille, 62.
CINNA, ataca a Roma, 34; suegro de Julio César, 154.
CINNA, marido de Marula y a quien Marcial niega la paternidad de sus hijos, 160-161.
CIRCEII, *ostras de*, 438.
Circenses, juegos por antonomasia, 331; ver **Ludi**.
Circitores, ayudantes del **tonsor**, 237.
CIRCO, del acompañamiento de esclavos, 116.
CIRCO DE GAYO, 331.
CIRCO FLAMINIO, 331, 346.
CIRCO FLAMINIO, novena región romana, 35, 53.
CIRCO MAXIMO, 346, 347; orígenes, 331-332; sucesivas reformas, 332; alcanza en tiempos de Trajano sus formas definitivas, 333-335.
CIRCUS AGONALIS, levantado por Domiciano, 388; capacidad, 388.
CIRRA, bufón en un epigrama de Marcial, 161.
CIRTA, capital de Numidia, 176.

CISALPINA, 96.
Cisiarii, cocheros, 285.
CITERIS, actriz a cuyos encantos rinde tributo Cicerón, 359.
Citrarii, ebanistas, 284.
CIUDADANOS, clasificaciones de, 93, 94, 95; la manumisión y la ciudadanía, 101-103.
CLASES SOCIALES, 93-123.
CLASICO, Cecilio, ex gobernador de Bética procesado por prevaricato, 309.
CLAUDIO, (10 a. de C. - 54 d. de C.), emperador, 11, 95, 107, 111, 119, 138, 255, 284, 291; extiende las prohibiciones de César sobre tránsito a los municipios italianos, 86; dispone por edicto la manumisión de los siervos enfermos abandonados, 98; concede franquicias a los libertos, 103; implacabilidad para con los complicados en la abortada *rebelión de Escriboniano*, 137; reforma la liturgia de Atis y Cibeles, 195; a su reinado se remonta la **cristiandad** de Roma, 206; uso de la toga en el tribunal, 233; extiende los beneficios del **ius trium liberorum**, 291-292; relata y lee historias, 312; reconoce el culto de Atis, 323; edicto sobre el uso de la toga en el Circo, 326; costo de los juegos romanos y apolinarios en su tiempo, 330; instala en el Circo Máximo los primeros asientos de piedra, 333; otras reformas, 333; transfiere a los cuestores la obligación de costear los juegos gladiatorios, 364; sobre el número de gladiadores, 365; a su época se vincula la construcción del **Ludus Magnus**, 372; invención de las **sportulæ**, 372; asistencia temprana al Coliseo, 386; proyecto de un edicto autorizando a ventosear en la mesa, 436.
CLAUDIO ARISTON, distinguido varón de Efeso, 306.
CLAUDIO MARCELINO, defensor de Mario Prisco, 309.
CLEOPATRA, 386.
CLITUMNO, río, 185, 203; fuente de, 188.
Clivus Argentarius, 81.
Clivus Capitolinus, 81.
Clivus Publicius, 81.
Clivus Victoriæ, 277.
CLOACA MAXIMA, colector general que iba desde el Foro al pie del Aventino, 72.
CLOACAS, sistema de, 71-76.
CLODIO ALBINO, César oriundo de Adrumeto, 96.
Coci, cocineros, 118.
Cochleæ, tornos colocados en la arena, 374.
Cochlear, cuchara puntiaguda, 429.
Codicilli, invitaciones para las **recitationes**, 314.
Coemptio, 130.
COLEGIO DE SALVACION, ver Lanuvium.
COLINAS DE ROMA, 30; ver por el nombre de cada una.
COLISEO, nombre dado al anfiteatro Flavio por su inusitada dimensión, 26, 330, 333, 377, 386, 405; ubicación, 366; descripción, 367-371; cruz conmemorativa en su centro, 385; atrocidades, 388; representación de mimos terroríficos, 389.
COLON DE BUENOS AIRES, teatro lírico, 347.
COLQUIDA, 139.
COLUMNA AURELIANA, 29, 48.
COLUMNA DE ARCADIO (en Constantinopla), 29.
COLUMNA DE LA VENDÔME, 27.
COLUMNA DE TRAJANO, 20; inauguración, 20; descripción, 21-25.
COLUMNA DE TEODOSIO, 29.
COLUMNAS DE HERCULES, 275.
COMEDIA FRANCESA, 361.
COMICIOS, 32, 168, 296, 328.
Commissatio, libación protocolar, 432-433.
COMO, cuna de Plinio el Joven, 96; lago de, 138.
COMODO (161-192 d. de C.), emperador, 108; muerto en su retiro del Celio, 51; ingreso a la cofradía de Mitra, 205; uso de la toga en el anfiteatro, 233; insultado por Apiano, 307; arroja desde su palco flechas a las fieras de la arena, 373; presume de diestro gladiador, 389; excesos en sus baños, 420.
CONCUBINATO, 159-162.
Conditores, caballerizos, 339.
Conductores foricarum, administradores de los retretes públicos, 74.
Confarreatio, 130.
CONGIARIOS, 26, 38, 40; ver *también* Anona.
Conisteria, lugar del gimnasio donde los luchadores se untaban con pomadas, 416.
CONSTANCIO (307-361 d. de C.), emperador; asombro y disgusto al pisar las losas del Foro de Trajano, 26.
CONSTANTINA, ex Cirta, en Africa, 176.
CONSTANTINO (286-337 d. de C.), emperador; equipara al parricidio la muerte de un hijo por su padre, 127;

ordena conmutar las condenas **ad bestias** por trabajos forzados (**ad metalla**), 390.
CONSTANTINOPLA, hipódromo de, 333.
Consualia, 322.
CONSO, dios, 332.
Controversiæ, ejercicios retóricos, 178.
CORACINO, elegante de quien se burla Marcial, 239.
CORANO, personaje de Marcial, 112.
Corarii, curtidores, 284.
CORELIO RUFO, familiaridad en el trato con sus esclavos, 100.
CORESO, eunuco de un epigrama de Marcial, 162.
CORNEILLE, El Cid, 350.
CORNELIA, madre de los Gracos, a quienes educó, 162.
CORNELIA, mujer de César, 153.
CORNELIA PROCULA, benefactora del Colegio de Lanuvium, 443.
CORNELIO MINUCIANO, amigo de Plinio el Joven, 309.
CORNUTO, remite una polla cebada como especial regalo a Plinio el Joven, 438.
Coronarii, floristas especializados en trenzar coronas, 281.
CORPORACIONES, 272-300.
Corpus Inscriptionum Latinarum, 290.
CORVINO, personaje de Juvenal, 185.
COSMOS, 194.
COSTA ESMERALDA, 47.
COTA, miserable de quien se burla Marcial, 116.
Corymbia, trenzas o bucles artificiales, 257.
CRASO, especulación con los incendios, 59.
CREDO, pureza y fuerza de él entre los cristianos primitivos, 210.
Crepidæ, alpargatas de cuero sostenidas por correas, 228.
CRESCENS, auriga muerto prematuramente, 344.
CRESO, oro de, 111.
CRETA, 357.
CRETICO, Marco Antonio, prodigalidad, 245.
Crines, trenzas o bucles artificiales, 257.
CRISTIANISMO, advenimiento del, 205, 206 - 212; analogías con los misterios paganos, 210-211.
CRISTIANOS, mártires, 138, 206, 208, 209-210, 385-386; emperadores cristianos ponen término a las matanzas en la arena, 390.
CRISTO, ver Jesús.
CRITOLAO, filósofo peripatético expulsado de Roma, 169.
CRITON, médico de Trajano, da cuenta de los prisioneros hechos durante la segunda campaña dacia, 106.
Crocotarii, tintoreros, 262.
CROTO, personaje de Marcial, 161.
CTISIBIO, inventor del reloj de agua, 219; generalización de su invento en Roma, 221.
Cubiculum, 250; moblaje, 227-228.
Cubile, cama, 227.
Cucullus, capucho, 233, 262.
Culcita, almohada, 228.
Cultelli, cuchillos especiales, 244.
Cultri, cuchillos, 244.
Cun manu, 134, 152.
CUMONT, Franz, 202, 203; semejanza de diversos cultos, 193.
CUPIDO de Praxiteles, modelado para la ciudad de Tespias, 394.
CUQ, Edouard, investigación sobre la población de Roma, 41.
Cura corporis, 235, 250, 254.
Curatores navium, calafates, 279.
CURBA, 273.
CURBIS, (hoy Curba), navículario de, 273.
CURIA DE JULIO CESAR, 107, 270, 303, 308, 319.
CURIO DENTATO, sencillez de sus formas de vida, 11.
CURION EL JOVEN, su candidatura al tribunado es apoyada por César, 365; monta un doble escenario para ofrecer juegos escénicos y **munus**, 365-366; César imita su construcción, 366.
Curiosum, ver **Regionarios**.
Cursores, mandaderos, 116.
Custodiarii, guardianes, 285.
Cyathus, pequeña medida de capacidad para los líquidos, 429, 433.

CH

CHINA, seda de, 145, 261, 284.
Chiromaxim, carretilla, 392.
Chria, ejercicio retórico, 177-178.
CHRYSALE, personaje de Molière, 146.

D

DACIA, 307; conquista de, 11; Trajano construye su Basílica con el botín traído de, 21; la Columna Trajana reproduce escenas de las dos guerras de, 28; segunda campaña, 106; prisioneros, 106, 159; oro de, 276.
DALMACIA, oro de, 276.
DAMAS, personaje de Marcial, 161.
DAMASCO, ciruelas de, 437.
DEA SIRIA, 193; reverenciada por Nerón poseyó un templo en el Janículo, 165.

DE BELLO IUGURTHINO, 176.
DECALOGO, belleza del, 206.
DECEBALO, rey de los dacios, 21.
Decemiuges, carros de carrera uncidos con diez caballos, 338.
DECIMO LABERIO, autor de mimos célebres, 361.
Declamationes, declamaciones, 178.
DEDALO, 318.
DELMACIO, 171.
De meridie, post-mediodía, 218.
DEMETRIO POLIORCETES, envía la primera embajada griega a Roma, *218*.
DEMOSTENES, 177.
Dendrophorie, de la fiesta de Atis, 323.
De Officiis, de Cicerón, 126.
Depositio barbæ, ceremonia religiosa vinculada a la primera afeitada, 241, 243.
DE ROSSI, G. B., sobre conversiones al cristianismo, 209.
DESTINO, 199.
Desultores, jockeys acróbatas, 338.
DIA, división del, 216-218.
DIADOCOS, 189, 359; estados de los, 176.
DIANA, presidía con Antinoo el Colegio funerario de Lanuvium, 97; fiesta en su aniversario, 443; fieles de, 444.
DIANA DE LOS MUERTOS, 205.
DIDO, reina de Cartago a quien la leyenda adjudicaba amores contrariados con Eneas, 357.
Dies, Dominica, 216; **fasti**, 301; **imperii**, 322; **legitimi**, 308; **natalis**, 322; **solis**, 216.
DIGESTO, indemnización a los locatarios en caso de demolición, 58; disposiciones sobre accidentes por objetos arrojados desde los pisos altos, 77; prescribe las obligaciones del Prefecto de los Vigilantes, 83.
DIDYMO, eunuco de un epigrama de Marcial, 162.
DIOCLECIANO (243-316 d. de C.), emperador; reconstrucción de la Curia, 308; restaura el Teatro de Pompeyo, 349; **numus** del año 90, 378.
DIOCLES, famoso auriga que ganó una fortuna en las carreras del Circo, 342-343.
DIOGENES, filósofo estoico expulsado de Roma, 169.
DIOMEDES, nos transmite el enunciado de los ejercicios retóricos, 178.
DIOMEDES, personaje mitológico, 318.
DIOMEDES, villa de, en Pompeya, 234.
DION CASIO, elogia la munificencia del congiario del año 203, 38; procesos por ateísmo, 208; juzga la semana de siete días como invención latina, 216; refiere una aguda respuesta que dió a Augusto el pantomimo Pílades, 329; de la atención de Trajano en el teatro, en el Circo y en la arena, 331; gladiadores en los **munera** del año 107, 383.
DIONISIO, escultor, discípulo de Pasiteles, 393.
DIOS CAPITOLINO, ver Júpiter.
Diverbia, partes dialogadas en las tragedias romanas, 350.
Divi, 94, 190, 327.
DIVINO NAZARENO, 210; ver también Jesús.
DIVORCIO, 152-158.
DOCE TABLAS, de la anchura de las calles, 80; conceden al padre derecho de vida y muerte sobre los hijos, 126; **claves admenit exegit**, 152; empleadas en la enseñanza de la lectura, 172; sobre la duración de los juicios, 301.
Doctores, instructores, 339.
DOMICIA, emperatriz rendida a las caricias del pantomimo Paris, 352.
DOMICIANO (51-96 d. de C.), emperador, 78, 98, 152, 156, 157, 203, 209, 354, 409, 410; elogia Marcial un edicto suyo, 82; muerte, 107, 234-235; renueva las disposiciones de la **lex Iulia de adulteriis**, 151, 152; exige el tratamiento de **Dominus et Deus**, 189; reconstrucción del templo de Isis, 195; ordena procesos por ateísmo, 208; sobre el uso de la toga en el teatro, 233; Suetonio narra su muerte, 234-235; condena contra Hermógenes de Tarso, 311; afecta gustar de la poesía, 312; ampliación de la **cavea** del Circo Máximo, 333; reduce de 7 a 5 las vueltas para cada carrera, 336; regalos para los espectadores del Circo, 344; restaura el teatro de Pompeyo, 349; autoriza una cruel *substitución* en la escena final del **Laureolo**, 363; decora el Anfiteatro de los Flavios, 366; escudos de bronce en el Coliseo, 386; erige el **Ludus Matutinus**, 372; duración de los **munera**, 372; preferencias por los **scutarii**, 378; liberta a dos gladiadores por su arrojo en el combate, 382; dota a Roma de un verdadero ciclo de juegos a la griega, 387; construye un estadio para los juegos, 388; del empleo de manteles, 429.
DOMICIO AFER, de lo sucedido en un juicio, 305.
Domini factionum, jefes de las **factiones** circenses, 342.

Domini gregis, directores de las compañías teatrales, 349.
Domini navium, armadores, 279.
DOMITILA, hermana de Domiciano, 107.
DOMITILA, tumba de, 209.
DOPO LAVORO, 331.
Domus, *empadronamiento en los* **Regionarios**, 40, 41, 42; etimología, 41; descripción, 47, 48, 57, 58; departamento de la planta baja, 50, 51, 54, 70, 78; *obras sanitarias*, 74.
Domus Aurea, ver Casa Dorada.
DORO, librero editor de las obras de Livio y Cicerón, 310.
Dropax, ungüento depilatorio, 248, 249.
DRUSO, 87.
DRUSOS, 247.
DUCHESNE, Monseñor, observa la similitud entre el ritual del casamiento cristiano y el del romano, 133; sobre las primeras comunidades cristianas, 211.
DUILIO, trofeos de, 218.
DUHAMEL, Georges, 317.
Dulciarii, confiteros. 118.
Duodecim scripta, juego, 398.
DURA del Eufrates, 324.
DUREAU DE LA MALLE, sobre la población de Roma antigua, 30-31.

E

Eborarii, escultores en marfil, 281.
EDAD MEDIA, 175, 176, 366.
EDAD MODERNA, 429.
EDIFICACION, renovación de la ciudad en tiempos de Trajano, 29-30; incentivos en tiempos de Nerón, 103.
EDIPO, 353.
Edipo en Colona, 358.
EDUCACION, 159-184; escuela primaria, 162-167; descuido de la enseñanza pública, 168, 169, 176; influencia griega, 168, 169, 170-171, 175, 387-388; escuelas de tipo helenístico, 168; política educacional, 169.
Effractores, ladrones, 83.
EGERIA, ninfa, 140.
EGIPTO, provincia romana desde el año 30 a. de C., 100, 168, 199; suministra granos a la **Urbs**, 40, 276; las rentas de esta provincia eran patrimonio del emperador, 114; cultos de, 193; Antinoo sacrifica su vida por Adriano en, 204.
EGISTO, 355.
ELEFANTES, 175, 332.
ELIDA, ver Elis.
ELIO ARISTIDES, rétor, calcula la extensión de la edificación romana, 48.
ELIS, comarca griega al noroeste del Peloponeso, 181.
ELISA, citada por Juvenal, 146.
ELOCUENCIA, 388; instrumento político 169; vacía de todo contenido sustancial, 169; los tres géneros aristotélicos, 176; *ausencia total de sentido vital*, 177; incorporada a las justas del **Agon Capitolinus**, 388.
Emancipatio, 127.
E Manubiis, inscripción en la Basílica Ulpia, 21.
EMILIA, mujer de Pompeyo, 253.
EMILIO ESCAURO, 136.
EMPEDRADO (**sternendæ viæ**), 81-82.
EMPORIO, 271.
ENCOLPO, personaje de Petronio, 412.
Endromis, manto hecho de ex profeso para los deportes, 415.
Endumata, ropa interior entre los griegos. 229.
ENEAS, héroe troyano protagonista de la Eneida de Virgilio, 357.
Eneida, poema épico de Virgilio, 60, 175.
ENNIO, Quinto, poeta, 173; cantica de su **Andrómaca**, 351.
ENTIERROS, 85-86; prohibían las leyes hacerlos dentro del **pomerium**, 24, 32.
Ense et Stylo, 29.
EOLO, 357.
EPICUREISMO, 193.
EPIROTA, Q. Cecilio, innovaciones en la enseñanza de la gramática, 173.
Ephemeris, de Ausonio, 235.
Epiblemata, ropas de uso exterior entre los griegos, 229.
EPSOM, hipódromo inglés, 343.
Epulum, banquete servido al terminar los espectáculos, 344.
Equus October, 322; ver también Caballo de Octubre.
Ericius, cesta esférica y guarnecida de púas colocada en la arena del anfiteatro donde se refugiaban los bestiarios en peligro, 374.
ERITREO, ver Mar Rojo.
EROS, coleccionista citado en un epigrama de Marcial, 296.
ESCEPTICISMO, de Juvenal y sus contemporáneos, 186.
ESCILA, cuentos de, 140.
ESCIPION EMILIANO, rasurábase diariamente, 241.
ESCLAVOS, necesidad de tener en cuenta su gran número en el cálculo de la población de Roma, 40, 109-110; **acquarii**, 70; portahachones, 83; **res mancipi**, 93; la esclavitud y las manumisiones, 97-105; epitafios, 97, 117, 120;

prisioneros de guerra, 105-106, 159; los reveses romanos comienzan a agotar las fuentes del abastecimiento servil, 106; de los esclavos hacia el siglo II a. de C., 115-116; de los esclavos en el siglo II d. de C., 115-117; manumisiones testamentarias, 117; de la especialización en sus ocupaciones, 118-119; concubinato, 159-160; su influencia en la formación de los jóvenes, 163-164; la toga prætexta signo de liberación, 180; los **collegium salutare**, 205; **cura corporis**, 243, 298; deberes de la clientela, 267-270; lugar en el Coliseo, 369.

ESCORPIO, signo del Zodíaco, 431.

ESCORPO, auriga enriquecido en las carreras circenses, 342, 344; popularidad, 343; epigrama de Marcial a su muerte, 343.

ESCRIBONIANO, rebelión de, 137.

ESCULTURA, maestría del escultor romano, 24; reflorecimiento del aticismo bajo Adriano, 173.

ESOPO, 173.

ESPAÑA, posesión romana desde el año 201; senadores venidos de, 96; piedra de afilar traída de, 244; aceite de, 276; Clásico afirma en una carta haber arruinado media península, 309; caballos traídos de, 341; encurtidos de, 437.

ESPARSO, amigo de Marcial, 225.

ESPARTA, 238.

ESPENDEFORO, citado por Marcial, 238.

ESPONSALES, 130-132; Augusto prohibe su ruptura, 154.

ESQUILINO, una de las siete colinas de la antigua Roma, 34, 45, 277, 366.

ESQUILINO, quinta región de Roma, 35; jardines de Mecenas, 51.

ESTACIO, Silvas, 12; **Tebaida**, 173, 318; convicciones religiosas, 203; ignora al cristianismo, 206; refiere la complejidad de un peinado, 255; Agave, 355.

ESTADIO OLIMPICO, de Berlín, 335.

ESTAGIRITA, ver Aristóteles.

ESTAMBUL, 59.

ESTATILIO TAURO, Cayo, erige un anfiteatro destruido luego en el incendio del año 64, 366.

ESTEBAN, balnea de, 424.

ESTEFANO, mayordomo griego de Domitila complicado en la muerte de Domiciano, 107.

ESTIGIA, 186.

ESTOICISMO, su influencia en el derecho romano, 134; deuda a los elementos semitas, 193; norma rectora en la vida y el gobierno de Marco Aurelio, 389.

ESTRABON, geógrafo griego, admira la elevación de las casas en Tiro, 48.

ETRURIA, 32, 147.

ETRUSCOS, experiencia en obras sanitarias, 72; arco como elemento arquitectónico, 154; navajas de afeitar, 243; sacrificios humanos, 326.

EUCTO, personaje de Marcial, 296.

EUFRATES, río, 159, 261, 324, 388.

Euripo, foso lleno de agua que rodeaba la arena del Circo romano, 327, 332, 431; terraplenado en tiempos de Nerón para ampliar la pista, 333.

EURISACES, tumba de, 281.

EURITMO, impugna la autenticidad de los Codicilos de Julio Tirón, 306, 307.

EUROPA, 43.

EUSEBIO, afirma que el destierro de Flavia Domitila es debido a que había sido ganada al cristianismo. 209.

EUTRAPELO, barbero de cuya lentitud se burla Marcial, 246.

EVADNE, 139.

EVANGELIOS, 210, 390.

EXEGESIS, 174, 175.

EXTREMO ORIENTE, 119; ver también Lejano Oriente.

F

Fabri ærarii, trabajadores del bronce, 284.

Fabri navales, constructores de barcos, 279.

Fabri solarii baxiarii, zapateros de mujeres, 284.

Fabri tignarii, carpinteros, 284.

Factiones, Albata, 338; Prasina, 333; Russata, 338; Veneta, 338.

FALERIA, magister de, 164.

FALERNO, vino célebre por su bondad. 149, 432.

FAMILIA, inestabilidad de la, 152-158.

Familia gladiatoria, 372.

Familiæ serviles, 117.

FAON, 140.

Fasciæ, especie de polainas, 228.

FASIO, río, 272.

FASTOS DE OSTIA, refieren los juegos del año 112, 346.

Fatui, bufones, 119.

FAUSTINA LA MAYOR, mujer de Antonino Pío, 158; ascensión al cielo, 205.

FAVORINO DE ARLES, publica en griego sus obras, 171; naturaleza de sus exposiciones retóricas, 182.

FELICITA, cristiana condenada **ad bestias** en Cartago, 385.
Feliciter!, salutación de los presentes a los recién desposados, 133.
FELICULA, ver **insula Felicles.**
FEMINISMO, 135, 143 - 152; fenómeno privativo de las clases altas, 289.
FENICIA, vidrios de, 276.
Fercula, servicios durante una comida, 429.
Feriæ publicæ, 322. 323.
FERNEY, señorío de Voltaire, 188.
Ferrarii, herreros, 284.
Festín de Tiestes, mimo truculento, 357
FESTO, sobre el verdadero significado de los **ludi piscatorii**, 325; definición del **munus**, 326.
FEZ, letrinas públicas en el s. XV, 75.
FEZZAN, marfil de, 275.
FICULEA, ciudad limítrofe de Roma, incorporada políticamente a ésta, 32.
FIDENAS, ciudad limítrofe de Roma, incorporada políticamente a ésta, 32.
FIDIAS, escultor griego, objeto de una controversia retórica, 181.
FILENIS, citada por Marcial, 415.
FILIPO V, rey de Macedonia, 219.
FILIPO, Quinto Marcio, dota a Roma de un reloj expresamente calculado para su situación, 219.
FILOMENA, personaje del lúbrico mimo **Procnea y Tereo**, 357.
FILOMUSO, personaje de Marcial, 128-129.
FILOMUSO, personaje charlatán de quien se burla Marcial, 395-396.
Flabellum, abanico, 264.
FLACO, regalo a Plinio el Joven, 438.
Flamen de Marte, 325.
Flamen dialis, 130.
Flameum, 132.
FLAMININO, Tito Quincio, aparece barbado en las monedas, 241.
Flaminicæ, 263.
FLAMINIO NEPOTE, censor constructor del Circo Flaminio, 331.
FLAMMA, gladiador que cuatro veces se hizo acreedor a la **rudis** liberatoria, 383.
Flammarii, tintoreros, 262.
FLAVIA DOMITILA, prima hermana de Domiciano, procesada por crimen de ateísmo y desterrada; 208, 209.
FLAVIA DOMITILA, sobrina de la desterrada por Domiciano y también ella procesada por crimen religioso, 209.
FLAVIO, Anfiteatro, por sus dimensiones mereció el nombre de Coliseo, 330; ver Coliseo.
FLAVIO CLEMENTE, condenado a muerte por Domiciano, inculpado de ateo, 208, 209.
FLAVIOS, 29, 82, 88, 106, 117, 167, 195, 208, 336, 365, 366, 371.
FLAVIO SABINO, hermano de Vespasiano, obseso por la crueldad de la primera represión oficial del cristianismo, 208.
FLORA, diosa, 298, 323; juegos en honor de, 325; ver también **Floralia.**
FLORA FARNESIO, estatua hallada en las ruinas de las Termas de Caracalla, 420.
Floralia, juegos nocturnos en honor de la diosa Flora, 363.
Focale, chalina, 263.
Follis, pelota para juegos en las termas, 414.
Fontani, lavanderos, 284.
FORBACH, 221.
Forfex, tijeras de hierro, 237.
Fornicarii, fogoneros, 118.
FORO DE AUGUSTO, 19, 303.
FORO DE CESAR, 19, 170; ver también **Forum Iulium.**
FORO DE LA PAZ, 310.
FORO DE LAS CORPORACIONES DE OSTIA, 272-276.
FORO DE TRAJANO, 12, 30, 25, 26; descripción, 20; inauguración, 20,
FORO ROMANO, 68, 75, 80, 169, 182, 217, 267, 277, 302, 310, 315, 321, 345, 365, 399; templo de Faustina en el, 205; carrera de caballos en el, 325.
FORTIFICACIONES, Augusto desmantela las viejas republicanas, 35.
FORTUNA, diosa que dispensa salud y felicidad, 75.
FORTUNATA, mujer de Trimalción en el **Satiricón** de Petronio, 148, 252, 434.
Forum boarium, 48.
Forum Iulium, 75; ver también Foro de César.
FRANCIA, 41, 135, 185, 302.
FRANK, Tenney, de la composición de la población romana, 104.
FREGENA, ciudad limítrofe con Roma, asimilada políticamente a ésta, 32.
FREGOLI, célebre transformista, 355.
FREJUS, en la llanura de Provenza, 100.
FRIEDLÄNDER, L., sobre las hazañas y ganancias de los aurigas, 343.
Frigidarium, recinto donde se hallaba la piscina en las termas, 407, 411, 418.
Fritillus, cubilete, 397.
FRONTINO, cónsul, 440.
FRONTINO, Sexto Julio, escritor latino del s. I d. de C., recuerda que la provisión de agua se hacía en la Roma

imperial ad usum populi, 69; sobre la probidad, 398.
FRONTON, M. Cornelio, retórico latino del s. II d. de C., annona et spectaculis, 321.
FROSINONE, 78.
Frutarii, vendedores de frutas, 280.
FUFIA CANINIA, disposiciones sobre manumisión de esclavos, 117.
Fulcrum, cabecera del lecho, 428.
Fullones, bataneros, 284.
Furor de Ayax, drama truculento, 357.
Furor de Hércules, drama truculento, 357.
Furores, 357.

G

GABIA, pueblo del Lacio, 58.
GABIES, ciudad limítrofe con Roma y asimilada políticamente a ésta, 32.
GALA, personaje de Juvenal, 270.
GALBA (5 a. de C. - 69 d. de C.), emperador, pídesele el suplicio de Tigelino, 328.
GALENO, personaje de Marcial, 251.
GALENO, Claudio, célebre médico griego del s. II d. de C., régimen de comidas, 422.
Galeri, trenzas o bucles artificiales, 257.
GALERIES LAFAYETTE, tienda parisiense, 295.
GALERIO TRACALO, varón consular, 305.
GALIA, 37, 96, 171, 180, 273, 349, 389, 426, 437; oro de, 365.
GALIAS, 276, 323.
GALITTA, proceso por adulterio, 306.
GALLINARIA, selva, 83.
GAMALAS, casa de los, 46.
GARGANTUA, personaje de Rabelais, 429.
GARGILIANO, personaje de Marcial, 248, 249
Ganeæ, ramerías, 402.
GAUCKLER, Paul, identificación del templo de Hadad y Dea Siria, 195.
GAYO, jurisconsulto que vivió probablemente en la primera mitad del siglo II, 117, 134; habla en pasado de la confarreatio, la coemptio y el usus, 130; sobre la antigua condición de la mujer en la legislación romana, 134; fórmula jurídica de la separación, 157.
GERMANIA, 95, 187.
GEMINIS, signo del Zodíaco, 430.
Geruli, mozos de cordel, 285.
GISMONDI y CALZA, reconstrucción de la Casa dei Dipinti, 56.
Gladiatores meridiani, condición y destino, 384, 386.
GLADIATURA, los emperadores la convierten en siniestro instrumento de gobierno, 364.
Gnomon, 219, 220, 222.
GRACOS, Los, célebres reformadores romanos, 162
GRAMATICOS, enseñanza formalista y restringida, 167-176; empleo del griego y del latín, 168.
GRAN IDEA MADRE DE LOS DIOSES, 198, 199, 202, 205, 323.
GRANICO, batalla del, 393.
GRANOS, distribución gratuita de trigo, 38, 39, 109; provisión anual de la Anona, 40.
GRECIA, 181, 276, 341, 349, 389.
GOTHA, Almanaque, 38.
Guerras Civiles, de Asinio Polión, 212.
GUMMI (hoy Bordj-Cedria), naviculariios de, 273.
Gustatio, entremés en las cenas, 429.

H

HADAD, dios consorte de Atargatis, 195.
Halteres, pesas de plomo para ejercicio, 415.
HAMMAMET, golfo de, 273.
HARPAGONES, 314.
Harpasta, pelota de arena usada en los juegos de las termas, 414.
Harpastum, juego de pelota, 414, 415.
Hecyra, comedia de Terencio, 364.
Helciarii, los que halaban de las sirgas, 285.
HELIOPOLIS, 333.
HERACLEA, ver Tabla de Heraclea.
HERCULES, 375; estatua de, 420; ver también: **Muerte de Hércules.**
HERCULANO, ciudad y puerto en el golfo de Nápoles, cubierta de lava por el Vesubio en el año 79; 12, 47; termas de, 64; villas de, 68; escombros de, 250; pinturas de, 293.
HERENNIO, Retórica a, 168, 169.
HERNAGORAS, retórico, 176, 177.
HERMANOS DE LANUVIUM, 443; ver también Lanuvium.
HERMEROS, citado por Marcial, 238.
HERMES PSICOPOMPO, 380.
HERMOGENES DE TARSO, condenado a muerte por Domiciano, 311.
HERODES ATICO, del preceptor que dió a su hijo, 167.
HEUZEY, Léon, del porte de la toga romana, 231.
HIJO DE DIOS, ver Jesús.

HIJO DEL HOMBRE, ver Jesús.
HILAS, pantomimo discípulo de Pilades, 353.
HILAS, citado por Marcial, 394-395.
Himation, prenda griega de vestir, 233.
HIPONA, ciudad de la Numidia, sede episcopal de San Agustín, 171.
HIPPO-DIARRHYTUS (hoy Bizerta), navicularios de, 273.
HIRASEAS, yerno de Arria la Mayor, 137.
HIRCANIA, tigres de, 375.
HISPULA, 185.
HISTORIA AUGUSTA, Julio Capitolino hace referencia a un incendio habido en Roma bajo el gobierno de Antonino Pío, 42; malevolencia para con Sabina, 136; sobre el horario en las termas, 409; decreto de Adriano separando los baños según los sexos, 411; anécdota de Adriano en las termas, 418.
HOMERO, 146, 173, 199, 201.
Honestitores, (burgueses), situación y condición, 93-94.
HONORIO (384-423 d. de C.), emperador, restaura el teatro de Pompeyo, 349; suprime por edicto los combates de gladiadores en Occidente, 390.
Hoplomaquia, duelo entre gladiadores, 373, 389; **prolusio o lusio**, 375; preparativos, 376-378.
HORA, variaciones en la hora romana, 216-224, 299.
HORACIO, ... dotata regit virum coniux, 155; temor al castigo de su maestro, 164; **Epístolas**, 173; lucubración, 225; en Mandela, 226; burlas por el cabello mal cortado, 237; inconvenientes de las lecturas públicas, 318.
HORAS DIURNAS, cuadro para el invierno, 223; cuadro para el verano, 224.
HORMISDAS, embajador persa, 26.
Horologium, 216-217, 219; adopción en Roma, 218.
Horologium ex aqua, descripción, 219-220.
HORTENSIO, orador, 153, 340; lega su fortuna a Marcia, su mujer, 154.
Horrea, almacenes, 277; **Agrippiniana**, 277; **candelaria**, 277; **chartaria**, 277; **Galbæ**, 277; **Lolliana**, 277; **Umidiana**, 277: **Nervæ**, 277; **piperataria**, 277; **Seiana**, 277.
Humiliores, (humildes) su condición, 93.
Hypocausis, estufa del sistema de calefacción, 66, 68, 407, 408.
Hypocaustum, cámara de calor del sistema de calefacción, 66, 68, 75, 407.

I

IBERICA, península, 276.
ICARO, 318.
IFICRATES, tema de ejercicios retóricos, 181.
IFIGENIA, su sacrificio tema de ejercicios retóricos, 179.
Ifigenia en Tauride, tragedia de Eurípides, 358.
IGLESIA, de San Adriano, 308; de Santa Cruz de Jerusalem, 367; de San Pedro, 371; de Santa María de los Angeles, 406.
IGLESIA CRISTIANA, comienza a distinguirse de la Sinagoga a partir de los primeros Antoninos, 207.
ILIRIA, 137.
INCITATO, auriga mencionado en un epigrama de Marcial, 344.
INDICO, océano, 179.
INDIA, 12, 258, 260, 276, 372.
INDO, 262.
Indumenta, ropa interior romana, 229.
Infectores, tintoreros, 262, 284.
Ingenuos, 93, 97, 102.
INMORTALES, 193.
Institia, galón, 260.
Institor, 292.
Insula Felicles, 42; llamaba la atención por su altura, 49; situada en la Novena Región, 53.
Insulæ, interpretación cabal de la palabra latina, 41, 42; casa de departamentos, 42; de sus dos categorías, 50-51; descripción, 47, 53-57; altura, 47, 48; área de extensión, 57; luz, 64, 65; calefacción, 65-68; deficiencias de su servicio sanitario, 69, 71, 72, 74; administración y alquileres, 78, 79; incendios, 49, 59, 60; derrumbes, 57, 58; número de empadronadas en los Regionarios, 41, 47, 52, 53.
Involucre, peinador, 237.
IO, 198.
IRAN, 193.
IRIS, 416.
ISIDON DE ESCITIA, (Kachgar), 261.
ISIS, culto de, 193; templo de, 195; ministros de, 197, 439; culto de, 199; ara de, 256; **palla** de, 262.
ISLAM, 63, 296.
ISTMO DE SUEZ, 275.
ITALIA, 24, 39, 54, 68, 80, 109, 112, 120, 137, 156, 171, 189, 270, 271, 331, 341, 349, 389, 437.
ITALICA, ciudad romana de Bética, cuna de los emperadores Trajano y Adriano, 96.

Itinera, calles para el tránsito exclusivo de peatones, 80.
Iubilatores, *encargados de excitar con gritos a la caballada*, 339.
Iugula!, 381.
Iumentarii, conductores de acémilas, 285.
Ius civile, 96.
Ius gentium, 95.
Ius latii, 102.
Ius naturale, 96.
Iustae nuptiae, 159.
Ius trium liberorum, 292.

J

Jaljals, *260*.
JANICULO, colina de la Región XIV de Roma, 51, 195.
Jardín de las Hespérides, 434.
Jardín de los Suplicios, 386.
JASON, 357.
JAVOLENO PRISCO, de lo sucedido en una **recitatio**, 316.
JENA, 27.
Jentaculum, desayuno, 422, 423.
JERJES, 179.
JERUSALEM, destrucción del templo de, 207.
JESUS, 205, 207, 208, 209, 210; religión de, 210; fieles de, 443; Buen Pastor, 208; Divino Nazareno, 210; Hijo de Dios, 210; Hijo del hombre, 208, 210.
JIO, peras e higos de, 437.
JOANNE, Guía, 38.
JOSEFO, del trigo importado del Africa, 40; representación de **Ciniras y Mirra** en vísperas del asesinato de Calígula, 357.
JOVE, 140; ver también Júpiter.
JOURDAIN, personaje de Molière, 178.
JUBA II, rey de Mauritania, 175, 176.
JUDIOS, odio de Tácito a los, 187; colonia en Roma, *206*; Trajano confina en Cerdeña a 4000 israelitas, 206; victoria de Tito sobre los, 335.
JUEGOS, 321-345; tentativas para implantar en Roma los juegos griegos, 386-389; diversos, 391-402; en los baños, 412, 414-417.
JULIA, sobrina de Domiciano, 151, 152.
JULIA, mujer de Pompeyo, 153.
JULIA, citada por Macrobio, 256.
JULIANO EL APOSTATA, auspicia el **Agon Capitolinus**, 388.
JULIO CANO, estoico, 399.
JULIO CEREAL, amigo de Marcial, 424.
JULIO FRONTINO, varón a quien Plinio el Joven sucede en el Colegio de Augures, 189.
JULIO TIRON, codicilos de, 306.
JUNIO MAURICO, aboga por la supresión de los juegos a *la manera griega*, 388.
JUNO, 144, 185; Reina, 186; templo de, 393.
JUPITER, 186, 199, 338, 396; Dios Capitolino, 183, 243; de Clitumno, 188; juegos en honor de, 325.
JUPITER OLIMPICO, 181.
JURISPRUDENCIA, 169.
JUSTICIA Y POLITICA, 300 - 309.
JUSTO LIPSIO, calcula en cuatro millones el número de habitantes de Roma, 30; sobre el **canticum** de la **Andrómaca** de **Ennio**, 351.
JUVENAL, 60, 148, 187, 188, 444; **Sátiras**, 12, 70, 150; aspecto de Roma, 48; incendio romano, 49; desmoronamientos, 58; temor a los incendios, 59; censura a las mujeres que se recostaban en la **cathedra**, 62; de la condición de los **aquarii**, 70; víctimas de los descuidados habitantes de los pisos altos, 76; del salir de noche en Roma, 83; molestias de la **Urbs**, 85; del ruido del tráfico nocturno, 87; baraúnda en las calles de la ciudad, 87-88; contra la afluencia de extranjeros, 96; fustiga a los que maltratan a sus esclavos, 98-99; de los que adulan a los esclavos de hombres ricos, 108-109; de la renta adecuada para vivir, 110-111; importancia de la escolta servil, 116; costo de los esclavos, 116; su retiro de la carrera de las armas, 120; ridiculiza las actividades de las mujeres de su tiempo, 145, 146, 147, 148, 149; instancias a un amigo, 150; critica a Domiciano sus relaciones con Julia, 151-152; del casarse con mujer rica, 156; del trajín del mensajero encargado de comunicar la orden de separación, 157; de una mujer que casó ocho veces en cinco años, 157; del rigor de los maestros en su tiempo, 164; amor por lo griego en las mujeres romanas, 171; **búrlase** de los oradores huecos, 183; sentimientos religiosos, 185-186; odio a los judíos, 187, 207; sátiras contra los cultos orientales y sus ministros, 196-199; falta de ecuanimidad en sus críticas, 199, 202; del amor de los dioses por el hombre, 203; ignora al cristianismo, 206; ocupaciones mañaneras, 225; de los **tonsores**, 236; de la **depositio barbae**, 243; búrlase de un peinado, 255-256; de una señorona que castigó a su **ornatrix**, 256-257; de los recursos para

suscitar compasión en los patronos, 269-270; censura a quienes alquilan sus **auditoria**, 314; apuestas en las carreras, 344; conduélese del gusto excluyente de los romanos por las carreras, 345; indiferencia ante la cruel variante introducida en el final del **Laureolo**, 363; pasión romana por el juego, 396; del horario de las termas, 409, 411; de la complacencia de las mujeres para con los masajistas, 417; **mens sana in corpore sano**, 422; de la hora en que concluían las cenas de los jueguistas, 424; versos a la comida ofrecida por Virrón, 433 - 434; galería de comilones, 437-438; cena ofrecida a su amigo Pérsico, 441.

K

KACHGAR (Isidón de Escitia), 261.
KRAFT DURCH FREUDE, 333.

L

Labrum, receptáculo en el **caldarium**, 417, 418.
Lacerna, prenda de vestir, 233.
LACIO, 139.
Laconica, salas que en las termas precedían al **caldarium**, 407.
LAGO LUCRINO, ostras del, 438.
LAGO DE COMO, 138.
LALAGE, personaje de Marcial, 257.
Laminataria, amoladera, 244.
LANCIANI, 38; calcula que los acueductos romanos vertían diariamente mil millones de litros de agua en 247 arcas de decantación, 69.
Lanistæ, empresarios de gladiadores, 98, 371; condición social, 372.
Laninpedæ, comerciantes en lanas, 291.
LANUVIUM, población vecina a Roma y anexada políticamente a ésta, 32.
LANUVIUM, Colegio Funerario de, 97, 205; estatutos del, 442-443.
Laquearia, 56.
LAOCOONTE, famoso grupo hallado en las ruinas de las termas de Trajano, 420.
LARCIO LICINO, inicia la costumbre de llevar claque para aplaudir las oraciones forenses, 305.
LARCIO MACEDO, muerto por sus domésticos, 100, 160.
LARES, dioses, 243.
LA ROCHEFOUCAULD, 141.
Lasanum, bacín, 227.
Latifundia, 114.
LATINO, autor de mimos, ducho en halagar los bajos gustos, 362.
Latinos-junianos, condición de ciudadanía creada por Augusto, 102.
Latrunculi, suerte de ajedrez romano, 399.
Lavationes, bañeras, 254.
Laudatio Turiæ, 130.
Laudiceni, aplaudidores de oficio, 305.
Laureolo, de Catulo, 389; intención política, 360; razón de su singular éxito, 363.
LAUFELA, 198.
LAURENTIUM, bosques de, 437.
Lectica, litera, 392.
Lectuli, pequeños lechos de una plaza, 60.
Lectus, 424; importancia de la cama en el moblaje romano, 60; variedad de materiales empleados en su construcción, 60-61; **genialis**, 60, 251; **imus**, 428; **medius**, 428; **summus**, 428.
LEGION DE HONOR, 94.
LEJANO ORIENTE, 12, 22, 261, 276.
Leno, alcahuete, 98.
Lenuncularii, bateleros, 285.
LEO, signo del Zodíaco, 431.
LEONIDAS, general espartano, 179.
LEPTIS MAGNA (Trípoli), cuna de Septimio Severo, 96.
LETRINAS PUBLICAS, ubicación, 72; administración, 74; consignadas en los **Regionarios**, 74; características, 75.
LEVANTE, 95, 189, 199, 390.
Lex Cornelia, contra las apuestas, 397.
Lex Fufia Caninia, disposiciones sobre manumisión de esclavos, 117.
Lex Iulia de adulteriis, olvidada a fines del s. I d. de C., 151.
Lex Petronia, prohibe al amo entregar sus esclavos a las fieras sin juicio previo, 98.
Lex Publicia, contra las apuestas, 397.
Lex Titia, contra las apuestas, 397.
Libarii, pasteleros, 118.
LIBIA, 396.
Libitinarii, retiraban los cadáveres de la arena, 380.
Libelli, programas de las recitationes, 314.
Libertas Restituta, 107.
Liberti, 97, 101-104.
Liberti ab ornamentis, cuidan las alhajas del emperador, 118.
Libraria, secretaria, 290.
Librarii, libreros editores, 310, 311; ver también **Bibliopolæ**.
LICIA, región del *Asia Menor*, 349.
LICINIO SURA, moraba en el Aventino, 51; profundidad de sus conoci-

mientos, 202; Trajano construye en el Aventino termas en su honor. 405.
Licium o subligaculum, taparrabo, 229.
LICOMEDES, 357.
LIDO, personaje de Plauto, 164.
LIGDO, personaje de Marcial, 161.
Ligula, cuchara, 429.
Lintearii, tratantes en linones, 281.
Linteum, 237.
Lintrarii, canoeros, 285.
LISIPO, pídese su **Apoxiomenos** a Tiberio, 328; grupo escultórico de Alejandro y sus generales en la batalla del Gránico, 393.
LIVIA, Casa de, 43.
LIVIA, mujer de Octavio, a cuya muerte recibe el título de Augusta, 136; peinado, 255.
LIVIO ANDRONICO, griego vinculado a los orígenes del teatro romano, 173, 353.
Locus consularis, lugar de privilegio en las cenas, 428.
Lodices, colcha, 228.
LOLICIO, Marco Aurelio, auriga muerto joven, 344.
LONDRES, 45, 112, 423.
Lorarii, azuzadores en los combates, 378.
LOT, Ferdinand, sobre la población de Roma, 31, 41.
LUCANO, 39; **Farsalia**, 173.
LUCIANO, rétor griego ambulante, 171, 183; asiste a la representación del **Festín de Tiestes**, 355; noticias sobre obras dramáticas, 357.
LUCINA, cripta de, 209.
LUCIO CESAR, hijo de Adriano, 238.
LUCIO POMPONIO BASO, autor dramático que vivió en tiempos de Claudio, 349.
LUCIO QUINCIO FLAMINIO, 180.
LUCIO VERO, nieto de Adriano, 238.
Lucipor, esclavo de Lucio, 116.
LUCRECIO, menciona en su poema los vaciaderos públicos, 76.
LUCRINO, lago, 438.
Lucubrare, 226.
Lucubratio, 226.
Lucubrum, lámpara con mecha de estopa y cera, 226.
Lucus Furrinæ, 195.
LUDI, juegos, 328; **Apollinares**, 323; **Circenses**, 331; **Ceriales**, 323; **Florales**, 323; **Fortunæ reducis**, 323; **Martiales**, 322; **Megalenses**, 323, 330, 348; **Piscatorii**, 322, 323; **Plebei**, 323, 348; **Romani**, 323; **Victoriæ Cæsaris**, 323; **Victoriæ Sullanæ**, 323.
LUDOVISI, Villa, 51.
Ludus gladiatorius, escuela de adiestramiento, 372.
Ludus ingenuarum artium, 313.
Ludus litterarius, 165, 167.
Ludus Magnus, 372, 377.
Ludus Matutinus, 372.
LUIS XIII, 55.
LUIS XIV, 119.
LUIS FELIPE, 31.
LUNA, mármoles de, 22.
Lupercalia, 322.
LUPERCIO, personaje de Marcial, 246.
Lupinarii, vendedores de lupinos, 280.
LUPO, amigo de Marcial, 121, 433, 440.
LUSITANIA, 166, 411.
Lustrum, censo quinquenal, 38, 102.
LYON, anfiteatro de, 385.

M

Macaris y Canacea, obra teatral que tuvo al propio Nerón como intérprete del escabroso papel de Canacea, 357.
MACEDONIA, 389.
MACRINO, amigo de Plinio el Joven, 140.
MACROBIO, 256; lista de platos en un banquete imperial, 430.
MADAURA, 171.
MADRE DE LOS DIOSES, 198-199, 205; ver también Gran Idea Madre de los Dioses.
MAGHREB, 76.
Magister, 164.
Magister cenæ, presidente de los banquetes que celebra el Colegio Funerario de Lanuvium, 443.
Magistri, adiestradores, 339.
Magnarii, comerciantes al por mayor, 279.
MALE, Émile, sobre la religión de Flavio Sabino, 208.
MAMINO, personaje de Marcial, 112.
MAMURRA, maniático de un epigrama de Marcial, 296.
Mancipatio, 126.
MANDELA, 226.
Mane, la mañana, 218.
Manes, 97, 186, 365.
Manumissio, liberación de esclavos, 97; resolución de Claudio, 98; distintos procedimientos para la manumisión, 102; condiciones impuestas por Augusto, 102; de la esclava concubina y de los hijos habidos con ella, 160; **toga prætexta**, símbolo de liberación, 180.
Mappa, 263.
Mappa o sudarium, 237.
Mappæ, manteles empleados a partir de Domiciano, 429.

MARCELIANO, perfumista en un epigrama de Marcial, 240.
MARCELO, depositio barbæ, 243.
MARCIA, dos veces mujer de Catón de Utica, 134, 154.
MARCIAL, 49, 113, 116, 164, 226, 227, 299, 363, 396, 399, 406, 410, 418, 436, 444; **Epigramas**, 12, 150; habita en las faldas del Quirinal, 51; ridiculiza a los amos tacaños, 63; lamenta verse obligado a utilizar la bomba de agua, 70; calles enlodadas, 82; alude al estrépito del tráfico nocturno, 86 - 87; añora a Bilbilis, 96; azota a su cocinero, 99; de las bocas por familia, 109; epigrama contra Máximo, 112; sobre la educación, 121; sobre la oportunidad de una elección, 122; de la vida descansada, 122-123; sobre las dilapidaciones de Filomuso, 128-129; elogios a Claudia Rufina, 139, 144; elogia la pureza de la poetisa Sulpicia, 139-140; epigrama a una mujer prolífica, 144-145; pondera a Domiciano por la renovación de la lex **Iulia de Adulteriis**, 151; de las inconveniencias de casarse con mujer rica, 156; alude a una mujer que casó diez veces, 157; divorcio: adulterio legal, 158; búrlase de los adulterios a domicilio, 160; sobre los hijos de Cinna y Marula, 160-161; filo-helenismo en las mujeres, 171; ignora al cristianismo, 206; enumera a su amigo Esparso las causas que impiden dormir por las mañanas, 225; de la comodidad que importa el abandono de la toga, 233; de los **tonsores**, 236; enemigo de las cabelleras largas y de los bucles, 237; de un anciano presumido que se riza el cabello, 238; búrlase de los que abusan de afeites y perfumes, 239; contra Póstumo, 239-240; contra un ex liberto que disimula con afeites su antigua condición servil, 240; de los que no se afeitan, 243; celebra la habilidad del barbero Pantagato, 245-246; morosidad de su barbero, 246-247; de uno que se depilaba por miedo a los **tonsores**, 248-249; sobre el lecho común, 251; de una dama que castigó a su **ornatriz**, 257; búrlase de un amigo que llega demasiado temprano a cenar, 298; funcionamiento de los tribunales ordinarios, 301; contra un abogado que habló largamente en un juicio, 301-302; venta de sus **Epigramas**, 310; de un divorcio por las perspectivas ruinosas de una pretura, 329-330; sobre la popularidad de Escorpo, 343; de las apuestas en las carreras, 344; elogia a Domiciano por la substitución ordenada en el final del **Laureolo**, 363; fieras amaestradas en las **venationes**, 373; elogia la benevolencia de Domiciano en un combate de gladiadores, 382; elogios para los vencedores en el **Agon Capitolinus**, 388; menciona numerosos pórticos, 393; refiere la extraña muerte del bello Hilas, 394; de los charlatanes que en paseos y calles inventan noticias, 395-396; de la hora más oportuna para el baño, 409; sobre los juegos practicados en las termas, 414-415; remite a un amigo una **endrómida**, 415-416; **del jentaculum**, 423; hora oportuna para la cena, 424; reprocha a Lupo el pan que da a sus invitados, 433; recomienda ventosear en las cenas, 436; progresos de la gastronomía, 437; minuta de una cena organizada por el poeta, 439-441.
MARCIANA, hermana de Trajano, dictadora de la moda en su tiempo, 255.
Marcipor, esclavo de Marco, 116.
MARCO AURELIO, (121-188 d. de C.), 29; emperador, extiende a todas las ciudades del Imperio las disposiciones romanas sobre tránsito, 86; costosas victorias, 106; senadoconsulto Orficiano, 125; concubinato, 159; publica en griego sus Pensamientos, 171; estoicismo, 191; lucubración, 227; sus virtudes, 307; indiferencia por los **ludi**, 345; lamenta la pasión de los romanos por las carreras, 345; trata de humanizar los combates de gladiadores, 389.
Margaritarii, vendedores de perlas, 281.
MARIANO, personaje de Juvenal, 156.
MARINO, personaje de Marcial, 238.
MARIO, Cayo, jefe de la revolución democrática, 168.
MARIO PRISCO, procónsul de Africa, procesado por prevaricato, 308-309.
Marmorarius, marmolista, 278, 295.
MAR NEGRO, 261.
MAR ROJO (Eritreo), 231, 232.
MARSIAS, Recinto de, 302.
MAR SUPERIOR, 48.
MARTE, 151, 225.
MARULA, mujer de Cinna y de cuyo tálamo hace escarnio Marcial, 160, 161.
MARRAKEX, 88.
MARROU, sobre los maestros de literatura de Roma en el siglo IV d. de C., 29; observa la declinación del helenismo en Roma. 170, 171.
Matellæ, jofainas, 254.

Mater Deum Salutaris, 205; ver Gran Idea Madre de los Dioses.
MATIDIA, peinado de, 255.
Matralia, 322.
MATRIMONIO, 125 - 158; tres formas: **confarreatio, coemptio** y **usus**, 130; ceremonia, 130-134; **cum manu**, 134, 152; **sine manu**, 134, 153, 155.
MATRONA ROMANA, 135-143.
MAURITANIA, región del Africa septentrional, 94, 175, 276.
MAUSOLO, tumba de, 144.
MAUSONIO RUFO, estoico, 126; teorizador del feminismo, 135.
MAXIMO, personaje de Marcial, 112, 113.
MAXIMO, Quinto Sulpicio, niño poeta laureado en los juegos capitolinos del año 94 d. de C., 171.
Mæniana, zonas en la **cavea** del Coliseo, 368, 369.
MECENAS, 314; instala sus jardines en el Esquilino, 51.
MEDEA, 140, 357.
Medici, médicos, 290; veterinarios, 339.
MEDITERRANEO, 437.
MENADES, 248.
MENANDRO, griego autor de comedias, 173.
Menecmos, Los, comedia de Plauto, 358.
Mensores frumentarii, encargados de medir el trigo, 273.
MERCADO DE TRAJANO, 46, 54, 64, 278; descripción, 25-26, 27.
MERINIDAS, 76.
MEROE, 199.
MESALA, cuadrante solar de, 218. 219.
MESALA CORVINO, cásase con Terencia, mujer repudiada por Cicerón, 154.
MESALA, Manio Valerio, lleva a Roma como botín el cuadrante solar de Catania, 218-219.
MESALINA, complejidad de su peinado, 255; limpieza de su dentadura, 258.
MESAS, 61, 62.
MESOPOTAMIA, 375.
Meta prima, 332, 335.
Meta secunda, 336.
Metallum Vipascense, reglamento para los baños públicos del, 411.
METON, cuadrante solar de, 216.
MEVIA, búrlase de ella Juvenal, 147.
MICADO, 190.
Micatio, juego de la murra, 398.
MIGUEL ANGEL, 27.
MIL Y UNA NOCHES, 63.
MILCIADES, 181.
Miliarii, aurigas que habían obtenido más de mil victorias, 342.
MIMO, significación, 359.
MINERVA, 136, 414.
MINISTÈRE DES LOISIRS, 331.
Ministratores, servidores de la mesa, 118, 429.
MINOTAURO, 318.
MINTURNES, santuario de la diosa Spes en, 97.
MINUCIO, pórtico de, 292.
MINUCIO ACILIANO, amigo de Plinio el Joven, 142.
MISENA, flota de, 368.
Missilia, objetos regalados a los espectadores del Circo por orden del emperador, 344.
MISSUA (hoy Sidi-Daud), naviculários de, 273.
Missus, 336.
MITOLOGIA, en la enseñanza del gramático, 175.
MITRA, 193; instalación de santuarios en Roma y Capua, 196; sus fieles adquieren un terreno en Ostia, 196; congregación de, 205.
Mitra, diadema, 262.
MITRIDATES, rey del Ponto, 232.
Mittel, 381.
Modius, medida de capacidad, 273.
MOLIÈRE, célebre comediógrafo francés, 178, 361.
Molinenarius, molinero, 281.
MONTANO, senador romano, 438.
MONTECITORIO, obelisco de, 221.
MONTE DEI CENCI, 347.
MONTE GIORDANO, 388.
Monile, collar, 260.
Moriones, bufones, 119.
MOSA, valle del, 228.
Muccinium, pañuelo, 264.
MUCIA, mujer de Pompeyo, de la cual se divorció éste por su inconducta, 153.
Mucio Escévola, mimo terrorífico, 390.
MUEBLES, 60-63.
Muerte de Hércules, mimo terrorífico, 390.
Muliones, arrieros, 285.
Mulsum, vino melar, 432.
Mundus, muliebris, artículos de tocador, 254, 255.
Munera, combates de gladiadores decretados por el emperador, 324, 326; oportunidad para manifestarse la opinión pública, 328; sacrificios humanos, 364; restricciones en el número, 364, 365; servicios de empresarios especialistas, 371, 372; duración, 372; **venationes**, 373, 374, 375; número de animales sacrificados, 374-375; descripción. 372-383; juicios de Cicerón y Plinio el

Joven, 384; **munera sine missione**, 384; la matanza matutina, 385, 386; reacciones tímidas y supresión tardía, 386-390.
MURALLA DE AURELIANO, 31; destinada a proteger la ciudad contra el peligro de los bárbaros, 31, 35-36, 37.
MURO DE SERVIO TULIO, falsamente atribuido, 32, 34.
Murma, casco dorado con que se protegían los gladiadores **murmillones**, 372.
Muscarium, espantamoscas, 264.
MUSEO, de Alejandría, 169, 310; de las Termas, 273; de los Conservadores, 292; de los Oficios de Florencia, 295; del Louvre, 195; del Vaticano, 195; Nacional Romano, 405.
MUSLUVIUM, (hoy Sidi-Rekane), navicularios de, 274.
MUSONIO RUFO, publica en griego sus obras, 171.
MUTINO, citado por Juvenal, 198.

N

Nanni, enanos, 119.
NAPOLEON, 27, 94.
NAPOLES, 54; juegos a la manera griega, 389.
NARBONA, navicularios de, 273.
NARBONENSE, 96.
NARCISO, 107.
NARCISO, personaje de Juvenal, 111.
NASICA, Publio Cornelio Escipión, instala con Marco Popilio Lenas un reloj de agua, 219.
Natalium restitutio, 103.
Naumaquia, 29, 321, 367, 371, 382.
NAUMAQUIA VATICANA, 371.
Navia aut capita, cara o cruz, 397.
Navicularii, navicularios, 273.
Negociatrix leguminaria, verdulera, 291.
NEPOTE, amigo de Marcial, 439.
NERON, (37-68 d. de C.), emperador, 11, 84, 95, 138, 208, 247, 261, 409; después del incendio del 64 d. de C., reconstruye la parte afectada de acuerdo a un plan, 80; se extingue con él la familia de los Julio-Claudios, 95; edicto sobre trato a los esclavos, 98; franquicias a los libertos, 103; muerte de Séneca, 136; impide la muerte de Paulina, 136; quebrantamiento del culto imperial, 189; culpa a los cristianos del incendio del año 64 d. de C., 206; represión sangrienta contra los cristianos, 208; cuidado de su cabellera, 237; **depositio barbæ**, 243; reconstruye y amplía el Circo Máximo, 333; regalo para los asistentes a las carreras, 344; desde su tiempo los autores se contentan con leer sus trabajos, 349; pretende ridiculizar a Británico, 351; destierra a pantomimos, 352; encarna el escabroso personaje de Canacea, 357; **munus** en honor de Tiridates, 378; instituye los **Neroniana**, 387; termas de, 405; glotonería, 423, 424.
Neroniana, fiestas periódicas instauradas por Nerón, 387, 439.
NERVA (34-98 d. de C.), emperador, 26; trata de remediar la obstrucción del Foro, 29; obligánle los senadores a adoptar a Trajano, 95; supervivencia de familias senatoriales, 105; sucesor de Domiciano, 107; emperador célibe, 144.
NESTOR, personaje de Homero, 198.
NEVADA, Estado norteamericano, 158.
NICERO, perfumista, 237, 251.
NIGIDIO FIGULO, neo-pitagórico, 193.
NIGRINA, mujer elogiada por Marcial, 139.
NILO, 391; estatua del, 195; valle del, 276, 311.
NIMES, cuna de Antonino Pío, 96.
Niove, mimo truculento, 357.
NOCHEBUENA, 185.
Nodus herculeus, 133.
Nomenclator, ujier que anuncia y ubica a los comensales, 118, 428.
NOMENTO, localidad del Lacio, 440.
NONIANO, varón consular, 312.
Notitia, el más antiguo de los **Regionarios**, 38, 41, 42; ver también **Regionarios**.
Notaria, estenógrafa, 250.
Nova Nupta, 133.
Novaculæ, navaja, 244.
NUBIA, hipopótamos de, 375.
NUEVA YORK, 43, 45, 59, 112.
NUMA, 140.
NUMIDIA, 324; mármoles de, 276.
NUMIDIA CUADRATILA, de su manera de vivir referida por Plinio el Joven, 163.
Nundinæ, días feriados, 165.
Nutrix, nodriza, 291.
Nymphæ, 420.

O

OBELISCOS, en la Piazza della Minerva y delante del Panteón, 195; de Antinoo, 37; de Montecitorio, 221; de Ramsés II, 333.
Obsequium, 102, 267.
Obstetrix, comadrona, 291.
OCCIDENTE, 95, 390; contemporáneo, 88.

OCTAVIA, hermana de Augusto, 175, 255; pórtico en su honor, 393.
OCTAVIO, 332; ver también Augusto.
ODEON, levantado por Domiciano y destinado a la disputa de lides espirituales en el **Agon Capitolinus**, 388; capacidad, 388.
ODISEO, personaje de Homero, 175.
Offectores, tintoreros, 262, 234.
Officiales, 300.
Oleoteria, 416.
OLIMPICOS, dioses, 184. 205.
OLIMPICOS, juegos, 409.
OLINTO, batalla de, 181.
Olitores, *verduleros y hortelanos*, 280.
OPERA DE PARIS, 347.
Operimentum, 228, 229.
Orarium, 264; ver también **sudarium**.
ORATORIA, en la educación popular, 168; ver Elocuencia
ORBILIO, maestro de Horacio, célebre por sus zurras, 164.
ORDEN ECUESTRE, condición y privilegios, 94.
ORDEN SENATORIAL, condición y privilegios, 94.
ORFEO, personaje mitológico. 248.
ORFICIANO, senadoconsulto, disposiciones sobre sucesión, 125.
ORIENTE, 88, 95, 168, 194, 195, 199, 276; especies de, 437.
ORINA, industria de la, 76.
Ornamenta, adornos, 254, 255.
Ornatores, peinadores, 118.
Ornatrix, 250, 256, 257, 258, 259. 291.
ORONTES, río de Siria, 96, 197.
OSTIA, ciudad y puerto de Roma, 26, 32, 54, 56, 57, 64, 196, 276; ruinas de, 12; barrio de los muelles, 46, 72; sus **insulæ** fueron edificadas de acuerdo a un plan de Adriano, 57; casas de, 68; provisión de agua, 70; **insulæ** de, 72; retretes de, 75; fastos de, 108, 382, 383, 389; playa de, 179; Foro de las Corporaciones, 272; **horrea**, 276; corporaciones de, 279.
OVIDIO, **Fastos**, 173; del secreto del tocado, 258; correspondencia entre los colores del cutis, cabello y vestidos de la mujer romana, 262; aconseja frecuentar las carreras en su **Ars Amandi**, 340; de las apuestas en las carreras, 344; **Medea**, 349.
OXFORD, bajo relieve de, 385.
OXIRRINCO, papiro de. 307.

P

PACORO, personaje parto de un epigrama de Marcial, 395.
PACTOLO, río de Lidia, 11.
PACUVIO, Marco, poeta trágico romano, 349; en el entierro de César corea la multitud los **cantica** de su **Armorium iudicium**, 350.
Pænula, amplio manto de lana, 233, 262.
PALACIO, Barberini, 366; Caetani, 331; Capitolino, 366; Colonna, 34; del Agua Romana, 422; del Pueblo, 422; de Venecia, 366; Farnesio, 27, 51, 339, 420; Sermonetta, 347; Taverna, 388.
PALATINO, uno de los siete montes de la antigua Roma, 46. 47, 75, 118, 303, 331, 333, 335; barrio del, 45.
PALEMON GRAMATICO, 146.
PALMIRA, 195.
Paludamentum, 145.
Palla, manto, 132, 133, 233, 230, 262.
PALLAS, 107.
PANADERIAS, de Pompeya, 68; beneficios para quienes invirtiesen dinero en su instalación, 103; reproducción en los bajo relieves de la tumba de Eurisaces, 281; atendidas por hombres exclusivamente, 291. 296.
PANDATARIA, isla de, 208.
Panegírico, de Plinio el Joven, considera la monarquía inaugurada por Trajano como la mejor de las repúblicas. 191.
PANFILIA, teatro en, 349.
PANNICO, personaje de Marcial, 161.
PANNICULO, *pantomimo hábil en halagar los gustos del bajo público*, 362.
PANTAGATO, barbero celebrado por Marcial, 245-246.
PANTEON, 48, 184, 195.
Par impar, juego de pares o nones, 397.
PARIBENI, **Roberto**, sobre la columna Trajana, 29; del gusto de los romanos en el teatro, 358.
Parilia, 322.
PARIS, 30, 31, 34, 45.
PARIS, célebre pantomimo que enamoró a Domicia, 352; compra a Estacio su Agave, 355.
PARMA, rebaños de. 113.
Parma, rodela que protegía a los gladiadores tracios, 372.
PAROS, mármoles de. 22.
PARRASIOS, pintor griego de cuya vida un episodio imaginario era empleado como tema de ejercicios retóricos, 181.
Parsifæ, mimo obsceno, 357.

PARTENIO, ayuda de cámara de Domiciano y cómplice en su muerte, 107, 235.
PARTIA, 136-145.
PASENO PAULO, elegías de, 318.
PASITELES, escultor romano de origen griego, 393.
Pastillarii, confiteros, 281.
PATERNO, sobrino de Plinio el Joven, 100.
Pater familias, autoridad del, 125-129.
Patres conscripti, 107, 168, 190, 308.
Patria potestas, 126, 127, 130.
Patronus, 101-102, 160, 267.
PAULINA, mujer de Séneca, intenta morir con su marido, 136.
PAULO, prefecto del Pretorio, dispone medidas de precaución contra los incendios, 70, 71.
PAXEA, mujer de Pomponio Labeo, 136.
Pax romana, 39.
Pectoral, pinjante, 260.
Pedes lanatos, 186.
Pedisequa, doncella de acompañamiento, 264.
PEDRO EL GRANDE, 94.
Pelliones, peleteros, 284.
PENTEO, 248.
Peponarii, vendedores de pepónides, 280.
Percludere inquilinum, obligar al locatario al pago del alquiler, 50.
PERGAMO, 110, 168.
Periscelides, ajorcas, 260.
Peristilo, 47.
PERPETUA, condenada **ad bestias** en Cartago, 385.
PERSEO, rey de Macedonia, hijo de Filipo V, 219.
PERSIA, 261.
PERSICO, golfo, 261.
PERSICO, amigo de Juvenal, 441.
PERSIO FLACO, Aulo, poeta latino; convicciones religiosas, 203; de los dormilones, 226.
Perticæ, perchas, 225.
PETOSIRIS, 199.
PETRONIO, 12, 83, 113, 118, 398, 418, 443; novela satírica, 12; describe el atiborramiento de una insula, 79; gula de la mujer de Trimalción, 148; búrlase de las escuelas de su tiempo, 182; del habitar los esposos cuartos separados, 251; importancia del reloj, 221: codicia de Roma, 271-272; pondera las habilidades de los cocineros, 436-437.
PIAZZA, del Cinquecento. 34: del Popolo, 333; della Minerva, 195; di Grotta Pinta, 346; Navone. 388.
PICENO, famosa región aceitera, 437.
PICO DE LA MIRANDOLA, 175.
PIDNA, batalla de. 219.
Pigmentarii, drogueros, 281.
PILADES I, de la prudente respuesta que dió este pantomimo a Augusto, 329; renombre y popularidad. 352; talento y circunspección, 353; sobriedad, 357.
PILADES II, pantomimo por quien sentía Trajano grande inclinación, 358.
PINCIO, monte, 37, 45, 51.
PIRAMIDES, 144.
PIRRO, guerras de, 218; victoria a lo, 320.
Piscatores, pescadores y pescaderos, 230.
Piscatrix, pescadera, 291.
PISCIS, signo del Zodíaco, 431.
PISON, varón consular, 399.
PISTOCLERO, personaje de Plauto, 163, 164.
Pistor, panadero, 118, 281, 291.
Pistrix, panadera, 291.
Pittacium, 432.
PLANTIN, soneto de, 122.
PLATANON, 394.
PLAUTO, 146, 349, 358; preocupación por la provisión de agua, 70; **Bacchides**, 163.
PLAZA COLONNA, 45.
PLAZA DE SAN PEDRO, 331.
PLEBE, trata Sila de descongestionar la plebe Urbana, 34; aumento de gastos en su asistencia desde la época de César a la de Septimio Severo, 38; número de ciudadanos que integraban la plebe romana en tiempos de Augusto, 40; plebe de los menesterosos, 93; dependencia de las liberalidades del emperador, 109; **panem et circenses**, 321, 322; política imperial con los espectáculos, 328, 329; consecuencias de la prosperidad en los felices días de Trajano, 119; clientela de la clase media, 120; integra los **collegium salutare**, 205; **munus**, 366; ofrécele Marco Aurelio simples lusiones, 389; moderación en las comidas de sus corporaciones, 442, 443.
PLINIO EL ANTIGUO, 57: vici en el lustrum de 73 d. de C., 38; jardines en miniatura, 55; grandeza de Roma. 79, 80; señala como excepción a C. Celio Isidoro, 117; del falso horario romano, 219; de la aceptación dispensada al reloj de Quinto Marcio Filipo, 219; **profecto enim vita vigilia est**, 226; lucubración. 227: emplasto para contener las hemorragias. 248; lista de ungüentos y depilatorios, 248; de su jornada de labor, 300; testimonio sobre la ca-

pacidad del Circo Máximo, 335; recuerda airado la transformación operada en los teatros levantados por Curión, 366; refiere los prodigios realizados por fieras amaestradas durante las **venationes**, 373; enumera las obras de arte que daban jerarquía al Pórtico de Octavia, 393; número de los **balneæ** en su época, 403; del modo de tomar un baño higiénico, 418; de sus comidas cotidianas, 422; frugalidad de su **icntaculum** y de su **prandium**, 423; hora en que terminaba *su cena*, 424; *critica la tacaña* sustitución de vinos, 433.

PLINIO EL JOVEN, 96, 129, 146, 160, 227, 313, 444; **Cartas**, 12; tertulia en el **cubiculum**, 62; ex cónsul, 65; descarta de los honores municipales a los **humiliores** de Bitinia, 93; del trato especial que da a sus esclavos, 100; posición económica, 113; esclavos que poseía, 117; sobre la educación, 127-128; se escandaliza de lo sucedido al hijo de Régulo, su rival, 129; de lo complicado de los esponsales, 130; loa la fiera y serena energía de Arria la Mayor, 137; de un caso de extraordinario amor conyugal, 138-139; decoro de la sociedad que le rodea, 140-141; pondera a Calpurnia, su tercera mujer, 141; verdadero carácter de sus relaciones con Calpurnia, 142-143; por falta de hijos reparte su fortuna entre los domésticos, 144; alternativas de un proceso por infidelidad conyugal, 150; considera fuente de graves males la ociosidad de la mujer, 163; rehusa a la religión oficial la adhesión íntima de su conciencia, 187 - 189; contento que le produce su designación para integrar el Colegio de Augures, 188-189; de la divinidad del César, 190; de su actitud ante los presagios, 201-202; no alude en sus Cartas al cristianismo, 206; precauciones para evitarse el bullicio mañanero, 225; lucubración, 227; dormía solo en su alcoba, 251; de las clepsidras, 301; reprueba la práctica de llevar aplaudidores a los juicios, 305; actuación en la Basílica Julia, 306; proceso a C. Clásico, 309; acusa a M. Prisco, 309; refiere sesiones realizadas por el Senado, 308-309; efectúa sus lecturas en julio, 315; leía sus obras a un público reducido y selecto, 315; refiere varios episodios acaecidos en las lecturas públicas, 316; condena a quienes no guardan la debida compostura en las lecturas públicas, 317; de las excelencias de las lecturas públicas, 318; humoradas, 318; satisfacción del pueblo por la concurrencia a los juegos del emperador, 328; elogia en su **Panegírico** la ampliación de la **cavea** del Circo Máximo dispuesta por Trajano, 333, 335; deplora la pasión de sus contemporáneos por los espectáculos circenses, 346; elogia los **munera**, 384; aprueba la decisión senatorial suprimiendo los juegos en Viena de Galia, 388; de la hora de la cena, 423; alude a un banquete en que se destaca la *mezquindad del anfitrión*, 433; protesta contra los avaros en los banquetes, 434; no gusta de los entretenimientos preparados para divertir a la concurrencia de los banquetes, 434; círculo que frecuenta, 435; de las cenas de Trajano, 438; regalos de Flaco y Cornuto, 438.

PLOCIO GALO, cliente de Mario y el primero en enseñar retórica en latín, 168; interrupción de sus lecciones, 169.

PLOTINA, mujer de Trajano y con quien comparte gloria y responsabilidades, 136, 158.

Plumarii, bordadores, 284.

PLUTARCO, prodigalidad de Marco Antonio Cretico, 245.

Plutei, 21, cofres de madera para guardar los **volumina**, 420.

PLUTOCRACIA y las formas de vida, 109-123.

Podium, plataforma del Coliseo, 368, 370.

Poganica, pelota rellena de plumas para juegos en las termas, 414.

POLENCIA, divinidad de la **Fuerza Brillante**, 332.

Pollice verso, seña con que se autorizaba la inmolación de un gladiador, 381.

POLIDOXO, caballo recordado en una inscripción de Numidia, 341.

POLIFEMO, 99.

POLITICA, importancia de una educación adecuada, 168-169; inoperancia de la acción política durante el imperio, 169; la Justicia y la Política, 300-309; las emociones de las carreras como sustituto de la antigua pasión política, 345; daba argumentos a las obras teatrales, 360.

Polymita, cubrecama, 228.

Pomerium, prohibían las leyes entierros en su recinto, 24; por excepción dentro de él se da sepultura a Trajano. 24; el falsamente atribuído a Servio Tulio no bastó para circuir a la Roma

republicana, 32; la Roma imperial rebasaba el muro Aureliano, 32; órbita sagrada, 32; significación religiosa, 33-34; muralla a partir del siglo III a. de C., 34; desbordado por la población urbana, 34.
Pompa Circensis, 335.
POMPEYA, ciudad de Campania, destruida en parte en el año 63 a. de C. y completamente en el 79, por sendas erupciones del Vesubio, 47, 68, 81; ruinas de, 12; casas de, 47; frescos de, 56; **domus** de, 57; termas de, 64; villas de, 68; panaderías de, 68; retretes de, 75, 234; pinturas de, 293; **graffiti**, 381; consejos para el buen comensal, grabados en una pared de, 441.
POMPEYANO, deja en una inscripción prueba de su afecto al caballo Polidoxo, 341.
POMPEYO, dirigiendo la Anona organiza provisiones de trigo para 486.000 bocas, 39; residencia en Carenas, 51; nupcias y divorcios, 153; dispone rodear la arena del Circo Máximo con una barrera de hierro, 332; combate entre gladiadores, empleado como arma política, 364; intenta traer a Roma juegos griegos, 386.
POMPEYO EPAFRODITO, auriga **miliarii**, 342.
POMPEYO MUSCLOSO, auriga **miliarii**, 342.
POMPEYO SATURNINO, mujer de, 146.
POMPONIA GRECINA, mujer de Aulo Plaucio, sospechada de cristiana, 208.
POMPONIO GRECINO, inscripción en la cripta de Lucina, 209.
POMPONIO LABEO, muerto por orden de Tiberio, 136.
PONTE ROTTO, desembocadura de la Cloaca Máxima, 72.
PONTIA, isla de, 209.
PONTINAS, marismas, 83.
POPILIO LENAS, ejecutor de Cicerón, 180-181.
POPILIO LENAS, Marco, instala con Publio Cornelio Escipión Nasica un reloj de agua, 219.
Popinæ, prostíbulos disimulados, 400, 401, 402.
PORCIA, ganada por el estoicismo, 134.
PORTEROS, cóndición legal, 70.
PORTO, 276.
PORTICO, de Europa, 393; de las Cien Columnas, 393, 394; de los Argonautas, 393; de Minucio, 321; de Octavia, 393; de Pompeyo, 393.
POSTUMO, personaje ridiculizado por Marcial, 239, 240.
Præcinctiones, divisiones en la cavea del Coliseo, 368.
Prægustatores, los encargados de hacer la salva, 118.
Præpositus a cubiculo, ayuda de cámara, 107.
Prætor hastarius, 303.
Prandium, comida de la mañana, 422; de su frugalidad, 423.
PRASINO, citado por Marcial, 441.
PREFECTO DE LA CIUDAD, 98, 303; palco especial en el Coliseo, 370; de la *prohibición* de la **micatio** en el Foro, 398.
PREFECTO DE LOS VIGILANTES, 70, 83, 98.
PREFECTO DEL PRETORIO, distinción especial, 94, 303.
Preficæ, lloronas profesionales, 86.
PRENESTE, 34, 58.
PRETOR, hastarius, 303; **peregrinus**, 302; **urbanus**, 302, 325.
PRIAMO, héroe homérico, 198.
PRIAPO, 432.
Princeps, de su condición y naturaleza, 94-95, 107; recursos económicos, 114-115.
PRINTEMPS, tienda parisiense, 295.
PRISCILA, catacumba de, 209.
Probatio armorum, examen de las armas gladiatorias, 377.
PROCULEYA, personaje de Marcial, 329-330.
Procurator, 292.
Procnea y Tereo, obra teatral de asunto escabroso, 357.
PROMETEO, personaje mitológico, 181, 247, 363.
Pronobus, suerte de padrino en las bodas romanas, 133.
Pronuba, una de las tres acompañantes de la mujer romana en su día de bodas, 133.
Propter impensas, 155.
Propter liberos, 155.
Propter mores, 155.
Propter res amotas, 155.
PROSTITUCION, 162, 401-402.
PROVISION DE AGUA, 69-71.
PSECAS, ornatrix castigada, 256, 257.
Psicología del matrimonio, de Balzac, 250.
Psilothrum, sustancia extraída de la nueza, 248, 249.
PTOLOMEO FISCON, rey de Egipto, sucesor de Ptolomeo VI, 168.
PUBLILIA, mujer de Cicerón, 154.
PUBLILIO SIRO, célebre autor de mimos, 361.
PUEBLO REY, 299.

Puer a sacrario, niño del coro del larario, 107.
PUERTA, Asinaria, 37; Capena, 37; Prenestina, 37, 272; Salaria, 37.
PUERTA CAPENA, primera región de la **Urbs**, 35.
PUERTO DE TRAJANO, 276.
PUERTO TORRES, navicularios de, 273.
Pulvinar, palco imperial, 327, 329, 335, 370.
Purpurarii, tintoreros, 262.
Puteal de Curcio, 302.
Puteal de Libón, 302.
PUZOL, refugio de los juegos a la manera griega, 389.
Pyrricharii, integrantes de las comparsas, 352.

Q

QUADRATO, obispo bajo el reinado de Adriano; inicia las **Apologías**, 210.
Quadrigæ, carro de carrera con cuatro caballos uncidos, 338.
QUINTA AVENIDA, 156.
QUINTILIANO, 170, 305; abusos de los maestros depravados, 164-165; condena los métodos empleados en la enseñanza, 166; resultado de sus críticas a la enseñanza, 167; subvencionado por los Flavios, 169; aconseja variaciones sobre el tema de **chria**, 178; enemigo de los bucles y largos cabellos, 237; venta de sus **Instituciones Oratorias**, 310; de la elocuencia de las manos, 354-355.
Quinquatrus, fiesta en honor de Minerva, 165.
QUIRINAL, uno de los siete montes de la Roma antigua, 25, 26, 29, 49, 96, 406.

R

RACILIA, mujer de Cincinato, 233.
RACINE, Athalie, 350.
RAMSES II, obelisco de, 333.
Raptores, asaltantes, 83.
REATE, ciudad de la Italia central, cuna de Tito, 389.
Recitationes, lecturas públicas, 310-320; flagelo de la literatura, 195, 318, 319, 320; Adriano las consagra oficialmente al dedicarles un edificio para su uso exclusivo: el **Atheneum**, 312-313.
REGIA, La, residencia de Julio César, 51; sacrificio del **Caballo de Octubre**, 325.
Regionarios, 41, 42, 46, 52, 53; registro de los **vici**, 38, 39, 40, 41; registran la cantidad de letrinas públicas, 74; capacidad de la **cavea** del Circo Máximo, 335; capacidad del Coliseo, 369.
Notitia, compuesta hacia el 334 a. de C., 38; **domus** e **insulæ**, 41, 42; torpeza del copista, 41.
Curiosum, compuesto hacia el año 357 d. de C., 38, 41.
REGIONES administrativas de la **Urbs**, posición y extensión, 35-37; 338.
REGULO, abogado, consiente deliberadamente los caprichos de su hijo, 129; recurre a horóscopos y aurispices, 201.
RELIGION, de los esclavos, 97; decadencia de la religión tradicional, 184-191; progresos de las místicas orientales, 191-206; advenimiento del Cristianismo, 206-212; fiestas y solemnidades, 321-324; respeto por las formas exteriores, pero escepticismo en el fondo de las conciencias, 184-189; el culto imperial, 189 - 191; influencia de los griegos, 192-193.
REMO, 321.
RENACIMIENTO, depredaciones del, 366.
RENO, ciudad norteamericana del Estado de Nevada, 158.
Res Gestæ, 40; del número de juegos ofrecidos, 329; de la construcción del **pulvinar**, 333.
Res mancipi, de su condición, 93.
Restiones, cordeleros, 284.
Retiarii, gladiadores que entran a la arena con un tridente y una red, 372.
Rethorica ad Herennium, 168, 169.
Reticulum, redecilla del tocado femenino, 262.
Revues, parisienses, 360.
REY DE LOS SACRIFICIOS, carro del, 85.
REY SOL, 119.
RHIN, 395.
RICCI, Corrado, excavaciones, 19, 25.
RIVOLI, calle de, 47.
Robigalia, fiesta de, 322.
RODAS, 168.
ROMA, passim.
ROMA MODERNA, 34, 47, 51, 54; población, 31.
ROMANO, amigo de Plinio el Joven, 187, 188.
ROMULO, 199.
Rosarii, floristas, 281.
ROSCIO DE AMERIA, 83.
ROSTOVSEFF, M., 12, 270.
Rudis, sable de madera, símbolo de liberación para el gladiador, 381.
RUFO, amigo de Marcial, 240, 247.
RUGA, Spurio Carvilio, senador que se divorcia de su mujer porque ésta no le da hijos, 152-153.

RUSTICO, personaje de Marcial, 99.
Rutelium, rasero, 273.
RUTILIO, condena Juvenal su crueldad para con los esclavos, 99.
RUTILIO, Numanciano Claudio, poeta romano, 121.

S

SABINA, mujer de Adriano, 136, 158.
SABINA, famosa región aceitera, 437.
SABINO, personaje de Marcial, 112.
SABRATA de Tripolitania, 349; navicularios de, 274.
Saburrarii, cargadores de lastre, 285.
Saccarii, descargadores, 285.
Sacomarii, 273.
SÆPTA IULIA, 296, 299; en el Campo de Marte, 392.
SAFO, poetisa griega, 140.
Sagarii, tejedores de sayas, 284.
Sagarius, tratantes en sayas y mantos, 278.
SAGITARIO, signo del Zodíaco, 431.
Saltatrices, bailarinas, 119.
Saltus Burunitanus, 108.
Salus, nueva y más amplia significación, 204.
SALUSTIO, cásase con Terencia, mujer repudiada por Cicerón, 154; despreocupación por una información más verdadera, 176.
SALVIO JULIANO, afirma que para las nupcias es necesario la libre aquiescencia de la joven, 135.
SAN ADRIANO, iglesia de, 308.
SAN AGUSTIN, 56, 170, 171, 398.
SAN BERNARDO, oratorio, 406.
SAN CARLOS DE NAPOLES, Teatro, 347.
SAN JERONIMO, registra en su **Crónica** el resultado de un censo efectuado en el año 86 d. de C., 39.
SAN PABLO, Epístolas, 208.
SAN PEDRO, estatua de, 22, 26.
SAN PIETRO in Vincoli, 74.
Sandapala, féretro de alquiler, 86.
Sanguis, de la fiesta de Atis, 323.
SANTA CRUZ DE JERUSALEM, iglesia de, 367.
SANTA MARIA DE LOS ANGELES, iglesia de, 406.
SANTA MONICA, 56.
SANTISIMA TRINIDAD, 188.
SANTO DOCTOR, ver San Agustín.
SANTRA, personaje de Marcial, 161.
Sapo, tintura, 235.
Sapo de Maguncia, tintura hecha a base de sebo cabruno y ceniza de haya, 257.
Sarcinatores, sastres, 339.
Sarcinatrix, costureras, 290.
SARMACIA, 395.
Satiricón, novela de Petronio, 79; ver también Petronio.
Saturnalia, 116, 268, 322, 396, 399, 400.
SATURNO, conjunciones de, 199.
Scabellarii, instrumentistas, 352.
Scapharii, barqueros, 285.
Scaphium, orinal, 227.
SCALA DE MILAN, teatro, 347.
Scalæ, escaleras de mano, 225.
SCIROS, isla del Egeo, 357.
Scissor, trinchante, 432.
Scopæ, escobas, 225.
Scrinia, ministerios imperiales, 300.
Scutum, escudo, empleado por los gladiadores samnitas, 372.
Schola, empleo de las **cathedræ**, 62; en las termas, 408.
Sebaciaria, ronda nocturna de vigilancia, 83.
Secundæ mensæ, postres, 429, 432.
SEGUNDO, librero-editor, 310.
SELIO, parásito en un epigrama de Marcial, 393.
SELUROS, bandido condenado por Augusto **ad bestias**, 385.
Sellæ, sillas, 62-63, 392.
Sella curulis, 62.
Sellarii, guarnicioneros, 339.
SEMITISMO, aporte a la integración y difusión del estoicismo, 193.
SENADOCONSULTO, prohibición de castrar a los esclavos, 98; sobre apuestas en los juegos, 396; Orficiano, sobre sucesión por vía femenina, 125; Tertuliano, derechos testamentarios de la mujer, 125.
SENADORES (Orden Senatorial), 32, 34; movilizan ejercitos contra el gobierno democrático de Roma, 39; la más importante categoría entre los **honestitores**, 94; **vir clarissimus**, 94; encabezados por el emperador, 94; obligan a Nerva a adoptar a Trajano, 95; originarios de provincias, 96, 111; familias senatoriales, 105; situación de ignominiosa dependencia frente a los ex esclavos del gabinete imperial, 107; inspiran la muerte de Domiciano, 107; divinización del príncipe, 205; pesadas tareas inherentes al cargo, 301, 308; asientos en el Circo, 333; consagran con el pueblo un arco de triunfo a Tito, 335; aprueban una ley que anula de antemano la elección de magistrados que hubieran ganado votos halagando a los ciudadanos con juegos gladiatorios, 364; participación en los **Neroniana**, 387.

SENECA, L. Anneo, 62; reivindica la condición de hombres para los esclavos, 98; ábrese las venas por orden de Nerón, 136; afirma que muchas matronas cuentan los años por el nombre de sus maridos, 158; incorpóranse sus tratados a la enseñanza de la gramática, 173; reprueba la enseñanza escolástica, 182; de la imposibilidad de obtener hora exacta en Roma, 222; júzgalo Calígula **arena sine calce**, 319; lectura de sus tragedias, 349; describe una **hoplomaquia** de mediodía, 384; **iuvat humanio sanguine frui**, 389; lugares de solaz y descanso, 392; afirma que los libertinos pasaban sus días en los lupanares clandestinos, que no en la palestra, 402.

SENECA, M. Anneo (padre de Lucio Anneo), maestro de retórica, 179, 180, 181, 183.

Seni crines, rodetes postizos, 132.

Sententiæ, frases agudas, 319.

Septem ova, enormes huevos de madera cuyos movimientos servían para contar las vueltas de las carreras en el Circo, 332, 333.

SEPTICIO CLARO, amigo de Plinio el Joven, 439.

SEPTIMIO SEVERO, (146-211 d. de C.), emperador, 38, 49; expone en el Foro de la Paz el catastro de la **Urbs**, 47; catastro de, 57; refiere su biógrafo, Elio Sparciano, que nunca logró el emperador despojarse del acento semítico que indicaba su origen, 96; rehace la labor de Domiciano sobre legislación en caso de adulterios, 152; pone los cimientos de las termas de Caracalla, 405.

SEQUANIA, 415.

SERAPIS, 193.

Serarii, sederos, 284.

SERES (China), seda de, 145, 261, 284.

Sericariæ, mujeres comerciantes en seda, 291.

SERRANO, personaje de Marcial, 112.

SERTORIO, personaje de Juvenal, 157.

Servi atrienses, siervos empleados en las tareas de la casa, 116.

SERVIO, gramático latino, 175.

SERVIO TULIO, 34.

SETIA, vino de, 433.

SEVERO, personaje de Marcial, 122.

SEXTIA, mujer de Emilio Escauro, 136.

Sica, puñal empleado por los gladiadores tracios, 372.

Sicarii, 83.

SIDI-DAUD (Missua), navicularios de, 273.

SIDI-REKANE (Musluvium), navicularios de, 274.

SIDONIA, 415.

SIENE, 396.

SIGFRIDO, 317.

Sigma lunar, 428.

SIGNIO, peras de, 441.

SILA, 38, 83; habilita para la población civil una porción del Campo de Marte, 34; cásase en quintas nupcias, 153; desbarbado, 241; pretende divinizarse, 323; conoce a Valeria en una reunión circense, 340; intento de aclimatar en Roma juegos a la manera griega, 386.

Siliginarii, pasteleros, 281.

SILLAS, 62-63.

SINAGOGA, diferénciase de la Iglesia, 257.

Sindon, peinador de muselina, 237.

Sine manu, 134, 135, 153, 155.

SIRIA, 12, 219, 276; dátiles de, 431.

SIRTAS, 243; marfil de las, 276.

SOCIOS, librero citado por Horacio, 310.

SOHO, 78.

SOL, estatua del, 330, 366.

Solaria, pequeños relojes solares, 221.

Soleæ, suerte de sandalias, 228.

Sonntag, 216.

SORA, 78.

Sparsiones, regalos a los asistentes al Circo Máximo, 344.

Spartores, caballerizos, 339.

Spatia, 336.

Spatha, empleada por los gladiadores samnitas, 372.

Specula, espejos, 254.

Specularii, espejeros, 281.

Speech from the Throne, 308.

SPES, diosa de la Esperanza, 97.

Spina, terraplén longitudinal que unía las metas del Circo Máximo, 332.

Splenia lunata, lunares postizos, 239.

Spongiæ, esponjas, 225.

Sponsio, apuestas, 344, 378, 397.

Sportulæ, 267, 268, 269.

Sportulæ, sangrientas lides creadas por Claudio, 372.

Stagnum Neronis, lago de la Casa Dorada, 366, 371.

Stationes arcariorum Cæsarianorum, 26.

STELLA, amigo de Marcial, 439.

Stibadium, lecho único, 428.

Stola, 260.

Stragulum, manta, 228.

Strigilis, 416.

Strophium, 254.

Structores, maestresalas, 118.

Structores, albañiles, 284.

Stuppatores, calafates, 284.

Suasoriæ, ensayos oratorios en los que se trataban casos de conciencia, 178, 179.
Subligaculum o licium, taparrabo, 229.
Subrutores, demoledores, 284.
SUBURA, 25, 259; residencia de César, 51; habitantes de, 325.
Succonditores, palafreneros, 339.
Sudarium o mappa, 237, 264.
Sudatoria, cámara que en las termas precedía al **caldarium**, 407, 417.
SUETONIO, Tranquilo C., requisitos de César para levantar el censo, 41; poca consideración para con Sabina, 136; ejercicios retóricos, 178; argumentos de las **controversiæ**, 179-180; superstición, 201; confusiones acerca de los cristianos, 206; procesos por ateísmo, 208; de las túnicas de Augusto, 230; hábitos de Vespasiano, 234; fin de Domiciano, 234, 235; refiere las exigencias de César para con el **tonsor**, 235; de los numerosos juicios, 302; episodio acaecido durante una lectura efectuada por Claudio, 312; refiere la magnificencia de las fiestas y juegos ordenados por Augusto, 329.
SI'K-EL-JMIS, 108.
SULPICIA, poetisa mediocre, pero cuya pureza temática elogia Marcial, 139-140, 251.
SULTANES, Estambul en la época de los, 59.
Sunday, 216.
Supparum, amplio manto, 260.
Suprema, la tarde, 218.
SUSA AFRICANA, 96.
Sutores, zapateros, 284.
Symphoniaci, coristas, 119.
Synthesis, prenda que substituía a la toga en los convivios, 233, 427.

T

Tabernæ, del Mercado de Trajano, 25-26; almacenes y tiendas ubicadas en la parte baja de las **insulæ**, 50; descripción, 50; promiscuidad de sus moradores. 50; entrada para los pisos superiores, 54; César destina las de su foro para que imparta allí sus lecciones el gramático, 170.
TABLA DE HERACLEA, 35, 81.
Tablinum, sala de la **domus**, 47.
Tabulæ lusoriæ, tableros para el juego de damas, 399.
TACITO, P. Cornelio, 95; consecuencias del incendio del año 64 d. de C., 41; explica por qué se propagó vorazmente, 80; elogia la fidelidad de Paulina, 136; de la **magna eloquentia**, 176; reprueba los temas tratados en los ejercicios retóricos, 182-183; odio a los judíos, 187; incredulidad, 187; elogia en su **Germania** a las tribus que no encierran a los dioses en templos, 187; pagano desafecto, 187; libertad e Imperio, 191; actitud ante los prodigios, 200-201; injurias a los cristianos, 206; refiere la impresión que causó a Flavio Sabino el martirio de los cristianos muertos por orden de Nerón, 208; de las sospechas recaídas sobre Pomponia Grecina, 208; critica el excesivo amor a los pantomimos, 352.
TAGASTE, cuna de San Agustín, 171.
TALAMO, 247.
Tali, taba, 397.
TAORMINA, 434.
Tapetia, 228.
TARENTO, cálculo de la hora en, 217.
TARTARO, 343.
TAURO, signo del Zodíaco, 430.
TEATRO, de Balbo, capacidad de su hemiciclo, 347; de **Marcelo**, 367; construcción y capacidad, 347; su abandono, 390; de **Pompeyo**, capacidad, 346; restauraciones, 349.
TEBESA DE NUMIDIA, 324.
TELESFORO, papa muerto en tiempos de Adriano, 209.
TELESFORO, personaje de Marcial, 238.
TEMPLO DE ATENEA, 181; de **Castor**, 310; de **Jano**, clausurado solemnemente por Augusto, 35; de **Jerusalem**, destrucción, 207; de **Juno**, en el pórtico del mismo nombre, 393; de la **Anona de Augusto**, 272; de **Atargatis y Hadad**, 195; de **Isis**, destruído por un incendio en el año 80 d. de C. y reconstruído por Domiciano, 195; de **Júpiter** (Jove), 112, 186, 243, 393; de **Vesta**, 112; del **Janículo**, diversidad de las divinidades allí reverenciadas, 196.
TEODORICO, rey ostrogodo que ordenó la restauración del Teatro de Pompeyo, 349.
Tepidarium, sala de temperatura apenas caldeada, en las termas, 407, 411, 418.
TERENCIA, mujer de Cicerón y repudiada por éste, 154.
TERENCIO, Afer P., 146, 173, 349, 358; **Hecyra**, 365.
TEREO, 357.
TERMAS, 315, 402-422; de Antonino, título oficial de las de Caracalla, 405; de Caracalla, 26, 405; conservación y extensión, 406; acueductos, 407; ruinas, 416; ubicación de las bibliotecas.

420; excavaciones, 420; de Constantino, 406; de Diocleciano, 405; restos, 405-406; conservación y extensión, 406; de Nerón, construcción, 405; de Numidia, inscripciones, 341; de Trajano, 406; suntuosidad de sus adornos, 420.
TERMOPILAS, 179.
TERPSICORE, musa de la danza, 355.
TERSITES, personaje de Homero, 182.
TERTULIANO, referencia a la **insula Felicles**, 49; significado del **munus**, 326; conocía bien el **Laureolo**, 360; de la moderación y significado de los ágapes, 443.
Tertiarius o suppositicius, gladiador reemplazante en los **munera sine missione**, 384.
TESPIAS, 394.
THEDENANT, Abate, sostuvo que las cloacas no se comunicaban con los **cenaculæ** de las **insulæ**, 74.
Thermopolæ, taberneros, 280.
Thermopolia, tabernas, 400, 402.
Thronus, sillón, 62.
TIBER, río, 29, 34, 37, 45, 71, 87, 96, 185, 195, 197, 198, 287, 367; estatua del, 195.
TIBERIO (42 a. de C. - 37 d. de C.), emperador, 130, 136, 241, 352; beneficios a los ex vigilantes, 103; auspicios, 190; destierra los cultos egipcios, 195; expulsión de los secuaces de Isis y su culto, 197; procede severamente contra los judíos, 206; decoración de su dormitorio, 227; persecución a los escritores, 311; pídesele el **Apoxiomenos** de Lisipo, 328; elude ofrecer juegos suntuosos, 330; reduce el número de combatientes en los juegos gladiatorios y establece otras restricciones, 364.
TIBUR (hoy Tivoli), 32, 58, 367, 441.
TICIO, personaje de Marcial, 112.
TIESTES, ver Festín de.
TIGELINO, pide el pueblo a Galba su suplicio, 328.
TIGRIS, río, 159, 261.
TIMELE, personaje de Juvenal, 357.
TIMGAD, retretes de, 75.
Tinctores, tintoreros, 284.
Tintinnabulum, campana que anunciaba la apertura de los baños, 410.
TIRIDATES, rey de Armenia, 378.
TIRO, altura de sus casas, 48; púrpura de, 416.
TIRO, toga de, 338.
TITINIO CAPITO, poseía un salón para lecturas públicas, 313; cedía su **auditorium**, 314.
TITO (39-81 d. de C.), emperador, 38; censor, 38; cuenta y mide durante su censura las calles de Roma, 79; arco consagrado a su victoria sobre los judíos, 335; concluye el anfiteatro iniciado por Vespasiano, 366; **munera** del año 80 d. de C., 375; preferencia por los **parmularii** en los juegos, 378; intenta ampliar en los programas de sus fiestas la parte de la **lusio**, 389; afición a la esgrima, 389; termas en la proximidad de la antigua Casa Dorada, 405.
TITO LIVIO, recuerda un prodigio anunciador de la ofensiva de Aníbal, 47-48; exhorta a Claudio a cultivar la Historia, 312.
Toga, 230, 262; modos de usarla, 231-233.
Tonsor, barbero, 118, 235, 237, 238, 241, 243, 244, 245, 246, 249, 255, 299, 313.
Tonstrina, tienda del barbero, descripción, 236-237, 245.
Tonstrix, peinadora, 291.
Toral, alfombra pequeña, 228, 234, 254
TORLONIA, Giovanni, excavaciones, 276.
Tormentum, relleno de la almohada, 288.
TORO FARNESIO, escultura hallada en las ruinas de las Termas de Caracalla, 420.
Torus, colchón, 228.
TOSCANA, 96, 188, 276; villa de, 142.
TRACIA, 145, 391.
TRAGEDIA, a fines del siglo I d. de C. *la tragedia, ya convertida en ópera*, evoluciona definitivamente hacia el **ballet**, 350, 358; de la tragedia griega a la romana, 351; declinación, 351-352.
TRAJANO (53-117 d. de C.), emperador, 11, 19, 20, 21, 22, 27, 51, 54, 76, 78, 88, 91, 93, 96, 107, 109, 110, 111, 127, 158, 221, 237, 241, 267, 291, 295, 307, 317, 335, 345, 354, 371, 388, 410; grupo de edificios, 20; estatua ecuestre en el Foro, 21, 22, 26; honras fúnebres, 24; inscripción en la columna de, 25; mercado de, 25-26, 27, 46, 54, 64, 278; símbolo de sus conquistas, 29; renovación de la ciudad, 29-30; impone restricciones a la edificación, 48, 49; celo policial, 59; acueducto de, 69-70; en su época la población romana sólo cuenta con las letrinas públicas, 74-75; legado en Germania, es electo emperador, 95; rechaza el doble título de **Señor y de Dios** (**Dominus et Deus**), 95; franquicias a los libertos, 103; triunfa sin dificultades en sus campañas, 106; concentración de capi-

tales a partir de su principado, 112; apodérase del tesoro de Decebalo, 115; campañas, 119; costumbres sencillas, 119; inscripciones, 126; pena para un padre que maltrató a su hijo, 127; **Optimus Princeps**, 136; falta de hijos legítimos, 144; falla un proceso por adulterio, 150; sus victorias dan brillo al siglo II, 159; protector de las ciencias, 169; cede el hemiciclo de su Foro para los estudios de gramática y retórica, 170; da su beneplácito a la designación de Plinio el Joven para el Colegio de Augures, 189; proclama **divus** a Nerva, 190; reserva en las oraciones a los emperadores, 190; niégase a dar a sus actos un sentido sobrenatural, 191; victorias sobre los partos, 260; instala un tribunal en Cemtumcellae, 306; preside tres sesiones del tribunal de Centumcellae, 306-307; preside un proceso en calidad de cónsul, 309; magnificencia de los juegos que supo ofrecer, 331; pone término a la ampliación de la cavea del Circo Máximo, 333; en su tiempo el Circo Máximo alcanza la extensión y formas arquitectónicas definitivas, 333; juegos del año 112, 346; prohibe a los histriones interrumpir sus obscenas representaciones para rendir homenaje al príncipe, 358; construye un anfiteatro y una **naumaquia**, 367; bestias muertas en dos **munera** por él ofrecidos, 375; clemencia para los combatientes en los **munera** del año 109, 382; desarrollo de los **munera** en su tiempo, 383; sus preferencias por la **lusio**, 389; termas dedicadas a la memoria de Licinio Sura, 405; sencillez de sus cenas, 438; modestia de su corte, 444.

TRANSTIBERINA, Región XIV urbana situada allende el Tíber, sobre su margen derecha, 35.

TRANSTIBERINO, buhoneros del, 84.

TRASTEVERE, 35.

TREBULA, quesos de, 437.

TRIADA CAPITOLINA, celebra Juvenal los preparativos de un sacrificio en honor de la, 185-186.

Triclinarii, mozos de comedor, 118, 432.

Triclinia, camas de tres plazas para comedor, 47, 60, 315, 424, 425, 441.

TRIFON, librero-editor, vende las obras de Quintiliano y Marcial, 310.

Trigæ, carro de carrera con tres caballos uncidos, 338.

Trigon, juego de pelota para tres personas, 414.

TRIMALCION, personaje de Petronio, 83, 96, 117, 148, 415, 420, 434, 436; lujo de su comedor, 56-57; lecho de plata maciza, 61; de sus esclavos, 104, 116-117; de su incalculable fortuna, 113; supersticiones, 200; de su orgullo por su magnífico reloj, 221-222; **depositio barbæ**, 243; de sus costumbres matrimoniales, 251-252; sus carreteros y caballerías, 297; obsequia a su favorito con una **chiromaxim**, 392; en las termas, 412; de los cuidados higiénicos que se hacía dispensar, 418; prolóngase su cena hasta las primeras horas del día, 424; **banquete** de, descripción, 429-432.

TRIPOLITANIA, mosaico de, 385.

Trochus, juego en las termas, 415.

Trulla, cucharón, 429.

TSUSHIMA, victoria japonesa, 190.

Tuas res tibi agito, fórmula jurídica, 157.

Tuas res tibi habeto, fórmula jurídica, 157.

TUCCIA, personaje de Juvenal, 357.

Tunica, 229-230; **exterior**, 230; **laticlavia**, 230; **recta**, 132; **subucula**, 230; **talaris**, 230.

TUSCO, caballo de carrera, 341.

TUSCO, famoso auriga muerto joven aún, 344.

Tuscus, vicus, 277.

U

Ubi tu Gaius, ego Gaia, fórmula matrimonial, 132, 134.

UCALEGON, personaje de Juvenal, 60.

Ulad Nail, 434.

ULPIANO, plurimis uno die incendiis exortis, 59; hipótesis y providencias sobre accidentes por desidia de los arrojadores de residuos y excrementos, 77.

ULPIO, nombre de la familia de Trajano, 21.

Umbella, quitasol, 264.

Umbraculum, quitasol, 264.

UMBRIA, 203.

UMBRO, personaje de Marcial, 116.

UNIVERSO, 327.

Urbs, ver Roma.

Urbs Roma, núcleo estrictamente urbano, 32.

Usus, 130.

V

VAJILLA, 63.

VALENTINIANOS, herejes combatidos por Tertuliano, 49.

VALERIA, quinta esposa de Sila, 153; arranca un hilo de la toga de Sila durante una reunión en el Circo, 340.
VALERIANO, Quinto Polio, librero, 310.
VALERY, Paul, 355.
VALOIS, corte de los, 119.
VALLIS MURCIA, 331.
VARIO, Rufo L., autor de la tragedia Tiestes, 349.
VATICANO, 331, 420.
Vecturarii, trajinantes, 285.
VEGECIO, Flavio Renato, escritor militar latino del siglo IV d. de C.; quéjase de los muchos analfabetos que se incorporan a las legiones, 167.
VEHICULOS, regulación de su tránsito dentro de la **Urbs**, 85-88.
VELABRO, monte de la antigua Roma, 34, 333.
Velarii, los que corren las cortinas a la entrada de los visitantes, 115.
VELIA, 366.
Velum, gigantesco toldo del Coliseo, 368.
Venationes, cacerías efectuadas en las arenas del anfiteatro, 373, 389; razón de ser, 375.
VENETO, 441.
VENUS, 151, 243, 357; estatua de Fidias en el pórtico de Octavia, 393; estatua de Praxíteles en el Pórtico de Octavia, 393.
VESPASIANO (6 - 79 d. de C.), emperador, 38, 51, 138, 208; censor, 38; bajo su gobierno los comerciantes en abono adquieren el derecho de vaciar los fosos de las letrinas, 74; mediante el pago de un impuesto permitió a los bataneros colocar cántaros en las esquinas para recoger orines, 76; mide durante su censura las calles de Roma, 79; legado en Oriente, es electo emperador, 95; destierra a los filósofos y quita privilegios a los rétores y gramáticos, 169; escepticismo, 189; lucubración, 227; del comienzo de su jornada, 234; preocupación por los numerosos litigios, 302; tacañería, 330; inicia la construcción de un anfiteatro, 366.
Vesperna, comida de la tarde, 422; su desaparición, 422.
Vespillones, portadores de las parihuelas fúnebres, 86.
VERSALLES, 119.
VERTUMNO, dios, 310.
Verrinas, de Cicerón, 39.
VESTA, 112.
Vestales, 85, 132, 325.
Vestalia, fiesta de, 322, 323.
Vestiarii, confeccionadores de ropas, 284.
Vestifica, modista, 291.
Vestifici, sastres, 291.
Vestis, vestuario, 254.
VESUBIO, erupción de 79 a. de C., 12, 46.
VEYES, 32.
VIA, Appia, 80, 81; **Biberatica**, 26, 46, 64; **Labicana**, 80, 372; **Lata**, séptima región romana, 35; **Latina**, 80, 277; **Nova**, 80; **Sacra**, 80, 303, 325; **Salaria**, 243; de **Ostia**, 80; **dei Cappellari**, 54; **dei Cerchi**, 46; **dei Tribunali**, 54; **del Mare**, excavaciones, 347; **dell'Abbondanza**, de Pompeya, 401; **delle Finanze**, 34.
Viæ, calles de un ancho tal como para permitir el cruce de dos carros o la marcha a la par, 80.
Viatores, siervos que oficiaban de mandaderos, 116.
Vici, barrios urbanos a quienes Augusto dotó de una administración especial, 38; enumeración en los **Regionarios**, 38; **insulæ** por **vicus**, 53; congestión y decreto de César, 85.
Vicomagistri, funcionarios encargados de la administración de los vici 38.
VICTOR, caballo de carrera, 341.
Vicus Tuscus, 310.
VIDRIO, uso del, 64.
VIENA DE GALIA LUGDUNENSE, supresión de juegos a la manera griega, 388.
VINALIA, fiestas, 322.
Vinarii, vineros, 280.
VINO, Falerno, 149, 432; de **Marsella**, 432; del **Vaticano**, 432; **mulsum**, 432.
Violarii, floristas, 281.
Violarii, tintoreros, 262.
VIPASCA, minas de, 166, 244; termas de, 411.
Vir clarissimus, título dado por Adriano a los senadores y sus hijos, 94; egregius, título para los procuradores, 94; eminentissimus, título para los Prefectos de Pretorio, 94; perfectissimus, título concedido a los Prefectos, 94.
VIRGILIO, 121, 145, 146, 173.
VIRGO, signo del Zodíaco, 431.
VIRRON, ricacho avaro con sus comensales, de quien se queja Juvenal, 433-434.
VITALIS, pantomimo que se jacta de los ataques que puede llevar contra los personajes de la Corte, 360.
VITELIO, (15-69 d. de C.), emperador, parcialidad en las carreras, 345; glotonería, 423.
VITRUVIO POLION, Marco, célebre arquitecto romano, 58; alude a la altura de las casas romanas, 48; recetas

para baldosas y mosaicos, 56; espesor de los muros, 57; describe curiosos relojes de agua, 221.
Vitta, cinta de rojo purpurino en el tocado femenino, 262.
Vivarium, casa de las fieras, 372.
Volcanalia, fiestas de Vulcano, 322.
VOLSENA, 58.
VOLTAIRE, 188.
Volumen, 29, 310, 319, 420.
Vomitoria, corredores en declive que conducían a las gradas del Coliseo, 368, 369.
VULCANO, dios, 325; roca de, 325.

W

WALL STREET, 112.
WALTZING, catálogo de las corporaciones, 279.
WOOD, famoso jockey de Epsom, 343.

X

Xystus, galería para pasear en las termas, 408, 420.

Y

YEMA ELFNA, plaza de Marrakex, 88.

Z

ZACARIAS DE MITILENE, datos sobre la superficie de Roma, 32.
Zelarii, camareros, condición legal, 70.
ZEUS, águila de, 195.
ZIAMA, 274.
ZODIACO, constelaciones del, 327; signos del, 430.
Zona, cinturón, 260.
Zotheca, nicho, 234.

INDICE GENERAL

Dedicatoria 7
Prólogo 9

PRIMERA PARTE

EL ESCENARIO DE LA VIDA ROMANA

SECCION PRIMERA:

El medio físico: la Ciudad, sus edificios y su policía .. 17

CAPITULO I

Esplendor, extensión y población de la *Urbs* 19
1. Esplendor de la *Urbs*: el Foro de Trajano 19
2. Los recintos murados de Roma y su verdadera extensión 30
3. El acrecentamiento de la población romana.. 38

CAPITULO II

Las casas y las calles. Grandezas y miserias de la antigüedad 45
1. Aspectos modernos de la casa romana 45
2. Aspectos arcaicos de la casa romana.. 57
3. Las calles de Roma y la circulación 79

SECCION SEGUNDA

El medio moral 89

CAPITULO I

La sociedad: sus castas censatarias y el poder del dinero 93
1. Jerarquía igualitaria y cosmopolitismo 93
2. La esclavitud y las manumisiones 97
3. Confusión de los valores sociales 105
4. Las formas de vida y la plutocracia 109

CAPITULO II

El matrimonio, la mujer y la familia. Virtudes y vicios 125
1. Debilitación del poder paterno 125
2. Los esponsales y el matrimonio 130
3. Emancipación y heroísmo de la mujer romana 135
4. Feminismo y desmoralización 143
5. Los divorcios y la inestabilidad de la familia 152

CAPITULO III

La educación, la cultura, las creencias. Sombras y luces 159
1. Síntomas de descomposición 159
2. La escuela primaria 162
3. La enseñanza formalista del gramático 167
4. La retórica irreal 176
5. Decadencia de la religión tradicional 184
6. Progresos de las místicas orientales 191
7. Advenimiento del cristianismo 206

SEGUNDA PARTE

EL EMPLEO DEL TIEMPO

CAPITULO I

El régimen horario y el comienzo de la jornada 215

1. Los días y las horas del calendario romano 215
2. El comienzo de la jornada 224
3. La *cura corporis* del romano: el *tonsor* 235
4. La *cura corporis* de la romana: la *ornatrix* 250

CAPITULO II

Las ocupaciones 267

1. Los deberes de la clientela 267
2. Comerciantes y trabajadores manuales 270
3. La justicia y la política 300
4. Las lecturas públicas 310

CAPITULO III

Los espectáculos 321

1. *Panem et circenses* 321
2. El régimen de los espectáculos 324
3. Las carreras 331
4. El teatro 346
5. El anfiteatro 363
6. Reacciones tímidas y supresión tardía 383

CAPITULO IV

El paseo, el baño y la cena 391

1. Paseos, juegos y placeres 391
2. Las termas 402
3. La cena 422

Bibliografía 445
Indice Analítico 449
Indice General 482

SE TERMINO DE IMPRIMIR
en los Talleres Gráficos Color Efe
Paso 192 - AVELLANEDA, Bs. As.
en el mes de noviembre de 1984